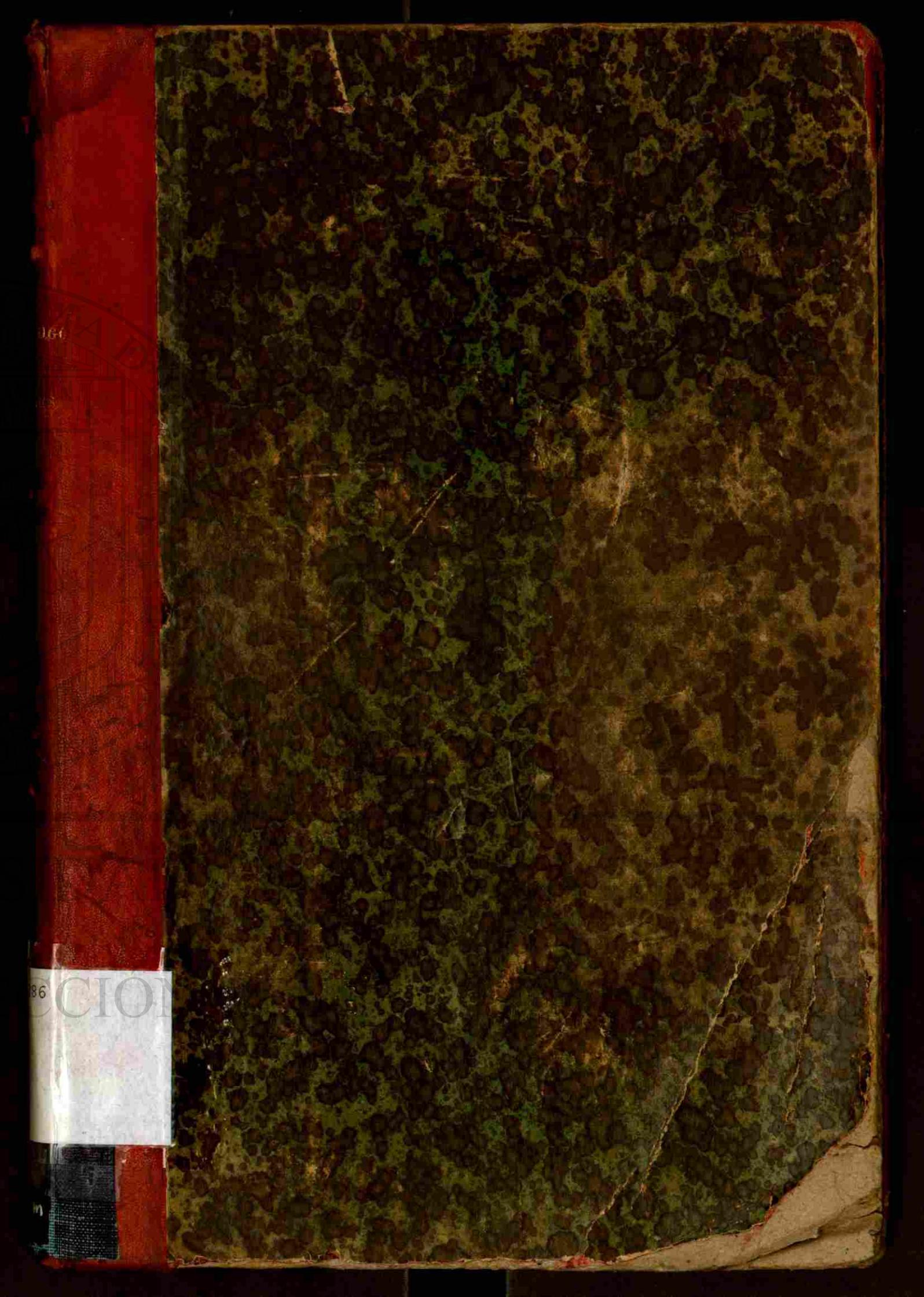


166

86

CIOM

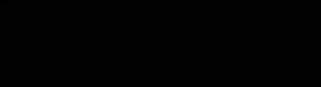
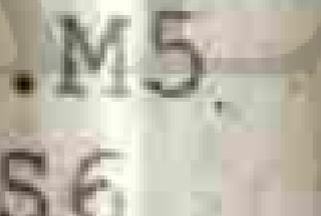




FOR H

LOS

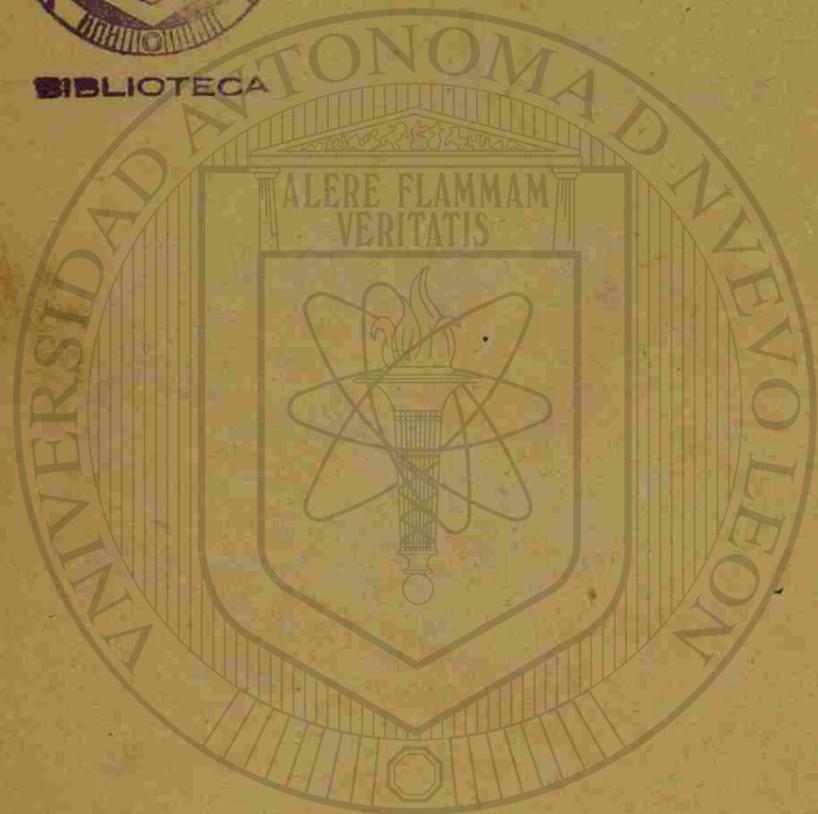
ERABLE



PO2286
.M5
S6
V.2
C.1
N
H895m



BIBLIOTECA



1080045546

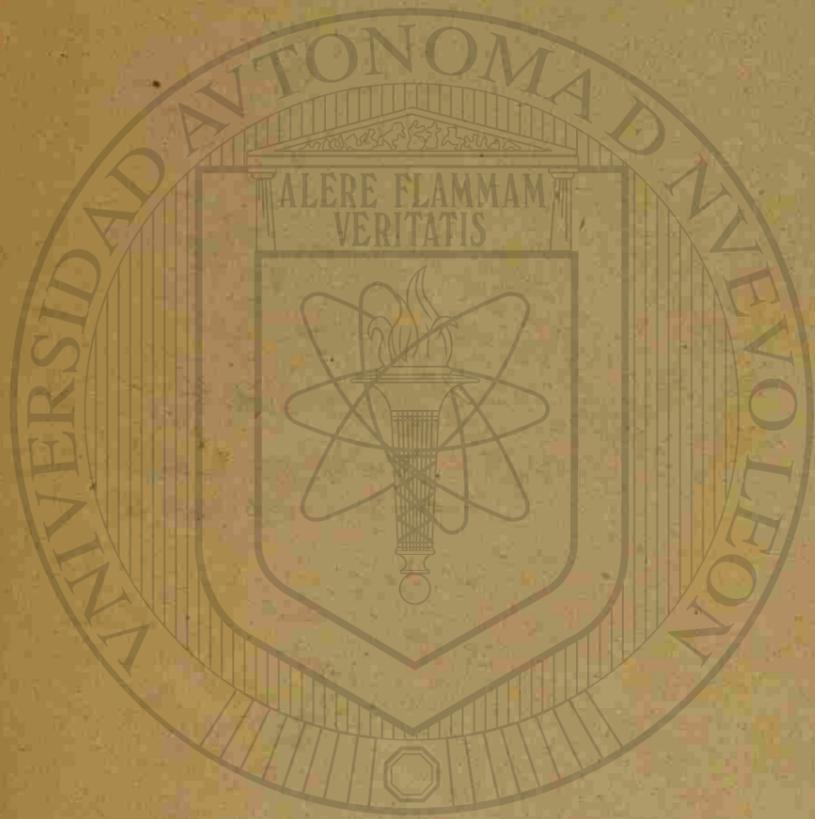
Núm. Clas. N
 Núm. Autor H 895 m
 Núm. Adg. 30358
 Procedencia 5
 Precio
 Fecha
 Clasificó SR
 Catalogó

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

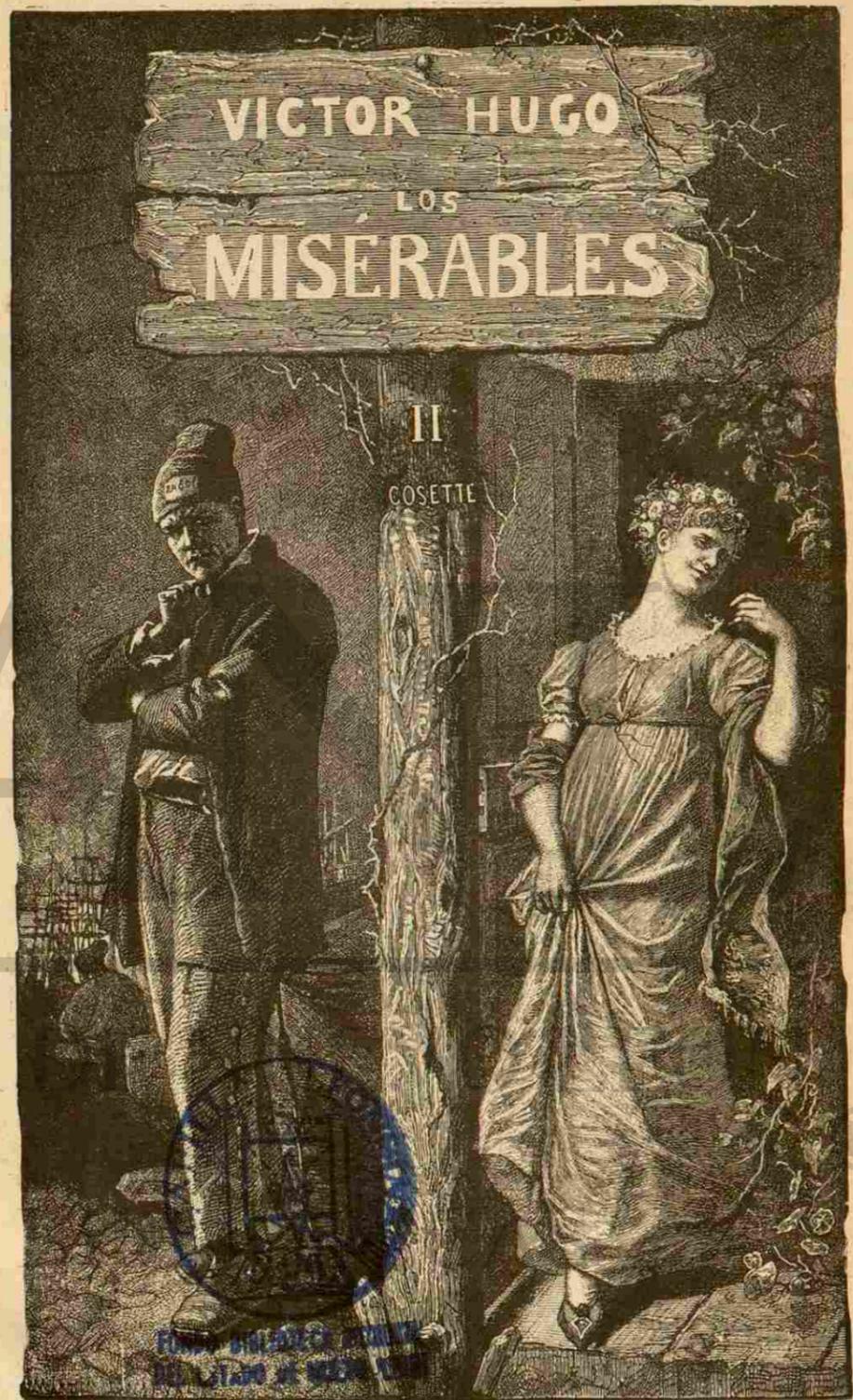
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





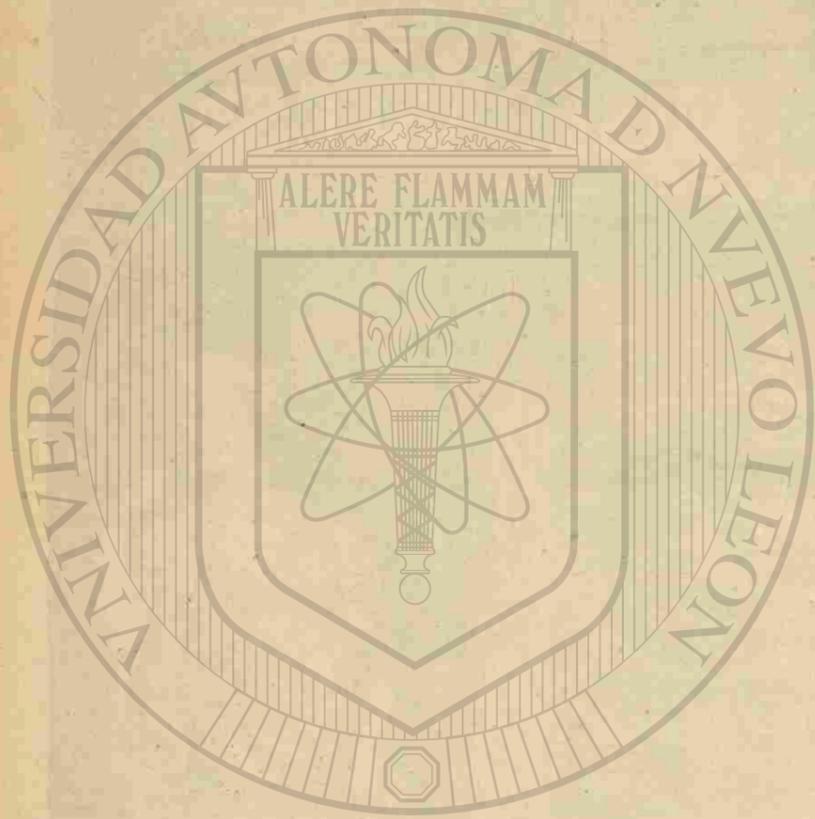
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

2015 MAR 23 11:00



110226

30358



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

302

LOS

MISERABLES



POR

VÍCTOR HUGO

UANI

Edición ilustrada con profusión de grabados hechos en los talleres de "El Mundo," y reproducidos de los dibujos más notables de reputados artistas



TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

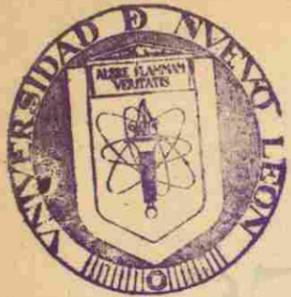


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

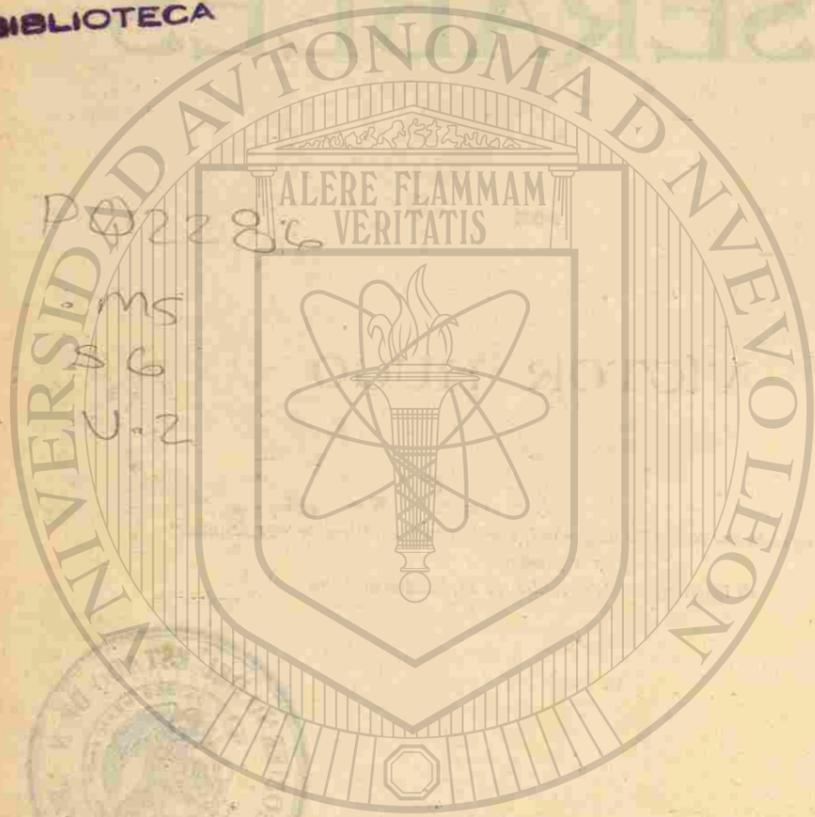
MÉXICO

CASA EDITORIAL DE RAFAEL REYES SPINDOLA
2a. de las Damas núms. 3 y 4 y Puente Quebrado núms. 3 y 4.

1901

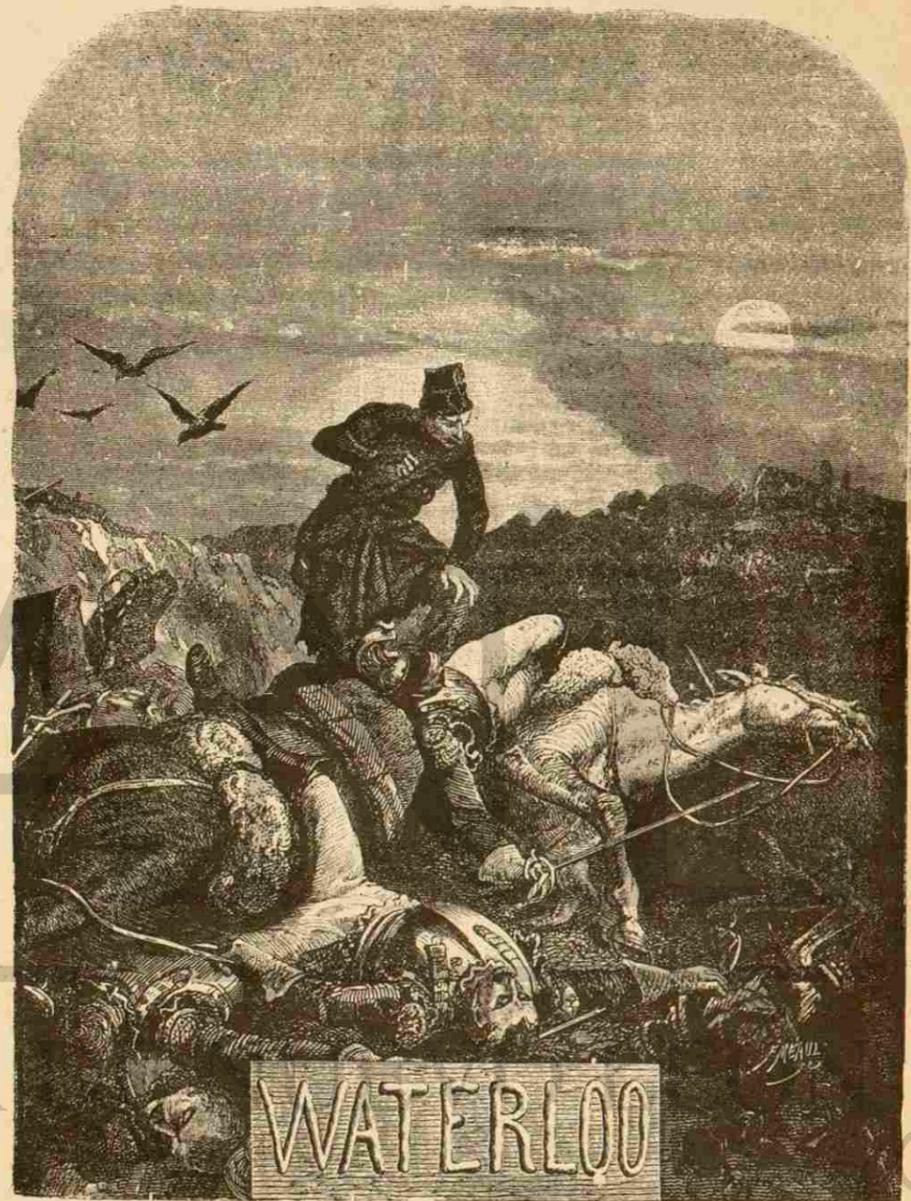


BIBLIOTECA

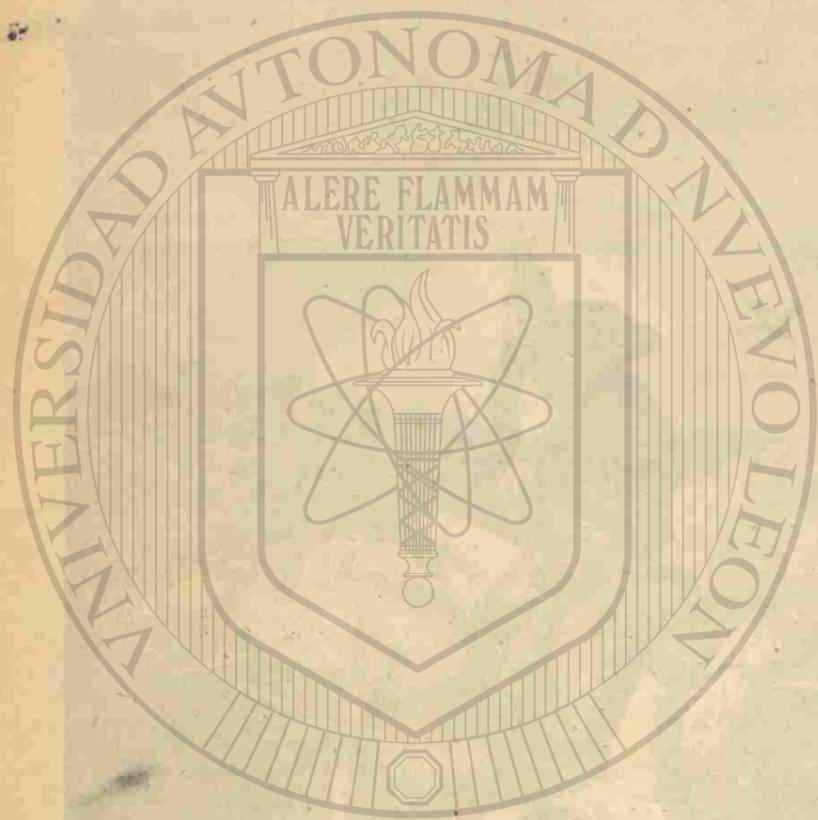


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



SEGUNDA PARTE.

COSETTE.

LIBRO PRIMERO.

WATERLOO.

Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.

El año último (1861), en una hermosa mañana de Mayo, un viajero, el mismo que refiere esta historia, venía de Nivelles y se dirigía á La Hulpe. Caminaba á pie. Siguiendo por entre dos hileras de árboles una calzada ancha y empedrada, ondulando sobre unas colinas que van sucediéndose una á otra, elevando ó hundiéndose la senda como olas enormes.

Había ya pasado de Lillois y Bois Seigneur-Isaac. Distinguía, al Oeste, el campanario de pizarra de Braine l'Alleud, que tiene la forma de un vaso boca abajo.

Acababa de dejar tras sí un bosque sobre una altura, y en el ángulo de un camino transversal, al lado de una especie de poste carcomido, en el que se leía esta inscripción: "Barrera antigua, número 4", un bodegón en cuya fachada se leía: "A los cuatro vientos. Echabeau, café de particular".

Medio cuarto de legua más allá de este bodegón, llegó al fondo de un pequeño valle, donde corre el agua bajo un arco abierto en el terraplén de la carretera. El ramaje de los escasos, pero verdísimos árboles, que cubren el valle por el lado de la calzada, se extiende por el otro en las praderas, prolongándose con cierta gracia, y como en desorden, hasta Braine l'Alleud.

Había allí á la derecha, á orilla del camino, una posada, una carreta de cuatro ruedas delante de la puerta, un gran haz de estacas, un arado, un montón de ramas secas cerca de un seto vivo, cal que humeaba en una balsa cuadrada, y una escalera apoyada á lo largo de un cobertizo cercado de paredes de paja.

Una muchacha escardaba en un campo, en el cual un gran cartelón amarillo, probablemente anuncio de alguna función de ferias, era continuo juguete del viento. En el ángulo de la posada, junto a una laguna en la que navegaba una flotilla de patos, se encontraba un sendero mal engravado que se perdía entre malezas. El viajero siguió por él.

Al cabo de unos cien pasos, después de haber seguido á lo largo de una pared del siglo XV, que remataba en una aguda albardilla de ladrillos encontrados, hallóse delante de una puerta grande de piedra, cintrada, con imposta rectilínea, del estilo severo de Luis XIV, entre dos medallones planos.

Una fachada severa dominaba esta puerta, y una pared perpendicular á la fachada llegaba casi á tocar la puerta, flanqueándola bruscamente en ángulo recto. En el prado delantero á la puerta había tres rastrillos, á través de los cuales brotaban en confusa y caprichosa mezcla todas las flores que produce Mayo. La puerta estaba cerrada; adornaba sus dos hojas decrepitas, un aldabón viejo y enmohecido.

El sol era magnífico; las ramas presentaban ese suave estremecimiento de Mayo, que más parece venir de los nidos que del viento. Un hermoso pajarillo, probablemente enamorado, gorjeaba á más y mejor en un árbol frondoso.

El viajero se inclinó y examinó en la piedra de la izquierda, por bajo de la jamba derecha de la puerta, una ancha excavación circular parecida al alvéolo de una esfera. En aquel momento abriéronse las puertas y salió una aldeana.

Reparó en el viajero, y viendo en lo que fijaba su atención:

—Hizo esto una bala francesa,—dijo ella.

Y luego añadió:

—Eso que estáis viendo más arriba en la puerta, junto á un clavo, es el boquete de una bala de cañón que no pudo traspasar la madera.

—¿Cómo se llama este lugar?—preguntó el viajero.

—Hougomont,—dijo la aldeana.

El viajero se levantó. Dió algunos pasos y fué á mirar por cima de los setos, viendo en el horizonte al través de los árboles, una especie de montecillo, y sobre este montecillo algo que, de lejos, parecía un león.

Encontrábase en el campo de Waterloo.

II

Hougomont

Hougomont, fué este un lugar fúnebre, principio del obstáculo, primera resistencia que encontró Waterloo, ese gran leñador de Europa, que se llamaba Napoleón; primer nudo bajo el filo del hacha.

Fué un castillo; no es ya más que una granja. Hougomont es para el anticuario "Hugomons". Aquella mansión fué erigida por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellanía de la abadía de Villiers.

El viajero empujó la puerta, rozó al cruzar el pórtico con una carretela antigua, y entró en el patio.

Lo primero que llamó su atención en aquel lugar fué una puerta del siglo XVI, que parece el ojo de un puente, estando caído todo lo demás adjunto al mismo. El aspecto monumental nace frecuentemente de la ruina. Después del arco se abre en un muro otra puerta con clavos del tiempo de Enrique IV, dejando ver los árboles de un huerto. Al lado de esta puerta un hoyo estercolero, picos y palas; algunas carretillas, un pozo antiguo con su brocal de piedra y su torniquete de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla coronada por un pequeño campanario, un peral en flor tocando en la pared de la capilla, he aquí el patio, cuya conquista fué uno de los sueños de Napoleón. Si él hubiera podido tomar aquel rincón de tierra, le habría dado tal vez el mundo entero. Las gallinas remueven hoy el polvo con sus picos. Oyese un gruñido, es un gran perro que enseña los dientes y que reemplaza á los ingleses.

Los ingleses estuvieron allí admirables. Las cuatro compañías de guardias de Cooke hicieron frente, durante siete horas, al encarnizamiento de todo un ejército.

Hougomont, visto en el mapa, en plano geométrico, comprendiendo cercados y edificaciones, presenta una especie de rectángulo irregular con uno de sus ángulos cortado. En este ángulo es donde se halla la puerta meridional, guardada por aquel muro que la hiere directamente. Hougomont tiene dos puertas: la meridional, que es la del castillo, y la septentrional, que es la de la granja.

Napoleón envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones Guillemot, Foy y Bachelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de Reille fué también empleado en ello inútilmente; las balas de Kellermann se agotaron contra aquel heroico paredón. Harto fué que la brigada Bauduin forzase por el Norte á Hougomont, y que la brigada Soyé le acometiese por el Sur, pero sin tomarle.

Los edificios de la granja limitan el patio por el Sur. Un pedazo de la puerta del Norte, rota por los franceses, pende colgado del muro. Son cuatro tablas clavadas sobre dos travesaños, y en las que se patentizan los destrozos del ataque.

La puerta septentrional, derribada por los franceses, y á la que se ha añadido una pieza para substituir el trozo colgado del muro, se entreabre al otro extremo del patio; está cortada rectangularmente en una pared de piedra por lo bajo y ladrillo en la parte superior, cerrando el patio por el Norte. Es sencillamente una puerta para carros, como las hay en todas las casas de labranza, compuesta de dos grandes hojas hechas de tablas rústicas. A la otra parte se extienden los prados. La disputa de esta entrada fué terrible. Durante mucho tiempo se han conservado sobre el montante de la puerta toda clase de huellas de manos ensangrentadas. Allí fué donde mataron á Baudin.

La borrasca del combate parece que todavía suena en aquel patio; el horror es visible; el trastorno de la terrible lucha se ha quedado allí petrificado; acá la vida, allá la muerte, es todavía ayer. Los muros agonizan, las piedras caen, las brechas gritan; los agujeros son llagas; los árboles inclinados y temblorosos parecen hacer esfuerzos para huir.

Aquel patio en 1815 estaba más edificado que hoy día. Varias construcciones derribadas después, formaban estrellas, ángulos y recodos fortificados.

Allí estuvieron parapetados los ingleses; los franceses penetraron al fin, pero no pudieron sostenerse. Al lado de la capilla, un ala del castillo, únicos vestigios de la residencia de Hougomont, se mantiene en pie, y podríamos decir despanzurrada. El palacio sirvió de torreón; la capilla de fortín, ambos se exterminaron.

Los franceses, fusilados por todas partes, detrás de las paredes, desde lo alto de los graneros al fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todos los respiraderos, por todas las hendiduras de las piedras, acercaron faginas prendiendo fuego á los muros y á los hombres: la metralla fué contestada por el incendio.

Entrevense todavía en el ala arruinada, á través de las ventanas guardadas por barrotes de hierro, los aposentos desmantelados de un cuerpo de edificio de ladrillo; los guardias ingleses se emboscaron en esos aposentos; la espiral de la escalera, agrietada desde el piso al techo, aparece como el interior de un caracol destrozado. La escalera tiene dos tramos; los ingleses sitiados en ella, y apiñados en los escalones superiores, habían cortado los inferiores. Estos consistían en anchas losas de piedra azul, amontonadas hoy entre las ortigas. Unos diez solamente se mantienen ahogados todavía á la pared, en el primero de los cuales se ve grabada la figura de un tridente. Estos inaccesibles escalones permanecen sólidos en sus alvéolos. El resto parece una mandíbula desdentada. Dos árboles viejos están allí todavía: muerto el uno, herido el otro en el pie, reverdece en Abril. Desde 1815 empezó á brotar al través de la escalera.

Gran mortandad hubo también en la capilla. El interior, tranquilo ya, resultó extraño. No ha vuelto á decirse misa en él después de la matanza. Sin embargo, allí está todavía el altar de madera tosca, pegado sobre un fondo de piedra sin pulir. Cuatro paredes blanqueadas de cal, una puerta frontera al altar, dos pequeñas ventanas cintradas, sobre la puerta un gran crucifijo de madera, encima del crucifijo un tragaluz cuadrado tapado con un haz de heno, en un rincón del suelo un bastidor viejo de ventana con todos los vidrios rotos; tal es la capilla.

Junto al altar está clavada una imagen de madera de Santa Ana, del siglo XV; la cabeza del niño Jesús se la llevó una bala de cañón. Los franceses, dueños por un momento en la capilla, y desalojados después, la incendiaron. Las llamas llenaron su recinto, convirtiéndolo en horno. Se quemó la puerta, se quemó también el entarimado; el Cristo de madera no se quemó; el fuego llegó á lamer sus pies cuyos muñones permanecen ennegrecidos, deteniéndose luego. Esto fué un milagro al decir de aquellos aldeanos. El niño Jesús decapitado no tuvo la fortuna del Cristo.

Las paredes se encuentran cubiertas de inscripciones. Junto á los pies del Cristo se lee este nombre: "Henquinez". Luego estos otros: "Conde de Río Mayor, Marqués y Marquesa de Almagro (Habana)". Hay nombres franceses con exclamaciones acentuadas por la cólera.

Tuvieron que blanquearse de nuevo las paredes en 1849. Allí se insultaban las naciones mutuamente.

En la puerta de esta capilla fué donde se recogió un cadáver que tenía una hacha en la mano. Era el cadáver del subteniente Legros.

A la izquierda de la puerta de la capilla se ve un pozo. Hay dos en el patio. Uno se pregunta: ¿por qué no hay aquí cubo ni garrucha? Es que ya no se saca agua.

¿Y por qué no se saca agua?

Porque está llena de esqueletos.

El último que sacó agua de aquel pozo se llamaba Guillermo Van Kylsom. Era un aldeano que habitaba en Hougomont, de donde era jardinero. El 18 de Junio de 1815, su familia tuvo que huir y ocultarse en los bosques

La selva que rodea á la abadía de Villiers abrigó durante muchos días y muchas noches á todas aquellas desventuradas poblaciones dispersas. Hoy todavía se encuentran vestigios tales como viejos troncos de árboles quemados, que señalan el sitio donde aquellos pobres vivaqueadores tiritaron entre las espesuras de la maleza.

Guillermo Van Kylsom permaneció en Hougomont "para guardar el castillo" agazapándose en un rincón de la cueva. Los ingleses le descubrieron. Sacáronle de su escondite y á sablazos de plano se hicieron servir los combatientes por aquel hombre aterrado. Tenían sed, y Guillermo les dió de beber. De aquel pozo sacó el agua. Muchos bebieron allí su último trago. El pozo del que bebieron tantos muertos, debió morir también.

Después de la acción, diéronse prisa á enterrar los cadáveres. La muerte tiene su manera especial de acosar la victoria, haciendo que la peste siga á la gloria. El tifus es siempre anejo del triunfo. Aquel pozo era profundo. Fué convertido en sepultura. Lanzáronse en él trescientos muertos. Tal vez con demasiada precipitación. ¿Estaban muertos todos? La leyenda dice que no. Parece que la noche que siguió al enterramiento, oyéronse salir del pozo débiles y tristes voces de socorro.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes mitad piedra y mitad ladrillo, replegadas como las hojas de un biombo simulando una torrecilla cuadrada, le cierran por tres lados. El cuarto está descubierta. Por aquí es por donde se sacaba el agua. La pared del fondo tiene una especie de abertura informe, tal vez el agujero de obús. Esta torrecilla tenía un techo del que no quedan más que los maderos. El armazón de sostenimiento del muro de la derecha describe una cruz. Asomándose al fondo, se pierde la vista en la profundidad de un cilindro de ladrillo, en el cual se agrupan las tinieblas. El nacimiento de toda la fábrica de este pozo desaparece entre las ortigas.

Este pozo no tiene por brocal la gran losa azul que sirve de antepecho en todos los de Bélgica. La losa azul se halla substituída por un travesaño en el cual se apoyan cinco ó seis estacas irregulares de madera nudosa, y enquistados, que parecen una grande osamenta. No existe cubo, ni cadena, ni polea; pero se conserva aún la pila de piedra que servía de repartidor. El agua de las lluvias se acumula en ella y, de cuando en cuando, se acerca á beber algún pájaro de las vecinas selvas, remontrándose inmediatamente.

En esas ruinas existe, habitada todavía, una casa, la casa de labranza, cuya puerta da al patio. Al lado de una linda placa de cerradura gótica, hay en dicha puerta un tirador de hierro, en forma de trébol, colocado oblicuamente. En el momento que el teniente hannoveriano Wilda cogía ese tirador para refugiarse en la grana, un zapador francés le derribó la mano de un hachazo.

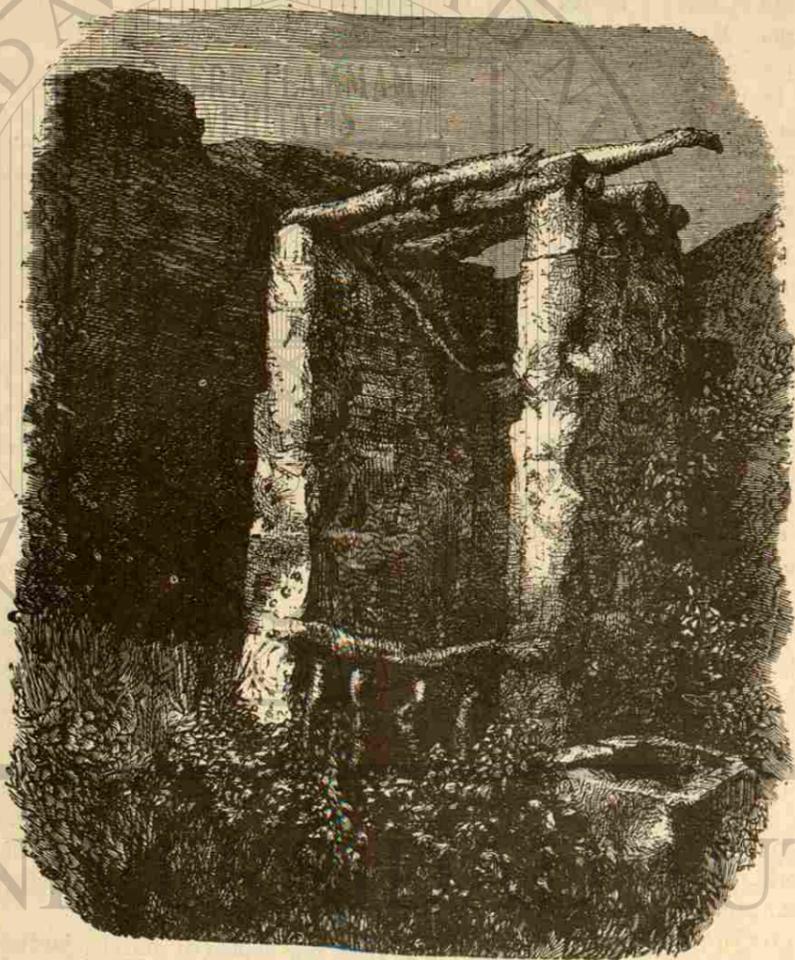
La familia que ocupa hoy la casa, tuvo por abuelo al antiguo jardinero Van Kylsom, muerto hace mucho tiempo. Una mujer de cabellera gris nos decía: Yo estaba allí. Tenía tres años. Mi hermana, mayor que yo, tenía miedo y lloraba. Lleváronos al bosque. Yo iba en brazos de mi madre. Aplicaban de cuando en cuando el oído sobre el suelo para escuchar. Yo imitaba el cañón, y hacía "bum, bam".

Una puerta del patio, á la izquierda, como hemos ya dicho, daba al cercado.

Este cercado es terrible.

Se divide en tres secciones, casi podríamos decir en tres actos. La primera es

un jardín, la segunda el huerto, la tercera un bosque. Estas tres partes tienen una cerca común; por el lado de la entrada las edificaciones del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una tapia de ladrillo, en el fondo otra tapia de piedra. Se entra desde luego en el jardín, que se extiende en pendiente, plantado de groselleros, cubierto de vegetaciones silvestres, cerrado por un malecón monumental de piedra sillera con balustres de doble espesor. Fué un jardín señorial del primer estilo francés que precedió á "Le Nôtre"; ruinas y abrojos todo, en la



actualidad. Las pilastras terminan en globos, que parecen balas de piedra. Cuéntanse todavía cuarenta y tres balustres en pie; los demás yacen tendidos en la yerba. Casi todos están acribillados por balas de fusil. Un balustre destrozado aparece sobre el estraje como una pierna rota.

En este jardín más bajo que el huerto, fué donde penetraron seis tiradores del 10. de ligeros, y no pudiendo salir, cogidos y acosados como osos en guarida, aceptaron el combate con dos compañías hannoverianas, una de las cuales iba armada de carabinas. Los hannoverianos coronaban los balustres y disparaban sobre los

seis franceses desde lo alto. Los tiradores, respondiendo desde abajo, seis contra doscientos, con la mayor intrepidez y sin más abrigo que los groselleros, tardaron en morir un cuarto de hora.

Subiendo algunos escalones, se pasa del jardín al huerto. Allí, en el espacio de pocas toesas cuadradas, murieron mil quinientos hombres en menos de una hora. El muro parece dispuesto á comenzar nuevamente el combate. Allí están todavía las treinta y ocho troneras, abiertas por los ingleses á distintas alturas. Delante de la décima sexta se ven dos sepulturas inglesas de granito.

Sólo existen troneras en el muro del Sur, que fué de donde vino el ataque principal. Ese muro está oculto al exterior por un gran seto vivo; llegaron los franceses creídos de que no había más que el seto, saltaron, y se encontraron con el muro, obstáculo y emboscada, con los guardias ingleses detrás, las treinta y ocho troneras haciendo fuego á la vez, una tempestad de balas y metralla; allí fué aplastada la brigada Soye. Así comenzó Waterloo.

No obstante el huerto fué tomado. No había escalas, pero los franceses treparon con las uñas. Batiéronse cuerpo á cuerpo bajo los árboles. Toda aquella yerba se empapó en sangre. Un batallón de Nassau, setecientos hombres, fué deshecho allí. La parte exterior del muro, contra la cual se asestaron las dos baterías de Kellermann está acribillada por la metralla.

Este cercado es sensible como otro cualquiera al mes de Mayo. Tiene sus botones de oro y sus margaritas blancas; la yerba es alta; pacen allí caballos de labor; cuerdas de crin, en las que se seca la ropa, cruzan los espacios de árbol á árbol, obligando á los transeuntes á bajar la cabeza; los pies caminan por un erial hundiéndose á lo mejor en los agujeros de los topes. Encuéntrase en medio de la yerba un tronco desarraigado, caído y verde aún. El mayor Blachmann se apoyó en él para respirar. Bajo un gran árbol próximo cayó el General alemán Duplat, oriundo de una familia francesa refugiada al revocarse el edicto de Nantes. Contiguo á este árbol se inclina un manzano vetusto, enfermo, vendado con un apósito de paja y arcilla. Casi todos los manzanos caen de vejez. No hay uno que no tenga señales de bala ó de metralla. Los esqueletos de los árboles muertos abundan muchísimo en este cercado. Los cuervos vuelan entre sus ramas. En el fondo hay un bosque lleno de violetas.

Bauduin muerto; Foy herido; el incendio, la matanza, la carnicería; un río de sangre inglesa, de sangre alemana y de sangre francesa, furiosamente mezclada; un pozo lleno de cadáveres; el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruidos; Duplat muerto; Blackmann muerto, la guardia inglesa mutilada; veinte batallones franceses, de los cuarenta del cuerpo de Reille, diezmados; tres mil hombres, en sólo aquellas ruinas de Hougomont, acuchillados, destrozados, degollados, fusilados, quemados; y todo ello para que un aldeano pueda decirle hoy á un pasajero. "Señor, dadme tres francos; si gustáis os explicaré lo de Waterloo".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

El 18 de Junio de 1815.

Retrocedamos, que es este uno de los derechos del narrador, y trasladémoslos al año 1815, y con alguna anterioridad á la época en que comienza la acción referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815, el porvenir de Europa hubiera sido otro. Algunas gotas de agua de más ó de menos hicieron desviar á Napoleón. Para que Waterloo fuese el término de Austerlitz, la Providencia no tuvo necesidad más que de un poco de lluvia; y una nube, atravesando el ciclo contra lo natural de la estación, bastó para el derrumbamiento de un mundo.

La batalla de Waterloo, y esto dió tiempo á Blicher para llegar, no pudo comenzar hasta las once y media. ¿Por qué? Porque la tierra estaba mojada. Fué preciso aguardar un poco á que se solidara para que la artillería pudiese maniobrar.

Napoleón era oficial de artillería, y se resentía de ello. El fondo de este admirable capitán era el hombre que, en el parte al Directorio desde Aboukir, decía: "El bala de las nuestras mató seis hombres". Todos sus planes de batalla están hechos para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado; tal era su clave de victoria. Trataba la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil; ataba y desataba las batallas con el cañón. Era la puntería parte de su genio. Romper los cuadros, pulverizar los regimientos, deshacer las líneas, aplastar y dispersar las masas, todo se encerraba en eso para él; herir, herir, herir sin tregua ni descanso, y encomendada esta tarea á las balas. Método temible, y que, unido á su genio, hizo invencible durante quince años, á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba él tanto más con la artillería, cuanto que tenía en su favor el número. Wellington no disponía más que de ciento cincuenta y nueve bocas de fuego; Napoleón tenía doscientas cuarenta.

Supongamos la tierra seca y la artillería pudiendo rodar, y la acción empezando á las seis de la mañana. La batalla se hubiera ganado y terminado á las dos; tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Qué culpa hubo por parte de Napoleón en la pérdida de aquella batalla? ¿Es imputable el naufragio al piloto?

La decadencia física evidente de Napoleón, ¿se complicaba en aquella época con cierto decaimiento interior? Los veinte años de guerra, ¿habían gastado la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo? ¿Se manifestaban ya los defectos del veterano en el capitán? En una palabra, aquel genio, como muchos historiadores importantes lo han creído ¿se eclipsaba ya? ¿Agitábase frenéticamente para disimularse á sí propio su debilidad? ¿Empezaba á oscilar bajo el extravío de un soplo de la aventura? ¿Volvíase, cosa grave en un general, desconocedor del peligro? En la clase de los grandes hombres materiales, que pueden llamarse los gi-

gantes de la acción, ¿existe una edad para la miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios de lo ideal; para los Dante y los Miguel Angel, envejecer es crecer. Pero para los Aníbal y Bonaparte ¿es decrecer acaso? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿Había llegado á no reconocer ya el escollo, á no adivinar el lazo, ni discernir el borde resbaladizo de los abismos? ¿Faltábale el olfato de las catástrofes? El, que antes sabía todos los senderos del triunfo, y que desde la altura de su carro refulgente de rayos, los señalaba con su dedo soberano, ¿tenía entonces el siniestro aturdimiento de conducir al principio su tumultuoso tiro de legiones? ¿Se había apoderado de él, á los cuarenta y seis años, una locura suprema? Aquel conductor titánico del destino, ¿no era ya más que un inmenso abismo?

No lo hemos creído nunca.

Su plan de batalla, era, al decir de todo el mundo, una obra maestra. Ir derecho al centro de la línea de los aliados, abrir un claro en el enemigo, cortarle en dos; empujar la parte británica hacia Hal, y la parte prusiana hacia Tongres; hacer de Wellington y de Blicher dos trozos, apoderarse de Mont Saint Jaen, tomar á Bruselas, arrojar al alemán al Rhin y el inglés al mar. Todo esto para Napoleón entraba en su plan de batalla. Después, ya vería.

Es por demás decir que no pretendemos hacer aquí la historia de Waterloo; una de las escenas generatrices del drama que vamos contando, tiene su punto de partida en esa batalla; pero, repetimos, no es su historia nuestro objeto. Está ya hecha además, y hecha magistralmente bajo un punto de vista por Napoleón, y bajo otro punto de vista por una pléyade de historiadores.

Per nuestra parte, dejamos á los historiadores con sus apreciaciones, no somos sino un testigo lejano, un pasajero en la llanura, un investigador inclinado sobre aquella tierra embutida de carne humana, tomando, quizá, las apariencias por realidades. No tenemos derecho alguno para hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos, donde hay sin duda algún espejismo; no tenemos ni la práctica militar ni la competencia estratégica que autorizan un sistema; según nosotros un encadenamiento de azares dominó en Waterloo á entrambos capitanes, y cuando se trata del destino, de este misterioso acusado, le juzgamos como le juzga el pueblo, juez sencillo y leal.

IV

Quien quiera figurarse claramente la batalla de Waterloo, no tiene más que trazar sobre el suelo con el pensamiento una A mayúscula. La pierna izquierda de la A es el camino de Nivelles, la pierna derecha es la carretera de Genappe, el palo transversal es el camino cubierto de Ohain á Braine l'Alleud. El vértice de la A es Mont Saint Jean, allí está Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont, allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Belle Alliance, allí está Napoleón.

III

El 18 de Junio de 1815.

Retrocedamos, que es este uno de los derechos del narrador, y trasladémosnos al año 1815, y con alguna anterioridad á la época en que comienza la acción referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815, el porvenir de Europa hubiera sido otro. Algunas gotas de agua de más ó de menos hicieron desviar á Napoleón. Para que Waterloo fuese el término de Austerlitz, la Providencia no tuvo necesidad más que de un poco de lluvia; y una nube, atravesando el ciclo contra lo natural de la estación, bastó para el derrumbamiento de un mundo.

La batalla de Waterloo, y esto dió tiempo á Blicher para llegar, no pudo comenzar hasta las once y media. ¿Por qué? Porque la tierra estaba mojada. Fué preciso aguardar un poco á que se solidara para que la artillería pudiese maniobrar.

Napoleón era oficial de artillería, y se resentía de ello. El fondo de este admirable capitán era el hombre que, en el parte al Directorio desde Aboukir, decía: "El bala de las nuestras mató seis hombres". Todos sus planes de batalla están hechos para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado; tal era su clave de victoria. Trataba la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil; ataba y desataba las batallas con el cañón. Era la puntería parte de su genio. Romper los cuadros, pulverizar los regimientos, deshacer las líneas, aplastar y dispersar las masas, todo se encerraba en eso para él; herir, herir, herir sin tregua ni descanso, y encomendada esta tarea á las balas. Método temible, y que, unido á su genio, hizo invencible durante quince años, á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba él tanto más con la artillería, cuanto que tenía en su favor el número. Wellington no disponía más que de ciento cincuenta y nueve bocas de fuego; Napoleón tenía doscientas cuarenta.

Supongamos la tierra seca y la artillería pudiendo rodar, y la acción empezando á las seis de la mañana. La batalla se hubiera ganado y terminado á las dos; tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Qué culpa hubo por parte de Napoleón en la pérdida de aquella batalla? ¿Es imputable el naufragio al piloto?

La decadencia física evidente de Napoleón, ¿se complicaba en aquella época con cierto decaimiento interior? Los veinte años de guerra, ¿habían gastado la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo? ¿Se manifestaban ya los defectos del veterano en el capitán? En una palabra, aquel genio, como muchos historiadores importantes lo han creído ¿se eclipsaba ya? ¿Agitábase frenéticamente para disimularse á sí propio su debilidad? ¿Empezaba á oscilar bajo el extravío de un soplo de la aventura? ¿Volvíase, cosa grave en un general, desconocedor del peligro? En la clase de los grandes hombres materiales, que pueden llamarse los gi-

gantes de la acción, ¿existe una edad para la miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios de lo ideal; para los Dante y los Miguel Angel, envejecer es crecer. Pero para los Aníbal y Bonaparte ¿es decrecer acaso? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿Había llegado á no reconocer ya el escollo, á no adivinar el lazo, ni discernir el borde resbaladizo de los abismos? ¿Faltábale el olfato de las catástrofes? El, que antes sabía todos los senderos del triunfo, y que desde la altura de su carro refulgente de rayos, los señalaba con su dedo soberano, ¿tenía entonces el siniestro aturdimiento de conducir al principio su tumultuoso tiro de legiones? ¿Se había apoderado de él, á los cuarenta y seis años, una locura suprema? Aquel conductor titánico del destino, ¿no era ya más que un inmenso abismo?

No lo hemos creído nunca.

Su plan de batalla, era, al decir de todo el mundo, una obra maestra. Ir derecho al centro de la línea de los aliados, abrir un claro en el enemigo, cortarle en dos; empujar la parte británica hacia Hal, y la parte prusiana hacia Tongres; hacer de Wellington y de Blicher dos trozos, apoderarse de Mont Saint Jaen, tomar á Bruselas, arrojar al alemán al Rhin y el inglés al mar. Todo esto para Napoleón entraba en su plan de batalla. Después, ya vería.

Es por demás decir que no pretendemos hacer aquí la historia de Waterloo; una de las escenas generatrices del drama que vamos contando, tiene su punto de partida en esa batalla; pero, repetimos, no es su historia nuestro objeto. Está ya hecha además, y hecha magistralmente bajo un punto de vista por Napoleón, y bajo otro punto de vista por una pléyade de historiadores.

Per nuestra parte, dejamos á los historiadores con sus apreciaciones, no somos sino un testigo lejano, un pasajero en la llanura, un investigador inclinado sobre aquella tierra embutida de carne humana, tomando, quizá, las apariencias por realidades. No tenemos derecho alguno para hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos, donde hay sin duda algún espejismo; no tenemos ni la práctica militar ni la competencia estratégica que autorizan un sistema; según nosotros un encadenamiento de azares dominó en Waterloo á entrambos capitanes, y cuando se trata del destino, de este misterioso acusado, le juzgamos como le juzga el pueblo, juez sencillo y leal.

IV

Quien quiera figurarse claramente la batalla de Waterloo, no tiene más que trazar sobre el suelo con el pensamiento una A mayúscula. La pierna izquierda de la A es el camino de Nivelles, la pierna derecha es la carretera de Genappe, el palo transversal es el camino cubierto de Ohain á Braine l'Alleud. El vértice de la A es Mont Saint Jean, allí está Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont, allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Belle Alliance, allí está Napoleón.

Un poco más abajo del punto en que el palo transversal de la A encuentra y corta la pierna derecha, está la Haie Sainte. En el centro de este palo está el punto preciso donde se dijo la frase final de la batalla. Allí es donde se colocó el león; símbolo involuntario del supremo heroísmo de la guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A, entre los dos palotes y la cuerda, es la meseta del Mont Saint Jean. La disputa de esa meseta fué toda la batalla.

Las alas de ambos ejércitos se extendían á derecha é izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelles; Erlón frente á frente de Pietón y Reille frente á frente de Hill.

Detrás de la punta de la A, detrás de la meseta de Mont Saint Jean, se encuentra la selva de Soignes.

En cuanto á la llanura en sí misma, imagínese un vasto terreno ondulado, dominando cada pliegue al que le sigue, y todas estas ondulaciones subiendo hacia Mont Saint Jean, desde donde van á parar á la selva.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos atletas que luchan á brazo partido. Cada uno procura hacer caer al otro. Agárranse á todo; un matorral es un punto de apoyo; el ángulo de un muro es un parapeto; por falta de una bicoca en que guardar la espalda, se pierde un regimiento. El declive de una llanura, un accidente del terreno, una senda transversal apropiado, un bosque, un barranco, pueden detener la planta de ese coloso que se llama un ejército, é impedirle la retirada.

El que sale del campo es derrotado. De ahí la necesidad para el jefe responsable de examinar el menor grupo de árboles y de profundizar el más pequeño relieve.

Ambos generales habían estudiado atentamente la llanura de Mont Saint Jean, llamada hoy llanura de Waterloo. Desde el año anterior la había examinado Wellington con sagacidad previsor, como para el caso de una gran batalla.

En este terreno, y para aquel duelo, el 18 de Junio, tenía Wellington la parte buena y Napoleón la mala. El ejército inglés ocupaba las alturas, el francés la llanura.

Esbozar aquí el aspecto de Napoleón á caballo, con su antejo en la mano, sobre la altura de Rossomme, al amanecer del 18 de Junio de 1815, estaría de más. Antes de pintárselo, todo el mundo le ha visto. Aquel perfil sereno bajo el pequeño sombrero de la escuela de Brienne, aquel uniforme verde, con vueltas blancas ocultando la placa, el capote tapando las charreteras, el cabo del cordón rojo bajo el chaleco, el calzón de cuero, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo púrpura con águilas y NN coronadas en las puntas, sus botas de campana sobre medias de seda, las espuelas de plata, la espada de Marengo, es decir, la figura completa del último César, está presente en todas las imaginaciones, aclamada por unos, mirada por otros severamente.

Aquella figura ha estado mucho tiempo completamente rodeada de luz; esto consistía en cierta obscuridad legendaria que se desprende de la mayor parte de los héroes, y que vela, siempre por más ó menos tiempo la verdad; pero hoy, ya la historia y la luz han aparecido.

La luz de la historia es desapiadada; tiene algo de extraordinario y de divino, que siendo, como es, luz, y precisamente porque lo es, coloca á veces la sombra allí donde se veían los rayos, haciendo del mismo hombre dos fantasmas distintos, cada

uno de los cuales ataca al otro, haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con los fulgores del capitán. De ahí la exacta medida del justo medio en la apreciación definitiva de los pueblos: Babilonia violada, rebaja á Alejandro; Roma encadenada, disminuye la grandeza de César; Jerusalem muerta, empequeñece á Tito.

La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para el hombre, dejar en pos de sí la sombra de su forma.

V

El quid obscurum de las batallas

Todo el mundo conoce la primera fase de aquella batalla confusa al principio, incierta, vacilante, amenazadora para ambos ejércitos, más aún para los ingleses que para los franceses.

Había llovido toda la noche; la tierra estaba removida por el aguacero, habiendo charcos y lagunas aquí y allá, en todos los huecos de la llanura, alcanzando el agua en ciertos puntos, á los ejes de los furgones del tren; las cinchas de los tiros chorreaban fango líquido. Si los trigos y centenos derribados por aquel tropel de carros en marcha, no hubiesen llenado los baches y formado lecho bajo las ruedas, se hubiera hecho imposible todo movimiento, y particularmente en los valles de la parte de Papelotte.

La acción empezó tarde; Napoleón como hemos explicado ya, tenía la costumbre de tener toda la artillería á mano como una pistola, apuntando ya á este punto, ya al otro de la batalla, y había querido esperar á que las baterías enganchadas pudiesen rodar y galopar libremente; era menester para ello que apareciese el sol y secase la tierra. Pero el sol no apareció. Ya no le saludaba como en la jornada de Austerlitz. Cuando sonó el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su reloj; señalaba las once y treinta y cinco minutos.

La acción comenzó furiosamente, con mayor furia tal vez de la que hubiese querido el emperador, por el ala izquierda francesa sobre Hougomont. Al mismo tiempo atacó Napoleón el centro, precipitando la brigada Quiot sobre la Haie Sainte, y Ney dirigió el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa, que se apoyaba en Papelotte.

El ataque contra Hougomont, tenía algo de simulado: atraer hacia allí á Wellington, haciéndole inclinar á la izquierda, este era el plan. Y este plan se hubiera realizado, si las cuatro compañías de guardias inglesas y los valientes belgas de la división Perponcher no hubiesen guardado sólidamente lo posición, pues Wellington, en vez de ir á concentrarse allí, pudo limitarse á enviar, por todo refuerzo, otras cuatro compañías de guardias y un batallón de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte, era á fondo: desbaratar la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, interceptar el paso á los prusianos que pudieran acudir, forzar á Mont Saint Jean, rechazar á Wellington hacia Hou-

gomont, de allí hacia Braine l'Alleud, de allí sobre Hal; nada más sencillo. Salvo algunos incidentes, este ataque dió buen resultado, puesto que se tomó Papelotte y se lanzó de Haie Sainte al enemigo.

Un detalle que debe constar. Había en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos soldados bisonos, ante nuestra terrible infantería, fueron valientes; su inexperiencia salió perfectamente bien del paso; hicieron sobre todo un excelente servicio de guerrilla; el soldado en guerrilla, entregado en parte á sí mismo, se convierte, por decirlo así, en general propio; aquellos reclutas mostraron algo de la inventiva y furia francesas. Aquella infantería novicia tuvo inspiración propia. Esto desagradó á Wellington.

Después de la toma de la Haie Sainte, vaciló la batalla.

Hubo en esta jornada, desde el medio día á las cuatro, un intervalo obscuro; la parte media de esta batalla apenas se distingue, pues participa de la confusión de la rina. Cúbrela el crepúsculo. Adviéntense vastas fluctuaciones en aquella bruma, un espejismo vertiginoso, el aparato guerrero de entonces, casi desconocido en nuestros días, las granaderas de llama, los portapliegos flotantes, las correas cruzadas, las cartucheras de granada, los dolmanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós guarnecidos de cordones, la infantería casi negra de Brunswick mezclada con la infantería escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando por charreteras grandes rodetes blancos circulares, la caballería ligera hannoveriana con sus cascos de cuero oblongos con filetes de cobre y cabelleras de crines rojas, los escoceses con las piernas desnudas y sus mantas de cuadros, las grandes polainas blancas de nuestros granaderos; cuadros, no líneas estratégicas, lo conveniente al pincel de Salvator Rosa, no al de Gribenval.

Siempre se mezcla en las batallas cierta parte de tempestad. "Quid obscurum, quid divinum". Cada historiador se inclina un poco á trazar los perfiles que más le agradan entre aquella confusión. Sea cual fuere la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflejos; en toda acción, los dos planes de ambos jefes penetran uno en otro, y uno á otro se desfiguran. Tal punto del campo de batalla devora más combatientes que tal otro, como los terrenos más ó menos esponjosos que absorben más ó menos pronto el agua que se les arroja. Es, pues, necesario derramar á veces más soldados de los que se quisiera. Gastos imprevistos. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondulan, los regimientos al entrar ó salir forman cabos ó golfos, todos esos escollos se agitan continuamente uno delante de otros; donde estaba la infantería llega la artillería, donde estaba la artillería acude la caballería; los batallones son humaredas.

Había algo en tal punto, lo buscáis en vano, ha desaparecido; los claros cambian de sitio; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepulcro empuja, arrolla, hincha y dispersa aquellas trágicas multitudes. Qué es una lucha? Una oscilación. La inmovilidad de un plano matemático expresa un minuto y no una jornada. Para pintar una batalla, se necesita uno de esos poderosos pintores cuyos pinceles tienen algo del caos: Rembrandt vale más que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto al mediodía, miente á las tres. La geometría engaña; solamente es veraz el huracán. Esto es lo que da derecho á Folard para contradecir á Polibio. Añadamos que hay siempre cierto instante en que la batalla dege-nera en combate, se particulariza y se esperece en innumerables hechos de de-

talle, que, valiéndonos de una frase de Napoleón, "pertenece antes á la biografía de los regimientos que á la historia del ejército".

El historiador, en este caso, tiene el derecho de resumir. Sólo puede abarcar los principales contornos de la lucha; y no es dado á ningún narrador, por conciencia que sea, el fijar absolutamente la forma de esa nube horrible que se llama una batalla.

Y esto, que es verdadero tratándose de todos los grandes hechos de armas, es particularmente aplicable á Waterloo.

Sin embargo, después del mediodía, hubo un momento en que pudo apreciarse la batalla con toda exactitud.

VI

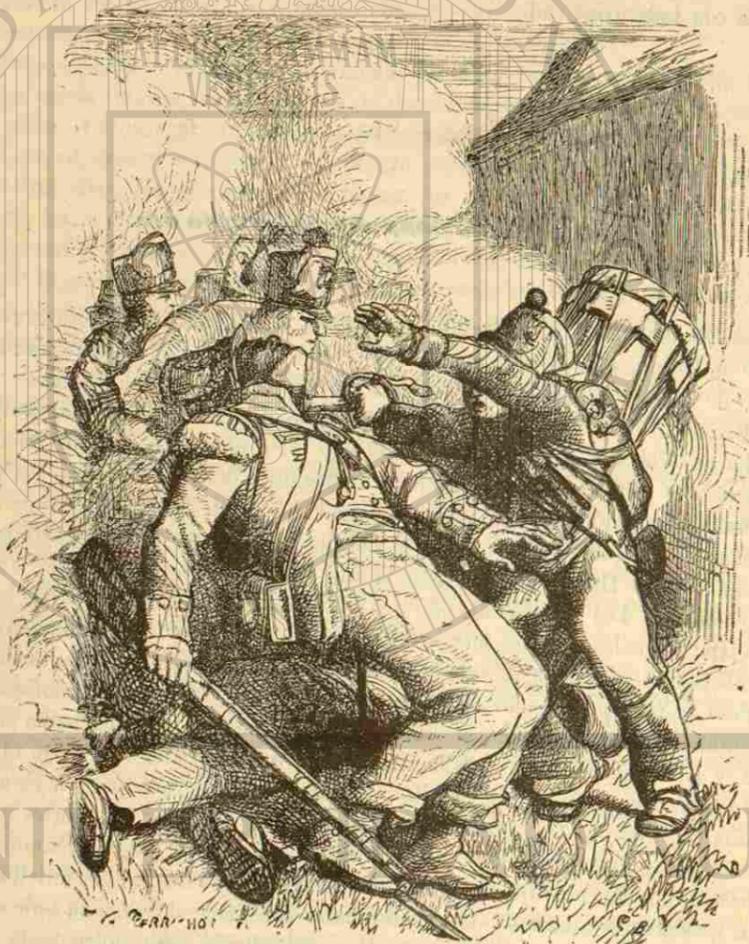
Cuatro horas después del medio día.

A eso de las cuatro de la tarde, la situación del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, Pictón la izquierda. El príncipe de Orange, desatinado y valiente, gritaba á los holando-belgas: "¡Nassau! ¡Brunswick! ¡Jamás retroceder!" Hill, debilitado, dirigíase á apoyar su retaguardia en Wellington; Pictón había muerto. En el mismo instante en que los ingleses habían arrebatado á los franceses la bandera del 105 de línea, los franceses les habían matado á los ingleses al General Pictón de un balazo que le atravesó el cráneo. Para Wellington tenía la batalla dos puntos de apoyo, Hougomont y la Haie Sainte. Hougomont se sostenía aún, pero ardiendo. La Haie Sainte había sido tomada. Del batallón alemán que la defendía, sólo cuarenta y dos hombres sobrevivían; todos los oficiales menos cinco habían sido muertos ó prisioneros. Tres mil combatientes se habían asesinado en aquella granja. Un sargento de la guardia inglesa, el primer boxeador de la Inglaterra, reputado por sus compañeros como invulnerable, había sido muerto por un tamborillo francés. Baring había sido desalojado, y Alten acuchillado. Habíanse perdido muchas banderas, entre ellas una de la división Alten, y otra del batallón de Lunebourg, llevada por un príncipe de la familia de Deux Ponts. Los escoceses grises ya no existían; los fuertes dragones de Ponsomby estaban deshechos. Esta valiente caballería había sucumbido bajo el ímpetu de los lanceros de Bro y de los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos quedaban seiscientos; de tres tenientes coroneles, dos habían sido derribados. Hamilton herido, Mater muerto. Ponsomby había caído, atravesado de siete lanzadas. Gordón había muerto, Marsh también. Dos divisiones, la quinta y la sexta, estaban destruidas.

Asaltado Hougomont y tomada Haie Sainte, sólo quedaba un nudo, el centro. Este nudo continuaba resistiendo. Wellington le reforzó. Llamó á Hill, que estaba en Merle Braine, y á Chassé, que estaba en Braine l'Alleud.

El centro del ejército inglés, un tanto cóncavo, densísimo y compacto, estaba fuertemente situado. Ocupaba la meseta de Mont Saint Jean, teniendo detrás de

si la aldea y delante la pendiente, muy áspera á la sazón. Apoyaba su espalda en la sólida casa de piedra, que en aquella época era dominio señorial de Nivelles, y marca la intersección de los caminos, masa del siglo XVI, tan robusta, que las balas rebotaban en ella sin mellarla. Al redor de la meseta, los ingleses habían cortado aquí y allí los setos, abriendo troneras en los espinos, poniendo bocas de cañón entre dos troncos cruzados, y aspillerando los zarzales. Su artillería estaba emboscada entre abrojos. Este trabajo púnico, incontestablemente autorizado por la guerra, que admite las estratagemas, estaba tan perfectamente hecho, que Haxo,



enviado por el emperador á las nueve de la mañana para reconocer las baterías enemigas, no había visto nada, y había vuelto diciendo á Napoleón que no existía el menor obstáculo, exceptuando las dos barricadas que obstruían los caminos de Nivelles y de Genappe. Era la época en que las mieses están crecidas; en las orillas de la meseta hallábase apostado entre los trigos, un batallón de la brigada Kempt, el 95, armado de carabinas.

Así fuerte y bien apoyado, el centro del ejército anglo-holandés estaba en excelente posición.

El peligro de aquella posición estaba en la selva de Soignes, contigua entonces al campo de batalla, y cortada por las lagunas de Groenendael y de Boitsfort. Un ejército no hubiera podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos hubieran sido disgregados inmediatamente. La artillería se hubiera perdido en los pantanos. La retirada, según opinión de muchos inteligentes, aunque rebatida por otros, hubiera sido una dispersión general.

Wellington añadió á este centro una brigada de Chassé, separada del ala derecha, y otra brigada de Vincke, de la izquierda, y á más la división Clintón. A sus ingleses, á los regimientos de Halkett, á la brigada de Mitchell, á los guardias de Maitland, dió como sostén y refuerzo la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de Ompteda. Así tuvo á mano veintiséis batallones. "El ala derecha", como dice Charras, "fué replegada detrás del centro". Una batería enorme estaba cubierta por sacos de tierra en el lugar donde se encuentra hoy lo que se llama "el museo de Waterloo". Wellington tenía además en un repliegue del terreno los guardias dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era la otra mitad de aquella caballería inglesa, tan justamente célebre. Destruído Ponsomby quedaba Somerset.

La batería, que concluida hubiera sido casi un reducto, estaba dispuesta detrás de una tapia de jardín muy baja, cubierta apresuradamente por una capa de sacos de arena y un ancho repecho de tierra. Esta obra estaba por concluir; había faltado tiempo para empalizarla.

Wellington, inquieto, pero impasible, estaba á caballo, y permaneciendo todo el día en la misma actitud un poco adelantado al antiguo molino de Mont Saint Jean, que existe todavía, bajo un olmo que más tarde un inglés, vándalo entusiasta, compró en doscientos francos, y se lo llevó. Wellington, estuvo allí friamente heróico. Llovían las balas. El ayudante de campo Gordon acababa de caer á su lado. Lord Hill, señalándole un obús que reventaba, le dijo: Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones y qué órdenes nos dejáis, si os dejáis matar? "Hacer lo que yo", respondió Wellington. A Clintón le dijo lacónicamente: "Sostenerse aquí hasta el último hombre". La jornada iba visiblemente mal. Wellington gritaba á sus antiguos compañeros de Talavera, Salamanca y Vitoria.

"Boys" (muchachos), "¿hay quién pueda pensar en huir? ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!"

A eso de las cuatro, la línea inglesa hizo un movimiento hacia atrás. De pronto no se vió ya en la cresta de la meseta más que la artillería y los tiradores, el resto había desaparecido; los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, replegaron al fondo que corta hoy todavía el sendero de la granja de Mont Saint Jean, realizándose un movimiento retrógrado; el frente de batalla inglés desapareció, Wellington retrocedió.

—¡Principio de la retirada!—exclamó Napoleón.

VII

Napoleón de buen humor.

El emperador á caballo, aunque enfermo é incomodado, por un sufrimiento local, no había estado nunca de tan buen humor como aquel día. Desde por la mañana, sonreíase su impenetrabilidad. El 18 de Junio de 1815, aquella alma profunda, cubierta de mármol, irradiaba en la obscuridad. El hombre que había estado sombrío en Austerlitz estuvo alegre en Waterloo. Los más grandes predestinados tienen estas contradicciones. Nuestras alegrías no son más que sombra. La suprema sonrisa pertenece á Dios.

“Ridet Caesar, Pompeius flebit”, decían los soldados de la legión Fulminatril. Pompeyo no debía llorar esta vez; pero es lo cierto, que se reía César.

Desde la una de la noche anterior, explorando á caballo, bajo el aire y la lluvia, acompañado de Bertrand, las colinas inmediatas á Rossomme, satisfecho de ver la larga línea de las fogatas inglesas que iluminaban por completo el horizonte de Frischemont á Braine l'Alleud, habíale parecido que el destino emplazado por él á día fijo en el campo de Waterloo, era exacto á la cita; había detenido su caballo y permanecido inmóvil algún tiempo viendo los relámpagos, oyendo los truenos, y se había oído como aquel fatalista lanzaba en la sombra esta frase misteriosa: “Estamos de acuerdo”. Napoleón se engañaba. No estaban ya de acuerdo.

No se había tomado para dormir un solo minuto, todos los instantes de aquella noche habían señalado para él alguna alegría. Había recorrido toda la línea de las avanzadas de caballería, parándose aquí y allá á hablar con los centinelas. A las dos y media, cerca del bosque de Hougomont, había oído el paso de una columna en marcha; creyó por un momento en la retirada de Wellington. Entonces dijo: “Es la retaguardia inglesa que se prepara á levantar el campo. Haré prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende”. Estaba expansivo; había vuelto á encontrar aquella inspirada verbosidad del desembarco de 10. de Marzo, cuando mostraba al gran Mariscal el aldeano del golfo Juan, exclamando:—“¡Y bien, Bertrand, he aquí ya un refuerzo!” La noche del 17 al 18 de Junio burlábase de Wellington: “¡Ese inglesillo necesita una lección!” dijo el emperador. Hablaba Napoleón, y retumbaba el trueno, mientras la lluvia arreciaba.

A las tres y media de la madrugada había perdido una de sus ilusiones; los oficiales enviados como exploradores le habían dicho que el enemigo no hacía movimiento alguno. Nada se movía, ni un solo fuego de vivaque se había apagado. El ejército inglés dormía. El silencio era profundo en la tierra; no había más ruido que el del cielo. A las cuatro, condujeron á su presencia los exploradores un aldeano que había servido de guía á una brigada de caballería inglesa, probablemente la brigada Vivian, que iba á tomar posesión de la aldea de Ohain, á la extrema izquierda. A las cinco, dos desertores belgas le habían informado que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla.—“¡Tanto mejor!”—había exclamado Napoleón.—“Prefiero más bien derribarlos que rechazarlos”.

Por la mañana, en el ribazo que forma el ángulo del camino de Plancenoit, había echado pie á tierra en medio del lodo, y había mandado que le llevaran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla rústica; se había sentado, teniendo un haz de paja por alfombra, y había desdoblado sobre la mesa el mapa del campo de batalla, diciendo á Soult: “¡Lindo tablero!”

A consecuencia de la lluvia de la noche, los convoyes de víveres, atascados en los caminos llenos de baches, no habían podido llegar de mañana; los soldados no habían dormido, estaban calados y en ayunas, lo cual no había impedido á Napoleón decir alegremente á Ney: “Tenemos noventa probabilidades de las ciento”. A las ocho sirvieron el almuerzo al emperador. “Tenía convidados muchos generales”.

Durante el almuerzo se dijo que Wellington estuvo la antevíspera en el baile de la duquesa de Richmond en Bruselas, y Soult, soldado rudo con cara de arzobispo, dijo: “El baile es hoy”. El emperador había contestado con una chanzoneta á Ney, que había dicho: “Wellington no será tan simple que espere á vuestra majestad”. Era esta su costumbre. “Gustábale chancearse”, dice Fleury de Chaboulón.

“El fondo de su carácter era un humor festivo”, dice también Gourgaud.

“Abundaba en chanzonetas, más originales que ingeniosas”, dice Benjamín Constant.

Estas espontaneidades del gigante valen la pena de que insistamos. El fué quien llamó á sus granaderos “gruñones”, pellizcándoles las orejas y tirándoles de los bigotes.

“El emperador no cesaba de hacernos jugarretas”, decía uno de ellos.

Durante la misteriosa travesía de la isla de Elba á Francia, el 27 de Febrero, en alta mar, el bergantín de guerra francés el “Zephyr” encontró al bergantín “Inconstante”, donde Napoleón iba escondido, y al pedir al “Inconstante” noticias de Napoleón, el emperador, que llevaba aún en aquel momento en su sombrero la escarapela blanca y amaranto sembrado de abejas, adoptada por él en la isla de Elba, había tomado riendo la bocina y respondió él mismo: “El emperador sigue bien”. Quien así se ríe, está familiarizado con los sucesos. Napoleón había tenido muchos accesos de semejante risa durante el almuerzo de Waterloo. Después de almorzar se quedó pensativo un cuarto de hora, y luego dos generales se sentaron en el haz de paja, con la pluma en una mano y un pliego de papel sobre la rodilla: el emperador les dictó la orden de batalla.

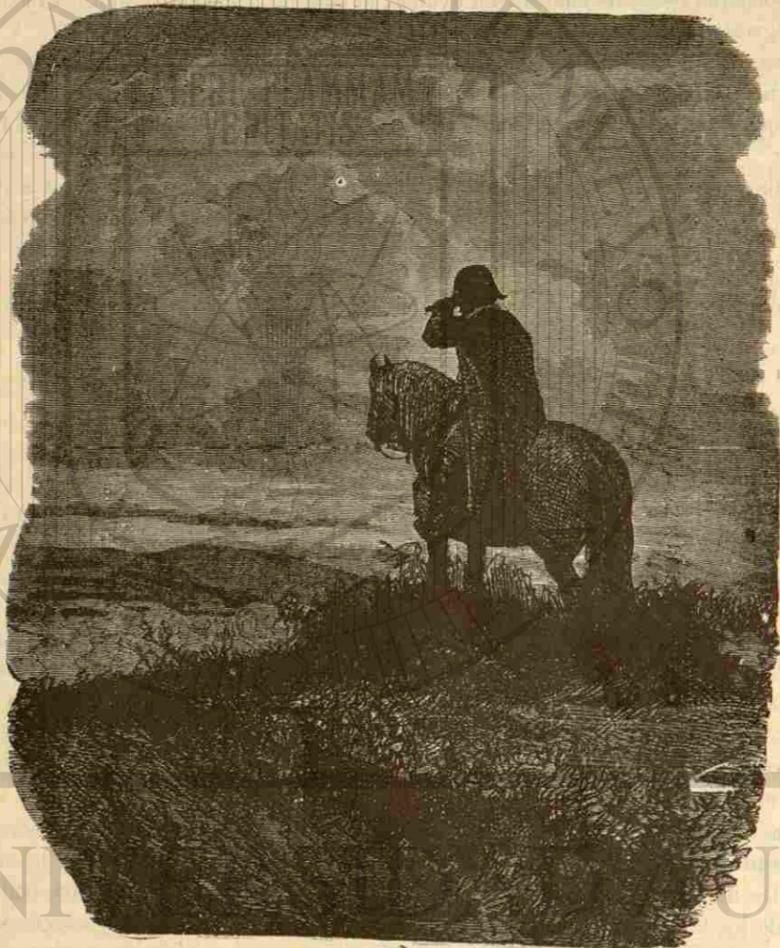
A las nueve, en el instante en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegándose las divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, las bandas de música á la cabeza, batiendo marcha, con el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, poderoso, vasto y alegre mar de cascos, sables y bayonetas en el horizonte, el emperador conmovido había exclamado por dos veces: ¡Magnífico, magnífico!

De las nueve á las diez y media, todo el ejército, lo cual parece increíble, había tomado posiciones y se había ordenado en seis líneas, formando, para repetir la frase del emperador, “una figura de seis VV”. Algunos instantes después de la formación de la línea de batalla, en medio de aquel profundo silencio, precursor de la tormenta que precede á los combates, viendo desfilar las tres baterías de á doce, destacadas por su orden de los tres cuerpos de Erlón, de Reille y de Lobau, y destinadas á comenzar la acción, atacando á Mont Saint Jean, donde se encuentra la in-

tersección de los caminos de Nivelles y de Genappe. Tocó el emperador en el hombro á Haxo, diciéndole: "He aquí veinticuatro buenas mozas, general".

Seguro del éxito, había alentado con una sonrisa, al pasar delante de él, á la compañía de zapadores del primer cuerpo, designada por él mismo para hacerse fuerte en Mont Saint Jean, en cuanto fuese tomada la aldea.

Toda aquella serenidad no fué turbada más que por una palabra de altiva compasión, al ver á su izquierda, en el lugar en que se encuentra hoy una gran tum-



ba, formar en masa con sus soberbios caballos á aquellos admirables escoceses grises, dijo: "¡Es lástima!"

Después montó á caballo, dirigiéndose hacia Rossomme, y eligió para observatorio un reducido montecillo de césped á la derecha del camino de Genappe á Bruselas, que fué su segunda parada durante la batalla.

Su tercera parada, la de las siete de la tarde, entre la Belle Alliance y la Haie Sainte, es terrible; es un cerrillo bastante elevado que existe todavía, detrás del cual se había agrupado la guardia en un declive de la llanura. Al rededor de

este cerro rebotaban las balas sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleón. Como en Briene, sentía sobre su cabeza el silbido de las balas y de las granadas. Hanse recogido casi en el mismo punto donde puso los pies su caballo, balas oxidadas, hojas viejas de sable y proyectiles informes y corroídos. "Scabra rubigine". Hace algunos años se desenterró un obús de á sesenta, cargado todavía, cuya espoleta se había roto al ras de la bomba. En esta última parada fué donde el emperador le dijo á su guía Lacoste, aldeano hostil, el cual iba atado lleno de miedo á la silla de un húsar, volviéndose á cada descarga de metralla, y procurando esconderse detrás de Napoleón: "¡Imbécil! Esto es vergonzoso. Vas á hacer que te maten por la espalda".

El que estas líneas escribe ha encontrado por sí mismo en la movediza pendiente de aquel cerrillo, ahondando en la arena, los restos del cuello de una bomba, descompuestos por el óxido de cuarenta y seis años, y trozos de hierro viejo que se rompían entre sus dedos como varas de sauco.

Las ondulaciones de las llanuras distintamente inclinadas, donde se verificó el combate entre Napoleón y Wellington, no son ya, como nadie ignora, lo que eran en 18 de Junio de 1815. Al tomar de ese campo fúnebre lo que fué necesario para levantar en él un monumento, le quitaron su relieve natural, y la historia desconcertada no puede reconocerlo.

Para glorificarlo se le ha desfigurado.

Wellington, al volver á ver dos años después á Waterloo, asombróse y dijo: "¡Me han cambiado mi campo de batalla!" Allí donde está hoy la gran pirámide de tierra coronada del león, había una cresta que descendía hacia el camino de Nivelles en rampa practicable, pero que del lado de la calzada de Genappe era casi escarpado por completo. La elevación de esta escarpadura puede medirse todavía en la actualidad por la altura de los dos terraplenes de las dos grandes sepulturas que encajonan el camino de Genappe á Bruselas: una, la tumba inglesa, á la izquierda; otra, la tumba alemana, á la derecha. No hay allí tumba francesa. Para Francia, toda aquella llanura es un sepulcro. Gracias á las mil y mil carretadas de tierra, empleadas para el promontorio de ciento cincuenta pies de alto y de casi media milla de circuito, la meseta de Mont Saint Jean es hoy día accesible por una cuesta suave; el día de la batalla, sobre todo por la parte de la Haie Sainte, era de acceso áspero y difícil, siendo tan inclinada la vertiente, que los cañones ingleses no veían por bajo de ellos la granja situada en el fondo del valle, centro del combate.

El 18 de Junio de 1815, la lluvia había además agrietado profundamente aquella aspereza, el lodo dificultaba la subida; de manera que no bastaba trepar, sino que era preciso hundirse en el barro. A lo largo de la cresta de la meseta corría una especie de foso imposible de adivinar para un observador lejano.

¿Qué foso era aquel? Digámoslo. Braine l'Alleud es una aldea de Bélgica. Onain es otra. Estas aldeas, escondidas ambas en las curvas del terreno, están unidas por un camino de cerca de legua y media, que atraviesa una llanura ondulante, entrando y hundiéndose muchas veces como un surco entre las colinas, lo que convierte el camino en barranco en muchos puntos. En 1815, como hoy mismo, ese camino cortaba la cresta de la meseta de Mont Saint Jean entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles; solamente que en la actualidad está al mismo nivel de la

llanura, y entonces era una hondonada, pues sus dos repechos laterales han servido para el promontorio monumental.

Este camino era y es todavía una zanja en la mayor parte de su trayecto; zanja de una profundidad á veces de doce pies, y cuyas laderas escarpadas se hundían en algunos sitios, sobre todo en invierno, por la fuerza de los aguaceros. Esto ocasionaba diversos accidentes.

El camino resultaba tan estrecho á la entrada de Braine l'Alleud, que un viajero había sido allí aplastado por un carro, como lo atestigua una cruz de piedra levantada junto al cementerio, donde se lee el nombre del muerto, "el señor Bernardo Debrye, mercader de Bruselas", y la fecha del accidente, Febrero de 1637.

Dice así la inscripción:

ALERE FLAMMAM
VERITATIS M. O.
AQUI FUE APLASTADO DESGRACIADAMENTE
POR UN CARRO
EL SR. BERNARDO DEBRYE,
MERCADER DE BRUSELAS EL (ilegible)
FEBRERO DE 1637.

Era tan profundo también, en la meseta de Mont Saint Jean, que un aldeano, Mateo Nicaise, fué igualmente aplastado en 1783 por un hundimiento del repecho, lo que atestiguaba también otra cruz de piedra, cuyos brazos desaparecieron al hacerse el desmonte, pero cuyo pedestal derribado permanece todavía visible en la pendiente del cesped, á la izquierda de la calzada, entre la Haie Saint y la granja de Mont Saint Jean.

En un día de batalla, aquel camino hondo, de cuya existencia nada daba indicio, cortando la cresta de Mont Saint Jean, formando foso en la cima de la escarpadura, barranco oculto entre los cerros, era invisible, es decir, terrible.

VIII

El emperador dirige una pregunta al guía Lacoste

Es lo cierto que, en la mañana de Waterloo, Napoleón estaba contento.

Y tenía razón; el plan de batalla concebible por él, según hemos consignado, era efectivamente admirable.

Una vez empeñada la batalla, sus diversas peripecias, la resistencia de Hougomont, la tenacidad de la Haie Sainte, muerto Bauduin, Foy fuera de combate, el muro inesperado donde fué á estrellarse la brigada Soye, el fatal aturdimiento de Guillemint al carecer de petardos y sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías; las quince piezas sin escolta deshechas por Uxbridge en una hondonada; el poco efecto de las bombas al caer en las líneas inglesas, hundiéndose en el suelo empapado de agua por la lluvia levantando solamente volcanes de lodo, de suerte

que la metralla se convertía en salpicadura fangosa; la inutilidad del ataque simulado de Piré contra Braine l'Alleud, todo esa caballería, quince escuadrones, casi anulada; el ala derecha inglesa poco inquietada, mal atacada el ala izquierda, el extraño error de Ney agrupado en vez de escalonar; las cuatro divisiones del primer cuerpo, masas compactas en veintisiete filas, y frentes de doscientos hombres, entregados así á la metralla; los horribles claros causados por las balas en esas masas; las columnas de ataque desunidas; la batería de escarpa bruscamente descubierta por su flanco; Bourgeois, Donzelot y Durutte comprometidos; Quiot rechazado; el teniente Vieux, aquel hércules procedente de la escuela politécnica, herido en el momento en que derribaba á hachazos la puerta de la Haie Sainte bajo el fuego lanzado de lo alto por la barricada inglesa que cortaba el ángulo de la carretera de Genappe á Bruselas; la división Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á quema ropa entre los trigos por Best y Pack, acuchillada por Ponsomby, y clavada su batería de siete piezas; el príncipe de Sajonia Weymar manteniendo y conservando, contra el conde de Erlón, á Erischemont y Smohain; la bandera del 105 tomada, y tomada también la del 45; aquel húsar negro prusiano detenido por los exploradores de la columna volante de trescientos cazadores recorriendo el terreno entre Wavre y Placenoit; las noticias poco tranquilizadoras dadas por este prisionero; la tardanza de Grouchy, los mil quinientos hombres muertos en menos de una hora en el cercado de Hougomont, los mil ochocientos caídos en menos tiempo todavía, al rededor de la Haie Sainte; todos esos incidentes tempestuosos, pasando como nubes de la batalla delante de Napoleón, apenas turbaron su mirada sin haber anublado en modo alguno aquel semblante imperial con la menor incertidumbre. Napoleón estaba acostumbrado á mirar la guerra en general: jamás hizo guarismo por guarismo la adición dolorosa del detalle; los números le importaban poco, mientras le diesen el total de la Victoria. Aun cuando los principios saliesen equivocados, no se alarmaba, porque se creía dueño y poseedor del final; sabía esperar, suponiéndose entonces fuera de la cuestión, trataba al destino de igual á igual. Parecía decir á la suerte: No creo que te atrevas.

Dividido en luz y sombra, Napoleón se sentía protegido en el bien y tolerado en el mal. Tenía, ó creía tener en su favor, una connivencia, casi podría decirse una complicidad con los sucesos, equivalente á la antigua invulnerabilidad.

No obstante, teniendo tras sí Bérésima, Leipzick y Fontainebleau, parece que podía desconfiarse de Waterloo. Un misterioso fruncimiento de cejas resultaba visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrocedió, estremeciése Napoleón. Vió desguarnecerse de súbito la meseta de Mont Saint Jean y desaparecer el frente del ejército inglés. Era que se rehacía, pero ocultándose. El emperador se medio levantó sobre los estribos. El rayo de la victoria cruzó ante sus ojos.

Wellington acorralado en la selva de Soignes y destruído, era el aniquilamiento definitivo de Inglaterra por Francia; era Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies vengados. El hombre de Marengo borraba á Azincourt.

El emperador, meditando entonces aquella terrible peripecia, paseó por última vez su anteojo sobre todos los puntos del campo de batalla. Su guardia descansando sobre las armas detrás de él, le observaba desde abajo con cierta contemplación religiosa.

Meditaba; examinaba las vertientes, observaba las pendientes, escudriñaba el grupo de árboles y el cuadro de centeno como el sendero; parecía cortar uno á uno los matorrales.

Fijóse en las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos anchas talas de árboles, la de la calzada de Genappe por cima de la Haie Sainte, armada con dos cañones, únicos de toda la artillería inglesa que apuntasen al fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles donde resplandecían las bayonetas holandesas de la brigada Chasé. Vió junto á aquella barricada la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, situada en el ángulo de la travesía hacia Braine l'Alleud.

Inclinóse sobre el caballo, y habló á media voz al guía Lacoste. El guía hizo un signo de cabeza negativo, probablemente pérfido.

Levantóse de nuevo el emperador y reflexionó.

Wellington había retrocedido.

Ya no faltaba más que contemplar aquel retroceso arrollándole de una vez.

Napoleón, volviéndose bruscamente, expidió una estafeta á todo escape á París, anunciando que se había ganado la batalla.

Napoleón era uno de esos genios que producen el trueno.

Acababa de encontrar el rayo.

Dió orden á los coraceros de Milhaud de tomar la meseta de Mont Saint Jean.

IX

Lo inesperado

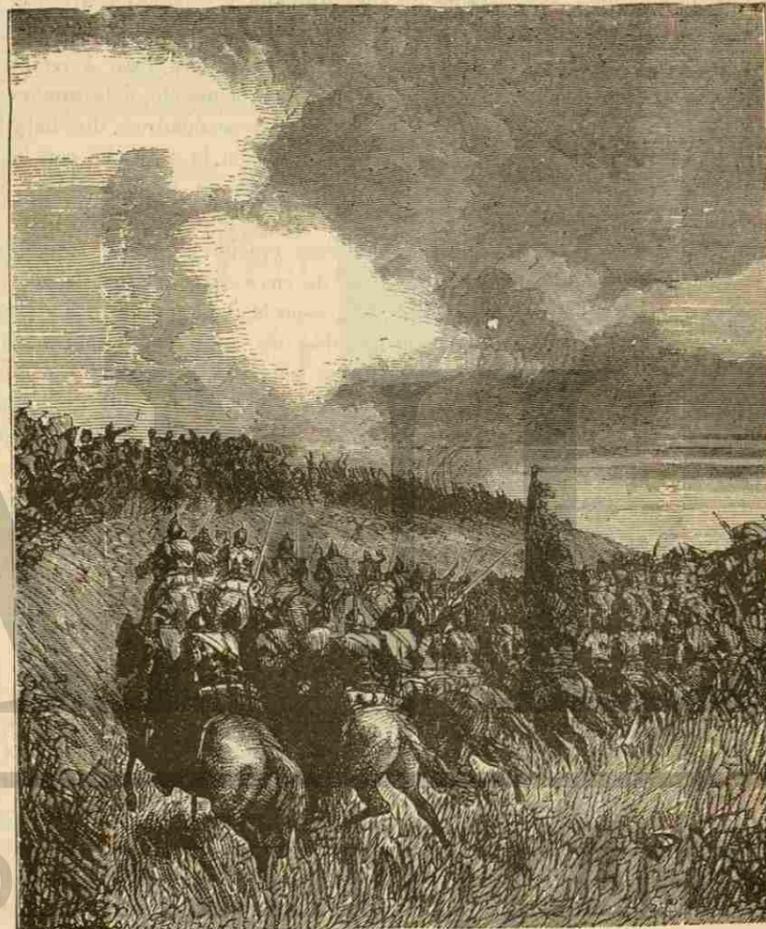
Eran tres mil quinientos. Presentaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres gigantes montados en caballos colosales. Eran veintiséis escuadrones, y tenían detrás, para apoyarles, la división de Lefebvre Desnouettes, los ciento seis gendarmes escogidos, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientos ochenta lanzas. Llevaban cascos sin crines y corazas de hierro batido, pistolas de arzón en las fundas y largos espada-sables. Por la mañana todo el ejército les había admirado, cuando, á las nueve, tocaban los clarines y entonaban todas las bandas el himno: "Veamos por la salud del imperio", habían venido en columna cerrada, con una de sus baterías al fianco y la otra en el centro, desplegándose en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont, para ocupar su punto de batalla en aquella poderosa segunda línea, tan sabiamente dispuesta por Napoleón, la cual, teniendo á su extrema izquierda los coraceros de Kellermann y á su extrema derecha los coraceros de Milhaud, tenía, por así decirlo, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la orden del emperador. Ney sacó su espada y se puso á la cabeza. Los escuadrones enormes partieron.

Entonces se vió un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, con los sables desenvainados, banderines y trompetas al viento, formada en columna por divisiones, descendió con un mismo movimien-

to y como un solo hombre, con la precisión de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Belle Alliance, penetrando en la formidable ondonada en donde tantos hombres habían ya caído, desapareció en medio del humo, saliendo después de entre la sombra, reapareciendo al lado del valle, siempre compacta y unida, subiendo al trote largo, al través de una nube de metralla que llovía sobre ella, la espantosa pendiente de fango de la meseta de Mont Saint Jean. Subían gravemen-



te, amenazadores, imperturbables; en los intervalos de la fusilería y de la artillería, oíase aquel pisoteo colosal de caballos. Siendo dos divisiones, eran dos columnas; la división Wathior ocupaba la derecha, la división Derlot la izquierda. Creíase ver de lejos, prolongándose hacia la cresta de la meseta, dos inmensas culebras de acero atravesando la batalla como un prodigio.

Nada parecido se había visto desde la toma del gran reducto de Moskowa por la caballería pesada. Murat faltaba aquí, pero estaba Ney. Parecía que aquella masa se había convertido en un monstruo, con una sola alma. Cada escuadrón endulaba y se dilataba como el anillo de un pólipo, se les distinguía al través de

Meditaba; examinaba las vertientes, observaba las pendientes, escudriñaba el grupo de árboles y el cuadro de centeno como el sendero; parecía cortar uno á uno los matorrales.

Fijóse en las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos anchas talas de árboles, la de la calzada de Genappe por cima de la Haie Sainte, armada con dos cañones, únicos de toda la artillería inglesa que apuntasen al fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles donde resplandecían las bayonetas holandesas de la brigada Chasé. Vió junto á aquella barricada la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, situada en el ángulo de la travesía hacia Braine l'Alleud.

Inclinóse sobre el caballo, y habló á media voz al guía Lacoste. El guía hizo un signo de cabeza negativo, probablemente pérfido.

Levantóse de nuevo el emperador y reflexionó.

Wellington había retrocedido.

Ya no faltaba más que contemplar aquel retroceso arrollándole de una vez.

Napoleón, volviéndose bruscamente, expidió una estafeta á todo escape á París, anunciando que se había ganado la batalla.

Napoleón era uno de esos genios que producen el trueno.

Acababa de encontrar el rayo.

Dió orden á los coraceros de Milhaud de tomar la meseta de Mont Saint Jean.

IX

Lo inesperado

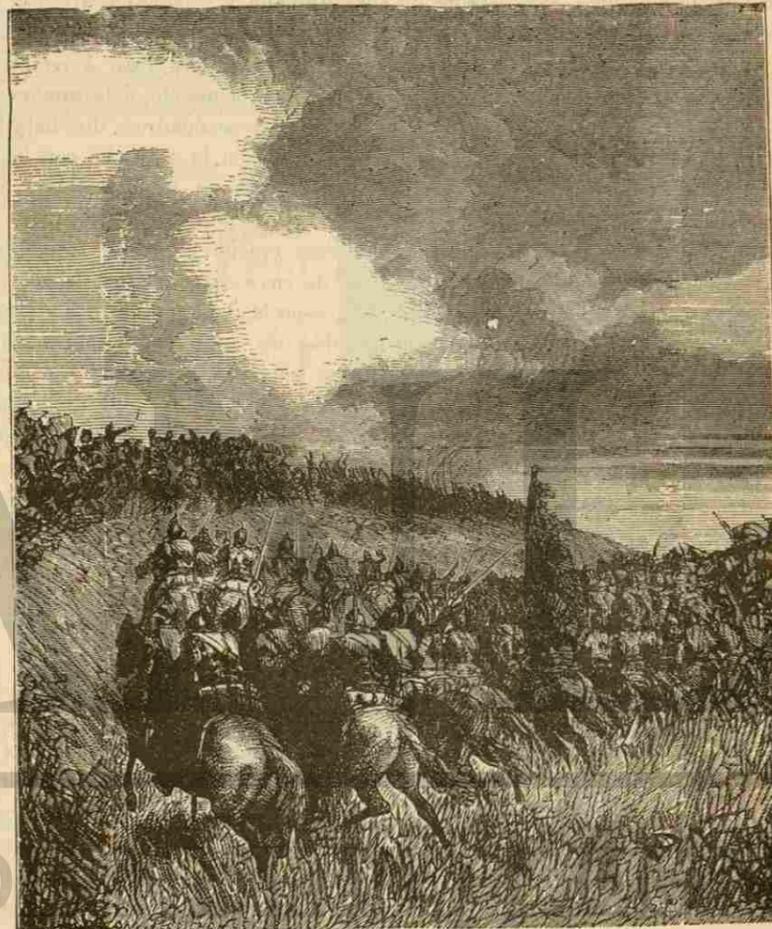
Eran tres mil quinientos. Presentaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres gigantes montados en caballos colosales. Eran veintiséis escuadrones, y tenían detrás, para apoyarles, la división de Lefebvre Desnouettes, los ciento seis gendarmes escogidos, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientos ochenta lanzas. Llevaban cascos sin crines y corazas de hierro batido, pistolas de arzón en las fundas y largos espada-sables. Por la mañana todo el ejército les había admirado, cuando, á las nueve, tocaban los clarines y entonaban todas las bandas el himno: "Veamos por la salud del imperio", habían venido en columna cerrada, con una de sus baterías al fianco y la otra en el centro, desplegándose en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont, para ocupar su punto de batalla en aquella poderosa segunda línea, tan sabiamente dispuesta por Napoleón, la cual, teniendo á su extrema izquierda los coraceros de Kellermann y á su extrema derecha los coraceros de Milhaud, tenía, por así decirlo, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la orden del emperador. Ney sacó su espada y se puso á la cabeza. Los escuadrones enormes partieron.

Entonces se vió un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, con los sables desenvainados, banderines y trompetas al viento, formada en columna por divisiones, descendió con un mismo movimien-

to y como un solo hombre, con la precisión de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Belle Alliance, penetrando en la formidable ondonada en donde tantos hombres habían ya caído, desapareció en medio del humo, saliendo después de entre la sombra, reapareciendo al lado del valle, siempre compacta y unida, subiendo al trote largo, al través de una nube de metralla que llovía sobre ella, la espantosa pendiente de fango de la meseta de Mont Saint Jean. Subían gravemen-



te, amenazadores, imperturbables; en los intervalos de la fusilería y de la artillería, oíase aquel pisoteo colosal de caballos. Siendo dos divisiones, eran dos columnas; la división Wathior ocupaba la derecha, la división Derlot la izquierda. Creíase ver de lejos, prolongándose hacia la cresta de la meseta, dos inmensas culebras de acero atravesando la batalla como un prodigio.

Nada parecido se había visto desde la toma del gran reducto de Moskowa por la caballería pesada. Murat faltaba aquí, pero estaba Ney. Parecía que aquella masa se había convertido en un monstruo, con una sola alma. Cada escuadrón endulaba y se dilataba como el anillo de un pólipo, se les distinguía al través de

una vasta humareda, rasgada aquí y allí. Revuelta y confusa mezcla de cascos, crines, sables, brineos borascosos de las grupas de los caballos entre el estampido del cañón y el sonido de clarines, tumulto disciplinado y terrible; y por cima de todo, el movedizo brillar de las corazas como las escamas sobre la hidra.

Esta narración parece de otros tiempos. Algo parecido á esta visión aparecía sin duda en las antiguas epopeyas orféricas describiendo los hombres caballos, los antiguos hipantropos, esos titanes de cara humana y pecho ecuestre que escalaron á galope el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Extraña coincidencia numérica, veintiséis batallones iban á recibir á aquellos veintiséis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería oculta, la infantería inglesa, formada en trece cuadros, dos batallones por cuadro, y en dos líneas, siete en la primera, seis en la segunda, con la culata al hombro, apuntando y atenta á lo que iba á venir, serena, inmóvil, muda: estaba esperando. No veía á los coraceros, ni los coraceros la veían á ella. Oía como iba sabiendo aquella marea de hombres. Oía como crecía el ruido de aquellos tres mil caballos, el pisoteo alternativo y simétrico de sus cascos al trote largo, el roce de las corazas, el choque de los sables, y una especie de resoplido grandioso y feroz. Hubo un momento de silencio espantoso; después, apareció de súbito por cima de la cresta una larga fila de brazos levantados blandiendo sables, y los cascos, y las trompetas, y los banderines: y tres mil cabezas con bigotes grises gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocando en la meseta, pareció el principio de un terremoto.

De repente, cosa trágica, á la izquierda de los ingleses, á nuestra derecha, la cabeza de la columna de los coraceros se encabritó con un clamor horrible. Al llegar al punto culminante de la cresta, desenfrenados, en toda su furia y en su carrera de exterminio, sobre los cuadros y cañones, los coraceros acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, una gran zanja. Era la hondonada del camino de Ohain.

Espantoso momento. El barranco estaba allí, inesperado, abierto á pico bajo los pies de los caballos, á la profundidad de dos toesas entre los repechos de ambos lados. La segunda fila empujó á la primera, y la tercera empujó á la segunda. Los caballos se encabritaban queriendo volver atrás, caían sobre sus grupas, alzaban al aire sus cuatro pies, tirando y derrumbando á los jinetes, agrupándose unos contra otros é imposibilitados de retroceder. Toda la columna no era más que un solo proyectil, la fuerza adquirida para destruir á los ingleses aplastó á los franceses. El barranco inexorable no podía ser vencido sino llenándole; jinetes y caballos rodaron confundidos en él, atropellándose y mezclados unos á otros, no formando más que una sola carne en aquel abismo; y cuando aquel foso estuvo ya lleno de hombres vivos, pasando por encima atravesaron la zanja los demás. Casi una tercera parte de la brigada Dubois se hundió en aquel abismo.

Aquí comenzó la pérdida de la batalla.

Una tradición local, evidentemente exagerada, dice que dos mil caballos y mil quinientos hombres quedaron sepultados en la hondonada de Ohain. En este número van verosíblemente comprendidos todos los demás cadáveres arrojados en el barranco al día siguiente del combate.

Notaremos de paso que aquella brigada Dubois, tan funestamente maltratada,

era la misma que una hora antes, en carga aparte, había arrancado su bandera al batallón de Lunebourg.

Napoleón antes de ordenar la carga de los coraceros de Milhaud, había examinado el terreno, pero sin haber alcanzado ver ese camino hondo, que ni siquiera formaba un solo relieve en la superficie de la meseta. Advertido, sin embargo, y llamada su atención por la capillita blanca que marcó el ángulo del camino con la caizada de Nivelles, había dirigido, probablemente sobre la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guía Lacoste. El guía había respondido "no".

Casi podría decirse que de aquel movimiento de cabeza de un aldeano surgió la catástrofe de Napoleón.

Otras fatalidades debían todavía surgir.

¿Era posible que Napoleón ganase aquella batalla? Nosotros respondemos que no. ¿Por qué? ¿Por causa de Wellington? ¿Por causa de Blieker? No. Por causa de Dios.

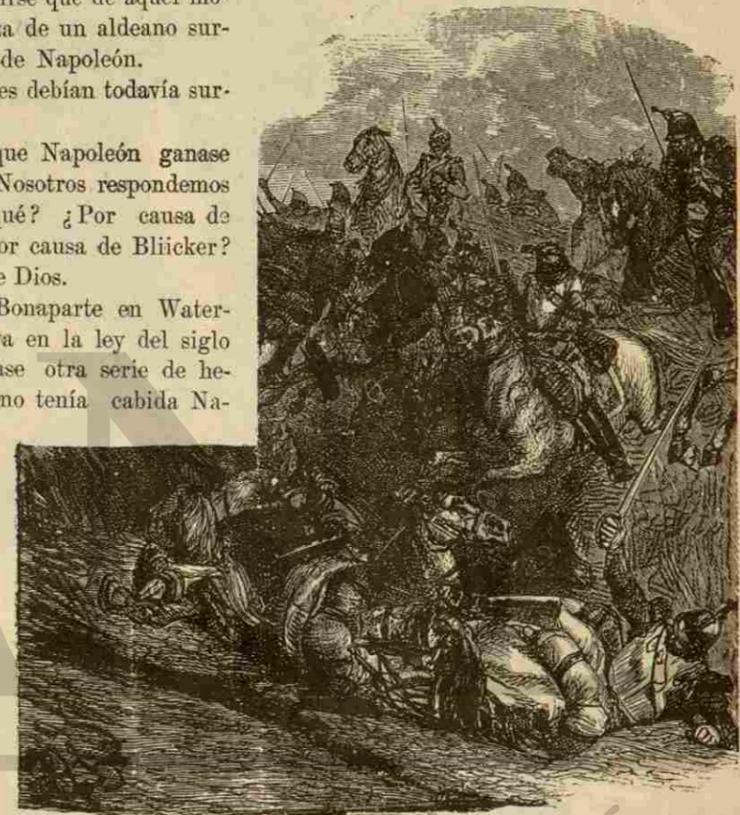
Que venciese Bonaparte en Waterloo, no entraba ya en la ley del siglo XIX. Preparábase otra serie de hechos, en la cual no tenía cabida Napoleón. La mala voluntad de los sucesos venía anunciándose de larga fecha.

Había llegado ya la época de la caída de aquel hombre inmenso.

El excesivo peso de aquel hombre en el destino de la humanidad turbaba el equilibrio. Aquel individuo pesaba más él solo que el grupo universal. Esta plétora de toda la vitabilidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subiéndose al cerebro de un hombre, sería mortal para la civilización, á durar mucho. Había llegado el momento en que la incorruptible equidad suprema debía advertirlo. Probablemente se sentían lastimados los principios y los elementos, de los que dependen las gravitaciones regulares en el orden moral como en el orden material. La sangre humeante, el rellamamiento de los cementerios, las madres llorando, son en verdad quejidos temibles. Existen, cuando la tierra sufre excesivamente sobrecargada, gemidos misteriosos que parten de la sombra y oye el abismo. Napoleón había sido denunciado en el infinito, y estaba decretada su caída.

Molestaba á Dios.

Waterloo no es, por lo tanto, una batalla; es el cambio de frente del universo.





El camino D'Othain

X

La meseta de Mont-Saint-Jean.

Al mismo tiempo que el barranco, descubri6se la baterfa.

Sesenta ca6ones y los trece cuadros abrasaron 6 los coraceros 6 boca de jarro. El intr6pido General Delort hizo el saludo militar 6 la baterfa inglesa.

Toda la artillerfa volante inglesa habfa entrado al galope dentro de los cuadros. Los coraceros no tuvieron ni un solo minuto para respirar. El desastre del barranco les habfa diezclado, pero no desalentado. Eran de aquellos hombres que cuanto disminuyen en n6mero lo aumentan en valor.

La columna Wathier habfa sufrido 6nicamente el desastre; la columna Delort, 6 la que Ney habfa hecho oblicuar 6 la izquierda, como si presintiese el enga6o, habfa llegado entera.

Los coraceros se lanzaron sobre los cuadros ingleses.

Pegados al cuerpo del caballo, las bridas sueltas, el sable entre los dientes y pistola en mano, tal fu6 el ataque.

Hay momentos en las batallas en que el 6nimo endurece al hombre hasta convertir al soldado en estatua, y en que toda su carne se vuelve granito. Los batallones ingleses, desesperadamente acometidos, no se movieron.

Aquello fu6 horroroso.

Todos los frentes de los cuadros ingleses fueron atacados 6 la vez. Un torbellino fren6tico los envolvfa. Aquella frfa infanterfa permaneci6 impasible. La primera fila, rodilla en tierra, recibf6 6 los coraceros con las bayonetas, la segunda los fusilaba; detrfas de la segunda fila, los artilleros cargaban los ca6ones, abriase el frente del cuadro, dejando pasar una erupci6n de metralla, y volvfya 6 cerrarse. Los coraceros respondfan aplastando. Sus grandes caballos se encabritaban, levantando las piernas sobre las filas enemigas, saltando por encima de las bayonetas y cayendo como gigantes en medio de aquellos cuatro muros vivientes. Las balas abrfan claros en los coraceros, los coraceros abrfan brechas en los cuadros. Filas enteras de hombres desaparecfan deshechas bajo los pies de los caballos. Las bayonetas se hundfan en los vientres de aquellos centauros. De ahf la deformidad de heridas como no se hayan visto tal vez nunca.

Mutilados los cuadros por aquella caballerfa enfurecida, estrech6banse sin descomponerse. Inagotables en metralla, estallaban en medio de sus acometedores. La forma de ese combate era monstruosa. Aquellos cuadros no eran ya batallones, eran cr6teres, aquellos coraceros no eran una caballerfa, sino una tempestad. Cada cuadro era un volc6n atacado por una nube; la lava combatiendo al rayo.

El 6ltimo cuadro de la derecha, el m6s expuesto de todos por carecer de apoyo, fu6 casi aniquilado 6 los primeros choques. Componfase del 75. regimiento de highlanders. El gaitero, colocado en el centro, mientras se exterminaban 6 su alrededor, bajando con distracci6n profunda sus ojos melanc6licos, llenos del reflejo de las selvas y los lagos, sentado sobre un tambor y su gaita bajo el brazo,

tocaba los aires de sus montañas. Aquellos escoceses morían pensando en Ben Lotherian, como los griegos acordándose de Argos. El sable de un coracero, derribando de un golpe la gaita y el brazo que la sostenía, acabó con la música, matando al músico.

Los coraceros relativamente poco numerosos, y aminorados por la catástrofe del barranco, tenían en contra suya á casi todo el ejército inglés; pero se multipli-



caban, valiendo cada uno por diez. Así es que algunos batallones hannoverianos iban ya replegándose. Wellington lo vió, y pensó en su caballería. Si Napoleón, en aquel mismo instante hubiese pensado en su infantería, habría ganado la batalla. Este olvido fué su grande y fatal error.

De pronto los coraceros acometedores viéronse acometidos. La caballería inglesa estaba á sus espaldas. Al frente los cuadros, detrás Somerset; Somerset eran los mil cuatrocientos guardias dragones; Somerset tenía á su derecha á Dornberg con la caballería ligera de alemanes, y á su izquierda á Trip con los carabineros belgas; los coraceros, atacados de frente y retaguardia, á derecha é izquierda, por

la infantería y la caballería, tenían que hacer cara á todas partes. ¿Qué les importaba? Eran un torbellino. Su bravura rayó en lo inexplicable.

Además, tenían detrás de sí la batería, tronando sin cesar. Y sólo así podían ser, tales hombres, heridos por la espalda. Una de sus corazas, agujereada en el omoplato izquierdo por una bala de cañón, está en la colección del museo de Waterloo.

Para tales franceses, eran indispensables ingleses como aquellos.

Ya no fué aquello una lucha; fué una sombra, una furia, un arrebató vertiginoso de ánimo y valor, un huracán de espadas centelleantes. En un instante los mil cuatrocientos guardias dragones quedaron reducidos á ochocientos; Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y cazadores de Lefebvre Desnouettes. La meseta de Mont Saint Jean fué tomada, recobrada, y vuelta á tomar. Los coraceros dejaban la caballería para volverse contra la infantería, ó por mejor decir, toda aquella confusión formidible se acogotaba, sin soltarse uno á otro. Los cuadros permanecieron firmes. Hubo doce asaltos. Ney tuvo cuatro caballos muertos. La mitad de los coraceros quedó en la meseta. Esta horrorosa lucha duró dos horas.

El ejército inglés quedó profundamente quebrantado. Es indudable que si los coraceros no hubiesen sido debilitados en su primer choque por el desastre de la hondonada, habrían acorralado el centro y decidido la victoria. Esta caballería extraordinaria petrificó á Clinton, quién había visto las batallas de Talavera y Badajoz. Wellington, vencido en sus tres cuartas partes, admirábales heroicamente, exclamando á media voz: ¡Sublime!

Los coraceros destrozaron siete de los trece cuadros, tomaron ó clavaron sesenta piezas de artillería, y cogieron á los regimientos ingleses seis banderas, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia fueron á llevar al emperador delante de la granja de la Belle Alliance.

La situación de Wellington había empeorado. Aquella batalla singular era como un duelo entre dos heridos encarnizados, que, cada uno por su parte, al par que combate y se resiste, va perdiendo toda la sangre. ¿Cuál de los dos caerá primero?

La lucha de la meseta continuaba.

¿Hasta dónde llegaren los coraceros? Nadie podría decirlo. Lo que sí es cierto, es que al día siguiente de la batalla fueron hallados muertos un coracero y su caballo entre la armadura de la báscula de pesar carruajes en Mont Saint Jean, en el punto mismo donde se cruzan y dividen los cuatro caminos de Nivelles, de Menappe, de La Hulpe y de Bruselas. Este jinete había atravesado las líneas inglesas. Uno de los hombres que levantaron su cadáver vive todavía en Mont Saint Jean. Se llama Dehaze. Tenía á la sazón dieciocho años.

Wellington se sentía desfallecer. La crisis era inminente. Los coraceros no habían conseguido su objeto, puesto que el centro no había sido destruído. Todos ocupaban la meseta, pero nadie la poseía; sin embargo dominaban la mayor parte los ingleses.

Wellington ocupaba la población y la llanura culminante; Ney no tenía más que la cresta y la pendiente. Unos y otros parecían haber echado raíces en aquel suelo fúnebre.

Pero el decaimiento de los ingleses parecía irremediable. La hemorragia de su

ejército era horrible. Kempt, en el ala izquierda, reclamaba refuerzo. "No le hay", respondía Wellington; "¡Que se haga matar!" Casi en el mismo instante, coincidencia singular que pinta el abatimiento en ambos ejércitos, Ney pedía infantería á Napoleón, y Napoleón exclamaba: "¡Infantería! ¿De dónde quiere que la saque? ¿Quiere que la haga yo?"

Sin embargo, el ejército inglés era el más debilitado. Los combates furiosos de aquellos poderosos escuadrones con corazas de hierro y pechos de acero, habían aniquilado su infantería. Algunos hombres, alrededor de una bandera, marcaban el lugar donde hubo un regimiento: batallones había, mandados únicamente por un capitán ó por un teniente; la división Alten, tan maltratada ya en la Haie Sainte, estaba casi destruída; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze, cubrían con sus cadáveres los centenares á lo largo del camino de Nivelles; casi nada quedaba de aquellos granaderos holandeses que en 1811, mezclados en España á nuestras filas, combatieron á Wellington, y que en 1815, aliados á los ingleses, combatían á Napoleón. La pérdida de sus oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al día siguiente hizo enterrar su pierna, tenía la rodilla destrozada. Si por parte de los franceses, en las cargas de los coraceros, Delort, l'Héritier, Colbert, Duop, Travers y Blancard quedaron fuera de combate, por la de los ingleses, estaba herido Alten, Barne lo estaba también, Delancey muerto, Van Meeren muerto, Ompteda muerto, y todo el estado mayor de Wellington fué diezmado, llevando Inglaterra la peor parte en aquel equilibrio sangriento. El 2.º regimiento de guardias de infantería había perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres alféreces; el primer batallón del 30.º de infantería había perdido veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79.º de montañeses tenía veinticuatro oficiales heridos, dieciocho oficiales muertos, y cuatrocientos cincuenta soldados también muertos.

Los húsares hannoverianos de Comberland, un regimiento entero, con su coronel Hacke á la cabeza, quien más tarde debía ser juzgado y destituido, habían vuelto grupas ante la lucha refugiándose en el bosque de Soignes, sembrando la dispersión hasta Bruselas. Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, viendo ganar terreno á los franceses y acercarse á la selva, precipitáronse en ella; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡Al arma!

Desde Vert Coucou hasta Groene ndael, en una extensión de cerca de dos leguas en dirección á Bruselas, hubo, al decir de testigos que viven todavía, una verdadera invasión de fugitivos. El pánico fué tal, que se comunicó al príncipe de Condé en Malinas y al mismo Luis XVIII en Gante. A excepción de la débil reserva escalonada detrás del hospital de sangre, establecido en la granja de Mont Saint Jean y de las brigadas Vivian y Vandeleur que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenía ya caballería. Gran número de baterías estaban desmontadas. Estos hechos están confesados por Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, llega á decir que el ejército anglo-holandés, había quedado reducido á treinta y cuatro mil hombres. El duque de hierro permanecía sereno, pero sus labios estaban blancos. El comisario austriaco Vincent y el comisario español Alava, testigos de la batalla en el estado mayor inglés, creyeron al duque ya perdido. A las cinco miró Wellington su reloj, y se le oyó murmurar esta frase sombría: "¡Bliicker ó la noche!"

Esto fué casi en el mismo instante en que una línea lejana de bayonetas, brillaba en las alturas del lado de Frischemont.

Ahí estaba la peripecia de aquel drama gigante.

XI

Mal guía para Napoleón, bueno para Bülow.

Bien conocido es el doloroso error de Napoleón; esperando á Grouchy, apareció Bliicker; la muerte en lugar de la vida.

El destino tiene estos reveses; cuando se espera el trono del mundo, se divisa Santa Elena.

Si el pastorcillo que servía de guía á Bülow, teniente de Bliicker, le hubiese aconsejado dejar la selva por encima de Frischemont mejor que por encima de Plancenoit, la fisonomía del siglo XIX hubiera sido quizá diferente. Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo.

Por cualquier otro camino más elevado que el de Plancenoit, el ejército prusiano salía á un barranco infranqueable para la artillería, y Bülow no podía llegar.

Pues bien, con una sola hora de retraso, y es el General prusiano Muffling quién lo dice, Bliicker no hubiera encontrado á Wellington de pie: "la batalla estaba perdida".

Era ya tiempo, como se ve, de que Bülow llegase. Había á la verdad, retardado mucho: había pernoctado en Dion le Mont, de donde había salido al despuntar el alba. Pero los caminos estaban impracticables, y sus divisiones se habían atascado. Los carriles que abrían las ruedas de los cañones en el barrio, llegaban hasta los ejes. Además, había sido preciso pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que conduce al puente, había sido incendiada por los franceses, las cajas y furgones de artillería no pudiendo pasar por entre dos filas de casas ardiendo, tuvieron que esperar á que se apagara el incendio. Eran ya las doce, cuando la vanguardia de Bülow no había podido llegar todavía á Chapelle Saint Lambert.

De haber comenzado la acción dos horas más temprano, hubiese terminado á las cuatro, y Bliicker hubiera caído sobre la batalla ganada por Napoleón. Tales son esos inmensos azares, proporcionados á un infinito que está muy por encima de nuestros alcances.

Desde el medio día, el emperador el primero, con su anteojo de larga vista, había divisado al extremo del horizonte algo que le llamó su atención. Y había dicho: Allá, á lo lejos, veo una nube que me parece ser de tropas. Luego, preguntó al duque de Dalmacia:

—Soult, ¿qué es lo que veis hacia Chapelle Saint Lambert? El mariscal, aplicando su anteojo, respondió: Cuatro ó cinco mil hombres, señor. Evidentemente Grouchy. Sin embargo, aquello continuaba inmóvil en la bruma. Todos los anteojos del estado mayor habían examinado "la nube" designada por el emperador. Algunos habían dicho: Son columnas que hacen alto. La mayor parte decía: Son árboles. La verdad es que la nube no se movía. El emperador había destacado para reconocer aquel punto obscuro la división de caballería ligera de Domon.

Bülow, en efecto, no se había movido. Su vanguardia era muy débil, y nada

ejército era horrible. Kempt, en el ala izquierda, reclamaba refuerzo. "No le hay", respondía Wellington; "¡Que se haga matar!" Casi en el mismo instante, coincidencia singular que pinta el abatimiento en ambos ejércitos, Ney pedía infantería á Napoleón, y Napoleón exclamaba: "¡Infantería! ¿De dónde quiere que la saque? ¿Quiere que la haga yo?"

Sin embargo, el ejército inglés era el más debilitado. Los combates furiosos de aquellos poderosos escuadrones con corazas de hierro y pechos de acero, habían aniquilado su infantería. Algunos hombres, alrededor de una bandera, marcaban el lugar donde hubo un regimiento: batallones había, mandados únicamente por un capitán ó por un teniente; la división Alten, tan maltratada ya en la Haie Sainte, estaba casi destruída; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze, cubrían con sus cadáveres los centenares á lo largo del camino de Nivelles; casi nada quedaba de aquellos granaderos holandeses que en 1811, mezclados en España á nuestras filas, combatieron á Wellington, y que en 1815, aliados á los ingleses, combatían á Napoleón. La pérdida de sus oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al día siguiente hizo enterrar su pierna, tenía la rodilla destrozada. Si por parte de los franceses, en las cargas de los coraceros, Delort, l'Héritier, Colbert, Duop, Travers y Blancard quedaron fuera de combate, por la de los ingleses, estaba herido Alten, Barne lo estaba también, Delancey muerto, Van Meeren muerto, Ompteda muerto, y todo el estado mayor de Wellington fué diezmado, llevando Inglaterra la peor parte en aquel equilibrio sangriento. El 2.º regimiento de guardias de infantería había perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres alféreces; el primer batallón del 30.º de infantería había perdido veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79.º de montañeses tenía veinticuatro oficiales heridos, dieciocho oficiales muertos, y cuatrocientos cincuenta soldados también muertos.

Los húsares hannoverianos de Comberland, un regimiento entero, con su coronel Hacke á la cabeza, quien más tarde debía ser juzgado y destituido, habían vuelto grupas ante la lucha refugiándose en el bosque de Soignes, sembrando la dispersión hasta Bruselas. Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, viendo ganar terreno á los franceses y acercarse á la selva, precipitáronse en ella; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡Al arma!

Desde Vert Coucou hasta Groene ndael, en una extensión de cerca de dos leguas en dirección á Bruselas, hubo, al decir de testigos que viven todavía, una verdadera invasión de fugitivos. El pánico fué tal, que se comunicó al príncipe de Condé en Malinas y al mismo Luis XVIII en Gante. A excepción de la débil reserva escalonada detrás del hospital de sangre, establecido en la granja de Mont Saint Jean y de las brigadas Vivian y Vandeleur que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenía ya caballería. Gran número de baterías estaban desmontadas. Estos hechos están confesados por Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, llega á decir que el ejército anglo-holandés, había quedado reducido á treinta y cuatro mil hombres. El duque de hierro permanecía sereno, pero sus labios estaban blancos. El comisario austriaco Vincent y el comisario español Alava, testigos de la batalla en el estado mayor inglés, creyeron al duque ya perdido. A las cinco miró Wellington su reloj, y se le oyó murmurar esta frase sombría: "¡Bliicker ó la noche!"

Esto fué casi en el mismo instante en que una línea lejana de bayonetas, brillaba en las alturas del lado de Frischemont.

Ahí estaba la peripecia de aquel drama gigante.

XI

Mal guía para Napoleón, bueno para Bülow.

Bien conocido es el doloroso error de Napoleón; esperando á Grouchy, apareció Bliicker; la muerte en lugar de la vida.

El destino tiene estos reveses; cuando se espera el trono del mundo, se divisa Santa Elena.

Si el pastorcillo que servía de guía á Bülow, teniente de Bliicker, le hubiese aconsejado dejar la selva por encima de Frischemont mejor que por encima de Plancenoit, la fisonomía del siglo XIX hubiera sido quizá diferente. Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo.

Por cualquier otro camino más elevado que el de Plancenoit, el ejército prusiano salía á un barranco infranqueable para la artillería, y Bülow no podía llegar.

Pues bien, con una sola hora de retraso, y es el General prusiano Muffling quién lo dice, Bliicker no hubiera encontrado á Wellington de pie: "la batalla estaba perdida".

Era ya tiempo, como se ve, de que Bülow llegase. Había á la verdad, retardado mucho: había pernoctado en Dion le Mont, de donde había salido al despuntar el alba. Pero los caminos estaban impracticables, y sus divisiones se habían atascado. Los carriles que abrían las ruedas de los cañones en el barrio, llegaban hasta los ejes. Además, había sido preciso pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que conduce al puente, había sido incendiada por los franceses, las cajas y furgones de artillería no pudiendo pasar por entre dos filas de casas ardiendo, tuvieron que esperar á que se apagara el incendio. Eran ya las doce, cuando la vanguardia de Bülow no había podido llegar todavía á Chapelle Saint Lambert.

De haber comenzado la acción dos horas más temprano, hubiese terminado á las cuatro, y Bliicker hubiera caído sobre la batalla ganada por Napoleón. Tales son esos inmensos azares, proporcionados á un infinito que está muy por encima de nuestros alcances.

Desde el medio día, el emperador el primero, con su anteojo de larga vista, había divisado al extremo del horizonte algo que le llamó su atención. Y había dicho: Allá, á lo lejos, veo una nube que me parece ser de tropas. Luego, preguntó al duque de Dalmacia:

—Soult, ¿qué es lo que veis hacia Chapelle Saint Lambert? El mariscal, aplicando su anteojo, respondió: Cuatro ó cinco mil hombres, señor. Evidentemente Grouchy. Sin embargo, aquello continuaba inmóvil en la bruma. Todos los anteojos del estado mayor habían examinado "la nube" designada por el emperador. Algunos habían dicho: Son columnas que hacen alto. La mayor parte decía: Son árboles. La verdad es que la nube no se movía. El emperador había destacado para reconocer aquel punto obscuro la división de caballería ligera de Domon.

Bülow, en efecto, no se había movido. Su vanguardia era muy débil, y nada

podía hacer. Debía esperar al grueso del ejército, y tenía orden de concentrarse antes de entrar en línea; pero á las cinco, viendo Bliicker el peligro de Wellington, ordenó á Biilow que atacase, y dijo esta frase notable: "Es preciso dar aire al ejército inglés".

Poco después, las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel, se desplegaban ante el cuerpo de Lobau; la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salía del bosque de Paris; Plancenoit estaba ardiendo, y las balas prusianas comenzaban á llover, llegando hasta las líneas de la guardia de reserva detrás de Napoleón.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS XII

La guardia.

Cualquiera sabe lo demás: la irrupción de un tercer ejército, la batalla dislocada, ochenta y seis bocas de fuego tronando de repente, Pirch llegado de nuevo con Biilow, la caballería de Zieten mandada por Bliicker en persona, los franceses rechazados, Marcognet arrojado de la meseta de Ohain, Durutte desalojado de Papelotte, Donzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, una nueva batalla precipitándose al caer de la noche sobre los regimientos franceses debilitados, toda la línea inglesa volviendo á tomar la ofensiva y marchando adelante, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana auxiliándose, el exterminio, el desastre de frente, el desastre en los flancos, y la guardia entrando en línea bajo aquel espantoso derrumbamiento.

Como esta presentía que iba á morir, gritó: ¡Viva el emperador! La historia no registra nada tan conmovedor como aquella agonía estallando en aclamaciones.

El cielo había estado cubierto todo el día. De repente, en aquel mismo instante, las ocho de la tarde, rasgáronse las nubes del horizonte dejando pasar, al través de los olmos de la carretera de Nivelles, el grande y siniestro fulgor del sol poniente. Habíasele visto salir en Austerlitz.

Para aquel desenlace, cada batallón de la guardia iba mandado por un general. Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet y Poret de Morvan, estaban allí. Cuando aparecieron las elevadas gorras de los granaderos de la guardia con la ancha placa del águila, y se vieron éstos, simétricamente alineados y serenos, entre la bruma de aquella pelea, sintió el enemigo respeto hacia Francia; creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla con alas desplegadas, y, los vencedores, creyéndose vencidos, retrocedieron; pero Wellington gritó: "¡Arriba, guardias, y buena puntería!"

El regimiento encarnado de guardias inglesas, tendido detrás de los setos, se levantó; una lluvia de metralla acribilló la bandera tricolor, flotante en medio de nuestras águilas; precipitáronse todos en seguida unos contra otros, y empezó la suprema matanza. La guardia imperial sentía entre las sombras como el ejército iba cediendo á su alrededor, y el inmenso estremecimiento de la derrota; oyó el grito de ¡sálvese quien pueda! que había reemplazado al de ¡viva el emperador! y haciendo la fuga detrás y la muerte delante, continuaba avanzando y muriendo.

No hubo allí vacilantes ni tímidos. Cada soldado de aquella tropa era tan héroe como el general. Ni uno solo de sus hombres faltó al suicidio.

Ney, desatinado, elevándose á toda la altura del que acepta la muerte, ofrecíase á todos los golpes de aquella tormenta. Allí perdió su quinto caballo. Empapado en sudor, saltando fuego de sus ojos, espumantes los labios, desabrochado el uniforme, una de sus charreteras medio cortada por el sablazo de un jinete de la guardia inglesa, su placa de la grande águila abollada por una bala, lleno de sangre y de lodo, admirable, con una espada rota en la mano, y exclamando: "¡Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!" Pero inútilmente; no murió. Aparecía rudo é indignado. Lanzó á Drouet de Erlón esta pregunta: "¿Es que no quieres hacerte matar?" Y seguía gritando en medio de toda aquella artillería que iba destrozando á un puñado de hombres: "¿No hay nada para mí? ¡Oh! ¡Quisiera que todas esas balas inglesas entrasen en mi pecho!"

¡Estabas reservado para las balas francesas! ¡desdichado!

XIII

La catástrofe.

La derrota á espaldas de la guardia fué lúgubre.

El ejército se replegó bruscamente y á la vez, por todas partes: de Hougomont, de la Haie Sainte, de Papelotte, de Plancenoit. El grito de: ¡Traición! fué seguido del grito: ¡Sálvese quien pueda!

Un ejército que se desbanda es un deshielo. Todo cede, se rompe, estalla, flota, rueda, cae, choca, se empuja y precipita. ¡Destrucción inaudita!

Ney toma otro caballo, salta encima, y sin sombrero, sin corbata, sin espada, se coloca en medio de la calzada de Bruselas, deteniendo á la vez á ingleses y á franceses. Intenta retener al ejército; llama, insulta, se aferra á la derrota. Pero es rechazado por ella. Los soldados se le escapan, gritando: "¡Viva el mariscal Ney!"

Dos regimientos de Durutte van y vienen despavoridos y como agitados entre los sables de los hulanos y el fuego de las brigadas de Kempt, de Best, de Park y de Rylandt. La peor de las luchas es la derrota; los amigos se matan entre sí por huir; los escuadrones y los batallones dispersándose chocando unos contra otros; enorme espuma de la batalla. Lobau en un extremo y Reille en el otro, son arrollados por aquella ola. En vano Napoleón forma muralla con lo que le queda de su guardia; en vano emplea para el último esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot retrocede ante Vivian, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Biilow, Morand ante Pirch, Demon y Subervie delante del príncipe Guillermo de Prusia, Guyot, que dirige la carga de los escuadrones del emperador, cae bajo los pies de los dragones ingleses. Napoleón recorre al galepe la línea de los fugitivos, les arenga, incita, amenaza y suplica. Todas las bocas que exclamaban por la mañana viva el emperador, permanecen abiertas y en suspenso; apenas hay allí quien le conozca. La caballería prusiana, venida de refresco, se precipita, vuela, acuchilla, corta, hiende,

mata y extermina. Los tiros se arremolinan, los cañones se vuelcan; los soldados del tren desenganchan los arcones y toman los caballos para escapar; los furgones volcados con las ruedas al aire, impiden el tránsito, ocasionando asesinatos; todos se aplastan, se atropellan, caminando sobre muertos y vivos. Los brazos se alzan desesperados. Una multitud vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles y los bosques obstruidos por la evasión de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperación, morrales y fusiles arojados entre los centenos, paso abierto á estocadas, no hay allí distinciones entre camaradas, oficiales, ni generales; el espanto es indescriptible. Zieten acuchilla á la Francia á su placer. Los leones se han convertido en corzos. Tal fué aquella fuga.

En Genappe se intentó volver la cara, hacer frente, contener. Lobau reunió trescientos hombres y con ellos levantó una barricada á la entrada de la aldea; pero



á la primera descarga de la metralla prusiana, huyeron todos, y Lobau fué hecho prisionero. Todavía se ve hoy impresa aquella descarga de metralla en el antiguo paredón de un edificio de ladrillo, á la derecha del camino, pocos minutos antes de llegar á Genappe. Los prusianos se lanzaron sobre Genappe, furiosos sin duda de ser tan fácilmente vencedores. La persecución fué monstruosa. Bliicker ordenó el exterminio. Roguet había ya dado el triste ejemplo de amenazar de muerte á todo granadero francés que le llevara un prisionero prusiano. Bliicker sobrepujó á Roguet. El general de la guardia joven, Duhesme, acorralado contra la puerta de una posada en Genappe, entregó su espada á un húsar de la muerte, quien la tomó, matando luego al prisionero. La victoria terminó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, ya que somos la historia; el viejo Bliicker se deshonró. Semejante ferocidad fué el colmo del desastre. La derrota desesperada atravesó Genappe, atravesó Quatre Bras, atravesó Gosselies, atravesó Frasnes, atravesó Charleroi, atravesó Thuin, y no paró hasta la frontera. ¡Ay! ¿Y quién era el que huía de esta suerte? El grande ejército.

Este vértigo, este terror, ese derrumbamiento del más alto valor que jamás ha admirado la historia, ¿deja por ventura de tener su causa? No. La sombra de una

enorme recta se proyectaba sobre Waterloo. Era la jornada del destino. Una fuerza superior al hombre fué la que trazó la línea de este día.

De ahí la espantosa sumisión de todas las frentes; de ahí todas aquellas almas grandes rindiendo sus espadas. Los que habían vencido á la Europa cayeron aterrados, sin tener ya nada que hacer ni que decir, sintiendo en la sombra la presencia de un algo terrible. "Hoc erat in fatis". Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es el gozne del siglo XIX. La desaparición del grande hombre era necesaria al advenimiento del gran siglo. Alguien, á quien nadie replica, se encargó de ello. Así se explica el pánico de aquellos héroes. En la batalla de Waterloo no hubo sólo una nube, hubo un meteoro. Pasó Dios.

El caer de la noche en un campo cercano á Genappe, Bernard y Bertrand asieron por el faldón de la levita y detuvieron, á un hombre esquivo, pensativo, siniestro, que arrastrado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de echar pie á tierra, habiendo pasado el brazo por la brida de su caballo, y, con ojos extraviados regresaba solo á Waterloo. Era Napoleón, intentando todavía ir adelante; inmenso sonámbulo de aquel sueño de gloria anonadada.

XIV

El último cuadro.

Algunos cuadros de la guardia, inmóviles entre la corriente de la derrota, como rocas en el agua que pasa, se sostuvieron hasta la noche. Venía la noche, y con ella la muerte, esperaron esa doble obscuridad, é inquebrantables, dejáronse envolver por ambas. Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno que les uniese al ejército, roto por todas partes, moría por su cuenta. Habían tomado posiciones para ejecutar esta última acción, los unos sobre las alturas de Rossomme, los otros en la llanura de Mont Saint Jean. Allí, abandonados, vencidos y terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulm, Wagram, Jena, Friedland, morían en ellos.

A la hora del crepúsculo, á eso de las nueve de la noche, en la falda de la meseta de Mont Saint Jean, quedaba uno todavía. En ese valle funesto, al pie de aquella pendiente, trepada antes por los coraceros, inundada entonces por las masas inglesas, bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, bajo una espantosa densidad de proyectiles, aquel cuadro luchaba aún. Mandábalo un oficial llamado Cambronne. A cada descarga, el cuadro disminuía y contestaba. Replica á la metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro lados. De lejos, los fugitivos, parándose algunos momentos para tomar aliento, oían en las tinieblas aquel tronar sombrío y decreciente.

Cuando esta legión quedó reducida á un solo puñado de hombres, cuando su bandera no fué más que un girón, cuando sus fusiles, agotadas las balas, no fueron más que palos, cuando el montón de cadáveres fué mayor que el grupo viviente, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado, en torno de aquellos moribundos sublimes, y la artillería inglesa, recobrando el aliento, enmudeció. Fué una

especie de tregua. Aquellos combatientes tenían á su alrededor como un hormigueo de espectros, siluetas de hombres á caballo, el negro perfil de los cañones, el cielo blanco, dividido á través de las ruedas y de las cureñas. La colosal calavera que los héroes entreven siempre entre el humo, en el fondo de la batalla, se adelantaba mirándolos, hacia ellos. Pudieron oír fácilmente entre la sombra crepuscular cómo se cargaban las piezas; las mechas encendidas, semejantes á ojos de tigre entre la oscuridad de la noche, formaron un círculo alrededor de sus cabezas; todos los bota-fuegos de las baterías inglesas se acercaron á los cañones, y entonces, al tener el instante supremo suspendido sobre aquellos hombres, conmovido un general inglés, Colville según unos, Maitland según otros, les gritó: ¡Valientes franceses, rendíos! Cambronne respondió:

— ¡Mierda!

XV

Cambronne.

El respeto debido á los lectores no puede llegar al extremo de vedar al historiador la repetición de la palabra, tal vez más adecuada, que ha dicho un francés. Esto prohibiría la consignación de lo sublime en la historia.

Prohibición que infringiríamos nosotros por nuestra cuenta y riesgo.

Conste, pues, que en medio de aquellos gigantes, hubo un titán: Cambronne.

Decir esta palabra y morir en seguida, ¡hay nada más grande! Porque morir es el querer morir, y no fué culpa suya si después de ametrallado sobrevivió.

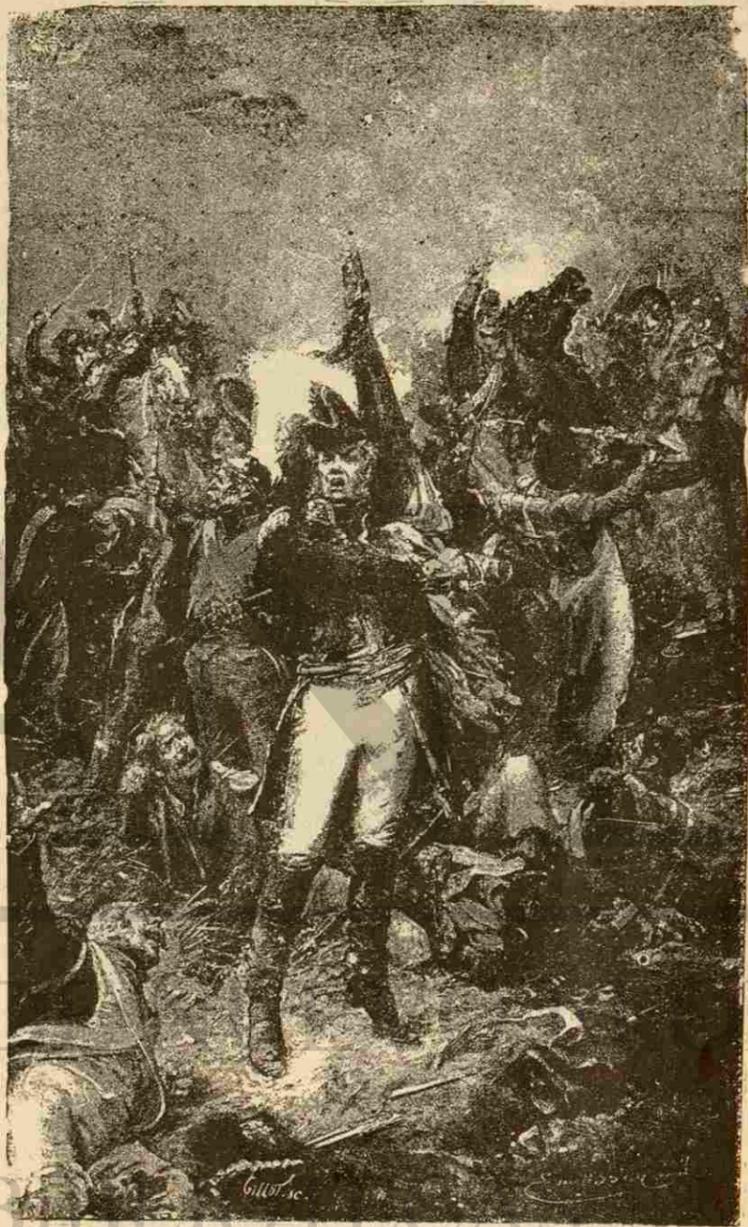
El hombre que ganó la batalla de Waterloo, no es Napoleón derrotado, no es Wellington replegándose á las cuatro y desesperado á las cinco; no es Bliicker, que no llegó á batirse; el hombre que ganó la batalla de Waterloo fué Cambronne.

Fulminar con semejante palabra el trueno que os mata, es vencer.

Dar esta respuesta á la catástrofe, decir esto al destino, conceder esta base al león futuro, arrojar esa réplica á la lluvia de la noche, al muro traidor de Hougmont, á la hondonada de Ohain, al retraso de Grouchy, á la llegada de Bliicker; ser la ironía en el sepulcro, saber quedar en pie después de haber caído, ahogar en dos sílabas la coalición europea, ofrecer á los reyes aquellas letrinas ya conocidas de los Césares, hacer de la última de las palabras la primera, mezclando con ella el brillo de la Francia; cerrar insolentemente la jornada de Waterloo con el martes de Carnaval, completar á Leónidas con Rabelais, resumir aquella victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar; perder el terreno y conservar la historia, y después de aquella matanza conquistarse la risa, es verdaderamente inmenso.

Es insultar al rayo, es llegar á la grandeza esquiliana.

La palabra de Cambronne hace el efecto de una fractura. Es la ruptura del pecho por el desdén; es el desbordamiento de la agonía que estalla. ¿Quién fué el vencedor? Wellington? No. Sin Bliicker estaba perdido. ¿Fué Bliicker? No. Si Wellington no hubiera comenzado, Bliicker no hubiera podido concluir. Aquel Cambronne, aquel pasajero de última hora, aquel soldado ignorado, aquel átomo



Cambronne.

de la guerra, siente que hay allí una mentira en una catástrofe, doblemente punzante, y en el punto en que estalla de rabia, le ofrece esta irrisión: ¡la vida! ¿Cómo no votar?

Están allí todos los reyes de Europa, los generales afortunados, los Júpiter tozantes; tienen cien mil soldados victoriosos, y detrás de los cien mil, un millón; sus cañones, con las mechas encendidas, están prontos, tienen bajo sus plantas la guardia imperial y al gran ejército, acaban de aplastar á Napoleón, y no queda más que Cambronne. No queda ya para protestar más que aquel gusano.

Pero él protestará. Entonces busca él una palabra como se busca una espada. La espuma se le viene á los labios, y es aquella espuma la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y medianísima, ante aquella victoria sin victoriosos, aquel desesperado se levanta; sometiendo á la enormidad, hace constar su nada; hace más que escupir en ella; y abrumado bajo el peso del número, la fuerza y la materia, encuentra el alma, una expresión, el excremento. Lo repetimos, decir esto, hacer esto, hallar esto, es ser el vencedor.

El espíritu de los grandes días penetró en este hombre desconocido en aquel instante fatal. Cambronne dió con la palabra de Waterloo como Rouget de l'Isle dió con la "Marsellesa", por la intuición de un soplo de lo alto.

Un efluvio del huracán divino se desprende y viene á pasar al través de estos hombres, los cuales se estremecen, entonando el uno el cántico supremo, y lanzando el otro el grito terrible. Aquella palabra de desdén titánico, no la lanzó Cambronne únicamente á Europa en nombre del imperio; hubiera sido poco; dirigióla al pasado en nombre de la Revolución. Siéntese y reconócese en Cambronne el alma antigua de los gigantes. Parece ser Danton que habla, ó Kleber que ruje.

A la palabra de Cambronne, la voz inglesa contestó: ¡Fuego! Las baterías fulguraron, retendió la colina, de todas aquellas bocas de bronce salió el postrer venito de espantosa metralla, levantóse una basta humareda, vagamente blanqueada por la luna naciente. Cuando se hubo disipado el humo, ya no había nada. Aquel resto formidable acababa de ser aniquilado: la guardia estaba muerta.

Los cuatro muros del reducto viviente yacían destrozados, apenas se percibía aquí y allá algún sacudimiento entre los cadáveres. Así fué como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont Saint Jean, sobre el suelo empapado de agua y sangre, entre los trigos sombríos, en el mismo lugar por donde pasa ahora á las cuatro de la madrugada, silbando y fustigando alegremente su caballo, José, el conductor de la balija-correo de Nivelles.

XVI

¿Quot libras in duce?

La batalla de Waterloo es un enigma. Tan oscuro para los que la ganaron como para quién la perdió. Para Napoleón fué un pánico. Bliicker no vió en ella sino fuego; Wellington no entendió nada. Véanse los partes. Los boletines resultan confusos, los comentarios embrollados. Estos balbucean, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro tiempos: Muffling la corta en

tres peripecias; Charras, aunque en algunos puntos tengamos diversa apreciación, es el único que ha fijado con su certero golpe de vista las principales y características líneas de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Todos los demás historiadores se han deslumbrado más ó menos, y en medio de su deslumbramiento andan á tientas. Jornada fulgurante, en efecto, derrumbamien-



El último cuadro.

to de la monarquía militar, que, con gran estupor de los reyes, arrastró á ella todos los reinos; caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En semejante acontecimiento, impregnado de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres es nula.

Quitarles Waterloo á Wellington y á Bliicker, ¿es quitar algo á Inglaterra y á Alemania? No. Ni la ilustre Inglaterra, ni la augusta Alemania, son discutibles en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes independientemente de las lúgubres aventuras de la espada.

Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia, están encerradas en el interior de una

de la guerra, siente que hay allí una mentira en una catástrofe, doblemente punzante, y en el punto en que estalla de rabia, le ofrece esta irrisión: ¡la vida! ¿Cómo no votar?

Están allí todos los reyes de Europa, los generales afortunados, los Júpiter tozantes; tienen cien mil soldados victoriosos, y detrás de los cien mil, un millón; sus cañones, con las mechas encendidas, están prontos, tienen bajo sus plantas la guardia imperial y al gran ejército, acaban de aplastar á Napoleón, y no queda más que Cambronne. No queda ya para protestar más que aquel gusano.

Pero él protestará. Entonces busca él una palabra como se busca una espada. La espuma se le viene á los labios, y es aquella espuma la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y medianísima, ante aquella victoria sin victoriosos, aquel desesperado se levanta; sometiendo á la enormidad, hace constar su nada; hace más que escupir en ella; y abrumado bajo el peso del número, la fuerza y la materia, encuentra el alma, una expresión, el excremento. Lo repetimos, decir esto, hacer esto, hallar esto, es ser el vencedor.

El espíritu de los grandes días penetró en este hombre desconocido en aquel instante fatal. Cambronne dió con la palabra de Waterloo como Rouget de l'Isle dió con la "Marsellesa", por la intuición de un soplo de lo alto.

Un efluvio del huracán divino se desprende y viene á pasar al través de estos hombres, los cuales se estremecen, entonando el uno el cántico supremo, y lanzando el otro el grito terrible. Aquella palabra de desdén titánico, no la lanzó Cambronne únicamente á Europa en nombre del imperio; hubiera sido poco; dirigióla al pasado en nombre de la Revolución. Siéntese y reconócese en Cambronne el alma antigua de los gigantes. Parece ser Danton que habla, ó Kleber que ruje.

A la palabra de Cambronne, la voz inglesa contestó: ¡Fuego! Las baterías fulguraron, retumbó la colina, de todas aquellas bocas de bronce salió el postrer venito de espantosa metralla, levantóse una basta humareda, vagamente blanqueada por la luna naciente. Cuando se hubo disipado el humo, ya no había nada. Aquel resto formidable acababa de ser aniquilado: la guardia estaba muerta.

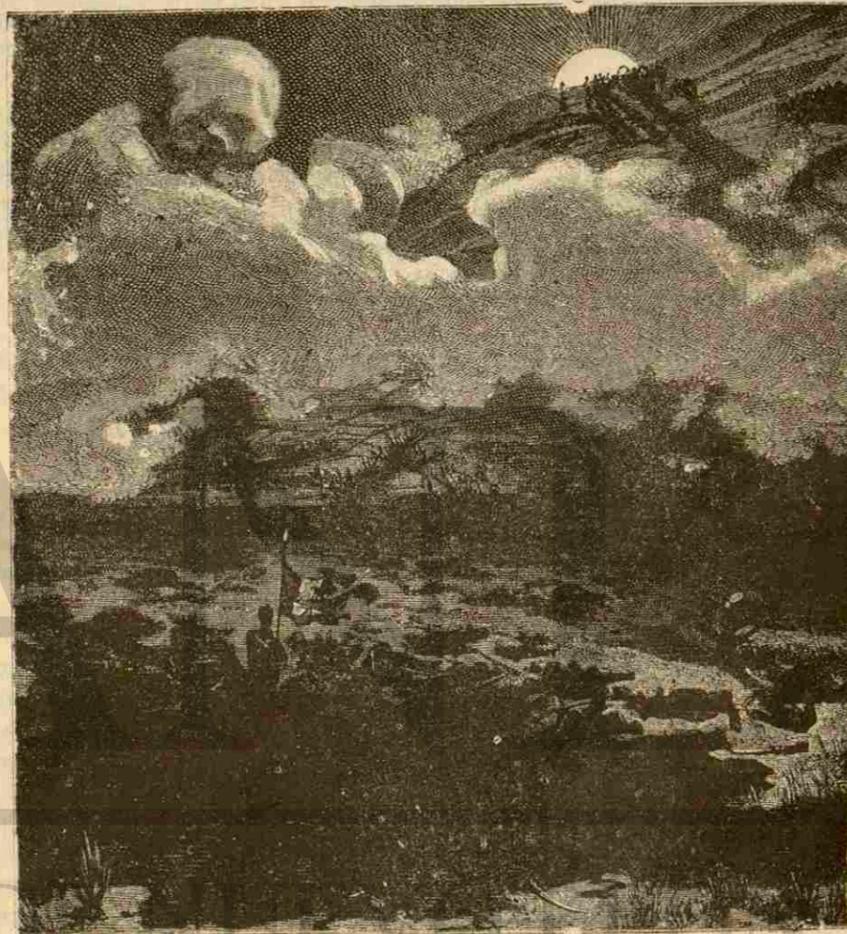
Los cuatro muros del reducto viviente yacían destrozados, apenas se percibía aquí y allá algún sacudimiento entre los cadáveres. Así fué como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont Saint Jean, sobre el suelo empapado de agua y sangre, entre los trigos sombríos, en el mismo lugar por donde pasa ahora á las cuatro de la madrugada, silbando y fustigando alegremente su caballo, José, el conductor de la balija-correo de Nivelles.

XVI

¿Quot libras in duce?

La batalla de Waterloo es un enigma. Tan oscuro para los que la ganaron como para quién la perdió. Para Napoleón fué un pánico. Bliicker no vió en ella sino fuego; Wellington no entendió nada. Véanse los partes. Los boletines resultan confusos, los comentarios embrollados. Estos balbucean, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro tiempos: Muffling la corta en

tres peripecias; Charras, aunque en algunos puntos tengamos diversa apreciación, es el único que ha fijado con su certero golpe de vista las principales y características líneas de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Todos los demás historiadores se han deslumbrado más ó menos, y en medio de su deslumbramiento andan á tientas. Jornada fulgurante, en efecto, derrumbamien-



El último cuadro.

to de la monarquía militar, que, con gran estupor de los reyes, arrastró á ella todos los reinos; caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En semejante acontecimiento, impregnado de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres es nula.

Quitarles Waterloo á Wellington y á Bliicker, ¿es quitar algo á Inglaterra y á Alemania? No. Ni la ilustre Inglaterra, ni la augusta Alemania, son discutibles en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes independientemente de las lúgubres aventuras de la espada.

Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia, están encerradas en el interior de una

vaina. En aquella época en que Waterloo no es más que un choque de espadas; sobre Bliicker tiene Alemania á Schiller, y sobre Wellington tiene Inglaterra á Byron. Un vasto nacimiento de ideas es el signo característico de nuestro siglo, y entre esa aurora tienen, así la Inglaterra como Alemania, esplendores magníficos. Ambas son majestuosas, porque piensan. La elevación de nivel que aportan ambas á la civilización, les pertenece intrínsecamente; procede de ellas mismas, y no de un accidente. Todo su engrandecimiento en el siglo XIX no tiene nada de común con Waterloo por su origen. Solamente los pueblos bárbaros tienen crecidas súbitas después de una victoria. Es la vanidad pasajera de los torrentes henchidos por la borrasca. Los pueblos civilizados, sobre todo en los tiempos que atravesamos, no se elevan ni rebajan con la buena ó mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano es resultado de algo más que un combate. Su honra, á Dios gracias, su dignidad, su esplendor, y su genio, no son números que los héroes y conquistadores, jugadores al fin, puedan poner á la lotería de las batallas. Frecuentemente batalla perdida, significa progreso conquistado. A menos gloria mayor libertad. Calla el tambor, y toma la razón la palabra. Es el juego del gana-pierde.

Hablemos, pues, de Waterloo, friamente por una y otra parte. Demos al azar lo que es del azar, y á Dios lo que es de Dios. ¿Qué fué Waterloo? ¿Una victoria? No. Un quintero.

Quintero ganado por Europa, y pagado por Francia.

No valía, de mucho, la pena de poner allí un león.

Por lo demás, Waterloo, es el encuentro más extraño que registra la historia. Napoleón y Wellington. No son enemigos, son contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, no produjo jamás contraste más sorprendente ni confrontación más extraordinaria.

Por una parte la precisión, la previsión, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas economizadas, una sangre fría pertinaz, un método imperturbable, la estrategia que aprovecha el terreno, la táctica que equilibra los batallones, la matanza tirada á cordel, la guerra regulada reloj en mano, nada abandonado voluntariamente al azar, el antiguo valor clásico, la corrección absoluta; por la otra, la intuición, la adivinación, el capricho militar, el instinto sobrehumano, el brillante golpe de vista, un no sé qué, que mira como el águila y hiere como el rayo, un arte prodigioso dentro una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma profunda, la asociación con el destino; el río, la llanura, el bosque, la colina, intimidados y en cierto modo obligados á obedecer; el déspota llegando hasta tiranizar el campo de batalla; la fe en su estrella mezclada á la ciencia estratégica, engrandeciéndola á turbándola á un tiempo. Wellington era el Barème de la guerra, Napoleón el Miguel Angel, y esta vez el genio fué vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba á alguien. Fué el calculador exacto quien salió con bien. Napoleón esperaba á Grouchy, y no vino, Wellington esperaba á Bliicker, y acudió.

Wellington fué la guerra clásica tomando su revancha. Bonaparte, en su aurora, habíala encontrado en Italia y batido soberbiamente. La vieja lechuza había huído ante el joven buitre. La antigua táctica, no sólo quedó pulverizada sino escandalizada. ¿Qué venía á ser aquel corso de veintiséis años, qué significaba aquel ignorante espléndido que, teniéndolo todo en contra suya, nada en su favor, sin ví-

veres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército; con un puñado de hombres en frente de masas compactas, se precipitaba sobre la Europa coligada, y ganaba absurdamente victorias imposibles?

¿De dónde salía aquel rayo furibundo que, casi sin tomar aliento y con el mismo juego de combatientes en la mano, pulveriza uno después de otro los cinco ejércitos del emperador de Alemania, derribando á Beaulieu sobre Alvinzi, á Wurmser sobre Beaulieu, á Melas sobre Wurmser, á Mack sobre Melas? ¿Quién era ese advenedizo de la guerra con la atrevida desvergiencia de un astro? La escuela académica militar le excomulgaba huyendo á su presencia. De ahí el implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada flamígera, y del tablero contra el genio.

El 18 de Junio de 1815 encontró este rencor su última palabra, y debajo de Lodi, de Montebello, de Montenote, de Mantua, de Marengo y de Arcole, escribió; Waterloo. Triunfo de las medianías dulce á las mayorías. El destino consiguió esta ironía. Napoleón al declinar, se encontró ante Wurmser joven.

Y efectivamente, para tener á Wurmser, basta con blanquear los cabellos á Wellington.

Waterloo es una batalla de primer orden, ganada por un capitán de segundo.

Lo que hay que admirar en esta batalla, es Inglaterra, es la firmeza inglesa, es la resolución inglesa, es la sangre inglesa. Lo que Inglaterra tuvo allí de soberbio no ha de desagradarle, fué ella misma. No fué su capitán, fué su ejército.

Wellington, ingrato hasta la extravagancia, declara en una carta á lord Bathurst que su ejército, el ejército que combatió el 18 de Junio de 1815, era un "ejército detestable". ¿Qué pensará de ello esa sombría confusión de esqueletos sepultados en los campos de Waterloo?

La Inglaterra ha sido muy modesta al frente de Wellington. Hacer tan grande á Wellington, es empequeñecerse.

Wellington no pasa de ser un héroe como otro cualquiera. Aquellos escoceses grises, aquellos guardias de á caballo, aquellos regimientos de Maitland y de Mitchell, aquella infantería de Pack y de Kempt, aquella caballería de Ponsomby y de Somerset, aquellos montañeses tocando la gaita bajo la metralla, aquellos batallones de Rynlandt, aquellos reclutas enteramente bisonos, que apenas sabían manejar el fusil, haciendo cara á los veteranos de Essling y de Rivoli, esto es lo grande. Wellington fué tenaz, este es su mérito, y nosotros no se lo hemos de regatear; pero el último de sus infantes y de sus ginetes fué tan fuerte como él. El soldado de hierro bien vale lo que el duque de hierro.

Por nuestra parte, concedemos toda la gloria al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hubo trofeos son para Inglaterra. La columna de Waterloo sería más justa, si en lugar de la figura de un hombre, elevase á las nubes la estatua de un pueblo.

Pero la gran Inglaterra se irritará de lo que aquí decimos. Ella conserva aún, después de 1688 y de nuestro 1789, la ilusión feudal, porque cree en la herencia y en la jerarquía. Este pueblo, al cual ninguno aventaja en poderío y gloria, se aprecia á sí mismo como nación, no como pueblo. Y como pueblo, se subordina de buen grado, y toma por cabeza un lord. Obrero, se deja despreciar; soldado, deja que le apaleen. Cualquiera sabe que en la batalla de Inkermann un sargento, que según parece, había salvado al ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan, por no

permitir la jerarquía militar inglesa citar en un parte á ningún héroe de grado inferior al de oficial.

Lo que admiramos sobre todo, en un encuentro por el estilo del de Waterloo, es la prodigiosa habilidad del azar. Lluvia nocturna, muro de Hougomont, hondonada de Ohain, Grouchy sordo al cañón, el guía de Napoleón engañándole y el de Biilow que le dirige bien; todo este cataclismo aparece maravillosamente conducido.

En suma, debemos decir, que hubo en Waterloo más matanza que lucha.

Es Waterloo, de todas las batallas en regla, la que presentó la línea de combate más reducida con respecto al número de combatientes; la de Napoleón tenía tres cuartos de legua, y media legua la de Wellington, con setenta y dos mil combatientes por cada parte. De esta aglomeración vino la matanza.

Se ha hecho este cálculo, y establecido la proporción siguiente: pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, catorce por ciento; rusos, treinta por ciento; austriacos, cuarenta y cuatro por ciento.

En Wagram, franceses, trece por ciento; austriacos, catorce.

En la Moskowa, franceses, treinta y siete por ciento; rusos, cuarenta y cuatro.

En Bautzen, franceses, trece por ciento; rusos y prusianos, catorce.

En Waterloo, franceses, cincuenta y seis por ciento; aliados, treinta y uno.

Total para Waterloo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; sesenta mil muertos.

Hoy día el campo de Waterloo presenta la calma que pertenece á la tierra, sostén impasible del hombre, y se parece á las demás llanuras.

De noche, sin embargo, despréndese allí una bruma fantástica; y si algún viajero se pasea, si mira, si escucha, si piensa como Virgilio en las funestas llanuras de Eilipo, la alucinación de la catástrofe le domina. El horrible 18 de Junio revive, la falsa colina monumental desaparece, desvanécese aquel león, y recobra el campo de batalla su realidad; ondulan en la llanura líneas de infantería, galopes furiosos cruzan el horizonte; el espantado sonador ve el brillo de los sables, el resplandor de las bayonetas, el fulgor de las bombas, el entre cruzamiento monstruoso de los truenos; oye, como un estertor en el fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; aquellas sombras son los granaderos; aquellos fulgores los coraceros; aquel esqueleto es Napoleón; aquel otro Wellington; todo aquello ya no existe; pero choca y combate todavía; y los barrancos se enrojecen, y se estremecen los árboles, y están enfurecidos hasta las nubes; y en medio de las tinieblas, todas aquellas alturas feroces, Mont Saint Jean, Hougomont, Frichefont, Papelotte y Plancenoit, aparecen confusamente coronadas de torbellinos de espectros que se exterminan.

XVII

¿Es preciso encontrar bueno Waterloo?

Existe una escuela liberal muy respetable que no odia en lo más mínimo á Waterloo. Nosotros no pertenecemos á ella. Para nosotros, Waterloo no es más que la fecha asombrada de la libertad. Que tal águila nazca de semejante huevo, eso es seguramente lo inesperado.

Waterloo mirado desde el punto de vista culminante de la cuestión, es intencionalmente una victoria contrarrevolucionaria. Es la Europa contra la Francia; es Petersburgo, Berlín y Viena contra París; es el "statu quo" contra la iniciativa; es el 14 de Julio de 1789 atacado al través del 20 de Marzo de 1815; es el zafarrancho de las monarquías contra el indomable tumulto francés.

Apagar, por fin, este vasto pueblo en erupción desde hacía veintiséis años; tal era el proyecto. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Hapsburgo con los Borbones. Waterloo lleva á la grupa el derecho divino. Es verdad también, que habiendo sido el imperio despótico, la realeza, en virtud de la reacción natural de las cosas, debía forzosamente ser liberal, y de ahí que de rechazo naciera de Waterloo, un régimen constitucional, con gran disgusto de los vencedores. Es que la Revolución no puede ser verdaderamente vencida, y que siendo providencial y absolutamente fatal, reaparece siempre; antes de Waterloo, en Bonaparte derribando los tronos caducos, después de Waterloo, en Luis XVIII otorgando y sometándose á la Carta. Bonaparte sienta un postillón en el trono de Nápoles, y un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad; Luis XVIII en Saint Ouen rubrica la declaración de los derechos del hombre. ¿Queréis daros cuenta de lo que es la Revolución? Llamadle Progreso. ¿Queréis daros cuenta de lo que es el progreso? Llamadle Mañana. El mañana hace siempre irresistiblemente su tarea, y la hace desde hoy; y siempre llega á su fin, de un modo extraño.

Se sirve de Wellington para hacer de Foy un orador, cuando no era éste más que un soldado. Foy caído en Hougomont, vuelve á levantarse en la tribuna. Así procede el progreso. No hay instrumento malo para tal obrero. Ajusta á su trabajo divino, sin desconcertarse, al hombre que ha atravesado los Alpes, como al buen anciano enfermo y vacilante del padre Eliseo. Sirvese del gotoso como del conquistador; del conquistador fuera, del gotoso dentro.

Waterloo deteniendo con la espada la demolición de los tronos europeos, no ha producido otro efecto que el de hacer continuar la obra revolucionaria por otro lado. Concluyeron los acuchilladores, y empezó el turno de los pensadores. El siglo que Waterloo quería detener le ha pasado por encima y continuado su camino. Aquella siniestra victoria ha sido vencida por la libertad.

En suma, é incontestablemente, lo que triunfaba en Waterloo, lo que sonreía detrás de Wellington, lo que le llevaba todos los bastones de mariscal de Europa, incluso, se ha dicho, el de mariscal de Francia, lo que hacía rodar alegremente los

carretones de tierra llenos de huesos para elevar el terreno del león, lo que escribió en son de triunfo sobre aquel pedestal esta fecha, "18 de Junio de 1815", lo que alentaba á Bliicker acuchillando la derrota, lo que de lo alto de la meseta de Mont Saint Jean se inclinaba sobre Francia como sobre su presa, era la contra revolución. Que fué la contra revolución quién murmuró esta infame palabra: "Desmembración".

Al llegar á París vió el cráter de cerca, sintió que aquella ceniza abrasaba sus pies, y mudó de consejo, llegando á tartamudear una constitución.

No veamos en Waterloo más de lo que hay en Waterloo. Libertad intencional, ninguna. La contra revolución era involuntariamente liberal, lo mismo que, por un fenómeno relativo, era Napoleón involuntariamente revolucionario.

El 18 de Junio de 1815, Robespierre á caballo fué desmontado.

Recrudescencia del derecho divino.

Concluye la dictadura. Todo un sistema europeo se derrumba. El imperio se hundió en sombras parecidas á las del mundo romano agonizante. Volvióse á ver el abismo como en los tiempos bárbaros. Sólo que la barbarie de 1815, á la que debemos llamar por su apodo la contra revolución, tenía escaso aliento, se fatigó en seguida y se detuvo. El imperio, confesémoslo, fué llorado, y llorado por ojos heroicos. Si la gloria consiste en la espada convertida en cetro, el imperio fué la gloria misma. Había derramado sobre la tierra toda la luz que la tiranía puede dar; luz sombría. Digamos más: luz oscura. Comparada al día verdadero, es la de la noche. Esta desaparición de la noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó á París. Los bailes del 8 de Julio borraron los entusiasmos del 20 de Marzo. El corso se trocó en antitesis del bearnés. La bandera de la cúpula de las Tullerías fué blanca. Entronizóse el destierro. La mesa de pino de Hartwell colocóse delante del sillón flordelisado de Luis XIV. Hablóse de Bouvines y de Fontenoy como de ayer, habiendo envejecido Austerlitz. El altar y el trono fraternizaron majestuosamente, una de las formas menos disputadas de la salud de la sociedad del siglo XIX establecióse en Francia y en el continente. La Europa tomó la escarapela blanca. Trestailhón se hizo célebre.

La divisa "non pluribus impar" reapareció entre rayos de piedra, figurando un sol, sobre la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde había habido una guardia imperial, hubo una casa roja. El arco de "carrousel", cargado de victorias ya insoportables, extrañas entre aquellas novedades, algo avergonzado tal vez de Marengo y de Arcola, salió del compromiso con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, terrible fosa común del 93, cubrióse de mármoles y de jaspes, los huesos de Luis XVI y de María Antonieta están entre aquel polvo. En el foso de Vincennes, un eco sepulcral saliendo de la tierra, recuerda que el duque de Enghien murió en el mismo mes en que Napoleón fué coronado.

Todo ejército lleva su cola, y esa es á la que hay que acusar. Hombres murciélagos, entre bandidos y servidores, todas las especies de aves nocturnas que engendra ese crepúsculo que llaman la guerra, portadores de uniforme que no combaten, enfermos supuestos, estropeados temibles, cantineros contrabandistas, acompañados á veces de sus mujeres, andando en sus carritos y robando lo que revenden; mendigos que se ofrecen por guías á los oficiales, granujas, merodeadores... todo eso llevaban en pos de sí los ejércitos en marcha, en otros tiempos, no hablamos del presente, de manera que, en la lengua especial, se les llamaba "los rezagados". Ningún ejército ni nación alguna eran responsables de semejantes seres; cosmopolitas indefinibles, hablaban italiano, y seguían á los alemanes; hablaban francés, y seguían á los ingleses. Uno de estos miserables, rezagado español que hablaba francés, mató á traición y robó en el mismo campo de batalla al marqués de Fervacques, quien le tomó por compatriota á causa de su acento y modismos picardos, en la noche siguiente á la victoria de Cesiroles. Del merodeo nació el merodeador. La detestable máxima: "Vivir á costa del enemigo", producía esta lepra, que sólo una disciplina muy severa podía curar. Hay celebridades que engañan; no se sabe siempre por qué ciertos generales, grandes por otra parte, han sido tan populares. Turena era adorado de sus soldados, porque toleraba el pillaje; el mal permitido forma parte de la bondad: Turena era tan bueno, que dejó pasar á fuego y sangre el Palatinado.

Veíanse á la cola de los ejércitos, más ó menos merodeadores, según era el jefe más ó menos severo. Hoche y Marceau no llevaban nunca rezagados; Wellington, hacémosle gustosos esta justicia, llevaba pocos.

No obstante, en la noche del 18 al 19 de Junio se despojó á los muertos. Wellington fué rígido, ordenó pasar por las armas á quien quiera que fuese cogido en flagrante delito; pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores robaban en uno de los extremos del campo de batalla, mientras se los fusilaba en el otro.

La luna era siniestra en aquella llanura.

A eso de media noche rondaba un hombre, ó mejor, se arrastraba por la parte del barranco de Ohain. Era, según todas las apariencias, uno de esos que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni francés, ni paisano, ni soldado; menos hombre que hiena, atraído por el olor de los muertos, teniendo por victoria el robo, acudía á desbaldijar á Waterloo. Vestía una blusa algo parecida á una esclaviña ceñida, iba inquieto y atrevido, marchaba adelante y mirando atrás. ¿Qué era ese hombre? La noche probablemente sabía más acerca de él que el día. No llevaba morral, pero sí evidentemente grandes bolsillos debajo de su esclavina. De cuando en cuando parábase, examinando la llanura á su alrededor, como para ver si se le observaba, inclinábase bruscamente, removía por tierra algo silencioso é inmóvil, después se levantaba y desaparecía. Su manera de deslizarse, sus actitudes, su gesto rápido y misterioso, le hacían parecer á esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas, y que las antiguas leyendas normandas llaman los "Andantes".

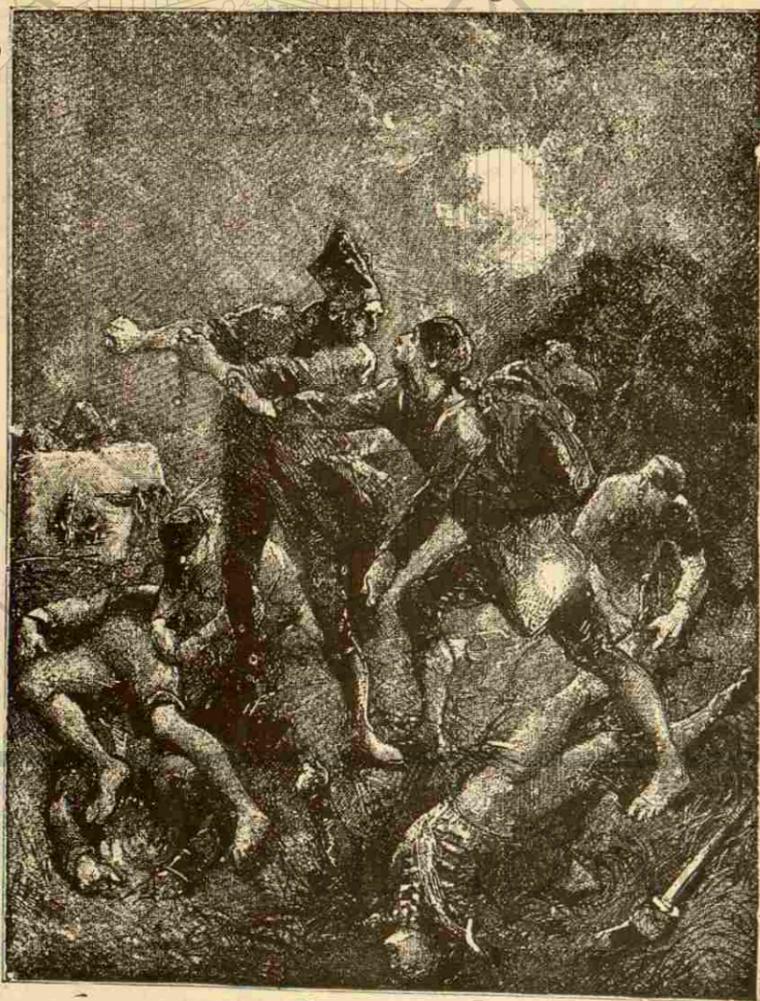
Ciertas aves nocturnas describen en los pantanos siluetas parecidas.

Una mirada que hubiese sondeado atentamente todas aquellas brumas, hubiera podido ver á cierta distancia, parado y como oculto detrás de la casucha, á orilla de la calzada de Nivelles, en el ángulo del camino de Mont Saint Jean á Braine l'Alleud, una especie de carrito de vivandero con toldo de mimbre embreado, al que iba enganchado un rocín hambriento paciando las ortigas al través del freno, y den-

tro del carrito, una especie de mujer sentada sobre cajas y fardos. Quizás existía algún lazo de unión entre aquel carrito y el rondador.

La obscuridad era serena. Ni una nube en el zenit. Que importa que la tierra esté roja, la luna sigue siendo blanca. Esas son indiferencias del cielo.

En la pradera, las ramas de los árboles destrozadas por la metralla, pero no caídas, y retenidas por la corteza, mecíanse suavemente agitadas por el aire de la noche.



Un aliento, casi una respiración, movía las malezas. Había temblores en la yerba, que parecían exhalaciones de almas.

Oíase vagamente á lo lejos el ir y venir de las patrullas y rondas mayores del campamento inglés.

Hougomont y la Haie Sainte continuaban ardiendo, formando al Oeste y al Este, dos grandes llamas, á las que iba á juntarse como un collar desatado de rubies

El papa Pío VII, que había consagrado esta coronación casi al mismo tiempo de aquella muerte, bendijo tranquilamente la caída como había bendecido la elevación. Hubo en Schoenbrunn la sombra de un niño de cuatro años, al cual fué sedicioso llamar el rey de Roma. Y se hicieron todas esas cosas, y aquellos reyes recobraron sus tronos, y el dueño de Europa fué encerrado en una jaula, y el antiguo régimen volvió á ser el nuevo, y toda la sombra y toda la luz de la tierra cambiaron de lugar, porque en la tarde de un día de verano, un pastor le dijo á un prusiano dentro de un bosque: ¡Pasad por aquí y no por ahí!

El 1815 fué una especie de Abril lúgubre. Las antiguas realidades perjudiciales y venenosas se cubrieron de apariencias nuevas. La mentira se desposó en 1789, el derecho divino se enmascaró con una carta, las aficciones se hicieron constitucionales, las preocupaciones, las supersticiones y las intenciones, embozadas con el artículo 14 en el corazón, se barnizaron de liberalismo. Cambiaron de piel las serpientes.

El hombre había sido engrandecido y rebajado á un tiempo por Napoleón. Lo ideal, bajo el reinado de la materia espléndida, había recibido el extraño nombre de ideología. ¡Grave imprudencia de un grande hombre, ridiculizar el porvenir! Los pueblos sin embargo, esta carne de cañón tan enamorada del ametrallador, le buscaban con la mirada. ¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Napoleón ha muerto:—decía un transeunte á un inválido de Marengo y de Waterloo.

—“¡El muerto!”—exclamaba irónicamente el soldado.—“¡Le conocéis bien!”

Las imaginaciones, deificaban aquel hombre caído. El fondo de Europa, después de Waterloo, fué tenebroso. Algo grande permaneció vacío largo tiempo por haber desaparecido Napoleón.

Colocáronse los reyes en este vacío. La vieja Europa se aprovechó de ello para reformarse. Hubo una Santa Alianza. “¡Bella Alianza!” había ya dicho anticipadamente el campo fatal de Waterloo.

En presencia y al frente de la antigua Europa rehecha, dibujáronse los perfiles de una Francia nueva. El porvenir, zaherido por el emperador, hizo su entrada, llevando sobre la frente esta metralla: Libertad. Los ojos de las generaciones nuevas, volviéronse hacia él y ¡cosa singular! enamoráronse á un tiempo mismo del porvenir, Libertad; y del pasado, Napoleón. La derrota había hecho grande al vencido. Bonaparte caído parecía más alto que Napoleón de pie. Los que habían triunfado se espantaron. Inglaterra le hizo guardar por Hadson Lowe, y Francia le hizo espiar por Montcheu. Aquellos brazos cruzados fueron la inquietud de los tronos. Alejandro le llamaba, mi insomnio. Esta alarma procedía de la cantidad de revolución que se encerraba en él, y esto es lo que explica y escusa el liberalismo bonapartista. Aquel fantasma hacía temblar al viejo mundo. Los reyes reinaron con zozobra mientras la roca de Santa Elena permaneció en su horizonte.

Mientras Napoleón agonizaba en Longwood, los sesenta mil hombres caídos en el campo de Waterloo pudriéronse tranquilamente, y algo de aquella triste paz se esparció por el mundo. El congreso de Viena hizo sus tratados de 1815, y la Europa llamó á esto Restauración.

Y ahí tenéis lo que fué Waterloo.

Pero ¿qué le importa al infinito? Toda aquella tempestad, toda aquella nube, aquella guerra, y luego aquella paz; todas aquellas sombras no turbaron un mo-

mento la luz del ojo inmenso, ante el cual, un pulgón saltando de uno á otro tallo de la yerba, es igual al águila volando de campanario á campanario de las torres de Nuestra Señora.

XIX

El campo de batalla por la noche.

Volvamos, pues es una necesidad de este libro, á este fatal campo de batalla.

El 18 de Junio de 1815 era de luna llena. Aquella claridad favoreció la persecución feroz de Bliicker, denunciando las huellas de los fugitivos, entregó aquellas masas desastradas á la encarnizada caballería prusiana, contribuyendo á la matanza. Existen á veces en las catástrofes esas trágicas complacencias de la noche.

Después del último cañonazo, la llanura de Mont Saint Jean quedó desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses; es la comprobación general de la victoria; acostarse en el lecho del vencido. Establecieron su campamento á la otra parte de Rossomme.

Los prusianos, lanzados sobre la derrota, siguieron adelante. Wellington fué á la aldea de Waterloo á redactar el parte á lord Bathurst.

Si alguna vez el "sic vos non vobis" ha sido aplicable, es seguramente á la aldea de Waterloo.

Waterloo no hizo nada, pues dista una media legua del lugar de la acción. Mont Saint Jean fué cañoneado, Hougomont fué incendiado, Papelotte fué incendiado, Plancenoit fué incendiado, la Haie Sainte fué tomada por asalto, la Belle Alliance presencié el abrazo de los dos vencedores, y apenas se conocen sus nombres, mientras Waterloo, que para nada figuró en la batalla, se ha llevado todo el honor.

No somos de los que adulan á la guerra; cuando llega el caso le decimos claramente las verdades. Tiene la guerra bellezas horribles, que no hemos tratado de ocultar; pero convengamos también en que tiene sus fealdades, entre las cuales es una de las más sorprendentes el despojo inmediato de los muertos después de la victoria. El alba que sigue á una victoria, se levanta siempre sobre cadáveres desnudos.

¿Quién hace esto? ¿Quién mancha así el triunfo? ¿Cuál es la repugnante y furtiva mano que se desliza dentro del bolsillo de la victoria? ¿Quiénes son los rateros que asestan sus golpes detrás de la gloria? Varios filósofos, y entre ellos Voltaire, afirman que son precisamente los mismos que han conquistado la gloria. Son los mismos, dicen, no cabe sustitución; los que quedan en pie saquean á los caídos. El héroe del día es el vampiro de la noche. Y casi hay derecho, después de todo, de saquear más ó menos los cadáveres de que se es autor. Por nuestra parte no opinamos así. Recoger laureles y robarle los zapatos á un muerto, nos parece imposible que pueda hacerlo una mano misma.

Lo que sí es cierto, que generalmente detrás de los vencedores siguen los ladrones. Pero coloquemos al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de duda.

con dos carbunclos á sus extremos, el cordón de hogueras del ejército inglés, extendido en inmenso semicírculo por las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. Lo que había sido la muerte para tantos valientes, horroriza sólo imaginarlo.

Si hay algo pavoroso, si existe una realidad que traspase los límites del sueño, es ésta: vivir, ver el sol, estar en plena posesión de la fuerza viril, disfrutar de salud y alegría, reír valientemente, correr hacia una gloria que se tiene delante brillando con todo su esplendor; sentir dentro del pecho un pulmón que respira, un corazón que late, una voluntad que raciocina; hablar, pensar, esperar, amar, tener madre, tener mujer, tener hijos, tener la luz, y de repente, en lo que dura un grito, en menos de un minuto, hundirse en un abismo, caer, rodar, aplastar, ser aplastado, ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, no poder agarrarse á nada; empuñar un sable inútil, tener hombres debajo y caballos encima, luchar inútilmente, rotos los huesos por alguna cox recibida en las tinieblas; sentir un tacón que os revienta un ojo, morder rabiosamente herraduras de caballo, ahogarse, aullar, retorcerse, estar en el fondo y decirse: ¡Hace un instante era yo un sér viviente!

Allí donde había rugido todo aquel lamentable desastre, reinaba á la sazón completo silencio. La caja del camino hondo estaba llena de caballos y jinetes inexplicablemente amontonados. Horrible confusión. Ya no había zanja; los muertos nivelaban el camino con la llanura, llegando al ras del borde como una medida de trigo bien colmada. Un montón de cadáveres en la parte alta, un arroyo de sangre en la baja: tal era aquel camino la noche del 18 de Junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada misma de Nivelles, y allí, se convertía en ancho lago delante de la barrera de árboles tallados que cortaban el paso en la calzada, en un punto que enseñan aún hoy día.

Esto fué como ya sabemos, en el lugar opuesto, hacia la calzada de Genappe, donde tuvo lugar el hundimiento de los coraceros. El espesor de los cadáveres era proporcionado á la profundidad del camino. Hacia el centro, en el sitio en que estaba lleno, por donde había pasado la división Delort, el lecho de muertos disminuía.

El rondador nocturno que acabamos de hacer entrever al lector, iba por este lado. Iba huroneando la inmensa tumba. Miraba receloso, y seguía pasando su asquerosa revista de muertos. Andaba de pies dentro la sangre.

De pronto se detuvo.

A pocos pasos de él, en el camino hondo, en el punto en que concluía el montón de cadáveres, por debajo de aquella confusión de hombres y caballos, asomaba una mano abierta y alumbrada por la luna.

Aquella mano tenía en el dedo algo que brillaba, era un anillo de oro.

El hombre se inclinó, permaneció un instante agachado, y al levantarse ya no brillaba el anillo en aquella mano.

No se levantó precisamente; se quedó en una actitud entre medrosa y fiera, volviendo la espalda al montón de cadáveres, escudriñando el horizonte, de rodillas, la parte delantera del cuerpo apoyada sobre el suelo con ambos índices, asomando la cabeza por encima del borde del camino hondo. Las cuatro patas del chacal son útiles para ciertas acciones.

Después, tomando una resolución, se levantó.

En aquel instante tuvo un sobresalto. Sintió que le agarraban por detrás.

Volvióse; era la mano abierta que se había cerrado y que le había asido por la falda del capote.

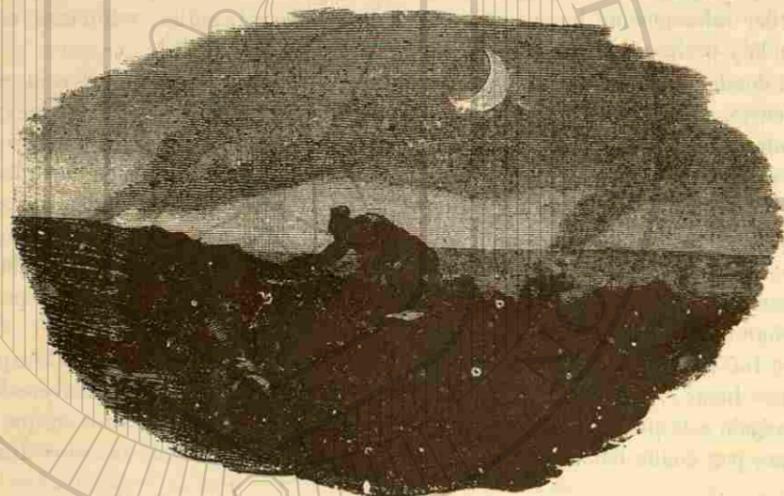
Un hombre honrado hubiera tenido miedo; él se echó á reír.

—¡Calle,—exclamó,—es el muerto! Prefiero un aparecido á un gendarme.

Sin embargo, la mano desfallecida le soltó. Los esfuerzos mueren pronto en la tumba.

—¡Hola!—repuso el merodeador.—¿Está vivo este muerto? Vamos á ver.

Inclinóse de nuevo, registró en el montón, apartó lo que le estorbaba, cogió la mano, empuñó el brazo, desenredó la cabeza, sacó el cuerpo; y unos instantes después, arrastraba en la sombra del camino hondo, á un hombre inanimado, ó desmayado al menos. Era un coracero, un oficial, y oficial de cierto rango, salíale una gran charretera de oro de debajo de la coraza. Este oficial no tenía casco. Un fuerte sablazo le partía el rostro, donde no se veía más que sangre.



Por lo demás, no parecía que tuviese miembro alguno roto, y por alguna feliz casualidad, si es aquí posible esta palabra, los muertos habían formado arco por encima de él, de manera, que le habían librado de ser aplastado. Tenía los ojos cerrados.

Llevaba sobre la coraza la cruz de plata de la Legión de honor.

El vagabundo arrancó la cruz, que desapareció en uno de los escondrijos interiores de su capote.

Hecho esto, tentó la faltriquera del oficial, en la que palpitaba un reloj, y lo tomó igualmente. Después registró el chaleco, donde encontró un bolsillo, que también se guardó.

Al llegar á este punto del socorro que prestaba á aquel moribundo, el oficial abrió los ojos.

—Gracias,—le dijo débilmente.

Lo brusco de los movimientos del hombre que así le manoseaba, el fresco de la noche, y el aire respirado libremente, le habían sacado de su letargo.

El vagabundo no respondió. Levantó sólo la cabeza.

Oyóse ruido de pasos en la llanura; probablemente alguna patrulla que se acercaba.

El oficial murmuró, que aún tenía su voz acentos de agonía:

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses,—respondió el vagabundo.

El oficial repuso:

—Buscad en mis bolsillos, y encontraréis una bolsa y un reloj. Tomadlos.

Ya lo había hecho.

El vagabundo hizo como que ejecutaba lo que se le pedía, y dijo:

—No hay nada.

—Me han robado,—replicó el oficial,—lo siento: hubiera sido para vos.

Los pasos de la patrulla eran por momentos más perceptibles.

—Alguien se acerca,—dijo el vagabundo, haciendo el movimiento de un hombre que se va.

El oficial, levantando penosamente el brazo, le detuvo.

—Me habéis salvado la vida. ¿Quién sois?

El vagabundo respondió precipitadamente por lo bajo:

—Pertenece, como vos, al ejército francés. Es menester que os deje. Si me cogieran me fusilarían. Yo os he salvado la vida. Ahora procurad hacer lo que podáis.

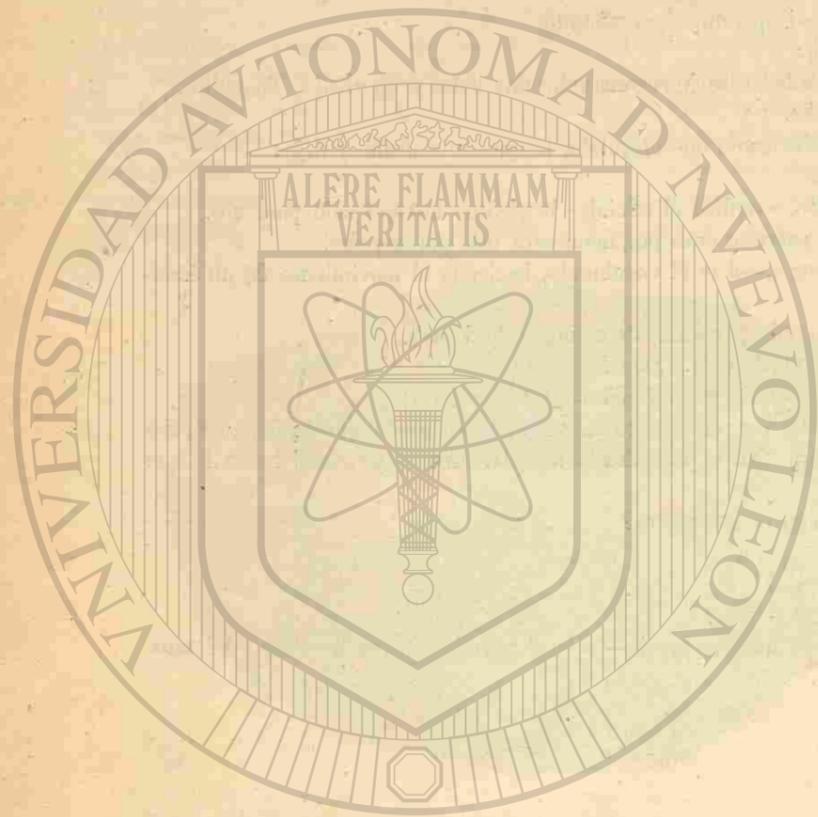
—¿Qué graduación es la vuestra?

—Sargento.

—¿Cómo os llamáis?

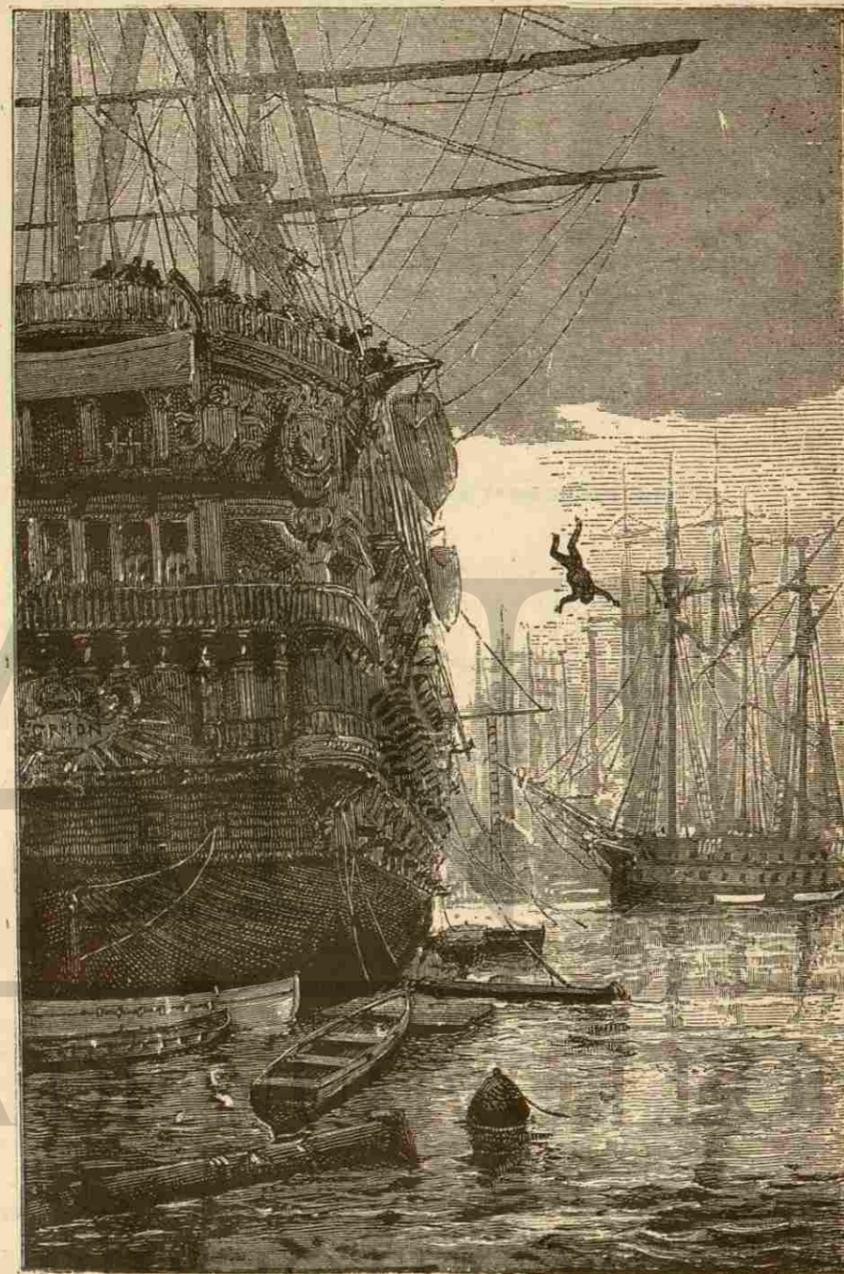
—Thénardier.

—No olvidaré este nombre jamás,—dijo el oficial.—Y vos acordaos del mío. Me llamo Pontmercy.



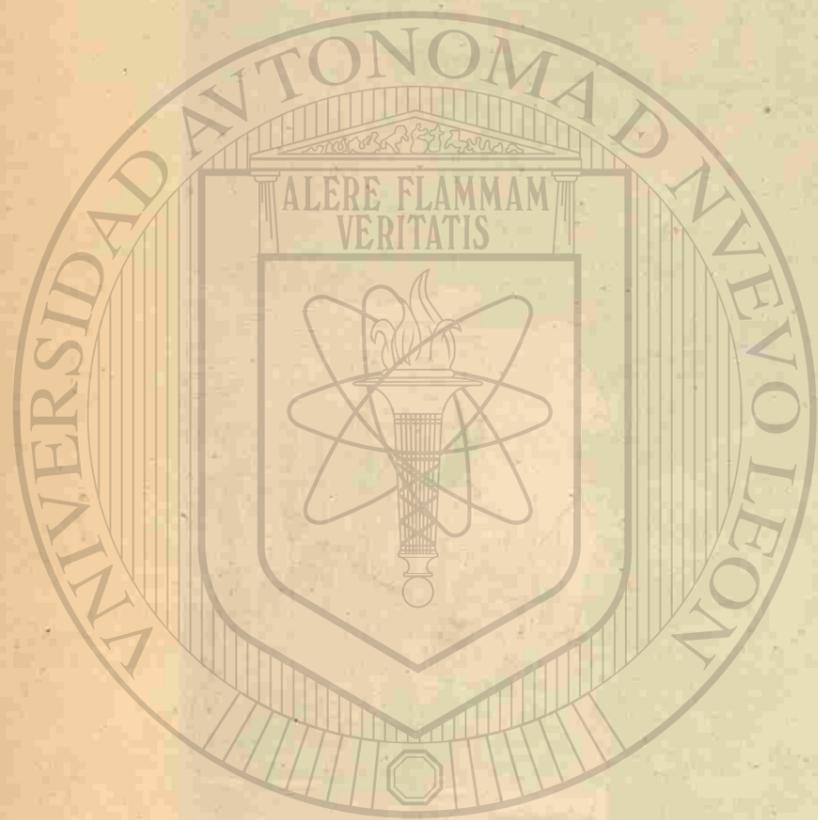
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El navío "Orion."





LIBRO SEGUNDO.

EL NAVIO ORION

I

El número 24,601 se trueca en 9,430.

Juan Valjean había sido preso nuevamente.

Séanos permitido pasar sólo rápidamente sobre detalles dolorosos. Nos concretaremos á transcribir dos sueltos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes sucesos acaecidos en M* sur M*.

Estos artículos son bastante concretos. Es sabido que entonces no existía aún la "Gaceta de los Tribunales".

Tomamos el primero de la "Bandera Blanca". Lleva la fecha del 25 de Julio de 1823:

"Uno de los distritos del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un acontecimiento poco común. Un hombre forastero al departamento, llamado Magdalena, había realzado en pocos años, gracias á nuevos procedimientos, una antigua industria local, la fabricación de azabaches y abalorios negros. Así había hecho su fortuna, y digámoslo también, la del propio distrito. En recompensa de sus servicios habíanle nombrado alcalde. La policía ha descubierto que el tal Magdalena no era otro que un antiguo presidiario escapado del penal y, condenado por robo en 1796, llamado Juan Valjean. Juan Valjean ha sido reinstalado en presidio. Parece que antes de su prisión había conseguido retirar de la casa Laffite una suma de más de medio millón que tenía allí colocada, y que, por otra parte, se asegura había ganado legítimamente en su negocio. No ha podido averiguarse donde Juan Valjean ocultó dicha suma al ingresar de nuevo en el presidio de Tolón".

El segundo artículo, un poco más detallado, está extraído del "Diario de París", de igual fecha:

"Un antiguo presidiario cumplido, llamado Juan Valjean, acaba de comparecer ante el tribunal de los jurados del Var con circunstancias dignas de llamar la atención. Este criminal había llegado á burlar la vigilancia de la policía. Había cambiado de nombre, logrando hacerse elegir alcalde de una de las pequeñas poblaciones del departamento del Norte. Había establecido en esta población un comercio bastante considerable. Ha sido, por fin, desenmascarado y detenido, gra-

“cias al celo infatigable del ministerio público. Tenía por concubina una mujer pública, que murió del susto en el momento de su detención. Este miserable, que está dotado de fuerzas hercúleas, había encontrado medio de evadirse; pero, tres ó cuatro días después de su evasión, la policía le echó mano de nuevo, en París mismo, en el instante en que subía á uno de esos pequeños carruajes que hacen el trayecto de la capital al pueblecillo de Montfermeil (Seine-et-Oise).

“Dícese que había aprovechado el intervalo de esos tres ó cuatro días de libertad para retirar una suma considerable colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros. Esta suma se hace ascender á unos seiscientos ó setecientos mil francos. Según el acta de acusación, debe haberla enterrado en un sitio de él sólo conocido, así es que no se ha podido dar con ella. Sea como fuere, es lo cierto que el llamado Juan Valjean acaba de comparecer ante los jurados del departamento de Var, acusado de un robo en camino público á mano armada, hace cerca de ocho años, cometido en la persona de uno de esos honrados niños que, como ha dicho el patriarca de Ferney en versos inmortales,

“Todos los años llegan de Saboya

“Para deshollinar con mano diestra

“Los largos tubos de las chimeneas.

“Este bandido ha renunciado á su defensa. Ha sido probado por el hábil y elocuente órgano del ministerio público, que el robo había sido perpetrado en complicidad, y que Juan Valjean formaba parte de una cuadrilla de ladrones del Mediodía. En consecuencia, Juan Valjean, declarado culpable, ha sido condenado á la pena de muerte. Este criminal se había negado á entablar recurso de casación. El rey, en su inagotable clemencia, se ha dignado conmutarle la pena por la de cadena perpetua. Juan Valjean ha sido conducido inmediatamente al penal de Tolón.”

No se habrá olvidado que Juan Valjean tenía en M* sur M* costumbres religiosas. Algunos periódicos, entre ellos “El Constitucional”, presentaron esa conmutación como un triunfo del partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en presidio. Llamóse 9,430.

Por lo demás, digámoslo para no tener que repetirlo, con el señor Magdalena desapareció la prosperidad de M* sur M*. Todo cuanto él había previsto durante aquella noche de fiebre y vacilación, se realizó; faltando él, “faltó el alma” en el pueblo. Después de su caída, verificóse en M* sur M* la división egoísta que sucede á las grandes existencias caídas, el fatal desmembramiento de las cosas florecientes que se realiza todos los días en las obscuridades de la comunidad humana, y que la historia no ha consignado más que una vez porque se efectuó como consecuencia de la muerte de Alejandro.

Los lugartenientes se coronaron reyes; los mayordomos se improvisaron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Los vastos talleres del señor Magdalena se cerraron, cayeron en ruinas los edificios, dispersáronse los obreros. Dejaron los unos al país, dejaron los otros el oficio. Todo se hizo desde entonces en pequeño, en vez de hacerse en grande; por el lucro, en vez de hacerse para el bien. No hubo ya centro; por todas partes competencia y encarnizamiento. El señor Magdalena lo dominaba y dirigía todo. Caído él, cada cual tiró para sí; el espíritu de lucha sucedió al espíritu de organización; la aspereza á la cordialidad; el odio de unos á otros, á la benevolencia del fundador para todos; los hilos anudados

por el señor Magdalena se enredaron y rompieron; falsificáronse los procedimientos; envileciéronse los productos; matóse la confianza; disminuyeron las ventas; hubo menos pedidos, redujéronse los jornales; holgaron los talleres; vino la quiebra. Y luego, nada para los pobres. Todo se desvaneció.

El mismo Estado llegó á entender que alguien había sido arruinado en alguna parte. No habían transecurrido aún cuatro años desde que la sentencia del tribunal de los jurados comprobó la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean en provecho del presidio, cuando ya los gastos de recaudación del impuesto eran dobles en el distrito de M* sur M*, y el ministro de Villèle lo manifestó así en la tribuna en el mes de Febrero de 1827.

II

Donde se leerán dos versos, que son tal vez del diablo

Antes de ir más adelante, es del caso referir con algunos detalles un hecho singular que pasó hacia la misma época en Montfermeil, y que no deja de tener su coincidencia con ciertas conjeturas del ministerio público.

Existe en la comarca de Montfermeil una superstición antiquísima, tanto más curiosa y original, cuanto que una superstición popular de las cercanías de París es como un aloe en Siberia. Nosotros somos de aquellos que respetan todo lo que está en estado de planta rara. He aquí, pues, la superstición de Montfermeil.

Créese allí que el diablo, desde tiempo inmemorial, tiene escogida aquella selva para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas mujeres afirman que no es raro encontrar, á la caída de la tarde, en los sitios apartados del bosque, un hombre negro, con aspecto de carretero ó leñador, calzando zuecos, vestido con un pantalón y saco de lienzo, y fácil de conocer, porque en vez de gorra ó sombrero, tiene dos cuernos inmensos en la cabeza. Esto debe hacer que en efecto pueda reconocerse fácilmente. A este hombre se le ve generalmente ocupado en ahondar un hoyo. Hay tres maneras distintas de sacar partido de semejante encuentro. La primera es dirigirse al hombre y hablarle. Entonces se advierte que es el tal sencillamente un aldeano, y que el parecer negro consiste en el crepúsculo; que no hace ningún hoyo, sino que corta hierba para sus vacas, y que lo que se había tomado por cuernos no es otra cosa que una horquilla para remover el estiércol, la cual lleva entre ambas espaldas, y cuyos colmillos, gracias á la perspectiva de la noche, parecen salirle de la cabeza. Vuelve uno á casa y se muere dentro de la semana.

La segunda manera consiste en observarle, esperar á que haya concluido su hoyo, que lo vaya rellenando, y se haya ido; correr en seguida allí donde hizo el hoyo, destaparle y sacar el “tesoro” que el hombre negro ha depositado necesariamente en él. En este caso muérese uno dentro del mes.

En fin, la tercera manera consiste en no hablarle al hombre negro una palabra, no mirarle, y echar á correr á todo escape.

Haciéndolo así, le queda á uno todo el año para morir.

Como las tres maneras tienen sus inconvenientes, la segunda, que ofrece al

menos algunas ventajas, entre otras la de poseer un tesoro, aunque no sea más que por un mes, es la más generalmente aceptada.

Los hombres atrevidos, á quienes tientan todas las empresas aventuradas, han abierto frecuentemente, según se asegura, los hoyos cavados por el hombre negro, y tratado de robar al diablo. Pero parece que el resultado de la operación ha sido muy mediano, al menos si se ha de dar crédito á la tradición, y particularmente á los dos versos enigmáticos que en latín bárbaro dejó escritos sobre este punto un mal fraile normando, medio hechicero, llamado Trifón. Este Trifón está enterrado en la abadía de San Jorge de Bocheville, cerca de Rouen, de cuya tumba nacen sapos.

Hácese, por lo tanto, esfuerzos enormes; los tales hoyos son ordinariamente muy profundos. Se suda, se escarva, se trabaja toda la noche, porque es de noche cuando esto se hace. Moja uno la camisa, gasta su vela, mella su piqueta, y cuando se llega por fin al fondo del hoyo, cuando se pone la mano sobre el "tesoro", ¿qué se encuentra? ¿qué viene á ser el tesoro del diablo? Un sueldo, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver ensangrentado; algunas veces un espectro doblado en cuatro como una hoja de papel dentro de una cartera, y otras muchas, nada.

Así parecen anunciarlo á los curiosos indiscretos los versos de Trifón:

Fodit, et in fossa thesauros condit opaca

As, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque.

Parece que en nuestros días se encuentra igualmente, ya un frasco de pólvora con balas, ya un juego de naipes, grasiento y chamuscado, que ha servido evidentemente al diablo. Trifón no menciona estos dos hallazgos, en atención tal vez á que vivió en el siglo XII, y no parece que el diablo tuviese el ingenio de inventar la pólvora antes de Rogerio Bacón, ni las cartas antes de Carlos VI.

Por lo demás, si alguien juega con aquellas cartas, puede estar seguro de perder cuanto posea; y respecto á la pólvora que está en el frasco, tiene la propiedad de hacer reventar el fusil á la cara de quien se sirve de ella.

Ahora bien; poco tiempo después de la época en que le pareció al ministerio público que el presidiario cumplido Juan Valjean, durante su evasión de algunos días, había rondado en torno de Montfermeil, observóse en la misma población que un antiguo peón caminero, llamado Boulatruelle, andaba "dando paseos" por el bosque.

Creíase saber en el país que el tal Boulatruelle había estado en presidio; estaba sometido á cierta vigilancia de la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administración le empleaba, con rebajo de jornal, de peón caminero en la carretera de Gagny á Iagny.

El tal Boulatruelle era mirado de reojo por las gentes de la comarca; pero él siempre respetuoso, siempre humilde, hartó pronto á quitarse la gorra ante todo el mundo, temblando y sonriendo ante los gendarmes, probablemente afiliado á alguna partida, según decían, sospechando que solía ponerse en emboscada al caer de la noche en algún rincón de la espesura. No tenía en su abono sino el ser borracho.

He aquí lo que creían haber notado:

Hacia algún tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo de reparar la vía, y se internaba en el bosque con su piqueta. A la caída de la tarde encontrábasele en los claros más desiertos, en las malezas más selváticas en ademán de buscar alguna cosa, y algunas veces abriendo hoyos. Las buenas mujeres que pasaban tomábanle por Belcebú, y aunque reconocían luego á Boulatruelle, no se tran-

quilizaban sin embargo. Estos encuentros parecían contrariar en alto grado á Boulatruelle. Era visible que procuraba recatarse, y que había algo de misterioso en lo que hacía.

Decían en la aldea:

—Es claro que el diablo ha hecho alguna aparición. Boulatruelle le ha visto, y busca. En verdad que es bastante estrafalario para atraparle el gato á Lucifer.



Los volterianos añadían: ¿Será Boulatruelle quien atrape al diablo, ó el diablo á Boulatruelle? Las viejas no sabían sino hacerse cruces. ®

Sin embargo, las idas de Boulatruelle al bosque cesaron, y volvió luego á regularizar sus trabajos de caminero. Hablóse de otra cosa.

No obstante, hubo algunas personas curiosas que pensaron que había en aquello probablemente, si nó los tesoros fabulosos de las leyendas, algo bueno más serio y positivo que los billetes de banco del diablo, y cuyo secreto había medio sorprendido sin duda el caminero. Los más "empeñados" eran el maestro de escuela y el

bodegonero Thénardier, el cual era amigo de todo el mundo, y no se había desdenado de estar en tratos con Boulatruelle.

—Ha estado en presidio,—decía Thénardier.—¡Ay! ¡Dios mío! Nadie sabe quien va, ni quien ha de ir.

Una noche el maestro de escuela afirmaba que en otros tiempos la justicia hubiera inquirido lo que Boulatruelle iba á hacer en el bosque y que le habría obligado á hablar, y que Boulatruelle de seguro no habría resistido por ejemplo, en el tormento, la prueba del agua.

—Sometámosle á la del vino,—dijo Thénardier.

Y desde luego pusieron manos á la obra, é hicieron beber al viejo caminero. Boulatruelle bebió muchísimo y habló muy poco. Combinó con arte admirable y en proporción magistral la sed de un hambriento con la discreción de un juez. Sin embargo, á fuerza de volver á la carga, y de compaginar y apurar las pocas palabras obscuras que se le escaparon, he aquí lo que Thénardier y el maestro de escuela creyeron entender.

Yendo Boulatruelle, cierta mañana, al despuntar el alba á su trabajo, quedóse sorprendido de ver en un rincón del bosque una pala y un pico, “como si dijéramos escondidos”. Sin embargo, pensó que serían probablemente la pala y el pico, del tío Six Fours, el aguador, y no volvió á acordarse más de ello. Pero la noche de aquel mismo día vió, sin que pudieran verle á él, por estar oculto trás un árbol corpulento, á “cierto individuo forastero que se dirigía desde el camino á lo más espeso del bosque, y á quien él, Boulatruelle, conocía perfectamente”. Esto, traducido por Thénardier, quería decir que era un “compañero de presidio”. Boulatruelle se había negado obstinadamente á decir su nombre. El tal individuo llevaba un lío, de forma casi cuadrada, á modo de caja ó cofrecillo. Sorpresa de Boulatruelle. Hasta pasados siete ú ocho minutos no se le ocurrió, sin embargo, la idea de seguir “al individuo”. Pero era ya tarde; el hombre se había internado en la espesura, había ya anochecido por completo, y Boulatruelle no pudo alcanzarle. Entonces tomó el partido de observar estando á la vista de la ladera del bosque. “Hacia luna”. Dos ó tres horas después, Boulatruelle vió salir al individuo de la espesura, llevando, no ya el cofrecillo, pero sí una pala y un pico. Boulatruelle dejó pasar al individuo sin ocurrírsele la idea de acercársele, porque calculó antes, que el otro era tres veces más fuerte que él, y armado con su pico le hubiera aplastado probablemente al conocerle y verse reconocido. Tierna efusión de dos antiguos camaradas que vuelven á encontrarse. Pero la pala y el pico fueron un rayo de luz para Boulatruelle; corrió, pues, al zarzal por la mañana, y ya no encontró allí pico ni pala. De esto dedujo que el individuo entró en el bosque, é hizo un hoyo con el pico, enterró el cofre, y lo cubrió luego de tierra con la pala.

Pues bien; el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; debía pues contener dinero. De ahí sus pesquisas. Boulatruelle había explorado, sondeado y huroneado todo el bosque; había registrado todos los sitios donde le pareció ver tierra recientemente removida, pero todo fué inútil.

No pudo “pescar” nada. Nadie volvió á acordarse de ello en Montfermeil. Hubo solamente algunas buenas comadres que dijeron:

—Tened por seguro que el caminero de Gagny no ha armado todo este enredo para nada; es seguro que ha venido el diablo.

III

Libertad

De por fuerza la cadena del grillete debió haber sufrido alguna operación preparatoria para que fuese rota de un solo martillazo.

A fines de Octubre de aquel mismo año de 1823, vieron los habitantes de Tolón entrar de nuevo en su puerto, á consecuencia de un temporal, y para reparar algunas averías, el navío “Orión”, que más tarde fué utilizado en Brest como navío escuela, el cual, formaba á la sazón, parte de la escuadra del Mediterráneo.

Este buque, estropeado del todo como estaba, pues el mar lo había echado á perder, hizo su efecto al entrar en la rada. Llevaba no sé qué pabellón, que le valió el saludo reglamentario de once cañonazos, contestados por él uno trás otro; total, veintidós.

Se ha calculado que en salvas, galas reales y militares, cambios de ruidos corteses, señales de etiqueta, formalidades de radas y ciudadelas, salidas y puestas de sol, saludadas diariamente por todas las fortalezas y todos los buques de guerra, apertura y cierre de puertas, etc., etc., el mundo civilizado tiraba con pólvora por toda la tierra, cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil cañonazos inútiles. A seis pesetas por cañonazo, importa ello novecientas mil pesetas diarias, ó sean trescientos millones al año, que se van en humo. Esto no es más que un simple detalle. Durante el mismo tiempo se mueren de hambre muchos pobres.

El año 1823 era lo que ha llamado la Restauración “época de la guerra de España”.

Esta guerra encerraba muchos sucesos en uno solo, con muchísimas singularidades. Un gran asunto de familia para la casa de Borbón; la rama de Francia socorriendo y protegiendo á la de Madrid, es decir, realizando un acto de primogenitura; una vuelta aparente á las tradiciones nacionales, complicada con servidumbre y sujeción á los gabinetes del Norte; el señor duque de Angulema, llamado por los periódicos liberales “el héroe de Andújar”, comprimiendo, dentro cierta actitud triunfal, algo contrariada por su aire apacible, el viejo terrorismo, demasiado real del Santo Oficio, en lucha con el quimérico terrorismo de los liberales; los “sans enlottes” resucitados, con grandísimo honor de las viejas aristócratas, bajo el nombre de “descamisados”; el monarquismo poniendo obstáculos al progreso, calificado de anarquía; las teorías del 89 bruscamente interrumpidas en sus trabajos de zapa; un ¡alto! europeo intimado á la idea francesa, dando la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignon, después Carlos Alberto, alistándose en aquella cruzada de reyes contra los pueblos, como voluntario entre los granaderos de charreteras de lana encarnada; los soldados del imperio volviendo á entrar en campaña, pero después de ocho años de reposo, viejos y tristes, bajo la escarapela blanca; la bandera tricolor agitada en el extranjero por un heróico puñado de franceses, como lo había sido la bandera blanca, en Coblenza

bodegonero Thénardier, el cual era amigo de todo el mundo, y no se había desdenado de estar en tratos con Boulatruelle.

—Ha estado en presidio,—decía Thénardier.—¡Ay! ¡Dios mío! Nadie sabe quien va, ni quien ha de ir.

Una noche el maestro de escuela afirmaba que en otros tiempos la justicia hubiera inquirido lo que Boulatruelle iba á hacer en el bosque y que le habría obligado á hablar, y que Boulatruelle de seguro no habría resistido por ejemplo, en el tormento, la prueba del agua.

—Sometámosle á la del vino,—dijo Thénardier.

Y desde luego pusieron manos á la obra, é hicieron beber al viejo caminero. Boulatruelle bebió muchísimo y habló muy poco. Combinó con arte admirable y en proporción magistral la sed de un hambriento con la discreción de un juez. Sin embargo, á fuerza de volver á la carga, y de compaginar y apurar las pocas palabras obscuras que se le escaparon, he aquí lo que Thénardier y el maestro de escuela creyeron entender.

Yendo Boulatruelle, cierta mañana, al despuntar el alba á su trabajo, quedóse sorprendido de ver en un rincón del bosque una pala y un pico, “como si dijéramos escondidos”. Sin embargo, pensó que serían probablemente la pala y el pico, del tío Six Fours, el aguador, y no volvió á acordarse más de ello. Pero la noche de aquel mismo día vió, sin que pudieran verle á él, por estar oculto trás un árbol corpulento, á “cierto individuo forastero que se dirigía desde el camino á lo más espeso del bosque, y á quien él, Boulatruelle, conocía perfectamente”. Esto, traducido por Thénardier, quería decir que era un “compañero de presidio”. Boulatruelle se había negado obstinadamente á decir su nombre. El tal individuo llevaba un lío, de forma casi cuadrada, á modo de caja ó cofrecillo. Sorpresa de Boulatruelle. Hasta pasados siete ú ocho minutos no se le ocurrió, sin embargo, la idea de seguir “al individuo”. Pero era ya tarde; el hombre se había internado en la espesura, había ya anochecido por completo, y Boulatruelle no pudo alcanzarle. Entonces tomó el partido de observar estando á la vista de la ladera del bosque. “Hacia luna”. Dos ó tres horas después, Boulatruelle vió salir al individuo de la espesura, llevando, no ya el cofrecillo, pero sí una pala y un pico. Boulatruelle dejó pasar al individuo sin ocurrírsele la idea de acercársele, porque calculó antes, que el otro era tres veces más fuerte que él, y armado con su pico le hubiera aplastado probablemente al conocerle y verse reconocido. Tierna efusión de dos antiguos camaradas que vuelven á encontrarse. Pero la pala y el pico fueron un rayo de luz para Boulatruelle; corrió, pues, al zarzal por la mañana, y ya no encontró allí pico ni pala. De esto dedujo que el individuo entró en el bosque, é hizo un hoyo con el pico, enterró el cofre, y lo cubrió luego de tierra con la pala.

Pues bien; el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; debía pues contener dinero. De ahí sus pesquisas. Boulatruelle había explorado, sondeado y huroneado todo el bosque; había registrado todos los sitios donde le pareció ver tierra recientemente removida, pero todo fué inútil.

No pudo “pescar” nada. Nadie volvió á acordarse de ello en Montfermeil. Hubo solamente algunas buenas comadres que dijeron:

—Tened por seguro que el caminero de Gagny no ha armado todo este enredo para nada; es seguro que ha venido el diablo.

Libertad

De por fuerza la cadena del grillete debió haber sufrido alguna operación preparatoria para que fuese rota de un solo martillazo.

A fines de Octubre de aquel mismo año de 1823, vieron los habitantes de Tolón entrar de nuevo en su puerto, á consecuencia de un temporal, y para reparar algunas averías, el navío “Orión”, que más tarde fué utilizado en Brest como navío escuela, el cual, formaba á la sazón, parte de la escuadra del Mediterráneo.

Este buque, estropeado del todo como estaba, pues el mar lo había echado á perder, hizo su efecto al entrar en la rada. Llevaba no sé qué pabellón, que le valió el saludo reglamentario de once cañonazos, contestados por él uno trás otro; total, veintidós.

Se ha calculado que en salvas, galas reales y militares, cambios de ruidos corteses, señales de etiqueta, formalidades de radas y ciudadelas, salidas y puestas de sol, saludadas diariamente por todas las fortalezas y todos los buques de guerra, apertura y cierre de puertas, etc., etc., el mundo civilizado tiraba con pólvora por toda la tierra, cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil cañonazos inútiles. A seis pesetas por cañonazo, importa ello novecientas mil pesetas diarias, ó sean trescientos millones al año, que se van en humo. Esto no es más que un simple detalle. Durante el mismo tiempo se mueren de hambre muchos pobres.

El año 1823 era lo que ha llamado la Restauración “época de la guerra de España”.

Esta guerra encerraba muchos sucesos en uno solo, con muchísimas singularidades. Un gran asunto de familia para la casa de Borbón; la rama de Francia socorriendo y protegiendo á la de Madrid, es decir, realizando un acto de primogenitura; una vuelta aparente á las tradiciones nacionales, complicada con servidumbre y sujeción á los gabinetes del Norte; el señor duque de Angulema, llamado por los periódicos liberales “el héroe de Andújar”, comprimiendo, dentro cierta actitud triunfal, algo contrariada por su aire apacible, el viejo terrorismo, demasiado real del Santo Oficio, en lucha con el quimérico terrorismo de los liberales; los “sans enlottes” resucitados, con grandísimo honor de las viejas aristócratas, bajo el nombre de “descamisados”; el monarquismo poniendo obstáculos al progreso, calificado de anarquía; las teorías del 89 bruscamente interrumpidas en sus trabajos de zapa; un ¡alto! europeo intimado á la idea francesa, dando la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignon, después Carlos Alberto, alistándose en aquella cruzada de reyes contra los pueblos, como voluntario entre los granaderos de charreteras de lana encarnada; los soldados del imperio volviendo á entrar en campaña, pero después de ocho años de reposo, viejos y tristes, bajo la escarapela blanca; la bandera tricolor agitada en el extranjero por un heróico puñado de franceses, como lo había sido la bandera blanca, en Coblenza

treinta años antes; los frailes mezclándose á nuestros soldados; el espíritu de la libertad y de lo nuevo restringido por las bayonetas; los principales humillados á cañonazos; la Francia deshaciendo con las armas lo que antes había hecho con su genio. Por lo demás, los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilantes y las ciudades sitiadas por los millones. Ningún peligro militar, y sin embargo, explosiones posibles, como en toda mina sorprendida é invadida; poca sangre vertida, poca honra conquistada, vergüenza para algunos, gloria para nadie. Tal fué aquella guerra, hecha por príncipes que descendían de Luis XIV; y conducida por generales procedentes de Napoleón. Cúpoles la triste suerte de no recordar ni la gran guerra ni la gran política.

Algunos hechos de armas resultaron serios; la toma del Trocadero, entre otros, fué una buena acción militar; pero en suma, lo repetimos, las trompetas de aquella guerra producen un sonido cascado, el conjunto fué sospechoso, la historia aprueba á la Francia las dificultades que mostró para la aceptación de aquel falso triunfo.

Parece evidente que algunos oficiales españoles encargados de la resistencia, cedían fácilmente; la idea de la corrupción desprendíase de muchas victorias; pareció que se habían ganado antes generales que batallas, y el soldado vencedor regresó humillado. Guerra que humillaba, en realidad, y por la que se podía leer "Banco de Francia" en los pliegues de su bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los cuales se había desplomado formidablemente Zaragoza, fruncían el entrecejo en 1823 ante la fácil apertura de las ciudadelas, y echaban de menos á Palafox. Que es preferible al ardimiento de la Francia, tener ante sí á un Rostopchine mejor que á un Ballesteros.

Bajo un punto de vista más grave aún, y en el cual conviene que insistamos también, aquella guerra, que ofendía en Francia el espíritu militar, indignaba al mismo tiempo al espíritu democrático. Era una empresa de esclavizamiento. En esta campaña, el objeto del soldado francés, hijo de la democracia era la conquista de un yugo por otro yugo. Repugnante contrasentido. La Francia se hizo para despertar el alma de los pueblos, no para ahogarlos. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la revolución francesa; la libertad irradia de Francia. Es un hecho solar; que es preciso estar ciego para no verlo, como ha dicho muy bien Bonaparte.

La guerra de 1823, atentado contra la generosa nación española, fué pues, al mismo tiempo, un atentado contra la revolución francesa. Esta monstruosa agresión era la Francia quien la cometía á la fuerza, porque, salvo las guerras libertadoras, todo lo que hacen los ejércitos lo hacen por fuerza. La palabra "obediencia pasiva" lo indica bien. Un ejército es una rara obra maestra de combinación, cuya fuerza resulta de una suma enorme de impotencia. Así se explica la guerra, hecha por la humanidad contra la humanidad, y á pesar de la humanidad.

En cuanto á los Borbones, la guerra de 1823 les fué fatal. Tomáronla ellos por un triunfo. No vieron el peligro que había en hacer matar una idea por una consigna. Equivocáronse en su candidez, hasta el punto de introducir en su establecimiento, como elemento de fuerza, la inmensa debilidad de un crimen. Fué parte de su política el espíritu de asechanza. 1830 germinó en 1823. La guerra de España vino á ser en sus consejos un argumento á favor de los golpes de fuerza y en favor de las aventuras de derecho divino. La Francia restableciendo en Espa-

ña "el rey neto", bien podía restablecer en su casa el rey absoluto. Cayeron en el fatal error de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nación. Semejante confianza pierde los tronos. No es bueno dormirse á la sombra de un manzanillo, ni á la de un ejército.

Volvamos al navío "Orión".

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe generalísimo, cruzaba una escuadra el Mediterráneo. Hemos dicho ya que el "Orión" pertenecía á esta escuadra y que fué devuelto, por desperfectos marinos, al puerto de Tolón.

La presencia de un buque de guerra en un puerto, tiene siempre algo inexplicable que preocupa á la multitud. Será porque es cosa grande y porque la multitud ama lo grande siempre.

Un navío de línea es uno de los hallazgos más admirables del ingenio humano con el poder de la naturaleza.

Un navío de línea se compone á la vez de lo que hay más pesado y de lo que hay más ligero, porque tiene que luchar á un tiempo mismo con las tres formas de la substancia: lo sólido, lo líquido y lo fluído. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y entenas que un coleóptero para tomar el viento de las nubes. Su aliento sale por sus ciento veinte cañones como por enormes clarines, y responde fieramente al rayo. El Océano procura extraviarle entre la espantosa semejanza de sus ondás, pero el navío tiene su alma, su brújula que le aconseja y le muestra siempre el Norte. En las noches oscuras, sus faroles suplen á las estrellas. Así pues, contra el viento tiene el cable y la lona, contra el agua la madera, contra la roca el hierro, el cobre y el plomo, contra la sombra la luz, contra la inmensidad una aguja.

Si se quiere tener una idea de todas las proporciones gigantescas, cuyo conjunto constituye el navío de línea, no hay más que entrar bajo una de las calas cubiertas, de seis pisos, en los puertos de Brest ó de Tolón. Los buques en construcción están allí, por así decirlo, bajo campana. Esa viga colosal es una verga; esa gran columna de madera echada en tierra hasta perderse de vista, es el palo mayor. Midiéndole desde su raíz en la cala, hasta su cima entre las nubes, tiene la longitud de sesenta toesas, y tres pies de diámetro su base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diecisiete pies sobre la línea de flotación. La marina de nuestros padres empleaba los cables, la nuestra emplea cadenas. El simple montón de cadenas de un buque de cien cañones tiene cuatro pies de alto, veinte de ancho y ocho de profundidad. Y para hacer un navío semejante, ¿cuánta madera se necesita? Tres mil metros cúbicos. Un bosque flotante.

Además, debemos tener en cuenta que no se trata aquí sino del buque de guerra de hace cuarenta años, del simple buque de vela; el vapor, entonces en la infancia, ha añadido luego nuevos milagros á ese prodigio que se llama fragata de guerra. Hoy, por ejemplo, el buque mixto de hélice es una máquina sorprendente, arrastrada por un velámen de tres mil metros cuadrados de superficie, y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Sin hablar de estas nuevas maravillas, la antigua nave de Cristóbal Colón y de Ruyter, es una de las grandes obras maestras del hombre. Inagotable en fuerza como en soplos el infinito, almacena el viento en su vela, manteniéndose fija en la inmensa difusión de las olas sobre las cuales flota y reina.

Llega, sin embargo, un instante en que la ráfaga rompe como una paja aquella verga de sesenta pies de longitud, en que el viento doblega como un junco aquel mastil de cuatrocientos pies de alto, en que el ancla, que pesa diez mil libras se tuerce en la garganta de la ola, como el anzuelo del pescador en la quijada de un sollo, en que aquellos monstruosos cañones lanzan rugidos plañideros é inútiles, que arrastra el huracán en el vacío y la obscuridad, y en que todo aquel poder y toda aquella majestad, se abisman en otro poder y otra majestad superiores.

Cuántas veces se despliega una fuerza inmensa para acabar en una inmensa debilidad, da ello que pensar á los hombres. De ahí que abunden los curiosos en los puertos, sin que ellos se expliquen á sí mismos perfectamente el por qué de acudir en derredor de esas maravillosas máquinas de guerra y navegación.

Todos los días, pues, desde la mañana á la noche, los muelles, los diques y escoleras del puerto de Tolón estaban llenos de una multitud de ociosos y bobos, como dicen en París, cuyo trabajo consistía en contemplar el "Orión".

El "Orión" era un buque estropeado de hacía mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores habíanse amontonado sobre su quilla espesas capas de mariscos, al extremo de hacerle perder la mitad de su marcha. Se le había dejado en seco el año anterior para rasparle los mariscos, y luego se le había botado al agua nuevamente. A la altura de las Baleares el bordaje inferior se había fatigado y abierto; y como el forrado no se hacía entonces con chapa metálica, el buque hacía agua. Sobrevino un violento golpe de equinoccio que desfondó á babor la roda y una portañola, y deterioró el porta-obenques de mesana. A consecuencia de esas averías, el "Orión" tuvo que regresar á Tolón.

Estaba fondeado junto al Arsenal, donde se le armaba y reparaba. El casco no había sufrido nada á estribor, pero según costumbre, desclávase aquí y allí algunos listones de los costados, para dejar penetrar el aire en el armazón.

Una mañana, la muchedumbre que lo contemplaba, fué testigo de un accidente.

La dotación estaba ocupada en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor, perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, y la multitud agrupada en el muelle del Arsenal, lanzó un grito; la cabeza se le fué trás el cuerpo: el hombre giró en torno de la verga, con las manos extendidas hacia el abismo, asiéndose al pasar al estribo, con una mano primero, y luego con la otra, quedó suspendido de él. Tenía el mar debajo de sí á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de la caída había impreso al estribo un brusco movimiento de columpio. El hombre iba y venía agarrado al extremo de aquella cuerda como la piedra de una honda.

Ir á socorrerle era correr un riesgo horrible. Ninguno de los marineros, pescadores todos de la costa recientemente ingresados en el servicio, se atrevía á aventurarse á ello. Entre tanto, el desgraciado gaviero se fatigaba; y aunque no podía vérselo la angustia en el rostro, se distinguía en todos sus miembros el desfallecimiento. Sus brazos se retorcián en una horrible tirantez. Cada esfuerzo que hacía para remontarse, no servía más que para aumentar las oscilaciones del estribo. No gritaba temeroso de malgastar las fuerzas. Ya nadie esperaba más que el momento en que soltase la cuerda, y á cada instante volvían todos la cabeza por no verle caer. Hay momentos en que un cabo de cuerda, un palo, la rama de un árbol, es la vida misma, y es en verdad cosa terrible, ver como un sér viviente se desprende y cae como un fruto maduro.

De pronto vióse trepar un hombre por el aparejo con la agilidad del tigre. Este hombre iba vestido de rojo, luego era un presidiario; llevaba gorro verde, era, pues, un condenado á cadena perpetua.

Al llegar á la altura de la gavia, un soplo del viento se le llevó el gorro dejando ver una cabeza enteramente blanca; no era, pues, un joven. Efectivamente, un presidiario empleado á bordo, perteneciente á una cuerda de penados, había acudido desde el primer momento al oficial de guardia, y en medio de la turbación é incertidumbre general de la tripulación, mientras todos los marineros temblaban y retrocedían, le había pedido licencia para arriesgarse á salvar al gaviero.

Después de un signo afirmativo del oficial, rompía de un martillazo la cadena soldada á la argolla del grillete; después había tomado una cuerda y lanzádose á los obenques. Nadie echó de ver en aquel momento la facilidad con que fué rota la cadena. Hasta después nadie tuvo presente esta circunstancia.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en la verga. Se detuvo algunos segundos, como si la midiese con la vista. Estos segundos, durante los cuales el viento columpiaba al gaviero en la punta de un hilo, les parecieron siglos á los que miraban. Por fin, el presidiario alzó los ojos al cielo, y adelantó un paso. La multitud respiró. Viósele recorrer ligeramente la verga, y llegado á la punta atar un cabo de la cuerda, que llevaba, dejando pendiente el otro, y descendiendo en seguida, valiéndose de las manos, por aquella cuerda. Reinó entonces una indefinible angustia, cuando en lugar de un hombre suspendido sobre el abismo, vióse que había dos.

Habíeráse podido decir que era una araña corriendo á apoderarse de una mosca; sólo que aquí la araña llevaba la vida, y no la muerte. Diez mil miradas se fijaban á un tiempo en aquel grupo. Ni un grito, ni una palabra; el mismo estremecimiento hacía fruncir todos los entrecejos. Todas las bocas contenían su aliento, como temerosas de añadir el menor soplo al viento que sacudía á aquellos desgraciados.

Entre tanto, el presidiario había conseguido acercarse al marinero. Era ya tiempo; un minuto más, y el hombre, aniquilado y desesperado, se dejaba caer en el abismo. El presidiario lo amarró sólidamente á la cuerda en que se sostenía con una mano, mientras trabajaba con la otra. En fin, viósele remontar nuevamente la verga, y tirando, subir hasta ella al marinero; sostúvole un instante para dejar que recobrara fuerzas, después le tomó en brazos y le llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y de allí á la gavia, donde le dejó en manos de sus camaradas.

Entonces aplaudió la multitud, hubo entre la chusma ancianos que lloraron, las mujeres se abrazaban unas á otras en el muelle, y oyéronse voces de todas partes gritando con cierto enternecimiento furioso: ¡El indulto! ¡indulto para ese hombre!

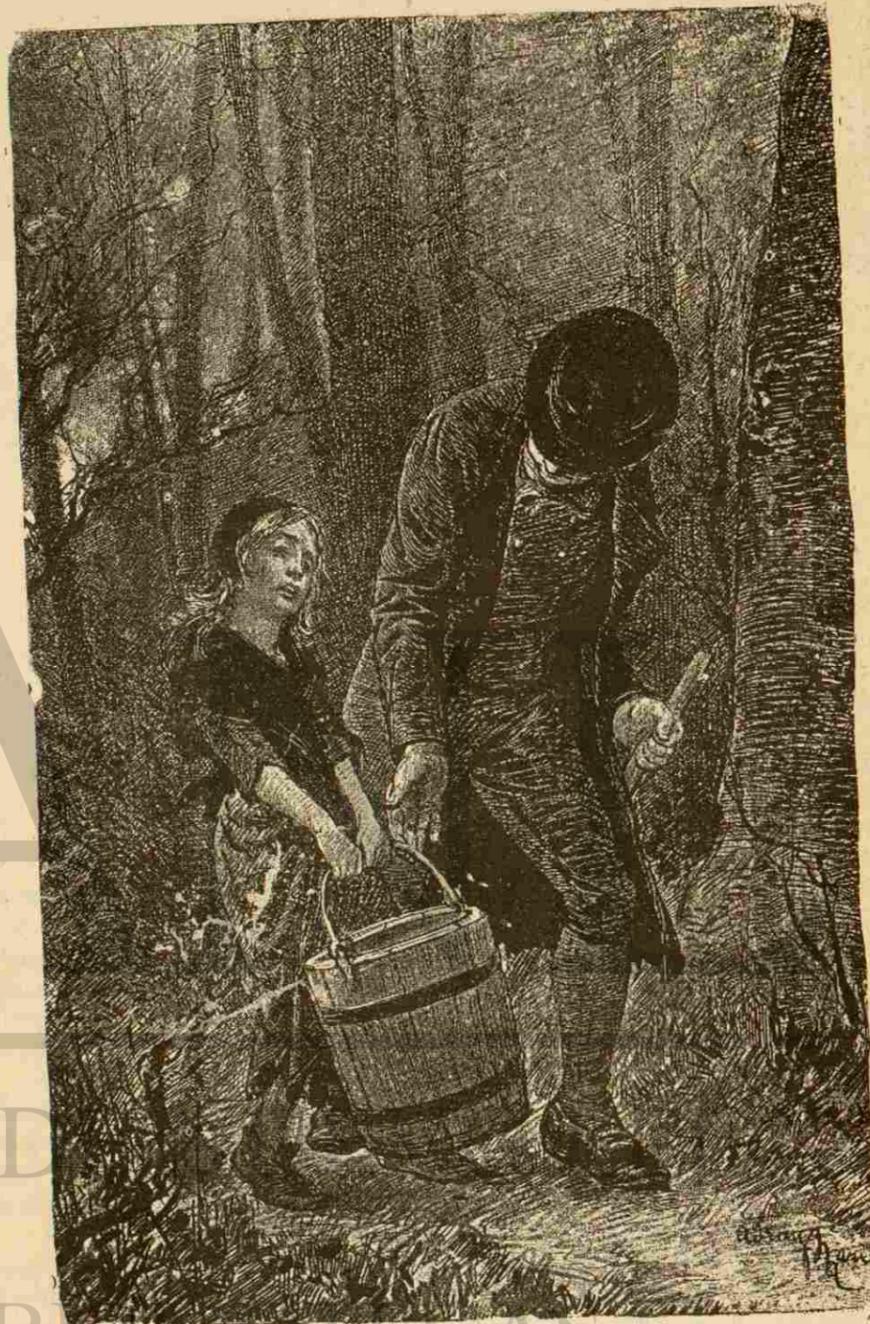
El, entre tanto, se había preparado para descender á unirse con sus compañeros de cuerda. Para llegar más pronto, deslizóse por el aparejo, y echó á correr sobre una verga baja. Seguíanle todos los ojos. Hubo un momento en que los espectadores se asustaron, fuese que estuviera fatigado, ó que le diese vueltas la cabeza, creyeron que vacilaba y se bamboleaba. De pronto lanzó la multitud un grito horrible, el presidiario acababa de caer al agua.

La caída era peligrosa. La fragata "Algeciras" estaba fondeada junto al "Orión", y el pobre presidiario había caído entre ambos buques, siendo de temer que

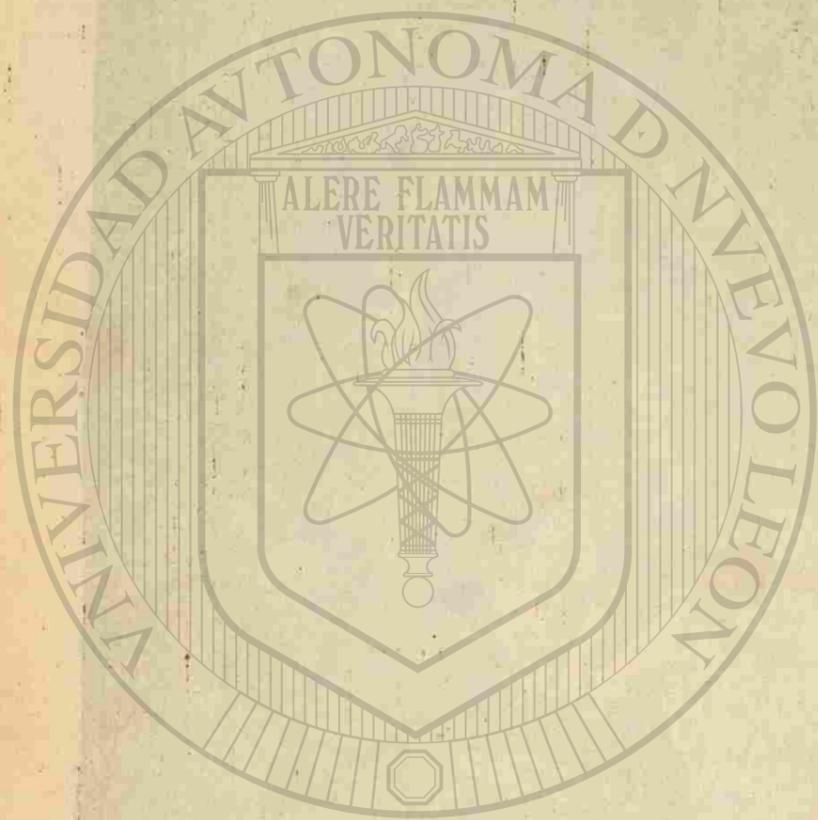
hubiese ido á parar debajo del uno, si no del otro. Cuatro hombres saltaron en seguida en un bote. La multitud los alentaba, la ansiedad reinaba nuevamente en todas las almas. El hombre no subía á la superficie; había desaparecido en el mar, sin dejar huella alguna sobre el agua, como si hubiese caído en un barril de aceite. Sondaron, bucearon; pero en vano. Buscaron hasta venir la noche; ni siquiera el cuerpo se encontró.

Al día siguiente, el diario de Tolón estampaba estas líneas:

“18 de Noviembre de 1823. Ayer un presidiario que estaba trabajando á bordo del “Orión”, al acabar de prestar socorro á un marinero, cayó al agua y se ahogó. No ha podido encontrarse el cadáver. Se presume que “habrá quedado enredado entre las estacas de la punta del Arsenal. Este hombre estaba inscrito en el “registro con el número 9,430, y se llamaba Juan Valjean”.



Cumplimiento de la promesa hecha á la difunta.



LIBRO TERCERO

CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA A LA DIFUNTA.

I

La cuestión del agua en Montfermeil.

Montfermeil está situado entre Livry y Chelles, en el lindero meridional de la alta meseta que separa el Ourcq del Marne.

Hoy día es una gran población adornada todo el año de quintas construídas de yeso, y el domingo, de artesanos alegres y expansivos. En 1823 no había en Montfermeil, ni tantas casas blancas, ni tantos artesanos satisfechos: no era más que una aldea en el bosque. Veíanse aquí y allá algunas casas de recreo del último siglo, que se distinguían por su gran aspecto, sus balcones de hierro retorcido y sus altas ventanas, cuyos vidrios pequeños formaban sobre lo blanco de los postigos cerrados, toda clase de matices de verdes distintos. Pero Montfermeil no pasaba por ello de ser una aldea. Los tenderos retirados y los aficionados á veranear no le habían aún descubierto. Era un sitio agradable y delicioso, que no era de paso para ninguna parte, y en el cual se pasaba económicamente esa vida del camp tan abundante y fácil. Solamente se sentía escasez de agua, á causa de la elevación de la meseta.

Era preciso ir á buscar bastante lejos. El extremo de la población que está junto á Gagny, se surtía de agua en los magníficos estanques que hay en el bosque; el otro extremo, que rodea la iglesia situada en la parte de Chelles, no encontraba agua potable más que en un pequeño manantial situado á mitad de la cuesta, junto al camino de Chelles, á un cuarto de hora de Montfermeil.

Era, pues, tarea hartó ruda para cada vecino, la de tener que proveerse de agua. Las casas grandes, la aristocracia, entre las que figuraba el bodegón Thénardier, pagaban medio sueldo por cubo de agua á un pobre hombre que lo había tomado por oficio, y en cuya empresa del agua de Montfermeil ganaba escasamente dos reales diarios, pero este buen hombre sólo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano y hasta las cinco en invierno, y una vez entrada la noche, una vez cerradas las ventanas bajas, el que no tenía agua que beber, iba á buscarla ó se pasaba sin ella.

Esto era lo que aterraba á la pobre criatura, de la cual no puede haberse olvidado el lector, á la pequeña Cosette.

Téngase presente que Cosette era útil á los Thénardier de dos maneras, pues se hacían pagar por la madre, haciéndose servir de la hija. Así es, que cuando la madre dejó de pagarles del todo, ya hemos leído el por qué en los capítulos precedentes, los Thénardier siguieron conservando á Cosette, en su poder. Les hacía las veces de criada. Y en esta calidad, ella era quien iba á buscar el agua cuando hacía falta. Por eso la criatura, asustada con la idea de tener que ir de noche á la fuente, tenía buen cuidado de que no faltase nunca agua en la casa.

La Navidad del año 1823 fué brillantísima, particularmente en Montfermeil. El principio del invierno había sido benigno, no había helado ni nevado aún. Tirititeros, llegados de París, habían obtenido del señor alcalde permiso para colocar sus barracas en la calle principal de la aldea, y una banda de mercaderes ambulantes, con igual permiso, había construido sus barracones en la plaza de la iglesia, y hasta en la misma callejuela de Boulanger, donde estaba situado, como sabemos, el bodegón de los Thénardier. Toda aquella gente llenaba las hosterías y tabernas, dando á aquella población tan tranquila, cierta vida bulliciosa y alegre. Debemos decir igualmente, para ser fieles historiadores, que entre las curiosidades expuestas en la plaza, había una barraca de diversos animales, en la cual unos feísimos payasos, vestidos de harapos y venidos de Dios sabe donde, enseñaban en 1823 á los aldeanos de Montfermeil, uno de aquellos horribles buitres del Brasil, que nuestro Museo real no poseyó antes de 1845, y que tienen por ojo una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman, según creo, á ese pájaro, Caracara Poliborus; pertenece al orden de los apícides y á la familia de los buitres. Algunos antiguos soldados bonapartistas retirados en la aldea, iban á ver aquella ave con cierta devoción. Los charlatanes presentaban aquella escarapela tricolor como un fenómeno único, y hecho expresamente por el buen Dios para su colección de animales raros.

En la noche misma de Navidad muchos hombres, carreteros y tragineros, estaban sentados bebiendo al rededor de las mesas, alumbradas por cuatro ó cinco velas de sebo, en la sala baja del bodegón Thénardier. Esta sala se parecía á todas las salas de taberna: mesas, jarras de estaño, botellas, bebedores, fumadores; poca luz y mucho ruido. La fecha del año 1823 estaba, por lo tanto, indicada por los dos objetos en moda á la sazón entre la clase media, los cuales estaban sobre una mesa, á saber; un kaleidoscopio y una lámpara labrada de hoja de lata. La Thénardier vigilaba la cena, que se estaba asando á buen fuego, mientras el marido bebía con los huéspedes y hablaba de política.

Además de las disertaciones políticas, cuyo objeto principal era la guerra de España y el señor duque de Angulema, oíanse, en medio del bullicio, paréntesis puramente locales, como éste:

—Por la parte de Nanterre y de Suresnes ha dado mucho el vino. Donde se calculaban diez medidas se han conseguido doce. Se ha sacado de los lagares más jugo de lo que se esperaba.—¿Pero la uva no estaría madura?—En este país no conviene vendimiar maduro; porque el vino se tuerce en cuanto llega la primavera.—¿Entonces se saca solamente vinillo?—Son vinillos más ligeros que los de por acá. Hay que vendimiar en agraz.

Etc...

O bien, era un molinero el que exclamaba:

—¿Acaso somos responsables nosotros de lo que va en los sacos? Se encuentran en ellos una porción de granos que no podemos entretenernos en limpiar y que es preciso dejar pasar por las piedras; como la cizaña, el añublo, el tizón, la algarrroba, el cañamón, la cola de zorra, y otro sinnúmero de drogas, sin contar las arenillas que abundan mucho en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. No es ciertamente nada gustoso moler trigo bretón, como no lo es para los serradores de largo aserrar vigas que tengan clavos. Calcúlese el maldito polvo que de todo esto resulta después. Y luego se quejan sin razón de la harina. Si la harina es mala, no es nuestra la culpa.

En el espacio entre dos ventanas, un segador, sentado á una mesa con un propietario que ajustaba precio para segar un prado en primavera, decía:

—No importa que la hierba esté mojada. Así se corta mejor. El rocío es bueno, señor. De todos modos, vuestra hierba es temprana y muy difícil de segar. ¡Que por aquí es tierna, que allí se dobla contra la hoz...!

Etc...

Cosette ocupaba su puesto acostumbrado, sentada sobre el travesaño de la mesa de cocina, junto al hogar; mal vestida de harapos, los pies desnudos metidos en los zuecos, haciendo, al resplandor del fuego, calcetines de lana para las niñas de Thénardier. Un gatito joven jugaba debajo de las sillas.

Oíanse reír y charlar en la pieza inmediata dos voces frescas é infantiles; eran las de Eponine y Azelma.

En un rincón de la chimenea había un martinete colgado de un clavo. A intervalos, penetraban por entre el ruido de la taberna, los chillidos de una criatura de corta edad, que estaría en otra parte en la casa. Era un niño que la Thénardier había tenido en uno de los inviernos anteriores, sin saber por qué, decía ella: efecto del frío, y que contaría unos tres años. La madre misma lo había alimentado, pero no le tenía cariño. Cuando el encarnizado clamor del chiquillo resultaba demasiado importuno, "tu hijo chillía, decíale Thénardier á la madre, ve á ver lo que quiere". "¡Bah!—respondía ella.—Me fastidia".

Y el chiquillo abandonado continuaba desgañitándose en las tinieblas.

II

Dos retratos completados.

No han aparecido todavía en este libro los Thénardier más que de perfil; ha llegado el momento de dar la vuelta al rededor de este grupo, y contemplarlo por todas sus fases.

Thénardier acababa de cumplir los cincuenta años; su mujer rayaba en los cuarenta, que es la cincuentena femenina; de manera que había equilibrio de edad entre la mujer y el marido.

Los lectores conservan tal vez algún recuerdo de la primera aparición de aquella Thénardier, alta, rubia, colorada, gruesa, membruda, cuadrada, enorme y ágil;

tenía, como ya hemos dicho, algo de la raza de esas salvajes colosales que en las ferias levantan del suelo grandes piedras con su cabellera.

Ella lo hacía todo dentro de la casa: las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo y el diablo. Tenía por única sirvienta á Cosette; un ratoncillo al servicio de un elefante. Todo temblaba al eco de su voz: los vidrios, los muebles y las gentes. Su ancho rostro, cribado de pecas rojizas, tenía el aspecto de una espumadera. Tenía también barbas. Era el ideal de un terne de plezuela vestido de mujer. Juraba que era un primor, y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. A no ser por las novelas que había leído, y que á veces hacían aparecer de extravagante manera la renilgadá bajo el marimacho, jamás se le hubiera ocurrido á nadie decir de ella: Es una mujer. La tal Thénardier era como el producto del ingerto de una señorita en una verdulera. Cuando se la oía hablar, exclamaba uno: Es un gendarme; cuando se la veía beber, decíase: Es un carretero; cuando se la veía manosear á Cosette, decíase uno: Es un verdugo. Al dormir le salía de la boca un diente.

Thénardier era un hombre pequeño, flaco, pálido, anguloso, huesoso, endeble, de aspecto enfermizo, gozando de buena salud; en lo cual estribaba su maulería. Sonreíase habitualmente por precaución, y era atento casi con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien negaba un ochavo. Tenía la mirada del zorro y el fondo del letrado. Se parecía mucho á los retratos del presbítero Delille. Su coquetería consistía en beber con los tragineros. Nadie había podido jamás emborracharle. Fumaba en una gran pipa. Llevaba blusa, y bajo de la blusa un antiguo frac negro. Tenía pretensiones de literato y materialista, y sabía nombres que pronunciaba frecuentemente para apoyar cualquier cosa de las que decía, como: Voltaire, Raynal, Parny y, cosa rara, San Agustín. Afirmaba tener "un sistema". Por lo demás, era un grande estafador filósofo. Este matiz existe.

Se recordará que pretendía haber servido; contaba, con cierto lujo, que siendo sargento en Waterloo, en un 60. ó 90. de ligeros cualquiera, había él solo, contra todo un escuadrón de husares de la muerte, cubierto con su cuerpo y salvado á través de la metralla "á un general peligrosamente herido". De ahí provenía sobre su puerta la flamante muestra, y el nombre dado en el país á su figón de "posada del sargento de Waterloo". Era liberal, clásico y bonapartista. Se había suscripto para el campo de Asilo. Decíase en la aldea que había estudiado para cura.

Nosotros creemos que había sencillamente estudiado en Holanda para posadero. Este tunante del orden compuesto, era, según todas las probabilidades, algún flamenco de Lila en Flandes, francés en París, belga en Bruselas, montado cómodamente sobre dos fronteras. Su proeza de Waterloo, ya la conocemos; y como se ve, la exageraba un poco. El flujo y el reflujo, lo tortuoso, lo aventurero, eran el elemento de su existencia; conciencia desgarrada supone naturalmente vida descosida; y verosímilmente en la tormentosa época del 18 de Junio de 1815, Thénardier pertenecía á aquella variedad de cantineros merodeadores de que hemos hablado, recorriendo los caminos, vendiendo á unos, robando á otros, y rodando en familia, marido, mujer é hijos, en algún desvencijado calesín á la cola de las tropas en marcha, con el instinto de unirse siempre al ejército victorioso.

Terminada la campaña, y teniendo, como él decía, "cum quibus", había ido á establecer su bodegón en Montfermeil.

Este "quibus" compuesto de las bolsas y relojes, de las sortijas de oro y de las cruces de plata, cosechadas al tiempo de la siega en los surcos sembrados de cadáveres, no sumaba por cierto un gran total, ni había hecho adelantar gran cosa á aquel vivandero trocado en bodegonero.

Thénardier tenía en el gesto ese algo rectilíneo inexplicable, que con un juramento recuerda el cuartel, y con la señal de la cruz recuerda el seminario. Era muy hablador, y dejaba que le creyeran sabio. Sin embargo el maestro de escuela había notado que cometía errores. Extendía las cuentas de los pasajeros con superioridad; pero no faltaban ojos ejercitados que encontraban á veces faltas de ortografía. Thénardier era cazurro glotón, gandul y listo. No desdeñaba á las criadas, lo cual era causa de que su mujer nó tuviese ninguna. Aquella gigante era celosa. Parecía que aquel hombrecillo flaco y descolorido debía ser objeto de concupiscencia universal.

Thénardier, hombre de astucia y equilibrio, era ante todo un bribón del género templado. Esto es, de la peor especie, por la hipocresía que entra en ella.

No es que Thénardier no fuese en ocasiones capaz de encolerizarse, al menos tanto como su mujer; pero esto era rarísimo, y en tales momentos, como aborrecía por completo al género humano, como había dentro de él un horno profundísimo de odio, como era de esas gentes que se están vengando perpetuamente, que acusan á todo cuanto pasa delante de ellos como causa de todo lo que cae encima de ellos, y que están siempre dispuestos á arrojar sobre el primero que llegue, como legítimo agravio, el total de las decepciones, bancarrotas y calamidades de su vida, y como toda esta levadura fermentaba en él y bullía en su boca y en sus ojos, se ponía espantoso. ¡Desdichado del que pasase entonces bajo su furor!

Aparte de todas sus otras cualidades, era Thénardier, atento y penetrante, callado ó hablador según los casos, y siempre con elevada inteligencia. Tenía algo en su mirada de los marinos acostumbrados á mirar con anteojos de larga vista. Thénardier era un hombre de Estado.

Todo recién llegado que entraba en el bodegón, al ver á la mujer Thénardier, exclamaba: ¡He aquí el amo de la casa! Error, no era siquiera el ama. Amo y ama, lo era el marido. Ella hacía, él creaba. Ella lo dirigía todo por una especie de acción magnética, invisible y continua. Una palabra le bastaba á él, muchas veces un signo, el mastodonte hembra obedecía. Thénardier era para su mujer, sin que ella se explicase el por qué, una especie de sér particular y soberano. Tenía ella las virtudes de su modo de ser; nunca, jamás, aunque hubiese disenti-do sobre algún detalle con el "señor Thénardier", hipótesis, por otra parte inadmisible, no le hubiera quitado la razón en público á su marido, sobre ningún asunto fuese el que fuere. Nunca jamás hubiera cometido delante de extraños esa falta que cometen con tanta frecuencia las mujeres y que se llama en lenguaje parlamentario descubrir la corona. Aún cuando semejante acuerdo no diese otro resultado que el mal, había algo contemplativo en esa sumisión de la Thénardier á su marido. Aquella montaña de ruido y carne, moviase debajo el dedo meñique de aquel frágil despota. Visto ello por su lado raquíco y grotesco, patentizábase la gran cosa universal: la adoración de la materia hacia el espíritu; porque hay ciertas fealdades, cuya razón de ser está en las profundidades mismas de la belleza eterna. Había en Thénardier algo de lo desconocido, y de ahí provenía el imperio absoluto de

este hombre sobre su mujer. En ciertos momentos le veía ella como una vela encendida; en otros, le sentía como una garra.

Aquella mujer era una criatura formidable, que no amaba más que á sus hijos, y sólo temía á su marido. Era madre, porque era mamífera. Por lo demás, su maternidad se limitaba á sus hijas, pues como se verá más adelante, no alcanzaba á los varones. El hombre, sólo tenía una idea: enriquecerse. Y no lo conseguía. Faltábale un teatro digno de su gran talento. Thénardier en Montfermeil se arruinaba, si la ruina cabe bajo cero. En Suiza ó en los Pirineos, este hombre sin un cuarto se habría hecho millonario. Pero donde la suerte enclava al posadero, allí es menester que viva.

Ya se comprende que la palabra "posadero", está aquí empleada en sentido limitado, y que no se extiende á la clase entera.

En aquel mismo año de 1823, Thénardier se encontraba empeñado en unos mil quinientos francos de deudas corrientes, de las que admiten espera, lo cual le traía caviloso.

Cualquiera que fuese para con él la injusticia persistente del destino, Thénardier era uno de esos hombres que comprendían mejor, con más profundidad y del modo más moderno, esta cosa que es una virtud en los pueblos bárbaros, y una mercadería en los pueblos civilizados: La hospitalidad. Por otra parte, era un cazador furtivo y admirable, citado por su certera puntería. Poseía cierta risita fría y apacible, que era particularmente peligrosa.

Sus teorías de posadero brotaban de él algunas veces como relámpago. Empleaba ciertos aforismos de su profesión que procuraba inculcar en el espíritu de su mujer. El deber del posadero le decía una vez violentamente y en voz baja, es vender al primero que llega, comida, descanso, luz, fuego, sábanas sucias, muchacha, pulgas y sonrisas; detener al pasajero, vaciar los bolsillos pequeños, aligerar honradamente los grandes, dar albergue con respeto á las familias en viaje, desollar al hombre, desplumar á la mujer, limpiar al chiquillo; poner precio á la ventana abierta, á la ventana cerrada, al rincón de la chimenea, al sillón, á la silla, al taburete, al escabel, al lecho de pluma, al colchón y al haz de paja; saber cuándo se sirven del espejo, con la imagen del que se mira en él tarifárselo; y, con quinientos mil diablos, hacérselo pagar todo al viajero, incluso las moscas que se come su perro.

El tal hombre y la tal mujer eran la astucia y la rabia unidas, maridaje repugnante y terrible.

Mientras el marido calculaba y combinaba, la Thénardier no pensaba en los acreedores ausentes, ni se preocupaba del ayer ni del mañana, viviendo exclusivamente al día.

Tales eran estos seres. Cosette estaba entre ellos, sufriendo la doble presión de uno y otro, como una criatura que fuese á la vez triturada por una piedra de molino y destrozada por unas tenazas.

El hombre y la mujer tenían, cada cual, su manera distinta de martirizarla; si Cosette estaba amoratada á golpes era cosa de la mujer; si iba con los pies desnudos en invierno, era cosa del marido.

Cosette subía, bajaba, lavaba, cepillaba, fregaba, barría, andaba, corría, se fatigaba, removía las cosas más pesadas, y débil como era, hacía todo lo más pesado. No había piedad para ella; una ama feroz, un amo venenoso. El bodegón de Thé-

nardier era como una red en que Cosette se hallaba cogida y temblorosa. El ideal de la opresión estaba realizado en aquella domesticidad siniestra. Era algo como la mosca sirviendo á las arañas.

La pobre criatura, pasiva, se callaba.

Cuando así se encuentran, desde su aurora, desnudas y desamparadas entre los hombres, ¿qué pasa en esas almas que acaban de dejar el seno de Dios?

III

Los hombres necesitan vino, los caballos agua.

Habían llegado cuatro nuevos viajeros.

Cosette meditaba tristemente; pues aún cuando no tenía más que ocho años, había ya sufrido tanto, que se ensimismaba en el aire lúgubre de una vieja.

Tenía un párpado amoratado á consecuencia de un puñetazo que la Thénardier le había sacudido, lo cual hacía decir á la propia Thénardier de cuando en cuando:

—¡Está bien fea con su cardenal en el ojo!

Cosette pensaba, pues, que era de noche, muy de noche; que había sido menester llenar de improviso las jarras y vasijas de los cuartos de los viajeros recién llegados, y que no había ya más agua en el depósito.

Lo que la tranquilizaba un poco, era que no se bebía mucha agua en casa Thénardier. Es verdad que no faltaban gentes que tuviesen sed; pero era de esa sed que mejor se dirige al jarro que al cántaro. Quien hubiese pedido un vaso de agua, entre aquellos vasos de vino, hubiera parecido un salvaje á todos aquellos hombres. Hubo un momento, sin embargo, en que la muchacha tembló; la Thénardier levantó la tapadera de una cacerola que hervía en el hornillo, después cogió un vaso y se acercó al depósito. Dió vuelta al grifo. Cosette había levantado la cabeza y seguía todos sus movimientos. Un delgadísimo hilo de agua, llenó apenas la mitad del vaso.—¡Calle,—dijo la mujer,—no hay más agua!—Signió un instante de silencio. La criatura no respiraba.

—¡Bah!—repuso la Thénardier, examinando el vaso medio lleno.—Con esta habrá bastante.

Cosette se volvió á su trabajo; pero durante un buen cuarto de hora, sintió saltar el corazón precipitadamente dentro del pecho.

Contaba los minutos que iban pasando, deseando estar ya al día siguiente.

De cuando en cuando, uno de los bebedores miraba á la calle y exclamaba:

—¡Está obscuro como boca de lobo!

O decía otro:

—¡Es preciso ser gato para salir á la calle sin farol!

Cosette se estremecía.

De pronto, uno de los mercaderes ambulantes hospedados en el bodegón entró, y dijo con acento rudo:

—No habéis dado de beber á mi caballo.

—Sí, por cierto,—dijo la Thénardier.

—Yo os digo que no,—repuso el mercader.

Cosette había salido de debajo de la mesa:

—¡Oh! ¡Sí, señor!—dijo.—El caballo ha bebido, ha bebido en el cubo, en el cubo lleno, y yo misma soy quien le he dado de beber y le he hablado.

Esto no era verdad. La niña mentía.

—He aquí otra, que no es mayor que un puño, y miente como una casa,—



exclamó el mercader.—¡Yo te digo que no ha bebido, bribonzuela! Tiene un modo de resollar, cuando no ha bebido, que se lo conozco perfectamente.

Cosette insistió, añadiendo con voz enronquecida por la angustia y que se oía apenas:

—¡Y mucho que ha bebido!

—¡Ea,—repuso el mercader en tono colérico,—no hay que hablar de eso; que se le dé de beber á mi caballo, y acabemos!

Cosette volvió á meterse debajo de la mesa.

—En efecto: nada hay más justo,—dijo la Thénardier;—si el animal no ha bebido, es preciso que beba.

Luego mirando en torno suyo exclamó:

—¡Y bien! ¿Dónde está esa?

Bajóse, y vió á Cosette agazapada al otro extremo de la mesa, metida casi debajo de los pies de los bebedores.

—¿Quieres salir de ahí?—gritó la Thénardier.

Cosette salió de la especie de agujero donde se había escondido. La Thénardier repuso:

—Señorita doña Perra sin nombre, vaya á dar de beber al caballo.

—Pero, señora,—dijo Cosette toda temblorosa,—¿es que no hay agua!

La Thénardier abrió de par en par la puerta de la calle.

—¡Pues ir á buscarla!

Cosette bajó la cabeza, y fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincón de la chimenea.

Este cubo abultaba más que ella, tanto, que la muchacha hubiera podido sentarse dentro y estar ancha.

La Thénardier se volvió á sus hornillas, y probó con una cuchara de palo lo que había en una cacerola, gruñendo al mismo tiempo:

—En la fuente la hay; todas las dificultades fuesen como ésta. Creo que hubiera sido mejor preparar las cebollas.

Púsose luego á buscar en un cajón donde había dinero, ajos y pimienta.

—Toma, señorita Renacuajo,—añadió;—de vuelta tomarás un pan en la panadería. Aquí tienes una moneda de quince sueldos.

Cosette tenía una faltriguera pequeña en un lado del delantal; tomó la moneda sin decir una palabra, y la guardó en el bolsillo.

Después se quedó inmóvil con el cubo en la mano, y la puerta abierta delante de ella. Parecía esperar que alguien fuese en su ayuda.

—¡Aprisa!—gritó la Thénardier.

Cosette salió. La puerta se volvió á cerrar.

IV

Entrada en escena de una muñeca.

La hilera de puestos de venta al aire libre que partía de la Iglesia, se extendía, como hemos dicho, hasta la posada Thénardier. Dichos puestos, esperando que pasara luego gente que debía ir á la misa de media noche, estaban iluminados todos con velas, que ardían dentro de cucuruchos de papel, lo cual, como decía el maestro de escuela de Montfermeil, sentado en aquel momento á una de las mesas de la taberna Thénardier, producía “un efecto mágico”.

En cambio no se veía una sola estrella en el cielo.

El último de estos puestos, establecido precisamente enfrente de la puerta de los Thénardier, estaba lleno de juguetes de todas clases, y ostentaba mil objetos

—Sí, por cierto,—dijo la Thénardier.

—Yo os digo que no,—repuso el mercader.

Cosette había salido de debajo de la mesa:

—¡Oh! ¡Sí, señor!—dijo.—El caballo ha bebido, ha bebido en el cubo, en el cubo lleno, y yo misma soy quien le he dado de beber y le he hablado.

Esto no era verdad. La niña mentía.

—He aquí otra, que no es mayor que un puño, y miente como una casa,—



exclamó el mercader.—¡Yo te digo que no ha bebido, bribonzuela! Tiene un modo de resollar, cuando no ha bebido, que se lo conozco perfectamente.

Cosette insistió, añadiendo con voz enronquecida por la angustia y que se oía apenas:

—¡Y mucho que ha bebido!

—¡Ea,—repuso el mercader en tono colérico,—no hay que hablar de eso; que se le dé de beber á mi caballo, y acabemos!

Cosette volvió á meterse debajo de la mesa.

—En efecto: nada hay más justo,—dijo la Thénardier;—si el animal no ha bebido, es preciso que beba.

Luego mirando en torno suyo exclamó:

—¡Y bien! ¿Dónde está esa?

Bajóse, y vió á Cosette agazapada al otro extremo de la mesa, metida casi debajo de los pies de los bebedores.

—¿Quieres salir de ahí?—gritó la Thénardier.

Cosette salió de la especie de agujero donde se había escondido. La Thénardier repuso:

—Señorita doña Perra sin nombre, vaya á dar de beber al caballo.

—Pero, señora,—dijo Cosette toda temblorosa,—¿es que no hay agua!

La Thénardier abrió de par en par la puerta de la calle.

—¡Pues ir á buscarla!

Cosette bajó la cabeza, y fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincón de la chimenea.

Este cubo abultaba más que ella, tanto, que la muchacha hubiera podido sentarse dentro y estar ancha.

La Thénardier se volvió á sus hornillas, y probó con una cuchara de palo lo que había en una cacerola, gruñendo al mismo tiempo:

—En la fuente la hay; todas las dificultades fuesen como ésta. Creo que hubiera sido mejor preparar las cebollas.

Púsose luego á buscar en un cajón donde había dinero, ajos y pimienta.

—Toma, señorita Renacuajo,—añadió;—de vuelta tomarás un pan en la panadería. Aquí tienes una moneda de quince sueldos.

Cosette tenía una faltriguera pequeña en un lado del delantal; tomó la moneda sin decir una palabra, y la guardó en el bolsillo.

Después se quedó inmóvil con el cubo en la mano, y la puerta abierta delante de ella. Parecía esperar que alguien fuese en su ayuda.

—¡Aprisa!—gritó la Thénardier.

Cosette salió. La puerta se volvió á cerrar.

IV

Entrada en escena de una muñeca.

La hilera de puestos de venta al aire libre que partía de la Iglesia, se extendía, como hemos dicho, hasta la posada Thénardier. Dichos puestos, esperando que pasara luego gente que debía ir á la misa de media noche, estaban iluminados todos con velas, que ardían dentro de cucuruchos de papel, lo cual, como decía el maestro de escuela de Montfermeil, sentado en aquel momento á una de las mesas de la taberna Thénardier, producía "un efecto mágico".

En cambio no se veía una sola estrella en el cielo.

El último de estos puestos, establecido precisamente enfrente de la puerta de los Thénardier, estaba lleno de juguetes de todas clases, y ostentaba mil objetos

de oropel, vidrio de colores y otras cosas magníficas de hoja de lata. En la primera fila, y en lugar preferente, había colocado el mercader, sobre un fondo de servilletas blancas, una inmensa muñeca de casi dos pies de altura, vestida con traje



de crespón color de rosa, con espigas de oro en la cabeza, pelo verdadero y ojos de e-malte. Todo el día había estado expuesta aquella maravilla á la admiración de los transeuntes de menos de diez años, sin que hubiese habido en Montfermeil una madre bastante rica ó bastante pródiga para comprársela á su hija. Eponine y Azelma se habían pasado contemplándola horas enteras, y Cosette misma furtivamente, por supuesto, había osado mirarla también.

En el momento en que salió Cosette, con su cubo en la mano, por triste y disgustada que estuviese, no pudo dejar de levantar los ojos hasta la prodigiosa muñeca, hasta "la señora", como ella la llamaba. La pobre niña se quedó petrificada. No había visto aún tan de cerca la tal muñeca. Toda la barraca le parecía un palacio; y aquella muñeca, no era muñeca era una visión. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la dicha que aparecía en una especie de irradiación quimérica ante aquel pequeño y desgraciado sér, tan profundamente envuelto por una miseria fúnebre y helada. Cosette medía con la sagacidad triste y sincera de la infancia, el abismo que la separaba de aquella muñeca. Decíase ella que era menester ser reina, ó al menos princesa, para poseer una "cosa" como aquella. Contemplaba aquel lindo vestido color de rosa, aquellos hermosos y bien peinados cabellos, pensando y diciendo ¡qué feliz debe ser esa muñeca! Sus ojos no podían apartarse de aquel puesto fantástico. Cuanto más miraba, más se embelesaba. Creía estar viendo el paraíso. Veía otras muñecas detrás de "la grande" que le parecían hadas y genios. El mercader, que se movía allá en el fondo del barracón, le producía cierto efecto de Padre eterno.

En aquella adoración, se olvidaba de todo, hasta del encargo que se le había hecho. De súbito, la áspera voz de la Thénardier la hizo volver en sí.

—¡Cómo! ¿Aún estás aquí bachillera? ¡Aguarda, allá voy yo! ¿Qué tiene que hacer ahí ese monstruo?

La Thénardier había dado una mirada á la calle, y había visto á Cosette extasiada.

Cosette se escapó, cargando con el cubo y alargando los pasos cuanto pudo

La chiquilla sola.

Como la taberna Thénardier estaba en aquella parte de la población inmediata á la iglesia, era la fuente del bosque, de la parte de Chelles, á donde Cosette debía ir por el agua.

Ya no volvió á mirar ningún otro puesto de la feria. Mientras estuvo en la callejuela de Boulanger y en los alrededores de la iglesia, las tiendecillas iluminadas alumbraban el camino; pero muy pronto desapareció el último resplandor del último barracón. La pobre criatura se encontró, pues, en la obscuridad. Penetró en ella. Pero sintiendo que se apoderaba de su espíritu cierta emoción; á medida que iba caminando iba agitando cuanto podía el asa del cubo. El ruido que producía con ello, le servía de compañía.

Cuanto más andaba, más espesas se iban volviendo las tinieblas. No había ya en las calles persona alguna. Sin embargo, tropezó con una mujer, que se volvió al verla y que permaneció inmóvil, murmurando entre dientes:

—¿A dónde puede ir esta muchacha? ¿Si será algún duende?—Luego la mujer reconoció á Cosette, y exclamó:—¡Calle! ¡si es la Alondra!

Así atravesó Cosette el laberinto de calles tortuosas y desiertas en que termina

por la parte de Chelles la población de Montfermeil. Mientras hubo casas y aún sólo paredes por ambos lados del camino, anduvo bastante animosa. De cuando en cuando veía la claridad de una vela á través de las rendijas de una ventana; era luz y vida; allí había gente, y esto la alentaba. Sin embargo, á medida que adelantaba, sus pasos iban acortándose maquinalmente. Cundo hubo pasado el ángulo de la última casa, Cosette se paró. Ir más allá de la última tienda había sido difícil; ir más allá de la última casa, se le hacía imposible. Dejó el cubo en el suelo, llevóse la mano á la cabeza, y púsose á rascar lentamente, actitud propia de las criaturas aterradas é indecisas. Ya no estaba en Montfermeil, puesto que se encontraba en medio del campo. Tenía únicamente ante ella el espacio negro y desierto. Contempló desesperada aquella obscuridad, donde no había nadie, donde había solamente animales, y donde había tal vez aparecidos. Miró bien, y creyó oír las bestias que andaban por entre la yerba, y ver claramente los aparecidos que se movían entre los árboles. Entonces volvió á coger su cubo, el miedo le dió audacia.

—¡Bah!—exclamó ella,—diré que ya no había agua.

Y volvió á entrar resueltamente en Montfermeil.

Apenas había andado cien pasos, se paró nuevamente y volvió á rascarse la cabeza. Entonces fué la Thénardier quien se le apareció; la Thénardier, amenazadora, con su boca de hiena y destellando cólera sus ojos. La muchacha lanzó una triste mirada en torno suyo. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir del paso? ¿A dónde ir? Delante tenía el espectro de la Thénardier, detrás todos los fantasmas de la noche y del bosque. A pesar de todo, retrocedió ante la Thénardier. Empezó otra vez el camino de la fuente y echó á correr. Salíó corriendo de la población, entró corriendo en el bosque, sin mirar ni escuchar nada. No detuvo su curso hasta faltarle la respiración; pero no interrumpió su marcha. Iba avanzando como desvanecida.

Iba corriendo con ganas de llorar.

El estremecimiento nocturno de la selva la envolvía por completo. No pensaba, no veía ya; la inmensidad de la noche estaba frente á frente de aquel pequeño sér. Por una parte, todo sombras; por otra, un átomo.

No había más que unos siete ú ocho minutos de la orilla del bosque al manantial. Cosette conocía el camino por haberle recorrido de día muchas veces. ¡Cosa extraña! No se extravió. Un resto de instinto la conducía vagamente. Sin embargo, no dirigía los ojos ni á la derecha ni á la izquierda, temerosa de ver cosas entre las ramas y entre la maleza. Así llegó á la fuente.

Era un estrecho pozo natural, formado por el agua en un suelo arcilloso, á la profundidad de unos dos pies, rodeado de musgo y de esas grandes yerbas rizadas llamadas gorgueras de Enrique IV, y enlosado con grandes piedras, del cual salía un arroyuelo, produciendo un ruido escaso y tranquilo.

Cosette no se tomó ni aún el tiempo indispensable para respirar. Estaba la noche obscurísima; pero ella tenía ya costumbre de ir á aquella fuente. Buscó con la mano izquierda, entre la obscuridad, una encinilla inclinada sobre el manantial, la que le servía ordinariamente de punto de apoyo; encontró una rama, se agarró á ella, se inclinó y sumergió el cubo en el agua. Se encontraba en un estado tan violento, que sus fuerzas se habían triplicado. Mientras estaba así inclinada, no echó de ver que la faltriquera de su delantal se vaciaba en la fuente, y que la mo-

neda de quince sueldos se le cayó en el agua. Cosette no vió ni oyó caer nada. Retiró el cubo casi lleno, y lo dejó sobre la yerba.

Hecho esto, advirtió que estaba abrumada de cansancio. Bien hubiera querido partir en seguida; pero el esfuerzo de llenar el cubo había sido tal, que le fué imposible dar un paso. Vióse, por lo tanto, obligada á sentarse, y dejándose caer sobre la yerba, se quedó acurrucada.

Cerraba los ojos, volviéndolos á abrir luego sin saber por qué, pero no pudiendo hacer otra cosa. A su lado tenía el cubo, cuya agua agitada formaba círculos á manera de serpientes de fuego blanco.

Encima de su cabeza, el cielo aparecía cubierto de extensas nubes negras, que eran como masas de humo. La trágica máscara de la sombra parecía ir cayendo vagamente sobre aquella criatura.

Júpiter se envolvía en las profundidades.

La pobre criatura miraba con ojos extraviados esta grande estrella, que no conocía y que le daba miedo. El planeta se hallaba en realidad en aquel momento cerca del horizonte, y atravesaba una espesa capa de niebla que le comunicaba un tinte rojizo horrible. La bruma, lúgubremente teñida de púrpura, agrandaba el astro, dándole el aspecto de una llaga luminosa.

Un viento frío soplabá de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin ningún rozamiento de hojas, sin ninguna de aquellas vagas y suaves claridades de estío. Alzábanse horriblemente grandes ramajes; agitábanse en los claros deformes y espantosos matorrales. Extreamecíanse con el cierzo las altas yerbas como anguilas; las zarzas retorciábanse como largos brazos armados de garras para cojer su presa. Algunas malezas secas, sacudidas por el viento, pasaban rápidamente como huyendo espantadas de algún objeto que las persiguiese. En todas partes no se advertía más que extensiones lúgubres.

La obscuridad es vertiginosa. El hombre necesita claridad; quien penetra en lo opuesto á la luz, se siente oprimido el corazón. Cuando el ojo ve negro, el espíritu vé turbio. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay ansiedad hasta para los más fuertes. Nadie atraviesa solo de noche por las obscuridades de un bosque sin temblar. Sombras y árboles, son dos espesuras temibles. Una realidad quimérica aparece en la profundidad indistinta. Lo inconcebible se bosqueja á pocos pasos de nosotros con claridad espectral. Vemos flotar, en el espacio ó en nuestro propio cerebro, algo vago é impalpable como los sueños de flores dormidas. Hay en el horizonte actitudes feroces, aspiramos los eflavios del gran vacío obscuro. Tenemos á un tiempo miedo y deseo de mirar atrás.

Las cavidades de la noche, las cosas convertidas en objetos espantosos, perfiles taciturnos que se van disipando á medida que vamos adelante, cabelleras sueltas flotando en la obscuridad, espesuras irritadas, charcos lívidos; lo lúgubre reflejándose en lo fúnebre, la inmensidad sepulcral del silencio; los seres desconocidos posibles, ramas misteriosamente doblegadas, torsos horribles de árboles, prolongadas ráfagas de yerbas temblorosas, no existe defensa contra todo eso. No hay valor que no tiemble y no sienta la proximidad de la angustia. Se experimenta algo horroroso, como si el alma se confundiese con la sombra. Esta penetración íntima de las tinieblas, es inexplicablemente siniestra en los niños.

Las selvas son apocalipsis, y el simple batir de alas de un alma infantil, produce cierto ruido de agonía bajo su bóveda monstruosa.

Sin darse cuenta á sí misma de lo que experimentaba, Cosette se sentía sobrecogida por aquella obscura enormidad de la naturaleza. No era únicamente terror lo que la impresionaba, era algo más terrible que el terror mismo. Temblaba. No hay expresiones para manifestar lo que tenía de extraño aquel temblor que la helaba hasta el fondo de su corazón. Su mirada se había vuelto esquiva. Creía sentir que tal vez no podría evitar al día siguiente, el volver allí á la misma hora.

Entonces, movida por cierto instinto, para salir de aquel estado singular que ella no comprendía, pero que la asustaba, púsose á contar en alta voz uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando concluía empezaba á contar otra vez de nuevo. Esto le devolvió la clara percepción de los objetos que la rodeaban. Sintió frío en sus manos, que se habían mojado al sacar el agua. Levantóse volviendo nuevamente al miedo, un miedo natural é invencible. No tuvo ya más que un pensamiento, huir; huir á todo correr, al través del bosque, al través del campo, hasta dar con las casas, con las ventanas, con las velas encendidas. Su mirada tropezó con el cubo que tenía delante.

Era tal el horror que la inspiraba la Thénardier, que no se atrevió á huir sin el cubo de agua. Cogióle por el asa con ambas manos, y no sin gran trabajo alcanzó levantarlo.

Caminó difícilmente unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno y era tan pesado, que se vió obligada á dejarle nuevamente en el suelo. Respiró un instante, cogiéndolo de nuevo, y echó á andar; avanzando esta vez más largo trecho. Pero fuéle preciso descansar aún; después de algunos segundos de reposo, prosiguió. Caminaba inclinada hacia adelante, con la cabeza baja, como una vieja; el peso del cubo estiraba y entumecía sus débiles brazos. El asa de hierro acababa de entorpecer y helar sus manecitas húmedas; de cuando en cuando se veía obligada á pararse, y cada vez que lo hacía, el agua helada que se desbordaba del cubo, caía sobre sus desnudas piernas. Esto le acontecía en el fondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda mirada humana, á una niña de ocho años; Dios solamente podía ver una cosa tan triste, en tan triste momento.

Y sin duda su madre también, ¡ay!

Porque hay cosas capaces de hacer abrir los ojos á los muertos dentro de sus tumbas.

Respiraba la pobre con cierto doloroso estertor; los sollozos oprimían su garganta, pero no se atrevía á llorar, tanto era el miedo que le infundía, aún de lejos, la Thénardier. Tenía la costumbre de imaginarse siempre presente á la posadera.

A pesar de todo, no podía adelantar mucho camino de aquella manera, y progresó lentamente. Por más que acortaba la duración de las paradas y caminaba de una á otra cuanto podía, calculaba angustiada que le faltaba más de una hora para llegar así á Montfermeil, y que la Thénardier la pegaría. A semejante angustia se mezclaba el espanto de verse sola, de noche y en el bosque. Estaba abrumada de fatiga, y no había aún salido de la selva. Al llegar junto á un viejo castaño que ya conocía, hizo una última parada más larga que las anteriores, para tomar mayor descanso; reunió después todas sus fuerzas, cogió de nuevo el cubo, y echó á andar otra vez valerosamente.

Sin embargo, la pobre criatura, desesperada, no pudo evitar esta exclamación: ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

En aquel momento sintió de súbito que el cubo no le pesaba ya. Una mano,

que le pareció enorme, acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Levantó Cosette la cabeza. Un gran bulto negro enhiesto y alto, caminaba á su lado en la obscuridad. Era un hombre que había llegado detrás de ella, y á quien no había oído venir. Aquel hombre, sin decir una palabra, había empuñado el asa del cubo que ella podía levantar apenas.

Hay instintos para todos los acontecimientos de la vida.

La niña no tuvo entonces miedo.

VI

Donde tal vez se prueba la inteligencia de Boulatruelle.

En la tarde del mismo día de Navidad de 1823, estuvo paseando un hombre largo tiempo la parte más desierta del boulevard del Hospital en París. Este hombre tenía el aspecto del que busca donde alojarse, y se detenía preferentemente ante las casas de más modesta apariencia de aquel ruinoso extremo del arrabal de San Marcelo.

Luego veremos como aquel hombre había alquilado, efectivamente, un cuarto en este aislado barrio.

Aquel hombre, así en su traje como en toda su persona, presentaba el tipo de lo que podría llamarse el mendigo de buena sociedad: la extremada miseria combinada con el extremado aseo. Es ello una mezcla bastante rara, que inspira á los corazones inteligentes el doble respeto que se siente por quien es muy pobre y por quien es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy cepillado, una levita hasta descubrir los hilos, de paño común color de ocre, color que no tenía nada de particular en aquella época, un gran chaleco con bolsillos de forma secular, calzón corto negro, pero que mostraba haberse descolorido hasta el gris por las rodillas, medias de lana negra y gruesos zapatos con hebillas de cobre. Hubiérase dicho que era un antiguo preceptor de casa grande, recién llegado de la emigración. Por sus cabellos blancos, por las arrugas de su frente, por lo lívido de sus labios, por su rostro en que todo respiraba abatimiento y cansancio de la vida, se le hubieran supuesto más de sesenta años. Por su paso firme, aunque lento, y por el vigor singular impreso en todos sus movimientos, apenas se le hubieran concedido cincuenta.

Las arrugas de su frente estaban bien colocadas, y hubieran prevenido en favor suyo á cualquiera que le hubiese observado atentamente. Sus labios se contraían con un pliegue particular, que parecía severo siendo humilde. Había en el fondo de su mirada cierta lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquetito envuelto en un pañuelo, apoyando la derecha en una especie de bastón cortado de un seto. Este palo había sido labrado con cierto esmero, y no tenía mal ver; habían sacado partido de los nudos, y le habían figurado un puño de corzo con lacre encarnado; era un palo, que se parecía á un bastón.

Poca es la gente que pasa por aquel boulevard, sobre todo en invierno. Aquel hombre, no obstante, aunque sin afectación, más parecía evitarla que buscarla.

En aquella época, el rey Luis XVIII iba casi todos los días á Choisy le Roy.

Sin darse cuenta á sí misma de lo que experimentaba, Cosette se sentía sobrecogida por aquella obscura enormidad de la naturaleza. No era únicamente terror lo que la impresionaba, era algo más terrible que el terror mismo. Temblaba. No hay expresiones para manifestar lo que tenía de extraño aquel temblor que la helaba hasta el fondo de su corazón. Su mirada se había vuelto esquiva. Creía sentir que tal vez no podría evitar al día siguiente, el volver allí á la misma hora.

Entonces, movida por cierto instinto, para salir de aquel estado singular que ella no comprendía, pero que la asustaba, púsose á contar en alta voz uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando concluía empezaba á contar otra vez de nuevo. Esto le devolvió la clara percepción de los objetos que la rodeaban. Sintió frío en sus manos, que se habían mojado al sacar el agua. Levantóse volviendo nuevamente al miedo, un miedo natural é invencible. No tuvo ya más que un pensamiento, huir; huir á todo correr, al través del bosque, al través del campo, hasta dar con las casas, con las ventanas, con las velas encendidas. Su mirada tropezó con el cubo que tenía delante.

Era tal el horror que la inspiraba la Thénardier, que no se atrevió á huir sin el cubo de agua. Cogióle por el asa con ambas manos, y no sin gran trabajo alcanzó levantarlo.

Caminó difícilmente unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno y era tan pesado, que se vió obligada á dejarle nuevamente en el suelo. Respiró un instante, cogiéndolo de nuevo, y echó á andar; avanzando esta vez más largo trecho. Pero fuéle preciso descansar aún; después de algunos segundos de reposo, prosiguió. Caminaba inclinada hacia adelante, con la cabeza baja, como una vieja; el peso del cubo estiraba y entumecía sus débiles brazos. El asa de hierro acababa de entorpecer y helar sus manecitas húmedas; de cuando en cuando se veía obligada á pararse, y cada vez que lo hacía, el agua helada que se desbordaba del cubo, caía sobre sus desnudas piernas. Esto le acontecía en el fondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda mirada humana, á una niña de ocho años; Dios solamente podía ver una cosa tan triste, en tan triste momento.

Y sin duda su madre también, ¡ay!

Porque hay cosas capaces de hacer abrir los ojos á los muertos dentro de sus tumbas.

Respiraba la pobre con cierto doloroso estertor; los sollozos oprimían su garganta, pero no se atrevía á llorar, tanto era el miedo que le infundía, aún de lejos, la Thénardier. Tenía la costumbre de imaginarse siempre presente á la posadera.

A pesar de todo, no podía adelantar mucho camino de aquella manera, y progresó lentamente. Por más que acortaba la duración de las paradas y caminaba de una á otra cuanto podía, calculaba angustiada que le faltaba más de una hora para llegar así á Montfermeil, y que la Thénardier la pegaría. A semejante angustia se mezclaba el espanto de verse sola, de noche y en el bosque. Estaba abrumada de fatiga, y no había aún salido de la selva. Al llegar junto á un viejo castaño que ya conocía, hizo una última parada más larga que las anteriores, para tomar mayor descanso; reunió después todas sus fuerzas, cogió de nuevo el cubo, y echó á andar otra vez valerosamente.

Sin embargo, la pobre criatura, desesperada, no pudo evitar esta exclamación: ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

En aquel momento sintió de súbito que el cubo no le pesaba ya. Una mano,

que le pareció enorme, acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Levantó Cosette la cabeza. Un gran bulto negro enhiesto y alto, caminaba á su lado en la obscuridad. Era un hombre que había llegado detrás de ella, y á quien no había oído venir. Aquel hombre, sin decir una palabra, había empuñado el asa del cubo que ella podía levantar apenas.

Hay instintos para todos los acontecimientos de la vida.

La niña no tuvo entonces miedo.

VI

Donde tal vez se prueba la inteligencia de Boulatruelle.

En la tarde del mismo día de Navidad de 1823, estuvo paseando un hombre largo tiempo la parte más desierta del boulevard del Hospital en París. Este hombre tenía el aspecto del que busca donde alojarse, y se detenía preferentemente ante las casas de más modesta apariencia de aquel ruinoso extremo del arrabal de San Marcelo.

Luego veremos como aquel hombre había alquilado, efectivamente, un cuarto en este aislado barrio.

Aquel hombre, así en su traje como en toda su persona, presentaba el tipo de lo que podría llamarse el mendigo de buena sociedad: la extremada miseria combinada con el extremado aseo. Es ello una mezcla bastante rara, que inspira á los corazones inteligentes el doble respeto que se siente por quien es muy pobre y por quien es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy cepillado, una levita hasta descubrir los hilos, de paño común color de ocre, color que no tenía nada de particular en aquella época, un gran chaleco con bolsillos de forma secular, calzón corto negro, pero que mostraba haberse descolorido hasta el gris por las rodillas, medias de lana negra y gruesos zapatos con hebillas de cobre. Hubiérase dicho que era un antiguo preceptor de casa grande, recién llegado de la emigración. Por sus cabellos blancos, por las arrugas de su frente, por lo lívido de sus labios, por su rostro en que todo respiraba abatimiento y cansancio de la vida, se le hubieran supuesto más de sesenta años. Por su paso firme, aunque lento, y por el vigor singular impreso en todos sus movimientos, apenas se le hubieran concedido cincuenta.

Las arrugas de su frente estaban bien colocadas, y hubieran prevenido en favor suyo á cualquiera que le hubiese observado atentamente. Sus labios se contraían con un pliegue particular, que parecía severo siendo humilde. Había en el fondo de su mirada cierta lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquetito envuelto en un pañuelo, apoyando la derecha en una especie de bastón cortado de un seto. Este palo había sido labrado con cierto esmero, y no tenía mal ver; habían sacado partido de los nudos, y le habían figurado un puño de corzo con lacre encarnado; era un palo, que se parecía á un bastón.

Poca es la gente que pasa por aquel boulevard, sobre todo en invierno. Aquel hombre, no obstante, aunque sin afectación, más parecía evitarla que buscarla.

En aquella época, el rey Luis XVIII iba casi todos los días á Choisy le Roy.

Era uno de sus paseos favoritos. A eso de las dos, casi invariablemente, se veía el coche con la escolta real pasar á todo escape por el boulevard del Hospital.

Esto hacía las veces de reloj á los pobres del barrio, que decían: las dos; pues ya se vuelve á las Tullerías.

Y los unos acudían y los otros se alineaban para esperarle; porque el paso de



un rey es siempre tumultuoso. Por lo demás la aparición y desaparición de Luis XVIII, producía cierto efecto en las calles de París. Era rápido, pero majestuoso. Aquel rey impotente gustaba de ir al galope; no pudiendo andar, quería correr; con sus piernas rencas hubiera deseado de buena gana ser conducido por el relámpago. Pasaba pacífico y severo en medio de los sables desnudos. Su berlina maciza, enteramente dorada, con gruesas ramas de lises pintadas en los costados, rodaba estrepitosamente. Apenas había tiempo bastante para dirigirle una mirada. Véase en el ángulo del fondo, á la derecha, sobre almohadones de raso blan-

co, una cara ancha, firme y colorada, una frente recién empolvada, una mirada altiva, dura y fina, una sonrisa de letrado, dos grandes charreteras con canalones flotantes sobre un frac de paisano, el Toisón de oro, la cruz de San Luis, la cruz de la Legión de honor, la placa de plata del Santo Espíritu, un gran vientre y un grueso cordón azul: esto era el rey. Fuera de París colocaba su sombrero con plumas blancas sobre sus rodillas, envueltas en altas polainas inglesas, y cuando entraba de nuevo en la población, se lo ponía en la cabeza, saludando poco. Miraba friamente al pueblo, que le correspondía perfectamente. Cuando apareció por primera vez en el barrio de San Marcelo, todo el éxito que obtuvo fué esta frase de uno de los vecinos á otro vecino: "Ese gordo que va ahí es el gobierno".

Este paso infalible del rey á la misma hora, era pues, el acontecimiento cotidiano del boulevard del Hospital.

El paseante de la levita amarilla, no era evidentemente del barrio, ni de París tampoco probablemente, puesto que ignoraba esta circunstancia. Así es, que cuando al dar las dos vió el coche real, rodeado de un escuadrón de guardias de Corps galoneados de plata, desembocar en el boulevard, después de dar la vuelta á la Salpêtrière, se quedó sorprendido y casi aterrado. No había nadie más que él en la calle de árboles, y se arrimó vivamente contra un ángulo de la tapia de cerca, lo que no impidió que le viese el señor duque de Havré. El señor duque de Havré, como capitán de guardias de servicio aquel día, iba sentado en el coche frente á frente del rey, y dijo á su majestad:

—;He aquí un hombre de bien mala traza! Varios agentes de policía, apostados para vigilar en la carrera que seguía el rey, se fijaron también en aquel hombre, y uno de ellos recibió orden de seguirle. Pero el hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal, y como el día empezaba á declinar, el agente perdió la pista, según resulta de un parte dirigido aquella misma noche al conde Anglés, ministro de Estado y prefecto de policía.

Cuando el hombre de la levita amarilla hubo hecho perder la pista al agente, redobló el paso, no sin haberse vuelto muchas veces para cerciorarse de que no le seguían. A las cuatro y cuarto, es decir, cerrada ya la noche, pasaba por delante del teatro de la puerta de San Martín, donde se representaba aquel día el drama "Los dos presidiarios". El cartel, alumbrado por los faroles del teatro, debió chocarle, porque aún cuando caminaba de prisa se paró á leerle. Poco después, estaba en el callejón de la Planchette, y entraba en el "Plato de estaño", donde estaba entonces la administración de diligencias de Lagny.

El coche partía á las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros, llamados por el mayoral, se encaramaban á toda prisa por el alto pedáneo de hierro del vehículo.

El hombre preguntó:

—;Hay asiento?

—Uno solo, á mi lado, en el pescante,—contestó el mayoral.

—Le tomo.

—Subid.

Sin embargo, antes de partir, el conductor dirigió una mirada al traje nada lujoso del viajero, y su pequeño lío, é hizo que le pagase.

--¿Vais hasta Lagny?—le preguntó el cochero.

—Sí,—dijo el hombre.

Y el viajero pagó hasta Lagny.

Partieron en seguida.

Cuando hubieron atravesado la barrera, el mayoral procuró anudar la conversación; pero viendo que el viajero sólo contestaba por monosílabos, tomó el partido de silbar y jurar contra los caballos.

Envolvióse el conductor en su manta. Hacía frío. El hombre no parecía preocuparse de ello. Así atravesaron Gournay y Neully sur-Mane.

A eso de las seis de la noche estaban en Chelles. El mayoral se paró para dar aliento á los caballos delante de la posada de tragineros, establecida en los viejos edificios de la abadía real.

—Yo bajo aquí,—dijo el hombre.

Cogió su lío y su bastón, y saltó del carruaje.

Un instante después había desaparecido.

No había entrado en la posada.

Cuando después de algunos minutos la diligencia volvió á emprender la marcha para Lagny, no le encontró en toda la calle mayor de Chelles.

El mayoral se volvió hacia los viajeros del interior, diciendo

—Aquel hombre no es de aquí, pues yo no le conozco. Tiene cara de no llevar ni un sueldo, y sin embargo no se preocupa mucho del dinero, pues ha pagado hasta Lagny y no pasa de Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se le vuelve á ver. Se le ha de haber tragado la tierra.

No había sido el hombre tragado por la tierra, sino que había cruzado á grandes pasos entre la obscuridad la calle mayor de Chelles, después había tomado á la izquierda, y antes de llegar á la iglesia, el camino que conduce á Montfermeil, como cualquiera conocedor del país que hubiese ya transitado por él.

Siguió rápidamente este camino. En el lugar donde cruza la alameda antigua que va de Gagny á Lagny, oyó venir gente; ocultóse precipitadamente en una zanja, y esperó á que los que pasaban se hubiesen alejado. La precaución era por otra parte casi superflua; porque, como hemos dicho, era una noche de Diciembre obscurísima. Apenas se veían dos ó tres estrellas en el cielo.

Estaba donde empieza la subida de la colina. El hombre no volvió á entrar en el camino de Montfermeil; tomó á la derecha, al través de los campos, y se internó en el bosque apresuradamente.

Cuando se encontró ya en el bosque, acortó el paso, y empezó á mirar atentamente todos los árboles, avanzando poco á poco, como si buscase ó siguiera una senda misteriosa conocida por él únicamente. Hubo un momento en que pareció haberse perdido y se detuvo indeciso. Por fin, tentando aquí y allá, llegó á encontrar un claro en que había un montón de piedras grandes y blanquizas. Dirigióse vivamente donde estaban las piedras y las examinó con atención, al través de la bruma de la noche, como si las revisara.

Un gran árbol, cubierto de esas excrescencias, que son como las verrugas de la vegetación, estaba á pocos pasos de aquellas piedras. Acercóse al árbol, paseando la mano sobre la corteza del tronco, como si quisiera reconocer y contar todas las verrugas.

Frente á ese árbol, que era un fresno, había un castaño, enfermo de una des-

cortezadura, al cual habían puesto por vendaje una tira de zinc clavada. Levantóse de puntillas, y tocó aquella venda de zinc.

Después anduvo tentando el suelo con los pies, todo el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como pretendiendo cerciorarse de que la tierra no había sido recientemente removida.

Hecho lo cual, se orientó nuevamente, y emprendió su marcha á través del bosque.

Este era el hombre que acababa de encontrar Cosette.

Caminando por la espesura en dirección á Montfermeil, había distinguido aquella pequeña sombra que se movía gimiendo, que dejaba un peso en el suelo, que lo levantaba otra vez y volvía á moverse. Acercósele, y vió que era una pobre criatura cargada con un enorme cubo de agua. Entonces se llegó á la niña, cogiendo silenciosamente el asa del cubo.

VII

Cosette en la sombra junto al desconocido.

Cosette, ya lo hemos dicho, no había tenido miedo.

El hombre le dirigió la palabra. Hablábale en voz grave y casi baja.

—Hija mía, es muy pesado para tí eso que llevas.

Cosette levantó la cabeza, y respondió:

—Sí, señor.

—Dame,—repuso el hombre,—yo voy á llevártelo.

Cosette soltó el cubo. El hombre se puso á caminar junto á ella.

—Mucho pesa, en efecto,—dijo entre dientes; y añadió luego:

—Chiquilla, ¿qué edad tienes?

—Ocho años, señor.

—¿Y vienes con eso de muy lejos?

—De la fuente que está en el bosque.

—¿Y vas muy lejos ahora?

—A un cuarto de hora largo de aquí.

El hombre permaneció un momento sin hablar; luego preguntó bruscamente:

—¿No tienes madre?

—No lo sé,—respondió la chiquilla.

Y antes que el hombre hubiese tenido tiempo de tomar nuevamente la palabra, añadió:

—No lo creo. Las otras sí tienen, pero yo no.

Y después de una pausa, prosiguió:

—Creo que nunca la he tenido.

Detúvose el hombre, dejó el cubo en el suelo, se inclinó, y poniendo ambas manos sobre los dos hombros de la niña, hizo un esfuerzo por mirarla y ver su rostro en la obscuridad.

El flaco y escuálido semblante de Cosette, se dibujaba vagamente á la pálida luz del cielo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el hombre.

—Cosette.

El hombre sintió como una sacudida eléctrica. Miróla nuevamente, separó después sus manos de los hombros de Cosette, volvió á coger el cubo, y echó á andar.

Después de unos instantes, preguntó:

—Chiquilla, ¿dónde vives?

—En Montfermeil, sabéis...

—¿Es allí donde vamos?

—Sí, señor.

Hizo otra pausa todavía, y volvió á preguntar:

—¿Y quién es el que así te manda á buscar agua al bosque á estas horas?

—La señora Thénardier.

El hombre replicó con un sonido de voz que esforzaba, para darle el tono de indiferente, pero en el que se notaba, sin embargo, un temblor singular.

—¿Qué es lo que hace esta señora Thénardier?

—Es mi ama,—dijo la niña.—Es la dueña de la posada.

—¿De la posada?—dijo el hombre.—Pues bien; allá voy á pasar esta noche. Acompañame.

—Vamos allá,—dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. Cosette le seguía sin dificultad. No sentía la menor fatiga. De cuando en cuando levantaba los ojos hacia aquel hombre, con cierta expresión de tranquilidad y confianza inexplicable. Jamás le había enseñado nadie á dirigirse á la Providencia y orar. No obstante, sentía ella dentro de sí misma, algo que se parecía á la esperanza y á la alegría, y que se elevaba hasta los cielos.

Pasáronse algunos minutos. El hombre repuso:

—Pero, ¿no hay criada en casa de la señora Thénardier?

—No, señor.

—¿Luego estás tú sola?

—Sí, señor.

Hubo todavía otra interrupción. Cosette levantó la voz:

—Es decir, hay dos niñas.

—¿Dos niñas?

—Ponine y Zelma.

La muchacha simplificaba en esta forma aquellos nombres novelescos tan agradables á la Thénardier.

—¿Quiénes son estas Ponine y Zelma?

—Son las señoritas de la señora Thénardier, es decir, sus hijas.

—¿Y, qué hacen estas niñas?

—¡Oh!—dijo Cosette.—Tienen muñecas muy bonitas, tienen cosas en que hay oro, mucho con que entretenerse, y ellas juegan, se divierten...

—¿Todo el día?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo, trabajo.

—¿Todo el día?

La niña alzó sus grandes ojos, en los que había una lágrima, que á causa de la obscuridad no podía verse, y respondió dulcemente:

—Sí, señor.

Y prosiguiendo, después de un intervalo silencioso:

—A veces, cuando he concluido mi tarea, y me lo permiten, me divierto también.

—Y ¿cómo te diviertes tú?

—Como puedo. Me dejan; pero yo no tengo muchos juguetes. Ponine y Zelma no quieren que yo juegue con sus muñecas. Tengo solamente un sable muy pequeñito de plomo, que no es mayor que esto.

Y la muchacha levantaba su dedo meñique.

—¿Y qué no corta?

—Sí, señor,—dijo la niña,—corta ensalada y cabezas de mosca.

Llegaron á la población. Cosette guió al forastero por las calles. Pasaron por delante de la panadería, pero Cosette no se acordó del pan que debía llevar. El hombre había cesado de hacerle preguntas, guardando entonces un silencio sombrío. Cuando hubieron dejado tras sí la iglesia, viendo el hombre todos aquellos puestos al aire libre, preguntó á Cosette:

—¿Hay feria aquí?

—No, señor; es Navidad.

Cuando estuvieron cerca de la posada, Cosette le tocó en el brazo tímidamente:

—¿Señor?

—¿Qué hay, hija mía?

—En seguida estaremos en la casa.

—¿Y qué?

—¿Que si queréis dejarme otra vez el cubo?

—¿Por qué?

—Porque si viese el ama que me lo han traído, me pegaría.

El hombre le devolvió el cubo. Un instante después estaban á la puerta del bodega.

Desagrado en recibir en casa un pobre que tal vez sea un rico.

Cosette no pudo evitar una mirada oblicua hacia la muñeca grande que continuaba expuesta en la tienda de juguetes, y llamó en seguida.

Abrióse la puerta; apareció la Thénardier con una vela en la mano.

—¡Ah! ¡eres tú, holgazana! ¡Gracias á Dios! ¡Pues no has malgastado el tiempo que digamos! ¡Se habrá estado divirtiendo la sinvergüenza!

—Señora,—dijo Cosette temblorosa,—aquí hay un señor que desea hospedaje.

La Thénardier reemplazó en seguida su expresión hociuda por una mueca amable, cambio tan visible como propio de posaderos, buscando ávidamente con la mirada al recién llegado.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el hombre.

—Cosette.

El hombre sintió como una sacudida eléctrica. Miróla nuevamente, separó después sus manos de los hombros de Cosette, volvió á coger el cubo, y echó á andar.

Después de unos instantes, preguntó:

—Chiquilla, ¿dónde vives?

—En Montfermeil, sabéis...

—¿Es allí donde vamos?

—Sí, señor.

Hizo otra pausa todavía, y volvió á preguntar:

—¿Y quién es el que así te manda á buscar agua al bosque á estas horas?

—La señora Thénardier.

El hombre replicó con un sonido de voz que esforzaba, para darle el tono de indiferente, pero en el que se notaba, sin embargo, un temblor singular.

—¿Qué es lo que hace esta señora Thénardier?

—Es mi ama,—dijo la niña.—Es la dueña de la posada.

—¿De la posada?—dijo el hombre.—Pues bien; allá voy á pasar esta noche. Acompañame.

—Vamos allá,—dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. Cosette le seguía sin dificultad. No sentía la menor fatiga. De cuando en cuando levantaba los ojos hacia aquel hombre, con cierta expresión de tranquilidad y confianza inexplicable. Jamás le había enseñado nadie á dirigirse á la Providencia y orar. No obstante, sentía ella dentro de sí misma, algo que se parecía á la esperanza y á la alegría, y que se elevaba hasta los cielos.

Pasáronse algunos minutos. El hombre repuso:

—Pero, ¿no hay criada en casa de la señora Thénardier?

—No, señor.

—¿Luego estás tú sola?

—Sí, señor.

Hubo todavía otra interrupción. Cosette levantó la voz:

—Es decir, hay dos niñas.

—¿Dos niñas?

—Ponine y Zelma.

La muchacha simplificaba en esta forma aquellos nombres novelescos tan agradables á la Thénardier.

—¿Quiénes son estas Ponine y Zelma?

—Son las señoritas de la señora Thénardier, es decir, sus hijas.

—¿Y, qué hacen estas niñas?

—Oh!—dijo Cosette.—Tienen muñecas muy bonitas, tienen cosas en que hay oro, mucho con que entretenerse, y ellas juegan, se divierten...

—¿Todo el día?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo, trabajo.

—¿Todo el día?

La niña alzó sus grandes ojos, en los que había una lágrima, que á causa de la obscuridad no podía verse, y respondió dulcemente:

—Sí, señor.

Y prosiguiendo, después de un intervalo silencioso:

—A veces, cuando he concluido mi tarea, y me lo permiten, me divierto también.

—Y ¿cómo te diviertes tú?

—Como puedo. Me dejan; pero yo no tengo muchos juguetes. Ponine y Zelma no quieren que yo juegue con sus muñecas. Tengo solamente un sable muy pequeñito de plomo, que no es mayor que esto.

Y la muchacha levantaba su dedo meñique.

—¿Y qué no corta?

—Sí, señor,—dijo la niña,—corta ensalada y cabezas de mosca.

Llegaron á la población. Cosette guió al forastero por las calles. Pasaron por delante de la panadería, pero Cosette no se acordó del pan que debía llevar. El hombre había cesado de hacerle preguntas, guardando entonces un silencio sombrío. Cuando hubieron dejado tras sí la iglesia, viendo el hombre todos aquellos puestos al aire libre, preguntó á Cosette:

—¿Hay feria aquí?

—No, señor; es Navidad.

Cuando estuvieron cerca de la posada, Cosette le tocó en el brazo tímidamente:

—¿Señor?

—¿Qué hay, hija mía?

—En seguida estaremos en la casa.

—¿Y qué?

—¿Que si queréis dejarme otra vez el cubo?

—¿Por qué?

—Porque si viese el ama que me lo han traído, me pegaría.

El hombre le devolvió el cubo. Un instante después estaban á la puerta del bodega.

Desagrado en recibir en casa un pobre que tal vez sea un rico.

Cosette no pudo evitar una mirada oblicua hacia la muñeca grande que continuaba expuesta en la tienda de juguetes, y llamó en seguida.

Abrióse la puerta; apareció la Thénardier con una vela en la mano.

—¡Ah! ¡eres tú, holgazana! ¡Gracias á Dios! ¡Pues no has malgastado el tiempo que digamos! ¡Se habrá estado divirtiendo la sinvergüenza!

—Señora,—dijo Cosette temblorosa,—aquí hay un señor que desea hospedaje.

La Thénardier reemplazó en seguida su expresión hociuda por una mueca amable, cambio tan visible como propio de posaderos, buscando ávidamente con la mirada al recién llegado.

—¿Es este señor?—dijo ella.

—Sí, señora,—respondió el hombre, llevándose la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan corteses. Este ademán, y la inspección del traje y equipaje del forastero, á que la Thénardier pasó revista de una ojeada, borraron la expresión amable de su gesto, y volviendo á poner la cara hocicuda, replicó entonces secamente:

—Entrad, buen hombre.

Entró el "buen hombre". La Thénardier le echó una segunda mirada, examinó particularmente su levita raída por completo, y su sombrero algún tanto abollado, y consultó con un movimiento de cabeza, un fruncimiento de nariz y un guiño de ojos á su marido, que continuaba bebiendo con los tragineros. El marido respondió con aquella imperceptible agitación del índice, que unida al huecamiento de los labios, significaba entonces: "pobre de solemnidad". Partiendo de este supuesto, dijo la Thénardier:

—Buen hombre, aunque lo siento mucho, no hay cuarto disponible.

Ponedme donde queráis,—dijo el hombre,—en el granero ó en la cuadra. Pagaré como si me diérais cuarto.

—Cuarenta sueldos.

—¿Cuarenta sueldos? Bien.

—Corriente.

—¿Cuarenta sueldos!—dijo por lo bajo un traginero á la Thénardier.—¿Si no son más que veinte!

—Cuarenta para él,—replicó la Thénardier en el mismo tono.—Yo no admito pobres á menos precio.

—Es verdad,—añadió el marido con dulzura,—es un perjuicio para los establecimientos el recibir gente de esta clase.

Entre tanto el hombre, después de haber dejado sobre un banco su envoltorio y su bastón, se había sentado á una mesa sobre la que Cosette se había apresurado á poner una botella de vino y un vaso. El mercader que había pedido el cubo de agua se lo llevó él mismo á su caballo. Cosette había vuelto á ocupar su lugar debajo de la mesa de cocina y tomado su calceta.

El hombre, que apenas había mojado sus labios en el vaso de vino que se había servido, contemplaba á la niña con atención particular.

Cosette era fea. Dichosa, hubiera sido bonita tal vez.

Hemos ya bosquejado aquella figurita sombría. Cosette estaba flaca y descolorida; tenía cerca de ocho años, y apenas aparentaba seis. Sus grandes ojos, hundidos en una especie de sombra, estaban casi apagados á fuerza de llorar. Los extremos de su boca tenían esa especie de curvatura de la angustia habitual, que se advierte en los condenados y en los enfermos desahuciados. Sus manos estaban, como había adivinado su madre, "perdidas de sabañones". El fuego que la iluminaba en aquel momento hacía resaltar los ángulos de sus huesos, y ponía horriblemente de manifiesto su demacración. Como siempre estaba tiritando de frío, había tomado la costumbre de apretar las rodillas una contra otra. Todo su vestido no era más que un harapo, que hubiera dado lástima en verano y horrorizaba en invierno. No tenía sobre sí más que ropa agujereada, ni siquiera un mal pañuelo de lana. Se le veía la piel por varias partes, distinguiéndose en muchas de ellas manchas azules ó negras que indicaban los sitios donde la Thénardier la

había golpeado. Sus piernas desnudas eran delgadísimas y amoratadas. Lo hundido de sus clavículas hacía llorar. Toda la persona de aquella criatura, su porte, su actitud, el sonido de su voz, los intervalos entre palabra y palabra, su mirada, su silencio, su gesto más insignificante expresaban y traducían una sola idea: el temor.

El temor se había posado sobre ella; la cubría, por así decirlo; el temor la hacía recoger los codos sobre sus caderas, esconder los talones debajo de la falda, ocupar el menor sitio posible, sin dejarla respirar más que lo necesario, convirtiéndola en lo que podría llamarse su vicio corporal, sin otra variación posible que la de aumentar. Había en el fondo de su pupila un rincón sombrío, donde se anidaba el terror.

Era tal su miedo, que al llegar, mojada y todo como estaba, no se había atrevido á ir á secarse al fuego, y se había vuelto silenciosamente á su tarea.

La expresión de la mirada de aquella criatura de ocho años era de ordinario tan triste, y á veces tan trágica, que en ciertos momentos parecía tener trazas de volverse idiota ó demonio.

Jamás, hemos dicho, había sabido lo que era rezar; jamás había puesto el pie en una iglesia. ¿Acaso tenía tiempo? decía la Thénardier.

El hombre de la levita amarilla no apartaba los ojos de Cosette.

De repente la Thénardier, exclamó:

—¿A propósito! ¿Y el pan?

Cosette, según su costumbre, cada vez que la Thénardier levantaba la voz, salía inmediatamente de debajo de la mesa.

Habíase olvidado por completo del pan. Recurrió entonces al expediente sempiterno de los niños asustados. Mintió.

—Señora, el panadero tenía cerrado.

—¿Haber llamado!

—Ya llamé, señora.

—¿Y bien?

—No abrieron.

—Mañana sabré yo si eso es verdad—dijo la Thénardier;—y si mientes, verás la danza que te espera. Entre tanto, devuélveme la moneda de quince sueldos.

Cosette metió la mano en el bolsillo del delantal, y se puso verde. La moneda de quince sueldos había desaparecido.

—¿Ea!—dijo la Thénardier.—¿Me has oído?

Cosette volvió el bolsillo del revés; no había nada. ¿Qué podía habérselo hecho aquel dinero? La pobre criatura no encontraba una palabra que contestar. Estaba petrificada.

—¿Es que has perdido la moneda de quince sueldos?—dijo aullando la Thénardier.—¿O es que quieres robármela?

Al mismo tiempo alargó el brazo hacia el martinete, colgado en el rincón de la chimenea.

Este ademán amenazador, dió á Cosette fuerzas para gritar:

—¿Perdón, señora! ¿Señora, no lo volveré á hacer!

La Thénardier descolgó el martinete.

Entre tanto el hombre de la levita amarilla había metido los dedos en el bolsillo de su chaleco, sin que nadie hubiese advertido este movimiento.

Por otra parte, los demás viajeros bebían ó jugaban á las cartas, sin fijarse en nada más.

Cosette haciéndose un ovillo, llena de angustias en el rincón de la chimenea, procuraba encoger y esconder sus pobres miembros casi desnudos. La Thénardier levantó el brazo.

—Permitidme, señora,—dijo el hombre;—pero acabo de ver una cosa que ha caído del bolsillo del delantal de esa niña, y que ha rodado. Puede que sea esto.

Y así diciendo, se bajó, é hizo ademán de buscar por el suelo un instante.

—Aquí está precisamente,—añadió levantándose.

Y entregó una moneda de plata á la Thénardier.

—Sí, esta es,—dijo ella.

No era tal, porque era una pieza de veinte sueldos, pero la Thénardier salía gananciosa. Guardó, pues, la moneda en su faltriquera, y se contentó con lanzar una mirada feroz á la pobre muchacha, diciéndola:

—¡Cuidado con que te vuelva á suceder!

Cosette volvió á entrar en lo que la Thénardier llamaba "su nicho", y sus grandes ojos, fijos en el desconocido viajero, comenzaron á tomar una expresión que nunca habían tenido. No era más que un horrible asombro, al cual se mezclaba una especie de confianza estupefacta.

—A propósito, ¿queréis cenar?—preguntó la Thénardier al viajero.

Este no respondió. Parecía meditar profundamente.

—¿Quién será este hombre?—dijo ella entre dientes.—Algún pobre asqueroso. No tiene de seguro con que cenar. ¿Me pagará siquiera la posada? Gracias que se le haya ocurrido la idea de robar el dinero que estaba en el suelo.

Entre tanto se había abierto una puerta, y habían entrado Eponine y Azelma. Eran en verdad, dos hermosas niñas, que más parecían señoritas que lugareñas, muy graciosillas; una con sus trenzas color de castaña, muy lustrosas, y otra con sus largos cabellos negros, que le caían sobre la espalda, las dos vivarachas, aseadas, gorditas, frescas y sanas, que daba gusto el verlas. Vestían ambas ropas de abrigo, pero con tanto arte maternal, que lo grueso de la tela no quitaba nada á la coquetería del conjunto. Estaba previsto el invierno sin que desapareciera la primavera. Ambas criaturas irradiaban. Además eran reinas. En su tocado, en su alegría, en el ruido que hacían, tenían algo de soberanas.

Cuando entraron, la Thénardier les dijo en tono de desagrado, lleno de adoración:—¡Ah! ¿sois vosotras?

Después, colocándolas entre sus rodillas una después de otra, acariciando sus cabellos, rehaciendo sus lazos, y dejándolas luego con la tierna manera de soltar, propia de las madres, exclamó:

—¡Vais de cualquier manera!

Fueron á sentarse junto al hogar. Tenían una muñeca que volvían y revolían sobre sus rodillas entre diversos y alegres arrullos. De cuando en cuando, Cosette desviaba los ojos de su calceta y mirábalas jugar con aire triste.

Eponine y Azelma no se fijaban para nada en Cosette. Era para ellas como el perro. Las tres criaturas, que no sumaban en junto veinticuatro años, representaban ya toda la sociedad humana: por una parte la envidia, por otra el desdén.

La muñeca de las hermanas Thénardier estaba muy estropeada, sucia y rota; pero no por eso dejaba de parecer admirable á Cosette, quien en su vida había tenido una muñeca, "una verdadera muñeca", para servirnos de una frase que todos los niños comprenderán.

De pronto, la Thénardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, advirtió que Cosette se distraía, y que en vez de trabajar se ocupaba de las niñas que estaban jugando.

—¡Ah! ¡Ya te estoy viendo yo ahora!—exclamó ella.—¿Es así como tú trabajas? Ya te haré yo trabajar zurrándote.

El forastero sin levantarse de la silla, se volvió hacia la Thénardier, y sonriendo, con un aire casi temeroso, la dijo:

—¡Vaya! ¡Dejadla que juegue!

De parte de cualquier otro viajero que hubiese estado comiendo una ración de carne y bebiendo dos botellas para cenar, y que no hubiese tenido aquel aire de "pobre asqueroso", semejante ruego habría sido una orden. Pero un hombre que tenía aquel sombrero se permitiese tener un deseo, y que un hombre que vestía aquella levita se permitiese manifestar una voluntad, era cosa que la Thénardier no creía deber tolerar. Replicó pues agriamente:

—Es preciso que trabaje, puesto que come. Yo no la mantengo para que no haga nada.

—¿Y qué es lo que está haciendo?—repuso el forastero con esa voz dulce que contrastaba extrañamente con su aspecto de mendigo y sus hombros de cargador.

La Thénardier se dignó contestar:

—Medias, señor. Medias para mis niñas, que no tienen como quien dice, y que van á quedarse con los pies desnudos.

El hombre miró los pies amoratados de la pobre Cosette, y continuó:

—¿Y cuándo habrá concluido esas medias?

—Tiene lo menos para tres ó cuatro días, la perezosa.

—¿Y cuánto puede valer ese par de medias una vez concluido?

La Thénardier le dirigió una mirada despreciativa.

—Treinta sueldos al menos.

—¿Lo daríais por cinco francos?—repuso el hombre.

—¡Pardiez!—exclamó dando una risotada cierto traginero que estaba oyendo.—¡Cinco francos! ¡ya lo creo! ¡pues no que no! ¡Cinco pilustras!

Thénardier creyó deber tomar la palabra.

—Sí, señor, si es ello un capricho, os daré el par de medias por cinco francos. Nosotros no sabemos negar nada á los viajeros.

—Pero sería preciso pagar en seguida,—dijo la Thénardier con su manera breve y perentoria.

—Compro ese par de medias,—respondió el hombre,—y... —añadió sacando del bolsillo una moneda de cinco francos que puso sobre la mesa,—lo pago.

Después se volvió hacia Cosette:

—Anda á jugar, chiquilla, tu trabajo corre de mi cuenta.

El traginero se conmovió tanto al ver la moneda, que dejó su vaso adelantándose á recogerla.

—¡Y es verdad!—exclamó examinándola.—¡Una verdadera rueda trasera! ¡Y que no es falsa!

Thénardier se acercó y guardó silenciosamente la moneda en su bolsillo. La Thénardier no teniendo nada que replicar, se mordió los labios. Su rostro tomó una expresión de odio.



Sin embargo, Cosette temblaba. Aventuróse á preguntar:

—Señora, ¿es esto verdad? ¿Puedo ir á jugar?

—¡Juega!—dijo la Thénardier con voz terrible.

—Gracias, señora,—dijo Cosette.

Y mientras su boca daba gracias á la Thénardier, toda su alma infantil se las daba al viajero.

Thénardier había vuelto á ponerse á beber. Su mujer le dijo al oído:

—¿Quién sabe lo que puede ser, tal vez, este hombre amarillo?

—He visto,—respondió en tono soberano Thénardier,—millonarios vistiendo levitas como la suya.

Cosette había dejado su media, pero no había salido de su sitio. Moviase siempre lo menos posible. Tomó de una caja detrás de ella algunos trapos viejos y su pequeño sable de plomo.

Eponine y Azelma no prestaban la menor atención á lo que pasaba. Acababan de ejecutar una operación muy importante; se habían apoderado del gato. Habían arrojado su muñeca al suelo, y Eponine, que era la mayor, fajaba al gatito, á pesar de sus mahullidos y contorsiones, con una porción de retazos y harapos encarnados y azules. Mientras hacía esta obra grave y difícil, la decía á su hermana en ese lenguaje dulce y adorable de las criaturas, cuya gracia, semejante al esplendor de las alas de una mariposa, se pierde cuando se la quiere fijar:

—Ves, hermanita mía, esta muñeca es más divertida que la otra. Se mueve, chilla, tiene calor. Quieres, hermanita, que juguemos con ella? Esta sería mi hijita. Yo sería una señora. Yo vendría á verte, y tú la mirarías. Poco á poco verías sus bigotes, y esto te admiraría. Y luego le verías las orejas, y luego la cola; y esto te asombraría. Y tú me dirías: ¡Ay! ¡Dios mío...! Y yo te diría: Sí, señora; es una hijita que yo tengo, y así es mi hijita. Todas las niñas pequeñas son así ahora.

Azelma escuchaba á Eponine toda admirada.

Entre tanto, los bebedores se habían puesto á cantar una canción obscena, con la que reían hasta hacer temblar el techo. Thénardier les animaba y acompañaba.

Así como los pájaros hacen con todo su nido, las criaturas hacen una muñeca con lo primero que les viene á mano. Mientras Eponine y Azelma envolvían al gato, Cosette por su parte había envuelto el sable, hecho lo cual, hacía como que quería dormirle en sus brazos y cantaba para ello dulcemente.

La muñeca es una de las necesidades más imperiosas y al mismo tiempo uno de los más bellos instintos de la infancia femenina. Cuidar, levantar, adornar, vestir, desnudar, volver á vestir, enseñar, regañar un poco, mecer, mimar, hacer dormir, figurarse que algo es alguien: ahí está todo el porvenir de la mujer. Así fantaseando y charlando, haciendo pequeños ajuares, pañalitos y mantillitas, cosiendo vestidos, y chambritas, la niña se vuelve jovencita, la jovencita llega á joven casadera, la joven casadera se trueca en mujer casada. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca, es casi tan desgraciada y tan imposible, como una mujer sin hijos.

Cosette se había hecho, pues, una muñeca con el sable.

La Thénardier se había acercado al "hombre amarillo". Mi marido tiene razón, pensaba ella; quién sabe si es el señor Laffitte. ¡Hay ricos tan especiales!

Llegóse hasta apoyar los codos en su mesa.

—Señor,—le dijo.

Al oír la palabra "señor", volvióse el hombre. La Thénardier no le había llamado todavía más que "buen hombre".

—Ya véis, señor,—prosiguió ella, tomando su aire meloso, que era más repugnante aún que su aire feroz;—yo gusto también de que la niña juegue, no me

opongo; pero esto es bueno para una vez, porque vos sois generoso. Ya véis, como no tiene nada, y es preciso que trabaje.

—¿Entonces esta niña no es hija vuestra?—preguntó el hombre.

—¡Oh! ¡Dios mío! No, señor. Es una pobrecilla que hemos recogido por caridad, especie de criatura imbécil. Yo creo que tiene agua en la cabeza; pues tiene, como véis, la cabeza gorda. Hacemos por ella todo lo que podemos, pues no somos ricos. Hemos escrito á su país, y en más de seis meses nadie nos contesta. Hemos de creer que su madre habrá muerto.

—¡Ah!—exclamó el hombre volviendo á su ensimismamiento.

—Valía su madre bien poca cosa,—añadió la Thénardier.—¡Eso de abandonar á su hija!

Durante toda esta conversación, Cosette, como si por instinto hubiese adivinado que hablaban de ella, no había apartado los ojos de la Thénardier. Escuchaba vagamente. Entendía algunas frases sueltas.

Entre tanto los bebedores, casi todos borrachos, repetían su estribillo inmundado con mayor algazara y alegría. Era una canción licenciosa de color muy subido, en que andaban mezclados la Virgen y el niño Jesús. La Thénardier había ido á tomar su parte en las risotadas. Cosette, debajo de la mesa, contemplando el fuego que se reverberaba en su mirada fija, había vuelto á mecer la especie de muñeca que había hecho, y mientras le iba meciendo cantaba en voz baja: ¡Mi madre ha muerto! ¡Mi madre ha muerto! ¡Mi madre ha muerto!

A las muchas instancias de la patrona, el hombre amarillo, "el millonario", consintió finalmente en cenar.

—¿Que quiere tomar el señor?

—Pan y queso,—dijo el hombre.

—Decididamente, es un miserable,—pensó la Thénardier.

Los borrachos continuaban entonando su canción, y la niña, debajo de la mesa, seguía también cantando la suya.

De repente dejó Cosette de cantar. Acababa de volverse y ver en el suelo la muñeca de las hijas de Thénardier, que la habían dejado por jugar con el gato, y estaba á pocos pasos de la mesa de cocina.

Entonces ella dejó caer el sable fajado, que sólo la satisfacía á medias, y paseó lentamente la mirada en derredor de la sala. La Thénardier hablaba bajo con su marido, contando dinero; Eponine y Azelma jugaban con el gato, los viajeros comían, ó bebían, ó cantaban; ninguna mirada estaba fija en ella. No había momento que perder. Salió de debajo de la mesa arrastrándose sobre las rodillas y las manos, cercioróse otra vez aún de que nadie la espía, deslizándose luego vivamente hasta la muñeca y la cogió. Un momento después se encontraba en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta únicamente de modo que hiciese sombra sobre la muñeca, que tenía en sus brazos. Aquella felicidad de jugar con una muñeca era, en verdad, tan rara para ella, que encerraba toda la violencia de un deleite.

Nadie la había visto, excepción hecha del viajero, que comía lentamente su frugal cena.

Aquella felicidad duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por mucha precaución que tuviera Cosette, no advirtió que uno de los pies de la muñeca "sobresalía", y que el fuego de la chimenea le alumbraba con

toda claridad. Aquel pie rosado y brillante que salía de la sombra, atrajo de repente la mirada de Azelma, quien dijo á Eponine: —¡Mira, hermana mía!

Las dos chiquillas se quedaron paradas, estupefactas: ¡Cosette se había atrevido á coger la muñeca!

Eponine se levantó, y sin soltar el gatito, se fué hacia su madre y empezó á tirarla de la falda.

—¡Déjame, hija!—dijo la madre.—¿Qué quieres?

—¡Mira!—dijo la niña,—¿no ves?

Y señalaba con el dedo á Cosette.

Cosette, entregada completamente á los éxtasis de su posesión, no veía ni oía nada.

El rostro de la Thénardier tomó esa expresión particular que se compone de lo terrible mezclado á las fruslerías de la vida y que hace que se designe á esa especie de mujeres con el nombre de "megebras".

Esta vez, el orgullo herido exasperaba doblemente su cólera. Cosette había traspasado todos los límites; Cosette había atentado contra la muñeca de "aquellas señoritas". Una czarina viendo á un mongiek probándose el gran cordón azul de su imperial hijo, no hubiera puesto otra cara.

Gritóle pues con voz enronquecida por la indignación:

—¡Cosette!

Cosette, temblando como si la tierra se hubiese abierto debajo de ella, volvió la cabeza.

—¡Cosette!—repitió la Thénardier.

Cosette tomó la muñeca y la puso suavemente en el suelo con cierta veneración mezclada de dolor. Y entonces, sin apartar de ella los ojos juntó las manos, y horror causa el decirlo tratándose de una niña de su edad, se las retorció; después, lo que no había podido arrancarle ninguna de las emociones de aquel día: ni la ida al bosque, ni el peso del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista del martinete, ni aún las sombrías palabras que había oído decir á la Thénardier... lloró. Rompió á llorar.

Entre tanto, el viajero se había levantado.

—¿Qué es ello?—dijo á la Thénardier.

—¿No lo véis?—dijo la Thénardier señalando con el dedo el cuerpo del delito, que yacía á los pies de Cosette.

—Sí: ¿y qué?—repuso el hombre.

—¡Esa miserable que se ha permitido tocar á la muñeca de mis hijas!

—¡Tanto ruido para eso! ¿Y aun cuando hubiera jugado con la muñeca?

—¡La ha tocado con sus manos sucias!—prosiguió la Thénardier.—¡Con sus asquerosas manos!

Aquí Cosette redobló su llanto.

—¡Quieres callar!—gritó la Thénardier.

El hombre se dirigió á la puerta de la calle, abrióla y salió.

En cuanto hubo salido, aprovechó la Thénardier su ausencia para dar por debajo de la mesa, un tremendo puntapie á la pobre Cosette, que la hizo levantar aún más el grito.

Abrióse nuevamente la puerta, y apareció otra vez el hombre, llevando entre sus manos la muñeca fabulosa de que hemos hablado, y que todos los chiquillos del

pueblo habían estado contemplando desde por la mañana y poniéndola de pie junto á Cosette, díjole:

—Tómala, para tí.

Es de creer que durante la hora que hacía que estaba allí, en medio de sus meditaciones, debió haber notado confusamente aquel puesto de juguetes alumbrado con velas y candilejas, tan espléndidamente, que aparecía á través de los vidrios de la taberna, como una iluminación.

Cosette levantó los ojos, había visto al hombre ir hacia ella con aquella muñeca como si hubiese visto venir al sol, oyó aquellas palabras inauditas: "Para tí"; le miró, miró á la muñeca, retrocediendo luego poco á poco fué á esconderse al último extremo debajo de la mesa en el rincón de la pared.

Ya no lloraba, ni gritaba; pero tenía el aire de no atreverse á respirar.

La Thénardier, Eponine y Azelma eran otras tantas estatuas. Los mismos bebedores se habían suspendido. Reinó un silencio solemnisimo en todo el bodegón.

La Thénardier, petrificada y muda, volvía de nuevo á sus conjeturas: ¿Quién será este viejo? ¿Un pobre? ¿un millonario? Quizá sea ambas cosas, es decir: un ladrón.

La cara del tabernero Thénardier presentó aquella expresiva arruga que acentúa la expresión humana cada vez que el instinto dominante aparece en ello con todo su brutal poder. El tabernero se fijaba alternativamente en la muñeca y en el viajero; parecía olfatear en aquel hombre algo como cuando se olfatea una talega de dinero. Esto sólo duró lo que un relámpago. Acercóse á su mujer, diciéndole por lo bajo:

—Esa mecánica cuesta lo menos treinta francos. Nada de tonterías. ¡Es preciso humillarse ante ese hombre!

Las naturalezas groseras se asemejan á las naturalezas sencillas en que no hay en ellas transiciones.

—Y bien, Cosette,—dijo la Thénardier con cierto acento que quería ser dulce y que se componía sencillamente de esa miel agria propia de las mujeres perversas,—¿no tomas tu muñeca?

Cosette se arriesgó á salir de su escondite.

Mi querida niña,—repuso la Thénardier con ademán cariñoso,—este señor te regala la muñeca. Tómala. Es tuya.

Cosette consideraba la muñeca maravillosa con cierta especie de terror. Su rostro estaba todavía inundado de lágrimas, pero sus ojos empezaban á llenarse, como el cielo en el crepúsculo de la mañana, de las extrañas irradiaciones de la alegría. Lo que ella experimentaba en aquel momento era bastante parecido á lo que hubiera sentido si le hubiesen dicho de improviso: "Muchacha, eres la reina de Francia".

Parecíale que si tocaba á aquella muñeca saldría de ella el trueno.

Lo que era verdad hasta cierto punto, porque ella pensaba que la Thénardier regañaría y la pegaría.

Sin embargo, la atracción pudo más. Acabó por acercarse, y murmuró tímidamente, dirigiéndose á la Thénardier:

—¿Es verdad que puedo, señora?

Ninguna expresión alcanzaría á pintar aquel ademán de desesperación, de espanto y de arrebató á un tiempo.

—¡Pardiez!—dijo la Thénardier.—¡Si es tuya, puesto que el señor te la regala!

—¿De veras, señor?—preguntó Cosette.—¿Es ello verdad? ¿La señora es mía?

El forastero parecía tener los ojos arrasados en lágrimas. Parecía haber llegado á aquel punto de emoción en que hablamos para no llorar. Hizo un signo afirmativo de cabeza dirigiéndose á Cosette, y puso la mano de "la señora" en sus manecitas.

Cosette retiró vivamente su mano como si la de "la señora" la quemase, y fijó los ojos en el suelo.

Estamos obligados á añadir que en aquel instante sacaba la lengua de un modo desmesurado.

Volvióse de repente, y cogiendo la muñeca con violencia:

—La llamaré Catalina,—dijo.

Fué un gran momento aquel en que los harapos de Cosette tropezaron y estrecharon las cintas y espléndidas muselinas de color de rosa de la muñeca.

—Señora,—preguntó ella,—¿puedo ponerla sobre una silla?

—Sí, hija mía,—respondió la Thénardier.

Ahora eran Eponine y Azelma las que miraban á Cosette con envidia.

Cosette puso á Catalina sobre una silla, después sentóse en el suelo delante de ella, y permaneció inmóvil, sin decir palabra, en actitud contemplativa.

—Juega, pues, Cosette,—dijo el forastero.

—¡Oh! Ya estoy jugando,—respondió la niña.

Aquel forastero, aquel desconocido que tenía el aspecto de una visita que la Providencia hacía á Cosette, era en aquel momento lo que la Thénardier aborrecía más en este mundo. No obstante, le era preciso contenerse, por más que fuesen aquellas emociones mayores que las que podía soportar, por acostumbrada que estuviese al disimulo, procurando copiar á su marido en todas sus acciones. Apresuróse á enviar sus hijas á acostarse; después pidió "permiso" al hombre amarillo para enviar también á Cosette, "que se había cansado mucho aquel día", añadió con aire maternal. Cosette se fué á acostar, llevando su Catalina en brazos.

La Thénardier iba á cada instante al otro extremo de la sala, donde estaba su marido, "para ensanchar el espíritu", decía ella. Cambiaba con él algunas palabras, tanto más furiosas cuanto que no se atrevía á expresarlas en alta voz.

—¡Maldito viejo! ¿Qué capricho le ha dado? ¿Venir aquí á enredar! ¿Querer que juegue ese pequeño monstruo! ¿Darle muñecas! ¿Regalar muñecas de cuarenta francos á una perra que yo vendería en cuarenta sueldos! ¿A poco más, la llama "vuestra majestad" como á la duquesa de Berry! ¿Dónde tendrá el juicio? ¿De por fuerza debe estar loco este viejo misterioso!

—¿Y por qué? Es muy sencillo,—replicábale el marido.—¡Si eso le divierte! A tí te divierte que la niña trabaje, y á él le divierte que juegue. Está en su derecho. Un viajero hace lo que quiere cuando paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿qué te importa? Si es un imbécil, no es cosa que te incumba; ¿de qué te quejas ya que tiene dinero?

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que no admitían réplica uno ni otro.

El hombre se había puesto de codos sobre la mesa, y había vuelto á su actitud meditabunda. Todos los demás viajeros, mercaderes y tragneros se habían separado



un poco, y ya no cantaban. Observábanle á cierta distancia, con una especie de temor respetuoso. Aquel particular tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las "ruedas traseras" con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantes á niñas andrajosas, era ciertamente un buen hombre magnífico y temible.

Pasáronse algunas horas. La misa de media noche se había celebrado ya; la Noche Buena había concluido, los bebedores se habían ido, la posada estaba cerra-

da, la sala baja desierta; el fuego apagado, y el forastero continuaba siempre en el mismo sitio y en la misma actitud. De cuando en cuando cambiaba el codo en el cual se apoyaba, nada más. Pero no había vuelto á decir una palabra desde que Cosette se había ido.

Los dos Thénardier solamente, por cumplimiento y curiosidad, continuaban en la sala.



—¿Es capaz de pasar así la noche?—gruñía entre dientes la mujer. Pero al oír qué daban las dos, se dió por vencida, y dijo á su marido:

—Me voy á acostar. Haz lo que quieras.

El marido se sentó en un rincón junto á una mesa, encendió una vela, y se puso á leer el "Correo francés".

Pasóse así una hora larga. El digno posadero había leído á lo menos tres veces el periódico, desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El forastero no se movía.

Thénardier se revolvía, tosía, escupía, sonóse dos ó tres veces, hizo ruido con la silla, y á todo eso el forastero sin hacer el menor movimiento.—¿Estará dormido?—pensó Thénardier. El hombre no dormía; pero nada podía despertarle.

En fin, Thénardier, después de descubrirse, se le acercó suavemente, y se permitió decir:

—¿El señor no va á descansar?

“No va á acostarse” habría aparecido excesivamente familiar. “Descansar” sabía á lujo, y mostraba respeto. Semejantes palabras tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al día siguiente la cuenta de gastos. Un cuarto en que uno se “acuesta”, cuesta veinte sueldos; un cuarto en que uno “descansa”, cuesta veinte francos.

—Calle!—dijo el forastero.—Tenéis razón. ¿Dónde está la cuadra?

—Señor!—exclamó Thénardier sonriendo.—Voy á acompañaros.

Tomó Thénardier el candelero, y el hombre su lío y su bastón; y el posadero condujo al huésped á un cuarto en el piso principal, espléndidamente alhajado, con muebles de caoba, cama, esquinero y colgaduras de percal encarnado.

—¿Qué significa esto?—preguntó el viajero.

—Es nuestra cámara nupcial,—dijo el posadero.—Ocupamos otra mi esposa y yo. Aquí no entramos más que tres ó cuatro veces al año.

—Habría estado mejor en la cuadra,—dijo el forastero bruscamente.

Thénardier hizo como que no entendía aquella reflexión poco lisonjera.

Encendió dos bujías de cera sin estrenar, que figuraban sobre la chimenea.

Un magnífico fuego ardía en el hogar.

Sobre la repisa de la misma chimenea, bajo un fanal, había un adorno de cabeza de mujer de hilo de plata y flores de azahar.

—Y esto—¿qué significa?—repuso el viajero.

—Señor,—dijo Thénardier,—el sombrero de boda de mi mujer.

El viajero miró el objeto con una mirada que parecía decir: ¿Ha habido pues, un momento en que ese monstruo fué una virgen?

Por lo demás, Thénardier mentía. Cuando tomó en arrendamiento aquella casucha para convertirla en figón, había encontrado aquel cuarto alhajado así, y había comprado los muebles y las flores de azahar, pensando que aquello prestaría cierta sombra de gracia á “su esposa”, de lo que resultaría, para el establecimiento, lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el viajero se volvió, el posadero había desaparecido. Habíase eclipsado discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches, no queriendo tratar con cordialidad irrespetuosa á un hombre á quien se proponía desollar regiamente á la mañana siguiente.

Thénardier se retiró á su cuarto. Su mujer estaba ya acostada; pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su marido, volvióse y le dijo:

—¿Sabes que mañana pongo á Cosette en medio de la calle?

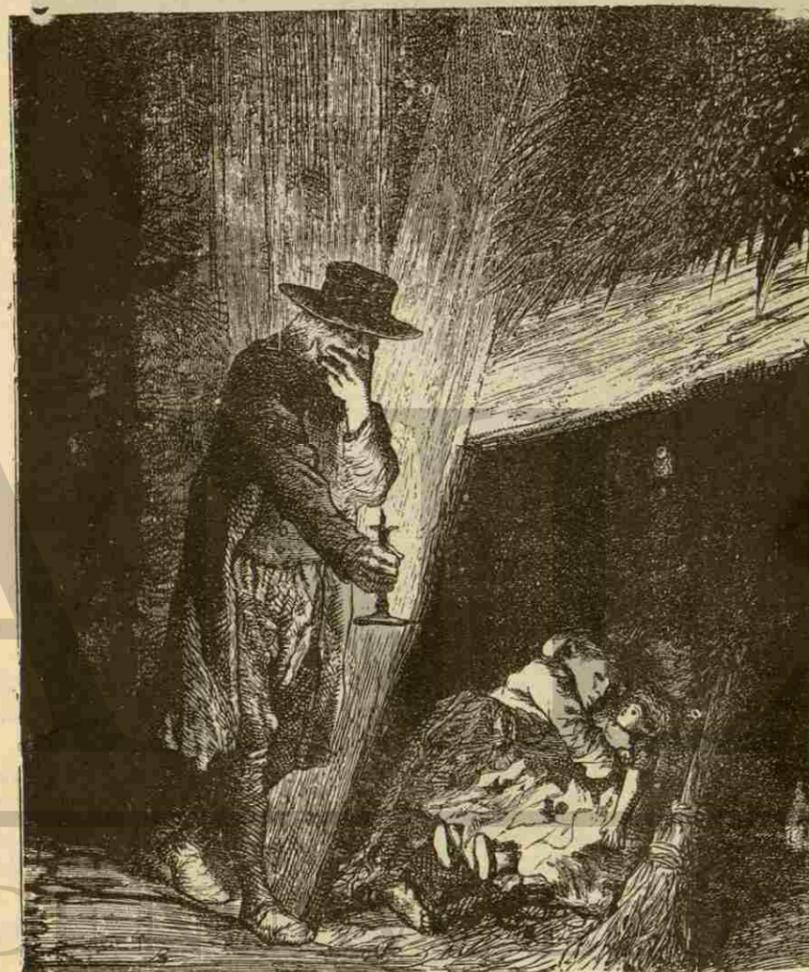
Thénardier respondió friamente:

—¿Cómo te alteras!

No cambiaron otras palabras, y algunos instantes después estaba apagada la luz.

Por su parte, el viajero había dejado en un rincón su palo y su paquete. Fuera ya el hostelero, sentóse en un sillón, y permaneció algún tiempo pensativo. Qui-

tó e después los zapatos, tomó una de las dos bujías, sopló la otra, empujó la puerta y salió del cuarto, mirando en torno suyo como quien busca algo. Atravesó un corredor, y llegó á la escalera. Allí oyó un ligerísimo ruido que parecía la respiración de una criatura. Dejóse conducir por aquel ruido, y se encontró en una especie de hueco triangular abierto debajo de la escalera, ó por mejor decir, formado por la escalera misma. Este hueco no era otra cosa que la parte inferior del



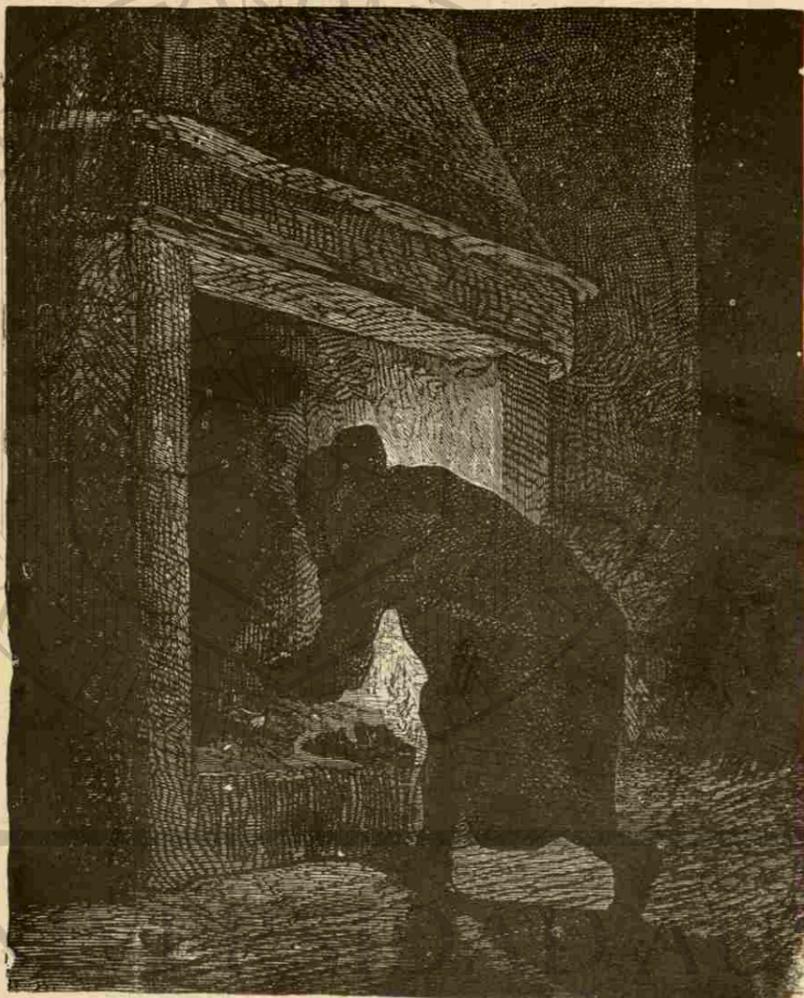
armazón que sostenía los escalones. Allí, en medio de toda clase de cestos, trastos viejas y rotos, entre el polvo y las telarañas, había un lecho, si es que puede llamarse así un jergón agujereado hasta descubrir la paja, y una manta agujereada hasta descubrir el jergón. Nada de sábanas. Esto tendido en tierra sobre los ladrillos. En este lecho dormía Cosette con su “señora”.

El hombre se acercó y la contempló.

Cosette dormía profundamente; estaba vestida del todo. En invierno no se desnudaba para no tener frío.

Tenía abrazada contra su corazón su muñeca, cuyos grandes ojos abiertos, brillaban en la obscuridad. De cuando en cuando lanzaba profundos suspiros como si fuera á despertarse, y apretaba la muñeca entre sus brazos, casi convulsivamente. No tenía al lado de su cama más que uno de sus zuecos.

Una puerta abierta junto al desván de Cosette dejaba ver un cuarto obscuro, bastante grande. El forastero entró. En el fondo, al través de una puerta vidrie-



ra, veíanse dos camitas iguales, blancas y limpias. Eran las de Azelma y Eponine. Detrás de ambas camas, se medio ocultaba una cuna de mimbres sin cortinas, donde dormía el chiquillo que había estado llorando toda la noche.

El forastero conjeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thénardier. Iba á retirarse, cuando su mirada reparó en la chimenea; una de esas vastas chimeneas de posada donde hay siempre tan poco fuego, cuando le hay, y que dan frío al verlas. No había fuego en ella, ni siquiera ceniza; pero sí algo que llamó la atención del viajero. Eran dos zapatitos de criatura de forma elegante y des-

igual tamaño; recordó el viajero la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, que colocan su calzado en la chimenea la víspera de Navidad para esperar allí en las tinieblas algún brillante regalo de su hada buena. Eponine y Azelma no habían faltado á esa costumbre, y habían puesto cada una de ellas uno de sus zapatos en la chimenea.

Inclinóse el viajero.

La hada, es decir, la madre, había hecho ya su visita, y se veía brillar en cada zapatito una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

El hombre se levantó de nuevo, é iba ya á salir, cuando distinguió en el fondo, aparte, en el rincón más obscuro del hogar, otro objeto. Miró y reconoció ser un zueco, un horrible zueco de la madera más común, medio roto, y completamente cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con aquella tierna confianza de los niños que puede ser engañada siempre sin desanimarse jamás, había puesto también su zueco en la chimenea.

Es una cosa por cierto sublime y dulce, la esperanza en una criatura que nunca ha conocido más que la desesperación.

No había nada en aquel zueco.

El forastero buscó en el bolsillo del chaleco, se inclinó, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Después volvióse á su habitación á paso de lobo.

IX

Thénardiere maniobrando.

Al día siguiente por la mañana, dos horas á lo menos antes del alba, Thénardier, sentado á una mesa de la sala baja del bodegón, y alumbrado por una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada sobre él, le seguía con los ojos. No cruzaban una sola palabra. Por una parte, era aquello una meditación profunda; por otra, la admiración religiosa con la cual se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. Oíase un ruido en la casa; era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora y algunas raspaduras produjo Thénardier esta obra maestra:

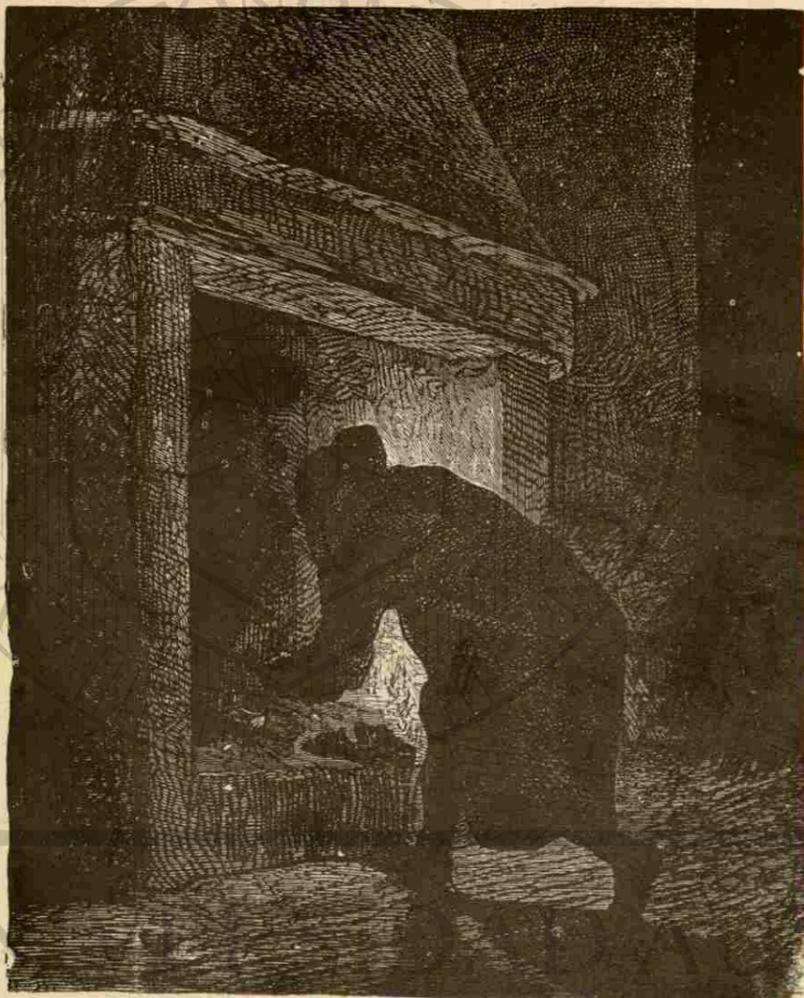
CUENTA DEL SR. DEL NUMERO 1

Cena	3 francos.
Cuarto	10 "
Bujías	5 "
Fuego	4 "
Servicio	1 "
<hr/>	
Total	23 francos.

Servicio estaba escrito "cervisio".

Tenía abrazada contra su corazón su muñeca, cuyos grandes ojos abiertos, brillaban en la obscuridad. De cuando en cuando lanzaba profundos suspiros como si fuera á despertarse, y apretaba la muñeca entre sus brazos, casi convulsivamente. No tenía al lado de su cama más que uno de sus zuecos.

Una puerta abierta junto al desván de Cosette dejaba ver un cuarto obscuro, bastante grande. El forastero entró. En el fondo, al través de una puerta vidrie-



ra, veíanse dos camitas iguales, blancas y limpias. Eran las de Azelma y Eponine. Detrás de ambas camas, se medio ocultaba una cuna de mimbres sin cortinas, donde dormía el chiquillo que había estado llorando toda la noche.

El forastero conjeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thénardier. Iba á retirarse, cuando su mirada reparó en la chimenea; una de esas vastas chimeneas de posada donde hay siempre tan poco fuego, cuando le hay, y que dan frío al verlas. No había fuego en ella, ni siquiera ceniza; pero sí algo que llamó la atención del viajero. Eran dos zapatitos de criatura de forma elegante y des-

igual tamaño; recordó el viajero la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, que colocan su calzado en la chimenea la víspera de Navidad para esperar allí en las tinieblas algún brillante regalo de su hada buena. Eponine y Azelma no habían faltado á esa costumbre, y habían puesto cada una de ellas uno de sus zapatos en la chimenea.

Inclinóse el viajero.

La hada, es decir, la madre, había hecho ya su visita, y se veía brillar en cada zapatito una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

El hombre se levantó de nuevo, é iba ya á salir, cuando distinguió en el fondo, aparte, en el rincón más obscuro del hogar, otro objeto. Miró y reconoció ser un zueco, un horrible zueco de la madera más común, medio roto, y completamente cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con aquella tierna confianza de los niños que puede ser engañada siempre sin desanimarse jamás, había puesto también su zueco en la chimenea.

Es una cosa por cierto sublime y dulce, la esperanza en una criatura que nunca ha conocido más que la desesperación.

No había nada en aquel zueco.

El forastero buscó en el bolsillo del chaleco, se inclinó, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Después volvióse á su habitación á paso de lobo.

IX

Thénardiere maniobrando.

Al día siguiente por la mañana, dos horas á lo menos antes del alba, Thénardier, sentado á una mesa de la sala baja del bodegón, y alumbrado por una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada sobre él, le seguía con los ojos. No cruzaban una sola palabra. Por una parte, era aquello una meditación profunda; por otra, la admiración religiosa con la cual se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. Oíase un ruido en la casa; era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora y algunas raspaduras produjo Thénardier esta obra maestra:

CUENTA DEL SR. DEL NUMERO 1

Cena	3 francos.
Cuarto	10 "
Bujías	5 "
Fuego	4 "
Servicio	1 "
<hr/>	
Total	23 francos.

Servicio estaba escrito "cervisio".

—¡Veinte y tres francos!—exclamó la mujer con un entusiasmo mezclado de cierta vacilación.

Como todos los grandes artistas, Thénardier no estaba satisfecho.

—¡Psch!—dijo.

Era el acento de Castlereagh redactando en el congreso de Viena la cuenta que debía pagar la Francia.

—Señor Thénardier, tienes razón, bien debe eso,—murmuró la mujer, pensando en la muñeca regalada á Cosette en presencia de sus hijas.—Es justo, pero demasiado. No querrá pagarlo.

Thénardier rióse friamente, diciendo:

—Pagará.

Aquella risa era la significación suprema de la certeza de la autoridad. Lo que estaba dicho debía ser. La mujer no insistió. Púsose en seguida á arreglar las mesas; el marido se paseaba arriba y abajo de la sala. Después de un momento, éste añadió:

—Y yo debo mil quinientos francos!

Thénardier fué á sentarse á un rincón de la chimenea meditando, y puestos los pies sobre la ceniza caliente.

—¡Ah!—repuso la mujer.—No olvidés que hoy planto á Cosette en la calle. ¡Dichoso monstruo! ¡Se me come el corazón con su muñeca! ¡Antes me casaría con Luis XVIII, que tendría un día más en casa!

El marido encendió su pipa y respondió entre dos bocanadas:

—Entregarás esta cuenta al hombre.

Y después salió.

Apenas había salido de la sala, cuando entró el viajero.

Thénardier volvió á aparecer inmediatamente detrás de él, permaneciendo inmóvil en el umbral de la puerta entreabierta, visible únicamente para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su bastón y su lío.

—¡Cómo! ¡Levantado tan temprano!—exclamó la Thénardier.—¿Acaso nos deja ya el señor?

Y hablando así daba vueltas con ademán embarazoso á la cuenta que tenía entre manos haciéndole pliegues con las uñas. Su rostro duro presentaba una expresión que no le era habitual, de timidez y escrúpulo.

Presentar semejante cuenta á un hombre que tenía todas las apariencias "de un pobre", se le resistía.

El viajero parecía preocupado y distraído, y respondió:

—Sí, señora; me voy.

—El señor,—repuso ella,—¿no tiene pues negocios en Montfermeil?

—No, paso sencillamente por aquí. Señora,—añadió,—¿qué es lo que debo?

La Thénardier, sin responder, le entregó la cuenta doblada.

El hombre desplegó el papel y le miró: pero su atención estaba visiblemente en otra parte.

—Señora,—repuso,—¿hacéis buenos negocios en Montfermeil?

—Así, así, señor,—contestó la Thénardier estupefacta de no ver otra explosión distinta.

Y prosiguió ella con acento elegiaco y lastimero:

—¡Oh, señor! ¡Los tiempos están muy malos! ¡Y luego, tenemos tan pocos

burgueses por acá! Todo es gente menuda. ¡Si no viniesen de cuando en cuando algunos viajeros generosos y ricos como su merced! Tenemos tantas cargas... Ved, esa chiquilla nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Qué chiquilla?

—Ya sabéis. ¡La niña! ¡Cosette! ¡La Alondra, como la llaman en el lugar!

—¡Ah!—exclamó el hombre.

Ella continuó:

—¡Qué bárbaros son estos lugareños con sus apodos! ¡Mejor tiene aire de murciélago que de alondra! Ya véis, señor; no pedimos limosna, pero no podemos darla. No ganamos nada, y tenemos mucho que pagar. ¡La patente, las contribuciones, las puertas y ventanas, los céntimos! ¡Sabéis, señor, que el gobierno pide mucho dinero! Y luego, yo tengo mis hijas propias; no he de ir á mantener hijos ajenos.

El hombre repuso, con aquel acento que se esforzaba en hacer que pareciese indiferente, y en el cual había cierto temblor:

—¿Y si os desembarazase de ella?

—¿De quién? ¿De Cosette?

—Sí.

La cara colorada y violenta de la tabernera se iluminó con una expresión repugnante.

—¡Ah! ¡Señor, mi buen señor! ¡Tomadla, guardáosla, lleváosla, azucaradla, trufadla, bebéosla, coméosla y andad, bendito de la Santísima Virgen y de todos los santos del cielo.

—Está dicho.

—¿De veras! ¿Os lo llevais?

—Me la llevo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llamadla.

—¡Cosette!—gritó la Thénardier.

—Entre tanto, prosiguió el hombre, voy á pagaros de todas maneras mi hospedaje. ¿Cuánto es?

Dió una mirada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa:

—¡Veinte y tres francos!

Miró á la tabernera y repitió:

—¿Veinte y tres francos?

Había en la pronunciación de estas dos palabras así repetidas, el acento que separa la admiración del interrogante.

La Thénardier había tenido tiempo de prepararse para el choque. Respondió por lo tanto con aplomo:

—¡Oh; sí, señor! Son veinte y tres francos.

El forastero puso cinco monedas de cinco francos sobre la mesa.

—Id por la chica,—dijo.

En este momento Thénardier apareció en medio de la sala, y dijo:

—El señor debe veinte y seis sueldos.

—¡Veinte y seis sueldos!—exclamó la mujer.

—Veinte sueldos por el cuarto,—repuso friamente Thénardier,—y seis suel-

dos por la cena. En cuanto á la chica, necesito hablar un poco con el señor. Déjanos solos.

La Thénardier tuvo uno de estos desvanecimientos que deslumbran, producidos por los imprevistos destellos del talento. Sintió que el gran actor entraba en escena; no replicó una sola palabra y salió.

En cuanto quedaron solos, Thénardier ofreció una silla al viajero. Este se sentó. Thénardier continuó de pie: su semblante tomó una expresión de hombría de bien y sencillez.

—Señor,—dijo,—no puedo negároslo, adoro á esta niña.

El forastero le miró fijamente:

—¿Qué niña?

Thénardier continuó:

—¡Es tan picarilla, que cualquiera la toma ley! ¿Qué significa todo este dinero? Recoged vuestras piezas de cien sueldos. Es una criatura por la que estoy apasionado.

—¿Pero quién es?—preguntó el forastero.

—¡Quién ha de ser! nuestra pequeña Cosette. ¿No queréis llevársela? Pues bien, os hablo francamente; como sois vos un hombre honrado, no puedo consentirlo. Me haría mucha falta esta niña. ¡La he visto tan pequeñita! Es verdad que nos cuesta dinero, verdad es que tiene defectos, verdad es que no somos ricos, como es verdad que he pagado más de cuatrocientos francos de drogas, ¡solamente para una de sus enfermedades! Pero algo debemos hacer por Dios; no tiene padre ni madre; yo la he criado. Tengo pan para ella y para mí. En fin, estoy encariñado con la chiquilla. Comprenderéis perfectamente que uno se encariñe; soy un papanatas, es verdad; no sé discurrir; quiero á la chica; mi mujer es viva de genio, pero también la quiere. Mirad, es ya como hija nuestra. Yo necesito oírla hablar en casa.

El forastero seguía mirándole fijamente. El continuó:

—Omitid mis razones y perdonad, señor; pero no se da así un hijo al primero que pasa. ¿No es verdad que tengo razón? Después de todo digo yo que vos sois rico, tenéis las apariencias de un buen sujeto... ¡Si fuera para su felicidad! Pero es preciso saber. ¿Entendéis? Supongamos que yo la dejara ir y que me sacrificase; querría saber naturalmente á dónde iba, no querría perderla de vista, para poder verla de cuando en cuando, para que supiera que el buen padre que la ha criado velaba por ella. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo ni siquiera sé cuál es vuestro nombre. Os la llevaréis y yo diría: ¡Hola! ¿Y la Alondra? ¿A dónde ha ido Cosette? Convendría cuando menos ver algún papel, un pedazo siquiera de vuestro pasaporte, ¡cualquier cosa!

El forastero, sin dejar de mirarle con aquella mirada que penetra, por así decirlo, hasta el fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

—Señor Thénardier, no se saca pasaporte para venir á cinco leguas de París. Si me llevo á Cosette, me la llevaré y nada más. Vos no sabréis mi nombre, ni sabréis mi domicilio, ni dónde está, y mi intención es que no vuelva á veros en toda su vida. Yo rompo la cuerda que lleva atada al pie, y ella se va. ¿Os conviene esto? ¿Sí, ó no...?

Así como los demonios y los genios reconocían por ciertos signos la presencia de un Dios superior, Thénardier comprendió de igual manera que tenía que haber-

señas con alguien muy fuerte. Esto fué como por intuición; lo comprendió con su golpe de vista limpio y sagaz. Durante la víspera, mientras estaba bebiendo con los tragineros, fumando y cantando coplas alegres, no había dejado de observar un solo instante al forastero, acechándole como un gato, estudiándole como un matemático. Habíale espiado á la vez por cuenta propia, por gusto y por instinto, y espiado como si le hubiesen pagado para ello. No se le había escapado un gesto ni un movimiento del hombre del levitón amarillo. Aún antes que el desconocido manifestase tan claramente su interés por Cosette, Thénardier se lo había adivinado. Había sorprendido las miradas profundas de aquel viejo, que refluían siempre en la muchacha. ¿Por qué aquel interés? ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué, con tanto dinero en el bolsillo, vestía tan miserablemente? Preguntas que á sí mismo se hacía sin poder contestarlas, y que le irritaban. Había estado pensando en ello toda la noche. ¿No podía ser el padre de Cosette? ¿Era tal vez algún abuelo? ¿Entonces por qué no darse á conocer en seguida? Cuando se tiene un derecho se manifiesta. Aquel hombre no tenía evidentemente derecho alguno sobre Cosette. Entonces ¿quién era? Thénardier se perdía en suposiciones. Entreveíalo todo, pero nada veía.

De cualquier modo que fuese, al entrar en conversación con aquel hombre, persuadido de que había un secreto en todo aquello, persuadido de que el hombre estaba interesado en permanecer en la sombra, sentíase fuerte; pero con la respuesta clara y firme del forastero, con ver que aquel personaje misterioso era misterioso simplemente, se sintió débil. No esperaba resultado semejante. Esto fué la derrota de sus conjeturas. Reunió sus ideas, pesólo todo en un segundo. Thénardier era de esos hombres que de una mirada juzgan una situación. Calculó que era el momento de ir derecho y rápido. Hizo como los grandes capitanes en el instante supremo y decisivo que solamente ellos saben reconocer: descubrió bruscamente sus baterías.

—Señor,—dijo,—me hacen falta mil quinientos francos.

El forastero sacó de uno de sus bolsillos una cartera de cuero negro, abríola, tomando de ella tres billetes de banco, que dejó sobre la mesa. Después apoyó su ancho pulgar sobre aquellos billetes, y dijo al tabernero:

—Haced venir á Cosette.

Mientras esto pasaba, ¿qué hacía Cosette?

Cosette al despertarse había corrido á ver su zueco. Había encontrado la moneda de oro. No era un napoleón, era una de esas piezas de veinte francos nuevas, de la Restauración, sobre cuya efigie la coleta prusiana había reemplazado á la corona de laurel. Cosette quedó deslumbrada. Su destino comenzaba á embriagarla. Ignoraba lo que era una moneda de oro: jamás había visto ninguna, guardóla apresuradamente en su bolsillo como si la hubiese robado. Sin embargo, conocía perfectamente que aquello era bien suyo, adivinaba igualmente de dónde le venía; pero experimentaba una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta.

Aquellas cosas tan magníficas y bellas no le parecían reales. La muñeca le daba miedo, la moneda de oro se lo daba también. Temblaba vagamente ante aquellas magnificencias. El forastero únicamente no le daba miedo; al contrario, la tranquilizaba. Desde la víspera, al través de sus admiraciones, al través de su sueño, pensaba en su imaginación de niña en aquel hombre que tenía las aparien-

cias de viejo, pobre y triste; que era tan rico y tan bueno. Desde que había encontrado, en el bosque á aquel buen hombre todo estaba para ella como cambiado.

Cosette, menos dichosa que la última golondrina del cielo, no había sabido



nunca lo que era refugiarse á la sombra y debajo las alas de su madre. Cinco años hacía, es decir, todo lo que podían remontarse sus recuerdos, que la infeliz criatura no había conocido más que temblor y frío. Siempre desnuda bajo la ruda brisa del infortunio, parecía entonces que estaba vestida. Antes su alma tenía frío, ahora sentía calor.

Cosette no tenía ya tanto miedo á la Thénardier. No estaba ya sola; alguien se interesaba por ella. Habíase puesto inmediatamente á su trabajo de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba encima, en el mismo bolsillo de su delantal de donde se le había caído la víspera la moneda de quince sueldos, le proporcionaba distracción. No se atrevía á tocarla; pero pasaba á veces cinco minutos seguidos contemplándola y, debemos decirlo también, sacando la lengua. Mientras iba bariendo la escalera, parábase y permanecía así inmóvil, olvidándose de su escoba como del universo entero; tan ocupada estaba en ver brillar aquella estrella en el fondo de su bolsillo.

Creo que fué durante una de esas contemplaciones cuando se le acercó la Thénardier.

Por orden expresa de su marido había ido á buscarla; y cosa inaudita, no le dió porrazo alguno ni le dirigió la más pequeña injuria.

—Cosette,—dijola casi dulcemente,—ven en seguida.

Un instante después entraba Cosette en la sala baja.

El forastero tomó el paquete que había llevado y lo desató. Aquel paquete contenía un vestido de lana, un delantal, una almilla de fustan, un jubón, un pañuelo, medias de estambre, zapatos, en fin: un traje completo para una niña de siete años; todo era negro.

—Hija mía,—dijo el hombre,—toma esto y vete á vestir en seguida.

Apenas asomaba el día cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban á abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París un buen hombre pobremente vestido, dando la mano á una niña vestida de luto, que llevaba en brazos una muñeca de color de rosa. Dirigíanse hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; y como Cosette no iba ya andrajosa, muchos no la conocieron tampoco.

Cosette se iba pues. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿A dónde? No lo sabía. Comprendía únicamente que dejaba trás sí el bodegón Thénardier.

Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salía de aquella casa odiada y odiando.

¡Pobre sér dulcísimo, cuyo corazón hasta entonces no había sentido más que opresión!

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habíase guardado su luis en el bolsillo del delantal nuevo. De cuando en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada; después se fijaba en el buen hombre. Parecía sentir algo como si estuviera junto al Dios bueno.

X

®

Quien busca lo mejor puede encontrar lo peor.

La Thénardier, según su costumbre, había dejado obrar á su marido. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando el hombre y Cosette se hubieron ido, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y después, llamándola aparte, le enseñó los mil quinientos francos.

cias de viejo, pobre y triste; que era tan rico y tan bueno. Desde que había encontrado, en el bosque á aquel buen hombre todo estaba para ella como cambiado.

Cosette, menos dichosa que la última golondrina del cielo, no había sabido



nunca lo que era refugiarse á la sombra y debajo las alas de su madre. Cinco años hacía, es decir, todo lo que podían remontarse sus recuerdos, que la infeliz criatura no había conocido más que temblor y frío. Siempre desnuda bajo la ruda brisa del infortunio, parecía entonces que estaba vestida. Antes su alma tenía frío, ahora sentía calor.

Cosette no tenía ya tanto miedo á la Thénardier. No estaba ya sola; alguien se interesaba por ella. Habíase puesto inmediatamente á su trabajo de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba encima, en el mismo bolsillo de su delantal de donde se le había caído la víspera la moneda de quince sueldos, le proporcionaba distracción. No se atrevía á tocarla; pero pasaba á veces cinco minutos seguidos contemplándola y, debemos decirlo también, sacando la lengua. Mientras iba bariendo la escalera, parábase y permanecía así inmóvil, olvidándose de su escoba como del universo entero; tan ocupada estaba en ver brillar aquella estrella en el fondo de su bolsillo.

Creo que fué durante una de esas contemplaciones cuando se le acercó la Thénardier.

Por orden expresa de su marido había ido á buscarla; y cosa inaudita, no le dió porrazo alguno ni le dirigió la más pequeña injuria.

—Cosette,—dijola casi dulcemente,—ven en seguida.

Un instante después entraba Cosette en la sala baja.

El forastero tomó el paquete que había llevado y lo desató. Aquel paquete contenía un vestido de lana, un delantal, una almilla de fustan, un jubón, un pañuelo, medias de estambre, zapatos, en fin: un traje completo para una niña de siete años; todo era negro.

—Hija mía,—dijo el hombre,—toma esto y vete á vestir en seguida.

Apenas asomaba el día cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban á abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París un buen hombre pobremente vestido, dando la mano á una niña vestida de luto, que llevaba en brazos una muñeca de color de rosa. Dirigíanse hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; y como Cosette no iba ya andrajosa, muchos no la conocieron tampoco.

Cosette se iba pues. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿A dónde? No lo sabía. Comprendía únicamente que dejaba trás sí el bodegón Thénardier.

Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salía de aquella casa odiada y odiando.

¡Pobre sér dulcísimo, cuyo corazón hasta entonces no había sentido más que opresión!

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habíase guardado su luis en el bolsillo del delantal nuevo. De cuando en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada; después se fijaba en el buen hombre. Parecía sentir algo como si estuviera junto al Dios bueno.

X

®

Quien busca lo mejor puede encontrar lo peor.

La Thénardier, según su costumbre, había dejado obrar á su marido. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando el hombre y Cosette se hubieron ido, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y después, llamándola aparte, le enseñó los mil quinientos francos.

—¡Nada más!—dijo ella.

Era la primera vez, desde su instalación, que se atrevía á criticar un acto del dueño.

El golpe fué acertado.

—Efectivamente, tienes razón,—dijo él;—soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, los metió en su bolsillo, y salió aceleradamente; pero se equivocó, tomando primero por la derecha. Algunos vecinos á quienes preguntó le indicaron la equivocación por haber visto á la Alondra y al hombre en dirección á Livry. Siguió la indicación, marchando á paso largo y monologeando.

—Ese hombre es evidentemente un millonario vestido de amarillo, y yo soy un animal. Primero dió un franco, después cinco, luego cincuenta, últimamente mil quinientos, y siempre con igual facilidad. Lo mismo habría dado quince mil. Pero yo le atraparé de nuevo.

Y luego, aquel paquete de ropa preparada de antemano para la niña, todo esto era muy singular; muchos misterios se encerraban en ello. No se sueltan tan fácilmente los misterios cuando se poseen. Los secretos de los ricos son esponjas empapadas en oro, que es menester saber exprimir. Todos estos pensamientos giraban agitados en su cerebro. Soy un animal, repetía.

Al salir de Montfermeil junto al recodo que forma el camino que va á Livry, vése desenvolver este camino hasta muy lejos en el llano. Una vez allí, calculó que debía ver al hombre y á la niña. Miró tan lejos cuanto pudo alcanzar con la vista, y no vió nada. Preguntó nuevamente. Entre tanto iba perdiendo el tiempo. Unos transeúntes le dijeron que el hombre y la niña que buscaba se habían internado en el bosque por la parte de Gagny. Apresuróse á tomar esta dirección.

Le llevaban mucha ventaja, pero una criatura anda despacio y él caminaba de prisa. Además, el país le era muy conocido.

De repente se quedó parado dándose una palmada en la frente como hombre que ha olvidado lo esencial, y que está dispuesto á volver sobre sus pasos.

—¡Debería haber tomado mi fusil!—exclamó.

Thénardier era una de esas naturalezas dobles que pasan algunas veces junto á nosotros sin echarlo de ver, y que desaparecen sin haberlas conocido, porque el destino no nos las ha mostrado más que por un lado. La suerte de muchos hombres es la de vivir así medio sumergidos. En una situación tranquila y despejada, Thénardier tenía todo lo que era menester para formar, no decimos para ser, lo que se ha convenido en llamar un comerciante honrado, un buen burgués. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, verificados ciertos sacudimientos que conmoviesen interiormente su naturaleza, tenía todo lo que se necesitaba para ser un malvado. Era un tendero en el cual se encerraba algo monstruoso. Satanás debía á veces acurrucarse en algún rincón del tabuco en que vivía Thénardier, reflexionando sobre aquella obra maestra de deformidad.

Después de una corta vacilación:

—¡Bah!—pensó él.—¡Tendrían tiempo de escaparse!

Y continuó su camino, avanzando rápidamente y casi en ademán de certidumbre, con la sagacidad del zorro olfateando una banda de perdices.

Efectivamente, en cuanto hubo pasado los estanques y atravesado oblicuamente el gran claro situado á la derecha de la alameda de Bellevue, cuando llegaba á

la calle de Céspedes que da casi la vuelta á la colina, divisó por encima de una maleza, un sombrero, sobre el cual había ya aventurado muchas conjeturas. Era aquél, el sombrero del hombre. La maleza era baja. Thénardier reconoció que el hombre y Cosette estaban sentados allí. No se veía á la muchacha á causa de su corta estatura pero se distinguía la cabeza de la muñeca.

Thénardier no se equivocaba. El hombre se había sentado allí para dejar descansar á Cosette.

El tabernero dió la vuelta á la maleza y apareció de súbito á las miradas de los que buscaba.

—Dispensadme y perdonad, señor,—dijo casi sofocado por el cansancio,—pero aquí tenéis vuestros mil quinientos francos.

Hablando así, ofreciale de nuevo sus tres billetes de banco.

El hombre alzó los ojos.

—¿Qué significa esto?

Thénardier respondió respetuosamente:

—Significa, señor, que me vuelvo á quedar con Cosette.

Cosette se estremeció arrimándose al hombre cuanto pudo.

Este contestó mirando á Thénardier en el fondo de los ojos, y marcando mucho todas las sílabas.

—¿Volveréis á que-da-ros-con-Cosette?

—Sí, señor; me quedo con ella nuevamente. Me explicaré: he reflexionado. En realidad, no tengo derecho para dárosla. Yo soy un hombre honrado como véis. Esta chica no es mía, sino de su madre. Su madre me la confió, y yo no puedo entregarla sino á su madre. Vos diréis: “Pero la madre ha muerto”. Bueno, en ese caso no puedo entregar la criatura sino á la persona que me traiga un escrito firmado por la madre, en que se me mande entregar la niña á la tal persona. Esto es evidente.

El hombre, sin responder, registró su bolsillo, y Thénardier vió reaparecer la cartera de los billetes de banco.

—¡Bien!—exclamó para sí.—Procuremos sostenernos. ¡Va á corromperme!

Antes de abrir la cartera, el viajero lanzó una mirada escudriñadora en torno suyo. El lugar estaba absolutamente desierto. No había un alma en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera y sacó, no el puñado de billetes de banco que esperaba Thénardier, sino un simple papelito que desdobló y presentó abierto del todo al posadero, diciéndole:

—Tenéis razón. Leed.

Thénardier tomó el papel y leyó:

M-sur-M, 25 Marzo de 1823.

“Señor Thénardier:

“Entregaréis á Cosette al portador.

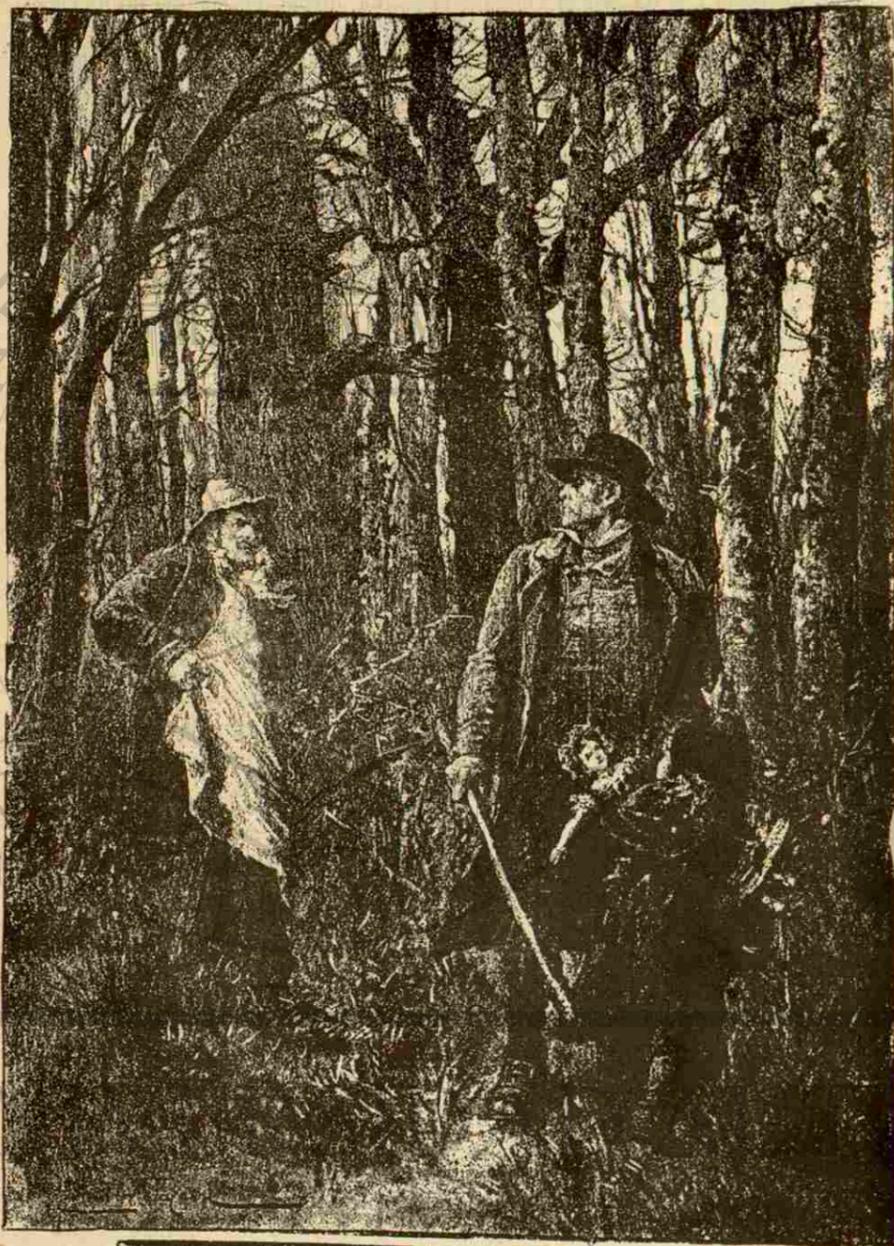
“Os serán pagados todos los picos.

“Tengo el honor de saludaros respetuosamente.

“FANTINA”.

—¿Conocéis esta firma?—repuso el hombre.

Era, en efecto, la firma de Fantina. Thénardier la reconoció.



COSETTE

No tenía nada que replicar. Sintió dos violentos despechos, el de renunciar á la corrupción que esperaba y el de ser vencido. El hombre añadió:

—Podéis guardar este papel para descargo vuestro.

Thénardier se replegó en buen orden.

—Esta firma está bastante bien imitada,—murmuró entre dientes.—¡En fin, sea!

En intentando un esfuerzo desesperado, añadió:

—Está bien, señor mío, puesto que sois el portador. Pero es preciso pagarme “los picos pendientes”, que son una buena deuda.

El hombre se puso de pie, y dijo sacudiéndose á papirotazos el polvo de sus raídas mangas.

—Señor Thénardier: en Enero la madre contaba deberos ciento veinte francos; en Febrero le mandásteis una cuenta de quinientos; recibisteis trescientos francos á fines de Febrero y otros trescientos á principios de Marzo. Han pasado después nueve meses, que á razón de quince francos, precio convenido, hacen ciento treinta y cinco. Resulta que habiendo recibido de más cien francos entonces, ahora sólo os restaban treinta y cinco francos. Y acabo de daros mil quinientos.

Thénardier sintió lo que siente el lobo en el momento de verse mordido y cogido por los dientes de acero de la trampa.

—¿Quién es este diablo de hombre?—pensó.

Y haciendo lo que el lobo, dió una sacudida. La audacia le había ya dado otra vez buen resultado.

—Señor-cuyo-nombre-ignoro,—dijo resueltamente y dejando aparte toda ceremonia respetuosa,—me volveré á llevar á Cosette, ó me daréis antes mil escudos.

El forastero dijo tranquilamente:

—Ven, Cosette.

Tomó á la niña con la mano izquierda y recogió con la derecha el bastón que estaba en el suelo.

Thénardier advirtió lo enorme del garrote y la soledad del sitio.

El hombre se internó en el bosque con la niña, dejando al tabernero vacilante é inmóvil.

A medida que se iban alejando, Thénardier examinaba aquellas anchas espaldas algo encorvadas y aquellos grandes puños.

Luego, sus ojos, volviéndose á sí mismo, fijábanse en sus desmesurados brazos y débiles manos.—Preciso es que yo sea muy bestia,—pensaba él,—para no haber tomado mi escopeta, puesto que iba de caza.

Sin embargo, el posadero no abandonó su presa.

—Quiero saber á dónde va,—se dijo. Y se puso á seguirlos desde cierta distancia.

Quedábanle dos cosas en la mano: una ironía en el papel firmado “Fantina”, y un consuelo en los mil quinientos francos.

El hombre se llevaba á Cosette en dirección á Livry y Bondy. Caminaba lentamente, baja la cabeza, en una actitud reflexiva y triste. El invierno había dejado el bosque tan claro y desnudo, que Thénardier podía no perderlos de vista, desde mucha distancia. De cuando en cuando volvía el hombre la cabeza y miraba si le seguían. De repente distinguió á Thénardier. Entró bruscamente con Cosette en una espesura donde ambos podían ocultarse.

—;Diantre!—exclamó Thénardier, redoblando el paso.

La espesura del ramaje le había obligado á acercarse á ellos; pero cuando estaba el hombre en lo más intrincado, volvióse, y por mucho que Thénardier procuraba ocultarse en la espesura, no pudo evitar el ser visto. El hombre le dirigió una mirada inquieta, después meneó la cabeza y continuó su camino. El tabernero continuó siguiéndole. Anduvieron así dos ó trescientos pasos. De pronto el hombre volvióse de nuevo, viendo todavía al posadero. Esta vez le miró con aire tan sombrío, que Thénardier juzgando "inútil" ir más allá, retrocedió, deshaciendo el camino.

Reaparece el número 9,430. y Cosette lo gana á la lotería.

Juan Valjean no había muerto.

Al caer al mar, ó más bien al arrojarse, iba, como se ha visto, sin el grillete. Nadando entre dos aguas llegó hasta un buque anclado, al que estaba amarrado un bote, en el cual encontró la manera de esconderse hasta la noche. Entrada ya la noche, arrojóse de nuevo al agua, ganando á nado la costa á poca distancia del cabo Frun. Allí como no le faltaba dinero, pudo procurarse ropa en un figón de los alrededores de Balagnier, que era á la sazón el vestuario de los presidarios escapados; especialidad bastante lucrativa. Después, Juan Valjean, como todos los tristes fugitivos que procuran burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario obscuro y vago.

Encontró primeramente asilo en Pradeaux, junto á Beausset. Luego se dirigió hacia Grand Villard junto á Briançon, en los Altos Alpes. Huída vacilante é inquieta, camino de topo, cuyas ramificaciones nadie sabe. Más tarde ha podido encontrarse algún vestigio de su paso por Ain en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Acons, en el lugar llamado Grange de-Doumeq, junto al caserío de Chavailles, de los alrededores de Périgneux, en Brunies, distrito de la Chapelle Gonaquet.

Estuvo en París y le acabamos de ver ahora en Montfermeil.

Su primer cuidado al llegar á París, fué comprar vestidos de luto para una niña de siete á ocho años, y procurarse luego alojamiento. Hecho esto se dirigió á Montfermeil.

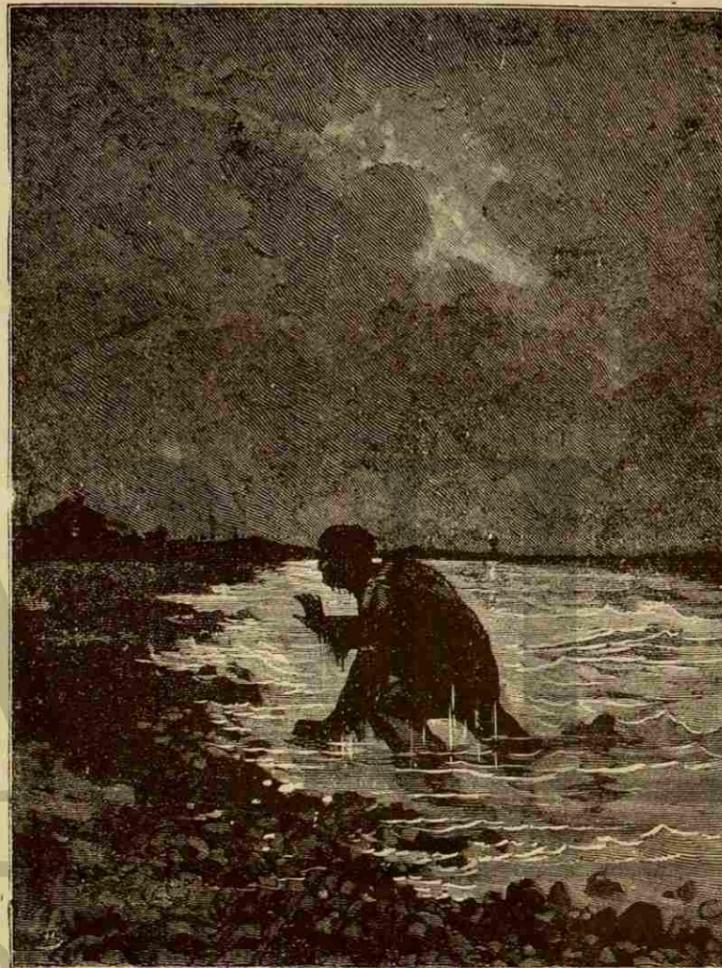
Como se recordará, ya en su anterior evasión, había hecho allí mismo, ó en los alrededores, un viaje misterioso, del que la justicia había tenido algún indicio.

Por lo demás, se le creía muerto, y esto aumentaba la obscuridad que se había formado en torno suyo. En París llegó á sus manos uno de los periódicos que consignaban el hecho. Con esto se sintió tranquilo y casi en paz, como si en realidad hubiese muerto.

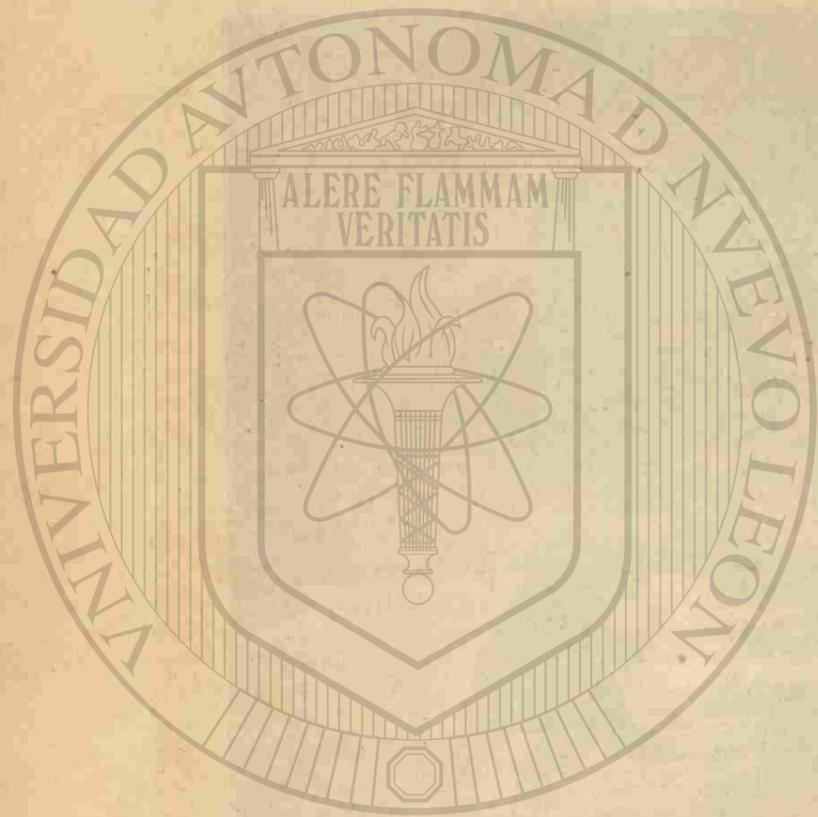
La misma tarde del día en que Juan Valjean había sacado á Cosette de las garras de los Thénardier, entraba en París. Entró al anoecer, acompañado de la niña por la barrera Monceaux. Subió en un cabriolé que le llevó á la esplanada del Observatorio. Bajóse allí, pagó al cochero, tomó á Cosette de la mano, y los

dos, entre las sombras de la noche, atravesaron las desiertas calles inmediatas á la Ourcine y la Glacière, dirigiéndose al boulevard del Hospital.

El día había sido extraño y henchido de emociones para Cosette; habían comido detrás de los vallados pan y queso comprados en los ventorrillos que se encon-

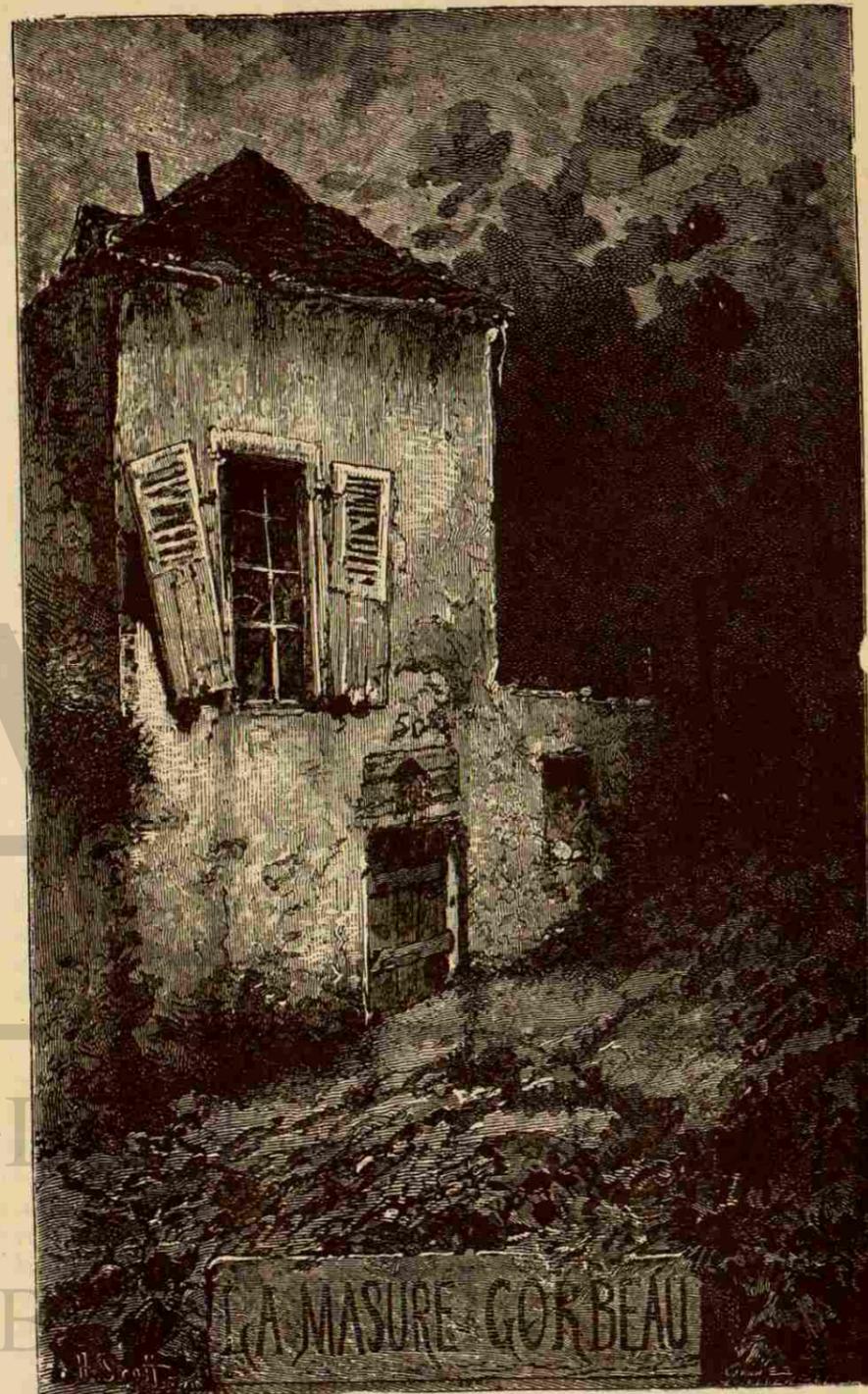


traron; habían cambiado frecuentemente de carruaje; habían andado á pie diversos trechos, y ella, no se había quejado, pero estaba cansada, y Juan Valjean lo advirtió fácilmente puesto que iba tirando más y más de su mano á cada paso. Entonces cargó con ella á cuestas; Cosette, sin soltar á su Catalina, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se quedó dormida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B



La casucha de Cuervo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO CUARTO.

LA CASUCHA DE CUERVO

I

Maese Cuervo.

Hace cuarenta años, el transeunte solitario que se aventuraba entre los extraviados barrios de la Salpêtriére y que subía por el boulevard hasta la barrera de Italia, llegaba á donde se hubiera podido decir que París desaparecía. No era por la soledad, puesto que había transeuntes; no era por el campo, puesto que había casas y calles; no era aquello una ciudad, pues las calles tenían baches como las carreteras, y la yerba nacía en ellas; no era una aldea, pues las casas eran demasiado altas. ¿Qué era pues? Era un lugar habitado donde no había nadie; era un lugar desierto donde había alguien; era un boulevard de la gran población, una calle de París, más espantosa de noche que una selva, más triste de día que un cementerio.

Era el antiguo barrio del Mercado de Caballos.

Si el transeunte se arriesgaba á ir más allá de las cuatro paredes ruinosas del Mercado de Caballos, si consentía siquiera en pasar de la calle del Petit Banquier, después de haber dejado á su derecha un corral cercado de elevadas tapias, y un prado en que se levantaban montones de casca de tenería parecidos á chozas de castores gigantes, y una cerca llena de pilas de madera de construcción, al lado de montones de troncos, aserraduras y virutas, sobre las cuales ladraba un gran perro, y una larga pared, baja, ruinoso, con una puertecita negra y enlutada, cubierta de musgo que se llenaba de flores en primavera; luego en el sitio más desierto un horrible y decrepito edificio en cuya fachada leíase en grandes y gruesas letras: SE PROHIBE PONER CARTELES, aquel paseante aventurero llegaba al ángulo de la calle de Vignes-Saint-Marcel, latitudes casi desconocidas. Allí, junto á una fábrica y entre dos tapias de jardín, se veía en aquel tiempo una casucha, que, al primer golpe de vista, parecía pequeña como una choza, y que era en realidad grande como una catedral. Presentábase á la vía pública de lado, por un cubo angular,

y de ahí su aparente exigüedad. Casi todo el edificio estaba oculto, y no se veía más que la puerta y una ventana.

Esta casucha no tenía más que un solo piso.

Al examinarla, el detalle que chocaba desde luego, era que aquella puerta no había podido ser nunca más que la puerta de un tabuco, mientras que aquella ventana, si hubiera sido de piedra de sillería en vez de piedra bruta, habría podido ser la ventana de un palacio.

La puerta no era otra cosa que un conjunto de tablas carcomidas, groseramente unidas por travesaños parecidos á troncos mal igualados. Daba esta puerta acceso inmediato á una escalera áspera de altos peldaños, llenos de lodo, yeso y polvo, del mismo ancho que la puerta, y que se veían desde la calle empinarse derechos como una escala, y desaparecer en la obscuridad entre dos paredes. Lo alto de la abertura informe que cerraba aquella puerta estaba cubierto con una tablilla estrecha, en medio de la cual habían aserrado un agujero triangular, que servía al propio tiempo de fragaluz y ventanillo cuando la puerta estaba cerrada. Sobre la hoja de esta última, un pincel mojado en tinta, había trazado de dos brochazos el número 52, y por encima de la tablilla el mismo pincel había borroneado el número 50; de suerte que nacía esta duda: ¿Dónde se está? La parte superior de la puerta dice: en el 50; la inferior replica: no, en el 52. Varios trapos de color de polvo colgaban como cortinajes del postiguillo triangular.

La ventana era ancha, suficientemente elevada, provista de persianas y hojas vidrieras con grandes cristales; sólo que éstos grandes cristales tenían varias heridas, ocultas á la vez y descubiertas por un ingenioso vendaje de papel; y las persianas, desunidas y desencajadas, mejor amenazaban á los transeúntes que resguardaban á los habitantes.

Las tabletas horizontales que faltaban, estaban cándidamente reemplazadas con tablas clavadas á lo largo, tanto, que lo que comenzaba por persiana acababa por postigo.

Aquella puerta, de aspecto inmundo, y aquella ventana, de aspecto decente, aunque deteriorada, vistas así en la misma casa, producían el efecto de dos mendigos desaparejados, que fueran juntos y caminaran codo á codo, con dos caras distintas bajo iguales andrajos, habiendo sido el uno siempre mendigo y el otro en otros tiempos un hidalgo.

La escalera conducía á un cuerpo de edificio vastísimo, que se parecía á un cobertizo convertido en casa.

Este edificio tenía por tubo intestinal un largo corredor, en el cual se abrían, á derecha é izquierda, aposentos ó compartimientos de varias dimensiones difícilmente habitables, puesto que mejor parecían barracas que celdas. Estas habitaciones recibían la luz de los solares baldíos de los alrededores.

Todo aquello era obscuro, incómodo, apagado, melancólico, sepulcral; cruzado, según estaban las rendijas en el techo ó en la puerta, por ráfagas frías ó corrientes heladas. La particularidad interesante y pintoresca de esta clase de viviendas, es la enormidad de las arañas.

A izquierda de la puerta de entrada, dando al boulevard, á la altura de un hombre, un tragaluz que estaba tapiado, dejaba un hueco ó nicho cuadrado, lleno siempre de piedras que arrojaban los muchachos al pasar por allí.

Una parte de este edificio ha sido demolida últimamente; mas por lo que res-

ta todavía puede aún formarse idea de lo que fué. El todo, en conjunto, apenas cuenta un siglo. Cien años son la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que el asilo del hombre participa de su brevedad, y el asilo de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban á aquella casucha el número 50-52; pero era conocida en el barrio por el nombre de la Casa de Cuervo.

Explicaremos el origen de este nombre.

Los colectores de pequeños hechos que se convierten en herborizantes de anécdotas y que fijan con un alfiler en su memoria las fechas fugaces, saben que hubo en París, en el último siglo, hacia 1770, dos procuradores en el Chatelet, llamados Corbeau (Cuervo) el uno, y Renard (Zorro) el otro: dos nombres previstos por Lafontaine. La coincidencia era harto graciosa para que no sirviese de alegre divertimento á la gente de golilla. Recorrió inmediatamente la parodia, en versos algo cojos, las galerías del palacio de Justicia.

De un proceso en la rama,
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
un Zorro muy maestro,
etc...

Los dos honrados curiales, incomodados por los epigramas y mortificada su dignidad por las carcajadas que les seguían á todas partes, resolvieron desembarazarse de sus apellidos tomando el partido de dirigirse al rey. La súplica fué presentada á Luis XV el día mismo en que el nuncio del papa por un lado y el cardenal de La Roche Aymon por el otro, devotamente arrodillados ambos, calzaron, en presencia de Su Majestad, cada uno con una chinela, los pies desnudos de madama Du-Barry al salir de la cama. El rey, que reía, continuó riendo; pasó alegremente de los dos obispos á los dos procuradores, é hizo á estos golillas gracia de su nombre ó poco menos.

Y por S. M. el rey fué permitido á maese Cuervo añadir un rabillo á su inicial y llamarse Guervo; pero maese Zorro fué menos afortunado, porque sólo pudo obtener cambiar la Z en P y llamarse Porro; tanto, que el segundo nombre, con ser á la vista una antítesis del primero, no dejaba de parecer en substancia lo mismo.

Ahora bien: según la tradición local, este maese Cuervo había sido propietario del edificio numerado 50-52 del boulevard del Hospital, siendo él mismo el autor de la monumental ventana.

De ahí el ser conocida aquella casucha con el nombre de casa Cuervo.

Frente al número 50-52 descollaba, entre los árboles del boulevard, un gran olmo, muerto en sus tres cuartas partes; casi en frente empezaba la calle de la barrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas, sin empedrar, plantada de árboles raquíticos, verde ó hena de barro según la estación, la cual iba á parar precisamente á la muralla que cercaba á París. El olor de caparrosa salía á bocanadas de los tejados de una fábrica vecina.

La barrera estaba allí mismo. En 1823 el muro de circunvalación existía aún. Esta misma barrera llenaba el espíritu de figuras siniestras. Era el camino de Bicétre.

Era por allí, donde en tiempo del Imperio y de la Restauración, entraban en París los condenados á muerte el día de la ejecución. Allí fué donde se cometió hacia 1829 aquel misterioso asesinato llamado "del portillo de Fontainebleau", cuyos autores no pudo descubrir la justicia, problema fúnebre que no ha podido aclararse, enigma pavoroso que no se ha descifrado. Dando algunos pasos, se encuentra la fatal calle de Cronlebarbe, donde Urbach dió de puñaladas á la cabrera de Ivry entre el ruido de los truenos como en un melodrama. Algunos pasos más adelante, se llega á los abominables ómos descabezados de la barrera de Saint Jacques, el expediente de los filántropos para ocultar el suplicio, la mezquina y vergonzosa plaza de Gréve de una sociedad mercachifle, que retrocedió ante la pena de muerte, sin atreverse á abolirla con grandeza ni á mantenerla con autoridad.

Hace treinta y siete años, al dejar á un lado esa plaza Saint Jacques, que estaba predestinada y que ha sido siempre horrible, el punto más triste tal vez de todo este triste boulevard era, el punto tan poco atractivo aún hoy mismo, donde se encontraba la casucha 50-52.

Las casas regulares de la clase media no han comenzado á aparecer allí sino veinticinco años más tarde. El sitio era melancólico. Por las ideas fúnebres que inspiraba, conocía cualquiera que se hallaba entre el hospital de la Salpêtrière, cuya cúpula se divisaba, y la cárcel de Bicêtre, que tocaba al portillo; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. En todo lo que la vista podía extenderse, no se distinguían más que los mataderos, el muro de circunvalación y algunas raras fachadas de fábricas, parecidas á cuarteles ó á conventos; por todas partes barracas y casuchas de tapia, viejos muros negros como mortajas, ó hileras de árboles paralelos, edificios tirados á cordel, construcciones monótonas, líneas frías y prolongadas, la tristeza lúgubre de los ángulos rectos. Ni un accidente de terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un solo pliegue; era aquello un conjunto glacial, regular, feo. Nada oprime tanto el corazón como la simetría. Y es que la simetría es el pesar, y el pesar es el fondo mismo del duelo. La desesperación bosteza.

Si pudiera soñarse algo más horrible que el infierno en que se sufre, sería el infierno en que se fastidiara uno. De existir semejante infierno, su entrada habría podido ser ese trozo del boulevard del Hospital.

Así pues, al caer de la noche, en el momento en que la claridad desaparece, sobre todo en invierno, á la hora en que el cierzo crepuscular arranca á los ómos sus postreras y tostadas hojas, cuando la obscuridad es profunda y sin estrellas, ó cuando la luna y el viento clarean las nubes, este boulevard resultaba espantoso. Las líneas negras se hundían y perdíanse en las tinieblas como pedazos del infinito. El transeunte no podía abstenerse de recordar las innumerables tradiciones patibularias del lugar.

Aquella soledad, en la que se habían cometido tantos crímenes, tenía algo de horrible. Creía uno presentir lazos tendidos en aquella obscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecían sospechosas; y los largos huecos cuadrados que se distinguían entre los árboles parecían tumbas abiertas. De día era aquello feo; por la tarde lúgubre, de noche siniestro.

En verano, á la hora del crepúsculo, veíanse aquí y allí algunas viejas, sentadas al pie de los ómos en bancos enmohecidos por las lluvias. Aquellas buenas viejas pedían limosna cuando pasaba alguien.

Por lo demás, aquel barrio, que más bien tenía el aire de envejecido que de antiguo, propendía ya desde aquella fecha á transformarse. Ya entonces, quien hubiera querido verle debía apresurarse. Cada día iban desapareciendo detalles de aquel conjunto. En la actualidad, y desde hace veinte años, la estación del ferrocarril de Orleans está allí junto al viejo arrabal y le va acorralando. Doquiera que se levante en el límite de una capital una estación de ferrocarril, resulta la muerte de un arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que alrededor de esos grandes centros del movimiento de los pueblos, con el rodar de las poderosas máquinas, con el respirar de los monstruosos caballos de la civilización, que comen carbón y vomitan fuego, tiembla la tierra llena de gérmenes y se abre para tragarse las antiguas moradas de los hombres para dejar paso franco á las nuevas. Las casas viejas se derrumban y las nuevas se elevan.

Desde que la estación del ferrocarril de Orleans ha invadido los terrenos de la Salpêtrière, las antiguas calles estrechas, inmediatas á los fosos de Saint Victor y al Jardín Botánico, se conmueven violentamente cruzadas tres ó cuatro veces al día por esas corrientes de diligencias, coches y ómnibus que, en un tiempo dado, hacen retroceder las casas á derecha é izquierda; pues hay cosas que parecen peregrinas cuando se anuncian, que son rigurosamente exactas. Y así como puede decirse en verdad, que en las grandes ciudades el sol hace vejetar y crecer las fachadas de las casas al mediodía, también es cierto que el paso frecuente de carruajes hace ensanchar las calles. Los síntomas de una vida nueva son evidentes. En aquel antiguo barrio provinciano, en los recodos más salvajes aparece el empedrado, comienzan á extenderse y prolongarse aceras, hasta allí mismo donde no transita nadie todavía. Una mañana, mañana memorable, en un día de Julio de 1845, viéronse de repente humear allí las negras calderas de asfalto; aquel día puede decirse que llegó la civilización á la calle de la Ourcine, y que París entró en el arrabal de San Marcelo.

II

Nido para buho y curruca.

Delante de la casucha de Cuervo fué donde Juan Valjean se detuvo. Como las aves selváticas, había elegido aquel lugar desierto para hacer su nido.

Buscó en el bolsillo, y sacó una especie de llave maestra, abrió la puerta, entró, la cerró después con cuidado, y subió la escalera, siempre con Cosette en los brazos.

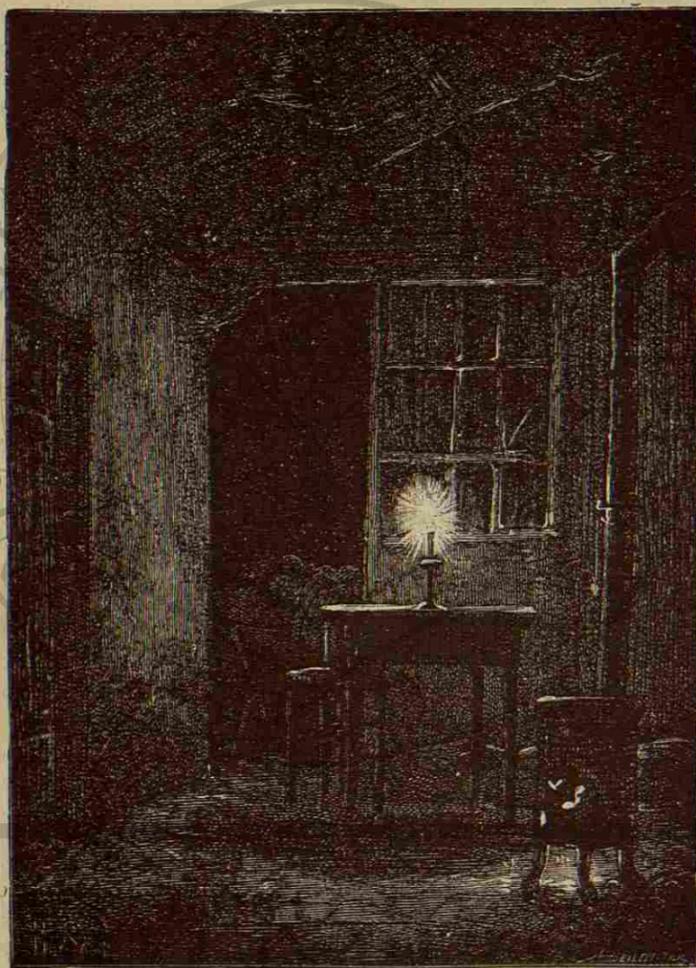
En lo alto de la escalera sacó del bolsillo otra llave, con la cual abrió otra puerta. El cuarto en que entró, y que cerró inmediatamente, era una especie de desván bastante espacioso, amueblado con un colchón puesto en el suelo, una mesa y algunas sillas. Una estufa encendida, cuyas ascuas se veían, estaba en un rincón.

El farol del boulevard alumbraba vagamente aquel pobre interior. En el fondo había un gabinete con una cama de tijera. Juan Valjean dejó á la niña en aquella cama, colocándola en ella sin despertarla.

Echó yescas, y encendió una vela; todo esto estaba preparado de antemano; y del mismo modo que lo había hecho la víspera, púsose á contemplar á Cosette

con una mirada llena de éxtasis, en la que la expresión de la bondad y del enternecimiento llegaba casi al extravío. La pequeñuela, con aquella confianza tranquila que no pertenece sino á la fuerza extrema, ó á la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién iba, y continuaba durmiendo sin saber dónde estaba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de aquella criatura.



Nueve meses antes había besado la mano de la madre, cuando también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento de dolor religioso y punzante, llenaba su corazón.

Arrodillóse junto al lecho de Cosette.

Ya era muy entrado el día, y la niña seguía durmiendo.

Un pálido rayo del sol de Diciembre atravesaba la ventana del desván, esparciendo por el techo largas ráfagas de sombra y luz. De repente, una carreta de cantero, pesadamente cargada, que pasaba por la calzada del boulevard, conmovió la casucha como un trueno prolongado, haciéndola temblar de arriba abajo.

—¡Sí! ¡Señora!—gritó Cosette, despertándose sobresaltada.—¡Allá voy! ¡Allá voy!

Y arrojándose del lecho, con los párpados medio cerrados todavía por la pesadez del sueño, extendió el brazo hacia el ángulo de la pared.

—¡Ay, Dios mío! ¡Y mi escoba!—dijo.

Abrió entonces del todo los ojos, y vió el semblante risueño de Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Calle! ¡Es verdad!—exclamó la niña.—Buenos días, señor.

Los niños aceptan, y se familiarizan inmediatamente con la alegría y la felicidad, siendo como son ellos naturalmente felicidad y alegría.

Cosette vió á Catalina á los pies de su cama, se apoderó de ella, y empezó á jugar. Y estando jugando, todo se le volvía hacer preguntas á Juan Valjean: ¿Dónde estaba...? ¿Era grande París...? ¿Estaba bien lejos la Thénardier...? ¿No volvería á verla? etc., etc. De pronto exclamó:

—¡Qué bonito es esto!

Era una horrible buhardilla; pero ella se sentía libre.

—¿Tengo que barrer?—preguntó por último.

—Juega, le dijo Juan Valjean.

Así se pasó el día. Cosette, sin inquietarse por comprender nada, se consideraba inexplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

Dos desgracias mezcladas producen la felicidad.

A la mañana siguiente al rayar el día, Juan Valjean estaba todavía al lado de la cama de Cosette. Esperó allí, inmóvil, y la vió despertarse.

Algo de nuevo penetraba en su alma.

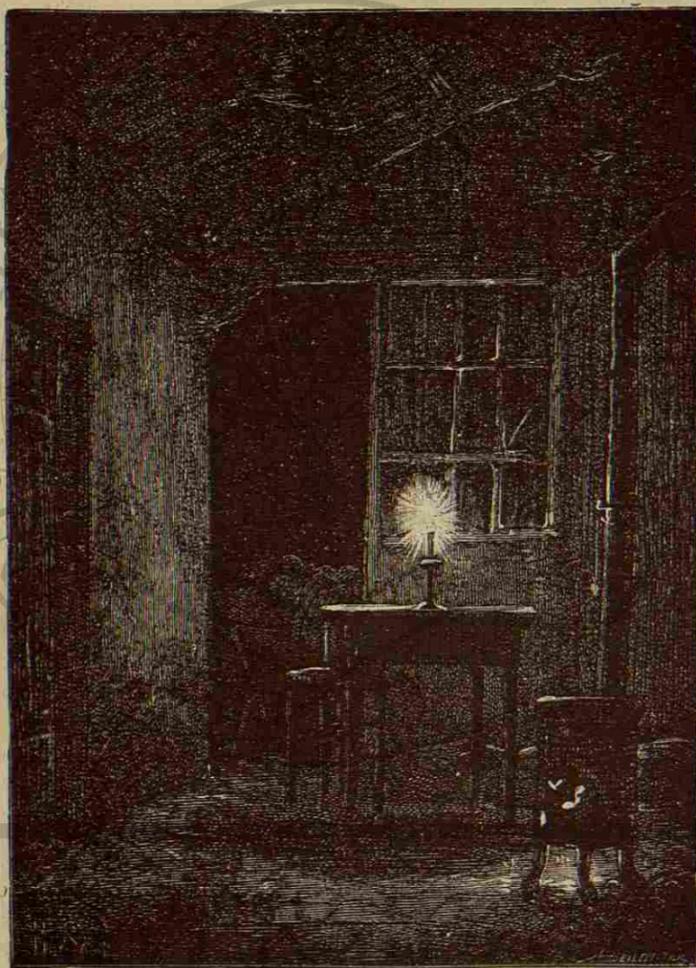
Juan Valjean no había amado nunca nada. Hacía veinticinco años que estaba solo en el mundo. No había sido nunca padre, amante, marido, ni amigo. En presidio era malo, sombrío, casto, ignorante y feroz. El corazón de aquel antiguo presidiario estaba lleno de virginidades. Su hermana y los hijos de su hermana no le habían dejado más que un recuerdo vago y lejano, que había acabado por extinguirse casi enteramente. Había hecho cuantos esfuerzos había podido para encontrarlos, y no habiéndolo conseguido, los había olvidado. La naturaleza humana es así. Las demás tiernas emociones de su juventud, si es que las tuvo, habían caído en un abismo.

Cuando vió á Cosette, cuando la tuvo consigo, la llevó y la libertó, sintió removerse las entrañas. Todo lo que de pasión y afecto había en su alma, se despertó y precipitó hacia aquella criatura. Acercábase á la cama en que ella dormía, y temblaba de gozo; experimentaba arranques de madre, y no sabía lo que eran; porque es cosa muy oscura y dulcísima ese grande y extraño movimiento que se efectúa en un corazón que empieza á amar. ¡Pobre corazón, viejo y nuevo á la vez!

Solamente que, como él tenía cincuenta y cinco años y Cosette ocho, todo el amor que él hubiera podido tener en toda su vida se fundió en una especie de claridad inefable. Era la segunda aparición pura y diáfana que encontraba. El

con una mirada llena de éxtasis, en la que la expresión de la bondad y del enternecimiento llegaba casi al extravío. La pequeñuela, con aquella confianza tranquila que no pertenece sino á la fuerza extrema, ó á la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién iba, y continuaba durmiendo sin saber dónde estaba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de aquella criatura.



Nueve meses antes había besado la mano de la madre, cuando también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento de dolor religioso y punzante, llenaba su corazón.

Arrodillóse junto al lecho de Cosette.

Ya era muy entrado el día, y la niña seguía durmiendo.

Un pálido rayo del sol de Diciembre atravesaba la ventana del desván, esparciendo por el techo largas ráfagas de sombra y luz. De repente, una carreta de cantero, pesadamente cargada, que pasaba por la calzada del boulevard, conmovió la casucha como un trueno prolongado, haciéndola temblar de arriba abajo.

—¡Sí! ¡Señora!—gritó Cosette, despertándose sobresaltada.—¡Allá voy! ¡Allá voy!

Y arrojándose del lecho, con los párpados medio cerrados todavía por la pesadez del sueño, extendió el brazo hacia el ángulo de la pared.

—¡Ay, Dios mío! ¡Y mi escoba!—dijo.

Abrió entonces del todo los ojos, y vió el semblante risueño de Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Calle! ¡Es verdad!—exclamó la niña.—Buenos días, señor.

Los niños aceptan, y se familiarizan inmediatamente con la alegría y la felicidad, siendo como son ellos naturalmente felicidad y alegría.

Cosette vió á Catalina á los pies de su cama, se apoderó de ella, y empezó á jugar. Y estando jugando, todo se le volvía hacer preguntas á Juan Valjean: ¿Dónde estaba...? ¿Era grande París...? ¿Estaba bien lejos la Thénardier...? ¿No volvería á verla? etc., etc. De pronto exclamó:

—¡Qué bonito es esto!

Era una horrible buhardilla; pero ella se sentía libre.

—¿Tengo que barrer?—preguntó por último.

—Juega, le dijo Juan Valjean.

Así se pasó el día. Cosette, sin inquietarse por comprender nada, se consideraba inexplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

Dos desgracias mezcladas producen la felicidad.

A la mañana siguiente al rayar el día, Juan Valjean estaba todavía al lado de la cama de Cosette. Esperó allí, inmóvil, y la vió despertarse.

Algo de nuevo penetraba en su alma.

Juan Valjean no había amado nunca nada. Hacía veinticinco años que estaba solo en el mundo. No había sido nunca padre, amante, marido, ni amigo. En presidio era malo, sombrío, casto, ignorante y feroz. El corazón de aquel antiguo presidiario estaba lleno de virginidades. Su hermana y los hijos de su hermana no le habían dejado más que un recuerdo vago y lejano, que había acabado por extinguirse casi enteramente. Había hecho cuantos esfuerzos había podido para encontrarlos, y no habiéndolo conseguido, los había olvidado. La naturaleza humana es así. Las demás tiernas emociones de su juventud, si es que las tuvo, habían caído en un abismo.

Cuando vió á Cosette, cuando la tuvo consigo, la llevó y la libertó, sintió removerse las entrañas. Todo lo que de pasión y afecto había en su alma, se despertó y precipitó hacia aquella criatura. Acercábase á la cama en que ella dormía, y temblaba de gozo; experimentaba arranques de madre, y no sabía lo que eran; porque es cosa muy oscura y dulcísima ese grande y extraño movimiento que se efectúa en un corazón que empieza á amar. ¡Pobre corazón, viejo y nuevo á la vez!

Solamente que, como él tenía cincuenta y cinco años y Cosette ocho, todo el amor que él hubiera podido tener en toda su vida se fundió en una especie de claridad inefable. Era la segunda aparición pura y diáfana que encontraba. El

obispo había hecho alzar en su horizonte el alba de la virtud. Cosette hacía levantar en el mismo, el alba del amor.

Los primeros días se pasaron en este deslumbramiento.

Por su parte, Cosette, también se volvía otra sin ella saberlo. ¡Pobre criatura! Era tan pequeña cuando su madre la dejó, que ya no se acordaba de ella. Como todos los niños, semejantes á los renuevos de la vid que se agarra á todo, había procurado amar y no había podido conseguirlo. Todos la habían rechazado: los Thénardier, sus niñas y otros niños. Había amado al perro que murió, después de lo cual, nada ni nadie había querido amarla.

Triste cosa es decirlo, como hemos ya indicado, á los ocho años tenía frío el corazón. No era culpa suya, no era la facultad de amar la que le faltaba: ¡ay! era la posibilidad. Por eso desde el primer día, todo cuanto sentía y pensaba en ella se empleó en amar á aquel buen hombre. Experimentaba lo que nunca había conocido, una sensación expansiva.

El buen hombre no le hacía el efecto de viejo ni de pobre. Parecíale Juan Valjean tan hermoso como linda le había parecido la buhardilla.

Son esos los efectos de la aurora, de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida tienen en ello buena parte. Nada es tan risueño como el reflejo vivificante de la dicha en una bohardilla. Todos hemos tenido en nuestro pasado algún desván poético.

La naturaleza y cincuenta años de intervalo habían marcado una separación profunda entre Juan Valjean y Cosette; esta separación la llenó el destino. El destino unió, y enlazó con su irresistible poder, aquellas dos existencias desarraigadas, distintas por la edad, semejantes por el duelo. La una, efectivamente, completaba á la otra. El instinto de Cosette buscaba el padre como el instinto de Juan Valjean buscaba un hijo. Verse, fué encontrarse. En el momento misterioso en que sus dos manos se tocaron, quedaron unidas. Cuando aquellas dos almas se divisaron mutuamente, se reconocieron como necesarias una á otra, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en su sentido más comprensible y absoluto, podría decirse que, separados de todo por muros sepulcrales, Juan Valjean era el viudo, como era la huérfana Cosette. Esta situación hizo que Juan Valjean viniese á ser de un modo providencial el padre de Cosette.

Y en verdad, la impresión misteriosa producida en Cosette en el fondo del bosque de Chelles, por la mano de Juan Valjean cogiendo la suya en la obscuridad, no era una ilusión, sino una realidad. La entrada de aquel hombre en el destino de aquella criatura había sido la llegada de Dios.

Por lo demás, Juan Valjean había escogido bien su asilo. Estaba allí en una seguridad que podía parecer completa.

El cuarto con gabinete que ocupaba con Cosette era aquel cuya ventana daba al boulevard. Siendo única esta ventana en la casa, no había que temer miradas de vecinos, de lado ni de frente.

El piso bajo del número 50-52, especie de cobertizo derruido, servía de cuadra á hortelanos, y no tenía ninguna comunicación con el principal. Estaba separado de él por el suelo, que no tenía ni trampas ni escalera, y que venía á ser el diafragma de la casa. El primer piso contenía, como hemos dicho, muchos cuartos y algunos

desvanes, de los cuales solamente uno estaba ocupado por una vieja que cuidaba de la habitación de Juan Valjean. El resto estaba desocupado.

Aquella vieja era quien, adornada con el nombre de "inquilina principal", y en realidad encargada de las funciones de portera, le había alquilado aquel aposento el día de Noche Buena.

Se le había él dado á conocer como un rentista arruinado por los bonos de España, que se iba á vivir allí con su nieta. Había pagado seis meses adelantados y encargado á la vieja de amueblar el cuarto y el gabinete como se ha visto. Fué esta buena mujer quien encendió la estufa y lo preparó todo la noche de su llegada.

Pasaban las semanas. Aquellos dos seres llevaban en aquel miserable tabuco una existencia feliz.

Desde el amanecer, Cosette reía, charlaba y cantaba. Los niños tienen su canto matinal como los pájaros.

Sucedía á veces que Juan Valjean tomaba sus manecitas, enrojecidas y acribilladas de sabañones, y se las besaba. La pobre niña, acostumbrada á llevar golpes, no sabía lo que esto quería decir, y se retiraba toda avergonzada.

A veces se ponía seria contemplando su vestido negro. Cosette no llevaba ya andrajos, llevaba luto. Salía de la miseria y entraba en la vida.

Juan Valjean se había propuesto enseñarla á leer.

A veces, mientras hacía delectar á la niña, recordaba que había sido con el propósito de hacer daño con el que él había aprendido á leer en presidio. Y aquel propósito se había convertido en el fin de enseñar á leer á una niña. Entonces el viejo presidiario sonreía, con la sonrisa meditabunda de los ángeles.

Tenía el sentimiento de que era ello una premeditación del cielo, una voluntad de alguien que no es el hombre, y se perdía en meditaciones. Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

Enseñar á leer á Cosette y dejarla jugar, á eso se reducía casi toda la vida de Juan Valjean. Después le hablaba de su madre, y la hacía rezar.

Ella le llamaba "padre" sin saber ni conocerle otro nombre.

El se pasaba horas enteras contemplándola como vestía y desnudaba su muñeca, oyéndola gorjear. La vida le parecía ya en lo sucesivo llena de interés, los hombres parecíanle ya buenos y justos; en su imaginación no reprochaba ya nada á nadie, no veía, por lo tanto, razón alguna para no envejecer mucho, toda vez que aquella criatura le amaba. Veía para sí todo un porvenir iluminado por Cosette como por una luz simpática. El hombre mejor no está exento del todo de egoísmo; á veces reflexionaba con cierta alegría que Cosette sería fea.

Esto no pasa de ser una opinión personal; pero para decir todo lo que pensamos al punto á que había llegado Juan Valjean cuando se puso á amar á Cosette, nada nos prueba que no le fuera ello menester para mejor perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y las miserias de la sociedad, aspectos incompletos y que no mostraban fatalmente sino una parte de lo verdadero, la suerte de la mujer resumida en Fantina, la autoridad pública personificada en Javert; él había vuelto á presidio últimamente por haber hecho el bien; nuevas amarguras le habían abrumado; el disgusto y la fatiga apoderábanse nuevamente de él; el recuerdo mismo del obispo llegaba quizás á eclipsarse algunos momentos, salvo empero su reaparición luminosa y triunfante; pero sea como fuere, es lo cierto que aquel recuerdo sagrado se iba debilitando. ¿Quién sabe si Juan

Valjean no estaba en vísperas de descorazonarse y recaer? Pero amó, volvió á ser fuerte. ¡Ay! era bien poco menos débil que Cosette. El la protegió y ella le fortaleció. Gracias á él, ella pudo seguir el curso de la vida; gracias á ella, pudo él continuar en la virtud. El fué sostén de la niña aquella, y aquella niña fué su punto de apoyo. ¡Oh misterio insondable y santo de los equilibrios del destino!

IV

Lo que observó la inquilina principal.

Juan Valjean tenía la precaución de no salir jamás de día. Todas las tardes, al oscurecer, se paseaba una hora ó dos, algunas veces solo, frecuentemente con Cosette, buscando los extremos retirados de los boulevares más solitarios y entrando en las iglesias á la caída de la noche. Iba gustoso á San Medardo, que era la iglesia más cercana. Cuando no acompañaba á Cosette, ésta se quedaba con la vieja; pero era la alegría de la niña salir con el buen hombre. Prefería una hora de ir con él, á sus mismas conversaciones con Catalina. El la conducía de la mano dirigiéndola palabras dulces.

Así es que Cosette estaba muy contenta.

La vieja cuidaba de la casa y de la cocina, é iba por las provisiones.

Vivían sobriamente, teniendo siempre un poco de fuego, pero como gentes necesitadas. Juan Valjean no había cambiado nada del mobiliario del primer día; únicamente había substituído por una puerta toda de madera la vidriera del gabinete de Cosette.

Llevaba siempre su levitón amarillo, sus calzones negros y su sombrero viejo. En la calle le tomaban por un pobre. Sucedió á veces que alguna buena mujer se volvía y le daba un sueldo. Juan Valjean recibía el sueldo y saludaba profundamente. Sucedió también otras veces que encontraba á algún pobre pidiendo limosna, y entonces miraba detrás de sí por si le veía alguien, se acercaba furtivamente al infeliz, le ponía en la mano una moneda, generalmente de plata, y se alejaba rápidamente. Esto tenía sus inconvenientes. Empezaba á conocerse en el barrio por el nombre de "el mendigo que da limosna". La vieja "inquilina principal", mujer ceñuda, poseída con respecto al prójimo de la atención de los envidiosos, examinaba mucho á Juan Valjean, sin que él lo sospechase. Era un poco sorda, y esto la hacía ser muy habladora. Quedábanle dos dientes de su pasado, uno arriba y otro abajo, que se tropezaban continuamente. Había hecho diversas preguntas á Cosette, la que, no sabiendo nada, nada había podido decir, sino que venía de Montfermeil. Una mañana, acechando como siempre á Juan Valjean, le vió entrar en uno de los cuartos deshabitados del casucho, con cierto aire que le pareció singular. Siguióle á paso de gata vieja, y pudo observar sin ser vista, por la rendija de la puerta de otro cuarto que venía en frente. Juan Valjean, para mayor precaución sin duda, estaba de espaldas á esta puerta. Entonces vió la vieja cómo sacaba él de sus bolsillos un estuche con hilo y tijeras, y se ponía á descoser el forro de uno de los faldones de su levita, de cuya abertura sacó un pedazo de papel amarillo que desdobló. La vieja reconoció asombrada que era un billete de

mil francos. Era el segundo ó tercero que había visto en toda su vida. Huyó toda asustada.

Poco después se acercó á ella Juan Valjean, rogándole que fuese á cambiar aquel billete de mil francos, añadiendo que era el semestre de su renta que había cobrado la víspera.

—¿Dónde?—pensó la vieja. No salió hasta las seis de la tarde, y la caja del gobierno no está por cierto abierta á semejantes horas. La vieja fué á cambiar el



billete haciendo naturalmente sus conjeturas. Aquel billete de mil francos, comentado y multiplicado, produjo infinidad de conversaciones y aspavientos entre las comadres de la calle de Vignes Saint Marcel.

Después de algunos días sucedió que Juan Valjean, en mangas de camisa, aserró unos maderos en el corredor.

La vieja estaba dentro arreglando el cuarto, y se hallaba sola, porque Cosette se había puesto á contemplar la madera aserrada; la vieja advirtió entonces la levita colgada de un clavo, y la escudriñó. El forro había sido cosido de nuevo. La buena mujer la palpó cuidadosamente, y creyó sentir entre los faldones y entre las escotaduras de las mangas, el tacto de buen número de papeles doblados. ¡Otros billetes de mil francos sin duda!

Observó además que había muchas otras cosas en los bolsillos; no sólo las agujas, hilo y tijeras que había visto, sino una cartera abultada, una gran navaja, y, detalle sospechoso, algunas pelucas de colores varios. Cada faltriquera de aquel levitón parecía tener su destino particular en el caso de acontecimientos imprevistos. ®

Los habitantes de la casucha alcanzaron así los últimos días del invierno.

V

Una moneda de cinco francos que cae al suelo, hace ruido.

Había cerca de San Medardo un pobre que se acurrucaba en el brocal de un pozo de vecindad, cegado, y á quien Juan Valjean hacía limosna de muy buena fe. Apenas pasaba nunca por delante de él sin darle algunos sueldos. A veces le hablaba también. Los envidiosos decían de este mendigo que era "de la policía". Era un antiguo bedel de sesenta y cinco años que siempre estaba murmurando oraciones.

Una noche que Juan Valjean pasaba por allí y no llevaba á Cosette consigo, vió al mendigo en su puesto ordinario bajo el farol que acababan de encender. Aquel hombre, según su costumbre, parecía rezar, y estaba completamente encorvado. Juan Valjean se le acercó poniendo en su mano la limosna acostumbrada. El mendigo alzó bruscamente los ojos, miró fijamente á Juan Valjean, bajando rápidamente la cabeza. Aquel movimiento fué como un relámpago; Juan Valjean sufrió un estremecimiento. Parecía que acababa de entrever á la luz del farol, no el semblante plácido y santurrón del antiguo bedel, sino un rostro espantoso y conocido. Experimentó la impresión que sentiría cualquiera que se encontrase de repente en la sombra, cara á cara con un tigre.

Retrocedió aterrado y petrificado, no atreviéndose ni á respirar, ni á hablar, ni á huir, ni estarse quieto, contemplando al mendigo, que había bajado su cabeza cubierta con un harapo, y pareciendo no darse cuenta de que estuviera allí. En aquel extraño momento un instinto, quizá el instinto misterioso de la conservación, hizo que Juan Valjean no pronunciase una sola palabra. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos andrajos, y la misma apariencia de todos los días. ¡Bah! dijo Juan Valjean. ¡Estoy loco! ¡Yo sueño...! ¡Imposible! Y entró nuevamente en su casa profundamente turbado.

Apenas se atrevía á confesarse á sí propio que aquel rostro que había creído ver era el de Javert.

Pensando en ello toda la noche, le pesaba no haber interrogado al hombre para obligarle á levantar la cabeza segunda vez.

Al día siguiente, al caer la noche, volvió. El mendigo estaba en su puesto.

—Guárdeos Dios, buen hombre—dijo resueltamente Juan Valjean, dándole un sueldo. El mendigo levantó la cabeza, respondiendo con voz lastimera:—Gracias, mi buen señor.—Era realmente el antiguo bedel.

Juan Valjean se sintió completamente tranquilizado. Echóse á reír.

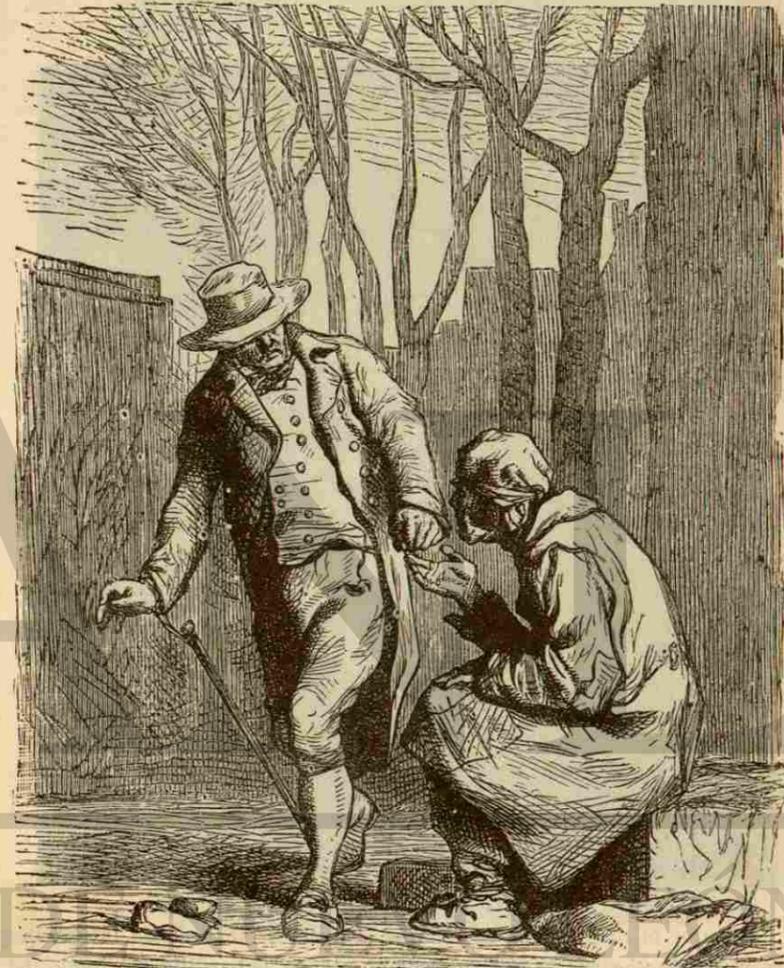
—¿Dónde diablos había ido yo á ver á Javert?—pensó para sus adentros.

—¿Iré yo ahora á tener visiones?—Y no pensó en ello más.

Algunos días después, serían como las ocho de la noche, cuando estando en su cuarto haciendo delectar á Cosette en alta voz, oyó abrir y después volver á cerrar la puerta de la casucha. Esto le pareció singular. La vieja, única persona que habitaba con él la casa, se acostaba siempre al anochecer para no gastar vela. Juan Valjean, hizo seña á Cosette para que se callara, y oyó que subían la escalera. En

rigor, bien podría ser que la vieja se hubiese puesto mala y hubiese ido á la botica. Juan Valjean escuchó.

Las pisadas eran pesadas y sonaban como las de un hombre; pero la vieja usaba zapatos gruesos, y nada se parece tanto al paso de un hombre como el paso de una mujer vieja. Sin embargo, Juan Valjean dió un soplo á su luz.



Había mandado á Cosette á la cama, diciéndole muy por lo bajo:

—Acuéstate muy quedito;—y mientras la besaba en la frente se detuvieron las pisadas. ®

Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, vuelto de espaldas á la puerta, sentado en una silla, de la que no se había movido, reteniendo su respiración en la obscuridad.

Después de un buen rato, no oyendo ya nada, volvióse sin hacer ruido, y al dirigir los ojos hacia la puerta de su cuarto, vió una luz por el ojo de la llave. Aquella luz dibujaba una especie de estrella siniestra en lo negro de la puerta y de la

pared. Evidentemente había allí alguien que tenía una luz en la mano y estaba escuchando.

Pasaron así algunos minutos, y desapareció la luz. Solamente que no oyó ningún ruido de pasos, lo cual parecía indicar que el que había venido á escuchar á la puerta se había quitado los zapatos.

Juan Valjean se echó completamente vestido sobre su colchón, no pudiendo cerrar los ojos en toda la noche.



Al despuntar el día, cuando comenzaba á dormitar rendido de fatiga, despertó el rechinar de una puerta que se abría en alguna buhardilla del fondo del corredor; después oyó los mismos pasos de un hombre que habían subido la escalera durante la víspera. Los pasos se iban acercando.

Levantóse de su cama, y aplicó un ojo al agujero de la cerradura, que era bastante grande, esperando ver al cruzar, cualquiera que fuese, el sér que se había introducido por la noche en la casucha y escuchado á su puerta.

Era, en efecto, un hombre, que pasó esta vez sin pararse por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba todavía muy oscuro para poder distinguir sus facciones, pero cuando llegó el hombre á la escalera, un rayo de luz de afuera hizo resaltar su opaca silueta, y Juan Valjean le vió de espaldas completamente.

El hombre era de elevada estatura, vestido con un largo levitón, y un grueso palo bajo el brazo. Era la formidable facha de Javert.

Juan Valjean habría podido intentar verle de nuevo por la ventana que daba al boulevard. Pero para ello era menester abrirla, y no se atrevió.



Era evidente que aquel hombre había entrado con una llave, y como en su casa. ¿Quién le había dado la llave? ¿Qué es lo que aquello significaba?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró para arreglar la habitación, Juan Valjean le dirigió una mirada penetrante, pero sin interrogarla. La buena mujer estuvo como de ordinario.

Mientras iba barriendo, dijo:

—¿Habéis tal vez oído entrar alguien esta noche?

En aquella época y en aquel boulevard, las ocho de la noche era noche cerrada.

—A propósito, es verdad,—respondió él con el acento más natural.—¿Quién era?

--Es un nuevo inquilino,—dijo la vieja,—que tenemos en la casa.

--¿Y que se llama...?

--No sé bien si Dumont ó Daumont. Un nombre así.

--¿Y qué es ese señor Dumont?

--Un rentista como vos.

Ella tal vez dijo estas palabras sin doble intención, pero Juan Valjean creyó descubrir alguna.

Cuando hubo salido la vieja, hizo él un rollo de un centenar de francos que tenía en un armario, y se lo metió en el bolsillo. Por mucho cuidado que pusiera en aquella operación para que no se le oyerá remover dinero, escapósele de las manos una moneda de cien sueldos, que fué rodando ruidosamente por el suelo.

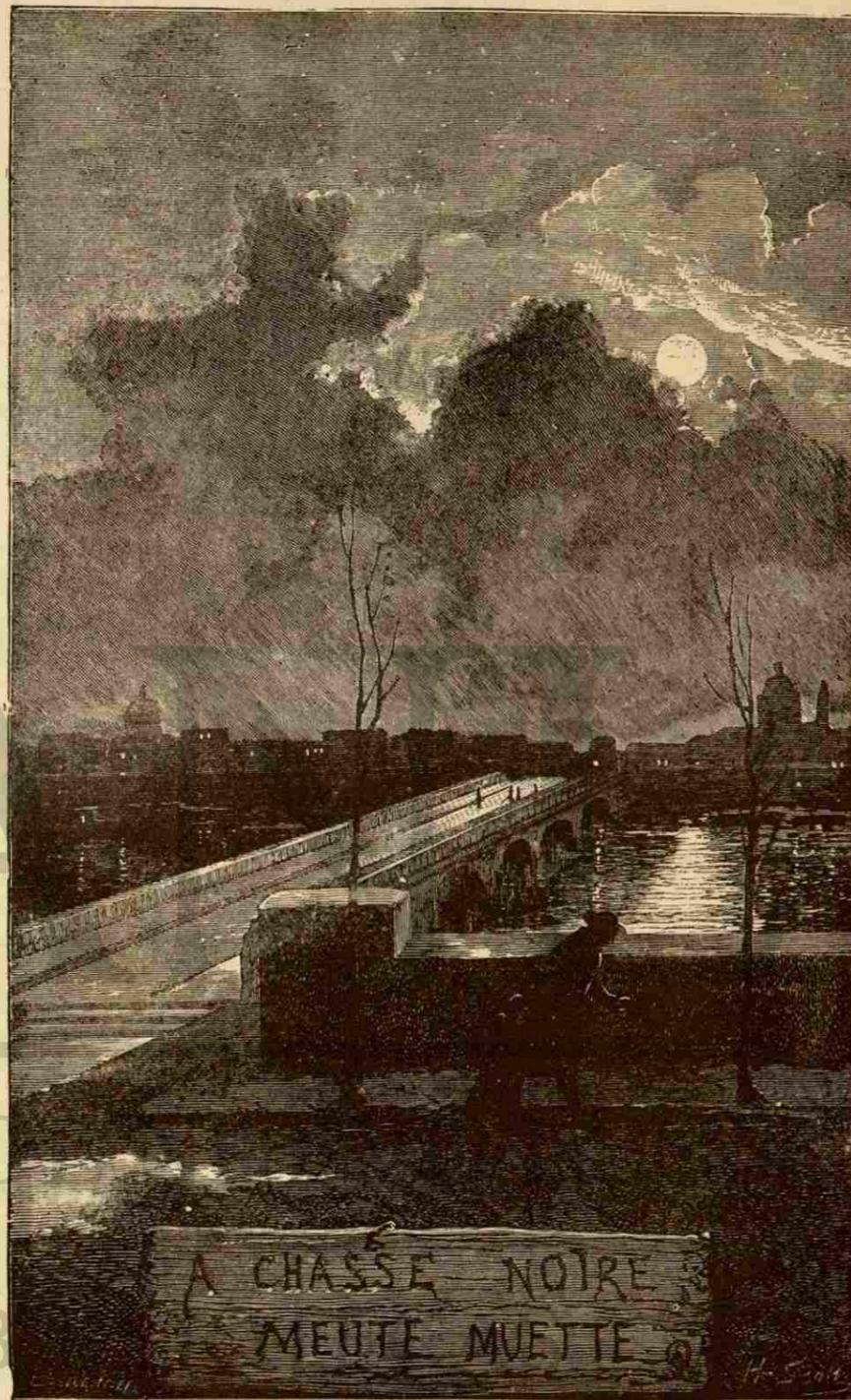
Al anochecer, bajó y miró atentamente arriba y abajo del boulevard.

No vió á nadie. El boulevard parecía absolutamente desierto. Es verdad que podía cualquiera ocultarse detrás de los árboles.

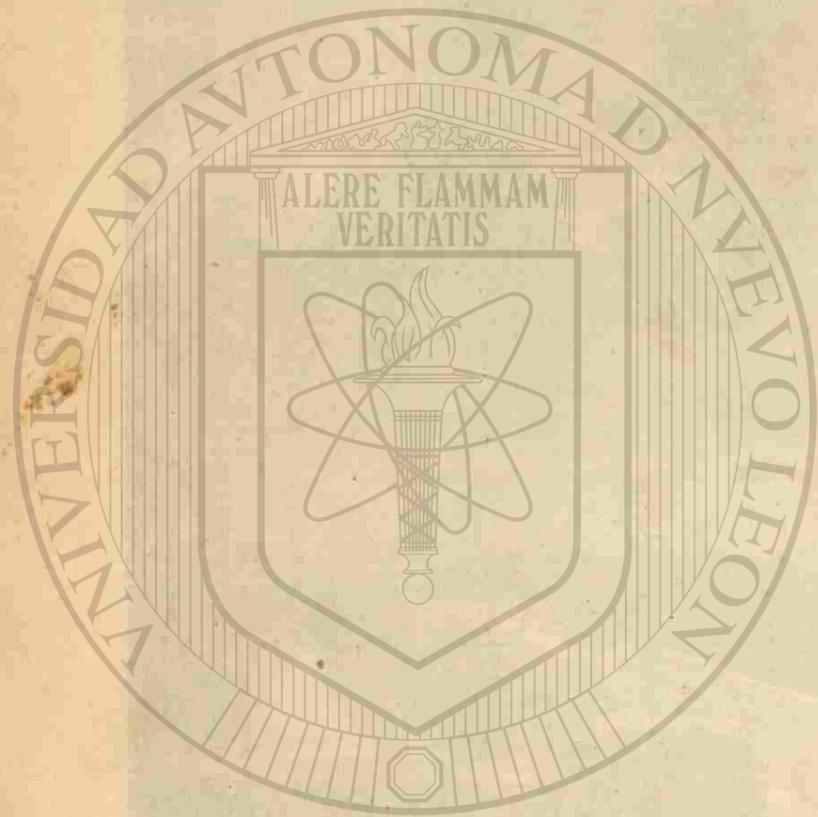
Volvió á subir.

--Vente,—dijo á Cosette.

Y tomándola de la mano, salieron los dos.



A la caza nocturna, jauría muda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

LIBRO QUINTO.

Á LA CAZA NOCTURNA, JAURÍA MUDA.

I

Las sinuosidades de la estrategia.

Aquí, con respecto á las páginas que van á leerse y á otras que vendrán después, es indispensable una observación.

Hace ya muchos años que el autor de este libro, forzado á pesar suyo á hablar de sí mismo, se halla ausente de París. Desde que le dejó, París se ha transformado. Ha surgido una ciudad nueva, que le es hasta cierto punto desconocida. No tiene necesidad de decir que ama á París; París es la ciudad natal de su espíritu. A consecuencia de los derribos y reedificaciones, el París de su juventud, aquel París que se llevó religiosamente en su memoria, es á estas horas el París de otros tiempos. Permítasele hablar de este París como si existiera todavía. Es posible que allí donde va el autor á conducir á los lectores, diciéndoles: "En tal calle hay tal casa", no exista hoy día casa ni calle. Los lectores lo comprobarán, si quieren tomarse el trabajo de hacerlo. En cuanto á él, desconoce el París nuevo, y escribe con el París antiguo delante de los ojos, en medio de la ilusión más agradable. Es una satisfacción para él soñar que queda algo tras de sí de lo que veía cuando estaba en su país, y que no se ha desvanecido todo aún.

Mientras uno va y viene por su país natal, creese que las calles le son indiferentes; que las ventanas, los tejados y las puertas nada significan; que las paredes le son extrañas; que los árboles no son más que árboles; que las casas donde no entra le son inútiles; que el empedrado por donde anda son simplemente piedras.

Pero más tarde, cuando se encuentra fuera, advierte que aquellas calles le son queridas; que aquellos tejados, aquellas ventanas y aquellas puertas le hacen falta; que aquellas paredes le son necesarias; que aquellos árboles le son amados; que aquellas casas donde él no entraba, había quien entraba en ellas todos los días, y que ha dejado parte de sus entrañas, de su corazón y de su sangre en aquellas pie-

dras. Todos aquellos sitios que ya no vemos y que quizá no volveremos á ver jamás, y cuya imagen hemos conservado, adquieren cierto encanto doloroso, se nos presentan con la melancolía de una aparición, nos hacen visible la tierra santa, y son, por decirlo así, la forma misma de la patria; y los amamos y los evocamos tales como son, tales como eran, obstinándonos en ello, y no queremos cambiar nada de ellos, porque estamos apegados á la forma de nuestra patria como á las facciones de nuestra madre.

Séanos, pues, permitido hablar del pasado en el presente. Dicho esto, suplicamos al lector que lo tenga en cuenta, y continuamos.

Juan Valjean había dejado en seguida el boulevard y se había engolfado en las calles, haciendo cuantas líneas quebradas podía, volviendo algunas veces sobre sus propios pasos para cerciorarse de que no le seguían.

Es esta una maniobra natural en el ciervo hostigado. En los terrenos en que puede quedar impresa la huella, esa maniobra tiene, entre otras, la ventaja de engañar á los cazadores y á los perros con el contrapíe. Es lo que en montería se llama "emboscada falsa".

Era una noche de luna llena. A Juan Valjean no le disgustaba. La luna, muy cerca todavía del horizonte, marcaba en las calles grandes espacios de luz y sombra. Juan Valjean podía escurrirse á lo largo de las casas y paredes del lado sombrío, y observar el claro. No reflexionaba quizá bastante que el lado obscuro se le esparcía, sin embargo, en todas las callejuelas que rodean á la calle de Polibeau, y creyó estar seguro de que nadie iba tras él.

Cosette andaba sin preguntar. Los sufrimientos de los seis primeros años de su vida habían introducido cierta pasividad á su naturaleza. Por otra parte, y esta es una observación que tendremos que tener en cuenta más de una vez, estaba ella acostumbrada, sin darse muy exacta cuenta del por qué, á las singularidades del buen hombre y á las extravagancias del destino. Además se sentía segura junto á él.

Juan Valjean no sabía mejor que Cosette á donde iba. Confiaba en Dios como ella confiaba en él. Parecíale que alguien superior á él le llevaba también de la mano; creía sentir un sér invisible que le conducía. Por lo demás, no tenía idea alguna decidida, ningún plan, ningún proyecto. Ni siquiera estaba seguro del todo de que aquel Javert, pudiendo también ser Javert, sin que supiese que él era Juan Valjean. ¿No iba disfrazado? ¿No se le creía muerto? Sin embargo, hacía algunos días que le pasaban cosas que parecían singulares. No necesitaba más. Estaba resuelto á no volver á entrar en la casa de Cuervo. Como el animal arrojado de su guarida, buscaba un hueco donde esconderse, mientras encontraba donde alojarse.

Juan Valjean describió gran número de laberintos en el barrio Montfétard, que yacía dormido como si estuviera todavía bajo la disciplina de la Edad Media, al yugo de la queda; combinó de diversas maneras, en hábiles estrategias, la calle Censier y la calle Copeau, la calle del Battoir Saint Victor y la calle del Puits l'Ermité. Hay por allí casas-posadas, pero ni siquiera entraba en ellas, no encontrando lo que le convenía. Es decir, dudaba que si por casualidad le buscaban, hubiesen perdido la pista.

Al dar las once de Saint Etienne du Mont, atravesaba la calle de Ponttoise,

delante de la comisaría de policía, que está en el número 14. Algunos instantes después, el instinto de que hablábamos más arriba hizo que se volviese. En cuyo momento vió claramente, gracias al farol de la comisaría que los descubría, á tres hombres que le seguían de bastante cerca, pasar sucesivamente bajo aquel farol por la parte oscura de la calle. Uno de aquellos tres hombres entró en el portal de la casa del comisario. El que marchaba al frente se le hizo decididamente sospechoso.

—Ven, hija mía,—díjole á Cosette. Y se apresuró á dejar la calle de Ponttoise.

Describió un circuito, dió la vuelta al pasaje de los Patriarcas, que estaba cerrado á causa de la hora, cruzó á grandes pasos la calle de la Epée de Bois y la de la Arbalette, y penetró en la de Postas.

Hay allí una encrucijada, donde existe hoy el colegio Rollin y á donde va á empalmar la calle Nueva de Santa Genoveva.

Es por demás decir que la calle Nueva de Santa Genoveva es una calle vieja, y que por la calle de Postas no pasa apenas en diez años una silla de posta. Dicha calle de Postas estaba habitada en el siglo VIII por alfareros, y su verdadero nombre era calle de los Potes.

La luna arrojaba sus clarísimos rayos en la encrucijada. Juan Valjean se escondió en el hueco de una puerta, calculando que si aquellos hombres le seguían todavía, no podría dejar de verlos muy bien cuando atravesasen por aquella claridad.

En efecto, aún no habían transcurrido tres minutos cuando aparecieron los hombres. Entonces eran cuatro; todos de elevada estatura, vestidos con largos levitones oscuros, con sombreros redondos, y gruesos bastones en la mano. No eran menos sospechosos por su elevada estatura y grandes puños, que por su marcha siniestra en las tinieblas. Se les podía tomar por cuatro espectros disfrazados de paisano.

Detuviéronse en medio de la encrucijada, y se agruparon como para consultar. Parecían estar indecisos. El que guiaba, volvióse de repente señalando con la mano derecha la dirección que había tomado Juan Valjean; otro de los del grupo parecía indicar con cierta persistencia la dirección contraria. En el instante en que se volvió el primero, la luna iluminó por completo su rostro, Juan Valjean reconoció claramente á Javert.

Es muy ventajoso que por el puente de Austerlitz pasen carruajes.

Cesó la incertidumbre para Juan Valjean; afortunadamente duraba todavía para aquellos hombres. Aprovechóse él de su vacilación. Ellos perdían tiempo, y él lo ganaba. Salió del hueco de la puerta en que se había escondido avanzando por la calle de Postas, hacia al lado del Jardín Botánico. Cosette empezaba á fatigarse; tomóla entonces él en brazos y así la llevó. No pasaba nadie por allí y no se habían encendido los faroles á causa de la luna.

Dobló el paso.

En pocas zancadas llegó á la alfarería de Goblet, en cuya fachada la claridad de la luna hacía perfectamente legible la antigua inscripción:

De Goblet el hijo, está aquí la fábrica,
Venid á escoger floreros y cántaros,
Cantarillas, tiestos, ladrillos y jarras,
Que todo se vende, ya en fino y en basto.

Dejó tras de sí la calle de la Clef, después la fuente de San Víctor, bordeó el Jardín Botánico por las calles bajas, y llegó al muelle. Volvió la cabeza al estar allí. El muelle se encontraba desierto; las calles también. Nadie iba detrás de él. Respiró.

Llegó al puente de Austerlitz.

Todavía se pagaba peaje en aquella época.

Acercóse al ventanillo del peajero y dió un sueldo.

—Son dos sueldos,—dijo el inválido del puente.—Lleváis una criatura que puede andar. Debéis pues pagar dos.

Pagó, contrariado de que su paso hubiese dado lugar á una observación. Toda fuga debe pasar inadvertida.

Un gran carro atravesaba el Sena al propio tiempo que iba él también hacia la orilla derecha. Esto le favoreció mucho, puesto que pudo atravesar todo el puente á la sombra de aquel carro.

Hacia la mitad del puente, teniendo Cosette los pies entumecidos, quiso andar. El la puso en el suelo y volviola á tomar de la mano.

Salvado ya el puente, distinguió en frente de él, hacia la derecha, unos depósitos de madera. Dirigióse allí; pero para llegar era preciso atravesar un ancho espacio descubierto é iluminado. No vaciló. Los que le perseguían estaban evidentemente despistados, y Juan Valjean se creía fuera de peligro. Buscado sí, pero no seguido.

Abriase entre dos de aquellos depósitos, cercados de tapia, una callejuela, la del Chemin Vert Saint Antoine. Era la tal, estrecha, oscura y como hecha á propósito para él. Antes de entrar miró tras de sí.

Desde allí donde estaba, veía en toda su longitud el puente de Austerlitz.

Cuatro sombras acababan de entrar en el puente.

Esas sombras volvían la espalda al Jardín Botánico dirigiéndose hacia la orilla derecha.

Aquellas cuatro sombras eran los cuatro hombres.

Juan Valjean sintió el estremecimiento de la fiera descubierta.

Quedábale una esperanza, y era que quizá aquellos cuatro hombres no habían entrado aún en el puente y no le habrían distinguido en el momento en que él había atravesado, con Cosette de la mano, el gran espacio iluminado.

En este caso, penetrando por la callejuela delante de la cual se encontraba, logrando llegar á los depósitos, huertas, sembrados y terrenos baldíos, podía escapar fácilmente.

Pareciéndole que podía confiar en aquella callejuela silenciosa, entró en la misma.

III

Véase el plano de París de 1727.

A cosa de unos trescientos pasos, llegó á un punto en que la calle bifurcaba. Dividíase oblicuamente en dos, una á la izquierda y otra á la derecha. Juan Valjean tenía delante de sí como los dos brazos de una Y. ¿Cuál debía seguir?

No vaciló un momento, y tomó por la derecha.

¿Por qué?

Porque la izquierda se dirigía hacia el arrabal, es decir, á los sitios habitados, y la derecha hacia el campo, es decir, á los lugares desiertos.

Entre tanto, no andaba muy aprisa. El paso de Cosette acertaba el de Juan Valjean.

Volvió á tomarla en brazos. Cosette apoyaba su cabeza sobre el hombro de su buen conductor sin decir una sola palabra.

Volviase de cuando en cuando para mirar, teniendo buen cuidado de ir por el lado sombrío de la calle. La calle seguía recta detrás de él, y las dos ó tres primeras veces que volvió la cabeza no vió nada; el silencio era profundo; continuó pues su marcha algo tranquilizado. De pronto, en cierto momento, al volverse, parecióle divisar, por la parte de la calle que acababa de pasar, á lo lejos, entre la obscuridad, algo que se movía.

Precipitóse adelante, mejor que anduvo, esperando encontrar alguna callejuela lateral, y huir por ella, haciendo perder una vez más su pista.

Pero encontró una tapia.

Aquella tapia, sin embargo, no era un obstáculo para seguir adelante; era una pared que costeaba una callejuela transversal, en la cual terminaba la calle que venía siguiendo Juan Valjean.

Era allí preciso tomar nuevamente por la derecha ó por la izquierda.

Miró á la derecha. La callejuela se prolongaba á trozos entre construcciones, que eran cobertizos ó granjas, pero no tenían salida. Véase claramente el fondo cerrado por una gran pared blanca.

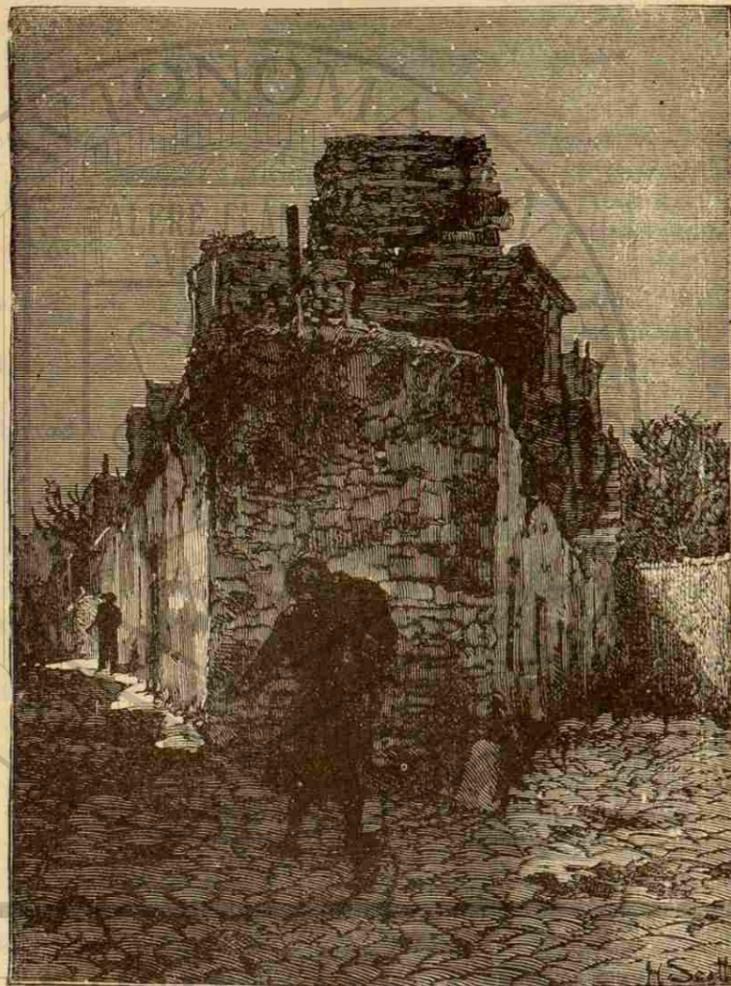
Miró á la izquierda. La callejuela por este lado estaba abierta, y á distancia como de doscientos pasos, penetraba en otra calle de la que era afluente. Por aquella parte estaba su salvación.

En el momento en que Juan Valjean pensaba tomar por la izquierda, á fin de llegar hasta la calle que se divisaba al extremo de la callejuela, observó en el ángulo formado con la otra, á la cual se dirigía, una especie de estatua negra, inmóvil.

Era evidentemente un hombre apostado allí que esperaba para cortarle el paso. Juan Valjean retrocedió.

El punto de París en que se encontraba Juan Valjean, situado entre el arrabal Saint Antoine y la Rápée, es uno de los que han sido completamente reformados por obras recientes, afeándole, según unos, transfigurándole según otros. Los

cultivos, los almacenes y los edificios viejos, han desaparecido. Hoy existen en su lugar grandes calles modernas, anfiteatros, circos, hipódromos, estaciones de caminos de hierro, una cárcel, Mazas; el progreso, como se ve, con su correctivo.



Hace medio siglo, en la lengua usual popular, compuesta toda ella de tradiciones, que se obstina en llamar al Instituto "las Cuatro Naciones", y á la Opera Cómica "Feydeau", el preciso lugar á donde había llegado Juan Valjean se llamaba "Le Petit Picpus". La puerta de Saint Jacques, la puerta de Paris, la barreira de los Sargentos, los Porcherons, la Galiota, los Celestinos, los Capuchinos, el Mail, la Bourbe, el árbol de Cracovia, la Pequeña Polonia, el Pequeño Picpus, son nombres del París antiguo que sobrenadan en el nuevo. La memoria del pueblo flota sobre los residuos del pasado.

El Pequeño Picpus, que por lo demás apenas ha existido y nunca pasó de ser la sombra de un barrio, tenía casi el aspecto monacal de una ciudad española. Los senderos estaban apenas apisonados, las calles poco edificadas. A excepción de las

dos ó tres de que vamos á hablar, todo eran tapias y soledad. Ni una tienda, ni un carruaje; apenas aquí y allá alguna luz encendida en las ventanas; siendo todas apagadas á las diez. Jardines, conventos, depósitos de maderas, huertas, algunas, pocas, casas bajas, y grandes tapias tan elevadas como las casas.

Tal era aquel barrio en el último siglo. La Revolución le había ya maltratado. La municipalidad republicana le había demolido, atravesado y agujereado. Habíanse establecido allí depósitos de cascote. En treinta años ha ido desapareciendo este cuartel bajo el rasero de las nuevas construcciones. Hoy no queda ya el menor vestigio.

El Pequeño Picpus de que no guarda indicio ninguno de los planos actuales, está bastante bien indicado en el plano de 1727, publicado en París por la casa Denis Thierry, calle de Saint Jacques, frente á la de Platre, y en Lyon en casa Juan Girin, calle Mercière, en la Prudence. El pequeño Picpus dibujaba lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la del Chemin Vert Saint Antoine, separándose en dos ramas; tomando la izquierda el nombre de callejuela de Picpus, y la derecha el de calle de Polonceau. Las dos ramas de la Y estaban reunidas en su parte superior como por una barra. Esta barra se llamaba calle del Droit Mur. La calle de Polonceau desembocaba en ella; la callejuela de Picpus seguía más allá, y avanzaba hacia el mercado Lenoir. Subiendo del Sena, los que llegaban al extremo de la calle de Polonceau tenían á su izquierda la calle Droit Mur, volviendo bruscamente en ángulo recto, en frente la tapia de esta última, y á su derecha una prolongación truncada de la misma calle Droit Mur, sin salida, llamada el callejón Genrot.

Este era el punto donde se encontraba Juan Valjean.

Como hemos dicho ya, al distinguir la negra silueta del espía en el ángulo de la calle Droit Mur y la callejuela de Picpus, retrocedió. No cabía duda; estaba siendo objeto de la vigilancia de aquel fantasma.

¿Qué hacer?

No estaba ya á tiempo de retroceder. Lo que había visto moverse en la sombra á alguna distancia detrás de él un momento antes, era sin duda, Javert y su ronda. Javert estaba ya probablemente á la embocadura de la calle, en cuyo extremo se hallaba Juan Valjean. Javert, según todas las apariencias conocía perfectamente aquel pequeño dédalo y había tomado sus precauciones, enviando á uno de sus hombres á guardar la salida. Estas conjeturas, tan parecidas á la evidencia, se arremolinaron en seguida como un puñado de polvo que hace girar una ráfaga súbita de viento, en el dolorido cerebro de Juan Valjean. Examinó éste el callejón sin salida llamado Genrot; allí estaba la valla. Examinó después la callejuela Picpus; allí el centinela. Veía esta figura sombría destacarse en negro sobre el blanco suelo inundado de luz por la luna. Avanzar, era caer en manos de aquel hombre. Retroceder era lanzarse en brazos de Javert. Juan Valjean se sentía cogido como por un lazo que fuera estrechándose lentamente.

Miró al cielo con desesperación.

IV

Tentativas de evasión.

Para comprender lo que vamos á decir, es preciso figurarse de una manera exacta la calleja Droit Mur, y en particular el ángulo que quedaba á la izquierda, al salir de la calle Polonceau para entrar en ella. La calleja de Droit Mur estaba casi enteramente á la derecha, hasta la callejuela de Picpus, formada por casas de pobre apariencia; á la izquierda por un solo edificio de aspecto severo, compuesto de varios cuerpos, que iba aumentando gradualmente uno ó dos pisos á medida que se aproximaban á la callejuela de Picpus, de suerte que ese edificio, muy elevado por esta última calle, resultaba muy bajo por la de Polonceau. Aquí, en la parte del ángulo de que hemos hablado, descendía hasta el extremo de no ser más que una sencilla tapia, la cual no terminaba en la recta de la calle, sino que formaba un chaflán muy rebajado, oculto por sus dos esquinas á dos observadores que estuviesen, el uno en la calle Polonceau y el otro en la de Droit Mur.

A partir de los dos ángulos del chaflán, la pared se prolongaba por la calle Polonceau hasta una casa señalada con el número 49, y por la calle Droit Mur, donde su extensión era mucho menor, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuyo primer trozo de fachada cortaba lateralmente, formando así en la calle un nuevo ángulo entrante. Esta parte de la fachada era de triste aspecto; no se veía en ella más que una ventana, ó por mejor decir, dos postigos, cubiertos por una plancha de cinc, siempre cerrados.

La manera de ser de los lugares que describimos, es rigurosamente exacta, y despertará de seguro recuerdos fidelísimos en la mente de los antiguos moradores del barrio.

El chaflán estaba enteramente ocupado por una cosa que se parecía á una puerta colosal y miserable. Era una vasta é informe unión de tablas perpendiculares más anchas las de arriba que las de abajo, enlazadas por largas tiras de hierro transversales. Al lado había una puerta cochera de dimensiones comunes, cuya construcción no se remontaba evidentemente más allá de cincuenta años.

Un tilo mostraba su ramaje por cima del chaflán, y la pared estaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

Dado el inminente peligro que corría Juan Valjean, tenía este edificio sombrío cierta apariencia de inhabitado y solitario que le atraía. Recorrióle rápidamente con la vista. Diciéndose que si lograba penetrar en él, quizá se salvaría; tuvo, pues, de pronto, una idea y una esperanza.

En la parte media de la fachada de aquel edificio por la calle Droit Mur, había en todas las ventanas de los diversos pisos antiguas vertedoras de embudo hechos de plomo. Los diversos empalmes de estos conductos que iban á parar de las cubetas al conducto central, dibujaban sobre la fachada una especie de árbol. Dicha ramificación de tubos, con sus cien codos, imitaban perfectamente las párras deshojadas que se extienden retorcidas por las paredes de las antiguas granjas.

Aquella caprichosa espaldera de ramas de plomo y hoja de lata, fué el primer objeto que llamó la atención de Juan Valjean. Sentó á Cosette de espaldas contra un guardacantón, recomendándola el silencio, y corrió al sitio en que el canalón principal llegaba al suelo. Quizá hubiese medio de trepar por allí y entrar en la casa. Pero el conducto estaba destrozado é inservible, pudiéndose sostener apenas donde estaba. Además, todas las ventanas de aquella morada silenciosa estaban guardadas por espesas rejas de hierro hasta las de las buhardillas de la techumbre. Y luego, la luna alumbraba de lleno la fachada, y el hombre que observaba á Juan Valjean desde el extremo de la calle, hubiera podido ver si la escalaba. Finalmente ¿qué hacer de Cosette? ¿Cómo subirla á lo alto de una casa de tres pisos? Renuncié, pues, á trepar por el canalón, subiendo á lo largo de la pared para entrar de nuevo en la calle de Polonceau.

Quando llegó al chaflán donde había dejado á Cosette, advirtió que nadie podía verle. Y como acabamos de decir, escapábase á todas las miradas de cualquier lado que viniesen. Además estaba en la sombra. En fin, había dos puertas; quizá podría forzarlas. La tapia sobre la cual se veía el tilo y la hiedra, daba evidentemente á un jardín, donde podría al menos esconderse, aun cuando los árboles no tenían hoja todavía, pasando así el resto de la noche.

Corría el tiempo; era preciso correr igualmente.

Tentó la puerta cochera, y reconoció desde luego que estaba condenada por dentro como por fuera.

Llegóse á la otra puerta grande más esperanzado. Estaba atrozmente desvencijada, su misma extensión la hacía menos sólida, las tablas estaban podridas, y las ligaduras de hierro, que eran sólo tres, estaban enmohecidas. Parecía posible taladrar aquella barrera carcomida.

Al examinarla, vió que lo que creía puerta no era tal puerta. No tenía goznes, ni pernios, ni cerradura, ni partición en medio. Las barras de hierro atravesaban de parte á parte sin solución de continuidad. Por las hendiduras de las tablas divisó cascotes y guijarros groseramente cimentados, que los transeuntes podían ver todavía hace diez años. Le fué preciso reconocer tristemente que aquella apariencia de puerta era simplemente el paramento de madera de una tapia á que estaba pegado. Era muy fácil arrancar una tabla, pero se encontraría frente á frente con una pared.

Lo que sería imposible con el alumbrado por gas. [®]

En aquel momento un ruido sordo y acompasado empezó á dejarse oír á cierta distancia. Juan Valjean arriesgóse á mirar cautelosamente por fuera de la esquina de la calle. Siete ú ocho soldados, formados en pelotón, acababan de desembocar en la calle Polonceau. Vió brillar las bayonetas. Aquello se dirigía hacia él.

Dichos soldados al frente de los cuales distinguía la elevada figura de Javert, avanzaban lentamente y con precaución. Parábanse con mucha frecuencia. Era

IV

Tentativas de evasión.

Para comprender lo que vamos á decir, es preciso figurarse de una manera exacta la calleja Droit Mur, y en particular el ángulo que quedaba á la izquierda, al salir de la calle Polonceau para entrar en ella. La calleja de Droit Mur estaba casi enteramente á la derecha, hasta la callejuela de Picpus, formada por casas de pobre apariencia; á la izquierda por un solo edificio de aspecto severo, compuesto de varios cuerpos, que iba aumentando gradualmente uno ó dos pisos á medida que se aproximaban á la callejuela de Picpus, de suerte que ese edificio, muy elevado por esta última calle, resultaba muy bajo por la de Polonceau. Aquí, en la parte del ángulo de que hemos hablado, descendía hasta el extremo de no ser más que una sencilla tapia, la cual no terminaba en la recta de la calle, sino que formaba un chaflán muy rebajado, oculto por sus dos esquinas á dos observadores que estuviesen, el uno en la calle Polonceau y el otro en la de Droit Mur.

A partir de los dos ángulos del chaflán, la pared se prolongaba por la calle Polonceau hasta una casa señalada con el número 49, y por la calle Droit Mur, donde su extensión era mucho menor, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuyo primer trozo de fachada cortaba lateralmente, formando así en la calle un nuevo ángulo entrante. Esta parte de la fachada era de triste aspecto; no se veía en ella más que una ventana, ó por mejor decir, dos postigos, cubiertos por una plancha de cinc, siempre cerrados.

La manera de ser de los lugares que describimos, es rigurosamente exacta, y despertará de seguro recuerdos fidelísimos en la mente de los antiguos moradores del barrio.

El chaflán estaba enteramente ocupado por una cosa que se parecía á una puerta colosal y miserable. Era una vasta é informe unión de tablas perpendiculares más anchas las de arriba que las de abajo, enlazadas por largas tiras de hierro transversales. Al lado había una puerta cochera de dimensiones comunes, cuya construcción no se remontaba evidentemente más allá de cincuenta años.

Un tilo mostraba su ramaje por cima del chaflán, y la pared estaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

Dado el inminente peligro que corría Juan Valjean, tenía este edificio sombrío cierta apariencia de inhabitado y solitario que le atraía. Recorrióle rápidamente con la vista. Diciéndose que si lograba penetrar en él, quizá se salvaría; tuvo, pues, de pronto, una idea y una esperanza.

En la parte media de la fachada de aquel edificio por la calle Droit Mur, había en todas las ventanas de los diversos pisos antiguas vertedoras de embudo hechos de plomo. Los diversos empalmes de estos conductos que iban á parar de las cubetas al conducto central, dibujaban sobre la fachada una especie de árbol. Dicha ramificación de tubos, con sus cien codos, imitaban perfectamente las párras deshojadas que se extienden retorcidas por las paredes de las antiguas granjas.

Aquella caprichosa espaldera de ramas de plomo y hoja de lata, fué el primer objeto que llamó la atención de Juan Valjean. Sentó á Cosette de espaldas contra un guardacantón, recomendándola el silencio, y corrió al sitio en que el canalón principal llegaba al suelo. Quizá hubiese medio de trepar por allí y entrar en la casa. Pero el conducto estaba destrozado é inservible, pudiéndose sostener apenas donde estaba. Además, todas las ventanas de aquella morada silenciosa estaban guardadas por espesas rejas de hierro hasta las de las buhardillas de la techumbre. Y luego, la luna alumbraba de lleno la fachada, y el hombre que observaba á Juan Valjean desde el extremo de la calle, hubiera podido ver si la escalaba. Finalmente ¿qué hacer de Cosette? ¿Cómo subirla á lo alto de una casa de tres pisos? Renuncié, pues, á trepar por el canalón, subiendo á lo largo de la pared para entrar de nuevo en la calle de Polonceau.

Cuando llegó al chaflán donde había dejado á Cosette, advirtió que nadie podía verle. Y como acabamos de decir, escapábase á todas las miradas de cualquier lado que viniesen. Además estaba en la sombra. En fin, había dos puertas; quizá podría forzarlas. La tapia sobre la cual se veía el tilo y la hiedra, daba evidentemente á un jardín, donde podría al menos esconderse, aun cuando los árboles no tenían hoja todavía, pasando así el resto de la noche.

Corría el tiempo; era preciso correr igualmente.

Tentó la puerta cochera, y reconoció desde luego que estaba condenada por dentro como por fuera.

Llegóse á la otra puerta grande más esperanzado. Estaba atrozmente desvencijada, su misma extensión la hacía menos sólida, las tablas estaban podridas, y las ligaduras de hierro, que eran sólo tres, estaban enmohecidas. Parecía posible taladrar aquella barrera carcomida.

Al examinarla, vió que lo que creía puerta no era tal puerta. No tenía goznes, ni pernios, ni cerradura, ni partición en medio. Las barras de hierro atravesaban de parte á parte sin solución de continuidad. Por las hendiduras de las tablas divisó cascotes y guijarros groseramente cimentados, que los transeuntes podían ver todavía hace diez años. Le fué preciso reconocer tristemente que aquella apariencia de puerta era simplemente el paramento de madera de una tapia á que estaba pegado. Era muy fácil arrancar una tabla, pero se encontraría frente á frente con una pared.

Lo que sería imposible con el alumbrado por gas. [®]

En aquel momento un ruido sordo y acompasado empezó á dejarse oír á cierta distancia. Juan Valjean arriesgóse á mirar cautelosamente por fuera de la esquina de la calle. Siete ú ocho soldados, formados en pelotón, acababan de desembocar en la calle Polonceau. Vió brillar las bayonetas. Aquello se dirigía hacia él.

Dichos soldados al frente de los cuales distinguía la elevada figura de Javert, avanzaban lentamente y con precaución. Parábanse con mucha frecuencia. Era

indudable que exploraban todos los rincones de las paredes y todos los huecos de puertas y pasadizos.

No había ya la menor equivocación ni conjetura; aquella era una patrulla que Javert había encontrado, y á la que había pedido auxilio.

Los dos acólitos de Javert venían en las filas.

El paso que llevaban y con las paradas que hacían, necesitaban un cuarto de hora para llegar al sitio en que se encontraba Juan Valjean. Fué aquel un instante terrible. Pocos minutos separaban á Juan Valjean de aquel espantoso precipicio que se abría delante de él por la tercera vez. Y el presidio no era ya solamente el presidio, era Cosette perdida para siempre; es decir, una vida parecida al interior de una tumba.

No había más que una cosa posible.

Juan Valjean tenía una particularidad; podía decirse que llevaba dos alforjas: en la una guardaba los pensamientos de un santo, en la otra los terribles talentos de un presidiario. Buscaba en una ó en otra, según el caso.

Entre otros recursos, gracias á sus numerosas evasiones del penal de Tolón, recuérdese que era maestro consumado en el arte increíble de elevarse sin escala, sin garfios, con sólo la fuerza muscular, apoyándose en la nuca, en los hombros, en las caderas y en las rodillas, ayudándose en los más insignificantes relieves de las piedras, por el ángulo derecho de un muro, hasta la altura de un sexto piso si era menester: arte que ha hecho tan terrible como célebre el rincón del patio de la Conserjería de París por donde se escapó, hace unos veinte años, el condenado Battemolle.

Juan Valjean midió con los ojos el muro, sobre del cual asomaba el tilo. Tendría unos dieciocho pies de altura. El ángulo que formaba con la fachada lateral del gran edificio estaba relleno en su parte inferior con un macizo de mampostería de forma triangular, destinado probablemente á preservar aquel harto cómodo rincón, de las paradas de esos estercoleros que llamamos transeuntes. Este relleno preventivo de los rincones de pared está muy generalizado en París.

Aquel macizo tendría unos cinco pies de altura. Desde su parte superior, el espacio que había que salvar hasta colocarse sobre la tapia apenas llegaba á catorce pies.

El muro estaba coronado de piedra lisa, sin cabriol.

La dificultad estribaba en Cosette. En Cosette que no sabía escalar un muro. ¿Abandonarla? Juan Valjean no podía soñar en ello. Subirla consigo era imposible. Todas las fuerzas de un hombre le son indispensables para llevar á cabo semejantes ascensiones. El menor peso trastornaría su centro de gravedad y le precipitaría.

Faltábale una cuerda. Juan Valjean no la tenía. ¿Dónde encontrar una cuerda, á media noche, en la calle Polonceau? Seguramente que en aquel instante, si Juan Valjean hubiera poseído un reino, lo habría dado gustoso por una cuerda.

Todas las situaciones extremas tienen sus destellos, que así nos deslumbran como nos iluminan.

La mirada desesperada de Juan Valjean dió con el sustentáculo del farol del callejón Genrot.

En aquella época, no estaban aún iluminadas por el gas las calles de París. Al anochecer se encendían faroles de reverbero, colocados de trecho en trecho, los cuales subían y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de parte á parte, y que se ajustaba en las ranuras de una palomilla. El torniquete en el cual se arrollaba la cuerda, estaba empotrado en la pared, más abajo del farol, dentro de un pequeño armario de hierro cuya llave tenía el farolero, y hasta la misma cuerda estaba protegida por un tubo de metal.

Juan Valjean, con la energía de una lucha suprema, cruzó la calle de una zancada, entró en un callejón é hizo saltar el pasador del armario con la punta de su navaja: poco después estaba nuevamente junto á Cosette. Tenía ya la cuerda. Son muy listos en sus maniobras esos sombríos descubridores de expedientes, luchando con la fatalidad.

Hemos dicho que los faroles no habían sido encendidos aquella noche. El farol del callejón Genrot estaba, pues, naturalmente, apagado como los demás; y podíase pasar junto al mismo sin notar siquiera que no estaba en su sitio.

Mientras tanto, la hora, el lugar, la obscuridad, la preocupación de Juan Valjean, sus gestos singulares, sus idas y venidas, todo eso empezaba á inquietar á Cosette. Cualquiera otra criatura que ella, hubiera ya gritado hacía rato. Limitóse á tirar á Juan Valjean del faldón de la levita. Seguía oyéndose cada vez más claro el ruido de la patrulla que se acercaba.

—Padre,—dijo ella por lo bajo,—tengo miedo. ¿Quién viene ahí?

—¡Chist!—respondió el pobre hombre.—Es la Thénardier.

Cosette se estremeció. El añadió:

—No digas nada. Déjame hacer á mí. Si gritas, si lloras, la Thénardier te descubre. Viene para llevásete.

Entonces, sin preocuparse, pero sin perder tiempo, con una precisión firme y resuelta, tanto más de notar en semejante caso, ya que la patrulla y Javert, podían aparecer de un instante á otro, quitóse su corbata, pasóla alrededor del cuerpo de Cosette por bajo de los sobacos, teniendo cuidado de no lastimarla, ató la corbata á un cabo de la cuerda por medio de un nudo, llamado de golondrina por las gentes de mar, tomó el otro cabo de la cuerda entre los dientes, quitóse los zapatos y las medias, que arrojó á la otra parte de la tapia, subió sobre el macizo de mampostería, y empezó á elevarse entre el ángulo del muro y de la fachada, con tanta seguridad y aplomo como si hubiese tenido escalones en que apoyar las plantas y los codos. Aún no se había pasado medio minuto estaba ya de rodillas sobre la tapia.

Cosette le miraba con estupor, sin decir una sola palabra. El encargo de Juan Valjean y el nombre de la Thénardier la habían helado.

De súbito oyó la voz de Juan Valjean que le gritaba, pero en voz muy baja.

—Arrímate á la tapia.

Ella obedeció.

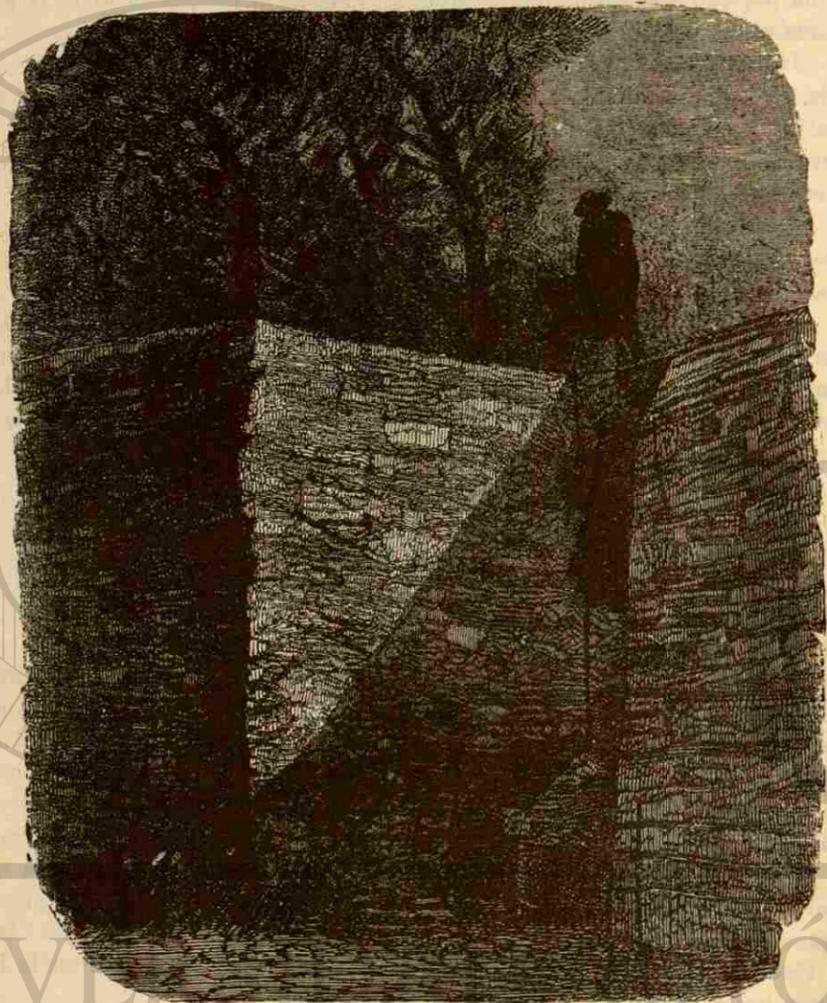
—No hables ni tengas miedo,—repuso Juan Valjean.

Y ella sintió elevarse del suelo.

Antes de que hubiese tenido tiempo de darse cuenta de lo que le sucedía, estaba ya también en lo alto del muro.

Juan Valjean la cogió, cargó con ella á cuestas asiendo sus manecitas con su mano izquierda, echóse boca abajo, y arrastrándose por el corte del muro, llegó

hasta el chaflán. Como se había creído, había allí un cobertizo, cuyo tejado partía de lo alto del cierre de tablas, y descendiendo así hasta el suelo, seguía un plano inclinado muy suave rozando con el tilo. Circunstancia feliz, porque la tapia era mucho más alta por este lado que por el de la calle. Juan Valjean no distinguía el suelo debajo de él, sino á mucha profundidad.



Acababa de llegar al plano indicado del tejado, y no había dejado aún la cresta del muro, cuando un murmullo violento anunció la llegada de la patrulla. Oyóse la voz tonante de Javert:

—¡Regístrese el callejón! La calle Droit Mur está guardada, la callejuela Picpus también. ¡Yo respondo de que está en el callejón!

Los soldados se precipitaron en aquel callejón sin salida.

Juan Valjean se deslizó fácilmente á lo largo del tejado, llevando consigo á Cosette, y al llegar al tilo, saltó á tierra. Fuese miedo ó valor, Cosette no había respirado. Tenía las manos algo desolladas.

VI

Principio de un enigma.

Juan Valjean se hallaba en una especie de jardín vastísimo, de aspecto singular; uno de aquellos jardines tristes que parecen hechos para ser vistos de noche y en invierno. Era el tal jardín de forma oblonga con una calle de grandes álamos en el fondo, con arbolado bastante alto en los lados, y un espacio sin sombra en medio, donde se distinguía un árbol corpulento, aislado: después algunos árboles frutales, torcidos y erizados como gruesos matorrales, cuadros de legumbres, un melonar cuyas campanas de vidrio para resguardarle del frío brillaban á la luz de la luna, y un pozo antiguo. Había aquí y allá bancos de piedra, que parecían negros por el musgo. Las calles estaban bordeadas de pequeños arbustos, sombríos y rectos. La hierba invadía la mitad, y cierto moho verde cubría el resto.

Juan Valjean tenía á su lado el cobertizo cuyo tejado le había servido para bajar, un montón de haces de leña, y detrás, junto á la pared, una estatua de piedra, cuyo semblante mutilado no era ya más que una máscara informe que aparecía vagamente en la obscuridad.

El cobertizo era una especie de ruina donde se distinguían algunas habitaciones desmanteladas, de las cuales una, llena por completo de trastos, parecía ser la única que cumplía su objeto.

El gran edificio de la calle Droit Mur, que daba la vuelta á la callejuela Picpus, presentaba sobre dicho jardín dos fachadas á escuadra. Estas fachadas interiores eran más lúgubres aún que las exteriores. Todas las ventanas tenían rejas. No se entreveía luz en ninguna. En los pisos superiores había tragaluces como en las cárceles. Una de aquellas fachadas proyectaba su sombra sobre la otra, descendiendo hasta el jardín como un inmenso manto negro.

No se veía otra casa alguna. En el fondo del jardín se perdía entre la bruma y la noche. Sin embargo, se distinguían confusamente algo como tapias cruzándose entre sí, indicando que había más allá otros huertos, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

No puede imaginarse nada más aterrador y solitario que aquel jardín. No había nadie, lo que era muy natural dada la hora; pero no parecía que aquel sitio fuese á propósito para que nadie anduviera por él, ni aún en medio de la luz del día.

El primer cuidado de Juan Valjean fué el de buscar y calzarse sus zapatos, entrando luego en el cobertizo con Cosette. Quien huye no se cree jamás bastante escondido. La niña pensando siempre en la Thénardier, participaba del mismo instinto de ocultarse todo lo posible.

Cosette temblaba y se pegaba á él. Oíase el ruido tumultuoso de la patrulla que registraba el callejón y la calle, los culatazos contra las piedras, las voces de Javert llamando á los espías que tenía apostados, y sus imprecaciones mezcladas con palabras que no se entendían claramente.

Después de un cuarto de hora, pareció que aquella especie de zumbido borrasco comenzaba á alejarse; Juan Valjean no respiraba apenas.

Había puesto suavemente su mano sobre la boca de Cosette.

Por lo demás, aquella soledad era tan extrañamente tranquila, que aquel barullo horrible, tan furioso y cercano, no producía en él la menor sombra de turbación. Parecía que aquellos muros estuviesen elevados con las piedras sordas de que nos habla la Escritura.

De pronto, en medio de aquella profunda calma levantóse un ruido nuevo, ruido celeste, divino, inefable, tan embelesador como era el otro horrendo. Era un himno suspenso de las tinieblas, un fulgor de súplica y de armonía en el obscuro y terrorífico silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces compuestas á la vez del acento puro de las vírgenes y del sencillo acento de las niñas; de voces que no son de la tierra y que se parecen á las que los recién nacidos oyen todavía y los moribundos oyen ya. Aquel cántico venía del edificio sombrío que dominaba el jardín. En el instante en que el ruido de los demonios se alejaba, podía decirse que era un coro de ángeles aproximándose en la sombra.

Cosette y Juan Valjean cayeron de rodillas.

No sabían lo que era aquello; no sabían dónde estaban; pero ambos comprendían, el hombre y la niña, el penitente y la inocente, que debían estar de rodillas.

Aquellas voces tenían de extraño que no impedían que el edificio pareciese desierto. Era aquello como un canto sobrenatural en una morada deshabitada.

Mientras cantaban las voces, Juan Valjean no pensaba ya en nada. No veía la noche, veía un cielo azul. Parecía sentir como se le desplegaban las alas que todos tenemos dentro de nosotros.

El canto se apagó. Había tal vez durado largo tiempo. Juan Valjean no hubiera podido decirlo. Las horas de éxtasis no son nunca más que de un minuto.

Todo había vuelto al silencio. Ningún ruido en la calle; ningún ruido en el jardín. Lo amenazador, como lo tranquilizador, se había desvanecido por completo. El viento rozaba sobre la cresta de la tapia algunas yerbas secas, que producían un murmullo suave y lúgubre.

VII

Continuación del enigma.

Soplaba ya la brisa de la noche, la cual indicaba que debía ser la una ó las dos de la madrugada. La pobre Cosette no decía nada. Como se había sentado al lado de Juan Valjean, y apoyaba en él su cabeza, creyó éste que se había dormido. Inclínose y la miró.

La niña tenía los ojos desmedidamente abiertos, y cierto aire pensativo que apenas á Juan Valjean.

Además seguía temblando.

—¿Tienes sueño?—la dijo Juan Valjean.

—Tengo mucho frío,—respondió ella.

Un momento después le preguntó:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién?—dijo Juan Valjean.

—La señora Thénardier.

Juan Valjean había ya olvidado el medio de que se había valido para imponer silencio á Cosette.



—¡Ah!—prorrumpió él.—Se ha ido. No temas ya nada.

La criatura suspiró como si le quitaran del pecho un grave peso.

La tierra estaba húmeda y el cobertizo abierto por todas partes; la brisa era más fresca á cada instante. El buen hombre se quitó el levitón, envolviendo con él á Cosette.

—¿Tienes así menos frío? le preguntó.

—¡Oh! ¡Sí, padre!

—Pues bien, espérate un instante. Vuelvo en seguida.

Salió de las ruinas, y empezó á correr á lo largo del gran edificio, buscando donde cobijarse mejor. Encontró puertas, pero estaban cerradas. Las ventanas del piso bajo todas tenían reja.

Cuando hubo pasado el ángulo interior del edificio, notó que se iba acercando á unas ventanas cintradas, distinguiendo en ellas alguna claridad. Levantóse de puntillas y miró por una de aquellas ventanas. Daban todas á una sala vastísima, embalsosadas con grandes losas, cortada por arcos y pilares, donde no se distinguía nada más que una débil luz y grandes sombras. La luz provenía de una lamparilla encendida en un rincón. Aquella sala estaba desierta, y nada se movía en ella. Sin embargo, á fuerza de mirar, creyó ver en tierra, sobre las losas del pavimento, algo que parecía cubierto por un sudario que aparentaba tener forma humana. Estaba boca abajo, la cara contra el enlosado, los brazos en cruz, en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho que era una especie de serpiente arrastrándose por el suelo, y que aquella forma siniestra tenía el cordel al cuello.

Toda la sala estaba inundada por aquella bruma de los sitios apenas alumbrados, que aumenta sus horrores.

Juan Valjean ha dicho después distintas veces, que aún cuando había visto durante su vida muchos espectáculos fúnebres, nunca había presenciado nada más glacial y terrible que aquella figura enigmática, cumpliendo, quien sabe qué misterio desconocido, en aquel lugar sombrío y así entrevisto en plena noche. Da grima suponer que aquello pudiese ser algún muerto, y más aún todavía pensar que fuese acaso un vivo.

Tuvo el valor de pegar su frente al vidrio y observar si aquello se movería; pero por mucho que así permaneció durante un espacio que le pareció larguísimo la forma extendida no hizo el menor movimiento. De pronto se sintió sobrecogido por cierto indescriptible terror y huyó. Echó á correr hacia el cobertizo sin atreverse á volver la vista atrás. Parecíale que, si volvía la cabeza, vería la figura corriendo detrás de él agitando los brazos.

Llegó jadeante á las ruinas. Doblábasele las rodillas, y el sudor corría por todo su cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Quién habría podido imaginar jamás nada semejante á aquella especie de sepulcro en medio de París? ¿Qué venía á ser aquella extraña mansión? ¿Edificio lleno de misterio nocturno, llamando á las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y cuando acuden, les ofrece bruscamente aquella espantosa visión; prometiéndose abrir las puertas radiantes del cielo y no abriendo más que aquella horrible puerta de la tumba! ¡Y aquello era realmente un edificio, una casa que tenía su número en una calle! ¡No era un sueño! Necesitaba para creerlo tocar las piedras.

El frío, la ansiedad, la inquietud, las emociones de la noche le habían producido una verdadera fiebre, y todas estas ideas chocábanse entre sí dentro de su cerebro.

Acercóse á Cosette. Estaba durmiendo.

VIII

Auméntase el enigma.

La niña había colocado su cabeza sobre una piedra, y se había dormido.

Sentóse él junto á ella, y púsose á contemplarla. Poco á poco, á medida que la miraba, se iba calmando y recobrando la posesión de su libertad de espíritu.

Explicábase claramente esta verdad, fondo de su vida para lo sucesivo, esto es: que mientras ella existiera, mientras ella estuviera cerca de él, no tendría él necesidad de nada sino para ella, ni miedo de nada sino por ella. Ni sentía siquiera que tenía mucho frío, habiéndose quitado su levitón para abrirla á ella.

Sin embargo, al través de la meditación en que había caído, oía hacía algún rato un ruido singular. Era como de un cascabel que se agitara. Aquel ruido estaba en el jardín. Oíale claro, aunque débilmente. Parecíase á la vaga y débil música que producen los cencerros de los ganados pastando por la noche en los prados.

Aquel ruido hizo que se volviese Juan Valjean.

Miró, y vió que había alguien en el jardín.

Un sér que tenía apariencias de hombre, andaba por entre las campanas del melonar, levantándose, bajándose, parándose con movimientos regulares, como si arrastrase ó extendiese alguna cosa por tierra. Aquel sér parecía cojear.

Juan Valjean se estremecía con aquel temblor continuo de los desgraciados, á quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfían del día porque ayuda á verlos, y de la noche porque ayuda á que se les sorprenda. Hacía poco, temblaba de que el jardín estuviese desierto, y entonces se estremecía de que hubiese alguien.

Volvió otra vez de los terrores quiméricos á los terrores reales. Creyó que Javert y los polizontes no se habían marchado tal vez, y que sin duda había quedado gente de observación en la calle; que si aquel hombre le descubría en el jardín, gritaría ladrones, y le entregaría. Cogió entonces suavemente á Cosette dormida entre sus brazos, llevándosela detrás de un montón de muebles y trastos viejos, al rincón más oculto del cobertizo. Cosette no se movió.

Desde allí observó los ademanes del sér que estaba en el melonar. Lo que le parecía extraordinario era que el ruido del cascabel seguía todos los movimientos de aquel hombre. Cuando el hombre se aproximaba, el ruido se aproximaba también, cuando se alejaba, se alejaba el ruido igualmente; si hacía algún gesto precipitado, un "trémolo" acompañaba el gesto; cuando se paraba, cesaba el ruido al mismo tiempo. Parecía, por lo tanto, evidentemente que el cascabel estaba unido al hombre; pero ¿qué podía significar aquello? ¿Quién podía ser aquel individuo que llevaba colgando una campanilla como un carnero ó como un buey.

Haciéndose estas reflexiones, tocó las manos de Cosette. Estaban heladas.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.

Y la llamó en voz baja:

—¡Cosette!

—Pues bien, espérate un instante. Vuelvo en seguida.

Salió de las ruinas, y empezó á correr á lo largo del gran edificio, buscando donde cobijarse mejor. Encontró puertas, pero estaban cerradas. Las ventanas del piso bajo todas tenían reja.

Cuando hubo pasado el ángulo interior del edificio, notó que se iba acercando á unas ventanas cintradas, distinguiendo en ellas alguna claridad. Levantóse de puntillas y miró por una de aquellas ventanas. Daban todas á una sala vastísima, embalsosadas con grandes losas, cortada por arcos y pilares, donde no se distinguía nada más que una débil luz y grandes sombras. La luz provenía de una lamparilla encendida en un rincón. Aquella sala estaba desierta, y nada se movía en ella. Sin embargo, á fuerza de mirar, creyó ver en tierra, sobre las losas del pavimento, algo que parecía cubierto por un sudario que aparentaba tener forma humana. Estaba boca abajo, la cara contra el enlosado, los brazos en cruz, en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho que era una especie de serpiente arrastrándose por el suelo, y que aquella forma siniestra tenía el cordel al cuello.

Toda la sala estaba inundada por aquella bruma de los sitios apenas alumbrados, que aumenta sus horrores.

Juan Valjean ha dicho después distintas veces, que aún cuando había visto durante su vida muchos espectáculos fúnebres, nunca había presenciado nada más glacial y terrible que aquella figura enigmática, cumpliendo, quien sabe qué misterio desconocido, en aquel lugar sombrío y así entrevisto en plena noche. Da grima suponer que aquello pudiese ser algún muerto, y más aún todavía pensar que fuese acaso un vivo.

Tuvo el valor de pegar su frente al vidrio y observar si aquello se movería; pero por mucho que así permaneció durante un espacio que le pareció larguísimo la forma extendida no hizo el menor movimiento. De pronto se sintió sobrecogido por cierto indescriptible terror y huyó. Echó á correr hacia el cobertizo sin atreverse á volver la vista atrás. Parecíale que, si volvía la cabeza, vería la figura corriendo detrás de él agitando los brazos.

Llegó jadeante á las ruinas. Doblábasele las rodillas, y el sudor corría por todo su cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Quién habría podido imaginar jamás nada semejante á aquella especie de sepulcro en medio de París? ¿Qué venía á ser aquella extraña mansión? ¿Edificio lleno de misterio nocturno, llamando á las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y cuando acuden, les ofrece bruscamente aquella espantosa visión; prometiéndose abrir las puertas radiantes del cielo y no abriendo más que aquella horrible puerta de la tumba! ¡Y aquello era realmente un edificio, una casa que tenía su número en una calle! ¡No era un sueño! Necesitaba para creerlo tocar las piedras.

El frío, la ansiedad, la inquietud, las emociones de la noche le habían producido una verdadera fiebre, y todas estas ideas chocábanse entre sí dentro de su cerebro.

Acercóse á Cosette. Estaba durmiendo.

VIII

Auméntase el enigma.

La niña había colocado su cabeza sobre una piedra, y se había dormido.

Sentóse él junto á ella, y púsose á contemplarla. Poco á poco, á medida que la miraba, se iba calmando y recobrando la posesión de su libertad de espíritu.

Explicábase claramente esta verdad, fondo de su vida para lo sucesivo, esto es: que mientras ella existiera, mientras ella estuviera cerca de él, no tendría él necesidad de nada sino para ella, ni miedo de nada sino por ella. Ni sentía siquiera que tenía mucho frío, habiéndose quitado su levitón para abrirla á ella.

Sin embargo, al través de la meditación en que había caído, oía hacía algún rato un ruido singular. Era como de un cascabel que se agitara. Aquel ruido estaba en el jardín. Oíale claro, aunque débilmente. Parecíase á la vaga y débil música que producen los cencerros de los ganados pastando por la noche en los prados.

Aquel ruido hizo que se volviese Juan Valjean.

Miró, y vió que había alguien en el jardín.

Un sér que tenía apariencias de hombre, andaba por entre las campanas del melonar, levantándose, bajándose, parándose con movimientos regulares, como si arrastrase ó extendiese alguna cosa por tierra. Aquel sér parecía cojear.

Juan Valjean se estremecía con aquel temblor continuo de los desgraciados, á quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfían del día porque ayuda á verlos, y de la noche porque ayuda á que se les sorprenda. Hacía poco, temblaba de que el jardín estuviese desierto, y entonces se estremecía de que hubiese alguien.

Volvió otra vez de los terrores quiméricos á los terrores reales. Creyó que Javert y los polizontes no se habían marchado tal vez, y que sin duda había quedado gente de observación en la calle; que si aquel hombre le descubría en el jardín, gritaría ladrones, y le entregaría. Cogió entonces suavemente á Cosette dormida entre sus brazos, llevándosela detrás de un montón de muebles y trastos viejos, al rincón más oculto del cobertizo. Cosette no se movió.

Desde allí observó los ademanes del sér que estaba en el melonar. Lo que le parecía extraordinario era que el ruido del cascabel seguía todos los movimientos de aquel hombre. Cuando el hombre se aproximaba, el ruido se aproximaba también, cuando se alejaba, se alejaba el ruido igualmente; si hacía algún gesto precipitado, un "trémolo" acompañaba el gesto; cuando se paraba, cesaba el ruido al mismo tiempo. Parecía, por lo tanto, evidentemente que el cascabel estaba unido al hombre; pero ¿qué podía significar aquello? ¿Quién podía ser aquel individuo que llevaba colgando una campanilla como un carnero ó como un buey.

Haciéndose estas reflexiones, tocó las manos de Cosette. Estaban heladas.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.

Y la llamó en voz baja:

—¡Cosette!

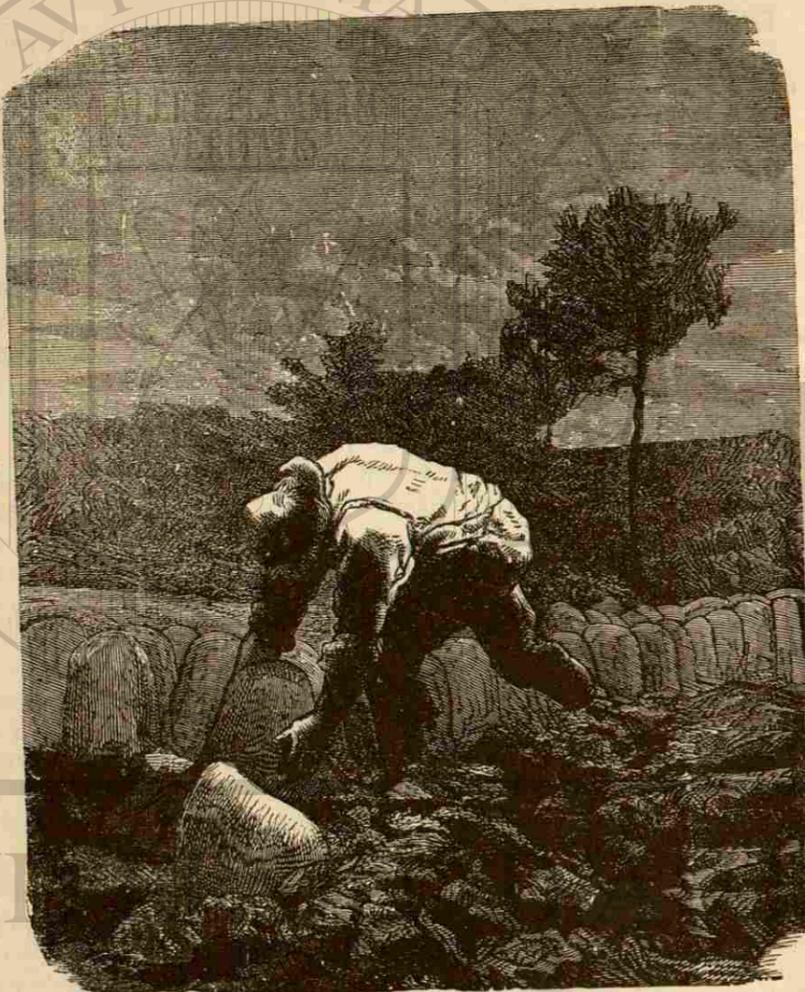
Ella no abrió los ojos.

Sacudióla vivamente.

No despertó.

—¡Estará muerta!—dijo para sí; y se levantó, temblando de pies á cabeza.

Las ideas más horribles atravesaron su espíritu confusamente. Hay momentos en que nos asaltan las suposiciones más horribles como un escuadrón de furias,



forzando violentamente las paredes de nuestro cerebro. Cuando se trata de aquellos á quienes amamos, nuestra prudencia inventa todas las locuras. Recordó que el sueño puede ser mortal al contacto del aire de una noche fría.

Cosette, pálida, estaba tendida en tierra á sus pies, sin hacer el menor movimiento.

Escuchó su respiración; respiraba, es verdad, pero á su parecer tan débilmente, que pensó se extinguía.

¿Cómo reanimarla? ¿Cómo despertarla? Todo lo que no era esto se borró de su mente. Salió desatentado de entre las ruinas.

Era absolutamente necesario que antes de un cuarto de hora estuviese Cosette delante de la lumbre, y en la cama.

IX

El hombre del cascabel.

Fuese derecho al hombre que veía en el jardín, llevando en la mano el paquete de dinero que sacó del bolsillo de su chaleco.

Aquel hombre tenía inclinada la cabeza, y no le vió acercarse. En pocos pasos Juan Valjean se puso á su lado, y dirigiéndose al hombre exclamó por todo saludo:

—¡Cien francos!

Sobresaltóse el hombre y levantó los ojos:

—¡Cien francos á ganar,—repitió Juan Valjean,—si me dáis asilo por esta noche!

La luna iluminaba de lleno el asustado semblante de Juan Valjean.

—¡Calle! ¡Sois vos, señor Magdalena!—exclamó el hombre.

Este nombre, pronunciado á aquella hora sombría, en aquel lugar solitario, por aquel hombre desconocido, hizo retroceder á Juan Valjean.

Todo se lo esperaba menos eso. El que le hablaba era un viejo, cojo y encorvado, vestido casi como un aldeano, que llevaba en la pierna izquierda una rodillera de cuero, de la que pendía un gran cascabel. No se distinguía su semblante por estar en la sombra.

Entre tanto, el hombre se había descubierto y exclamaba temblando:

—¡Ay! ¡Dios mío! ¿Cómo estáis aquí, señor Magdalena? ¿Por dónde habéis entrado? ¡Jesús! ¡Dios mío! ¿Habéis caído del cielo? Pero no lo extraño; si caéis alguna vez, del cielo caeréis... Pero ¿cómo es esto? ¿Vos sin corbata, ni sombrero, ni levita? ¿Sabéis que hubiérais dado miedo á quien no os hubiese conocido...? ¡Sin levita! ¡Señor, Dios mío! Pero ¿es que los santos se han vuelto locos hoy...? Pero ¿cómo habéis entrado aquí?

Una palabra no esperaba la otra. El buen viejo hablaba con una volubilidad en que no se descubría inquietud alguna; decía todo esto con cierta mezcla de asombro y sencilla honradez.

—¿Quién sois vos? ¿Qué casa es esta?—preguntó Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Pardiéz! ¡Eso sí que es gracioso!—exclamó el viejo.—Estoy aquí colocado por vos; y es esta la casa en que me colocásteis. ¡Cómo! ¿No me conocéis?

—No,—dijo Juan Valjean.—¿Cómo me conocéis vos á mí?

—Me habéis salvado la vida,—dijo el hombre.

Entonces se volvió, y á la luz de un rayo de luna conoció Juan Valjean al tío Fauchelvent.

—¡Ah!—dijo Juan Valjean.—Sí, os reconozco.

—¡Me alegro!—dijo el viejo en tono de reconvención.

—¿Y qué hacéis aquí?—preguntó Valjean.

—¡Toma! Estoy cubriendo mis melones.

En efecto; el tío Fauchelvent tenía en la mano, en el momento en que Juan Valjean se le acercó, uno de los serones que iba extendiendo sobre el melonar, y había ya colocado muchos otros en una hora que hacía que estaba en el jardín. Era esta operación lo que le obligaba á hacer los movimientos particulares que había observado Juan Valjean desde el cobertizo. El hombre continuó:

—Yo me he dicho: la luna es muy brillante, va á helar; pues voy á ponerles el carrich á mis melones para que no se constipen.—Y añadió, mirando á Juan Valjean y riéndose:—¡Habráis hecho muy bien en hacer vos lo mismo! ¿Pero cómo os veo así?

Juan Valjean, viendo que este hombre le conocía, á lo menos por señor Magdalena no adelantaba sino cautelosamente. El multiplicaba las preguntas.

¡Cosa rara! ¡Los papeles parecían trocados! El intruso era quien interrogaba.

—¿Y qué campanilla es esa que lleváis en la pierna?

—Eso,—dijo Fauchelvent,—es para que eviten mi presencia.

—¿Cómo! ¿Para que eviten vuestra presencia?

El viejo Fauchelvent guiñó el ojo de un modo inexplicable.

—¡Virgen santa! En esta casa no hay más que mujeres, hay muchas jóvenes, y parece que es peligrosa mi presencia. El cascabel las avisa y cuando yo me acerco ellas se alejan.

—¿Pues qué casa es esta?

—¡Toma! Bien debéis saberlo.

—No, ¿qué he de saber!

—¿Pues no me habéis hecho colocar aquí de jardinero?

—Respondedme como si nada supiera.

—Pues bien: éste es el convento del pequeño Picpus.

Juan Valjean iba coordinando sus recuerdos. La casualidad, es decir, la Providencia, le había arrojado precisamente en el convento del barrio de San Antonio, en que por recomendación suya había sido admitido hacía dos años el tío Fauchelvent, inutilizado de resultas de la caída de su carreta.

Repitió, pues, como hablando consigo mismo:

—¡El convento del pequeño Picpus!

—Pero al hecho,—dijo Fauchelvent.—¿Cómo diablos habéis entrado aquí señor Magdalena? Por más que podéis ser muy bien un santo, sois un hombre, y los hombres no pueden entrar aquí.

—Pues, ¿no estáis vos?

—No hay nadie más que yo.

—Sin embargo,—dijo Juan Valjean,—es preciso que yo me quede aquí.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Fauchelvent.

Juan Valjean se aproximó al buen viejo, y le dijo con acento grave:

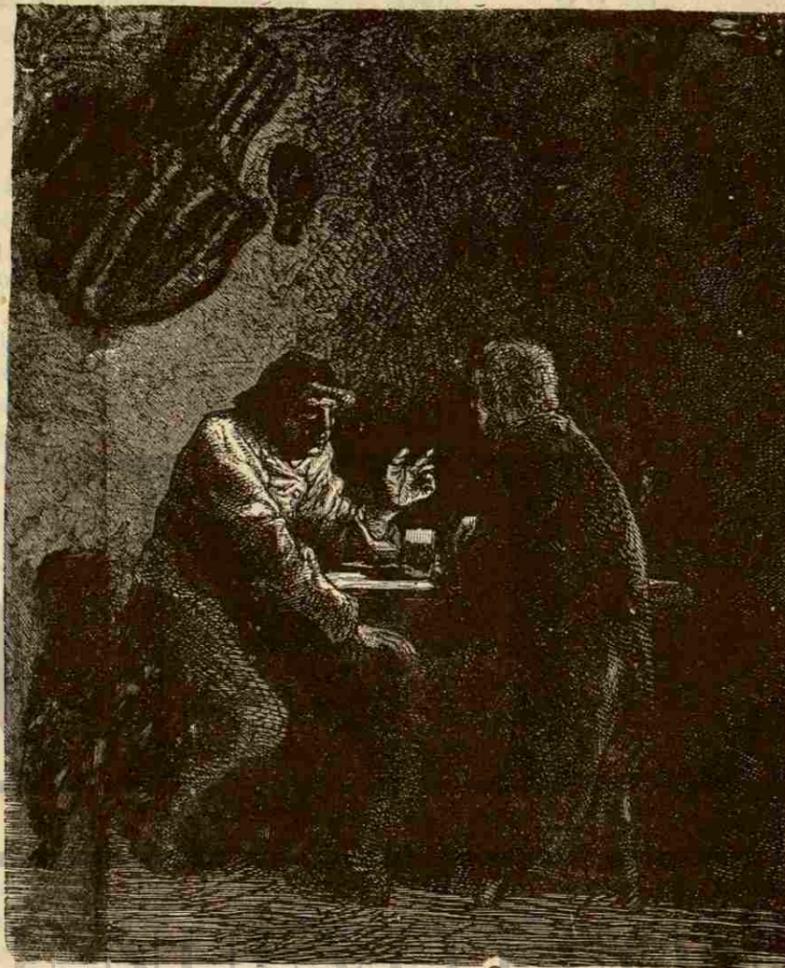
—Tío Fauchelvent, yo os salvé la vida.

—Yo he sido el primero en recordarlo,—respondió Fauchelvent.

—Pues bien; hoy podéis hacer por mí lo que yo hice por vos en otra ocasión.

Fauchelvent tomó entre sus arrugadas y temblorosas manos las dos robustas de Juan Valjean, y permaneció algunos momentos como si no pudiese hablar.

Por fin exclamó:



—¡Oh, sería una bendición del Dios bueno que yo pudiera hacer algo por vos! ¡Yo salvaros la vida...! Señor alcalde, disponed de este pobre anciano.

Su rostro se había como transfigurado por un sentimiento de admirable alegría; parecía irradiar.

—¿Qué queréis que haga?—preguntó.

—Ya os lo explicaré. ¿Tenéis aquí dentro habitación?

Tengo una choza aislada, allá detrás de las ruinas del antiguo convento, en un rincón oculto á todo el mundo. Allí hay tres cuartitos.

La barraca estaba, efectivamente, tan oculta detrás de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Juan Valjean tampoco la había visto.

—Bien,—dijo Juan Valjean.—Ahora tengo que pedir dos cosas.

—¿Cuáles, señor alcalde?

—La primera es que no digáis á nadie lo que sabéis de mí. La segunda que no tratéis de saber más.

—Como queráis. Sé que no podéis hacer nada que no sea bueno, y que siempre seréis un hombre de bien... Además, vos me habéis empleado aquí; soy vuestro, estoy á vuestras órdenes.

—Está bien. Ahora venid conmigo. Vamos por la niña.

—¡Ah!—dijo Fauchelvent.—¡Hay una niña!

Sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como sigue á su amo un perro.

Habría pasado como media hora, cuando Cosette, iluminada por la llama de una buena hoguera, dormía en la casa del jardinero. Juan Valjean se había vuelto á poner la corbata y el levitón, y había encontrado el sombrero arrojado por encima de la tapia. Mientras que Juan Valjean se ponía la levita, Fauchelvent se había quitado la rodillera con el cascabel, que, colgada de un clavo cerca de un canasto, era una especie de adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados los codos sobre una mesa, en que Fauchelvent había puesto un pedazo de queso, pan moreno, una botella de vino y dos vasos. El viejo decía á Juan Valjean, poniéndole la mano en la rodilla:—¡Ay, señor Magdalena! ¡No me habéis conocido en seguida! ¡Salváis la vida á la gente, y después la olvidáis! ¡Oh! ¡Eso está muy mal! ¡Ellos sin embargo se acuerdan de vos! ¡Sois un ingrato!

X

Donde se explica como Javert había espiado inútilmente.

Los acontecimientos que acabamos de describir en orden inverso, por así decirlo, habían tenido lugar en las condiciones más sencillas.

Cuando Juan Valjean, en la noche del mismo día en que Javert le prendió al lado del lecho mortuorio de Fantina, se escapó de la cárcel municipal de M* sur M*, la policía supuso que se habría dirigido á París. París es un embrollo donde todo se pierde, y todo desaparece en el seno de su mundo, como en el seno de la mar. No hay espesura que oculte á un hombre como aquella multitud. Los fugitivos de toda especie lo saben muy bien, y van á París como á un abismo; hay abismos que salvan.

La policía lo sabe igualmente, y así es que busca en París lo que ha perdido en otra parte. Allí buscó, pues, al ex-alcalde de M* sur M*. Javert fué llamado á París para auxiliar á la policía en la persecución, y el celoso inspector ayudó en efecto poderosamente, á la captura de Juan Valjean. El celo é inteligencia de Javert en aquella ocasión fueron mencionados por el señor Chabouillet, secretario de la prefectura en tiempo del conde Anglés, quien por lo tanto habiendo ya protegido á Javert, consiguió que el inspector de M* sur M* fuese incorporado á la policía de París. Ya en ella, Javert se hizo varias veces, y lo diremos aunque la frase parezca impropia de semejantes trabajos, honrosamente útil.

Ya no se acordaba de Juan Valjean: estos perros, siempre en acecho olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy: cuando en Diciembre de 1823 leyó un periódico, cosa que no acostumbraba, pero como monárquico, quiso saber los detalles de la entrada triunfal del "príncipe generalísimo" en Bayona. Cuando acabó el artículo, objeto de su interés, llamó su atención en lo último de la página un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean había muerto, y publicaba la noticia en términos tan formales, que á Javert no le cupo la menor duda; limitóse á decir: "Es ese el registro mejor". Después dejó el periódico, sin acordarse más.

Algún tiempo después, una nota transmitida por la prefectura del Sena Oise á la prefectura de París, advertía el robo de una niña, según decía, verificado con circunstancias particulares, en el término municipal de Montfermeil. Una niña de siete á ocho años, decía la nota, que había sido confiada por su madre á un posadero de la población, había sido robada por un desconocido. Aquella niña respondía al nombre de Cosette, y era hija de una mujer llamada Fantina, muerta en un hospital de no se sabía dónde ni cuándo. Esta nota pasó por las manos de Javert, y le dió que pensar.

El nombre de Fantina le era muy conocido; y recordaba que Juan Valjean le había hecho reír, pidiéndole un plazo de tres días para ir á buscar á la hija de la enferma. Recordó que Juan Valjean fué detenido en París en el momento en que subía en la diligencia de Montfermeil. Ciertos indicios habían hecho creer que era la segunda vez que subía en aquel carruaje, y que el día antes había hecho una excursión por los alrededores de Montfermeil, puesto que no había sido visto en el pueblo. ¿Qué tenía que hacer en Montfermeil? Nadie había podido averiguarlo, pero Javert lo adivinó entonces. Allí estaba la hija de Fantina. Juan Valjean iba á buscarla. Aquella niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podía ser el desconocido? ¿Sería tal vez Juan Valjean? Pero Juan Valjean había muerto.

Javert, sin decir nada á nadie, tomó el carruaje del "Plato de estaño", en el callejón de la Planchette, é hizo un viaje á Montfermeil.

Creyendo encontrar allí una gran luz, encontró solamente obscuridad.

Durante los primeros días, los Thénardier, desesperados, habían charlado. La desaparición de la Alondra había hecho ruido en la población, habiéndose dado mil versiones á la historia, que había acabado por presentarse como la del rapto de una niña. De ahí la nota de la policía. Sin embargo, pasada la primera impresión, Thénardier, con su admirable instinto, había comprendido en seguida que no era conveniente llamar mucho la atención del procurador del rey, y que sus quejas sobre el "rapto" de Cosette tendrían por primer resultado atraer sobre sí, y sobre muchos negocios que tenía, la penetrante mirada de la justicia. Lo primero que los buhos rechazan, es la proximidad de la luz. ¿Cómo se justificaría de los mil quinientos francos que había recibido? Dió, pues, vuelta al asunto, amordazó á su mujer, haciéndose el asombrado cuando le hablaba alguien "de la niña robada".

No sabía de qué se hablaba. Es verdad que se había quejado en el instante preciso en que "le quitaban" tan pronto su niña querida; que hubiera deseado tenerla consigo siquiera dos ó tres días más; pero como era "su abuelo" quien había ido á buscarla, nada más natural en el mundo. Había añadido, que el abuelo hizo

—Bien,—dijo Juan Valjean.—Ahora tengo que pedir dos cosas.

—¿Cuáles, señor alcalde?

—La primera es que no digáis á nadie lo que sabéis de mí. La segunda que no tratéis de saber más.

—Como queráis. Sé que no podéis hacer nada que no sea bueno, y que siempre seréis un hombre de bien... Además, vos me habéis empleado aquí; soy vuestro, estoy á vuestras órdenes.

—Está bien. Ahora venid conmigo. Vamos por la niña.

—¡Ah!—dijo Fauchelvent.—¡Hay una niña!

Sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como sigue á su amo un perro.

Habría pasado como media hora, cuando Cosette, iluminada por la llama de una buena hoguera, dormía en la casa del jardinero. Juan Valjean se había vuelto á poner la corbata y el levitón, y había encontrado el sombrero arrojado por encima de la tapia. Mientras que Juan Valjean se ponía la levita, Fauchelvent se había quitado la rodillera con el cascabel, que, colgada de un clavo cerca de un canasto, era una especie de adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados los codos sobre una mesa, en que Fauchelvent había puesto un pedazo de queso, pan moreno, una botella de vino y dos vasos. El viejo decía á Juan Valjean, poniéndole la mano en la rodilla:—¡Ay, señor Magdalena! ¡No me habéis conocido en seguida! ¡Salváis la vida á la gente, y después la olvidáis! ¡Oh! ¡Eso está muy mal! ¡Ellos sin embargo se acuerdan de vos! ¡Sois un ingrato!

X

Donde se explica como Javert había espiado inútilmente.

Los acontecimientos que acabamos de describir en orden inverso, por así decirlo, habían tenido lugar en las condiciones más sencillas.

Cuando Juan Valjean, en la noche del mismo día en que Javert le prendió al lado del lecho mortuorio de Fantina, se escapó de la cárcel municipal de M* sur M*, la policía supuso que se habría dirigido á París. París es un embrollo donde todo se pierde, y todo desaparece en el seno de su mundo, como en el seno de la mar. No hay espesura que oculte á un hombre como aquella multitud. Los fugitivos de toda especie lo saben muy bien, y van á París como á un abismo; hay abismos que salvan.

La policía lo sabe igualmente, y así es que busca en París lo que ha perdido en otra parte. Allí buscó, pues, al ex-alcalde de M* sur M*. Javert fué llamado á París para auxiliar á la policía en la persecución, y el celoso inspector ayudó en efecto poderosamente, á la captura de Juan Valjean. El celo é inteligencia de Javert en aquella ocasión fueron mencionados por el señor Chabouillet, secretario de la prefectura en tiempo del conde Anglés, quien por lo tanto habiendo ya protegido á Javert, consiguió que el inspector de M* sur M* fuese incorporado á la policía de París. Ya en ella, Javert se hizo varias veces, y lo diremos aunque la frase parezca impropia de semejantes trabajos, honrosamente útil.

Ya no se acordaba de Juan Valjean: estos perros, siempre en acecho olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy: cuando en Diciembre de 1823 leyó un periódico, cosa que no acostumbraba, pero como monárquico, quiso saber los detalles de la entrada triunfal del "príncipe generalísimo" en Bayona. Cuando acabó el artículo, objeto de su interés, llamó su atención en lo último de la página un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean había muerto, y publicaba la noticia en términos tan formales, que á Javert no le cupo la menor duda; limitóse á decir: "Es ese el registro mejor". Después dejó el periódico, sin acordarse más.

Algún tiempo después, una nota transmitida por la prefectura del Sena Oise á la prefectura de París, advertía el robo de una niña, según decía, verificado con circunstancias particulares, en el término municipal de Montfermeil. Una niña de siete á ocho años, decía la nota, que había sido confiada por su madre á un posadero de la población, había sido robada por un desconocido. Aquella niña respondía al nombre de Cosette, y era hija de una mujer llamada Fantina, muerta en un hospital de no se sabía dónde ni cuándo. Esta nota pasó por las manos de Javert, y le dió que pensar.

El nombre de Fantina le era muy conocido; y recordaba que Juan Valjean le había hecho reír, pidiéndole un plazo de tres días para ir á buscar á la hija de la enferma. Recordó que Juan Valjean fué detenido en París en el momento en que subía en la diligencia de Montfermeil. Ciertos indicios habían hecho creer que era la segunda vez que subía en aquel carruaje, y que el día antes había hecho una excursión por los alrededores de Montfermeil, puesto que no había sido visto en el pueblo. ¿Qué tenía que hacer en Montfermeil? Nadie había podido averiguarlo, pero Javert lo adivinó entonces. Allí estaba la hija de Fantina. Juan Valjean iba á buscarla. Aquella niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podía ser el desconocido? ¿Sería tal vez Juan Valjean? Pero Juan Valjean había muerto.

Javert, sin decir nada á nadie, tomó el carruaje del "Plato de estaño", en el callejón de la Planchette, é hizo un viaje á Montfermeil.

Creyendo encontrar allí una gran luz, encontró solamente obscuridad.

Durante los primeros días, los Thénardier, desesperados, habían charlado. La desaparición de la Alondra había hecho ruido en la población, habiéndose dado mil versiones á la historia, que había acabado por presentarse como la del rapto de una niña. De ahí la nota de la policía. Sin embargo, pasada la primera impresión, Thénardier, con su admirable instinto, había comprendido en seguida que no era conveniente llamar mucho la atención del procurador del rey, y que sus quejas sobre el "rapto" de Cosette tendrían por primer resultado atraer sobre sí, y sobre muchos negocios que tenía, la penetrante mirada de la justicia. Lo primero que los buhos rechazan, es la proximidad de la luz. ¿Cómo se justificaría de los mil quinientos francos que había recibido? Dió, pues, vuelta al asunto, amordazó á su mujer, haciéndose el asombrado cuando le hablaba alguien "de la niña robada".

No sabía de qué se hablaba. Es verdad que se había quejado en el instante preciso en que "le quitaban" tan pronto su niña querida; que hubiera deseado tenerla consigo siquiera dos ó tres días más; pero como era "su abuelo" quien había ido á buscarla, nada más natural en el mundo. Había añadido, que el abuelo hizo

bien. Esta fué la historia que oyó Javert cuando llegó á Montfermeil. El abuelo desvanecía para él á Juan Valjean.

Javert, sin embargo, introdujo algunas preguntas á manera de sondas en la historia de Thénardier. ¿Quién era y cómo se llamaba el abuelo? Thénardier respondió sencillamente:

—Es un labrador rico. He visto su pasaporte, y me parece que se llama Guillermo Lambert.

Lambert era nombre de hombre de bien y tranquilizador. Javert se volvió á París.

—Juan Valjean está bien muerto,—dijose á sí mismo;—¡qué torpe soy!

Comenzaba ya á olvidar toda aquella historia, cuando en Marzo de 1824 oyó hablar de un extraño personaje que vivía en la parroquia de San Medardo, conocido por “el mendigo que daba limosna”. Este personaje era, según se decía, un rentista de quien nadie sabía el nombre, que vivía solo con una niña de ocho años, que tampoco sabía más sino que había venido de Montfermeil. ¡Montfermeil! Este nombre, sonado de nuevo á los oídos de Javert, llamó su atención. Un viejo mendigo, polizonte, que había sido bedel, al cual daba limosna el desconocido, dió otros varios detalles. El rentista era un hombre muy huraño; no salía más que de noche; no hablaba á nadie; á los pobres alguna que otra vez; no permitía que nadie se le acercase.

Llevaba un feo y viejo levitón amarillo, que valía muchos millones, por estar forrado de billetes de banco. Esto picó decididamente la curiosidad de Javert; y con objeto de ver de cerca á aquel hombre extraordinario sin asustarle, se puso un día el traje del pordiosero, y ocupó el lugar en que el soplón se acurrucaba todas las tardes, murmurando oraciones y espiando al través de su rezo.

“El individuo sospechoso” llegóse en efecto á Javert disfrazado, y le dió limosna; en aquel momento Javert levantó la cabeza, y Juan Valjean recibió la misma impresión al reconocer á Javert, que Javert al reconocer á Juan Valjean.

Sin embargo, la obscuridad hubiera podido engañarle; la muerte de Juan Valjean era oficial. Quedaban, pues, á Javert graves dudas, y en la duda, Javert, el hombre escrupuloso, no ponía su mano encima de nadie.

Siguió á su hombre hasta la casa de Cuervo, é hizo “hablar á la vieja”, lo cual no era difícil. La vieja confirmó lo del levitón forrado de millones, contándole el episodio del billete de mil francos. ¡Ella le había visto! ¡Ella le había tocado! Javert alquiló un cuarto, en el cual se instaló aquella misma noche. Púsose á escuchar á la puerta del misterioso huésped, esperando oír el sonido de su voz; pero Juan Valjean vió su luz por la cerradura, y chasqueó al espía, guardando silencio.

Al día siguiente Juan Valjean se marchó. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que dejó caer fué notado por la vieja, quien, oyendo sonar dinero conoció que se iba á mudar, y se apresuró á avisar á Javert. Por la noche, cuando salió Juan Valjean, le estaba esperando Javert detrás de los árboles del boulevard en compañía de dos hombres.

Javert había pedido auxilio á la prefectura, pero no había dicho el nombre del individuo á quien pensaba prender. Este era su secreto, que se había guardado por tres razones: en primer lugar, por la menor indiscreción podía despertar

las sospechas de Juan Valjean; luego, porque echar mano á un antiguo presidiario escapado y tenido por muerto, á un condenado clasificado para siempre por la justicia “entre los malhechores de peor condición”, era un gran servicio, que de seguro los antiguos polizontes de París no abandonarían á un novato como Javert, y temía que le arrebatasen su ex-presidiario; y finalmente, porque Javert era artista, y gustaba de lo imprevisto. Odiaba los sucesos anunciados, que pierden su mérito con lo que se habla de ellos antes de tiempo. Gustábale elaborar en la sombra sus grandes obras, y desenvolverlas después bruscamente.

Javert había seguido á Juan Valjean de árbol en árbol, luego de esquina en esquina y no le había perdido de vista un solo instante, ni aún en los momentos en que Juan Valjean se creía en mayor seguridad. Pero ¿por qué Javert no detenía á Juan Valjean? Porque dudaba aún.

Debe recordarse que en aquella época la policía no obraba con toda libertad; la prensa libre la tenía á raya. Algunas detenciones arbitrarias denunciadas por los periódicos, habían resonado en las Cámaras é intimidado á la Prefectura. Atentar á la libertad individual era un hecho grave.

Los agentes temían equivocarse, porque el prefecto les hacía responsables á ellos, y un error importaba una destitución. Figurémonos el efecto que hubiera producido en París este breve suelto, reproducido por veinte periódicos:

“Ayer un anciano de cabellos blancos, respetable rentista, que paseaba acompañado de una niña de ocho años, nieta suya, fué detenido y conducido al depósito de la Prefectura como desertor de presidio”.

Debemos repetir también, que Javert tenía sus escrúpulos; las prevenciones de su conciencia se unían á las prevenciones del prefecto. Dudaba en realidad.

Juan Valjean volvía la espalda, y marchaba en la obscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el cansancio, el nuevo disgusto de verse obligado á huir de noche y buscar á la ventura un asilo en París para Cosette y para él, la necesidad de regular un paso al de una niña, todo esto había cambiado el modo de andar de Juan Valjean é impreso en su cuerpo tal aire de senectud, que la policía, encarnada en Javert, podía engañarse, y se engañó. La imposibilidad de aproximarse mucho, un traje de preceptor emigrado, la declaración de Thénardier que le hacía abuelo, y finalmente la creencia de su muerte en el penal, aumentaba la incertidumbre que iba acrecentándose en el espíritu de Javert.

Tuvo por un momento intención de detener bruscamente á Juan Valjean y pedirle sus documentos. Pero si aquel hombre no era Juan Valjean, y si no era el viejo y honrado rentista, podía seguramente ser algún bribón profunda y hábilmente mezclado en la obscura trama de los crímenes de París, algún jefe de partida peligroso, que daba limosna para ocultar sus mañas, costumbre ya generalizada. Tendría sin duda compañeros, cómplices, y lugares á propósito para ocultarse. Todas aquellas vueltas y revueltas que daba parecían indicar que no era simplemente un buen hombre. Detenerle de súbito, era “matar la gallina de los huevos de oro”. Por otra parte, ¿qué inconveniente había en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparía.

Le seguía, pues, bastante perplejo, é interrogándose cien veces acerca de aquel personaje enigmático.

Hasta que llegó á la calle Pontoise, gracias á la viva luz que salía de una ta-

berna, no reconoció sin la menor duda á Juan Valjean. Existen en el mundo dos seres que se estremecen profundamente: la madre cuando encuentra á su hijo perdido, y el tigre cuando encuentra á su presa. Javert experimentó entonces ese estremecimiento profundo. Desde que tuvo la seguridad de que aquel hombre era Juan Valjean, el terrible presidiario, advirtió que en su persecución no le acompañaban más que dos agentes, y pidió auxilio al comisario de policía de la calle de Pontoise. Para coger una vara de espino, hay que ponerse guantes.

El tiempo que advirtió para ello, y un minuto que se paró en la encrucijada Rollin para dar instrucciones á su agente, le hicieron perder la pista. No obstante, conoció en seguida que Juan Valjean trataría de poner el río entre él y sus perseguidores. Recogió la cabeza y reflexionó un momento como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir el rastro. Javert, con su poderosa rectitud de instinto, se fué derecho al puente de Austerlitz. Una frase del peajero le puso al corriente:

—¿Habéis visto un hombre con una niña?

—Le he cobrado dos sueldos,—dijo el peajero.

Javert entró en el puente en el momento preciso de estar Juan Valjean al otro lado del río, atravesando, con Cosette de la mano, el espacio iluminado por la luna. Le vió entrar en la calle de Chemin ver Saint Antoine; recordó el callejón Genrot que no tiene salida, situado allí como una trampa, y la única salida de la calle de Droit Mur á la calle de Picpus. "Le cogió las vueltas", como dicen los cazadores, y envió inmediatamente uno de sus agentes para que guardase aquella salida. Vió una patrulla que volvía al cuerpo de guardia del Arsenal; pidió auxilio, y se hizo acompañar por ella. En tales partidas, soldados son triunfos, para todo sirven. Para cercar al javalí se necesita conocer la montería y tener muchos perros. Combinadas tales disposiciones, teniendo á Juan Valjean cogido entre el callejón por la derecha, su agente por la izquierda y él por detrás, tomó un polvo de tabaco.

Después empezó á obrar. Tuvo un momento de alegría infernal; dejó ir su presa delante de él, en la confianza de que la tenía segura, deseando retardar todo lo posible el instante de echarle mano, gozándose en tenerle cogido y verle marchar libre, pero cubriéndole con esa cruel y voluptuosa mirada de la araña, que deja volar la mosca, y del gato que deja que corra el ratón. La uña y la garra tienen una sensualidad monstruosa que se deleita con los movimientos confusos de la bestia aprisionada en su tenaza. ¡Cuánta delicia encierra aquella opresión!

Javert gozaba. Las mallas de su red estaban sólidamente unidas. Estaba seguro del triunfo; ya no tenía que hacer otra cosa que cerrar la mano.

Acompañado como iba, era imposible toda idea de resistencia, cualesquiera que fuesen la energía, vigor y desesperación de Juan Valjean.

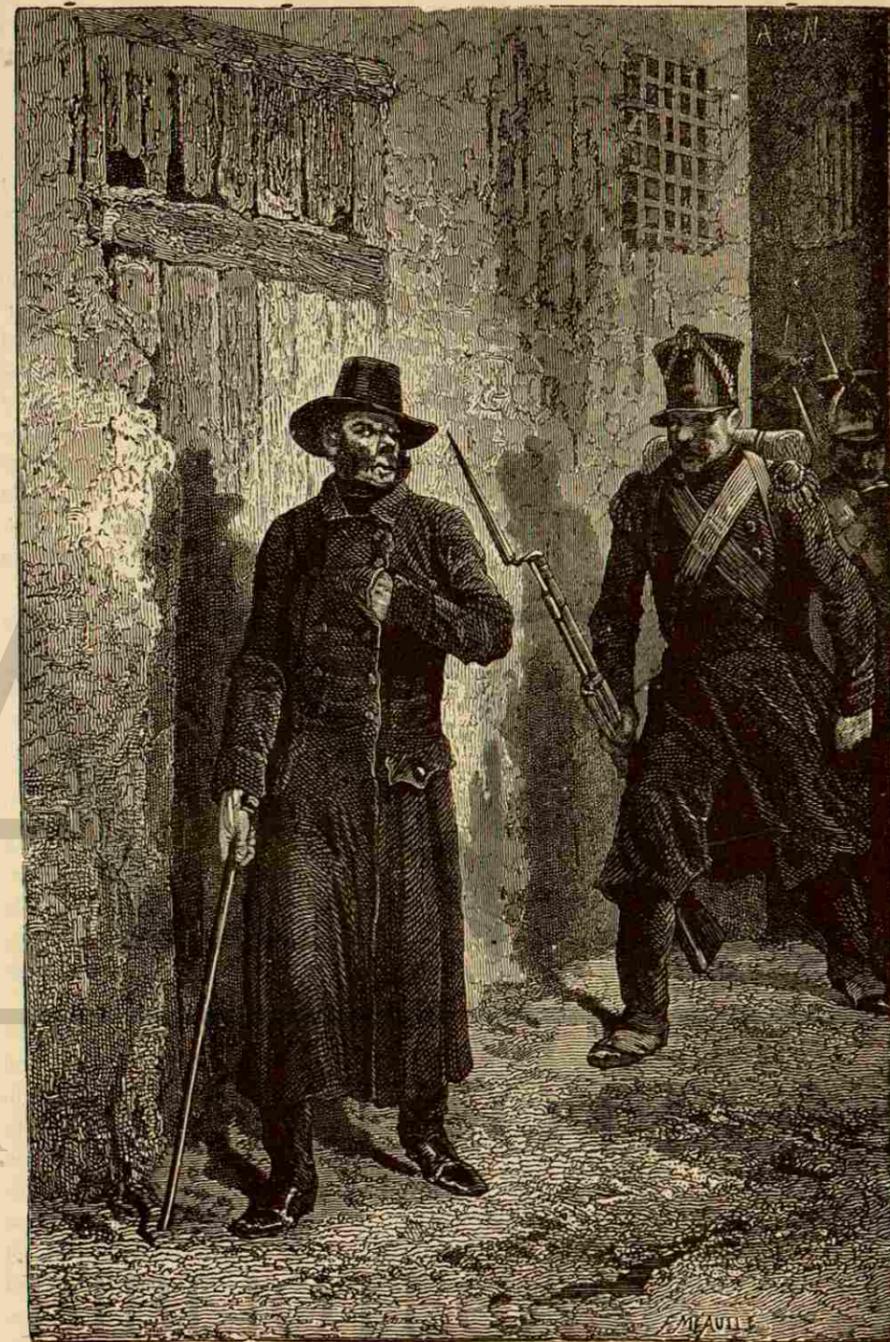
Javert se adelantó, pues, poco á poco, mirando y registrando al paso todos los rincones de la calle, como los bolsillos de un ladrón.

Cuando llegó al centro de la red no encontró el pájaro.

Calcúlese su exasperación.

Interrogó al centinela de las calles Droit Mur y Picpus; este polizante que había permanecido inmóvil en su puesto, no había visto pasar á nadie.

Acontece en montería muchas veces, que un ciervo se escapa, aún teniendo la



Javert cazando.

jauría sobre él, y entonces los cazadores más experimentados no saben qué decir; Duvivier, Ligniville y Desprez se quedan parados. En uno de semejantes casos Artogne exclamó: "Esto no es un ciervo, es un brujo".

Javert hubiera de buena gana exclamado lo mismo.

Aquel chasco le produjo un momento de desesperación y de furor.

Es cierto que Napoleón cometió errores en la guerra de Rusia, Alejandro en la de la India, César en la de Africa, Ciro en la de Escitia, como lo es que los cometió Javert en esta campaña contra Juan Valjean. Erró tal vez en dudar que fuese Juan Valjean; hubiera debido bastarle la primera ojeada. Hizo mal en no echarle sencillamente mano en la casucha. Hizo mal en no prenderle cuando positivamente le reconoció en la calle de Pontoise. Hizo mal en no concertarse con sus auxiliares en la encrucijada Rollin á la luz de la luna. Los consejos son útiles, y es muy útil conocer y pedir los de los sabuesos de muestra; pero el cazador no tomará demasiadas precauciones cuando ojea animales tan astutos como el lobo y el presidiario. Javert, empleando demasiado tiempo y cuidado en apostar los sabuesos, espantó á la fiera, dándole viento de cara, y la ahuyentó. Equivocóse especialmente cuando, habiendo hallado la pista en el puente de Austerlitz, emprendió el juego formidable y pueril de tener á un hombre semejante, sujeto de un hilo.

Imaginóse él que valía mucho más, creyó poder jugar á los ratones con un león, y al mismo tiempo se creyó demasiado débil cuando pidió el refuerzo. Precaución fatal, pérdida de un tiempo precioso. Javert cometió todas esas faltas, á pesar de ser uno de los espías más astutos y prudentes que han existido. Era, propiamente hablando, lo que en montería se llama "perro viejo". Pero ¿quién es perfecto?

Los grandes estratégicos tienen sus eclipses.

Las grandes necesidades se hacen muchas veces como las cuerdas gruesas, con muchos cabos. Tomad un cable hilo á hilo, tomad separadamente los motivos determinantes, los romperéis muy fácilmente uno tras otro, y diréis: ¡Esto no vale nada! Trenzad y torced luego los mismos hilos, y resultará una resistencia enorme; es Atila, que duda entre Marcio en Oriente y Valentiniano en Occidente; es Anibal, que descansa en Cápua; es Dantón, que se duerme en Arcis del Aube.

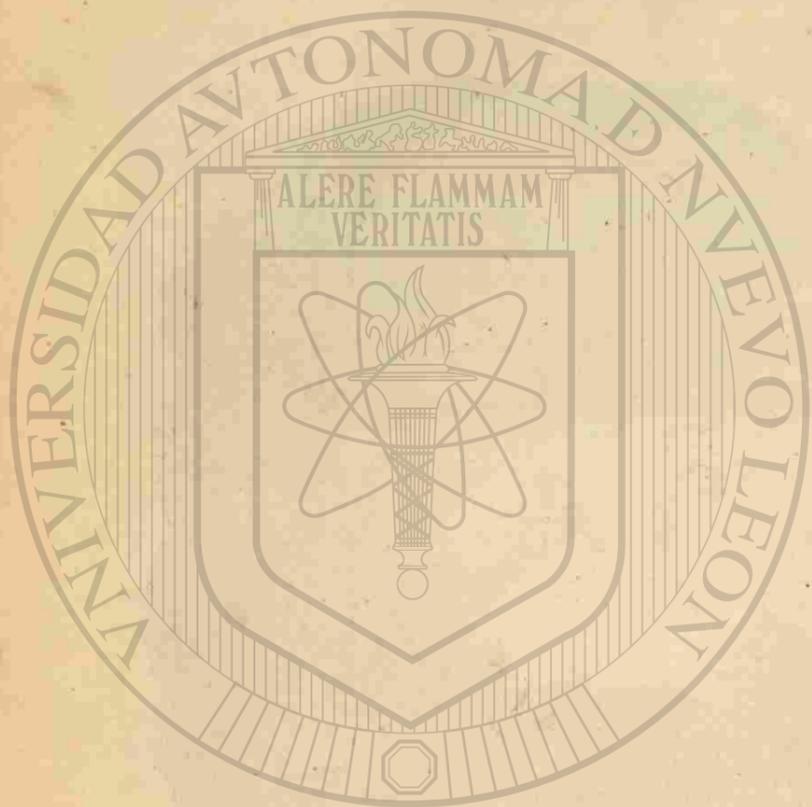
Sea como fuere, en el mismo instante en que Javert conoció que se le escapaba Juan Valjean, no se aturdió. Estando seguro de que el presidiario escapado no podía hallarse muy lejos, puso vigías, organizó ratoneras y emboscadas, y dando una batida por el barrio, de toda la noche, lo primero que vió fué el desperfecto del farol, y la cuerda rota, indicio precioso, pero que le extravió más, puesto que le hizo dirigir sus investigaciones al callejón Genrot. Había en el callejón algunas tapias bastante bajas que daban á jardines, cuyas cercas terminaban en inmensos terrenos baldíos. Juan Valjean debía haber escapado evidentemente por allí. El hecho era que de haber penetrado un poco más adelante en el callejón, lo hubiera hecho tal vez y se habría perdido, porque Javert registró aquellos jardines y aquellos terrenos, como quien anda buscando una aguja.

Al despuntar el día dejó dos hombres de confianza en observación, volviendo á la prefectura de policía, avergonzado como un polizonte que se hubiera dejado prender por un ladrón.



El pequeño Picpus.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO SEXTO.

EL PEQUEÑO PICPUS.

I

Gallejuela de Picpus, número 62.

Nada se parecía más, hace medio siglo, á cualquiera puerta cochera como la puerta cochera del número 62 de la callejuela de Picpus. Aquella puerta, generalmente entreabierta del modo más halagüeño, dejaba ver dos cosas nada fúnebres: un patio rodeado de tapias cubiertas de vides, y el semblante de un portero ocioso. Por cima de la pared del fondo se descubrían grandes árboles. Cuando un rayo de sol alegraba el patio, cuando un vaso de vino alegraba al portero, era difícil pasar por delante del número 62 de la calle de Picpus sin llevarse una idea risueña. Era, no obstante lo que se entreveía, un lugar sombrío.

El sol se reía; la casa rezaba y lloraba.

Si se conseguía pasar de la portería, lo cual no era fácil, y aún puede decirse casi imposible para casi todos, porque había un "¡Sésamo, ábrete!" que era preciso saber; si pasada la portería, se entraba á la derecha en un pequeño vestíbulo, á que daba una escalera oprimida entre dos paredes, y tan estrecha, que no podía pasar por ella más que una sola persona; si no se dejaba uno asustar por el embadurnamiento amarillo con zócalo color de chocolate que cubría aquella escalera; si se aventuraba uno á subir, se pasaba un primer descansillo, después otro, y se llegaba al primer piso, á un corredor en que la pintura amarilla y el plinto chocolate continuaban persiguiéndole con pacífico encarnizamiento. Escalera y corredor estaban alumbrados por dos magníficas ventanas. El corredor formaba recodo, que quedaba obscuro. Al doblar este cabo, después de dar algunos pasos, se encontraba una puerta, tanto más misteriosa, cuanto que no estaba cerrada. Empujándola, se encontraba uno en una pequeña habitación de unos seis pies cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fría, cubierta de papel color de marrón, con florecitas verdes, de quince sueldos la pieza. Una luz blanca y mate penetraba por una gran ventana de vidrios pequeños, situada á la izquierda de toda la anchura de la habitación.

Si se miraba, no se veía á nadie. Si se escuchaba, no se oía una pisada, ni un murmullo humano. Las paredes estaban desnudas; el cuarto no estaba amueblado; no había ni una silla.

Mirándolo de nuevo, se descubría en la pared, frente á la puerta, un agujero cuadrangular, como de un pie cuadrado, con una reja de hierro de barras cruzadas, negras, nudosas, fuertes, formando cuadrados; mejor diremos, mallas de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes del papel amarillo llegaban en orden á las barras de hierro, sin que este contacto fúnebre las asustase, ni las hiciera estremecer. Suponiendo que un sér viviente hubiese sido tan excesivamente delgado que hubiera intentado entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo habría impedido. Aquella reja no dejaba pasar el cuerpo; pero dejaba pasar los ojos, es decir, el espíritu. Parecía que hasta en esto se había pensado, porque estaba forrada de una plancha de hoja de lata introducida en la pared un poco más adentro, picada por mil agujeritos más microscópicos que los de una espumadera. Por debajo de esta plancha había una abertura, muy parecida á la de un buzón de correos. Una cinta de hilo atada á un torniquete de campanilla, colgaba á la derecha del agujero enrejado.

Si se tiraba aquella cinta, sonaba la campanilla, y se oía una voz muy cercana que hacía temblar.

—¿Quién va?—preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz dulce, tan dulce como lúgubre.

Aquí era también preciso saber una palabra mágica. Si no se sabía, la voz se callaba y la pared volvía á su silencio; como si del otro lado estuviese la aterradora obscuridad del sepulcro.

Si se sabía la palabra, la voz respondía:

—Entrad por la derecha.

Entonces se veía á la derecha una puerta-vidriera, coronada de una ventana-vidriera también, y pintada de gris. Levantábase el picaporte, pasábase la puerta, y se experimentaba absolutamente la misma impresión que cuando en un teatro se entra en un palco con celosía, antes de que ésta se haya bajado y se haya encendido la araña. Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, iluminado apenas por la luz de la puerta-vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera destrozada, verdadero palco con su barandilla á regular altura, que tenía una tablita de madera negra. Aquel palco estaba enrejado, pero no con una reja dorada como en la Opera, sino con un monstruoso enverjado de barras de hierro horriblemente entrelazadas, y empotradas en la pared con enormes soldaduras, que parecían puños cerrados.

Pasados los primeros momentos, cuando la vista había empezado á acostumbrarse á la media luz de aquel aposento y trataba de atravesar la verja, no podía pasar más allá de seis pulgadas. Allí se tropezaba con una barrera de postigos negros, asegurados y reforzados por traviesas de madera, pintadas de amarillo obscuro. Aquellos postigos estaban formados por largas hojas y planchas delgadas que se doblaban unas sobre otras; pero juntas entre sí ocultando toda la verja. Siempre estaban cerrados.

Al cabo de algunos instantes oíase una voz que llamaba por detrás de los postigos, diciendo:

—Aquí estoy. ¿Qué me queréis?

Era una voz amada, muchas veces una voz adorada. No se veía á nadie. Apenas se oía el ruido de la respiración.

Parecía que fuese aquello una evocación que hablaba al través de la losa de la tumba.

Si el que llegaba poseía ciertas condiciones exigidas, rarísimas por cierto, se abría la estrecha hoja de un postigo, y la evocación se convertía en aparición. Detrás de la reja y detrás del postigo se veía, tanto como permitía verlo el enrejado, una cabeza, de la cual sólo se descubría la boca y la barba; lo demás estaba cubierto por un velo negro. Entreveíase una toca negra y una forma apenas perceptible, cubierta por un sudario negro.

Aquella cabeza hablaba; pero no miraba ni sonreía jamás.

La luz que entraba por detrás estaba dispuesta de tal modo, que el visitante veía blanca la aparición y ella veía negro al visitante. Aquella luz era un símbolo.

Los ojos, sin embargo, penetraban ávidamente por aquella abertura hecha en aquel sitio, cerrada á todas las miradas. Una vaguedad impenetrable rodeaba aquella figura vestida de luto. Los ojos escudriñaban aquella vaguedad, tratando de separarla de la aparición. Al poco tiempo se conocía que no se veía nadie, porque lo que se veía era la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma de invierno mezclada al vapor de la tumba, una especie de paz horrorosa, un silencio en que no se recogía nada, ni aún los suspiros; una sombra en que no se distinguía nada, ni aún los fantasmas.

Lo que se veía era el interior de un claustro.

Era el interior de aquella casa triste y severa que se llamaba el convento de las bernardas de la Adoración perpetua. Aquel palco era el locutorio. La voz que había hablado primero era la voz de la tornera, que estaba siempre sentada inmóvil y silenciosa, al otro lado de la pared, cerca de la abertura cuadrada, defendida por la verja de hierro y por la placa de mil agujeros como por una doble visera.

La obscuridad provenía de que el locutorio tenía una ventana del lado del mundo, y no tenía ninguna del lado del convento. Los ojos profanos no debían ver nada de aquel lugar sagrado.

Pero había de haber algo más allá de aquella sombra; había una luz: había pues una vida en aquella muerte. Aunque aquel convento era el más resguardado de todos, vamos á probar de penetrar en él y de hacer penetrar al lector, diciéndole, sin olvidar la discreción, cosas que los narradores no han visto, y que por consiguiente jamás se han dicho.

II

La regla de Martín Vargas.

Este convento, que en 1824 existía desde muchos años en la callejuela Picpus, era una comunidad de bernardas de la regla de Martín Vargas.

Las tales bernardas dependían, pues, no de Claraval, como los bernardos, sino del Cister, como los benedictinos. O en otros términos: seguían la regla, no de San Bernardo, sino de San Benito.

Cualquiera que haya ojeado algunos infóleos, sabe que Martín Vargas fundó en 1425 una congregación de bernardas benedictinas, que tenía por capital de la orden á Salamanca, y por sucursal Alcalá.

Esta congregación había extendido sus raíces en todos los países católicos de Europa.

Estos ingertos de una orden en otra, no tienen nada de nuevo en la Iglesia latina. Para no hablar más que de la orden de San Benito, diremos que pertenecían á ella, sin contar la regla de Martín Vargas, cuatro congregaciones: dos en Italia, la de Monte Casino y Santa Justina de Padua; dos en Francia; Cluny y San Mauro, y nueve órdenes, Valombrosa, Gramont, los Celestinos, los Camaldulenses, los Cartujos, los Humillados, los del Olivo, los Silvestrinos, y por último los Cistercienses, porque Cister mismo, aunque tronco de otras órdenes, no era más que una rama de San Benito. Cister fué fundado por San Roberto, abad de Molesme, en la diócesis de Langres, en 1098. Ahora bien; en 529 fué cuando el diablo, que se había retirado al desierto de Subiaco (era ya viejo; ¿se habría hecho ermitaño?), fué arrojado del antiguo templo de Apolo, donde vivía, por San Benito, que tenía entonces diecisiete años.

Después de la regla de los carmelitas, los cuales iban descalzos con una áspera esterilla de mimbre al cuello y no se sentaban nunca, es la más dura la de las bernardas benedictinas de Martín Vargas. Van vestidas de negro, con una pechera, que, según la prescripción expresa de San Benito, sube hasta la barba. Una túnica de sarga de mangas anchas, un gran velo de lana, la pechera que sube hasta la barba, cortada en forma cuadrangular sobre el pecho y la toca que baja hasta los ojos; he aquí el hábito. Todo es negro, excepto la toca, que es blanca.

Las novicias llevan el mismo hábito todo blanco. Las profesas llevan además un rosario al lado.

Las bernardas benedictinas de Martín Vargas practican la adoración perpetua como las benedictinas llamadas señoras del Santo Sacramento, las cuales al principio de este siglo tenían en París dos casas, una en el Temple y otra en la calle de Santa Genoveva. Por lo demás las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus, de las cuales hablamos, eran una orden completamente distinta de la que seguían las señoras del Sacramento que vivían en la calle nueva de Santa Genoveva y en el Temple. Había muchas diferencias en la regla como en el hábito. Las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus llevaban la pechera negra, y las benedictinas del Sacramento de la calle Nueva de Santa Genoveva la llevaban blanca; y además, en el pecho, un Santísimo Sacramento de unas tres pulgadas de alto, de plata sobredorada ó cobre. Las religiosas del Pequeño Picpus no llevaban el Santísimo Sacramento. La Adoración perpetua común al Pequeño Picpus y al convento del Temple, dejaba, sin embargo, que fuesen completamente distintas las dos órdenes.

Había únicamente semejanza en esa práctica entre las señoras del Sacramento y las bernardas de Martín Vargas, de igual manera que la había en el estudio y glorificación de todos los misterios relativos á la infancia, á la vida y á la muerte de Jesucristo y de la Virgen entre otras dos órdenes separadas, y aun enemigas á veces: la del oratorio de Italia, establecida en Florencia por Felipe de Neri y la del oratorio de Francia, fundada en París por Pedro Berulle. El oratorio de Pa-

rís pretendía la primacía, porque Felipe de Neri, no era más que santo cuando Berulle era cardenal.

Volvamos á la severa regla española de Martín Vargas.

Las bernardas benedictinas de esta regla comen de viernes todo el año, ayunan toda la cuaresma y otros muchos días especiales, se levantan en el primer sueño, desde la una de la madrugada hasta las tres, para leer el breviario y cantar maitines; se acuestan en sábanas de jerga en todas las estaciones y sobre paja, no toman baños ni encienden nunca lumbre, se azotan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan más que en las horas de recreo, que son muy pocas, y llevan camisa de buriel durante seis meses, desde el 14 de Septiembre, que es la Exaltación de la Santa Cruz, hasta la Pascua. Estos seis meses son una gracia, la regla dice todo el año; pero la camisa de buriel insoportable en el rigor del verano, ocasionaba fiebres y espasmos nerviosos, y fué preciso limitar su uso. A pesar de esta modificación, el 14 de Septiembre, cuando las religiosas se ponen esta camisa, tienen tres ó cuatro días de calentura. Obediencia, pobreza, castidad y estabilidad en el claustro; tales son sus votos altamente agravados por la regla.

La priora es elegida cada tres años por las madres que se llaman "madres vocales", porque tienen voz en el capítulo.

Una priora no puede ser reelegida más de dos veces, lo cual fija en nueve años el mando más duradero de una priora.

No ven jamás al sacerdote celebrante, que permanece oculto por una cortina de nueve pies de alto. Durante los sermones, cuando el predicador está en el púlpito, bajan el velo, cubriéndose el rostro. Deben hablar siempre en voz baja, andar mirando al suelo y con la cabeza inclinada.

Sólo un hombre puede entrar en el convento, el arzobispo diocesano.

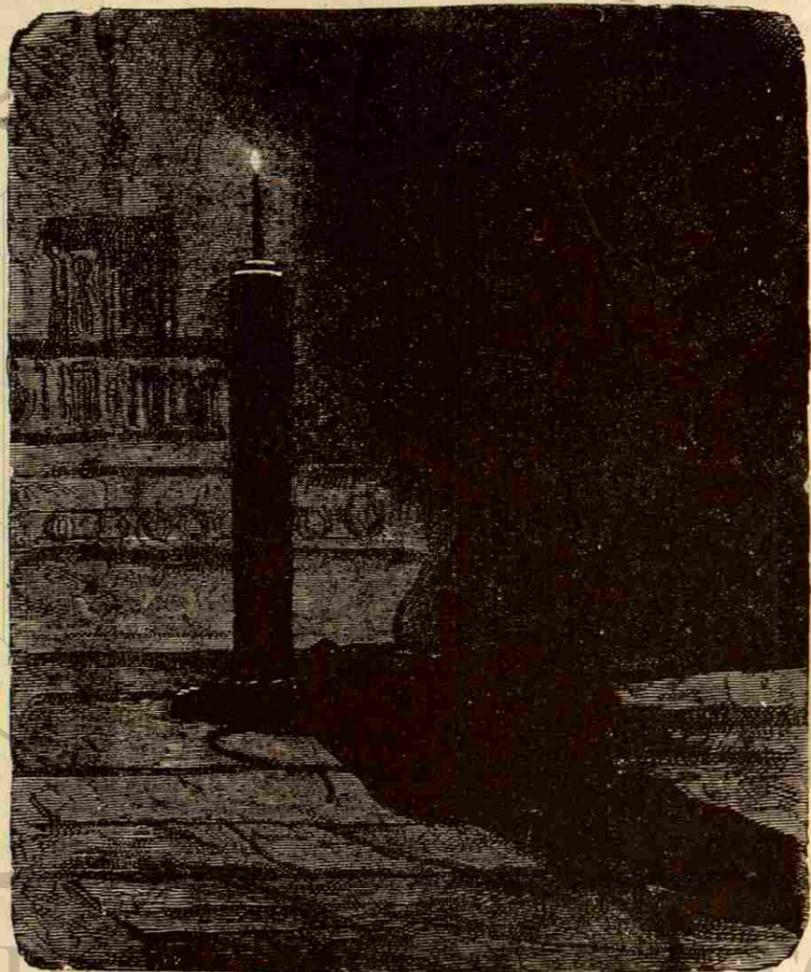
Hay otro que puede entrar también, que es el jardinero, pero siempre es un viejo; y al objeto de que esté constantemente solo en el jardín, y de que las religiosas puedan evitar su presencia, lleva un cascabel atado en la rodilla.

Están sometidas á la priora con una sumisión absoluta y pasiva: es la sujeción canónica en toda su abnegación. Como la voz de Cristo, "ut voci Christi"; al gesto, al primer signo, "ad nutum, ad primum signum"; inmediatamente, con alegría, con perseverancia, con cierta obediencia ciega, "prompte, hilariter, perseveranter et coeca quadam obedientia"; como la lima en mano del artífice, "quasi lima in manibus fabri"; no pueden ni leer, ni escribir nada sin permiso especial, "legere vel scribere non addiscerit sine expressa superioris licentia".

Turnan todas en lo que llaman ellas "la reparación".

La reparación es el ruego por todos los pecados, por todas las faltas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la tierra. Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la hermana que está de "reparación" permanece de rodillas sobre las piedras ante el Santísimo Sacramento con las manos juntas y una soga al cuello. Cuando el cansancio se le hace insoportable, se prosterna extendida con el rostro en tierra y los brazos en cruz: este es todo su descanso. En esa actitud ruega por todos los culpables del universo. Esto es grande, casi sublime.

Como este acto se practica ante un poste, sobre el cual arde un cirio, se dice indistintamente "estar de reparación" ó "estar en el poste". Las religiosas prefieren, para mayor humildad, esta última frase que encierra mejor la idea de suplicio ó humillación.



"Estar de reparación" es un acto en el cual se absorbe toda el alma. La hermana del poste no volvería la cabeza aunque cayera un rayo á sus espaldas.

Además, hay siempre otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Esta estación dura una hora y se relevan como los soldados de centinela. Esta es la Adoración perpetua.

Las prioras y las madres llevan siempre nombres de una gravedad particular, tomados por lo general, no de los santos y mártires, sino de los momentos de la vida de Jesucristo, como: la madre Natividad, la madre Concepción, la madre Presentación, la madre Pasión. Sin embargo, no están prohibidos los nombres de santos,

Cuando se ven no puede vérselos más que la boca.

Todas tienen los dientes amarillos. Jamás ha entrado en el convento un cepillo para los dientes. Limpiarse los dientes es el extremo de una escala después de la cual viene la perdición del alma.

Ellas no dicen nunca de nada "mío", ni "mi", porque no tienen nada suyo, no deben tener afecto á nada. Dicen siempre "nuestro", como nuestro velo, nuestro rosario; y si hablasen de su camisa, dirían indudablemente "nuestra camisa". Algunas veces se aficionan á cualquier objeto insignificante, á un libro de rezo, á una reliquia, á una medalla bendita; pero en cuanto advierten que empiezan á aficionarse á ese objeto, deben darlo inmediatamente. Recuerdan las palabras de Santa Teresa, á quien dijo una gran señora al entrar en su orden: "Permítame, madre, que vaya á buscar una santa Biblia que aprecio mucho". ¡Ah! "¡Apreciaís todavía algo! Entonces no entréis en nuestra casa".

Les está prohibido encerrarse y tener un "mi cuarto", una "mi celda". Viven en celdas abiertas. Cuando se encuentran, dice una: "Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar". Y responde la otra: "Por siempre jamás". Esta ceremonia se repite cuando una llama á la puerta de otra. Apenas ha tocado la puerta, cuando por dentro se oye una voz dulce, que dice: "Por siempre jamás..." Como todas las prácticas, se hace ésta maquinalmente con la costumbre, así es que á veces dice una: "Por siempre", antes que la otra haya tenido tiempo de decir lo que es algo más largo: "Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar".

En los conventos de la Visitación, dice la que entra: "Ave María", y la que está dentro responde: "Gratia plena". Este es un saludo, que está en efecto "lleno de gracia".

A cada hora del día da tres golpes supletorios la campana de la iglesia del convento. A esta señal, priora, madres vocales, profesas, conversas, novicias y postulantes interrumpen lo que dicen ó lo que hacen, ó lo que piensan, y dicen todas á la vez, si son las cinco, por ejemplo: "A las cinco y á todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar". Si son las ocho: "A las ocho y á todas horas", etc.: y así siempre, según la hora que da.

Esta costumbre cuyo objeto es interrumpir el pensamiento y dirigirse á Dios, existe en muchas comunidades; sólo varía en la fórmula. Así, en la del Niño Jesús se dice: "A esta hora y á cualquier otra, el amor de Jesús inflame mi corazón".

Las benedictinas bernardas de Martín Vargas, claustradas hace cincuenta años en el Pequeño Picpus, cantaban los oficios salmodiando gravemente en canto llano puro, y siempre á toda voz mientras duraba el oficio. Al encontrar un asterisco en el misal, hacían una pausa, diciendo por lo bajo: "Jesús, María y José". En el oficio de difuntos tomaban un tono tan bajo, que parecía imposible que pudiese descender tanto la voz de mujer; lo cual producía un efecto conmovedor y trágico.

Las del Pequeño Picpus habían mandado abrir una fosa debajo del altar mayor para sepultura de la comunidad. El "Gobierno", como decían ellas, no permitía que se depositasen allí los ataúdes. Debían, pues, salir del convento cuando morían; lo cual las afligía y consternaba como una infracción.

Pero en cambio habían conseguido ser enterradas á una hora especial, y en un

rincón especial del antiguo cementerio de Vaugirard, que ocupaba un terreno que se decía había sido de la comunidad.

Los jueves asistían estas religiosas á la misa mayor, vísperas y demás oficios, como los domingos. Observan escrupulosamente todas las demás fiestas menores desconocidas de los mundanos, que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia y prodiga aún en España é Italia. El tiempo que pasan en la capilla es interminable. Con relación al número y duración de sus rezos, no podemos dar mejor idea que citando estas frases candorosas de una de ellas: "Los rezos de las postulantes son horrosos, los de las novicias lo son más todavía, y los de las profesas aún son peores".

Una vez por semana el capítulo se reúne, presídela la priora, y asisten á él las madres vocales. Cada hermana se arrodilla á su vez en la piedra, y confiesa en alta voz, á presencia de todas, las faltas y pecados que ha cometido durante la semana. Las madres vocales deliberan públicamente después de cada confesión, é imponen también en alta voz la penitencia.

Sobre la confesión en alta voz, para la cual se reservan todas las faltas un poco graves, tienen para las faltas veniales lo que llaman "la culpa". Hacer la culpa es prosternarse, durante la misa, boca abajo delante de la priora, hasta que ésta á quien no llaman nunca más que "nuestra madre", avisa á la paciente que puede levantarse dando un golpecito en el brazo de su sillón. Se hace la culpa por cosas insignificantes: por romper un vaso, por rasgar un velo, por retardar involuntariamente algunos segundos al ir á misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc.; esto es bastante para hacer la culpa. La culpa es enteramente voluntaria; la "culpable" (esta palabra está usada aquí etimológicamente) se juzga y castiga á sí misma. Los días de fiesta y domingos, hay cuatro madres cantoras que salmodian los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres. Cierta día, una madre cantora entonó un salmo que empezaba por "Ecce", y en vez de "Ecce" dijo en alta voz estas tres notas: "do, si sol". Por su distracción, hizo una culpa que duró toda la función. Lo que agravó enormemente la culpa fué que el capítulo se había reído.

Cuando llaman al locutorio á una de las monjas, aunque sea la priora, se baja el velo de manera, según ya hemos dicho, que sólo deja ver la boca.

La priora es la única que puede hablar con los extraños; las demás no pueden ver más que á su familia, pocas y raras veces. Si por casualidad quiere alguien ver á una monja á quien ha conocido ó amado en el mundo, tiene que formar casi un expediente. Si es una mujer puede en algunas veces concedérsele la autorización; la monja va al locutorio y habla por entre los postigos, que sólo se abren por una madre, ó una hermana. No hay para qué decir que este permiso se niega siempre á los hombres.

Tal es la regla de San Benito, rigORIZADA por Martín Vargas.

Aquellas monjas no estaban alegres, sonrosadas y frescas como lo están frecuentemente las de otras muchas órdenes. Estaban pálidas y graves. Desde 1825 á 1830, tres se volvieron locas.

III

Severidades.

Se ha de ser por lo menos dos años postulante, generalmente cuatro, y otros cuatro novicia. Es muy raro que los votos definitivos puedan pronunciarse antes de los veintitrés ó veinticuatro años. Las bernardas benedictinas de Martín Vargas no admiten bajo ningún concepto viudas en su orden.

Entréganse en sus celdas á muchas maceraciones desconocidas, de que no deben hablar nunca.

El día en que profesa una novicia se la viste con sus más hermosos atavíos, se cubre su cabeza con blancas rosas, se perfuman y rizan sus cabellos, y después se prosterna; extiéndese sobre ella un gran velo negro, y se canta el oficio de difuntos. Entonces las religiosas se dividen en dos filas, y mientras pasa junto á ella una de estas filas, diciendo con lastimero acento: "Nuestra hermana ha muerto", responde la otra: "Vive en Jesucristo".

En la época en que pasó esta historia, había anexo al convento un colegio de niñas nobles, ricas la mayor parte, entre las cuales se distinguían las señoritas Sainte Anlarie y de Belissen, y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Estas jóvenes, educadas por las religiosas, entre cuatro paredes, crecían en el horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decía un día: "Ver el empedrado de la calle me hacía estremecer de pies á cabeza". Iban vestidas de azul con un gorro blanco, y un Espíritu Santo de plata sobredorada, ó de cobre, en el pecho. En ciertos días de gran festividad, y particularmente en el de Santa Marta, se les concedía, como un gran favor y felicidad suprema, vestirse de monjas y cumplir las prácticas de San Benito durante todo el día. Al principio las religiosas les prestaban sus vestidos negros; pero después, pareciendo esto una profanación, fué prohibido por la priora. Sólo se permitió desde entonces hacer este préstamo á las novicias. Es muy notable que estas representaciones, toleradas sin duda y alentadas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para dar á las niñas cierto anticipado goce del santo hábito, fuese un placer real y una verdadera diversión para las educandas. Estas se entretenían simplemente, puesto que se trataba "de una cosa nueva, de un cambio". Cándidas razones de la infancia, que no logran hacer comprender á los mundanos el placer de tener un hisopo en las manos, y estarse de pie horas enteras cantando á coro ante un facistol.

Las educandas, excepción hecha de la austeridad, se conformaban con todas las prácticas del convento.

Hubo joven, que habiendo vuelto al mundo, aún muchos años después de casada, no logró dejar la costumbre de decir en alta voz cada vez que llamaban á la puerta: "¡Por siempre jamás!" Las educandas, como las monjas, sólo veían á sus familias en el locutorio. ¡Ni sus mismas madres podían abrazarlas! Véase hasta que punto se llevaba la severidad. Cierta día, fué una de las jóvenes visitada por su madre acompañada de una hermanita de tres años. La pequeña lloraba

rincón especial del antiguo cementerio de Vaugirard, que ocupaba un terreno que se decía había sido de la comunidad.

Los jueves asistían estas religiosas á la misa mayor, vísperas y demás oficios, como los domingos. Observan escrupulosamente todas las demás fiestas menores desconocidas de los mundanos, que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia y prodiga aún en España é Italia. El tiempo que pasan en la capilla es interminable. Con relación al número y duración de sus rezos, no podemos dar mejor idea que citando estas frases candorosas de una de ellas: "Los rezos de las postulantes son horrosos, los de las novicias lo son más todavía, y los de las profesas aún son peores".

Una vez por semana el capítulo se reúne, presídela la priora, y asisten á él las madres vocales. Cada hermana se arrodilla á su vez en la piedra, y confiesa en alta voz, á presencia de todas, las faltas y pecados que ha cometido durante la semana. Las madres vocales deliberan públicamente después de cada confesión, é imponen también en alta voz la penitencia.

Sobre la confesión en alta voz, para la cual se reservan todas las faltas un poco graves, tienen para las faltas veniales lo que llaman "la culpa". Hacer la culpa es prosternarse, durante la misa, boca abajo delante de la priora, hasta que ésta á quien no llaman nunca más que "nuestra madre", avisa á la paciente que puede levantarse dando un golpecito en el brazo de su sillón. Se hace la culpa por cosas insignificantes: por romper un vaso, por rasgar un velo, por retardar involuntariamente algunos segundos al ir á misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc.; esto es bastante para hacer la culpa. La culpa es enteramente voluntaria; la "culpable" (esta palabra está usada aquí etimológicamente) se juzga y castiga á sí misma. Los días de fiesta y domingos, hay cuatro madres cantoras que salmodian los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres. Cierta día, una madre cantora entonó un salmo que empezaba por "Ecce", y en vez de "Ecce" dijo en alta voz estas tres notas: "do, si sol". Por su distracción, hizo una culpa que duró toda la función. Lo que agravó enormemente la culpa fué que el capítulo se había reído.

Cuando llaman al locutorio á una de las monjas, aunque sea la priora, se baja el velo de manera, según ya hemos dicho, que sólo deja ver la boca.

La priora es la única que puede hablar con los extraños; las demás no pueden ver más que á su familia, pocas y raras veces. Si por casualidad quiere alguien ver á una monja á quien ha conocido ó amado en el mundo, tiene que formar casi un expediente. Si es una mujer puede en algunas veces concedérsele la autorización; la monja va al locutorio y habla por entre los postigos, que sólo se abren por una madre, ó una hermana. No hay para qué decir que este permiso se niega siempre á los hombres.

Tal es la regla de San Benito, rigORIZADA por Martín Vargas.

Aquellas monjas no estaban alegres, sonrosadas y frescas como lo están frecuentemente las de otras muchas órdenes. Estaban pálidas y graves. Desde 1825 á 1830, tres se volvieron locas.

III

Severidades.

Se ha de ser por lo menos dos años postulante, generalmente cuatro, y otros cuatro novicia. Es muy raro que los votos definitivos puedan pronunciarse antes de los veintitrés ó veinticuatro años. Las bernardas benedictinas de Martín Vargas no admiten bajo ningún concepto viudas en su orden.

Entréganse en sus celdas á muchas maceraciones desconocidas, de que no deben hablar nunca.

El día en que profesa una novicia se la viste con sus más hermosos atavíos, se cubre su cabeza con blancas rosas, se perfuman y rizan sus cabellos, y después se prosterna; extiéndese sobre ella un gran velo negro, y se canta el oficio de difuntos. Entonces las religiosas se dividen en dos filas, y mientras pasa junto á ella una de estas filas, diciendo con lastimero acento: "Nuestra hermana ha muerto", responde la otra: "Vive en Jesucristo".

En la época en que pasó esta historia, había anexo al convento un colegio de niñas nobles, ricas la mayor parte, entre las cuales se distinguían las señoritas Sainte Anlarie y de Belissen, y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Estas jóvenes, educadas por las religiosas, entre cuatro paredes, crecían en el horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decía un día: "Ver el empedrado de la calle me hacía estremecer de pies á cabeza". Iban vestidas de azul con un gorro blanco, y un Espíritu Santo de plata sobredorada, ó de cobre, en el pecho. En ciertos días de gran festividad, y particularmente en el de Santa Marta, se les concedía, como un gran favor y felicidad suprema, vestirse de monjas y cumplir las prácticas de San Benito durante todo el día. Al principio las religiosas les prestaban sus vestidos negros; pero después, pareciendo esto una profanación, fué prohibido por la priora. Sólo se permitió desde entonces hacer este préstamo á las novicias. Es muy notable que estas representaciones, toleradas sin duda y alentadas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para dar á las niñas cierto anticipado goce del santo hábito, fuese un placer real y una verdadera diversión para las educandas. Estas se entretenían simplemente, puesto que se trataba "de una cosa nueva, de un cambio". Cándidas razones de la infancia, que no logran hacer comprender á los mundanos el placer de tener un hisopo en las manos, y estarse de pie horas enteras cantando á coro ante un facistol.

Las educandas, excepción hecha de la austeridad, se conformaban con todas las prácticas del convento.

Hubo joven, que habiendo vuelto al mundo, aún muchos años después de casada, no logró dejar la costumbre de decir en alta voz cada vez que llamaban á la puerta: "¡Por siempre jamás!" Las educandas, como las monjas, sólo veían á sus familias en el locutorio. ¡Ni sus mismas madres podían abrazarlas! Véase hasta que punto se llevaba la severidad. Cierta día, fué una de las jóvenes visitada por su madre acompañada de una hermanita de tres años. La pequeña lloraba

porque quería abrazar á su hermana. Imposible. Suplicóse que á lo menos se permitiera á la niña pasar la manita por entre los hierros para besársela. También fué negada esta petición, casi con escándalo.

IV

Alegrías.

Aquellas niñas no dejaron por esto de llenar de encantadores recuerdos aquella rígida morada. Había horas en las que resplandecía la infancia en aquella clausura. En cuanto sonaba la de recreo, abriase una puerta, y los pájaros decían: ¡Bueno! ¡Aquí están las niñas! Un torrente de juventud inundaba aquel jardín cortado por una cruz como una mortaja. Fisonomías radiantes, frentes blancas, ojos inocentes llenos de alegre luz, auroras de toda especie se esparcían entre aquellas tinieblas. Después de los salmos, de las campanas, de los toques, de los lamentos y de los oficios, estallaba de repente el ruido que hacían las niñas, ruido más dulce que el de las abejas. Abriase la colmena de la alegría, y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban, corrían; bellísimos y diminutos dientes blancos charlaban en todos los rincones, los velos desde lejos vigilaban las risas, las sombras vigilaban los rayos; pero ¡qué importaba! Brillaban y reían. Aquellas cuatro lúgubres tapias tenían su minuto de alegría y asistían, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, á todos esos dulces susurros del enjambre infantil. Venía á ser como una lluvia de rosas en medio de aquel luto. Las niñas loqueaban bajo los ojos de las religiosas: la mirada de la impecabilidad no puede incomodar á la inocencia. Gracias á aquellas niñas, entre tantas horas de austeridad, había una de desahogo. Saltaban las pequeñas, y las grandes bailaban. En aquel claustro el juego andaba mezclado con el cielo. Nada tan tierno y augusto á la vez como aquellas almas inocentes entregadas á la expansión. Homero hubiera reído allí junto con Perraut, que había en aquel negro jardín juventud, salud, ruido, algarabía, aturdimiento, placer y felicidad bastante para desarrugar el ceño de todas las ancianidades, así de la epopeya como del cuento, así del trono como de la cabaña: desde Hécuba, hasta la Tía Abuela.

En tal casa se han oído, más que en ninguna otra parte quizás, esas "ocurrencias infantiles" tan graciosas y que hacen reír y meditar á un tiempo. Entre aquellas cuatro fúnebres paredes exclamó cierto día una niña de cinco años: "¡Madre mía! acaba de decirme una de las grandes que ya no tengo que estar aquí más que nueve años y diez meses. ¡Qué alegría!"

Fué allí también donde se oyó este memorable diálogo:

UNA MADRE VOCAL.—¿Por qué lloráis, hija mía?

LA NIÑA (de seis años) sollozando.—He dicho á Alicia que sabía yo la historia de Francia, y ella me ha dicho que no la sabía, ¡y la sé!

ALICIA, la grande (de nueve años).—No, no la sabes.

LA MADRE.—¿Cómo es eso, hija mía?

ALICIA.—Me ha dicho que abriese el libro al azar y que le hiciese una pregunta de lo que trae el libro, y ella me respondería.

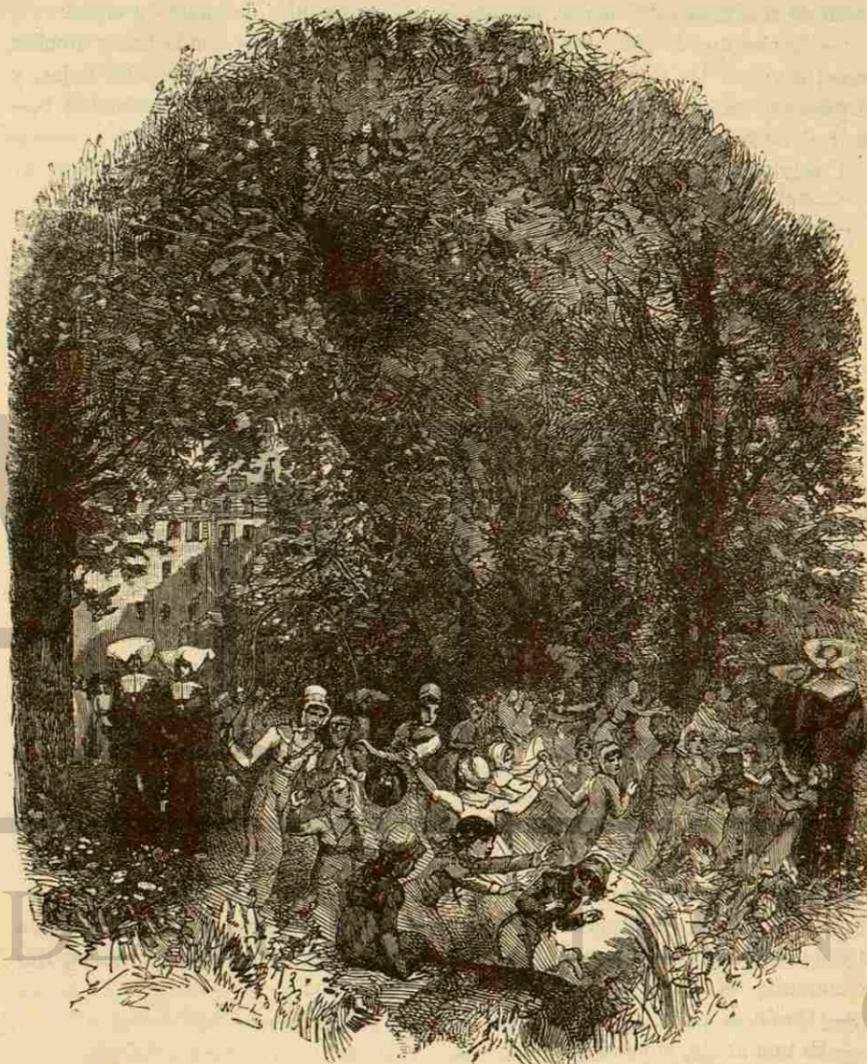
—¿Y qué?

—Que no ha contestado.

—Veamos: ¿qué te habéis preguntado?

—He abierto el libro al azar, como ella decía, y le he hecho la primera pregunta que ha salido.

—¿Y cuál ha sido la pregunta?



—Esta: "¿qué sucedió después?"

También se hizo allí esta observación profunda sobre una cotorra un poco golosa que pertenecía á una señora pensionista:

—¡Es muy graciosa! ¡Se come la manteca de las tostadas como una persona!"

Fué sobre una de las ~~ruedas~~ de aquel convento, donde se recogió esta confesión, escrita de antemano para no olvidarla, por una ~~pasadora~~ pasadora de siete años:

—Acúsome, padre, de haber sido “avaricia”.

—Acúsome, padre, de haber sido “adulterio”.

—Acúsome, padre, de haber dirigido miradas á los hombres”.

En uno de los bancos de césped de aquel jardín, fué improvisado por una boca de rosa de seis años este cuento, escuchado por ojos azules de cuatro y cinco:

—Eranse que se eran tres pollitos que vivían en un país donde había muchas “flores; cogieron las flores y se las metieron en el bolsillo, y después las hojas, y “las pusieron en sus juguetes. Y había un lobo en aquella tierra, y muchos bosques; el lobo estaba en el bosque, y se comió los pollitos”.

Y este otro poema:

—Sucedió que dieron un palo.

—Y fué Polichinela quien se lo dió al gato.

—Y no hizole bien sino mal.

—Entonces una señora metió á Polichinela en la cárcel”.

Allí también dijo una niña abandonada, recogida por el convento y educada por caridad, esta frase tierna y dolorosa, oyendo hablar á las demás de sus madres, murmurando la pobre en un rincón:

—Mi madre no estaba allí cuando nací yo”.

Había una tornera muy gruesa que andaba siempre atareada por los corredores con su manojito de llaves, y que se llamaba sor Agata. Las “grandes”—de más de diez años—la llamaban “Agatócles”.

El refectorio era una gran sala rectangular que sólo recibía la luz por un claustro de archivoltas al nivel del jardín; era oscuro y húmedo y como decían las niñas, “estaba lleno de bichos”. Todos los sitios contiguos le suministraban sus contingentes de insectos.

Cada uno de los cuatro ángulos había recibido, en el lenguaje de las educandas, un nombre particular y expresivo. Había el rincón de las arañas, el rincón de las orugas, el rincón de las cucarachas y el rincón de los grillos.

El rincón de los grillos estaba cerca de la cocina, y era el más apreciado, porque allí hacía menos frío que en los demás. Del refectorio habían pasado los nombres al colegio y servían para distinguir, como en el antiguo colegio de Mazarino, cuatro naciones. Cada educanda pertenecía á una de las cuatro naciones, según el rincón del refectorio en que se sentaba á la hora de comer. Un día el señor arzobispo, haciendo la visita pastoral, vió entrar en la clase, por donde pasaba, una niña muy coloradita de hermosos cabellos rubios, y preguntó á otra educanda, linda y morenita de frescas mejillas, que estaba á su lado:

—¿Quién es esa?

—Es una araña, monseñor.

—¡Bah! ¿Y esta otra?

—Esta es un grillo.

¿Y aquella?

—Una oruga.

—¡De veras! ¿Y tú?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa de este género tiene sus particularidades. A principios del siglo, Ecouen era uno de esos lugares encantadores y severos en los que se desarrolla, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. En Ecouen, para tomar puesto en la procesión del Corpus, se hacía distinción entre las vírgenes y las floristas. Había igualmente “palios é incensarios”; las unas llevaban los cordones del palio, y las otras incensaban al Santísimo Sacramento. Las flores correspondían de derecho á las floristas. Cuatro “vírgenes” abrían la marcha. Durante la mañana de este gran día, no era raro oír preguntar en el dormitorio:

—¿Quién es virgen?

Madama Campan cita este dicho de una “pequeña” de siete años, dirigiéndose á una “grande” de dieciséis que iba á la cabeza de la procesión, mientras que ella, la pequeña, se quedaba á la cola:

—¡Ah, tú eres virgen! Y ¡yo no lo soy!

V

Distracciones.

Sobre la puerta del refectorio estaba escrita en grandes letras negras la siguiente oración, llamada el “Pater Noster blanco”, la cual tenía la virtud de conducir las gentes directamente al cielo.

“Pequeño Padre nuestro blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al acostarme, tres ángeles me encontré acostados en “mi cama, uno á los pies, dos á la cabecera, y en medio á la Virgen Santa, que me “dijo me acostase y de nada me cuidase. Dios bueno es mi padre, la Santa Virgen mi madre, los tres apóstoles mis hermanos y las tres vírgenes mis hermanas. “La camisa en que Dios nació este mi cuerpo envolvió; la cruz de Santa Margarita en mi pecho tengo escrita. Nuestra Señora la Virgen por los campos va caminando, á su hijo querido llorando, y con el señor San Juan se ha encontrado.— “Señor San Juan, ¿de dónde venís?—Vengo del AVE SALUS.—¿Habéis visto si “está allí Dios?—En el árbol de la cruz, pendientes tiene los pies, clavadas tiene “las manos, lleva sobre la cabeza corona de espinos blancos.

“Quien rezare esta oración tres veces por la mañana y otras tantas por la noche, ganará el cielo á la postre”.

En 1827 había desaparecido de la pared esta oración tan característica, bajo una triple capa de pintura. Hoy acaba de borrarse también de la memoria de algunas niñas, jóvenes de entonces, señoras ancianas actualmente.

Un gran crucifijo colgado de la pared completaba la decoración del refectorio, cuya única puerta, como creemos haber dicho, daba al jardín. Dos mesas estrechas, con dos bancos á lo largo de cada una, formaban dos líneas paralelas desde uno á otro extremo del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas negras; colores ambos de luto, variedad única de los conventos. Las comidas eran frugales, y aún el régimen de las niñas muy severo. Un solo plato de carne y legumbres mezcladas, ó de pescado salado, era todo su lujo. Este plato ordinario, reservado solamente á las educandas, era, sin embargo, una excepción. Las niñas

comían y callaban bajo la vigilancia de la madre de semana, que de cuando en cuando abría y cerraba ruidosamente un libro de madera siempre que alguna mosca trataba de volar ó zumbiar contra la regla. El silencio iba sazonado con algún trozo de la vida de los Santos, leído en alta voz desde un púlpito con atril, colocado al pie del crucifijo. La lectora era una de las educandas de más edad, que estaba de semana. En la mesa había colocados á distancia regular lebrillos barnizados, en donde las educandas lavaban por sí mismas su vaso y su cubierto, y algunas veces arrojaban también los desperdicios de carne dura ó de pescado pasado: esto se castigaba. Los tales lebrillos se llamaban los "círculos de agua".

La niña que rompía el silencio "hacía una cruz con la lengua". ¿Dónde? En la tierra. Lamía el suelo. El polvo, este fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar á aquellas pobres hojas de rosa, culpadas de murmullo.

Había en el convento un libro, del cual no se había impreso más que un "ejemplar único", y que estaba prohibido leer. Este era la regla de San Benito, arcano que no debía penetrar ningún ojo profano. "Nemo regulas, seu constitutiones nostras, externis communicabit".

Las educandas consiguieron un día coger el libro, y se pusieron á leer naturalmente, interrumpiendo con frecuencia la lectura por el temor de ser sorprendidas, lo cual les hacía cerrar el libro precipitadamente. De todo aquel gran miedo no sacaron más que un placer muy mediano.

Algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los muchachos. Esto fué lo "más interesante".

Las colegialas jugaban en una alameda de desmedrados árboles frutales. A pesar de la extremada vigilancia y de la severidad de los castigos, cuando el viento había sacudido los árboles, algunas de ellas recogían furtivamente del suelo una manzana verde, á un albaricoque macado, ó una pera roída de gusanos. Aquí dejaremos hablar por nosotros una carta que tenemos á la vista, escrita hace veinticinco años por una antigua educanda, hoy marquesa de***, y una de las mujeres más elegantes de París. La copia es textual.

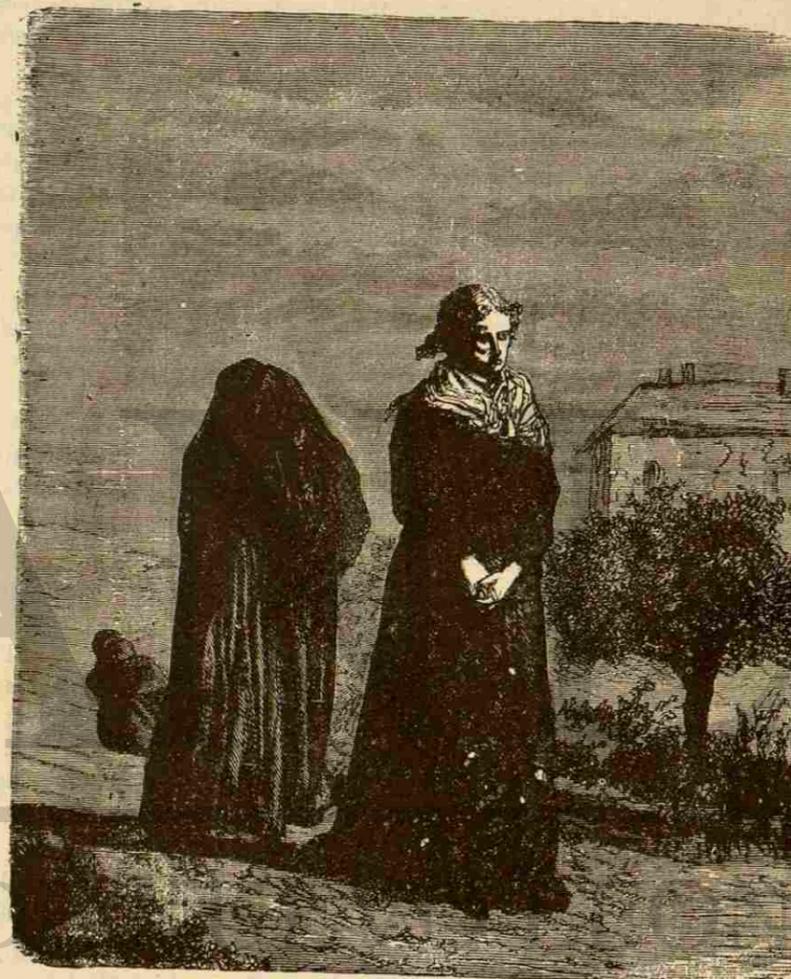
"Se guarda una su pera ó su manzana como puede, y cuando se sube á dejar "el velo encima de la cama, y á esperar la hora de cenar, se la esconde debajo de "la almohada, y por la noche se la come estando en la cama: y cuando ni aún esto "es posible, se come en el excusado". Era esta una de sus mayores delicias.

Una vez, al pasar la visita el señor arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, que tenía algunas relaciones de parentesco con los Montmorency, apostó á que le pediría un día de asueto, atrevimiento enorme, tratándose de una comunidad tan austera. La apuesta fué aceptada; pero ninguna de las que habían apostado creían en que se hiciera la petición.

Llegó el momento, y al pasar el señor arzobispo por delante de las educandas, la señorita Bouchard, con indescriptible admiración de todas sus compañeras, salió de la fila y dijo: "Monseñor, un día de asueto".

La señorita Bouchard era fresca y crecida, y tenía además la carita de rosa más linda del mundo. Monseñor de Quélen se sonrió, y dijo: "¡Cómo, querida hija "mía, un día de asueto! Tres días, si gustáis. Os concedo tres días". La priora nada podía hacer, había hablado el señor arzobispo. Qué escándalo para el convento, y qué alegría en el colegio. Júzguese del efecto.

Este claustro tan severo no estaba, sin embargo, tan amurallado que la vida de las pasiones del mundo, el drama, y aún la novela no penetrasen en él. Para probarlo nos limitaremos á consignar aquí, y á indicar brevemente un hecho real é incontestable, que por otra parte nada tiene que ver con la historia que vamos refiriendo. Citaremos simplemente el hecho para completar la fisonomía del convento.



Hacia dicha época, pues, había en el convento una mujer misteriosa, que sin ser monja, era tratada con gran respeto; se llamaba "señora Albertina". No se sabía de ella sino que estaba loca, y que pasaba por muerta en el mundo. Tenía, según se decía, encerrados en la historia, arreglos de fortuna indispensables á un gran casamiento.

Esta mujer, que apenas contaba treinta años, morena y hermosa, miraba vagamente con sus negros y grandes ojos. ¿Veía? No se sabía de cierto.

Se deslizaba más bien que andaba; no hablaba nunca, y no era cosa segura si

respiraba ó no. Tenía las ventanas de la nariz contraídas y lívidas, como después de lanzar el último suspiro; tocar su mano era tocar la nieve. Mostraba cierta gracia especial de espectro. Donde ella entraba se sentía frío. Un día, una de las hermanas al verla pasar, dijole á otra:—Pasa por muerta.—Puede que lo esté,—respondió la segunda.

Hacíanse sobre la señora Albertina mil diversas suposiciones. Era el objeto eterno de la curiosidad de las educandas. Había en la capilla una tribuna, que se llamaba del "Ojo de buey". Esta tribuna sólo tenía un ojo redondo por ventana, una claraboya, desde la cual la señora Albertina asistía á los actos del culto. Generalmente estaba siempre sola allí, porque situada la tribuna en el primer piso, podía verse perfectamente al predicador y al celebrante, lo cual estaba prohibido á las religiosas. Un día ocupaba el púlpito un clérigo joven de elevada alcurnia, el señor duque de Rohan, par de Francia, oficial de mosqueteros rojos en 1815, cuando era príncipe de León, muriendo después en 1830 de cardenal-arzobispo de Besanzón.

Era la primera vez que el señor de Rohan predicaba en el convento del Pequeño Picpus. La señora Albertina asistía generalmente á los sermones y á los oficios en la mayor calma y en la más completa inmovilidad. Aquel día, en cuanto vió al duque de Rohan, se medio levantó, y dijo en voz alta, en medio del silencio de la capilla: "¡Calla, Augusto!" Toda la comunidad, asombrada, volvió la cabeza; el predicador levantó los ojos; pero la señora Albertina había ya vuelto á su natural inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, un rayo de vida pasó instantáneamente por aquella figura marchita y helada; después todo se desvaneció, y la loca volvió á ser nuevamente un cadáver.

Aquellas dos palabras, sin embargo, dieron que hablar á todo lo que podía hablar en el convento.

¡Qué de misterios, qué de revelaciones! en aquel "¡Calla, Augusto!" El duque de Rohan se llamaba efectivamente Augusto. Era evidente que la señora Albertina había salido del gran mundo, puesto que conocía al duque de Rohan; que había ella ocupado en el siglo alta posición, porque hablaba familiarmente á tan gran señor, y que tenía con él relaciones de parentesco tal vez, y muy íntimas seguramente, cuando le llamaba por su nombre de pila.

Dos duquesas muy severas, las de Choiseul y de Sérent, visitaban con frecuencia á la comunidad, en la cual penetraban sin duda en virtud del privilegio "Magnates mulieres", dando mucho miedo á las colegialas. Cuando pasaban las dos viejas, todas las educandas temblaban y bajaban los ojos.

El duque de Rohan era, por otra parte, sin saberlo él, objeto de la atención general de aquellas jóvenes. Acababa de ser nombrado, como aspirante al episcopado, vicario general del arzobispado de París, y tenía por costumbre ir á cantar los oficios en las funciones de la capilla del Pequeño Picpus. Ninguna de las jóvenes reclusas podía verle á causa de la cortina de sarga; pero tenía una voz dulce y un tanto aguda, que ya conocían y distinguían todas perfectamente. Había sido mosquetero; se decía que era muy pulcro, que peinaba con gran esmero sus hermosos cabellos castaños, formando bucles alrededor de la frente, que llevaba un ancho cinturón de magnífico moaré, y que su sotana negra estaba cortada elegantísima-

mente. Así es que llevaba toda la atención de aquellas imaginaciones de dieciséis años.

Ningún ruido exterior penetraba en lo interior del convento.

Sin embargo, hubo un año en que se oyó el sonido de una flauta. Fué este un acontecimiento del que se acuerdan todavía las educandas de aquel tiempo. Era una flauta tocada indudablemente por algún vecino, que siempre repetía el mismo aire, un aire muy antiguo: "Zetulbé mía, ven á reinar en mi alma", el cual se oía dos ó tres veces diariamente. Las muchachas se pasaban las horas escuchando, las madres vocales estaban indignadas, las imaginaciones trabajaban, llovían los castigos. Esto duró muchos meses. Las educandas estaban todas más ó menos enamoradas del músico desconocido. Cada cual se creía otra Zetulbé. El sonido venía del lado de la calle Droit Mur. Todas lo hubieran dado todo, lo hubieran comprometido é intentado todo, por ver, siquiera por un segundo, por entrever, por vislumbrar solamente al "gallardo joven" que tañía tan deliciosamente la flauta, y que sin imaginárselo, conmovía á un mismo tiempo todas aquellas almas. Las hubo que se escaparon por una puerta excusada y subieron al tercer piso de la calle Droit Mur para tratar de ver por los respiraderos. Imposible. Una de ellas llegó hasta el punto de pasar el brazo por cima de la cabeza al través de los hierros, agitando su pañuelo blanco. Otras dos fueron más osadas aún. Encontraron medio de trepar hasta el tejado, arriesgándose por él, hasta que por fin consiguieron ver al "gallardo joven".

Era un viejo hidalgo emigrado, ciego y arruinado, que se entretenía en su buhardilla, tocando la flauta para consolarse.

VI

El convento pequeño.

Había en el recinto del Pequeño Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande, que habitaban las religiosas; el colegio en que estaban las educandas, y el convento pequeño. Era este un departamento con jardín, donde vivían en común toda clase de antiguas religiosas de distintas órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolución; una abigarrada mezcla de todos los hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades, y de todas las variedades posibles. Era lo que puede llamarse, si se nos permite semejante combinación de palabras, un convento arlequín.

Desde el Imperio se había permitido á aquellas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la protección de las benedictinas bernardas, donde recibían una corta pensión del Gobierno. Las religiosas del Pequeño Picpus las habían acogido muy bien. Era, pues, aquello una mezcla chocante. Cada una seguía su regla. Algunas veces se permitía á las educandas, como gran concesión, hacerles una visita; y estas jóvenes han conservado, entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, de la madre Santa Escolástica, y de la madre Jacob.

Una de estas refugiadas se hallaba reinstalada como en su casa. Era una religiosa de Santa Aura, y era también la única que sobrevivía de su comunidad.

respiraba ó no. Tenía las ventanas de la nariz contraídas y lívidas, como después de lanzar el último suspiro; tocar su mano era tocar la nieve. Mostraba cierta gracia especial de espectro. Donde ella entraba se sentía frío. Un día, una de las hermanas al verla pasar, dijole á otra:—Pasa por muerta.—Puede que lo esté,—respondió la segunda.

Hacíanse sobre la señora Albertina mil diversas suposiciones. Era el objeto eterno de la curiosidad de las educandas. Había en la capilla una tribuna, que se llamaba del "Ojo de buey". Esta tribuna sólo tenía un ojo redondo por ventana, una claraboya, desde la cual la señora Albertina asistía á los actos del culto. Generalmente estaba siempre sola allí, porque situada la tribuna en el primer piso, podía verse perfectamente al predicador y al celebrante, lo cual estaba prohibido á las religiosas. Un día ocupaba el púlpito un clérigo joven de elevada alcurnia, el señor duque de Rohan, par de Francia, oficial de mosqueteros rojos en 1815, cuando era príncipe de León, muriendo después en 1830 de cardenal-arzobispo de Besanzón.

Era la primera vez que el señor de Rohan predicaba en el convento del Pequeño Picpus. La señora Albertina asistía generalmente á los sermones y á los oficios en la mayor calma y en la más completa inmovilidad. Aquel día, en cuanto vió al duque de Rohan, se medio levantó, y dijo en voz alta, en medio del silencio de la capilla: "¡Calla, Augusto!" Toda la comunidad, asombrada, volvió la cabeza; el predicador levantó los ojos; pero la señora Albertina había ya vuelto á su natural inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, un rayo de vida pasó instantáneamente por aquella figura marchita y helada; después todo se desvaneció, y la loca volvió á ser nuevamente un cadáver.

Aquellas dos palabras, sin embargo, dieron que hablar á todo lo que podía hablar en el convento.

¡Qué de misterios, qué de revelaciones! en aquel "¡Calla, Augusto!" El duque de Rohan se llamaba efectivamente Augusto. Era evidente que la señora Albertina había salido del gran mundo, puesto que conocía al duque de Rohan; que había ella ocupado en el siglo alta posición, porque hablaba familiarmente á tan gran señor, y que tenía con él relaciones de parentesco tal vez, y muy íntimas seguramente, cuando le llamaba por su nombre de pila.

Dos duquesas muy severas, las de Choiseul y de Sérent, visitaban con frecuencia á la comunidad, en la cual penetraban sin duda en virtud del privilegio "Magnates mulieres", dando mucho miedo á las colegialas. Cuando pasaban las dos viejas, todas las educandas temblaban y bajaban los ojos.

El duque de Rohan era, por otra parte, sin saberlo él, objeto de la atención general de aquellas jóvenes. Acababa de ser nombrado, como aspirante al episcopado, vicario general del arzobispado de París, y tenía por costumbre ir á cantar los oficios en las funciones de la capilla del Pequeño Picpus. Ninguna de las jóvenes reclusas podía verle á causa de la cortina de sarga; pero tenía una voz dulce y un tanto aguda, que ya conocían y distinguían todas perfectamente. Había sido mosquetero; se decía que era muy pulcro, que peinaba con gran esmero sus hermosos cabellos castaños, formando bucles alrededor de la frente, que llevaba un ancho cinturón de magnífico moaré, y que su sotana negra estaba cortada elegantísima-

mente. Así es que llevaba toda la atención de aquellas imaginaciones de dieciséis años.

Ningún ruido exterior penetraba en lo interior del convento.

Sin embargo, hubo un año en que se oyó el sonido de una flauta. Fué este un acontecimiento del que se acuerdan todavía las educandas de aquel tiempo. Era una flauta tocada indudablemente por algún vecino, que siempre repetía el mismo aire, un aire muy antiguo: "Zetulbé mía, ven á reinar en mi alma", el cual se oía dos ó tres veces diariamente. Las muchachas se pasaban las horas escuchando, las madres vocales estaban indignadas, las imaginaciones trabajaban, llovían los castigos. Esto duró muchos meses. Las educandas estaban todas más ó menos enamoradas del músico desconocido. Cada cual se creía otra Zetulbé. El sonido venía del lado de la calle Droit Mur. Todas lo hubieran dado todo, lo hubieran comprometido é intentado todo, por ver, siquiera por un segundo, por entrever, por vislumbrar solamente al "gallardo joven" que tañía tan deliciosamente la flauta, y que sin imaginárselo, conmovía á un mismo tiempo todas aquellas almas. Las hubo que se escaparon por una puerta excusada y subieron al tercer piso de la calle Droit Mur para tratar de ver por los respiraderos. Imposible. Una de ellas llegó hasta el punto de pasar el brazo por cima de la cabeza al través de los hierros, agitando su pañuelo blanco. Otras dos fueron más osadas aún. Encontraron medio de trepar hasta el tejado, arriesgándose por él, hasta que por fin consiguieron ver al "gallardo joven".

Era un viejo hidalgo emigrado, ciego y arruinado, que se entretenía en su buhardilla, tocando la flauta para consolarse.

VI

El convento pequeño.

Había en el recinto del Pequeño Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande, que habitaban las religiosas; el colegio en que estaban las educandas, y el convento pequeño. Era este un departamento con jardín, donde vivían en común toda clase de antiguas religiosas de distintas órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolución; una abigarrada mezcla de todos los hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades, y de todas las variedades posibles. Era lo que puede llamarse, si se nos permite semejante combinación de palabras, un convento arlequín.

Desde el Imperio se había permitido á aquellas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la protección de las benedictinas bernardas, donde recibían una corta pensión del Gobierno. Las religiosas del Pequeño Picpus las habían acogido muy bien. Era, pues, aquello una mezcla chocante. Cada una seguía su regla. Algunas veces se permitía á las educandas, como gran concesión, hacerles una visita; y estas jóvenes han conservado, entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, de la madre Santa Escolástica, y de la madre Jacob.

Una de estas refugiadas se hallaba reinstalada como en su casa. Era una religiosa de Santa Aura, y era también la única que sobrevivía de su comunidad.

El antiguo convento de monjas de Santa Aura ocupaba, desde principios del siglo XVIII, precisamente la misma casa del Pequeño Picpus, que perteneció después á las benedictinas de Martín Vargas. Esta santa monja, demasiado pobre para poder llevar el magnífico hábito de su orden, que era un manto blanco con escapulario escarlata, había vestido piadosamente con él un pequeño maniquí, que enseñaba á todo el mundo con satisfacción, y que legó al convento cuando murió. En 1824 no quedaba de aquella orden más que una religiosa; hoy día no queda más que una muñeca.

Además de estas dignas madres, había algunas viejas del siglo, que habían obtenido permiso de la priora, como la señora Albertina, para retirarse al convento pequeño.

Pertenecían á este número, la señora de Beauford de Hatpoul y la marquesa Dufresne.

Otra había también que era sólo conocida en el convento por el gran ruido que hacía al limpiarse las narices. Las educandas la llamaban la señora Batahola.

Hacia 1820 á 1821, la señora de Genlis, que publicaba en dicha época un periódico, titulado el "Intrépido", pidió para entrar de pensionista en el convento del Pequeño Picpus, por recomendación del señor duque de Orleans. Esto alborotó la colmena; las madres vocales temblaban; la señora de Genlis había escrito novelas, pero declaró que era la primera en condenarlas. Además, había llegado al punto en que la devoción se vuelve insociable. Por fin, con la ayuda de Dios y la del príncipe, entró en el convento, pero se marchó á los seis ú ocho meses, dando por toda razón que el jardín carecía de sombra. Las religiosas se alegraron muchísimo. La señora de Genlis, aunque ya vieja, tocaba aún el arpa bastante bien.

Al marcharse dejó el sello de su estancia en la celda. Era supersticiosa y latinista. Estas dos palabras expresan gráficamente su perfil. Hace algunos años se encontraban aún pegados en lo interior de un armario de su celda donde guardaba el dinero y las alhajas, estos cinco versos latinos, escritos por su propia mano con tinta roja en papel amarillo, y que, en su opinión, tenían la virtud de espantar á los ladrones:

Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;
Dismas et Gesmas, media est divina potestas;
Alta petit Dismas, infelix, infima, Gesmas;
Nos et res nostras conservet summa potestas.
Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos, en latín del siglo VI, agitan la cuestión de si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como se cree comunmente, Dimas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. Esta diferencia ortográfica, por insignificante que parezca, hubiera podido contrariar las pretensiones que tenía en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del mal ladrón. Por lo demás, la virtud benéfica atribuída á estos versos es verdadero artículo de fe en la orden de las hospitalarias.

La iglesia de la casa, construída de manera que formaba un corte de separación entre el convento grande y el colegio, era común, sin embargo, al colegio, al convento grande y al pequeño; y en ella se admitía también al público por una especie de entrada de lazareto que conducía á la calle.

Pero todo estaba dispuesto de modo que ninguna de las habitantes del claus-

tro pudiese ver un rostro de afuera. Imagínese el lector una iglesia cuyo coro hubiera sido cogido por la mano de un gigante, y doblado de manera que formase, no ya como en todas las iglesias, una prolongación detrás del altar, sino una especie de sala ó caverna oscura á la derecha del celebrante; supóngase esta sala cerrada por la cortina de siete pies de altura de que ya hemos hablado; amontónense allí á la sombra de esa cortina, en sitaliales de madera, las religiosas del coro á la izquierda, las educandas á la derecha, las conversas y las novicias en el centro, y se tendrá una idea de cómo las religiosas del Pequeño Picpus asistían al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por un pasadizo. La iglesia tomaba la luz del jardín. Cuando las religiosas asistían á las funciones en que su regla prevenía el silencio, el público sólo se enteraba de su presencia por el choque de las tablillas de los sitaliales, que se levantaban y bajaban ruidosamente.

VII

Algunas siluetas de aquella sombra.

Durante los seis años que medían desde 1819 á 1825, había sido priora del Pequeño Picpus la señorita Blemeur, que en religión se llamaba la madre Inocente. Pertenecía á la familia de Margarita de Blemeur, autora de la "Vida de los Santos de la orden de San Benito".

Había sido reelegida en su cargo. Era mujer de unos sesenta años, baja, gruesa, "que cantaba como un puchero cascado", dice la carta citada anteriormente. Por lo demás, era excelente mujer; la única alegre del convento, y por esto estimada de todas.

La madre Inocente se parecía en algo á su ascendiente Margarita, la Dacier de la orden.

Era literata, erudita, sabia, competente, historiadora, curiosa, rellena de latín, repleta de griego y henchida de hebreo, y más benedictino que benedictina.

La vice-priora era una religiosa española muy anciana y casi ciega, la madre Cineres.

Las más de notar, entre las madres vocales, eran la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Angel, segunda maestra; la madre Asunción, sacristana; la madre San Agustín, enfermera, la única que era mala en el convento; después la madre Santa Mechtilde (señorita Gauvain) muy joven, con admirable voz; la madre Angeles (señorita Drouet), que había estado en el convento de las Hijas de Dios y en el convento del Tesoro, entre Gisors y Magny; la madre San José (señorita Cogolludo); la madre Santa Adelaida (señorita de Auverney); la madre Misericordia (señorita de Cifuentes, que no pudo resistir tanta austeridad); la madre Compasión (señorita de Miltière, que entró en el convento á los sesenta años, á pesar de no permitirle la regla, (pero muy rica); la madre Providencia (señorita de Laudinière); la madre Presentación (señorita de Sigiienza), que fué priora en 1847; y por fin,

la madre Santa Celina (hermana del escultor Ceracchi), que se volvió loca; la madre Santa Chantal (señorita de Suzón), loca igualmente.

Había además, entre las más bellas, una linda joven de veintitrés años, que procedía de la isla de Borbón, descendiente del caballero Roze, que se llamaba señorita Roze y se hizo llamar madre Asunción.

La madre Santa Mechtilde, encargada del canto y del coro, enseñaba muy satisfecha á las educandas. Tomaba de entre ellas diariamente una gama completa, es decir, siete educandas desde diez años á dieciséis inclusive, de voces y estaturas variadas, á quienes hacía cantar de pie, alineadas en fila por edades, desde la menor á la mayor, lo cual ofrecía el caprichoso aspecto de un flautado de jóvenes, especie de flauta viviente del dios Pan, formada de ángeles.

Las hermanas conversas á quienes querían más las educandas eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, ya chocha, y sor San Miguel, cuya larga nariz era objeto de risa.

Todas estas mujeres eran amables para las niñas; sólo eran rígidas para ellas mismas.

No se encendía lumbre más que en el colegio, y el alimento, comparado con el del convento, era escogido. Además, tenían por las educandas mil cuidados; sólo que, cuando una niña pasaba junto á una religiosa y le hablaba, la monja no respondía nunca.

La regla del silencio había producido el efecto singular de que en todo el convento se negaba la palabra á las criaturas humanas cuando se concedía á los objetos inanimados. A veces hablaba la campana de la iglesia, otras el cascabel del jardinero. Un timbre muy sonoro, que la tornera tenía á su lado y que se oía en toda la casa, indicaba con sus variados toques que venía á ser una especie de telegrafía acústica, todos los actos de la vida material que debían ejecutarse, llamando al locutorio, cuando había necesidad, á tal ó cual habitante de la casa. Cada persona y cada cosa tenía sus toques: la priora uno y uno; la vice-priora uno y dos; seis con cinco llamaban á clase; de modo que las educandas no decían nunca entrar en clase, sino ir á las seis con cinco. Cuatro con cuatro era el toque á que respondía la señora de Genlis, el cual se oía con mucha frecuencia. "Es el diablo á cuatro", decían las que tenían poca caridad. Diez con nueve toques anunciaban un gran acontecimiento. Era éste la apertura de la "puerta de clausura", enorme plancha de hierro erizada de cerrojos, que no giraba sobre sus goznes sino á presencia del arzobispo.

Este y el jardinero, como hemos ya dicho, eran los únicos hombres que entraban en el convento. Las educandas veían á otros dos; el uno el capellán que era el presbítero Banés, viejo y feo, á quien podían contemplar desde el coro al través de una reja; y el otro el profesor de dibujo, señor Ansiaux, llamado en la carta de que hemos copiado algunas líneas, "señor Anciot" y calificado de "viejo horrible y jorobado".

Como se ve, todos los hombres eran escogidos. Tal era aquella curiosa morada.

VIII

Post corda lapides.

Después de haber delineado la figura moral del convento, no estará de más indicar en breves palabras la configuración material: el lector tiene ya de ella alguna idea.

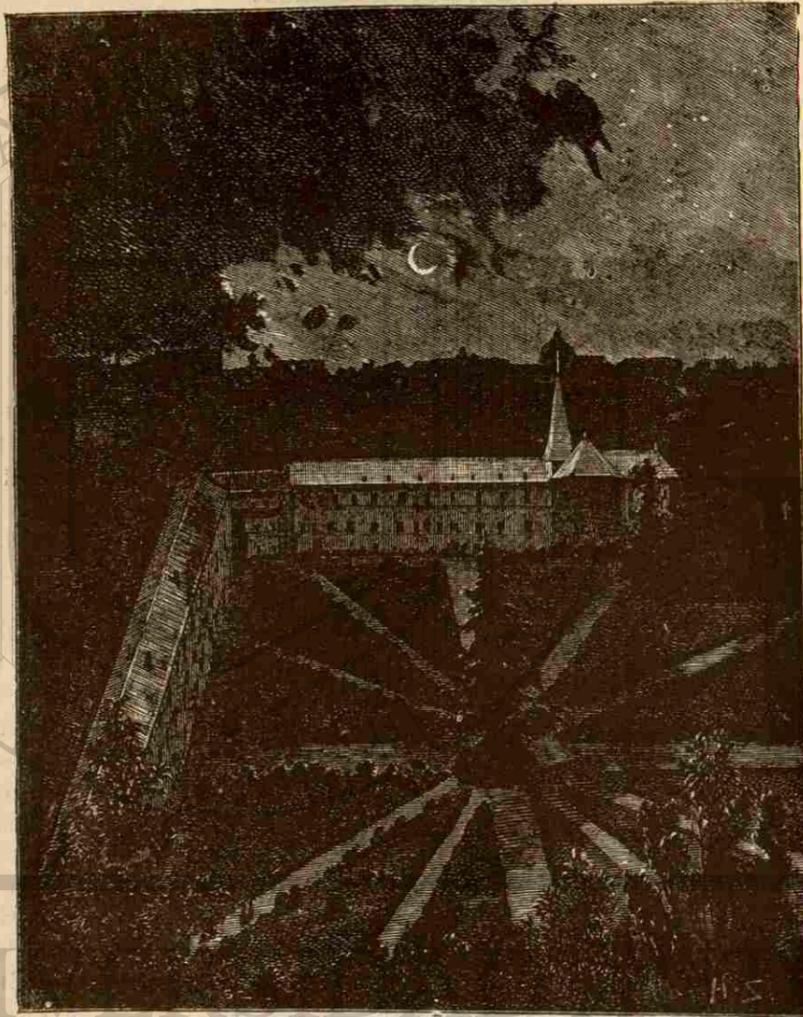
El convento del Pequeño Piepus de San Antonio, ocupaba casi completamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit Mur, la callejuela Pequeño Piepus y el callejón sin salida llamado en los antiguos planos calle Aumarais. Estas cuatro calles rodeaban el trapecio, como un foso. El convento se componía de varios edificios y un jardín. El edificio principal, tomado en conjunto, era un compuesto de construcciones híbridas, que miradas á vista de pájaro dibujaban con bastante exactitud una horea colocada en tierra.

El brazo mayor de esta horea, ocupaba todo el trozo de la calle Droit Mur, comprendido entre la callejuela Piepus y la calle Polonceau; el brazo pequeño era una fachada alta, cenicienta, severa y enrejada, que daba frente á la callejuela Piepus, cuya extremidad designaba la puerta cochera número 62. Casi en medio de esta fachada, el polvo y la ceniza blanqueaban una puertecita vieja, cintrada, en que las arañas tejían su tela, y que sólo se abría una ó dos horas los domingos, y en las raras ocasiones en que salía del convento el ataúd de alguna religiosa.

Era la entrada pública de la iglesia. El codo de la horea la formaba una sala cuadrada con destino al servicio de la cocina, y á la que las religiosas llamaban "la despensa". En el gran brazo estaban las celdas de las madres y de las hermanas, y el noviciado; en el otro brazo las cocinas, el refectorio rodeado del claustro y la iglesia. Entre la puerta número 62 y el ángulo del callejón sin salida Aumarais, estaba el colegio, que no se veía desde fuera. El resto del trapecio formaba el jardín, que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle Polonceau, lo que hacía que la cerca rematase mucho más alta por dentro que por fuera. El jardín, ligeramente convexo, tenía en el centro, en una pequeña altura, un hermoso abeto agudo y cónico, del cual arrancaban, como de la punta central de una rodela, cuatro grandes calles, y otras ocho menores, colocadas dos á dos entre las primeras, de tal manera, que si el recinto hubiese sido circular, el plano geométrico de estas calles hubiera parecido una cruz colocada sobre una rueda. Todas las calles iban á terminar en las tapias irregulares del jardín, y por lo tanto, eran desiguales en longitud.

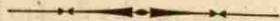
Estaban bordeadas de groselleros. En el fondo, una calle de elevados álamos iba desde las ruinas del antiguo convento, que estaban en el ángulo de la calle Droit Mur, á la casa del convento pequeño, situado en el ángulo de la callejuela Aumarais. Antes de llegar al convento pequeño se encontraba lo que llamaban el jardinillo. Añádase á este conjunto un patio, muchos ángulos desiguales formados por las habitaciones interiores, paredes de cárcel, y por toda perspectiva y vecindad la negra y extensa línea de tejados que corría al otro lado de la calle Po-

lonceau, y se tendrá una imagen completa de lo que era hace cuarenta y cinco años el convento de bernardinas del Pequeño Picpus. Esta santa casa se había construído precisamente en el sitio que ocupó un famoso juego de pelota, desde el siglo XIV al XVI, al cual llamaban el "trinquete de los once mil diablos".



Todas aquellas calles eran las más antiguas de París. Los nombres de Droit Mur y Aumarais son antiquísimos; pero las calles que los llevaban eran más antiguas todavía.

La calleja Aumarais se había llamado calleja de Maugout, y la calle Droit Mur se llamó anteriormente calle de los Rosales Sivestres, porque Dios abrió las flores antes que el hombre tallase las piedras.



IX

Un siglo bajo una toca.

Ya que estamos puestos á dar pormenores de lo que fué en otro tiempo el convento del Pequeño Picpus, y que hemos osado abrir una ventana en este discreto asilo, permítanos el lector todavía otra ligera digresión, ajena al fondo de este libro, pero característica y útil para dar á conocer que aún en el mismo claustro existen tipos originales.

Había en el convento pequeño una mujer centenaria que había ido allí procedente de la abadía de Fontevrault.

Antes de la revolución había pertenecido al mundo.

Hablaba mucho del señor de Miromesnil, guarda-sellos de Luis XIV, y de una tal Duplat, presidenta, á quienes había conocido mucho. Toda su vanidad, todo su placer, consistía en recordar estos nombres á cada paso. Contaba maravillas de la abadía de Fontevrault, que parecía una ciudad, pues tenía sus calles dentro del monasterio.

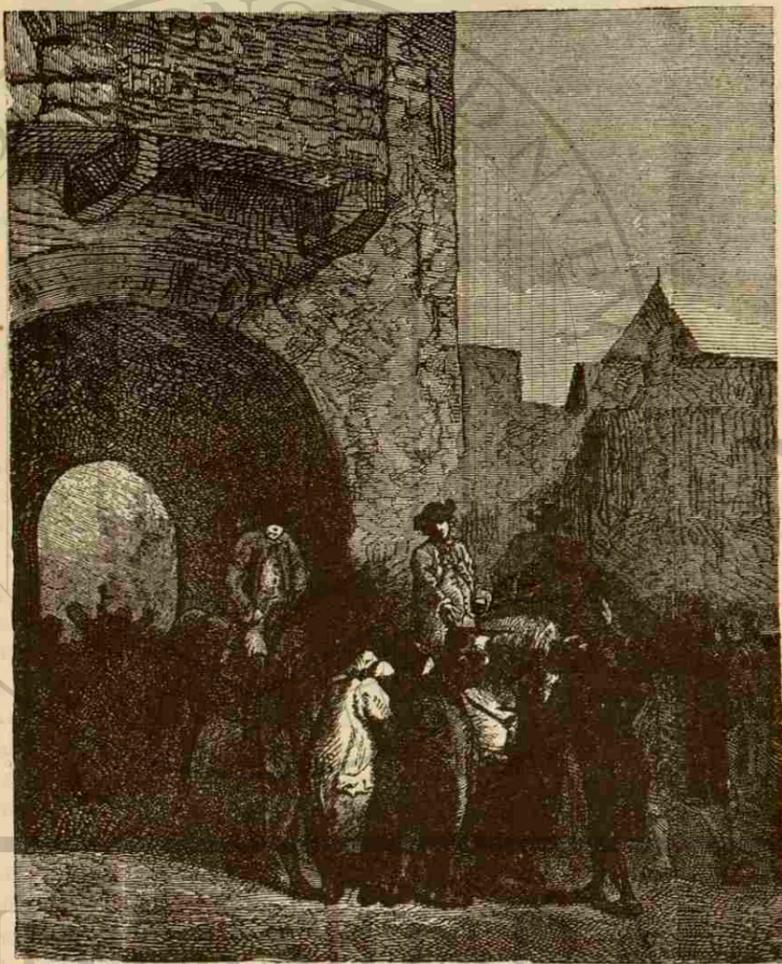
Hablaba con cierto acento picardo, que provocaba la risa de las educandas. Cada año renovaba solemnemente sus votos, y en el momento de hacer juramento, decía al sacerdote: monseñor San Francisco le prestó en manos de monseñor San Julián; monseñor San Julián le prestó en manos de monseñor San Eusebio; monseñor San Eusebio en manos de monseñor San Procopio, etc., etc.; así yo le presto en vuestras manos, padre. Y las educandas reían, no so capa, sino so velo; encantadoras y sofocadas sonrisas que hacían fruncir el ceño á las madres vocales.

Otras veces, la centenaria contaba historias. Decía que "en su juventud los bernardinos no les iban en zaga á los mosqueteros". Era un siglo hablando; pero era el siglo XVIII. Narraba la costumbre de los cuatro vinos en Champagne y Bourgogne, antes de la revolución. Siempre que un gran personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque ó un par pasaba por alguna de las ciudades de Bourgogne ó Champagne, el Ayuntamiento le arengaba y presentaba cuatro copas de plata llenas de cuatro vinos diferentes. En la primera copa se leía esta inscripción: "vino del mono"; en la segunda, "vino del león"; en la tercera, "vino del carnero"; en la cuarta, "vino del cerdo". Aquellos cuatro letreros expresaban los cuatro grados por que descende la embriaguez: la primera embriaguez es la que alegra, la segunda la que irrita, la tercera la que atonta y la última en fin la que embrutece.

Guardaba dentro de un armario, bajo llave, un objeto misterioso, que estimaba en mucho. La regla de Fontevrault no se lo prohibía, pero ella no quería enseñar aquel objeto á nadie. Se encerraba en la celda, lo que también permitía su regla, ocultándose siempre que quería contemplarle. Si oía pasos en el corredor, cerraba el armario tan precipitadamente cuanto podían sus trémulas manos. Cuando se le hablaba de aquello, se callaba siempre, siendo como era tan amiga de hablar. Las más curiosas se encontraban chasqueadas por su silencio, y las más

tenaces por su obstinación. Era, pues, su objeto, motivo de los comentarios de todas las personas desocupadas ó fastidiadas del convento.

¿Qué podía ser aquel tan precioso, tan guardado, tesoro de la centenaria? ¿Sería algún libro santo? ¿Algún rosario único? ¿Alguna reliquia eficaz y probada? Todas se perdían en conjeturas.



A la muerte de la pobre anciana corrieron todas al armario, más de prisa tal vez de lo que hubiese convenido, y le abrieron. Encontróse el objeto envuelto en un triple lienzo, como patena bendita.

Era un plato de Faenza, en el cual había pintados unos amorcillos volando en fuga, perseguidos por unos mancebos de botica armados de enormes jeringas. La persecución abundaba en gestos y posturas cómicas. Uno de los graciosos amorcillos aparece ya ensartado; en vano agita sus alas, y trata de volar; el matachín se ríe de sus esfuerzos con risa satánica.

Moraleja: el amor vencido por el cólico.

Aquel plato, por otra parte muy curioso y que tuvo quizá el mérito de sugerir una idea á Molière, existía aún en Septiembre de 1845 de venta en una prendería del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena vieja no quería recibir nunca visita de fuera del convento, “porque”, según decía, “el locutorio era demasiado triste”.

X

Origen de la adoración perpetua.

Por lo demás, aquel locutorio casi sepulcral de que hemos procurado dar una idea, es un hecho puramente local, que no tenía semejante severidad en los otros conventos. En el de la calle del Temple, que en verdad era de otra orden, los postiguillos negros estaban reemplazados por cortinas oscuras, y el locutorio mismo era un salón bien entarimado, cuyas ventanas tenían cortinillas de muselina blanca, y cuyas paredes admitían toda clase de cuadros: el retrato de una benedictina con la cara descubierta, floreros pintados, y hasta una cabeza de turco.

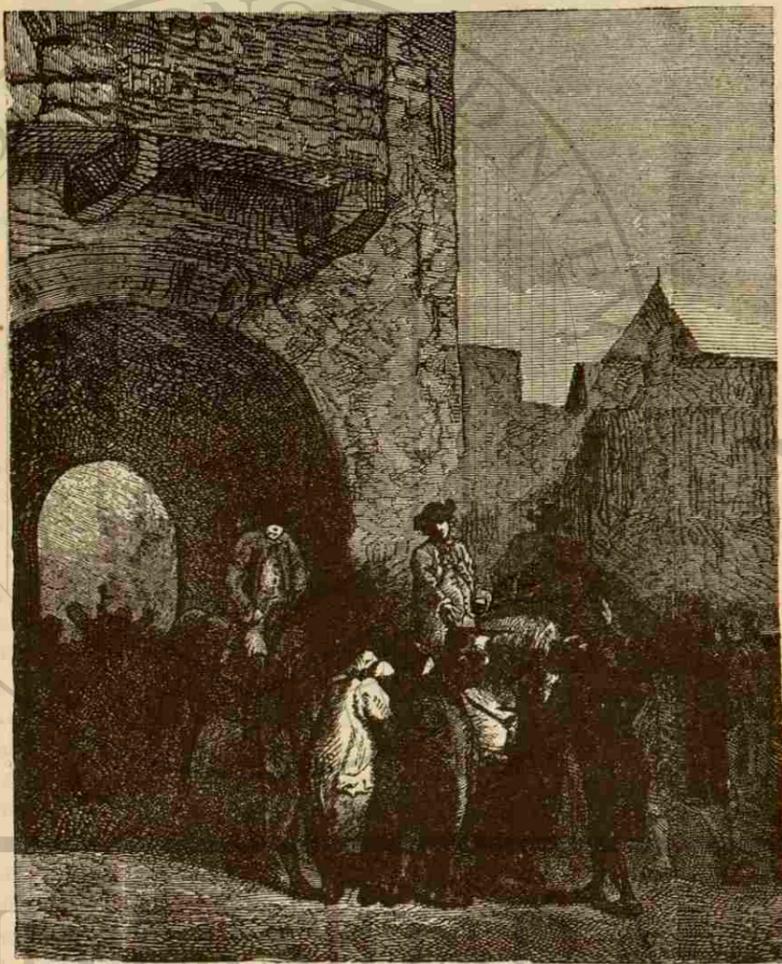
En el jardín del convento de la calle del Temple, estaba aquel castaño de Indias que pasaba por el más hermoso y más grande de Francia, y que tenía fama, entre el pueblo bonachón del siglo XVIII, de ser “el padre de todos los castaños del reino”.

Hemos dicho ya que el convento del Temple estaba ocupado por las benedictinas de la Adoración perpetua, distintas de las que dependían de Cister. La orden de la Adoración perpetua no es muy antigua; cuenta sólo doscientos años. En 1649 el Santísimo Sacramento fué profanado dos veces, con pocos días de diferencia, en dos iglesias de París; en San Sulpicio y en San Juan de Gréve, espantoso y raro sacrilegio que conmovió toda la población. El prior, vicario mayor de San Germán de los Prados, dispuso una procesión solemne de todo su clero, oficiando el nuncio del papa. Pero semejante expiación no pareció suficiente á dos dignas mujeres, la señora Courtin, marquesa de Boucs, y la condesa de Chateaufieux. Aquel ultraje inferido “al augusto Sacramento del altar”, aunque pasajero, no se borraba del alma de aquellas dos santas mujeres, que creyeron que no podía ser reparado sino por una “adoración perpetua” en algún convento de monjas. Y ambas á dos, la una en 1652 y otra en 1653, hicieron donación de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar con este fin piadoso, un monasterio de la orden de San Benito. El primer permiso para esta fundación fué concedido á la madre Catalina de Bar por el señor de Metz, abad de San Germán, “á condición de que no pudiera ser recibida ninguna joven que no llevase trescientas libras de renta, que suponen seis mil libras de capital”. Después del abad de San Germán, el Rey concedió las reales cédulas; y reunidas las licencias abaciales y las reales, fué registrado en 1664 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal es el origen y la consagración legal del establecimiento de las benedictinas de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento en París. Su primer

tenaces por su obstinación. Era, pues, su objeto, motivo de los comentarios de todas las personas desocupadas ó fastidiadas del convento.

¿Qué podía ser aquel tan precioso, tan guardado, tesoro de la centenaria? ¿Sería algún libro santo? ¿Algún rosario único? ¿Alguna reliquia eficaz y probada? Todas se perdían en conjeturas.



A la muerte de la pobre anciana corrieron todas al armario, más de prisa tal vez de lo que hubiese convenido, y le abrieron. Encontróse el objeto envuelto en un triple lienzo, como patena bendita.

Era un plato de Faenza, en el cual había pintados unos amorcillos volando en fuga, perseguidos por unos mancebos de botica armados de enormes jeringas. La persecución abundaba en gestos y posturas cómicas. Uno de los graciosos amorcillos aparece ya ensartado; en vano agita sus alas, y trata de volar; el matachín se ríe de sus esfuerzos con risa satánica.

Moraleja: el amor vencido por el cólico.

Aquel plato, por otra parte muy curioso y que tuvo quizá el mérito de sugerir una idea á Molière, existía aún en Septiembre de 1845 de venta en una prendería del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena vieja no quería recibir nunca visita de fuera del convento, “porque”, según decía, “el locutorio era demasiado triste”.

X

Origen de la adoración perpetua.

Por lo demás, aquel locutorio casi sepulcral de que hemos procurado dar una idea, es un hecho puramente local, que no tenía semejante severidad en los otros conventos. En el de la calle del Temple, que en verdad era de otra orden, los postiguillos negros estaban reemplazados por cortinas oscuras, y el locutorio mismo era un salón bien entarimado, cuyas ventanas tenían cortinillas de muselina blanca, y cuyas paredes admitían toda clase de cuadros: el retrato de una benedictina con la cara descubierta, floreros pintados, y hasta una cabeza de turco.

En el jardín del convento de la calle del Temple, estaba aquel castaño de Indias que pasaba por el más hermoso y más grande de Francia, y que tenía fama, entre el pueblo bonachón del siglo XVIII, de ser “el padre de todos los castaños del reino”.

Hemos dicho ya que el convento del Temple estaba ocupado por las benedictinas de la Adoración perpetua, distintas de las que dependían de Cister. La orden de la Adoración perpetua no es muy antigua; cuenta sólo doscientos años. En 1649 el Santísimo Sacramento fué profanado dos veces, con pocos días de diferencia, en dos iglesias de París; en San Sulpicio y en San Juan de Gréve, espantoso y raro sacrilegio que conmovió toda la población. El prior, vicario mayor de San Germán de los Prados, dispuso una procesión solemne de todo su clero, oficiando el nuncio del papa. Pero semejante expiación no pareció suficiente á dos dignas mujeres, la señora Courtin, marquesa de Boucs, y la condesa de Chateaufieux. Aquel ultraje inferido “al augusto Sacramento del altar”, aunque pasajero, no se borraba del alma de aquellas dos santas mujeres, que creyeron que no podía ser reparado sino por una “adoración perpetua” en algún convento de monjas. Y ambas á dos, la una en 1652 y otra en 1653, hicieron donación de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar con este fin piadoso, un monasterio de la orden de San Benito. El primer permiso para esta fundación fué concedido á la madre Catalina de Bar por el señor de Metz, abad de San Germán, “á condición de que no pudiera ser recibida ninguna joven que no llevase trescientas libras de renta, que suponen seis mil libras de capital”. Después del abad de San Germán, el Rey concedió las reales cédulas; y reunidas las licencias abaciales y las reales, fué registrado en 1664 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal es el origen y la consagración legal del establecimiento de las benedictinas de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento en París. Su primer

convento se "edificó de nueva planta" en la calle de Casette, con el dinero de las señoras de Boucs y de Chateaufieux.

Esta orden, era pues, como se ve, distinta de las que seguían las benedictinas llamadas del Císter y dependía del abad de San Germán de los Prados; de igual manera que las monjas del Sagrado Corazón dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de la Caridad del general de los lazaristas.

Era también totalmente distinta de la de las bernardas del Pequeño Picpus cuyo interior acabamos de manifestar. En 1657, el papa Alejandro VII autorizó por breve especial á las bernardas del Pequeño Picpus para practicar la adoración perpetua como las benedictinas del Santísimo Sacramento. Pero las dos órdenes no fueron por eso menos distintas.

XI

Fin del Pequeño-Picpus.

Desde el principio de la restauración, el convento del Pequeño Picpus iba muy á menos, lo cual era parte de la muerte general de la orden, que iba desapareciendo como todas las demás órdenes religiosas desde el siglo XVII. La contemplación es, lo mismo que la oración, una necesidad humana; pero se transformará como todo lo que ha tocado la revolución, y de enigma del progreso social, se convertirá en favorable.

La casa del Pequeño Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840 el convento pequeño había desaparecido, el colegio también; no había ya viejas ni jóvenes; las unas habían muerto, las otras se habían ido. "Volaverunt".

La regla de la Adoración perpetua es de una rigidez tal, que asombra; las vocaciones retroceden, la orden no se renueva. En 1845 entraban aún de acá y de allá algunas, pocas, religiosas conversas, pero ni una de coro. Hace cuarenta años había unas cien religiosas: hace quince no había más que veintiocho. ¿Cuántas quedan hoy? ¿En 1847 la priora era joven, aún no tenía cuarenta años, prueba de que la elección se hacía en un círculo muy reducido. A medida que disminuye el número, aumenta el trabajo; el servicio de cada una se hace más duro. Véase desde entonces llegar el momento en que ya no serían sino una docena de espaldas doloridas y encorvadas á soportar la pesada regla de San Benito. La carga es pesadísima, y sigue siempre la misma para pocas como para muchas; el mucho peso aplasta. Por eso mueren.

En el tiempo en que el autor de este libro vivía todavía en París, murieron dos. La una tenía veinticinco años, la otra veintitrés. Esta pudo decir como Julia Alpinula: "Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres". A causa de semejante decadencia, es por lo que el convento ha renunciado á la educación de niñas.

No hemos podido pasar por delante de aquella casa extraordinaria, desconocida, obscura, sin entrar y sin hacer entrar en ella los espíritus que nos acompañan y nos oyen referir, para utilidad de algunos quizá, la historia melancólica de Juan Valjean. Hemos penetrado en aquella comunidad enteramente llena de antiguas

prácticas, que parecen tan nuevas á la fecha. Es el jardín cerrado; "Hortus conclusus".

Hemos hablado de aquel sitio singular con alguna minuciosidad, pero con respeto, al menos con todo lo que son compatibles respeto y detalle. No nos lo explicamos todo, pero no insultamos nada. Estamos á la misma distancia del himno laudatorio de José de Maistre, que lleva á la coronación del verdugo, que de la ironía de Voltaire, que llega hasta reirse del crucifijo.

Ilogismo de Voltaire, sea dicho de paso; porque Voltaire hubiera defendido á Jesús como defendía á Calás; y para aquellos mismos que niegan las encarnaciones sobrehumanas, ¿qué representa el crucifijo? El asesinato de la sabiduría.

En el siglo XIX, la idea religiosa está pasando por una grave crisis. Se olvidan ciertas cosas, y está bien hecho, con tal que al olvidar aquello se aprenda esto.

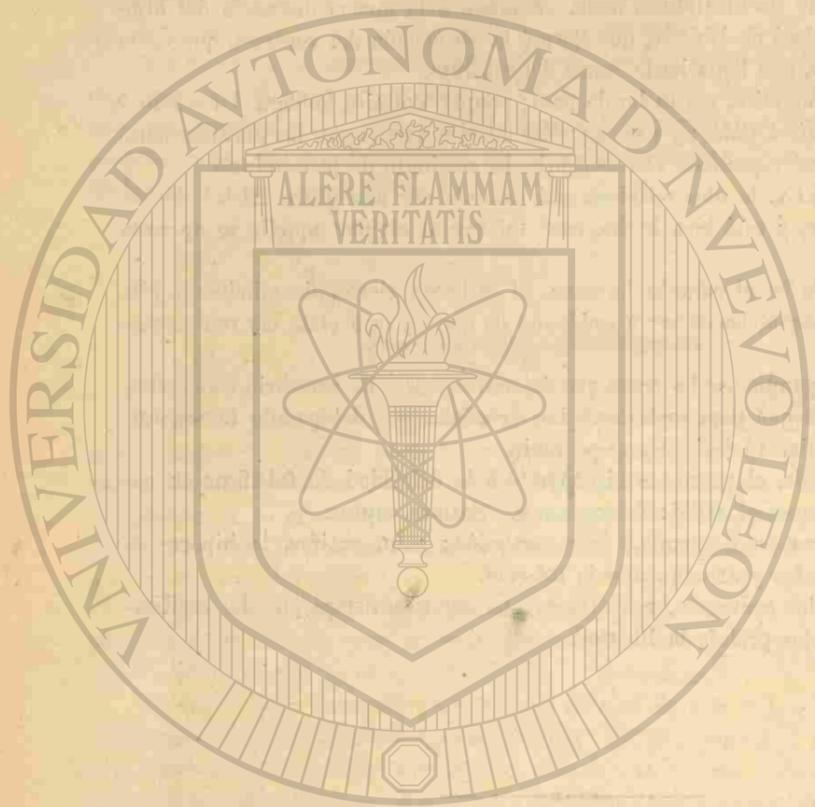
Nada de vacío en el corazón humano. Si se hacen ciertas demoliciones, y si es bueno que se hagan, ha de ser á condición de que sigan á ellas las reconstrucciones.

Entre tanto, estudiemos las cosas que dejaron de ser. Es necesario conocerlas, aunque no sea más que para evitarlas. Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres, y se llaman á sí mismas porvenir.

Este reaparecido, el pasado, está expuesto á la debilidad de falsificar su pasaporte. Averigiemos el ardid: desconfiemos. Seamos cautos.

Lo pasado tiene su fisonomía, la superstición; y un antifaz, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

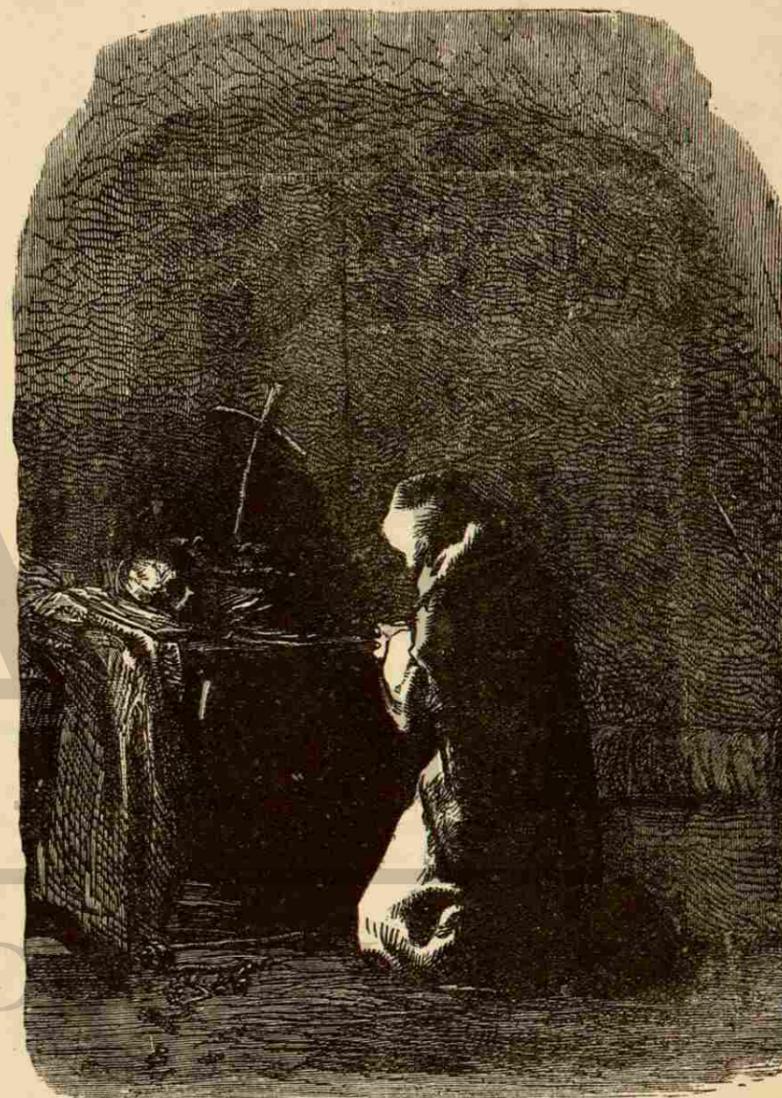
En cuanto á los conventos, nos ofrecen una cuestión compleja. La civilización los condena; los protege la libertad.



U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Paréntesis.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SÉPTIMO.

PARÉNTESIS.

I

El convento: idea abstracta.

Este libro es un drama, cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

Siendo así y habiéndose encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él. ¿Por qué?

Porque el convento, que es propio así del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, propio del paganismo, del budismo, del mahometismo, como del cristianismo, es uno de los instrumentos ópticos dirigidos por el hombre al infinito.

No es este lugar de desenvolver sin tasa ciertas ideas; sin embargo, aún manteniendo absolutamente nuestras reservas, nuestras restricciones, y hasta nuestras indignaciones, debemos decirlo: siempre que hallamos en el hombre el infinito, bien ó mal comprendido, nos sentimos sobrecogidos de respeto. Hay en la sinagoga, hay en la mezquita, en la pagoda, en el wigwam, la parte repugnante que execramos y la parte sublime que adoramos. ¡Qué contemplación para el espíritu y qué infinidad de meditaciones! El reflejo de Dios dando la muralla de la humanidad.

II

El convento: hecho histórico.

Bajo el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, queda el monaquismo condenado.

Los monasterios, cuando abundan en una nación, son obstáculos de la circulación, establecimientos embarazosos, centros de pereza allí donde son necesarios centros de trabajo. Las comunidades monásticas son á la gran comunidad social,

lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y crecimiento significan la miseria del país. El régimen monacal, bueno al nacer de las civilizaciones, útil para producir la reducción de la brutalidad por medio de lo espiritual, es perjudicial á la virilidad de los pueblos. Además, cuando se relaja y entra en su período de desarreglo, como continúa dando ejemplo, se vuelve nocivo por las mismas razones que le hacían saludable en su período de pureza.

La clausura ha tenido su tiempo. Los claustros, útiles en la primera educación de la civilización moderna, han sido perjudiciales á su crecimiento y dañosos á su desarrollo. Como institución y como manera de formar el hombre, fueron los monasterios, buenos en el siglo décimo, discutibles en el décimo quinto y son detestables en el décimo nono. La lepra monacal ha corroído casi hasta el esqueleto dos admirables naciones: la Italia y la España: luz una y esplendor la otra de Europa, durante algunos siglos; y en la época en que vivimos, esos dos pueblos ilustres no comienzan á curar sino gracias á la vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de mujeres particularmente, como aparece todavía á principios del siglo actual así en Italia, como en Austria y España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad media. El claustro, ese claustro citado, es el punto de intersección de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está completamente lleno de las negras irradiaciones de la muerte.

El convento español, sobre todo, es fúnebre. Allí en la obscuridad, bajo bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas á fuerza de sombra, se elevan altares babélicos macizos, altos como catedrales; allí, pendientes de cadenas, entre las tinieblas, inmensos crucifijos blancos; allí se ostentan desnudos, sobre el ébano, grandes Cristos de marfil; más que ensangrentados, sanguinolentos, horribles y magníficos, los codos mostrando los huesos, las rótulas mostrando los tegumentos, las llagas, mostrando las carnes; coronados de espigas de plata, clavados con clavos de oro, rubís por gotas de sangre en la frente, y diamantes por lágrimas en los ojos. Los diamantes y rubís parecen mojados y hacen llorar, abajo en la sombra, á seres velados, que tienen las costillas maceradas por el cilicio y por las disciplinas ferradas, los pechos aplastados por pleitas de esparto, las rodillas desolladas por la oración, mujeres que se creen esposas, espectros que se creen serafines. ¿Pensan esas mujeres? No. ¿Quieren? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No.

Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han trocado en piedras. Su velo es un tejido tenebroso, y bajo aquel velo, su aliento se parece á no se sabe qué trágica respiración de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y aterra. Allí está lo inmaculado espantoso. Tales son los antiguos monasterios de España; madrigueras de devoción terrible, antros de vírgenes, lugares feroces.

La España católica ha sido más romana que la misma Roma. El convento español ha sido, por excelencia, el convento católico. Sentíase allí el Oriente. El arzobispo, kishar-agá del cielo, tenía bajo cerrojos y espiaba aquel serrallo de almas reservado á Dios. La monja era la odalisca, el sacerdote el eunuco. Las fervientes eran escogidas en sueños, y poseían á Cristo. De noche, el hermoso mancebo, desnudo, descendía de la cruz para el éxtasis de la celda. Altos muros guardaban de toda distracción viviente á la sultana mística que tenía al crucificado por sultán. Una mirada al exterior era una infidelidad. El "in pace" reemplazaba al

saco de cuero. Lo que de los harenes en Oriente se arrojaba al mar, era arrojado á la tierra en los conventos de Occidente. Allí, como aquí, había mujeres que retorcián sus brazos; para las unas la ola, para las otras la fosa; ahogadas aquéllas, enterradas éstas. ¡Monstruoso paralelismo!

Hoy día, los defensores del pasado, no pudiendo negar estas cosas, han tomado el partido de sonreír. Se ha puesto en moda una manera cómoda y extraña de suprimir las revelaciones de la historia, de invalidar los comentarios de la filosofía, y de eludir todos los hechos embarazosos y todas las cuestiones sombrías. "Materia para declamar", dicen los hábiles. Declamaciones, repiten los necios. Juan Jacobo, declamador; Diderot, declamador; Voltaire hablando de Calás, Labarre y Sirven, declamadores. No sé quién ha descubierto últimamente que Tácito era un declamador, que Nerón fué una víctima, y decididamente debía compadecerse á "este pobre Holofernes".

Los hechos, sin embargo, son difíciles de desbaratar, porque se obstinan en ser lo que son. El autor de este libro ha visto por sus ojos, á ocho leguas de Bruselas, un recuerdo existente de la Edad Media que está al alcance de todo el mundo, en la abadía de Villers; es éste el agujero de los olvidados en medio del prado, que fué patio del claustro, y á orillas del Thil; cuatro calabozos de piedra, mitad bajo el suelo, mitad bajo el agua. Son lo que llamaban el "in pace". Cada uno de aquellos calabozos conserva todavía un trozo de puerta de hierro, una letrina y un tragaluz enrejado, que, por fuera, está á dos pies más alto que el río, y por dentro, á seis pies bajo el piso. Cuatro pies de río pasan exteriormente á lo largo del muro. El suelo está siempre mojado. El habitante del "in pace" tenía por lecho aquella tierra mojada. En uno de los calabozos se ve un pedazo de argolla sujeto al muro; en otro se encuentra una especie de caja cuadrada hecha con cuatro losas de granito, demasiado corta para tenderse en ella, demasiado baja para incorporarse. Metíase allí dentro un sér humano cubriéndolo con otra piedra. Esto existe. Esto se ve y se toca.

Este "in pace", estos calabozos, estos goznes de hierro, estas argollas, este elevado tragaluz al nivel del cual corre el río, esta caja de piedra cerrada con una tapa de granito como una tumba, con la diferencia de que el muerto era un vivo, este suelo que es lodo, este agujero de letrina, estos muros que rezuman, ¡vaya unos declamadores!

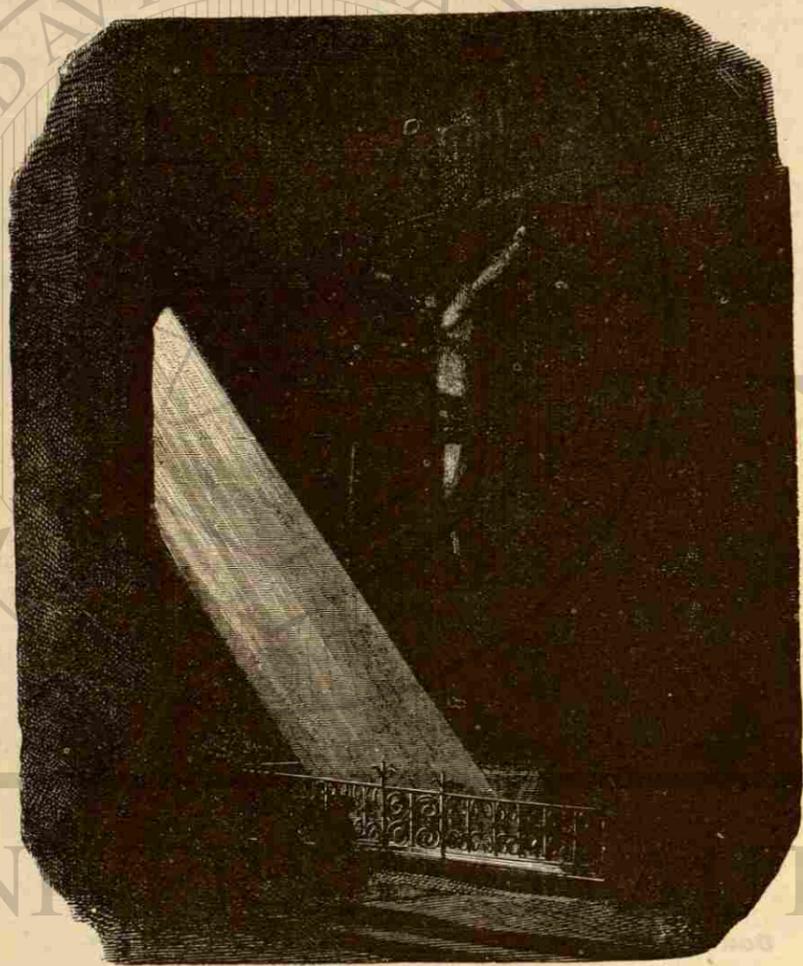
III

Con qué condición puede respetarse lo pasado. ®

El monaquismo, tal cual existía en España y tal como existe en el Tíber, es para la civilización una especie de tisis. Detiene la vida. Despuebla simplemente. Claustro, es como castración. Ha sido el azote de Europa. Agréguese á ello la violencia frecuentemente hecha á la conciencia, las vocaciones forzadas, la feudalidad apoyándose en el claustro, la primogenitura vertiendo en el monaquismo el exceso de los nacidos en la familia, las atrocidades de que hemos hablado, los "in pace", las bocas cerradas, los cerebros tapiados, tantas inteligencias infortu-

nadas encerradas en el calabozo de los votos eternos, la toma de hábito, entierro de almas llenas de vida. Añadid los suplicios individuales á las degradaciones nacionales, y quien quiera que seáis, os extremeceréis indudablemente ante la cogulla y el velo, esos dos sudarios de invención humana.

Y todavía, sobre ciertos puntos y en ciertos lugares, á despecho de la filosofía y del progreso, el espíritu claustral persiste en pleno siglo XIX, y una peregrina re-



crudescencia ascética, asombra hoy al mundo civilizado. La terquedad de las instituciones envejecidas, en perpetuarse, se parece á la obstinación del perfume rancio que reclamase el derecho de aromatizar nuestros cabellos, ó á la pretensión del pescado pasado que quisiera ser comido, ó á la persecución del traje del niño que quisiera seguir vistiendo al hombre, ó á la ternura de los cadáveres que volvieren para abrazar á los vivos.

¡Ingratos! dice el vestido. Yo os he guardado del mal tiempo. ¿Por qué

me rechazáis ahora? Vengo de la pleamar, dice el pescado. Yo he sido, rosa, dice el perfume. Yo os amé, dice el cadáver. Yo os civilicé, dice el convento.

A todo ello basta una sola respuesta: Antiguamente.

Pensar en la prolongación indefinida de las cosas muertas y en el gobierno de los hombres por embalsamamiento, restaurar los dogmas deteriorados, dorar de nuevo los tabernáculos, revocar nuevamente los claustros, volver á bendecir los relicarios, rehabilitar las supersticiones, alimentar de nuevo los fanatismos, echar mangos nuevos á los hisopos y á los sables, reconstituir el monaquismo y el militarismo, creer en la salvación de la sociedad por la multiplicación de los parásitos, imponer el pasado al presente, parece, en verdad, cosa extravagante.

Y existen, no obstante, teóricos para semejantes teorías. Los tales teóricos, gente de talento por otra parte, usan un procedimiento muy sencillo: aplican sobre el pasado cierto barniz que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á la ancianidad, autoridad antigua, tradición santa, legitimidad, religión; y van gritando: ¡Mirad, atended! Ahí va eso, gentes honradas. Esta lógica era ya conocida de los antiguos. Los arúspices la practicaban. Frotaban con tiza una becerra negra, y exclamaban: Es blanca. "Bon cretatus".

Por nuestra parte, respetamos eso y lo otro, y en todos terrenos perdonamos lo pasado, con tal que consienta en estar muerto. Si quiere vivir todavía, le atacamos, procurando matarle.

Supersticiones, hipocresías, mojigaterías y preocupaciones, todas esas larvas, que, como larvas que son, se agarran tenazmente á la vida: tienen dientes y uñas entre sus nebulosidades y es preciso acorralarlas cuerpo á cuerpo y hacerles la guerra, y hacérsela sin tregua; porque es una de las fatalidades de la humanidad la de estar condenada á combatir fantasmas eternamente.

Es muy difícil coger á la sombra por el cogote y derribarla.

Un convento en Francia, en plena luz del siglo XIX, es un corro de buhos encarándose con el sol. Un claustro, en flagrante delito de ascetismo, en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y 1848; Roma floreciendo dentro de París, es un anacronismo. En tiempos normales, para disolver un anacronismo y desvanecerlo, no hay más que apelar al milésimo. Pero no estamos en tiempos normales.

Combatamos.

Combatamos, pero distingamos. Es propio de la verdad no ser nunca excesiva. ¡Qué necesidad tiene de exagerar! Hay lo que es preciso destruir, y lo que buenamente se debe aclarar y examinar. El examen benévolo y grave, ¡cuánta fuerza no da! No llevemos, por lo tanto, la llama allí donde alcanza la luz.

Dado pues el siglo XIX, somos contrarios, en tesis general y respecto á todos los pueblos, en Asia como en Europa, en la India como en Turquía, á las claustraciones ascéticas. Quién dice convento dice pantano. Su putridez es evidente, su estancamiento malsano, su fermentación produce calenturas á los pueblos y los marchita, su multiplicación atrae las plagas de Egipto. No podemos pensar sin horror en esos países en que los fakires, los bonzos, los santones, los caloyos, los morabitos, los talapuinos y los derviches pululan y hormiguean como gusanos.

Dicho esto, la cuestión religiosa subsiste. Esta cuestión tiene ciertos lados misteriosos, temibles casi; séanos permitido observarla bien.

IV

El convento bajo el punto de vista de los principios.

Reúnense varios hombres y habitan en común. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociación.

Se encierran en su casa. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre de abrir ó cerrar su puerta.

No salen. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de ir y venir, que implica el derecho de estarse en su casa.

Y allí, en su casa, ¿qué hacen?

Hablan quedo; bajan los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, á las ciudades, á la sensualidad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo, á los intereses.

Visten tosca lana ó grosera tela. Ninguno de ellos posee cosa alguna en propiedad. Al entrar allí, el que era rico se hace pobre. Lo da todo á todos. El que era lo que se llama noble, hidalgo y señor, es igual al que era simple campesino. La celda es idéntica para todos. Todos se someten á la misma tonsura, llevan el mismo sayal, comen el mismo pan negro, duermen sobre la misma paja, mueren sobre la misma ceniza. La misma cogulla á la espalda, la misma cuerda á la cintura.

Si la regla manda ir con los pies desnudos, con los pies desnudos andan todos. Entre ellos podrá haber un príncipe; pero este príncipe será una sombra como los demás.

Nada de títulos. Hasta los mismos apellidos desaparecen; sólo son conocidos por el nombre. Todos están encorvados bajo la igualdad del nombre de pila. Han disuelto la familia carnal y constituido en su comunidad una familia espiritual. Sus parientes son todos los hombres. Socorren á la humanidad y cuidan á los enfermos.

Eligen á aquellos á quienes han de obedecer, y al nombrar uno á otro, le llama: hermano.

Aquí se me interrumpirá diciendo: ¡Pero ese es el convento ideal! Basta que sea el convento posible, para que sea el que yo tenga en cuenta.

De esto procedé que en el libro anterior haya hablado de un convento en tono respetuoso. Descartándonos de la Edad media y del Asia, y reservándonos la cuestión histórica y política bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante, y con la condición de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria, y sólo entren en ella los que tengan vocación, miraremos siempre la comunidad claustral con esta atenta gravedad, y hasta con diferencia en ciertos casos. Donde hay comunidad hay asociación; donde hay asociación hay derecho. El monasterio es el producto de la fórmula: Igualdad, Fraternidad.

¡Oh! ¡Cuán grande es la libertad! ¡Qué transfiguración más espléndida! La libertad bastándose á sí misma para convertir en república el monasterio.

Prosigamos.

Pero estos hombres ó estas mujeres que viven encerrados entre cuatro paredes, que se visten de burriel, que son iguales, que se llaman hermanos, ¿hacen todavía algo más?

Sí.

¿Qué?

Contemplan la sombra; se arrodillan y juntan las manos.

¿Y esto, qué significa?

V

La oración.

Ruegan.

¿A quién?

A Dios.

Rogar á Dios; ¿qué quiere decir esta palabra?

¿Hay un infinito después de nosotros? ¿Es este infinito uno, inmanente, permanente, necesariamente substancial, puesto que es infinito, y que, si la materia le faltase, allí estaría su límite; necesariamente inteligente, puesto que es infinito, y que, si la inteligencia le faltase, allí terminaría? Este infinito ¿despierta en nosotros la idea de la esencia, en tanto que no podemos atribuirnos á nosotros mismos más que la idea de la existencia? En otros términos: ¿no es el absoluto respecto del cual somos nosotros lo relativo?

Al mismo tiempo que hay un infinito fuera de nosotros, ¿no hay dentro de nosotros otro infinito? Estos dos infinitos (¡plural espeluznante!) ¿se superponen tal vez el uno al otro? El segundo infinito, ¿no es, por así decirlo, subyacente al primero? ¿No es su espejo, su reflejo, su eco, abismo concéntrico de otro abismo?

¿Ese segundo infinito es inteligente también? ¿Piensa? ¿Ama? ¿Quiere? Si ambos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un principio volente, en cada uno hay un yo, así en el infinito superior como en el infinito inferior. El yo de abajo es el alma; el yo de arriba, Dios.

Poner en contacto por mediación del pensamiento, el infinito de abajo con el infinito de arriba, se llama orar.

No le quitemos nada al espíritu humano; suprimir siempre es malo. Lo necesario es reformar y transformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen á lo Desconocido; el pensamiento, la meditación, la oración. Lo desconocido es un océano. ¿Qué viene á ser la conciencia? La brújula de lo Desconocido. Pensamiento, meditación, oración: son estos, grandes fulgores misteriosos. Respetémoslos. ¿A dónde van esas irradiaciones del alma? A la sombra; es decir, á la luz.

La grandeza de la democracia consiste en no negar nada, ni renegar de nada de la humanidad. Junto al derecho del hombre, al menos á su lado, está el derecho del alma.

Destruir los fanatismos y venerar lo infinito; esta es la ley. No debemos limitarnos á caer de rodillas bajo el árbol Creación, y á contemplar su inmenso ra-

maje lleno de estrellas. Tenemos un deber: trabajar en pro del alma humana; defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible, y rechazar lo absurdo; no admitir como inexplicable más de lo necesario; sanear la creencia; separar las supersticiones de la religión; limpiar de gusanos la idea de Dios.

VI

Bondad absoluta de la oración.

En cuanto al modo de orar, todos son buenos, siendo sinceros. Cerrad todo libro y penetrad en lo infinito.

Sabemos que existe una filosofía que niega el infinito; pero también hay una filosofía clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía se llama ceguera.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es ciertamente una razón de ciego.

Lo curioso es el tono altivo, de superioridad y de compasión que toma para con la filosofía que ve á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Nos parece oír á un topo exclamando: ¡Me dan lástima con su sol!

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos; pero en el fondo, encaminados á la verdad por su mismo poder, no tienen la seguridad de su ateísmo; para ellos la cuestión viene á ser casi de nombre; y en todo caso, si no creen en Dios, con ser hombres de talento prueban que existe.

Nosotros saludamos en ellos á los filósofos, al par que calificamos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

Lo igualmente admirable es la facilidad con que muchos se pagan de palabras. Una escuela metafísica del Norte, algo cargada de neblina, ha creído que hacía una revolución en el entendimiento humano reemplazando la palabra Fuerza por la palabra Voluntad.

Decir: la planta quiere, en lugar de la planta crece, sería en efecto una frase fecunda, si se añadiese: el Universo quiere. ¿Por qué? Porque de ahí se deduciría que si la planta quiere, es que hay un yo; el Universo quiere, hay pues un Dios.

Por nuestra parte, que en contraposición á semejante escuela no rechazamos nada "á priori", creemos que, admitir en la planta una voluntad, como dicha escuela admite, es mucho más difícil que admitir la voluntad en el Universo, que ella niega.

Negar la voluntad del infinito, es decir, Dios, no puede hacerse sino negando el infinito mismo. Ya lo hemos demostrado.

La negación del infinito conduce directamente al nihilismo. Todo se convierte en "concepción del espíritu".

Con el nihilismo no hay discusión posible; porque si el nihilista es lógico, duda de que su interlocutor exista, sin estar seguro de que exista él mismo.

Desde su punto de vista, es posible que no sea él para sí mismo más que "una concepción de su espíritu".

Pero no advierte que todo lo que niega lo admite en junto, con sólo pronunciar la palabra: espíritu.

En suma, no ha abierto todavía ninguna senda al pensamiento, esa filosofía que quiere terminarlo todo con este monosílabo: No.

Al No, no hay más que una respuesta: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia.

No existe la nada. El cero no existe. Todo es algo. La nada es nada.

El hombre vive de la afirmación más que de pan.

Ver y mostrar no es suficiente. La filosofía debe ser una energía; debe tener por esfuerzo y por efecto, mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir á Marco Aurelio; ó en otros términos, hacer salir del hombre de la felicidad el hombre de la sabiduría. Transformar el Edén en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. ¡Gozar! ¡Qué triste fin! ¡Qué ambición más mezquina! Los brutos gozan. ¡Pensar! he aquí el verdadero triunfo del alma.

Hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles á todos en elixir la noción de Dios; unir fraternalmente la conciencia y la ciencia, y hacerles justos por medio de este misterioso enlace. Tal es la misión de la filosofía verdadera. La moral es una expansión de verdades. La contemplación lleva á la acción. Lo absoluto debe ser práctico. Es preciso que el ideal sea respirable, potable y comestible para el espíritu humano. Sólo lo ideal tiene derecho á decir: "Tomad, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre". La sabiduría es una comunión sagrada. Bajo esta sola condición deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el modo único y soberano de la unión humana; y de filosofía se eleva á religión.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin más resultado que un objeto de curiosidad.

Nosotros, y dejando para otra ocasión el desarrollo de nuestro pensamiento, nos limitaremos á decir que no comprendemos, ni el hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas, que son los dos motores: creer y amar.

El progreso es el fin; lo ideal es el tipo.

¿Qué es lo ideal? Dios.

Ideal, absoluto, perfección, infinito; palabras idénticas.

VII

Precauciones indispensables para condenar.

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, que son al mismo tiempo simples deberes: combatir á Caifás obispo, á Dracón juez, á Trimalción, legislador, á Tiberio emperador; esto es claro, directo, explícito, y no ofrece el menor inconveniente. Pero el derecho de vivir aparte, aún con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia;

maje lleno de estrellas. Tenemos un deber: trabajar en pro del alma humana; defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible, y rechazar lo absurdo; no admitir como inexplicable más de lo necesario; sanear la creencia; separar las supersticiones de la religión; limpiar de gusanos la idea de Dios.

VI

Bondad absoluta de la oración.

En cuanto al modo de orar, todos son buenos, siendo sinceros. Cerrad todo libro y penetrad en lo infinito.

Sabemos que existe una filosofía que niega el infinito; pero también hay una filosofía clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía se llama ceguera.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es ciertamente una razón de ciego.

Lo curioso es el tono altivo, de superioridad y de compasión que toma para con la filosofía que ve á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Nos parece oír á un topo exclamando: ¡Me dan lástima con su sol!

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos; pero en el fondo, encaminados á la verdad por su mismo poder, no tienen la seguridad de su ateísmo; para ellos la cuestión viene á ser casi de nombre; y en todo caso, si no creen en Dios, con ser hombres de talento prueban que existe.

Nosotros saludamos en ellos á los filósofos, al par que calificamos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

Lo igualmente admirable es la facilidad con que muchos se pagan de palabras. Una escuela metafísica del Norte, algo cargada de neblina, ha creído que hacía una revolución en el entendimiento humano reemplazando la palabra Fuerza por la palabra Voluntad.

Decir: la planta quiere, en lugar de la planta crece, sería en efecto una frase fecunda, si se añadiese: el Universo quiere. ¿Por qué? Porque de ahí se deduciría que si la planta quiere, es que hay un yo; el Universo quiere, hay pues un Dios.

Por nuestra parte, que en contraposición á semejante escuela no rechazamos nada "á priori", creemos que, admitir en la planta una voluntad, como dicha escuela admite, es mucho más difícil que admitir la voluntad en el Universo, que ella niega.

Negar la voluntad del infinito, es decir, Dios, no puede hacerse sino negando el infinito mismo. Ya lo hemos demostrado.

La negación del infinito conduce directamente al nihilismo. Todo se convierte en "concepción del espíritu".

Con el nihilismo no hay discusión posible; porque si el nihilista es lógico, duda de que su interlocutor exista, sin estar seguro de que exista él mismo.

Desde su punto de vista, es posible que no sea él para sí mismo más que "una concepción de su espíritu".

Pero no advierte que todo lo que niega lo admite en junto, con sólo pronunciar la palabra: espíritu.

En suma, no ha abierto todavía ninguna senda al pensamiento, esa filosofía que quiere terminarlo todo con este monosílabo: No.

Al No, no hay más que una respuesta: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia.

No existe la nada. El cero no existe. Todo es algo. La nada es nada.

El hombre vive de la afirmación más que de pan.

Ver y mostrar no es suficiente. La filosofía debe ser una energía; debe tener por esfuerzo y por efecto, mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir á Marco Aurelio; ó en otros términos, hacer salir del hombre de la felicidad el hombre de la sabiduría. Transformar el Edén en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. ¡Gozar! ¡Qué triste fin! ¡Qué ambición más mezquina! Los brutos gozan. ¡Pensar! he aquí el verdadero triunfo del alma.

Hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles á todos en elixir la noción de Dios; unir fraternalmente la conciencia y la ciencia, y hacerles justos por medio de este misterioso enlace. Tal es la misión de la filosofía verdadera. La moral es una expansión de verdades. La contemplación lleva á la acción. Lo absoluto debe ser práctico. Es preciso que el ideal sea respirable, potable y comestible para el espíritu humano. Sólo lo ideal tiene derecho á decir: "Tomad, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre". La sabiduría es una comunión sagrada. Bajo esta sola condición deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el modo único y soberano de la unión humana; y de filosofía se eleva á religión.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin más resultado que un objeto de curiosidad.

Nosotros, y dejando para otra ocasión el desarrollo de nuestro pensamiento, nos limitaremos á decir que no comprendemos, ni el hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas, que son los dos motores: creer y amar.

El progreso es el fin; lo ideal es el tipo.

¿Qué es lo ideal? Dios.

Ideal, absoluto, perfección, infinito; palabras idénticas.

VII

Precauciones indispensables para condenar.

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, que son al mismo tiempo simples deberes: combatir á Caifás obispo, á Dracón juez, á Trimalción, legislador, á Tiberio emperador; esto es claro, directo, explícito, y no ofrece el menor inconveniente. Pero el derecho de vivir aparte, aún con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia;

de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de devoción; de suplicio, pero de martirio, es preciso casi siempre decir sí y no.

Un convento es una contradicción. Su fin es la salvación; su medio, el sacrificio. El convento es el supremo egoísmo dando por resultado la abnegación suprema.

Abdicar para reinar: esta parece ser la divisa del monaquismo.

En el claustro se sufre para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en noche terrena la luz celestial. En el claustro se acepta el infierno como herencia anticipada sobre el cielo.

La toma del velo ó de la cogulla es un suicidio que se paga con la eternidad.

No nos parece, pues, que semejante asunto sea cosa de burla. Todo es en ello serio, así el bien como el mal.

El hombre justo frunce el entrecejo, pero no sonríe con maligna sonrisa.

Comprendemos la cólera, no la malignidad.

VIII

Fé, ley.

Algunas palabras todavía.

Censuramos la Iglesia cuando está saturada de intrigas; despreciamos la aspereza espiritual opuesta á la temporal; pero honramos en todas partes al hombre pensativo.

Saludamos al que se arrodilla.

Una fe, es necesaria para el hombre. ¡Desgraciado del que nada cree!

El hombre no está desocupado cuando está absorbido. Existe el trabajo visible y el invisible.

Contemplar, es trabajar; pensar, es producir.

Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas hacen. La mirada al cielo es una obra.

Thales estuvo cuatro años inmóvil, y fundó la filosofía.

Para nosotros, ni los cenobitas están ociosos, ni son los solitarios holgazanes.

Pensar en la Sombra es una cosa seria.

Sin invalidar en nada cuanto hemos dicho, creemos que conviene á los vivos un perpetuo recuerdo de la tumba. Sobre este punto el sacerdote y el filósofo están de acuerdo.

“Morir habemos”, replica á Horacia el fundador de la Trapa.

Mezclar á la vida algo de la muerte, es la ley del sabio; pero es también la ley del asceta. Sobre este punto el asceta y el sabio convergen.

Existe el crecimiento material, y le queremos; pero existe también el engrandecimiento moral, que respetamos.

Los espíritus irreflexivos y ligeros dicen:

—¿Qué objeto tienen esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Para qué sirven? ¿Qué hacen?

¡Ay! En presencia de la obscuridad que nos rodea y nos espera, sin saber lo que hará de nosotros la dispersión inmensa, les respondemos:

—No hay tal vez cosa más sublime que la que hacen esas almas. Y añadimos: No hay tal vez en el mundo trabajo más útil.

Es preciso que haya los que oran siempre, por los que nunca oran.



Para nosotros, todo consiste en la cantidad de pensamiento que entra en la oración.

Leibnitz orando, es grande; Voltaire adorando, magnífico. “Deo erexit Voltaire”.

Estamos por la religión contra las religiones.

Somos de los que creen en la miseria del rezo y en la sublimidad de la oración.

Por lo demás, durante el minuto que cruzamos por el mundo, minuto que afortunadamente no imprimirá su sello al siglo XIX; en esta hora en que tantos hombres tienen la frente baja y el alma poco elevada; entre tantos vivientes que tienen por regla de moral el gozar, y se ocupan de las cosas perecederas y deformes de la materia; aquel que se destierra á sí propio nos parece venerable.

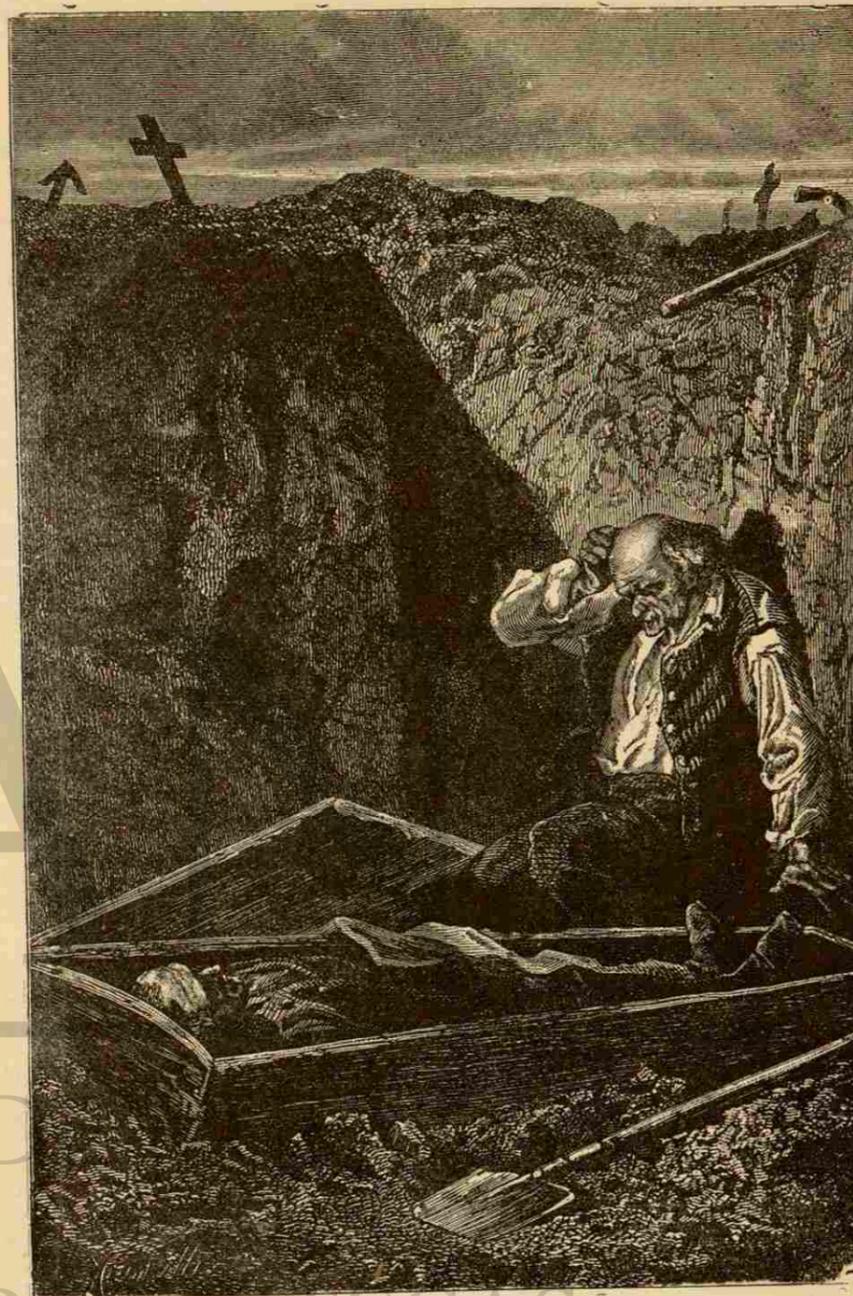
El monasterio es un gran destierro. El sacrificio que da en lo falso no deja de ser un sacrificio. Tomar por deber un error severo, no deja de tener su grandeza.

Considerado en sí mismo é idealmente, y mirándole bajo todos sus aspectos para llegar al examen imparcial de la verdad, el monasterio y, sobre todo el convento de monjas, porque en nuestra sociedad la mujer padece más, y su destierro

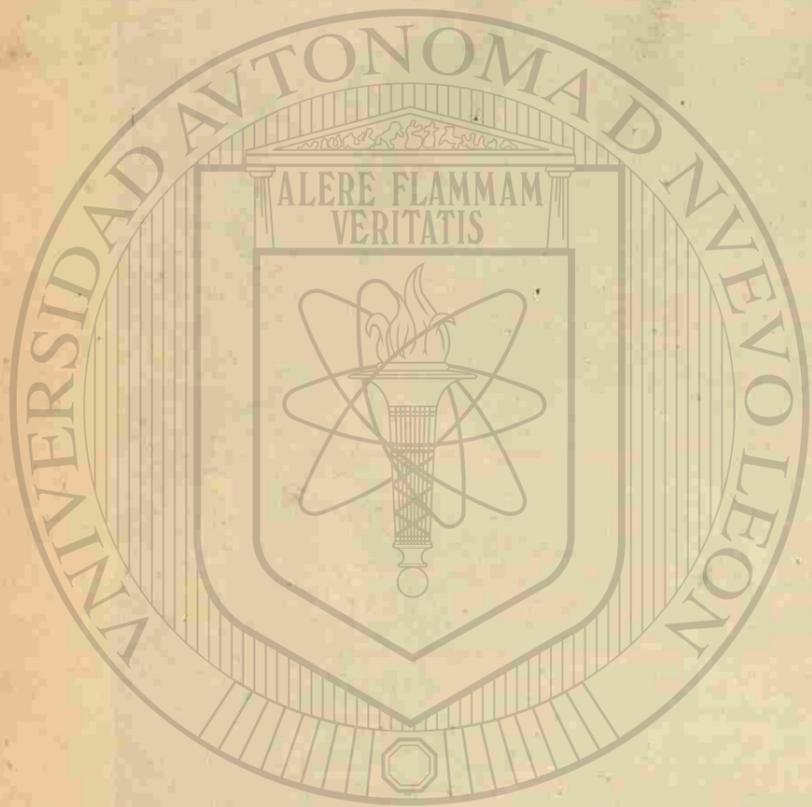
en el claustro es una especie de protesta; el convento de monjas, decimos, tiene incontestablemente cierta majestad.

La vida del claustro, tan austera y tan monótona, de la que acabamos de bosquejar algunas líneas, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud: es el lugar extraño desde donde se descubre, como desde la cima de una alta montaña, á un lado el abismo en que vivimos, y al otro el abismo en que iremos á parar; es la estrecha y tortuosa frontera que separa dos mundos, iluminada y oscurecida á un tiempo por los dos, y donde se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo tenue de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En cuanto á nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que vivimos como ellas por la fe, no hemos podido pensar nunca, sin cierto terror religioso y tierno, sin cierta piedad llena de envidia, en esas criaturas resignadas, trémulas y confiadas; en esas almas humildes y augustas que se atreven á vivir en el borde mismo del misterio, esperando, entre el mundo que les está cerrado y el cielo que no se les ha abierto, volviéndose hacia la caridad invisible; pero consolándose con la idea de saber donde está, aspirando al abismo y á lo desconocido, con la mirada fija en la inmóvil obscuridad, arrodilladas, desvanecidas, estupefactas, esperanzadas, y casi elevadas á ciertas horas por el soplo profundo de la eternidad.



Los cementerios toman lo que se les dá.



LIBRO OCTAVO.

LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE SE LES DA.

I

Donde se trata de la manera de entrar en un convento.

En esta casa fué donde Juan Valjean había, según dijo Fauchelvent, “caído del cielo”.

Había saltado por la pared del jardín que formaba el ángulo de la calle Polonceau. Aquel himno de ángeles que había oído en medio de la noche, era el canto de maitines de las monjas; la sala que había visto en la obscuridad, era la capilla; la fantasma que vió tendida en tierra, era la hermana del poste en el acto del desagravio; la campanilla cuyo extraño ruido le había sorprendido tanto, era el cascabel del jardinero, atado á la pierna del tío Fauchelvent.

Acostada Cosette, Juan Valjean y Fauchelvent habían cenado, como hemos dicho, un pedazo de queso y un vaso de vino al amor de una buena hoguera chispeante; y como la única cama que había, estaba ocupada por Cosette, se habían echado cada uno sobre un haz de paja.

Juan Valjean antes de cerrar los ojos, había dicho: “Es preciso que me quede aquí”. Esta frase había estado dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelvent.

A decir verdad, ninguno de los dos durmió.

Juan Valjean, viéndose descubierto y perseguido por Javert, comprendía que tanto Cosette como él, estaban perdidos si entraban de nuevo en las calles de París. Puesto que la nueva ráfaga de viento que le impeliera le había arrojado á aquel claustro, ya no tenía Juan Valjean más que una idea: quedarse allí. Para un desgraciado en su posición, era el convento á la vez que el refugio más peligroso, el más seguro; el más peligroso, porque no pudiendo entrar allí ningún hombre, si era descubierto, lo sería en flagrante delito, y no tendría que esperar para ir á la cárcel; el más seguro, porque si conseguía que le admitiesen y se quedaba, ¿quién había de ir á buscarle allí? Habitar en un lugar imposible, era su salvación.

Fauchelvent, por su parte, se devanaba los sesos, acabando por conocer que nada comprendía.

¿Cómo se encontraba allí el señor Magdalena dadas las tapias del jardín? Las paredes de un claustro no se traspasan.

¿Cómo estaba allí llevando aquella niña? Una pared vertical no se escala llevando en brazos una criatura.

¿Quién era aquella niña? ¿De dónde venían ambos? Desde que Fauchelvent entró en el convento no había oído hablar más de M* sur M* y no sabía nada de lo que allí había pasado. El señor Magdalena tenía ese aspecto que desanima á los curiosos; y además, Fauchelvent se decía á sí mismo: A un santo no se le interroga. El señor Magdalena había conservado para él todo su prestigio. Solamente por ciertas palabras escapadas á Juan Valjean, el jardinero creyó poder deducir que el señor Magdalena había podido quebrar, á causa de las dificultades de la época, y que le perseguían sus acreedores, ó bien que se había comprometido en algún negocio político y debía ocultarse, lo cual no repugnaba á Fauchelvent, quien, como casi todos los campesinos del Norte, tenía un antiguo fondo bonapartista. Ocultándose, pues, el señor Magdalena, había buscado un asilo en el convento, y era natural que quisiese permanecer en él. Pero lo inexplicable, y en lo cual devanaba inútilmente sus sesos Fauchelvent, era en el cómo había entrado allí el señor Magdalena, y entrado además con la niña. Fauchelvent los veía, los tocaba, les hablaba, y no podía creerlo. Lo incomprensible acababa de hacer su entrada en el tabuco de Fauchelvent, que andaba á tientas en medio de mil diversas conjeturas, y no veía claro sino esto: Que el señor Magdalena le había salvado la vida.

Esta única certidumbre le bastaba para decidirse. Dijose para sí: Ha llegado mi vez. Y añadió en conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando se metió debajo de la carreta para sacarme de allí. Y decidió salvar al señor Magdalena.

Esto no obstante se hizo algunas preguntas dándose las correspondientes respuestas: Después de lo que hizo por mí, si fuera un ladrón ¿le salvaría? Sin duda alguna. Si fuera un asesino, ¿le salvaría? Igualmente. Entonces siendo un santo, ¿le salvaré? no hay duda.

Pero hacer que se quede en el convento, ¡ahí está la dificultad!

Ante esta tentativa, casi quimérica, no retrocedió Fauchelvent; aquel pobre campesino picardo, sin más medios que su buena intención y voluntad, y algo de esa proverbial astucia del lugareño, puesta á la sazón al servicio de una intención generosa, propúsose escalar las imposibilidades del claustro y las duras escabrosidades de la regla de San Benito. El tío Fauchelvent era un viejo que había sido egoísta toda su vida, y que al fin de sus últimos días, cojo, enfermo y sin vínculo alguno en el mundo, encontró un placer en el agradecimiento; y viendo que podía hacer una buena acción se arrojó como un hombre que en el momento de la muerte se encontrase en la mano un vaso de buen vino del que jamás hubiese catado, y se lo bebiese con avidez.

Puede añadirse también, que el aire que respiraba hacía algún tiempo en aquel convento había destruído su personalidad, habiendo acabado por hacerle necesaria una buena acción, cualquiera que fuese.

Tomó, pues, la resolución de consagrarse al señor Magdalena.

Acabamos de calificarle de "pobre campesino picardo". La calificación es justa, pero incompleta. En el punto á que hemos llegado de esta historia, es conveniente dar alguna idea fisiológica del tío Fauchelvent. Era aldeano; pero había sido escribiente, lo cual añadía la astucia curialesca á su astucia natural, y cierta penetración á su sencillez. Habiéndole salido mal sus negocios, por diferentes causas, pasó de curial á carretero y bracero.

Sin embargo, á despecho de los juramentos y los latigazos, que necesitan, al parecer, los caballos, había seguido interiormente siendo curial. Tenía cierto talento natural: no decía "j'ons" ni "j'avons"; sostenía una conversación, cosa rara en una aldea; y sus paisanos decían de él: habla casi como un señor de sombrero. Fauchelvent pertenecía efectivamente á la clase que el vocabulario impertinente y superficial del último siglo llamaba: "entre burgués y rústico"; y que las metáforas que iban del palacio á la cabaña, calificaban de "medio villano, y medio cortesano; sal y pimienta".

Fauchelvent, aunque muy probado y aún gastado por la suerte, especie de pobre y gastado ánimo, cuya trama se veía claramente, era hombre de primer impulso y muy espontáneo; preciosa cualidad que impide siempre ser malo. Sus defectos y sus vicios, porque los había tenido, eran superficiales; en suma, su fisonomía era de las que simpatizan desde luego con el observador. Su rostro no tenía ninguna de aquellas arrugas siniestras en lo alto de la frente, que indican perversión ó brutalidad.

Al amanecer, después de haber meditado muchísimo, el tío Fauchelvent abrió los ojos y vió al señor Magdalena, que sentado sobre un haz de paja, contemplaba á Cosette dormida. Fauchelvent se incorporó y le dijo:

—Y ahora que estáis aquí, ¿cómo váis á componeros para salir?

Esta frase resumía la situación, sacando á Juan Valjean de sus meditaciones.

Los dos buenos hombres celebraron consejo.

—Tenéis que empezar,—dijo Fauchelvent,—por no poner los pies fuera de este cuarto ni la niña ni vos. Un paso en el jardín nos perdería.

—Naturalmente.

—Señor Magdalena,—continuó Fauchelvent,—habéis llegado en muy buen momento, quiero decir, muy malo; hay una de estas señoras muy enferma. Esto hará que no vengan á mirar mucho por aquí.

Parece que se muere. Están rezando las cuarenta horas. Toda la comunidad está en el aire, ya no piensa más que en eso. La moribunda es una santa; y no es extraño, porque aquí somos santos todos. La diferencia entre ellas y yo sólo está en que ellas dicen: nuestra celda, y yo digo: mi choza. Ahora van á rezar la oración de los agonizantes, y luego la de los muertos. Por hoy podemos estar aquí tranquilos; pero no respondo de mañana.

—Sin embargo,—dijo Juan Valjean,—esta choza está en un recodo de la pared; está además oculta por unas ruinas y por los árboles, y no se la ve desde el convento.

—Y yo añado que las religiosas no se acercan nunca por aquí.

—¿Entonces?—dijo Juan Valjean.

Este "entonces" acentuado por un interrogante, significaba: Me parece que podemos permanecer aquí escondidos. A esto respondió Fauchelvent:

—Pero están las niñas.

—¿Qué niñas?—interrogó Juan Valjean.

Cuando Fauchelvent abrió la boca para explicar lo que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto,—dijo.—Este es el toque.

E hizo una seña á Juan Valjean para que escuchara.

Sonó otra campanada.

—Es el toque, señor Magdalena. La campana seguirá tocando de minuto en minuto, durante veinticuatro horas, hasta la salida del cuerpo de la iglesia. Ya véis, las niñas juegan. En las horas de recreo basta que una pelota ruede un poco más para que llegue hasta aquí, á pesar de las prohibiciones, y vengan á buscar y recorrer todo esto. Son unos diablillos esos querubines.

—¿Quiénes?—preguntó Juan Valjean.

Las niñas. Os descubrirían en seguida, y gritarían: ¡un hombre! Por hoy no hay cuidado, porque no hay recreo. El día se va á ir en rezos. ¿Oís la campana? Como os he dicho, dará un golpe cada minuto. Es el toque.

Ya entiendo, tío Fauchelvent; hay colegialas.

Juan Valjean pensó aparte:

—Esto será el hallazgo de la educación de Cosette.

Fauchelvent exclamó:

—¡Pardiez! ¡Si hay colegialas! ¡Y que no chillarían al veros! ¡Y que no huirían! Porque aquí ser hombre es estar apestado. Ya véis que á mí me hacen llevar una campanilla en la pata como una fiera.

Juan Valjean continuaba meditando cada vez más profundamente. "Este convento podrá ser nuestra salvación", murmuró. Luego levantó la voz diciendo:

—Sí, lo difícil es quedarse.

—No, dijo Fauchelvent;—lo difícil es salir.

Juan Valjean sintió que le afluía la sangre al corazón.

—¡Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver á entrar es preciso salir.

Y después de haber dejado pasar una campanada de duelo, continuó:

—Así no podéis continuar aquí. ¿De dónde venís? para mí habéis caído del cielo, porque os conozco; pero para las religiosas es menester haber entrado por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado de otra campana.

—¡Ah!—dijo Fauchelvent.—Llaman á las madres vocales al capítulo. Siempre que muere alguna celebran capítulo. Ha muerto al amanecer; es la hora en que se suele morir.

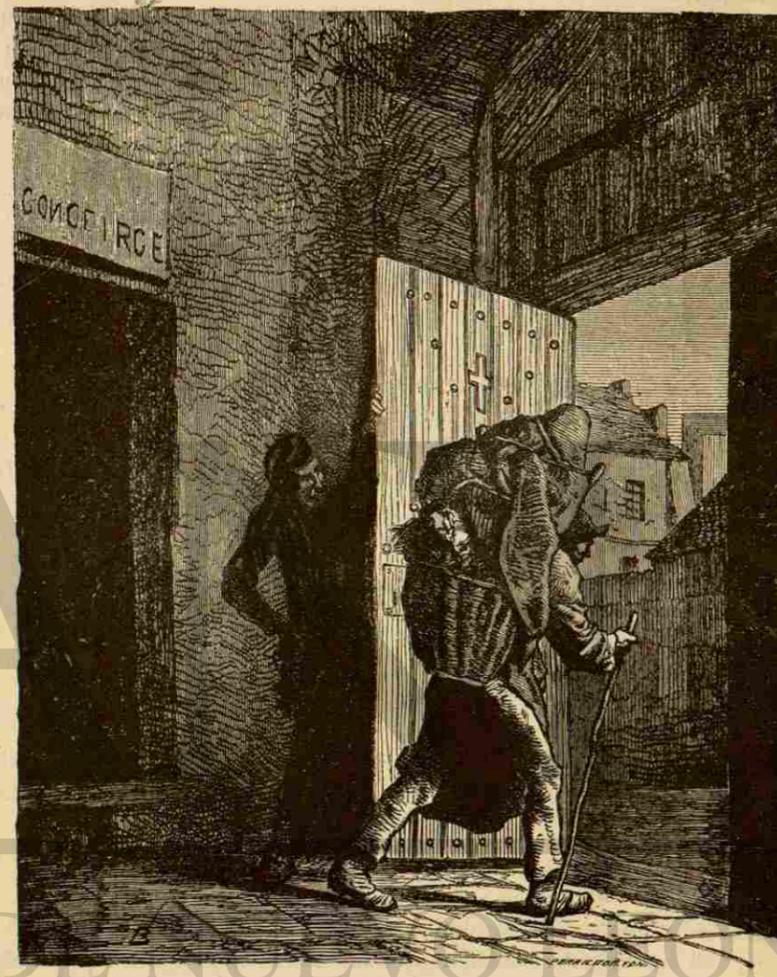
Pero ¿no podríais salir por donde habéis entrado? Veamos, yo no lo digo por preguntar: ¿por dónde habéis entrado?

Juan Valjean se puso pálido. La sola idea de volver á bajar aquella temible calle le hacía temblar. Salir de una selva de tigres, y estando ya fuera, pensar en el efecto que os haría el consejo de un amigo que os invitara á entrar otra vez. Juan Valjean se figuraba ver á toda la policía recorriendo el barrio, á los agentes

en observación, centinelas por todas partes, horribles garras extendidas hacia su cuello, y al mismo Javert quizá en el centro de la encrucijada.

—¡Imposible!—dijo.—Tío Fauchelvent, suponed que he caído del cielo.

—Si yo lo creo, por mí lo creo,—respondió Fauchelvent.—No tenéis necesidad de decírmelo. Dios os habrá cogido con la mano para veros de cerca, y des-



pués os habrá soltado. Sólo que sin duda quería llevaros á un convento de hombres, y se ha equivocado.

¿Otro toque? ¡Ah! es para decir al portero que vaya á avisar á la municipalidad, para que ordene al médico de los muertos á que venga á ver el cadáver. Todo esto es la ceremonia de cuando se muere; pero á estas señoras no les gusta mucho esa visita. Un médico no cree en nada. Viene, levanta el velo, y algunas veces otra cosa también. ¡Qué prisa han tenido esta vez para avisar al médico! ¿Qué será ello?

—Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta excusada que da al patio. Llamo, el portero abre, yo llevo mi cesto al hombro, la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelvent sale con su cesto; esto es muy sencillo.

Diréis á la niña que esté quietecita debajo de la tapa. Después la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mía, sorda, que vive en la calle de Chemin Vert, donde tiene una camita. Le gritaré al oído, que es una sobrina mía que la tengo allí hasta mañana; y luego la niña entrará con vos, pues yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero vos, ¿cómo vais á salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tío Fauchelvent. Buscad un medio de que salga como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelvent se rascó la punta de la oreja con el dedo medio de la mano izquierda, señal evidente de grave apuro.

Oyóse un tercer toque.

—El médico de los muertos se va,—dijo Fauchelvent.—Habría mirado y dicho: Bien; está muerta. Cuando el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si se trata de una madre, la amortajan las madres; si de una hermana, la amortajan las hermanas. Después clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinera. Por lo visto, un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que da á la calle, y en la que no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos, pues no cuento como hombres á los sepultureros ni á mí. En dicha sala es donde clavo yo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Así es como se va á los cielos. Traen una caja donde no hay nada, y se la llevan con algo dentro. Y he ahí lo que es un entierro. “De profundis”.

Un rayo de sol horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abría vagamente los labios. Parecía un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso á contemplarla. No escuchaba ya á Fauchelvent.

El no ser escuchado no es razón para callarse. El buen jardinero continuó pacíficamente su charla:

—Se abre la fosa en el cementerio de Vaugirard, que según dicen, va á ser suprimido. Es un cementerio antiguo que está fuera de las ordenanzas, que no tiene uniforme y va á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el sepulturero. Estas monjas tienen el privilegio de ser enterradas al caer de la noche. Existe un decreto de la prefectura dado expresamente para ellas.

¡Qué de acontecimientos desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión, y el señor Magdalena ha...

—Sido enterrado,—dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelvent hizo rebotar la palabra.

—¡Diablo! Si estuviérais aquí en realidad, sería ello un verdadero entierro.

Oyóse un cuarto toque. Fauchelvent descolgó precipitadamente del clavo la rodillera con el cascabel, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os mováis de aquí, esperadme. Algo de nuevo ocurre. Si tenéis necesidad, ahí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió del cuchitril diciendo:—¡Allá voy, allá voy!

Juan Valjean le vió atravesar el jardín tan de prisa cuanto lo permitía su pierna torcida, mirando de pasada su melonar.

Antes de diez minutos el tío Fauchelvent, cuya campanilla dispersaba á su paso á las religiosas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz dulce respondía: “Por siempre jamás. Por siempre jamás”, es decir: “Adelante”.

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo á la sala capitular. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelvent.

II

Fauchelvent ante la dificultad.

El aire agitado y grave es peculiar en ocasiones críticas á ciertos caracteres y ciertas profesiones, y especialmente á los curas y frailes. En el momento en que entró Fauchelvent, estaba impreso este doble signo de la preocupación en la fisonomía de la priora, que era aquella buena é ilustrada señorita de Bleumeur, madre Inocente, generalmente alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de su rosario, levantó los ojos y le dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelvent repitió el saludo.

—Tío Fauvent, os he mandado llamar.

—Aquí me tenéis, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte,—dijo Fauchelvent con un valor que le asustaba interiormente,—tengo también algo que decir á la reverendísima madre.

La priora le miró.

—¡Ah! ¿Tenéis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Está bien, hablad.

El buen Fauchelvent, ex-cribiente, pertenecía á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una gran fuerza; no se desconfía de ella, y engaña. En los dos años largos que Fauchelvent llevaba en el convento, se había granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado á su jardín, no tenía realmente otro quehacer que ser curioso. A

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta excusada que da al patio. Llamo, el portero abre, yo llevo mi cesto al hombro, la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelvent sale con su cesto; esto es muy sencillo.

Diréis á la niña que esté quietecita debajo de la tapa. Después la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mía, sorda, que vive en la calle de Chemin Vert, donde tiene una camita. Le gritaré al oído, que es una sobrina mía que la tengo allí hasta mañana; y luego la niña entrará con vos, pues yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero vos, ¿cómo vais á salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tío Fauchelvent. Buscad un medio de que salga como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelvent se rascó la punta de la oreja con el dedo medio de la mano izquierda, señal evidente de grave apuro.

Oyóse un tercer toque.

—El médico de los muertos se va,—dijo Fauchelvent.—Habría mirado y dicho: Bien; está muerta. Cuando el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si se trata de una madre, la amortajan las madres; si de una hermana, la amortajan las hermanas. Después clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinería. Por lo visto, un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que da á la calle, y en la que no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos, pues no cuento como hombres á los sepultureros ni á mí. En dicha sala es donde clavo yo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Así es como se va á los cielos. Traen una caja donde no hay nada, y se la llevan con algo dentro. Y he ahí lo que es un entierro. “De profundis”.

Un rayo de sol horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abría vagamente los labios. Parecía un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso á contemplarla. No escuchaba ya á Fauchelvent.

El no ser escuchado no es razón para callarse. El buen jardinero continuó pacíficamente su charla:

—Se abre la fosa en el cementerio de Vaugirard, que según dicen, va á ser suprimido. Es un cementerio antiguo que está fuera de las ordenanzas, que no tiene uniforme y va á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el sepulturero. Estas monjas tienen el privilegio de ser enterradas al caer de la noche. Existe un decreto de la prefectura dado expresamente para ellas.

¡Qué de acontecimientos desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión, y el señor Magdalena ha...

—Sido enterrado,—dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelvent hizo rebotar la palabra.

—¡Diablo! Si estuviérais aquí en realidad, sería ello un verdadero entierro.

Oyóse un cuarto toque. Fauchelvent descolgó precipitadamente del clavo la rodillera con el cascabel, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os mováis de aquí, esperadme. Algo de nuevo ocurre. Si tenéis necesidad, ahí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió del cuchitril diciendo:—¡Allá voy, allá voy!

Juan Valjean le vió atravesar el jardín tan de prisa cuanto lo permitía su pierna torcida, mirando de pasada su melonar.

Antes de diez minutos el tío Fauchelvent, cuya campanilla dispersaba á su paso á las religiosas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz dulce respondía: “Por siempre jamás. Por siempre jamás”, es decir: “Adelante”.

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo á la sala capitular. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelvent.

II

Fauchelvent ante la dificultad.

El aire agitado y grave es peculiar en ocasiones críticas á ciertos caracteres y ciertas profesiones, y especialmente á los curas y frailes. En el momento en que entró Fauchelvent, estaba impreso este doble signo de la preocupación en la fisonomía de la priora, que era aquella buena é ilustrada señorita de Bleumeur, madre Inocente, generalmente alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de su rosario, levantó los ojos y le dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelvent repitió el saludo.

—Tío Fauvent, os he mandado llamar.

—Aquí me tenéis, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte,—dijo Fauchelvent con un valor que le asustaba interiormente,—tengo también algo que decir á la reverendísima madre.

La priora le miró.

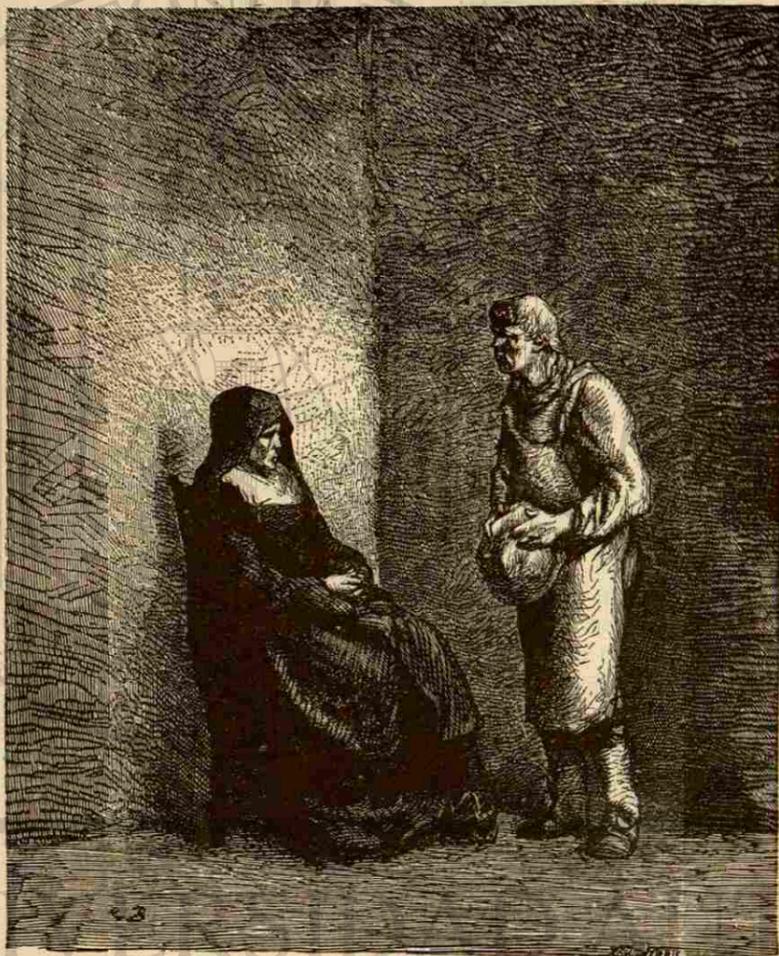
—¡Ah! ¿Tenéis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Está bien, hablad.

El buen Fauchelvent, ex-cribiente, pertenecía á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una gran fuerza; no se desconfía de ella, y engaña. En los dos años largos que Fauchelvent llevaba en el convento, se había granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado á su jardín, no tenía realmente otro quehacer que ser curioso. A

la distancia que estaba de todas aquellas mujeres, que iban y venían cubiertas con su velo, no veía delante de sí más que una agitación de sombras. A fuerza de atención y penetración había llegado á reponer la carne en todas aquellas fantasmas, así es que aquellas muertas vivían para él. Era como un sordo cuya vista se alarga, ó como un ciego cuyo oído se aguza. Se había dedicado á estudiar y explicar la significación de los diversos toques de campana, y lo había conseguido,



de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenía misterios para él, aquel esfinge le decía al oído todos sus secretos. Fauchelvent, sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Este era su arte. Todo el convento le creía estúpido; gran mérito en religión. Las madres vocales le hacían caso. Era un mudo curioso. Y así inspiraba confianza.

Luego lo hacía todo con mucha regularidad, y no salía nunca más que para sus necesidades naturales de hortelano y jardinero. Esta discreción de salidas se le tenía muy en cuenta.

No por eso había dejado de hacer hablar á dos hombres: en el convento al

portero, por cuyo medio sabía las particularidades del locutorio; y en el cementerio al enterrador, con lo cual sabía las particularidades de la sepultura; de manera, que tenía respecto de las religiosas una doble luz, así sobre la vida como sobre la muerte. Pero de nada abusaba.

La congregación le apreciaba.

Viejo, cojo, casi ciego, probablemente algo sordo, ¡qué de cualidades! Difícilmente se le hubiera podido reemplazar.

El buen hombre, con la seguridad del que se ve apreciado, entabló frente á frente con la reverenda priora, una arenga de aldeano bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como la última, por ejemplo, en que había tenido que cubrir con estera los melones resguardándolos de los efectos de la luna, acabando por decir: que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento), un hermano no joven (segundo movimiento de la priora, pero movimiento de tranquilidad), que si se le permitía podría su hermano vivir con él y ayudarle; que era un excelente jardinero; que la comunidad podría utilizar sus buenos servicios, mejores que los suyos; que de no ser admitido su hermano, él, que era el mayor, sintiéndose cascado é inútil para el trabajo, se vería bien á pesar suyo, obligado á marcharse; y que su hermano tenía una niña, que llevaría consigo y se educaría en Dios en la casa, y podría, ¿quién sabe? llegar á monja.

Cuando hubo terminado, la priora interrumpió el recorrido de las cuentas de su rosario entre los dedos, y le dijo:

—¿Podrías procurarnos de aquí á la noche una barra fuerte de hierro?

—¿Para hacer?

—Una palanca.

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

La priora, sin decir una palabra más se levantó y entró en el cuarto inmediato, que era la sala capitular, donde estaban reunidas, probablemente, las madres vocales.

Fauchelvent, quedó solo.

III

La madre inocente.

Transcurrió próximamente un cuarto de hora. La priora entró de nuevo sentándose otra vez en la silla.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Transcribiremos lo mejor que podamos el diálogo que se empeñó:

—¿Tío Fauvent?

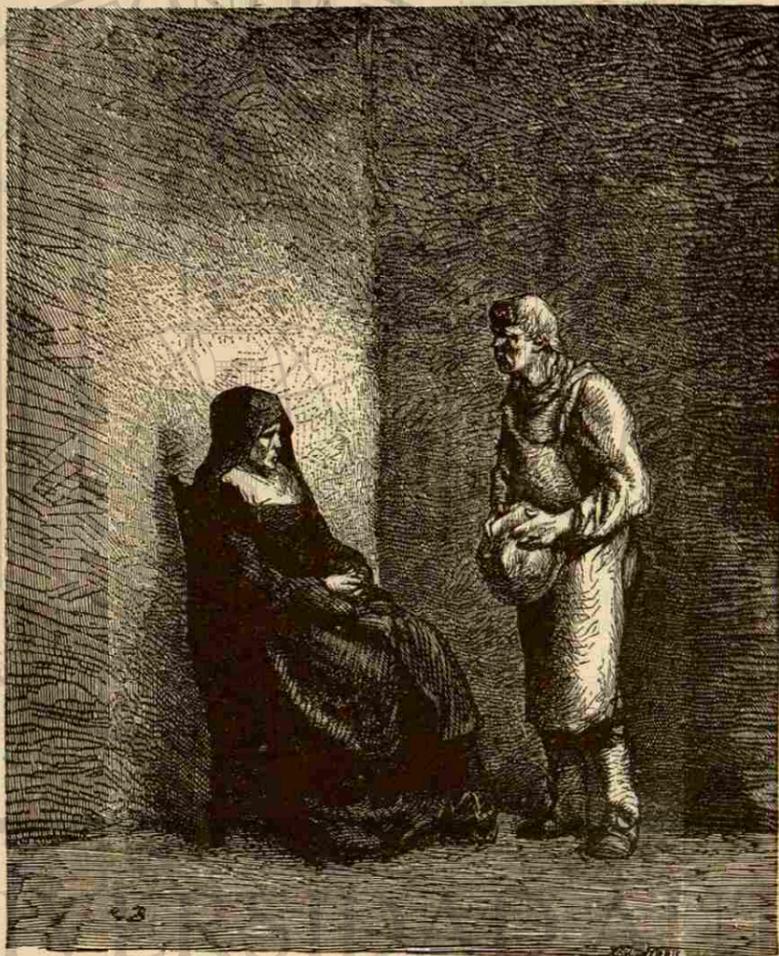
—¿Madre reverenda?

—¿Conocéis bien la capilla?

—Tengo en ella un pequeño rincón para oír misa y asistir á los oficios.

—¿Habéis entrado en el coro alguna vez?

la distancia que estaba de todas aquellas mujeres, que iban y venían cubiertas con su velo, no veía delante de sí más que una agitación de sombras. A fuerza de atención y penetración había llegado á reponer la carne en todas aquellas fantasmas, así es que aquellas muertas vivían para él. Era como un sordo cuya vista se alarga, ó como un ciego cuyo oído se aguza. Se había dedicado á estudiar y explicar la significación de los diversos toques de campana, y lo había conseguido,



de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenía misterios para él, aquel esfinge le decía al oído todos sus secretos. Fauchelvent, sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Este era su arte. Todo el convento le creía estúpido; gran mérito en religión. Las madres vocales le hacían caso. Era un mudo curioso. Y así inspiraba confianza.

Luego lo hacía todo con mucha regularidad, y no salía nunca más que para sus necesidades naturales de hortelano y jardinero. Esta discreción de salidas se le tenía muy en cuenta.

No por eso había dejado de hacer hablar á dos hombres: en el convento al

portero, por cuyo medio sabía las particularidades del locutorio; y en el cementerio al enterrador, con lo cual sabía las particularidades de la sepultura; de manera, que tenía respecto de las religiosas una doble luz, así sobre la vida como sobre la muerte. Pero de nada abusaba.

La congregación le apreciaba.

Viejo, cojo, casi ciego, probablemente algo sordo, ¡qué de cualidades! Difícilmente se le hubiera podido reemplazar.

El buen hombre, con la seguridad del que se ve apreciado, entabló frente á frente con la reverenda priora, una arenga de aldeano bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como la última, por ejemplo, en que había tenido que cubrir con estera los melones resguardándolos de los efectos de la luna, acabando por decir: que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento), un hermano no joven (segundo movimiento de la priora, pero movimiento de tranquilidad), que si se le permitía podría su hermano vivir con él y ayudarle; que era un excelente jardinero; que la comunidad podría utilizar sus buenos servicios, mejores que los suyos; que de no ser admitido su hermano, él, que era el mayor, sintiéndose cascado é inútil para el trabajo, se vería bien á pesar suyo, obligado á marcharse; y que su hermano tenía una niña, que llevaría consigo y se educaría en Dios en la casa, y podría, ¿quién sabe? llegar á monja.

Cuando hubo terminado, la priora interrumpió el recorrido de las cuentas de su rosario entre los dedos, y le dijo:

—¿Podrías procuraros de aquí á la noche una barra fuerte de hierro?

—¿Para hacer?

—Una palanca.

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

La priora, sin decir una palabra más se levantó y entró en el cuarto inmediato, que era la sala capitular, donde estaban reunidas, probablemente, las madres vocales.

Fauchelvent, quedó solo.

III

La madre inocente.

Transcurrió próximamente un cuarto de hora. La priora entró de nuevo sentándose otra vez en la silla.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Transcribiremos lo mejor que podamos el diálogo que se empeñó:

—¿Tío Fauvent?

—¿Madre reverenda?

—¿Conocéis bien la capilla?

—Tengo en ella un pequeño rincón para oír misa y asistir á los oficios.

—¿Habéis entrado en el coro alguna vez?

- Dos ó tres.
- Es preciso levantar una piedra.
- ¿Pesada?
- La losa del suelo que está junto al altar.
- ¿La piedra que cierra la bóveda?
- Sí.
- Es obra para la que se necesitan dos hombres.
- La madre Ascensión, que es fuerte como un hombre, os ayudará.
- Una mujer no es nunca un hombre.
- No tenemos más que una mujer para ayudaros. Cada uno hace lo que puede. Porque Mabillon dé cuatrocientas diecisiete epístolas de San Bernardo, y Merlonus Horstius no dé más que trescientas sesenta y siete, no he de despreciar á Merlonus Horstius.
- Ni yo tampoco.
- El mérito consiste en trabajar según nuestras fuerzas. Un claustro no es un taller.
- Ni una mujer un hombre. ¡Mi hermano sí que es fuerte!
- Además, tendréis una palanca.
- Esta es la única llave que va bien á semejantes puertas.
- La piedra tiene una argolla.
- Pasaré por ella la palanca.
- La piedra está colocada de modo que pueda girar.
- Está bien, reverenda madre; abriré la bóveda.
- Las cuatro madres cantoras os ayudarán.
- ¿Y cuándo la bóveda esté abierta?
- Será preciso volverla á cerrar.
- ¿Es esto todo?
- No.
- Dadme vuestras órdenes, madre reverendísima.
- Fauvent, tenemos confianza en vos.
- Estoy aquí para lo que se ofrezca.
- Y para callar.
- Sí, reverenda madre.
- Cuando esté abierta la bóveda...
- La cerraré de nuevo.
- Pero antes...
- ¿Qué, reverenda madre?
- Será preciso bajar algo.
- Hubo un momento de silencio. La priora, después de hacer un movimiento con el labio inferior que parecía indicar cierta duda, lo rompió:
- ¿Tío Fauvent?
- ¿Reverenda madre?
- ¿Sabéis que esta mañana ha fallecido una madre?
- No.
- ¿No habéis oído la campana?
- En el fondo del jardín no se oye nada.

- ¿De veras?
- Apenas distingo yo mi toque.
- Ha muerto al amanecer.
- Además, esta mañana el viento soplabá de la parte contraria.
- Es la madre Crucifixión. ¡Una bienaventurada!
- La priora se calló, moviendo un momento los labios como haciendo oración mental, y continuó:
- Hace tres años, que sólo por haber visto rezar á la madre Crucifixión, una jansenista, la señora de Béthune, se hizo ortodoxa.
- ¡Ah! Sí; ahora oigo el toque, reverenda madre.
- Las madres la han llevado al departamento de las difuntas que da á la iglesia.
- Ya sé.
- Ningún hombre más que vos puede y debe entrar en dicho departamento; vigilad bien. ¡Tendría que ver que un hombre entrase en el depósito de los muertos!
- ¿Con más frecuencia!
- ¿Eh?
- ¿Con más frecuencia!
- ¿Qué es lo que decís?
- Que con más frecuencia.
- ¿Con más frecuencia que qué?
- Reverenda madre, no digo con más frecuencia que qué, digo sencillamente con más frecuencia.
- No os comprendo. ¿Por qué decís con más frecuencia?
- Por decir lo que voz, reverenda madre.
- Pero yo no he dicho con más frecuencia.
- No lo habéis dicho; pero lo he dicho yo para decir lo que vos.
- En este momento dieron las nueve.
- A las nueve de la mañana, y á todas horas, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar,—dijo la priora.
- Amén,—contestó Fauchelvent.
- La hora sonó muy oportunamente, cortando el “con más frecuencia”. Es muy probable que sin esta interrupción la priora y Fauchelvent no hubiesen desenredado nunca aquella madeja.
- Fauchelvent se enjugó la frente.
- La priora murmuró de nuevo por lo bajo, rezando sin duda, y dijo después levantando la voz:
- Durante su vida hizo la madre Crucifixión muchas conversiones; después de muerta hará milagros.
- ¡Los hará!—contestó Fauchelvent afirmándose en su terreno, y esforzándose para no volver á tropezar.
- Tío Fauvent, la comunidad ha sido bendecida en la madre Crucifixión. Sin duda no es dado á todo el mundo morir como el cardenal de Bérulle celebrando la santa misa, y exhalar el alma hacia Dios pronunciando estas palabras: “Hanc igitur oblationem”. Pero sin alcanzar tanta dicha, la madre Crucifixión ha

tenido una buena muerte. Ha conservado el conocimiento hasta el postrer instante. Nos hablaba á nosotras, y luego hablaba á los ángeles. Nos ha hecho sus últimos encargos. Si tuviérais un poco más de fe, y hubiérais podido estar en su celda, os habríais curado la pierna con sólo tocarla. Sonreía de continuo. Sentíase que iba á resucitar en Dios. Adivinábase en su muerte el paraíso.

Fauchelvent creyendo que terminaba una oración, dijo:

—Amén.

—Tío Fauvent, es preciso cumplir las disposiciones de los muertos.

La priora recorrió algunas cuentas de su rosario. Fauchelvent continuó callado.

Ella prosiguió:

—He consultado sobre este punto á varios eclesiásticos trabajadores en la viña del Señor, que se ocupan en los ejercicios de la vida clerical recogiendo admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oyen los toques mucho mejor que desde el jardín.

—Y luego, que más que una difunta, es una santa.

—Como vos, madre reverenda.

—Dormía en su ataúd desde hace veinte años, por concesión expresa de nuestro santo padre Pío VII.

—El que coronó al emp... Buonaparte.

Para un hombre hábil como Fauchelvent, semejante recuerdo era una torpeza. Afortunadamente la priora, entregada á sus meditaciones, no le entendió.

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—San Diódoro, arzobispo de Capadocia, quiso que en su sepultura se escribiese sólo esta palabra: "Acarus", que significa gusano de tierra, y así se hizo. ¿No es verdad?

—Sí, reverenda madre.

—El bienaventurado Mezzocane, abad de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca, y se hizo así.

—Es verdad.

—San Terencio, obispo de Porto, en la desembocadura del Tíber, pidió que se grabase en la losa de su sepulcro el signo que se ponía en la losa de los parricidas, con el deseo de que los transeuntes escupiesen sobre su tumba. Y así se hizo también. Que es preciso obedecer á los muertos.

—Así sea.

—El cuerpo de Bernardo Guidonis nacido en Francia cerca de Roche Abeille, fué, según había dispuesto, y á pesar del Rey de Castilla, conducido á la iglesia de los dominicos de Limoges, por más que Bernardo Guidonis hubiese sido obispo de Tuy en España. ¿Puede decirse lo contrario?

—No, reverenda madre.

—El hecho está atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Volvieron á correr en silencio las cuentas del rosario.

La priora continuó:

—Tío Fauvent, la madre Crucifixión será enterrada en el ataúd en que ha dormido por espacio de veinte años.

—Es justo.

—Es una continuación del sueño.

—¿Tendré, pues, que clavarla en ese ataúd?

—Sí.

—¿Y prescindiremos de la caja de las pompas fúnebres?

—Naturalmente.

—Estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿A clavar la caja? No hay necesidad.

—No; á bajarla.

—¿A dónde?

—A la bóveda.

—¿Qué bóveda?

—Debajo del altar.

Fauchelvent dió un brinco.

—¿En la bóveda debajo del altar?

—Debajo del altar.

—Pero...

—Llevaréis una barra de hierro.

—Sí; pero...

—¿Levantaréis la piedra introduciendo la barra en el anillo!

—Pero...

—Debemos obedecer á los muertos. El deseo supremo de la madre Crucifixión ha sido ser enterrada en la bóveda debajo del altar de la capilla, no descansar en tierra profana; continuar muerta en el mismo sitio en que ha rezado viva. Así nos lo ha pedido, es decir, mandado.

—¿Y si llega á saberse?

—Confiamos en vos.

—¡Oh! Yo soy una piedra de estas paredes.

—Se ha reunido el capítulo. Las madres vocales á quienes acabo de consultar, y que están aún deliberando, han decidido que la madre Crucifixión sea, según su orden, enterrada en su ataúd, debajo del altar. ¡Figuraos, tío Fauvent, si se llegasen á hacer aquí milagros! ¡Qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de las tumbas.

—Pero, reverenda madre, si el inspector de la comisión de salubridad...

—San Benito II, en materia de sepulturas, resistió á Constantino Pogonates.

—No obstante, el comisario de policía...

—Chonodemaro, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias, bajo el imperio de Constancio, reconoce expresamente el dercho de los religiosos á ser enterrado en religión, es decir, debajo de altar.

—Peo el inspector de la prefectura...

—El mundo no significa nada ante la cruz. Martín, undécimo general de los cartujos, dió esta divisa á su orden: "Stat crux dum volvitur orbis".

—Amén,—dijo Fauchelvent, que seguía imperturbablemente su costumbre de salir del paso siempre que oía hablar en latín.

Un auditorio cualquiera le basta á quien se ha estado callado mucho tiempo. El día en que el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando el cuerpo lleno de dilemas y silogismos reprimidos, se paró ante el primer árbol que encontró, arengándole y haciendo grandes esfuerzos para convencerle. La priora, habitualmente sujeta al dique del silencio, tenía demasiado lleno el depósito, y se levantó, exclamando con una locuacidad propia de una compuerta que se levanta:

—Tengo á mi derecha á Benito y á mi izquierda á Bernardo. ¿Quién es Bernardo? El primer abad de Charaval. Fontaines, en Borgoña es el país bendito por haberle visto nacer. Su padre se llamaba Tecelino y su madre Aletha. Principió en Cister para llegar á Charaval; fué ordenado de presbítero por el obispo de Chalón del Saona Guillermo de Champeaux; tuvo setecientos novicios, y fundó ciento sesenta monasterios; él fué quien derribó á Abelardo en el concilio de Sens en 1140, como á Pedro de Bruys y Enrique su discípulo, y á otra secta de extraviados, que se llamaban los apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia; anadó al monje Raoul, el matador de judíos; dominó en 1148 el concilio de Reims; hizo condenar á Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers, y á Eon de l'Etoile; intervino en las diligencias de los príncipes; iluminó al rey Luis el Joven; aconsejó al papa Eugenio III; arregló el Temple; predicó la Cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros durante su vida, y hasta treinta y nueve en solo un día.

¿Quién es Benito? Es el patriarca de Monte Casino, es el segundo fundador de la Santidad Claustal, el Basilio de Occidente. Su orden ha producido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y subsiste aún, después de mil cuatrocientos años.

¡De un lado San Bernardo, de otro el encargado de la salubridad! ¡De un lado San Benito, de otro el inspector de vialidad! El Estado, la vialidad, las pompas fúnebres, los reglamentos, la administración, ¿qué tenemos nosotras que ver con eso? Cualquiera se indignaría al ver como se nos trata. ¡Ni aún tendremos el derecho de dar nuestras cenizas á Jesucristo! La salubridad es una invención revolucionaria. Dios subordinado al comisario de policía: ese es el siglo. ¡Silencio, Fauvent!

Fauchelvent, bajo semejante ducha, no estaba, en verdad, muy á su gusto. La priora continuó:

—El derecho del monasterio á la sepultura no es dudoso para nadie. No pueden negarlo más que los fanáticos y los ilusos. Vivimos en unos tiempos de confusión terrible. Se ignora lo que se debe saber, y se sabe lo que se debe ignorar. Dominan la ignorancia y la impiedad. Hay gentes en esta época que no hacen distinción entre el grandísimo San Bernardo y el Bernardo llamado de los Pobres Católicos, un buen eclesiástico que vivía en el siglo XIII. Otros blasfeman hasta el punto de comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo. Luis XVI no era más que un rey. ¡Tengamos, pues, en cuenta á Dios!

No hay ya nada más justo ni injusto. Se sabe el nombre de Voltaire, y se ignora el de César de Bus. Y sin embargo, César de Bus es un bienaventurado, y

Voltaire un infeliz. El último arzobispo, el cardenal de Périgord, ni aún sabía que Carlos de Gondren sucedió á Bérulle, y Francisco Bourgoín, á Gondren, y Juan Francisco Senault á Bourgoín, y el padre Santa Marta á Juan Francisco Senault. Se sabe el nombre del padre Cotón, no porque fuese uno de los tres que contribuyeron á la fundación del Oratorio, sino porque dió motivo para uno de sus juramentos exclamatorios al rey hugonote Enrique VI.

Lo que hace á San Francisco de Sales simpático á las gentes del mundo, es que hacía fullerías en el juego.

¡Y luego se ataca á la religión! ¿Por qué? Porque ha habido malos sacerdotes; porque Sagitario, Obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Eníbrun, y que ambos siguieron á Mommol. ¿Y eso qué importa? ¿Impide por ventura que Martín de Tours sea un santo, y de que diera la mitad de su capa á un pobre? Se persigue á los santos; se cierran los ojos á la verdad; se acostumbra el hombre á las tinieblas. Los animales más feroces son los ciegos. Nadie se acuerda del infierno para nada. ¡Ah, pueblo pervertido! En nombre del rey significa hoy lo mismo que en nombre de la revolución. No se sabe lo que se debe á los vivos ni á los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un negocio civil. Esto es horroroso. San León II escribió expresamente dos cartas, la una á Pedro Notaire y la otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar en las cuestiones que se relacionan con los muertos, la autoridad del exarca, y la supremacía del emperador Gauthier, obispo de Chalons, se las tuvo tiesas en esta materia á Otón, duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba en esto conforme. En otros tiempos teníamos nosotras voz en el capítulo, aún en las cosas del siglo. El abad de Cister, general de la orden, era consejero nato del parlamento de Borgoña. Podíamos hacer de nuestros muertos lo que queríamos. Pues qué, el mismo cuerpo de San Benito, ¿no está en Francia en la abadía de Fleury, llamada de San Benito del Loira, aunque murió en Italia en Monte Casino, el sábado 21 de Marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Aborrezco á los intrusos; odio á los herejes, pero odiaría más aún á quien me sostuviese lo contrario. No hay más que leer á Arnaldo Wion, á Gabriel Bucelin, á Tritemo, á Maurólico y á Lucas de Achery.

La priora tomó aliento, volviéndose luego á Fauchelvent:

—Tío Fauvent, ¿está dicho?

—Está dicho, reverenda madre.

—¿Se puede contar con vos?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy completamente consagrado al convento.

—Quedamos entendidos. Cerraréis el ataúd; las hermanas le llevarán á la capilla y se rezará el oficio de difuntos. Después se volverán al claustro. A las once y media vendréis con la barra de hierro, y todo se hará con el mayor sigilo. No habrá en la capilla nadie más que las cuatro madres cantoras, la madre Ascensión y vos.

—Y la hermana que esté en el poste.

—No se volverá.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que el claustro sabe lo ignora el mundo.

Hubo todavía otra pausa: la priora continuó:

—Dejaréis vuestro cascabel. Es inútil que la hermana que esté en el poste advierta que estáis allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué tío Fauvent?

—¿Ha venido ya el médico de los muertos?

—Vendrá hoy á las cuatro. Ha sonado ya el toque que manda llamarle. ¿Pero vos no oís ningún toque?

—No me fijo más que en el mío.

—Muy bien hecho, tío Fauvent.

—Reverenda madre, se necesita una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacaréis?

—Donde no faltan rejas no pueden faltar barras de hierro. Tengo un montón de hierro viejo allá en el fondo del jardín.

—Tres cuartos de hora antes de la media noche; no lo olvidéis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si otra vez tuviérais que hacer obras como ésta, mi hermano sí que es fuerte. ¡Un verdadero turco!

—Despacharéis lo antes posible.

—No por ganas podré ir más aprisa. Estoy tan delicado; no me vendría mal un buen auxiliar. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia, es tal vez una bendición. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio y restableció á Benito VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

—Es muy bueno eso de tener dos sobretodos,—murmuró Fauchelvent,—que en realidad tenía el oído un poco duro.

—Tío Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera. Y no será demasiado. Estaréis junto al altar mayor con la barra de hierro á las once. El oficio empezará á las doce, y es menester que todo esté concluido un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo por la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataúd. A las once en punto estaré en la capilla. Estarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascensión. Dos hombres valdrían mucho más. En fin, ¡no importa! Llevaré mi palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataúd, volveremos á cerrar. Y punto concluido; no va á quedar el menor rastro. El Gobierno nada sospechará. Reverenda madre, ¿todo quedará así arreglado cómo queréis?

—No.

—¿Hay más que hacer?

—Sobre la caja vacía...

Esto produjo un momento de silencio. Fauchelvent meditaba. La priora meditaba igualmente.

—Tío Fauvent. ¿Qué haremos del ataúd?

—Le enterraremos.

—¿Vacío?

Nuevo silencio. Fauchelvent hizo con la mano izquierda esa especie de gesto que parece dar por terminada una cuestión enojosa.

—Reverenda madre, soy yo quien he de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo; yo cubriré el ataúd con el paño mortuario.

—Sí, pero los mozos al llevarle al carro, y al bajarle á la fosa, conocerán fácilmente que no tiene nada dentro.

—¡Ah, "di...!"—exclamó Fauchelvent.

La priora empezó á santiguarse, y miró fijamente al jardinero. El "ablo" se le quedó atascado en la garganta.

Apresuróse á inventar una salida para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, llenaré de tierra la caja y hará el mismo efecto que si llevara dentro un cuerpo.

—Tenéis razón. La tierra es lo mismo que el hombre. ¿De modo que llenaréis así el vacío del ataúd?

—Queda á mi cargo.

El semblante de la priora, hasta entonces turbado y sombrío, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior. Fauchelvent se dirigió á la puerta. Cuando ya iba á salir, la priora levantó dulcemente la voz.

—Tío Fauvent, estoy satisfecha de vos. Mañana, después del entierro, acompañad á vuestro hermano, decidle que lleve también la niña.

IV

Donde parece que Juan Valjean había leído á Agustín Castillejo.

Los pasos de un cojo son como las miradas de un tuerto: no llegan fácilmente á donde se dirigen. Por otra parte, Fauchelvent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la barraca del jardín. Cosette había despertado; Juan Valjean la había sentado cerca de la lumbre, y cuando entró Fauchelvent le estaba enseñando el cesto del jardinero, pendiente de la pared, y diciéndole:

—Oye bien, hijita. Es preciso que salgamos de esta casa; pero volveremos y estaremos muy bien en ella. Este buen hombre que vive aquí te llevará á cuestras ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora, á donde iré á buscarte. ¡Si no quieres que te coja otra vez la Thénardier, obedece y no digas otra palabra!

Cosette hizo un movimiento de cabeza con aire grave.

Al ruido de Fauchelvent abriendo la puerta, se volvió Juan Valjean.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada se ha hecho,—contestó Fauchelvent.—Tengo yo permiso para haceros entrar; pero antes es preciso salir. Aquí está el atolladero de la carreta. En cuanto á la niña, es cosa fácil.

—¿La llevaréis?

—¿Se estará callada?

—Yo respondo.

—Pero ¿y vos, señor Magdalena?

—No escuchará. Además, lo que el claustro sabe lo ignora el mundo.

Hubo todavía otra pausa: la priora continuó:

—Dejaréis vuestro cascabel. Es inútil que la hermana que esté en el poste advierta que estáis allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué tío Fauvent?

—¿Ha venido ya el médico de los muertos?

—Vendrá hoy á las cuatro. Ha sonado ya el toque que manda llamarle. ¿Pero vos no oís ningún toque?

—No me fijo más que en el mío.

—Muy bien hecho, tío Fauvent.

—Reverenda madre, se necesita una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacaréis?

—Donde no faltan rejas no pueden faltar barras de hierro. Tengo un montón de hierro viejo allá en el fondo del jardín.

—Tres cuartos de hora antes de la media noche; no lo olvidéis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si otra vez tuviérais que hacer obras como ésta, mi hermano sí que es fuerte. ¡Un verdadero turco!

—Despacharéis lo antes posible.

—No por ganas podré ir más aprisa. Estoy tan delicado; no me vendría mal un buen auxiliar. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia, es tal vez una bendición. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio y restableció á Benito VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

—Es muy bueno eso de tener dos sobretodos,—murmuró Fauchelvent,—que en realidad tenía el oído un poco duro.

—Tío Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera. Y no será demasiado. Estaréis junto al altar mayor con la barra de hierro á las once. El oficio empezará á las doce, y es menester que todo esté concluido un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo por la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataúd. A las once en punto estaré en la capilla. Estarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascensión. Dos hombres valdrían mucho más. En fin, ¡no importa! Llevaré mi palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataúd, volveremos á cerrar. Y punto concluido; no va á quedar el menor rastro. El Gobierno nada sospechará. Reverenda madre, ¿todo quedará así arreglado cómo queréis?

—No.

—¿Hay más que hacer?

—Sobre la caja vacía...

Esto produjo un momento de silencio. Fauchelvent meditaba. La priora meditaba igualmente.

—Tío Fauvent. ¿Qué haremos del ataúd?

—Le enterraremos.

—¿Vacío?

Nuevo silencio. Fauchelvent hizo con la mano izquierda esa especie de gesto que parece dar por terminada una cuestión enojosa.

—Reverenda madre, soy yo quien he de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo; yo cubriré el ataúd con el paño mortuorio.

—Sí, pero los mozos al llevarle al carro, y al bajarle á la fosa, conocerán fácilmente que no tiene nada dentro.

—¡Ah, "di...!"—exclamó Fauchelvent.

La priora empezó á santiguarse, y miró fijamente al jardinero. El "ablo" se le quedó atascado en la garganta.

Apresuróse á inventar una salida para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, llenaré de tierra la caja y hará el mismo efecto que si llevara dentro un cuerpo.

—Tenéis razón. La tierra es lo mismo que el hombre. ¿De modo que llenaréis así el vacío del ataúd?

—Queda á mi cargo.

El semblante de la priora, hasta entonces turbado y sombrío, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior. Fauchelvent se dirigió á la puerta. Cuando ya iba á salir, la priora levantó dulcemente la voz.

—Tío Fauvent, estoy satisfecha de vos. Mañana, después del entierro, acompañad á vuestro hermano, decidle que lleve también la niña.

IV

Donde parece que Juan Valjean había leído á Agustín Castillejo.

Los pasos de un cojo son como las miradas de un tuerto: no llegan fácilmente á donde se dirigen. Por otra parte, Fauchelvent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la barraca del jardín. Cosette había despertado; Juan Valjean la había sentado cerca de la lumbre, y cuando entró Fauchelvent le estaba enseñando el cesto del jardinero, pendiente de la pared, y diciéndole:

—Oye bien, hijita. Es preciso que salgamos de esta casa; pero volveremos y estaremos muy bien en ella. Este buen hombre que vive aquí te llevará á cuestras ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora, á donde iré á buscarte. ¡Si no quieres que te coja otra vez la Thénardier, obedece y no digas otra palabra!

Cosette hizo un movimiento de cabeza con aire grave.

Al ruido de Fauchelvent abriendo la puerta, se volvió Juan Valjean.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada se ha hecho,—contestó Fauchelvent.—Tengo yo permiso para haceros entrar; pero antes es preciso salir. Aquí está el atolladero de la carreta. En cuanto á la niña, es cosa fácil.

—¿La llevaréis?

—¿Se estará callada?

—Yo respondo.

—Pero ¿y vos, señor Magdalena?

Y después de un silencio lleno de ansiedad, exclamó Fauchelvent:

—¡Pero salid por donde habéis entrado!

Juan Valjean, como la primera vez, se limitó á contestar:

—¡Imposible!

Fauchelvent, hablando más bien consigo mismo que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que la llenaré de tierra, y ahora se me ocurre que, llevando tierra en vez de un cuerpo, no tendrá semejanza verdadera. Se moverá, se correrá, los hombres lo conocerán.

—¿Comprendéis, señor Magdalena? y el Gobierno se apercebirá.

Juan Valjean le miró atentamente, creyendo que deliraba.

Fauchelvent continuó:

—¿Cómo di... antres vais á salir? ¡Y es preciso que todo quede hecho mañana! Porque mañana os he de presentar. La priora os espera.

Entonces explicó á Juan Valjean que esto era en recompensa de un servicio que él, Fauchelvent, prestaba á la comunidad. Que en sus atribuciones entraba algo de sepulturero; que clavaba el ataúd y ayudaba al enterrador del cementerio. Que la religiosa que había muerto aquella mañana había pedido ser enterrada en el ataúd que le servía de cama, y sepultada en la bóveda debajo del altar de la capilla. Que esto estaba prohibido por los reglamentos de policía; pero que la religiosa era una de esas muertas á quienes nada se puede negar. Que la priora y las madres vocales creían que debían cumplir lo mandado por la difunta. Y que tanto peor para el gobierno. Que, él, Fauchelvent, clavaría el ataúd en la celda, levantaría la losa de la capilla y bajaría el cadáver á la bóveda. Y que para recompensárselo, la priora admitiría á su hermano de jardinero y á su sobrina de educanda. Que su hermano sería el señor Magdalena y su sobrina Cosette. Que la priora le había dicho que llevase á su hermano el día siguiente por la tarde después del entierro simulado en el cementerio. Pero no podía traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba fuera antes. Esta es la primera dificultad. Después había otra: el ataúd vacío.

—¿Qué es eso del ataúd vacío?—preguntó Juan Valjean.

Fauchelvent respondió:

—El ataúd de la administración.

—¿Qué ataúd? ¿Y qué administración?

—Cuando una religiosa muere, viene el médico de la municipalidad y dice: Ha muerto una monja. El Gobierno envía el ataúd, y al día siguiente envía un carro fúnebre y sepultureros, que cargan el ataúd y se lo llevan al cementerio. Vendrán los sepultureros, levantarán la caja, y no habrá nada dentro.

—Pues meted cualquier cosa.

—¿Un muerto? No le tengo.

—No.

—¿Pues qué?

—Un vivo.

—¿Qué vivo?

—Yo,—dijo Juan Valjean.

Fauchelvent, que estaba sentado, se levantó como si hubiese estallado un petardo debajo de su silla.

—¿Vos?

—¿Y por qué no?

Juan Valjean dejó escapar una de esas sonrisas parecidas á un relámpago en un cielo de invierno.

—Sabéis, Fauchelvent, que habéis dicho: la madre Crucifixión ha muerto, y que yo añadí: y el señor Magdalena está enterrado. Pues ahí tenéis.

—¡Ah! os reís; no habláis formalmente.

—Hablo formalmente. ¿No es preciso salir de aquí?

—Sin duda.

—¿No os dije que buscarais también para mí un cesto y una tapa?

—¿Y qué?

—Que el cesto será de pino, y la tapa un paño negro.

—No; un paño blanco. A las religiosas las entierran vestidas de blanco.

—Vaya por el paño blanco.

—Vos no sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Al oír Fauchelvent semejantes ocurrencias, que no eran otra cosa que las salvajes y temerarias invenciones del presidio, surgiendo de las cosas apacibles que le rodeaban, y mezclándose, con lo que él llamaba "la marcha regular del convento", sentía un estupor comparable al de un transeunte que viera á un gaviota metiendo el pico para pescar en el arroyo de la estrecha calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Se trata de salir de aquí sin ser visto; pues no deja de ser este un medio. Pero antes instruidme. ¿Qué pasos se han de dar? ¿Dónde está ese ataúd?

—¿El vacío?

—Sí.

—Abajo, en la llamada sala de los muertos. Sobre dos caballetes y debajo del paño mortuorio.

—¿Cuál es la longitud de la caja?

—Seis pies.

—¿Y dónde está la sala de los muertos?

—Es una pieza del piso bajo que tiene una ventana con reja al jardín, la cual se cierra por fuera con un postigo, y dos puertas, una que da al convento, y otra á la iglesia.

—¿A qué iglesia?

—A la iglesia de la calle, la iglesia pública.

—¿Tenéis las llaves de ambas puertas?

—No. Tengo la de la puerta que da al convento, y el portero tiene la de la puerta que da á la iglesia.

—¿Y cuándo abre esa puerta el portero?

—Solamente para dar entrada á los sepultureros cuando vienen á buscar el ataúd. Cuando el ataúd sale, vuelve á cerrarse la puerta.

—¿Quién clava el ataúd?

—Yo.

—¿Quién pone el paño encima?

—Yo.

—¿Vos solo?

—Ningún otro hombre, excepto el médico de la policía, puede entrar en la sala de los muertos. Así está escrito en la pared.

—¿Y podríais esta noche, cuando todos duerman en el convento, ocultarme en dicha sala?

—No; pero puedo ocultaros en un cuartito obscuro que da á la propia sala de los muertos, donde guardo mis útiles de enterrar, y cuya llave tengo en mi poder.

—¿A qué hora vendrá el carro mañana por el ataúd?

—A eso de las tres de la tarde. El entierro se verificará en el Cementerio de Vaugirard poco antes de anochecer. No está muy cerca.

—Bien; estaré escondido en el cuartito de vuestras herramientas toda la noche y toda la mañana. ¿Y para comer? Porque tendré hambre.

—Yo os llevaré que comer.

—Podréis ir á encerrarme en el ataúd á las dos.

Fauchelvent retrocedió, haciendo chasquear los dedos.

—¡Pero es imposible!

—¡Bah! ¿Cojer un martillo y clavar unos clavos en una tabla?

Lo que le parecía altamente difícil á Fauchelvent, era sencillísimo para Juan Valjean, quien había atravesado peores dificultades. El que ha estado en presidio sabe el arte de encogerse según el diámetro de las evasiones. El preso está sujeto á la fuga, como el enfermo á la crisis que le salva ó le pierde. Una evasión es una curación. ¿Y qué es lo que no se acepta para curar? Dejarse encerrar y conducir en un cajón como un bulto, vivir largo tiempo en una caja, encontrar aire donde no le hay, economizar la respiración horas enteras, saber asfixiarse sin morir, todo ello era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Por lo demás, un ataúd dentro del cual va un sér viviente, si es estratagema de presidiario, lo es también de emperador. Si hemos de dar crédito al monje Agustín Castillejo, este fué el medio de que se valió Carlos V, al querer después de su adjudicación, ver por última vez á la Blomberg, para hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelvent, algo tranquilizado, preguntó:

—Pero ¿cómo lo haréis para respirar?

—Respirando.

—¡Dentro de aquella caja! Solamente de pensar en ello me ahogo.

—Tendréis una barrena, está claro; haced unos agujeritos en rededor de la boca, y clavad luego sin apretar la tapa.

—¡Bueno! ¿Y si se os ocurre toser ó estornudar?

—El que se evade no tose ni estornuda jamás.

Y Juan Valjean añadió:

—Tío Fauchelvent, es preciso decidirse: ó ser aquí descubierto, ó salir en el carro de los muertos.

Todo el mundo conocerá la afición de los gatos á pararse y jugar entre las hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no le ha dicho á un gato: pero entra de una vez? Hay hombres que cuando tienen un incidente abierto ante sus ojos, tienen también inclinación á permanecer indecisos entre dos resoluciones, á riesgo de hacerse aplastar por el destino cerrando bruscamente la aventura. Los más prudentes, por más gatos que sean, y porque gatos son precisamente, corren alguna vez mayor peligro que los audaces. Fauchelvent era naturalmente indeciso.

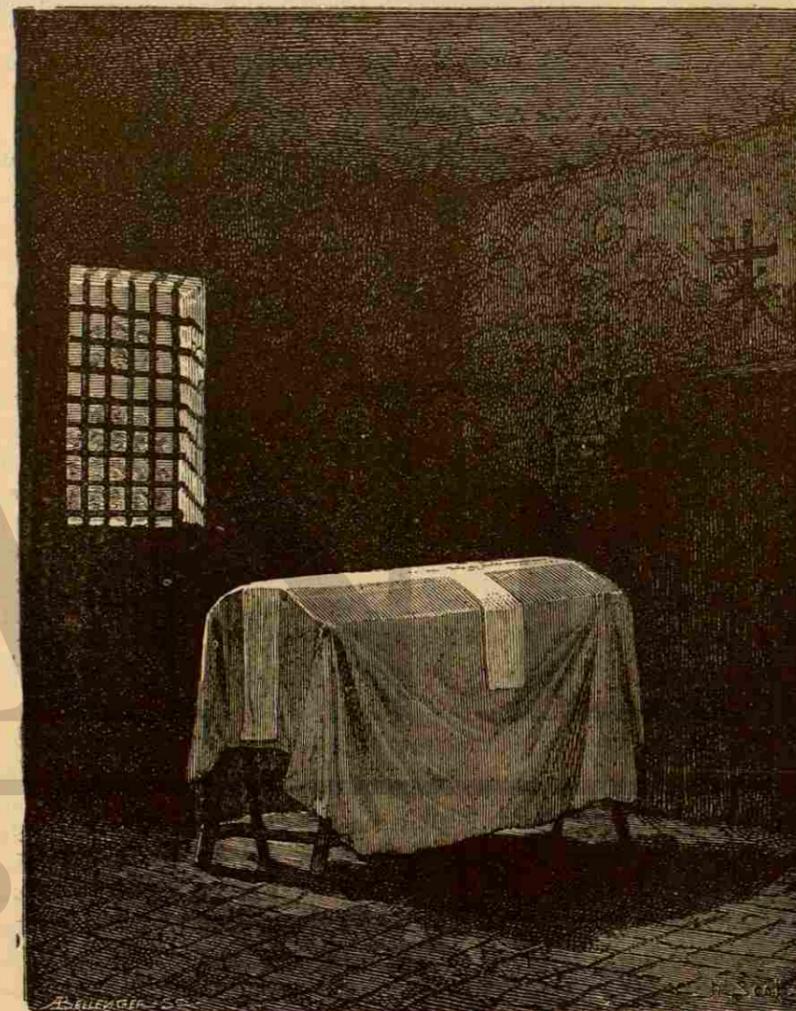
Sin embargo, la sangre fría de Juan Valjean le dominó á pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que no hay otro remedio.

Juan Valjean replicó:

—Lo único que me preocupa es lo que sucede en el cementerio.

—Pues eso es lo que á mí me apura,—exclamó Fauchelvent.—Si tenéis seguridad de salir de la caja, yo la tengo de sacaros de la fosa. El enterrador es un



borrachín amigo mío, el tío Mestienne, un viejo de cepa secular. El enterrador mete los muertos en la fosa, y yo meto al enterrador en mi bolsillo. Voy á decir lo que sucederá. Llegaremos un poco antes de anochecer; tres cuartos de hora antes del cierre de la verja del cementerio. El carro llegará hasta la fosa, y yo le seguiré, porque este es mi deber. Llevaré un martillo, escoplo y tenazas en el bolsillo. Se detendrá el carro; los mozos atarán una cuerda al ataúd, y os bajarán al hoyo. El capellán recitará las oraciones, hará la señal de la cruz, echará agua ben-

dita y se retirará. Entonces quedaré yo solo con el tío Mestienne, que es mi amigo, como os he dicho. Y sucederá una de dos: ó que esté borracho, ó que no lo esté. Si no está borracho, le diré: Vente á echar un trago, mientras está abierto aún el "Buen Membrillo". Me lo llevo y le emborracho: no cuesta mucho emborrachar al tío Mestienne, porque siempre está resbaladizo. Le dejo bajo la mesa, le cojo su tarjeta para volver á entrar en el cementerio, y entro de nuevo solo. Entonces ya no tenéis que habérselas sino conmigo. Si está borracho, le digo: Anda, yo haré tu trabajo. Se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelvent se precipitó á tomársela con toda la tierna efusión de que puede ser susceptible un campesino.

—Está convenido, tío Fauchelvent. Todo saldrá bien.

—Con tal que nada se descomponga,—pensó Fauchelvent.—¡Sería terrible!

V

No basta ser borracho para ser inmortal.

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los escasos transeuntes de la calle ancha del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado de calaveras tibias y lágrimas. Este carro conducía un ataúd cubierto por un paño blanco, sobre el que se destacaba una cruz negra, semejante á un gran cadáver con los brazos colgando. Un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja, seguía al carro; á derecha é izquierda de él marchaban dos sepultureros de uniforme gris con adornos negros. Detrás iba un viejo cojeando y en traje de artesano. El cortejo se dirigía al cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veían salir el mango de un martillo, la hoja de un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los cementerios de París. Tenía, por así decirlo, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera y su puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados á los dichos antiguos, la puerta de los caballeros y la puerta plebeya. Las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus habían obtenido, según ya hemos dicho, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte y por la tarde, en un terreno que había pertenecido á su comunidad. Los sepultureros estaban también sujetos á una disciplina particular, por lo que debían prestar ese servicio en el cementerio por la tarde en verano, y de noche en invierno. Las puertas de los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo esta una medida municipal, estaba sometido á ella el cementerio de Vaugirard, lo mismo que todos los demás. La puerta de caballeros y la puerta de peatones eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellón construido por el arquitecto Perronet, y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban por lo tanto inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos.

Si algún sepulturero al cerrarse las verjas se había quedado dentro, no tenía

otro medio para salir, que presentar su nombramiento de enterrador, expedido por la administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de correos. El sepulturero echaba en él su tarjeta; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y se abría la puerta de peatones. Si el sepulturero no llevaba su tarjeta, decía su nombre, y el guarda, que solía haberse acostado y dormido, se levantaba, le examinaba, y abría la puerta con la llave. El sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.



Aquel cementerio, que con sus privilegios especiales rompía la simetría administrativa, fué suprimido poco después de 1830. El cementerio de Mont-Parnasse, llamado del Este, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con el cementerio de Vaugirard, que tenía una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado hacia las mesas de los bebedores, y por otro hacia las sepulturas, con esta inscripción: "Al Buen Membrillo".

El cementerio de Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio en decadencia. Había caído en desuso. Le invadía la yerba, y le abandonaban las flo-

dita y se retirará. Entonces quedaré yo solo con el tío Mestienne, que es mi amigo, como os he dicho. Y sucederá una de dos: ó que esté borracho, ó que no lo esté. Si no está borracho, le diré: Vente á echar un trago, mientras está abierto aún el "Buen Membrillo". Me lo llevo y le emborracho: no cuesta mucho emborrachar al tío Mestienne, porque siempre está resbaladizo. Le dejé bajo la mesa, le cojo su tarjeta para volver á entrar en el cementerio, y entro de nuevo solo. Entonces ya no tenéis que habérselas sino conmigo. Si está borracho, le digo: Anda, yo haré tu trabajo. Se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelvent se precipitó á tomársela con toda la tierna efusión de que puede ser susceptible un campesino.

—Está convenido, tío Fauchelvent. Todo saldrá bien.

—Con tal que nada se descomponga,—pensó Fauchelvent.—¡Sería terrible!

V

No basta ser borracho para ser inmortal.

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los escasos transeúntes de la calle ancha del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado de calaveras tibias y lágrimas. Este carro conducía un ataúd cubierto por un paño blanco, sobre el que se destacaba una cruz negra, semejante á un gran cadáver con los brazos colgando. Un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja, seguía al carro; á derecha é izquierda de él marchaban dos sepultureros de uniforme gris con adornos negros. Detrás iba un viejo cojeando y en traje de artesano. El cortejo se dirigía al cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veían salir el mango de un martillo, la hoja de un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los cementerios de París. Tenía, por así decirlo, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera y su puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados á los dichos antiguos, la puerta de los caballeros y la puerta plebeya. Las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus habían obtenido, según ya hemos dicho, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte y por la tarde, en un terreno que había pertenecido á su comunidad. Los sepultureros estaban también sujetos á una disciplina particular, por lo que debían prestar ese servicio en el cementerio por la tarde en verano, y de noche en invierno. Las puertas de los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo esta una medida municipal, estaba sometido á ella el cementerio de Vaugirard, lo mismo que todos los demás. La puerta de caballeros y la puerta de peatones eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellón construído por el arquitecto Perronet, y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban por lo tanto inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos.

Si algún sepulturero al cerrarse las verjas se había quedado dentro, no tenía

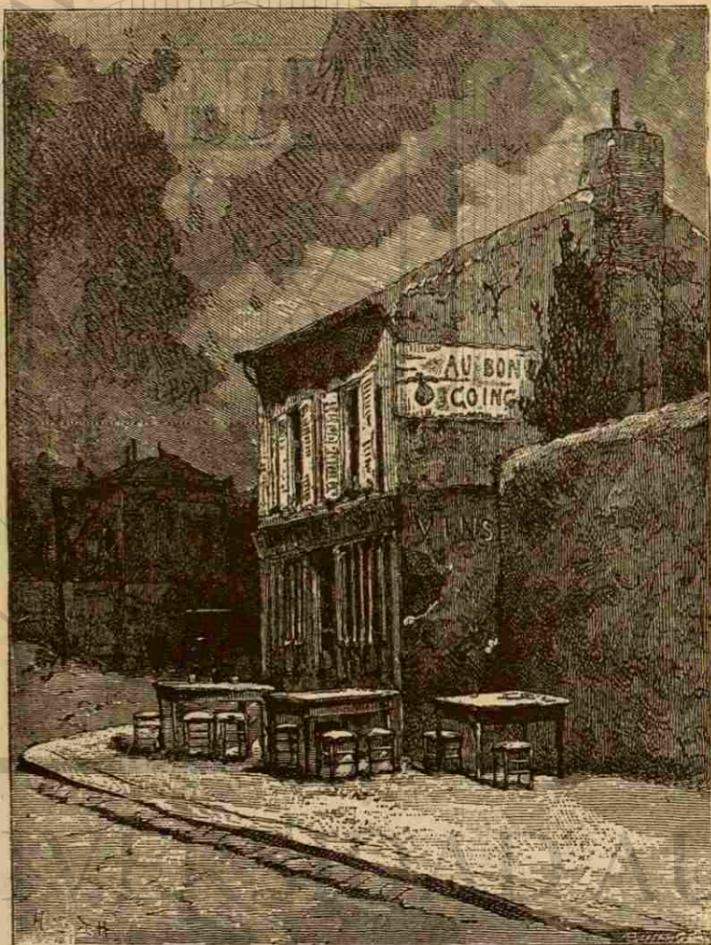
otro medio para salir, que presentar su nombramiento de enterrador, expedido por la administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de correos. El sepulturero echaba en él su tarjeta; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y se abría la puerta de peatones. Si el sepulturero no llevaba su tarjeta, decía su nombre, y el guarda, que solía haberse acostado y dormido, se levantaba, le examinaba, y abría la puerta con la llave. El sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.



Aquel cementerio, que con sus privilegios especiales rompía la simetría administrativa, fué suprimido poco después de 1830. El cementerio de Mont-Parnasse, llamado del Este, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con el cementerio de Vaugirard, que tenía una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado hacia las mesas de los bebedores, y por otro hacia las sepulturas, con esta inscripción: "Al Buen Membrillo".

El cementerio de Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio en decadencia. Había caído en desuso. Le invadía la yerba, y le abandonaban las flo-

res; los burgueses gustaban poco de que les enterrasen en Vaugirard; olía á pobre. El cementerio del Padre Lachaise ¡ya era otra cosa! Ser enterrado en él, era como tener muebles de caoba. En esto se conocía la elegancia. El cementerio de Vaugirard era un cercado venerable, plantado como los antiguos jardines franceses, con calles rectas, bojés, tuyas, acebos, sepulcros á la sombra de algunos tejos, y la yerba muy crecida. La noche era allí imponente. Presentaba líneas verdaderamente lúgubres.



Aún no se había puesto el sol, cuando el carro fúnebre del paño blanco, con la cruz negra entró en la alameda del cementerio de Vaugirard. El cojo que le seguía era Fauchelvent.

El entierro de la madre Crucifixión en la bóveda debajo del altar, la salida de Cosette, la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos, todo se había llevado á cabo sin el menor obstáculo; nada había salido mal.

Digamos, como de pasada, que la inhumación de la madre Crucifixión debajo del altar es para nosotros una falta perfectamente venial. Es una de esas culpas

que se parecen á un deber. Las religiosas lo habían hecho, no solamente sin turbación, sino con aplauso de su propia conciencia. En el claustro, lo que se llama "el gobierno" no es más que una intrusión en la autoridad, intrusión siempre discutible. Lo importante es la regla; en cuanto al Código, ya se verá. Hombres, haced cuantas leyes queráis; pero guardadlas para vosotros. El tributo que se paga al César, no es nunca más que el resto del tributo que se paga á Dios. Un príncipe no significa nada ante un principio.

Fauchelvent andaba ranqueando muy satisfecho detrás del carro.

Sus dos conspiraciones juntas, una con las religiosas y otra con el señor Magdalena; una en pro del convento y contra el convento la otra, habían sido afortunadas por igual. La serenidad de Juan Valjean era una de esas tranquilidades potentes que se comunican.

Fauchelvent no dudaba del éxito. Lo que faltaba hacer ya no tenía la menor importancia. En dos años había emborrachado ya diez veces al sepulturero, al excelente tío Mestienne, que era un hombre tan bueno como mofletudo. Hacía de él lo que se le antojaba. Le encasquetaba el gorro á medida de su gusto; y la cabeza de Mestienne se ajustaba perfectamente á la de Fauchelvent. Su confianza era, por lo tanto, completa.

Cuando el cortejo fúnebre entró en el camino que conducía directamente al cementerio, Fauchelvent, lleno de satisfacción, miró al carro, y dijo á media voz frotándose sus grandes manos:

—¡Vaya una farsa!

Paróse súbitamente el carro: había llegado á la verja. Como era preciso enseñar la licencia para el entierro, el encargado de las pompas fúnebres se adelantó y habló un momento con el portero. Durante este coloquio, que produjo una detención de dos ó tres minutos, apareció un desconocido y fué á colocarse detrás del carro, al lado de Fauchelvent: parecía un trabajador; llevaba una blusa con grandes bolsillos, y un azadón al brazo.

Fauchelvent miró á ese desconocido.

—¿Quién sois?—le preguntó.

El hombre le respondió:

—El sepulturero.

Si á Fauchelvent le hubiese cogido de lleno una bala de cañón, no hubiese hecho un movimiento más expresivo.

—¡El sepulturero!

—Sí.

—¡Vos!

—Yo.

—El sepulturero es el tío Mestienne.

—Ha sido.

—¿Cómo...? ¡ha sido!

—Porque ha muerto.

Fauchelvent lo había previsto todo, menos que pudiera morirse un enterrador. Y sin embargo es cierto; también se mueren los enterradores: á fuerza de cavar fosas ajenas, van abriendo la propia.

Fauchelvent se quedó con la boca abierta. Apenas tuvo aliento para tartamudear:

—¡Pero esto no es posible!

—Pues lo es.

—Pero,—repitió todavía débilmente,—el enterrador es el tío Mestienne.

—Después de Napoleón vino Luis XVIII; después de Mestienne vino Gribier.

Compadre, yo me llamo Gribier.

Fauchelvent palideció por completo y empezó á examinar á Gribier.

Era éste un hombre alto, flaco, lívido, enteramente fúnebre. Parecía un médico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelvent se echó á reír.

—¡Ah! ¡Qué cosas suceden en este pícaro mundo! ¡Murió el tío Mestienne! ¡Pues viva el tío Lenoir! ¿Sabéis quién es el tío Lenoir? Es la bota del tinto de á doce; es la bota de Surene; ¡caramba! el verdadero Surene de París. ¡Ah! ¡Murió el pobre Mestienne! Lo siento; era un buen bebedor; pero vos también lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos juntos á probar unas copas, en seguida.

El hombre respondió:

—He estudiado; he estudiado hasta el cuarto año, y no bebo nunca.

El carro fúnebre se había vuelto á poner en marcha, y seguía por la calle principal del cementerio.

Fauchelvent había acortado el paso; cojeaba más de ansiedad que de necesidad.

El enterrador iba delante.

Fauchelvent examinó de nuevo al inesperado compañero Gribier.

Era uno de esos hombres que, siendo jóvenes, parecen viejos, y que, siendo flacos, son muy fuertes.

—¡Camarada!—gritó Fauchelvent.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Mi colega,—dijo el hombre.

Fauchelvent, sin letras, pero muy agudo, conoció que tenía que habérselas con un hombre temible, con un buen hablista. Entonces murmuró:

—¿Con que murió el tío Mestienne?

El hombre contestó:

—Completamente. Dios consultó su cuaderno de vencimientos y como le hubiese llegado el turno al tío Mestienne, tuvo el tío Mestienne que morir.

Fauchelvent repitió maquinalmente:

—Con que Dios...

—Dios,—dijo el enterrador con autoridad.—Dios, que es para los filósofos el Padre eterno, y para los jacobinos el Sér Supremo.

—¿Y no nos entenderemos?—baluceó Fauchelvent.

—Desde luego. Vos sois provinciano y yo parisién.

—No puede haber inteligencia hasta no haber bebido en compañía. El que vacía su vaso vacía su corazón. Veníos á beber conmigo. A esto nadie se niega entre gentes de buena voluntad.

—Primero es el deber.

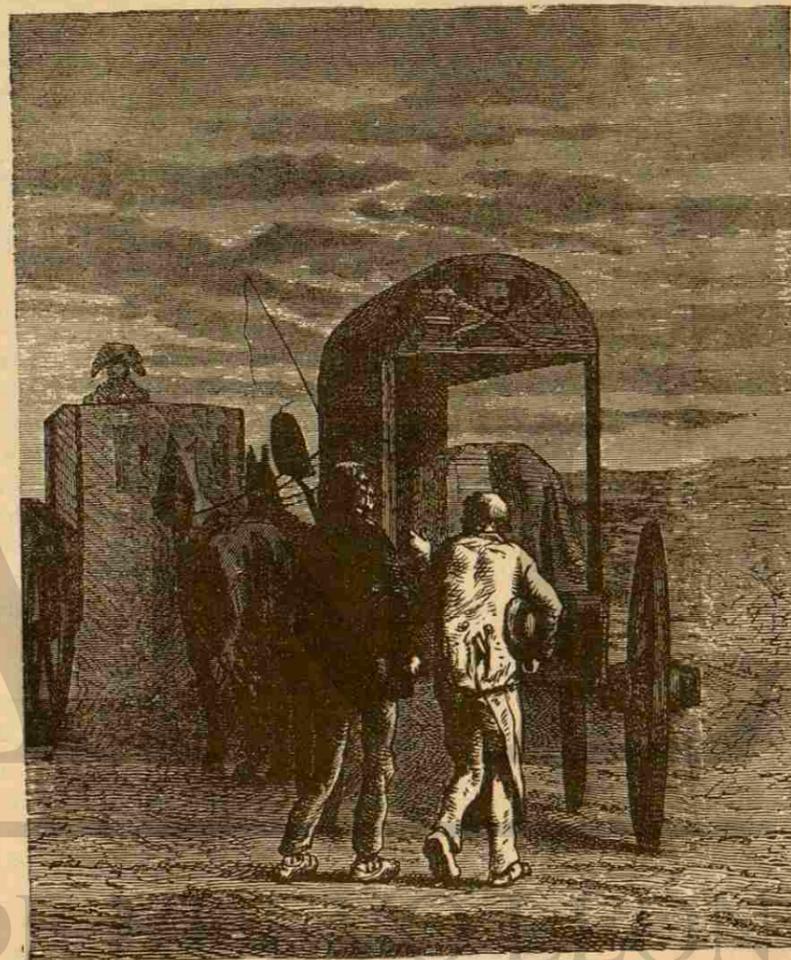
—Estoy perdido,—pensó para sí Fauchelvent.

Sólo faltaban ya algunos pasos para llegar á la senda que conducía al apartado de las monjas.

El sepulturero añadió:

—Camarada, tengo que dar pan á siete bocas, y como es menester que coman, no puedo yo beber.

Y prosiguiendo con la satisfacción del hombre serio que formula una máxima:



—Su hambre es enemiga de mi sed,—dijo.

El carro dió la vuelta á un grupo de cipreses, dejó la calle principal, atravesó otra más estrecha, entró en el terreno inculto y luego en la maleza. Esto indicaba la proximidad inmediata de la sepultura. Fauchelvent acortó aún más el paso pero no podía acortar el del carro. Afortunadamente la tierra, removida y mojada por las lluvias de invierno, se pegaba á las ruedas y entorpecía la marcha.

Fauchelvent se aproximó al enterrador.

—¡Hay un vinillo tan bueno de Argenteuil!—murmuró á su oído.

—Rústico,—respondió el hombre,—yo no debía ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaba á la literatura; pero llovieron sobre él muchas desgracias; tuvo pérdidas en la Bolsa, y yo he tenido que renunciar á ser autor. Sin embargo, todavía soy escritor público.

—¿Luego no sois enterrador?—prorrumpió Fauchelvent, agarrándose á esta rama, demasiado débil en verdad.

—Lo uno no impide lo otro.

Fauchelvent no entendió esta frase.

—Vamos á beber,—dijo.

Aquí es indispensable una observación.

Fauchelvent, por más inquieto que estuviese, convidaba á beber; pero no se había fijado en un punto: ¿Quién había de pagar? Casi siempre convidaba él, pero pagaba el tío Mestienne. Su convite de entonces era evidentemente un resultado de la nueva situación creada por el nuevo enterrador, le era necesario el convite; pero el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de San Martín. Fauchelvent, á pesar de su emoción, no se acordaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad:

—Es indispensable comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. Al trabajo de la mano he añadido el del brazo, y tengo mi biombo de memorialista en la calle de Sévres. ¿Sabéis? El mercado de los paraguas. Todas las cocineras de la Cruz Roja vienen á mí; y yo les compongo sus declaraciones á los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro hoyos de muerto. Esta es la vida, compadre.

El carro avanzaba. Fauchelvent, en el colmo de la inquietud, miraba á todas partes; gruesas gotas de sudor caían de su frente.

—Pero,—continuó el enterrador,—no se puede servir á dos señores; y tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me estropea las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche enlutado, luego el cura.

Una de las ruedas delanteras del carro subía un poco sobre un montón de tierra, detrás del cual se veía una fosa abierta.

—¡Vaya una farsa!—repitió consternado Fauchelvent.

VI

Entre cuatro tablas.

¿Quién estaba en el ataúd? ya lo sabíamos, Juan Valjean.

Juan Valjean que se las había arreglado para vivir allí dentro, y apenas podía respirar.

Es ciertamente extraño calcular hasta qué punto nos da seguridad en todo la seguridad de la conciencia. La combinación ideada por Juan Valjean iba adelante, y marchaba perfectamente desde la víspera. Contaba él, como Fauchelvent, con el tío Mastienne, y no le cabía la menor duda acerca del final. No puede darse situación más crítica ni calma más completa.

De las cuatro tablas del ataúd se desprendía cierta horrible paz. La tranquilidad de Juan Valjean tenía mucho del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataúd había podido seguir, y seguía, todas las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después de haber clavado Fauchelvent la tapa del ataúd, sintió Juan Valjean que le llevaban y luego que rodaba. Conoció también, por la suavidad del movimiento, que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el paseo. Al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz. Por la primera parada comprendió que entraba en el cementerio. A la segunda se dijo: Aquí está la fosa.

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarle al hoyo.

Después tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían hecho oscilar el ataúd, y había bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en su acuerdo, y vió que estaba horizontal é inmóvil. Había llegado al fondo del hoyo. Sintió una especie de frío.

Oyó resonar sobre él una voz glacial y solemne y oyó como pasaban, tan claramente que podían distinguirlas una tras otra, palabras latinas que no comprendía:

—“Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper”.

Una voz infantil contestó:

—“De profundis”.

La voz grave volvió á oírse diciendo:

—“Requiem aeternam dona ei Domine”.

La voz infantil respondió:

—“Et lux perpetua luceat ei”.

Sintió sobre la tapa del ataúd algo como el débil choque de algunas gotas de ligera lluvia. Era probablemente el agua bendita.

Entonces calculó: Ya esto se acaba. Tengamos todavía un poco de paciencia. Ahora se irá el cura; Fauchelvent se llevará á beber á Mestienne, y me dejarán. Después vendrá solo Fauchelvent y yo saldré de aquí. Es cosa de una hora.

La voz grave repitió:—“Requiescat in pace”.

Y la voz de niño dijo:

—“Amen”.

Juan Valjean, siempre atento al oído, sintió como un ruido de pasos que se alojaban.

—Ya se alejan,—pensó.—Estoy ya solo.

Pero de repente oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció el del trueno que despidió el rayo.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Una segunda paletada de tierra sucedió á la primera.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

—Rústico,—respondió el hombre,—yo no debía ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaba á la literatura; pero llovieron sobre él muchas desgracias; tuvo pérdidas en la Bolsa, y yo he tenido que renunciar á ser autor. Sin embargo, todavía soy escritor público.

—¿Luego no sois enterrador?—prorrumpió Fauchelvent, agarrándose á esta rama, demasiado débil en verdad.

—Lo uno no impide lo otro.

Fauchelvent no entendió esta frase.

—Vamos á beber,—dijo.

Aquí es indispensable una observación.

Fauchelvent, por más inquieto que estuviese, convidaba á beber; pero no se había fijado en un punto: ¿Quién había de pagar? Casi siempre convidaba él, pero pagaba el tío Mestienne. Su convite de entonces era evidentemente un resultado de la nueva situación creada por el nuevo enterrador, le era necesario el convite; pero el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de San Martín. Fauchelvent, á pesar de su emoción, no se acordaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad:

—Es indispensable comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. Al trabajo de la mano he añadido el del brazo, y tengo mi biombo de memorialista en la calle de Sévres. ¿Sabéis? El mercado de los paraguas. Todas las cocineras de la Cruz Roja vienen á mí; y yo les compongo sus declaraciones á los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro hoyos de muerto. Esta es la vida, compadre.

El carro avanzaba. Fauchelvent, en el colmo de la inquietud, miraba á todas partes; gruesas gotas de sudor caían de su frente.

—Pero,—continuó el enterrador,—no se puede servir á dos señores; y tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me estropea las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche enlutado, luego el cura.

Una de las ruedas delanteras del carro subía un poco sobre un montón de tierra, detrás del cual se veía una fosa abierta.

—¡Vaya una farsa!—repitió consternado Fauchelvent.

VI

Entre cuatro tablas.

¿Quién estaba en el ataúd? ya lo sabíamos, Juan Valjean.

Juan Valjean que se las había arreglado para vivir allí dentro, y apenas podía respirar.

Es ciertamente extraño calcular hasta qué punto nos da seguridad en todo la seguridad de la conciencia. La combinación ideada por Juan Valjean iba adelante, y marchaba perfectamente desde la víspera. Contaba él, como Fauchelvent, con el tío Mastienne, y no le cabía la menor duda acerca del final. No puede darse situación más crítica ni calma más completa.

De las cuatro tablas del ataúd se desprendía cierta horrible paz. La tranquilidad de Juan Valjean tenía mucho del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataúd había podido seguir, y seguía, todas las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después de haber clavado Fauchelvent la tapa del ataúd, sintió Juan Valjean que le llevaban y luego que rodaba. Conoció también, por la suavidad del movimiento, que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el paseo. Al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz. Por la primera parada comprendió que entraba en el cementerio. A la segunda se dijo: Aquí está la fosa.

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarle al hoyo.

Después tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían hecho oscilar el ataúd, y había bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en su acuerdo, y vió que estaba horizontal é inmóvil. Había llegado al fondo del hoyo. Sintió una especie de frío.

Oyó resonar sobre él una voz glacial y solemne y oyó como pasaban, tan claramente que podían distinguirlas una tras otra, palabras latinas que no comprendía:

—“Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper”.

Una voz infantil contestó:

—“De profundis”.

La voz grave volvió á oírse diciendo:

—“Requiem aeternam dona ei Domine”.

La voz infantil respondió:

—“Et lux perpetua luceat ei”.

Sintió sobre la tapa del ataúd algo como el débil choque de algunas gotas de ligera lluvia. Era probablemente el agua bendita.

Entonces calculó: Ya esto se acaba. Tengamos todavía un poco de paciencia. Ahora se irá el cura; Fauchelvent se llevará á beber á Mestienne, y me dejarán. Después vendrá solo Fauchelvent y yo saldré de aquí. Es cosa de una hora.

La voz grave repitió:—“Requiescat in pace”.

Y la voz de niño dijo:

—“Amen”.

Juan Valjean, siempre atento al oído, sintió como un ruido de pasos que se alojaban.

—Ya se alejan,—pensó.—Estoy ya solo.

Pero de repente oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció el del trueno que despiden el rayo.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Una segunda paletada de tierra sucedió á la primera.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

VII

Donde se verá el origen de la frase: no pierdas el billete.

He aquí lo que había pasado sobre el ataúd en que estaba encerrado Juan Valjean.

Cuando el carro se hubo alejado, y el capellán y el monaguillo subieron en el coche y partieron también, Fauchelvent, que no apartaba los ojos del enterrador, le vio inclinarse y coger la pala, que estaba clavada en el montón de tierra.

Entonces Fauchelvent tomó una resolución suprema.

Colocóse entre la fosa y el enterrador, cruzó los brazos, y exclamó:

—¡Yo soy quien paga!

Y el enterrador le miró asombrado, y respondió:

—¿El qué?

Fauchelvent repitió:

—¡Yo pago!

—¿El qué?

—El vino.

—¿Qué vino?

—El de Argenteuil.

—¿Dónde está ese Argenteuil?

—En el "Buen Membrillo".

—¡Vete al diablo!—dijo el sepulturero.

Y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd: la caja despidió un sonido ronco.

Fauchelvent se sintió vacilar á punto de caer á la fosa, y gritó con una voz en que tenía algo de la opresión de la agonía:

—¡Camarada, antes de que cierren el "Buen Membrillo!"

El enterrador llenó nuevamente su pala.

Fauchelvent continuó:

—¡Yo pago!

Y asió del brazo al sepulturero.

—Oídme, camarada,—le dijo;—soy el sepulturero del convento, y vengo para ayudaros. Esta faena podemos hacerla de noche. Empecemos por beber un trago.

Y así diciendo y aferrándose á su desesperada insistencia, hacíase esta reflexión lúgubre:

—¡Y aun cuando beba! ¿Se emborrachará?

—Provinciano,—dijo el enterrador,—ya que absolutamente lo queréis, consiento. Beberemos, pero después del trabajo; antes, de ningún modo.

Y empujó su pala. Fauchelvent le detuvo.

—¡Argenteuil de á seis!

—¡Ah! ¡ya!—dijo el enterrador.—Sois campanero. Din, don, din, don; no sabéis decir otra cosa. Id pues á repicar.

Y arrojó á la fosa la segunda paletada.

Fauchelvent llegó al extremo en que ya no sabe el hombre lo que se dice:

—¿Venís ó no venís á beber?—gritó;—pues que soy yo quien paga.

—En cuanto hayamos enterrado á la chica,—dijo el sepulturero.

Y echó la tercera paletada.

Después, clavando la pala en tierra, añadió:

—Advertid que va á hacer frío esta noche, y la muerta se vendría gritando tras nosotros que la dejamos sin ropa.

En este momento, mientras llenaba la pala, se encorbaba, apareciendo entreabierto el bolsillo de la blusa.

La mirada vaga de Fauchelvent cayó maquinalmente sobre este bolsillo, y se detuvo.

El sol no se había ocultado todavía en el horizonte; había luz bastante para que pudiese distinguirse una cosa blanca en el fondo de aquel bolsillo abierto.

La pupila de Fauchelvent despidió todo el fuego que pueden despedir los ojos de un aldeano picardo. Acababa de ocurrirle una idea.

Sin que el sepulturero, ocupado solamente en llenar la pala, lo advirtiera, Fauchelvent le metió por detrás la mano en el bolsillo, sacando la cosa blanca que estaba en el fondo.

El enterrador arrojó en la fosa la cuarta paletada.

En el instante en que se volvía para cojer la quinta, Fauchelvent le miró con cierta profunda calma diciéndole:

—A propósito, novel sepulturero, ¿teneis vuestra credencial?

El enterrador se detuvo.

—¿Qué?

—Que va á ponerse el sol.

—¿Y qué? Se pondrá su gorro de dormir.

—Que se va á cerrar la verja del cementerio.

—¿Y qué?

—¿Teneis la tarjeta?

—¡Ah! ¡Mi tarjeta!—dijo el enterrador.

Y buscó en sus bolsillos.

Después de registrar el primero registró el segundo; luego pasó á los dos del chaleco, uno después de otro.

—No,—dijo;—no tengo la tarjeta. La habré olvidado.

—Tres duros de multa,—dijo Fauchelvent.

El sepulturero se puso verde. El verde es la palidez de los rostros lívidos.

—Ay, Jesús Dios mío la-pata coja hasta-la-luna!—exclamó.—¡Quience francos de multa!

—Tres piezas de cien sueldos,—dijo Fauchelvent.

El enterrador dejó caer la pala.

Había llegado su turno á Fauchelvent.

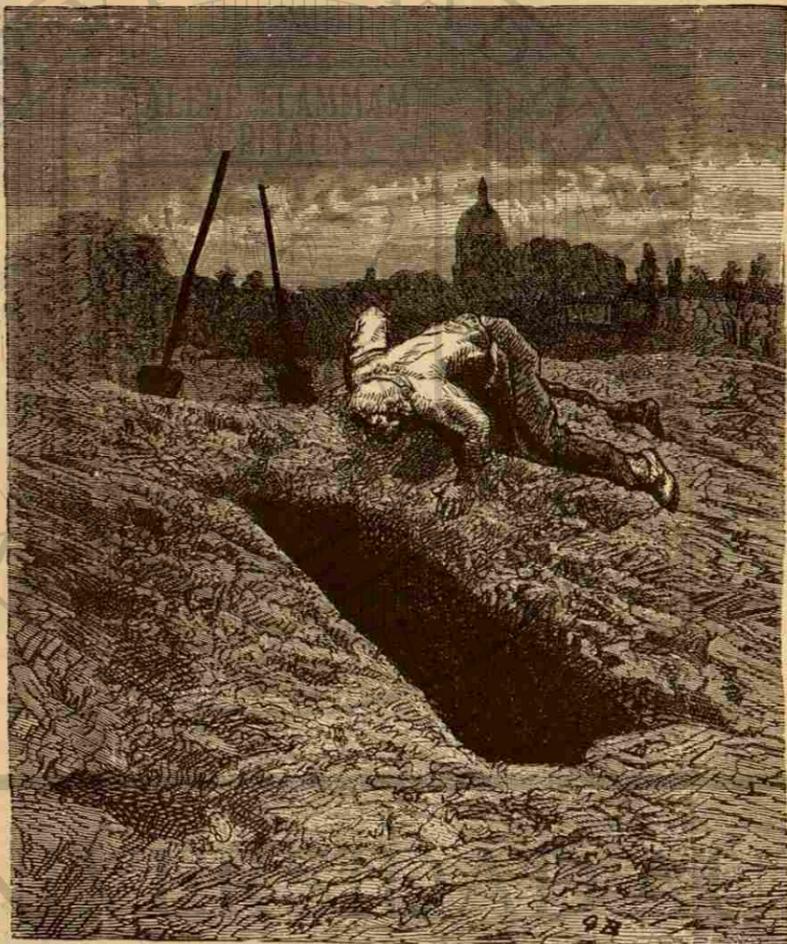
—¡Ah novato!—dijo Fauchelvent.—No hay que desesperarse; no es cosa de suicidarse, ni de aprovechar este hoyo. Quince francos son quince francos, y todavía podeis no pagarlos. Vos sois nuevo en esto; yo soy viejo y conozco todos los

transtrueques. Voy á daros un consejo de amigo. Sobre todo hay una cosa cierta, y es que el sol se pone, que toca ya en la cúpula de los Inválidos, y que el cementerio va á cerrarse dentro de cinco minutos.

—Es verdad,—dijo el enterrador.

—En cinco minutos no teneis tiempo para llenar la fosa, que es profunda como un diablo, y llegar á tiempo antes de que cierren la verja.

—Es verdad.



—En ese caso, pagareis quince francos de multa.

—¡Quince francos!

—Pero os queda tiempo para... ¿Dónde vivís?

—A dos pasos del portillo, á un cuarto de hora de aquí; en la calle de Vaugirard, número 87.

—Pero no os faltará tiempo, echándoos las zancas á cuestras, para salir inmediatamente.

—Es verdad.

—Una vez fuera de la verja, galopais hasta vuestra casa, cogéis la tarjeta, volveis y el guarda os abre; llevando tarjeta no se paga multa. Así enterrareis vuestro muerto. En el entretanto yo me quedo guardándole para que no se escape.

—Os debo la vida, provinciano.

—Largaos presto,—dijo Fauchelvent.

El sepulturero, conmovido por el agradecimiento, le apretó la mano y partió corriendo.

En cuanto hubo desaparecido en la maleza, Fauchelvent escuchó sus pasos hasta que se perdió el ruido; después se inclinó sobre la fosa, y dijo en voz baja:

—¡Señor Magdalena!

Nadie respondió.

Fauchelvent sintió un temblor. Se dejó caer en la fosa más bien que bajó, echándose sobre el ataúd, y gritó:

—¿Estáis ahí?

Continuó el silencio en el ataúd.

Fauchelvent, sin respirar apenas á fuerzas de temblar, sacó el escoplo y el martillo, é hizo saltar la tapa de la caja. El rostro de Juan Valjean apareció á la luz del crepúsculo pálido y cerrados los ojos.

Los cabellos de Fauchelvent se erizaron; levantóse de súbito, y apoyándose de espaldas en la pared de la fosa, para no caer sobre el ataúd. Miraba á Juan Valjean.

Juan Valjean yacía descolorido é inmóvil.

Fauchelvent murmuró en voz baja como suspirando:

—¡Está muerto!

E irguiéndose cuanto pudo, cruzó los brazos tan violentamente, que se golpeó la espalda con ambos puños, y exclamó:

—¡Este ha sido mi modo de salvarle!

Entonces el buen hombre empezó á sollozar y á hablar consigo mismo. Es un error creer que el monólogo no existe en la naturaleza. Las grandes emociones hablan en voz alta frecuentemente.

—La culpa es del tío Mestienne. ¿Porqué se había de morir ese imbécil? ¿Qué necesidad tenía de morirse haciendo falta? El es quien ha muerto al señor Magdalena. ¡Señor Magdalena! Está en el ataúd, y en el cementerio. Todo ha terminado. ¡Ah! ¿Es esto tener sentido común? ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Está muerto! ¿Y qué voy á hacer yo ahora de la niña? ¿Qué va á decir la frutera?

¿Pero es posible, Dios mío, que un hombre como este muera así? ¿Cuando recuerdo como se metió debajo de mi carreta! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Pardiez! Se ha asfixiado; ya se lo dije yo, pero no quiso creerme. ¡Vaya una linda picardía! ¡Ha muerto este buen hombre, el mejor hombre que había entre los buenos de Dios! ¡Y su niña! ¡Ay! ¡No vuelvo yo ahora allá abajo! Me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa como la hemos hecho! ¡Valía la pena de llegar á viejos para ser locos! Pero ¿cómo se las arregló para entrar en el convento? Por aquí empezó. Hay cosas que no deben hacerse. ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Tío Magdalena! ¡Magdalena! ¡Señor Alcalde! No me oye. ¿Qué voy á hacer ahora!

Y se arrancaba los cabellos.

Oyóse entonces á lo lejos por entre los árboles, un agudo chirrido. Era la verja del cementerio que se cerraba.

Fauchelvent se inclinó sobre Juan Valjean, retrocediendo bruscamente todo lo que se puede retroceder en una sepultura. Juan Valjean, con los ojos abiertos le estaba mirando.

Fauchelvent se quedó petrificado, pálido, confuso, trastornado por el exceso de emociones, é ignorando si tenía que habérselas con un muerto ó con un vivo, mirando como le miraba Juan Valjean.

—Ya me dormía,—dijo Juan Valjean.

Y se incorporó quedándose sentado.

Fauchelvent cayó de rodillas.

—¡Virgen Santa!—exclamó.—¡Me habeis dado un susto!

Después se levantó diciendo:

—¡Gracias, señor Magdalena!

Juan Valjean no estaba más que desvanecido. El aire libre le había vuelto en sí.

La alegría es el reflejo del terror. Fauchelvent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para reponerse.

—¡Entonces no habeis muerto! ¡Oh, cuanto ánimo teneis! Tanto os he llamado, que habeis despertado. Cuando os ví con los ojos cerrados dije: Bien, se ha asfixiado. ¡Oh! Me hubiera vuelto loco, pero loco furioso, loco de atar; me hubiera llevado á Bicetre. ¿Qué había yo de hacer si hubierais muerto? ¡Y vuestra niña! ¡La frutera no habría comprendido nada! ¡Se deja la niña diciendo, el abuelo ha muerto! ¡Qué historia, santos cielos! ¡Ah! Pero vos vivís. Este el verdadero fin de fiesta.

—Siento frío,—dijo Juan Valjean.

Estas palabras recordaron á Fauchelvent la urgencia de la realidad. Aquellos dos hombres, aunque vueltos en sí, tenían, sin saber por qué, turbado el espíritu; sentían algo extraño, que era la impresión natural y siniestra del lugar.

—Salgamos pronto de aquí,—dijo Fauchelvent.

Buscó en su faltriquera y sacó una calabacita de que venía provisto.

—Antes de todo un trago,—dijo.

La calabaza terminó lo que el aire había comenzado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, recobrando la plena posesión de sí mismo.

Salió del ataúd, y ayudó al jardinero á clavar la tapa.

Tres minutos después había salido de la fosa.

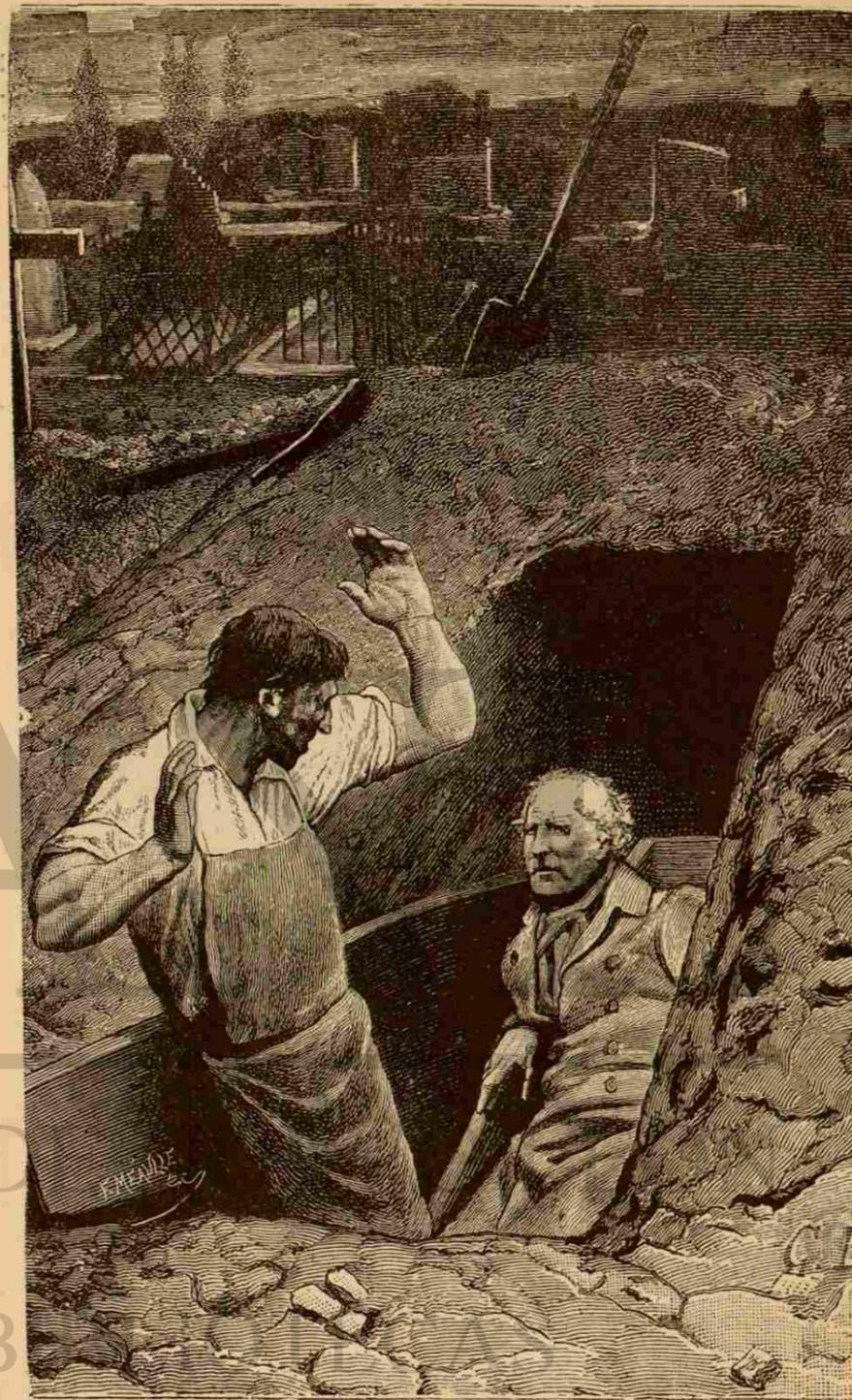
Por lo demás, Fauchelvent estaba ya tranquilo. Tomóse pues el tiempo necesario. El cementerio estaba cerrado, y no era de temer la llegada del sepulturero Gribier. El "bisoño" estaría en su casa buscando la tarjeta, sin encontrarla, puesto que la tenía Fauchelvent en el bolsillo. Y sin la tarjeta no podía entrar en el cementerio.

Fauchelvent tomó la pala y Juan Valjean el azadón, y ambos enterraron el ataúd vacío.

Cuando la fosa estuvo llena, dijo Fauchelvent á Juan Valjean:

—Vámonos. Yo llevo la pala, llevad el azadón.

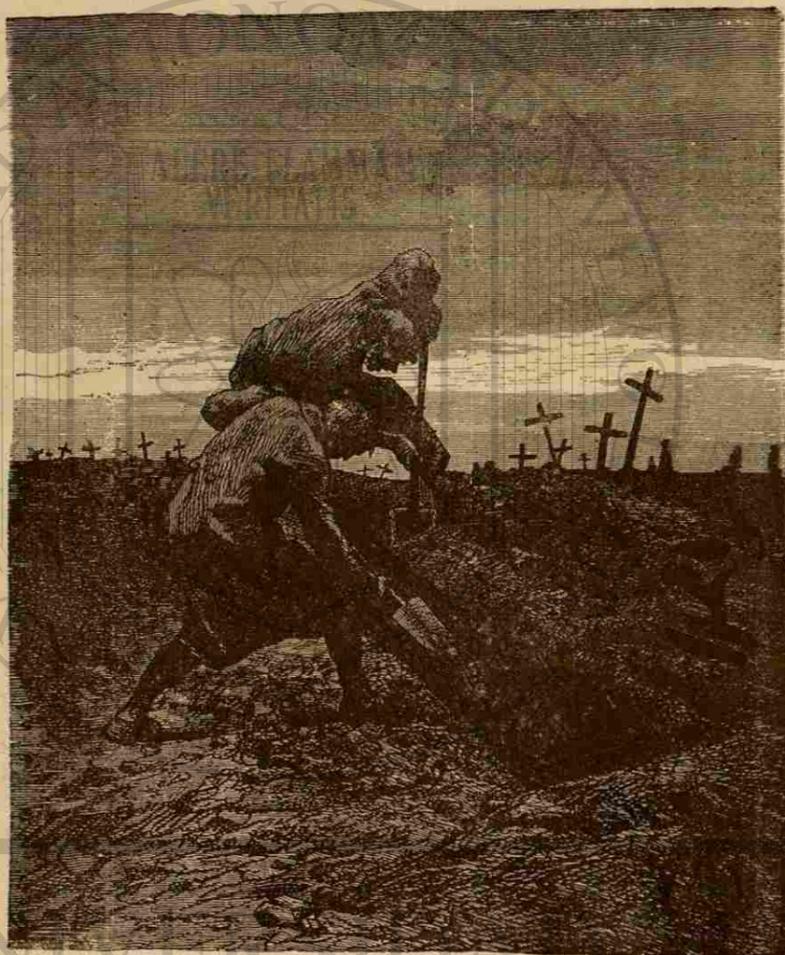
Cerraba ya la noche.



Una resurrección es casi tan horrorosa como la muerte.

Juan Valjean encontró alguna dificultad para moverse y para andar; en el ataúd había tomado algo de la rigidez de los cadáveres. La anquilosis de la muerte le había cogido entre cuatro tablas; y le fué necesario, por así decirlo, sacudir el hielo del sepulcro.

—Estais yerto,—dijo Fauchelvent;—lástima que sea yo patizambo; moveríamos un poco los talones.



—¡Bah!—dijo Juan Valjean.—Cuatro pasos me bastan para dar fuerza á las piernas.

Fuéronse por el camino que había seguido el carro fúnebre. Cuando llegaron á la verja, cerrada ya, y al pabellón del portero, Fauchelvent, que llevaba en la mano la tarjeta del enterrador, la hechó en la cara, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron los dos.

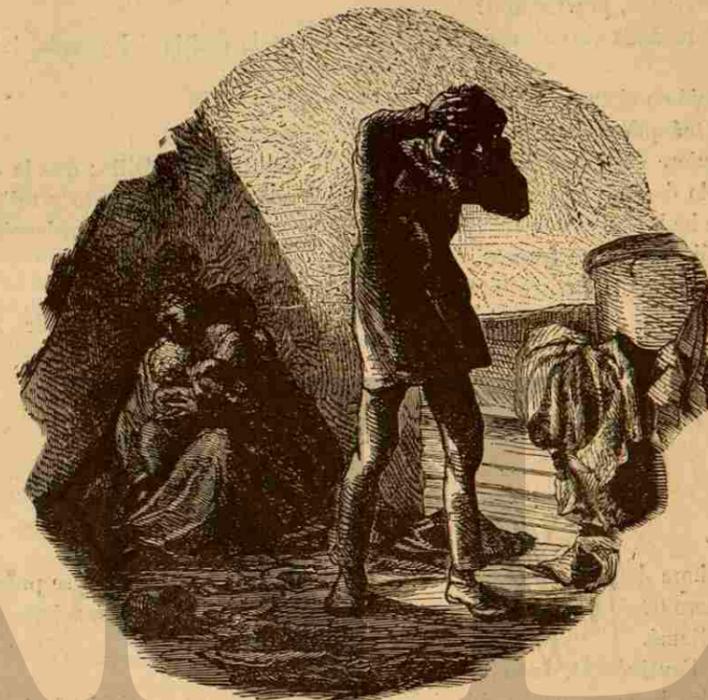
—¡Qué bien sale todo!—dijo.—¡Habeis tenido una idea magnífica, señor Magdalena!

Atravesaron la barrera Vaugirad con la mayor facilidad del Mundo. En las cercanías de un cementerio una pala y un azadón son dos pasaportes. La calle de Vaugirad estaba desierta.

—Señor Magdalena,—dijo Fauchelvent, sin dejar de andar y alzando la vista hacia las casas,—vos que tenéis mejor vista que yo, indicadme el número 87.

—Aquí está precisamente,—dijo Valjean.

—No hay nadie en la calle,—repuso Fauchelvent.—Dadme el azadón, y eperadme dos minutos.



Fauchelvent entró en el número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre el pobre hacia el tejado, y llamó en la obscuridad á la puerta de una buhardilla.

Respondió una voz.

—Entrad.

Era la voz de Gribier.

Fauchelvent empujó la puerta. El cuarto del sepulturero era, como todas esas infelices viviendas, un desván desamueblado y lleno de trastos. Un cajón—un ataúd quizá—servía de cómoda; una orza de manteca hacía las veces de tinaja; un jergón de paja era la única cama; el suelo servía de silla y de mesa. En un rincón, sobre un harapo, que era un viejo pedazo de alfombra, estaba sentada una mujer flaca, formando un triste grupo con muchas criaturas. Toda aquella pobre vivienda daba indicios de un gran trastorno. Parecía que se había efectuado un temblor de tierra "para uno solo.". Las tapas estaban levantadas, los harapos esparcidos, el cántaro roto, la madre había llorado, los hijos habían sido zurrados probablemente;

buellas todas de un registro riguroso y obstinado. Conocíase que el sepulturero había buscado inútilmente su credencial, y hecho responsable de la pérdida á todo lo existente en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelvent tenía harta prisa de dar fin á la aventura para fijarse en este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo vuestra pala y vuestro azadón.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Y mañana encontrareis vuestra tarjeta en la casilla del guarda del cementerio.

Y dejó en el suelo la pala y el azadón.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Gribier.

—Quiere decir que habeis dejado caer la tarjeta del bolsillo; que la encontré en el suelo después que os marchasteis; que he enterrado al muerto y rellenado la fosa; que he hecho yo vuestra tarea; que el portero os dará vuestra credencial, y que no pagaréis los quince francos.

Esto es lo que hay, recluta.

—¡Gracias, provinciano!—exclamó admirado Gribier.—Al primer enterramiento seré yo quien pague de beber.

VIII.

Interrogatorio feliz.

Una hora después, ya cerrada la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calle Picpus. El más viejo de aquellos hombres levantó el picaporte y llamó.

Eran Fauchelvent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido á buscar á Cosette, en casa de la frutera de la calle del Chemin Vert, donde á la víspera la había dejado Fauchelvent. Cosette había pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido tampoco. La buena frutera le había hecho mil preguntas, sin conseguir otra respuesta que una mirada triste, siempre igual. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había oído y visto en los dos días últimos. Adivinaba que estaba atravesando una crisis, y conocía que era necesario ser "prudente." ¡Quién no ha experimentado el soberano poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto tono al oído de una criatura aterrada: "No digas nada!" El miedo es mudo. Además, ¿qué persona guarda los secretos como un niño?

Solo después de aquellas veinticuatro horas había vuelto á ver á Juan Valjean y lanzado un grito de alegría; fué tal este grito, que el hombre menos suspicaz hubiera adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Fauchelvent era de la casa, y sabía las palabras de pase. Todas las puertas se abrieron.

Así se había resuelto el doble y difícil problema: de salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponía en comunicación el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera.

El portero introdujo á los tres por aquella puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado donde el día anterior había recibido Fauchelvent las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba esperando. A su lado, cubierta con el velo, estaba de pie una madre vocal.

Una discreta vela alumbraba, ó mejor, hacía que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Después le interrogó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

—¿Como os llamais?

Fauchelvent respondió:

—Ultimo Fauchelvent.

Este había tenido, en efecto, un hermano, llamado Ultimo, que había muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelvent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad teneis?

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio es el vuestro?

Fauchelvent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelvent respondió:

—Todos los somos en nuestra familia.

—¿Es vuestra esa niña?

Fauchelvent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelvent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora á media voz:

—Responde bien.

Juan Valjean no había pronunciado una palabra.

La priora fijóse en Cosette atentamente y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincón del locutorio, y después volvióse la priora y dijo:

—Tío Fauvent, procuraos otra rodillera con cascabel. Ahora se necesitan dos.

buellas todas de un registro riguroso y obstinado. Conocíase que el sepulturero había buscado inútilmente su credencial, y hecho responsable de la pérdida á todo lo existente en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelvent tenía harta prisa de dar fin á la aventura para fijarse en este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo vuestra pala y vuestro azadón.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Y mañana encontrareis vuestra tarjeta en la casilla del guarda del cementerio.

Y dejó en el suelo la pala y el azadón.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Gribier.

—Quiere decir que habeis dejado caer la tarjeta del bolsillo; que la encontré en el suelo después que os marchasteis; que he enterrado al muerto y rellenado la fosa; que he hecho yo vuestra tarea; que el portero os dará vuestra credencial, y que no pagaréis los quince francos.

Esto es lo que hay, recluta.

—¡Gracias, provinciano!—exclamó admirado Gribier.—Al primer enterramiento seré yo quien pague de beber.

VIII.

Interrogatorio feliz.

Una hora después, ya cerrada la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calle Picpus. El más viejo de aquellos hombres levantó el picaporte y llamó.

Eran Fauchelvent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido á buscar á Cosette, en casa de la frutera de la calle del Chemin Vert, donde á la víspera la había dejado Fauchelvent. Cosette había pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido tampoco. La buena frutera le había hecho mil preguntas, sin conseguir otra respuesta que una mirada triste, siempre igual. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había oído y visto en los dos días últimos. Adivinaba que estaba atravesando una crisis, y conocía que era necesario ser "prudente." ¡Quién no ha experimentado el soberano poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto tono al oído de una criatura aterrada: "No digas nada!" El miedo es mudo. Además, ¿qué persona guarda los secretos como un niño?

Solo después de aquellas veinticuatro horas había vuelto á ver á Juan Valjean y lanzado un grito de alegría; fué tal este grito, que el hombre menos suspicaz hubiera adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Fauchelvent era de la casa, y sabía las palabras de pase. Todas las puertas se abrieron.

Así se había resuelto el doble y difícil problema: de salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponía en comunicación el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera.

El portero introdujo á los tres por aquella puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado donde el día anterior había recibido Fauchelvent las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba esperando. A su lado, cubierta con el velo, estaba de pie una madre vocal.

Una discreta vela alumbraba, ó mejor, hacía que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Después le interrogó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

—¿Como os llamais?

Fauchelvent respondió:

—Ultimo Fauchelvent.

Este había tenido, en efecto, un hermano, llamado Ultimo, que había muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelvent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad teneis?

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio es el vuestro?

Fauchelvent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelvent respondió:

—Todos los somos en nuestra familia.

—¿Es vuestra esa niña?

Fauchelvent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelvent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora á media voz:

—Responde bien.

Juan Valjean no había pronunciado una palabra.

La priora fijóse en Cosette atentamente y dijo á media voz á la madre vocal:

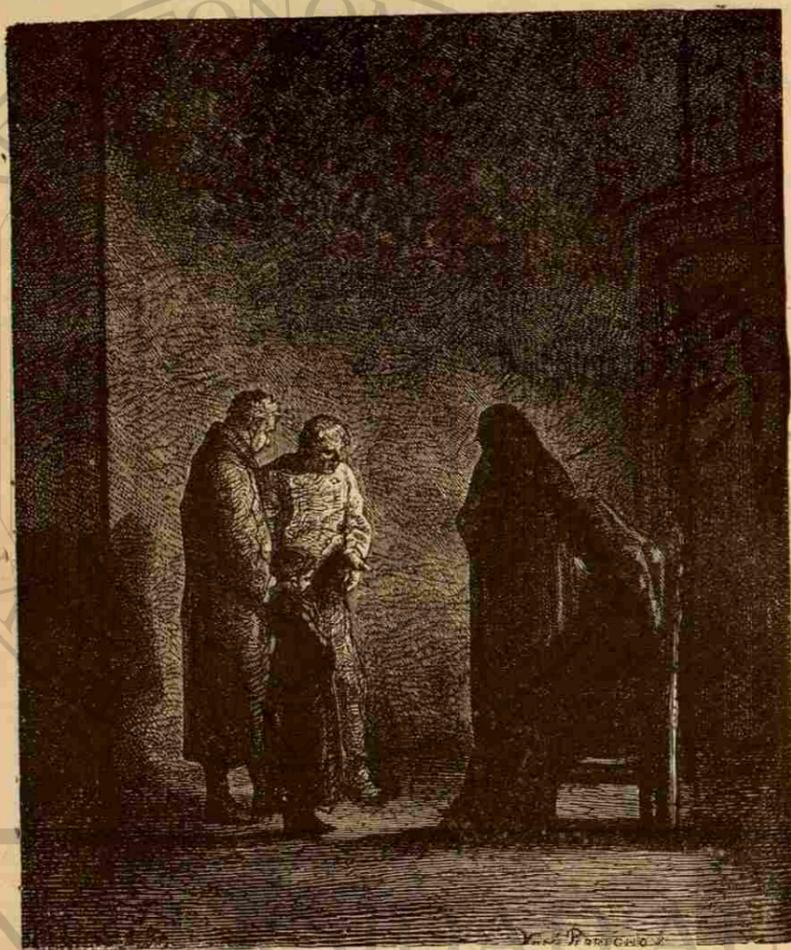
—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincón del locutorio, y después volvióse la priora y dijo:

—Tío Fauvent, procuraos otra rodillera con cascabel. Ahora se necesitan dos.

En efecto, al día siguiente se oían dos cascabeles en el jardín, y las religiosas no podían resistirse al deseo de levantar una punta del velo. Viendo así en el fondo del jardín, y bajo de los árboles, á dos hombres que cavaban juntos Fauvent y otro. Raro acontecimiento. Rompióse el silencio, llegando á decirse: Es un ayudante del jardinero.

Es un hermano del tío Fouvent, añadían las madres vocales.



Juan Valjean estaba ya instalado formalmente; tenía su rodillera de cuero y su cascabel; era ya oficial su cargo y su nombre de Último Fouchelvente. La principal causa de su admisión había sido esta observación de la priora refiriéndose á Cosette: "Será fea."

Pronunciado este pronóstico, la priora se hizo amiga de Cosette, admitiéndola en el colegio como educanda de caridad.

Es todo ello altamente lógico.

Por más que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía; y las jóvenes que se creen bonitas no se dejan convencer fácilmente pa-

ra monjas. La vocación voluntaria está en razón inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas. De ahí la gran afición á las fealdades.

Toda aquella aventura enaltecíó al buen viejo Fouchelvent, por haber conseguido un triple triunfo: cerca de Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; cerca del sepulturero Gribie, que se decía: me ha librado de pagar la multa; cerca del convento, que, gracias á él, conservando el cuerpo de la madre Crucifixión, había podido eludir al César satisfaciendo á Dios. Hubo un ataúd con cadáver en el Pequeño Piepus, un ataúd sin cadáver en el cementerio de Vaugirad; el orden público se turbó indudablemente con ello, pero nadie lo advirtió.

En cuanto al convento, su gratitud para con Fauchelvent fué grandísima. Hasta el punto de ser el mejor de los criados y el mejor de los jardineros. En la primera visita del arzobispo, la priora contó lo acaecido á su Ilustrísima, como confesándose y envaneciéndose un poco. El arzobispo, al salir del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor de Latín, confesor del hermano del rey, que fué después arzobispo de Reims y cardenal. La fama de Fauchelvent corrió tierra y tierras hasta llegar á Roma. Hemos visto una carta dirigida por el papa reinante entonces, León XII, á uno de sus parientes de la nunciatura de París, llamado como él Della-Genga, en la cual se lee lo siguiente: "Parece que en un convento de París un excelente jardinero, que es un santo varón llamado Fauvent." Pero ninguna noticia de este triunfo llegó á la barraca de Fauchelvent, quien siguió ingertando, escardando y cubriendo sus melones, sin tener la menor idea de su excelencia ni de su santidad. No tuvo jamás su gloria otra noticia que la que alcanzó el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en el "Illustrated London News," con esta inscripción: "Buey que ha ganado el premio en la exposición de animales de cuernos."

IX.

Glausura.

Cosette en el convento continuó guardando silencio.

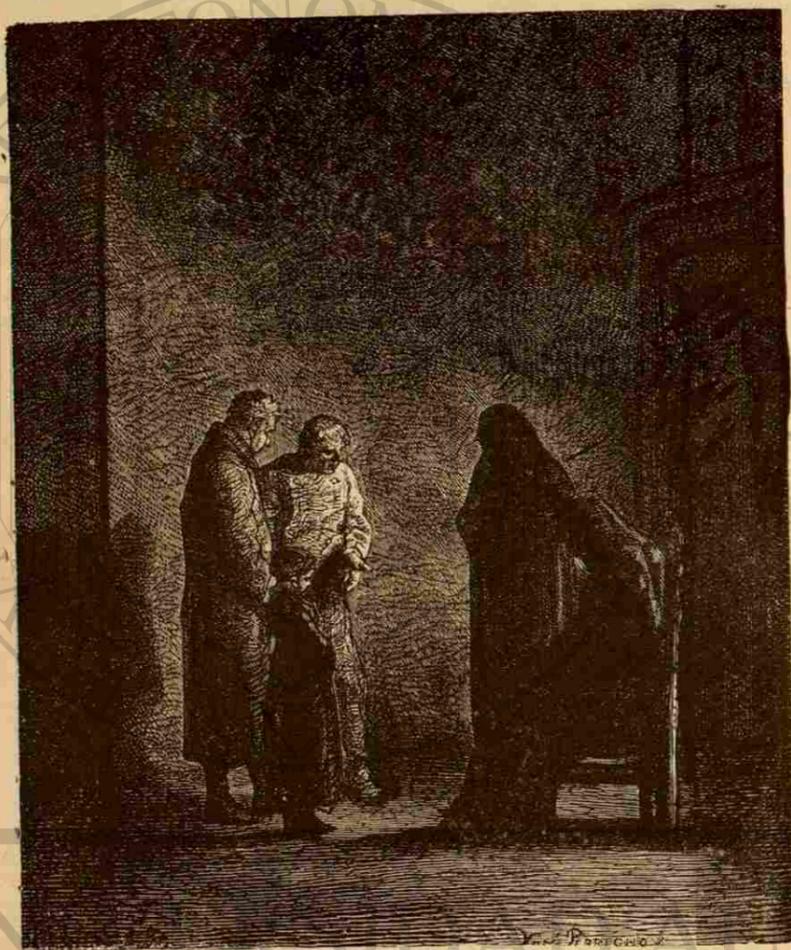
Cosette se creía sencillamente hija de Juan Valjean; y como por otra parte nada sabía, nada podía decir, y aún en este caso nada hubiera dicho. Hemos ya indicado que nada enseña el silencio á los niños como la desgracia; y Cosette había padecido tanto, que todo lo temía hasta su voz y su respiración. ¡cuántas veces una palabra sola había precipitado sobre ella una tormenta! Apenas había principiado á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Acostumbróse luego á la vida del convento. Solamente echaba de menos á su Catalina, pero no se atrevía á decirlo. No obstante díjole un día á Juan Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la habría traído conmigo.

Cosette, al entrar de educanda, tuvo que vestir uniforme de las colegialas de la casa. Juan Valjean consiguió que le volvieran los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió al dejar la taberna Thénardier que no estaba aún muy usado; guardóse Juan Valjean el vestido, las medias de lana y los zapatos, con mucho alcanfor y otros varios aromas, de los que abundan en los conventos, en un

En efecto, al día siguiente se oían dos cascabeles en el jardín, y las religiosas no podían resistirse al deseo de levantar una punta del velo. Viendo así en el fondo del jardín, y bajo de los árboles, á dos hombres que cavaban juntos Fauvent y otro. Raro acontecimiento. Rompióse el silencio, llegando á decirse: Es un ayudante del jardinero.

Es un hermano del tío Fouvent, añadían las madres vocales.



Juan Valjean estaba ya instalado formalmente; tenía su rodillera de cuero y su cascabel; era ya oficial su cargo y su nombre de Último Fouchelvente. La principal causa de su admisión había sido esta observación de la priora refiriéndose á Cosette: "Será fea."

Pronunciado este pronóstico, la priora se hizo amiga de Cosette, admitiéndola en el colegio como educanda de caridad.

Es todo ello altamente lógico.

Por más que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía; y las jóvenes que se creen bonitas no se dejan convencer fácilmente pa-

ra monjas. La vocación voluntaria está en razón inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas. De ahí la gran afición á las fealdades.

Toda aquella aventura enaltecíó al buen viejo Fouchelvent, por haber conseguido un triple triunfo: cerca de Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; cerca del sepulturero Gribie, que se decía: me ha librado de pagar la multa; cerca del convento, que, gracias á él, conservando el cuerpo de la madre Crucifixión, había podido eludir al César satisfaciendo á Dios. Hubo un ataúd con cadáver en el Pequeño Piepus, un ataúd sin cadáver en el cementerio de Vaugirad; el orden público se turbó indudablemente con ello, pero nadie lo advirtió.

En cuanto al convento, su gratitud para con Fauchelvent fué grandísima. Hasta el punto de ser el mejor de los criados y el mejor de los jardineros. En la primera visita del arzobispo, la priora contó lo acaecido á su Ilustrísima, como confesándose y envaneciéndose un poco. El arzobispo, al salir del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor de Latín, confesor del hermano del rey, que fué después arzobispo de Reims y cardenal. La fama de Fauchelvent corrió tierra y tierras hasta llegar á Roma. Hemos visto una carta dirigida por el papa reinante entonces, León XII, á uno de sus parientes de la nunciatura de París, llamado como él Della-Genga, en la cual se lee lo siguiente: "Parece que en un convento de París un excelente jardinero, que es un santo varón llamado Fauvent." Pero ninguna noticia de este triunfo llegó á la barraca de Fauchelvent, quien siguió ingertando, escardando y cubriendo sus melones, sin tener la menor idea de su excelencia ni de su santidad. No tuvo jamás su gloria otra noticia que la que alcanzó el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en el "Illustrated London News," con esta inscripción: "Buey que ha ganado el premio en la exposición de animales de cuernos."

IX.

Clausura.

Cosette en el convento continuó guardando silencio.

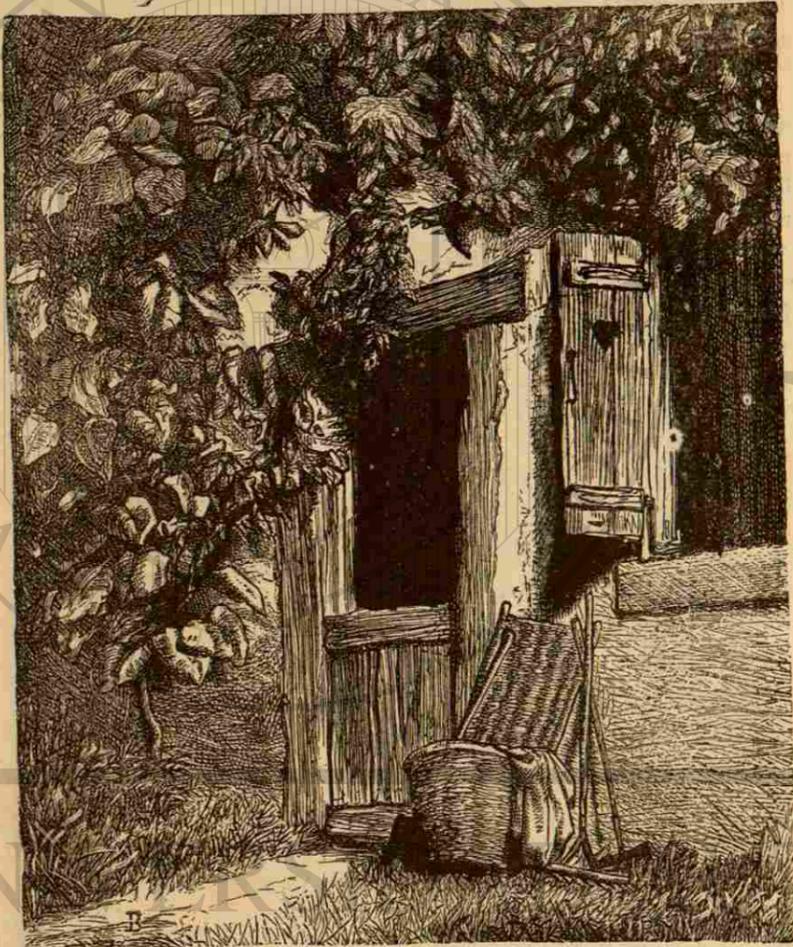
Cosette se creía sencillamente hija de Juan Valjean; y como por otra parte nada sabía, nada podía decir, y aún en este caso nada hubiera dicho. Hemos ya indicado que nada enseña el silencio á los niños como la desgracia; y Cosette había padecido tanto, que todo lo temía hasta su voz y su respiración. ¡cuántas veces una palabra sola había precipitado sobre ella una tormenta! Apenas había principiado á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Acostumbróse luego á la vida del convento. Solamente echaba de menos á su Catalina, pero no se atrevía á decirlo. No obstante díjole un día á Juan Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la habría traído conmigo.

Cosette, al entrar de educanda, tuvo que vestir uniforme de las colegialas de la casa. Juan Valjean consiguió que le volvieran los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió al dejar la taberna Thénardier que no estaba aún muy usado; guardóse Juan Valjean el vestido, las medias de lana y los zapatos, con mucho alcanfor y otros varios aromas, de los que abundan en los conventos, en un

baulito que pudo procurarse; colocó el baulito sobre una silla al lado de su cama llevando siempre la llave consigo. Padre,—le preguntó un día Cosette ¿qué tiene esta caja que huele tan bien?

El tío Fauchelvent, además de la gloria que acabamos de decir, y que él ignoró, fué recompensado por su buena acción. Por de pronto tuvo la satisfacción de su conciencia, y bastante menos trabajo dividiéndole. Y luego que como le gustaba mucho el polvo de tabaco, estando al lado del señor Magdalena tomaba triple can-



tividad que antes, y saboreándolo mucho más, porque pagaba el señor Magdalena. Las monjas no adoptaron el nombre de Último y llamaron á Juan Valjean el "otro Fouvent."

Si aquellas mujeres hubieran tenido algo de perspicacia de Javert, habrían acabado por fijarse en que, cuando había necesidad de salir fuera para las necesidades del jardín, era siempre Fauchelvent el mayor, el viejo, el delicado, el patizambo, y nunca el otro; pero ya fuese porque los ojos siempre fijos en Dios no saben espiar,

ó porque estuviesen ocupadas en espiarse unas á otras, lo cierto es que no llamó aquello su atención. Por lo demás, Juan Valjean hizo perfectamente en estarse quieto y no moverse, porque Javert vigiló el barrio por espacio de mucho más de un mes.

Aquel convento venía á ser para Juan Valjean como una isla rodeada de abismos; aquellas cuatro paredes encerraban el mundo para él. Veía el cielo suficiente para estar tranquilo, y hacer á Cosette bastante feliz. Empezó, pues, para él una vida agradable.

Habitaba con el tío Fauchelvent la barraca del jardín. Aquella casucha hecha de cascote viejo que existía aún en 1845, y se componía, como hemos dicho, de tres piezas completamente desnudas, con sólo las paredes. La principal había sido cedida, quieras que no, al señor Magdalena, por más que Juan Valjean se opusiese á ello, por el tío Fauchelvent. La pared de este cuarto, además del clavo destinado á colgar la rodillera y el cesto, estaba adornada con un papel moneda realista de 1793, pegado á la pared sobre la chimenea, cuyo exacto facsímile reproducimos:



(1) Este asignado vendeano había sido pegado allí por el jardinero precedente, antiguo chuan que murió en el convento, y á quien reemplazó Fauchelvent.

Juan Valjean trabajaba diariamente en el jardín, y era utilísimo. Había sido, como ya lo sabemos, podador, y no era extraño á la jardinería.

Recuérdese además que conocía todo género de recetas y de secretos del cultivo, de lo que sacó mucho partido. Casi todos los árboles del jardín eran silvestres; él los ingertó y les hizo producir excelentes frutas.

Cosette tenía permiso de pasar todos los días una hora á su lado.

Como las hermanas estaban siempre tristes, y Juan Valjean era tan bondadoso, la niña comparaba y le adoraba. A la hora prefijada corría á la barraca. Cuando entraba en la pequeña choza la llenaba con su presencia de alegría.

Juan Valjean se explayaba y sentía aumentar su dicha con la de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el doble encanto de que lejos de debilitarse como todo reflejo, vuelve á nosotros más radiante. Durante las horas de recreo, miraba desde lejos Juan Valjean como Cosette jugaba y reía, distinguiendo su risa de entre las risas de las demás.

Porque entonces Cosette ya reía.

El semblante de Cosette había cambiado en cierto modo, puesto que había des-

[1] Ejército Católico y Real.—En nombre del Rey.—Bono negociable de diez libras por objetos suministrados al ejército, reembolsables al hacerse la paz.—Serie 5.—Núm. 10390.—Stofflet.

aparecido la parte sombría. El réir es el sol de invierno; disipa las nubes del rostro humano.

Terminadas las horas de recreo, cuando se volvía Cosette al convento, Juan Valjean miraba á las ventanas de la clase; y por las noches se levantaba para mirar las ventanas del dormitorio.

Dios tiene sus senderos. El convento contribuyó, al par de Cosette, á mantener



y completar, en Juan Valjean la obra del obispo. Es cierto que la virtud llega por una parte hasta el orgullo, del que está separado solamente por un puentecillo hecho por el diablo. Juan Valjean no estaba quizá lejos de esta parte y de este puente, cuando la Providencia le llevó al pequeño Picpus. Mientras no se había comparado sino con el obispo, se había creído indigno y sido humilde; pero desde que hacía algún tiempo se comparaba con los hombres, principiaba á nacer en él el orgullo. ¿Quién sabe si tal vez, y poco á poco, habría concluído por volver al odio?

El convento le detuvo en aquella pendiente.

Era aquel el segundo lugar de cautiverio que veía. En su juventud, en lo que había sido para él el principio de la vida, y después, recientemente aún, había visto otro lugar horroroso, terrible, cuyos rigores había considerado como la iniquidad de la justicia, y el crimen de la ley. A la sazón, después del presidio, veía el claustro, y pensando en que había estado en el presidio, y que era espectador del claustro, los comparaba con ansiedad en su imaginación.

Algunas veces, apoyándose en la pala, descendía lentamente por las espirales sin fin de meditación.

Recordaba á sus antiguos compañeros, y cuánta era su miseria, quienes se levantaban y trabajaban hasta la noche; que apenas les dejaban dormir; se acostaban en camas de camapña, y sólo se les toleraba un colchón de dos pulgadas de grueso, en salas que no tenían lumbre sino en los meses más crudos del año; vestían una horrible chaqueta roja, y se les permitía usar, por gracia, un pantalón de tela en los grandes calores, y una manta de lana en los fríos excesivos; no bebían vino ni comían carne sino cuando trabajaban de "fatiga." Vivían sin nombre, designados solamente por números, y estaban casi convertidos en cifras, bajos los ojos, baja la voz, el pelo cortado, sumisos á la vara, en la vergüenza.

Después su espíritu se volvía hacia los seres que tenía á la vista.

Estos seres vivían igualmente con los cabellos cortados, los ojos bajos, la voz baja, no en la vergüenza, pero sí en medio del escarnio del mundo; no con la espalda acardenada por el látigo, pero sí azotada por las disciplinas. También estos habían perdido su nombre entre los hombres; eran conocidos solamente por austeros apelativos. No comían carne nunca ni bebían vino jamás, y frecuentemente estaban en ayunas hasta la noche. Vestían éstos, no una chaqueta roja, sino un sudario negro de lana, pesado en el verano, ligero en el invierno, y no podían quitarsele ni añadirle nada; no tenían ni aún el recurso de la tela ó de la lana conforme á las estaciones; y llevaban seis meses del año camisas de burriel, que les producían calentura. Vivían, no en salas caldeadas únicamente los días de riguroso frío, sino en celdas en las que nunca se encendía lumbre; dormían, no en colchones de dos pulgadas de grueso, sino sobre paja. Finalmente, ni aun les era permitido dormir; todas las noches, después de un día de trabajo, era preciso despertar en el abatimiento del primer sueño; y cuando empezaban á dormir y á entrar apenas en calor, debían levantarse y rezar en una capilla helada y sombría, de rodillas sobre la piedra.

En días determinados cada uno de aquellos seres, por riguroso turno, permanecía doce horas seguidas arrodillado sobre el mármol, ó posternado de cara al suelo y los brazos en cruz.

Los primeros eran hombres; éstos, mujeres.

¿Qué habían hecho aquellos hombres?

Habían robado, violado, saqueado, herido, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas.

¿Qué habían hecho estas mujeres?

Nada.

Por una parte, el bandolerismo, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todas las manifestaciones del sacrilegio, todas las variedades del atentado; por la otra, una sola cosa: la inocencia.

La inocencia perfecta, casi elevada hasta una misteriosa asunción, unida á la tierra por la virtud, y al cielo por la santidad.

De un lado, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja; del otro, la confesión de faltas hechas en alta voz.

¡Y qué crímenes! ¡Y qué faltas!

Por un lado miasmas, por el otro, inefable perfume.

Por una parte, peste moral con guardas de vista, cercada por cañones, y devorando lentamente á sus apestados; por la otra, un casto abrasamiento de todas las almas en el mismo foco. Allí, las tinieblas; aquí, la sombra; pero una sombra llena de luz, y una luz llena de fulgores.

Dos lugares de esclavitud; pero en el primero era posible la redención; tenía un límite legal siempre esperado, y además la evasión. En el segundo, solamente la perpetuidad; y por toda esperanza, el extremo lejano del porvenir, aquella luz de libertad á que los hombres llaman muerte.

En el primero, no se está encadenado más que por cadenas; en el segundo por la fe.

¿Qué salía del primero? Una maldición inmensa, rechinamiento de dientes, el odio y la perversidad desesperado, un grito de rabia contra la sociedad humana, un sarcasmo al cielo.

¿Qué del segundo? Bendiciones y amor.

Y en aquellos dos lugares tan parecidos y tan diversos, estas dos clases de seres realizaban lo mismo: la expiación.

Juan Valjean comprendía perfectamente la expiación de los primeros, la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no se explicaba la otra, la de aquellas criaturas sin reproche ni mancilla, y se preguntaba temblando: ¿Expiación de qué? ¿Qué expiación?

Y respondía una voz en el fondo de su conciencia: la más divina de las generosidades humanas: la expiación ajena.

Aquí nos reservamos toda teoría personal; no somos más que narradores; nos colocamos en el mismo punto de vista que Juan Valjean, y traducimos sus impresiones.

Tenía él ante sus ojos el vértice sublime de la abnegación, la cumbre más elevada de la virtud, la inocencia que perdona las faltas de los hombres y las expía en su lugar; la servidumbre practicada, la tortura aceptada, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para librar de él á las que han delinquido; el amor de la humanidad abismándose en el amor de Dios, pero continuando distinto y suplicante: débiles seres, que unen la miseria de los condenados á la sonrisa de los escogidos.

¡Y entonces recordaba que había osado quejarse!

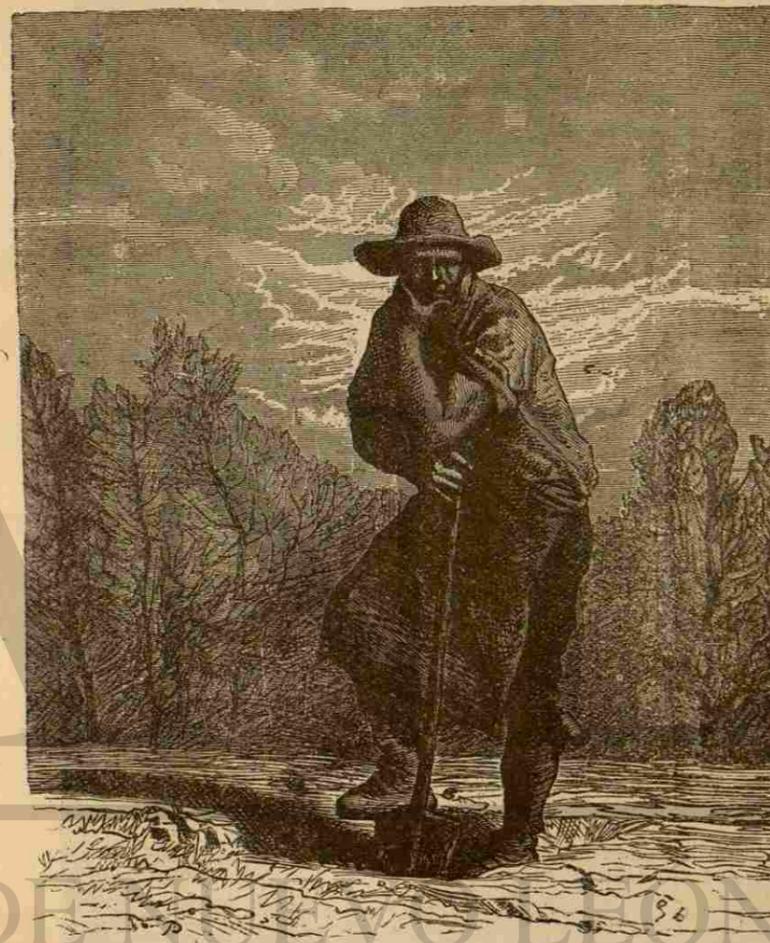
Frecuentemente, á mitad de la noche, se levantaba para escuchar el canto de gracias de aquellas criaturas inocentes y abrumadas de rigores, y sentía frío en las venas al pensar que los que eran castigados con justicia no elevaban la voz hacia el cielo más que para blasfemar; y que él, miserable, había enseñado sus puños á Dios.

¡Cosa extravagante que le hacía meditar mucho, como una advertencia en voz baja hecha por la misma Providencia! Todos los esfuerzos que había hecho para salir del otro lugar de expiación, el escalamiento, la ruptura de prisiones, el peligro

aceptado hasta la muerte, la ascensión difícil y brusca, los había tenido que hacer igualmente para entrar en este segundo lugar. ¿Era éste tal vez el símbolo de su destino?

Aquella casa era también una cárcel; y se parecía lúgubrementemente á la otra de que había huído; y sin embargo, nunca se le había ocurrido tal semejanza.

Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro. ¿Para qué? Para guardar ángeles.



Aquellas altas murallas que había visto cercando tigres, las estaba viendo cercando corderos.

Era un lugar de expiación y no de castigo; pero sin embargo, era más austero, más tétrico y más inexorable que el otro. Aquellas vírgenes vivían más oprimidas que los presidiarios.

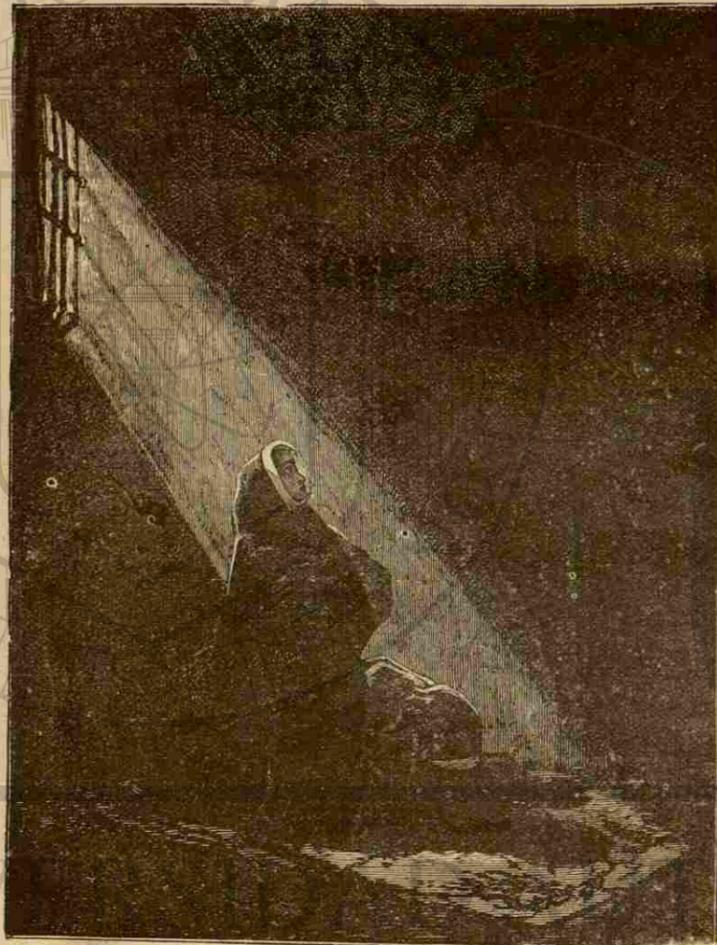
Un viento frío y rudo, el viento que había helado su juventud, atravesaba el foso enverjado y embarrotado de los buitres; una brisa más áspera y más dolorosa todavía soplaba en la jaula de las palomas.

¿Por qué?

Cuando pensaba en tales cosas, se abismaba su espíritu ante el misterio de la sublimidad.

En tales meditaciones el orgullo se desvanece.

Daba toda clase de vueltas sobre sí mismo, sintiendo su propia perversidad, y lloró muchas veces. Todo lo que había pasado por él hacía seis meses, le conducía nuevamente á las santas inducciones del obispo; Cosette por el amor, el convento por la humildad.

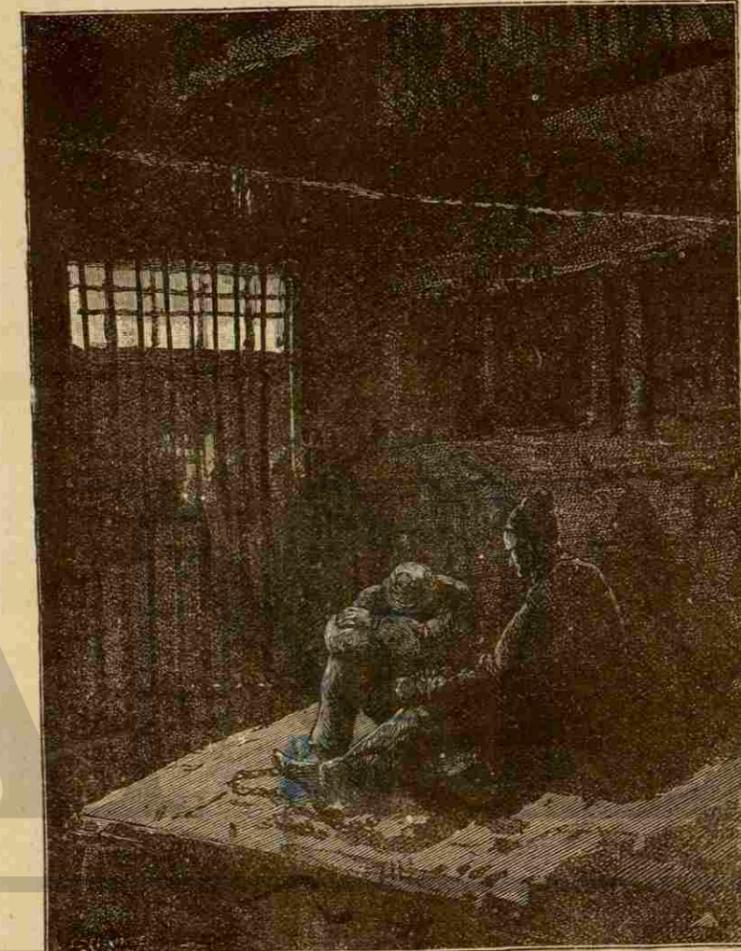


Algunas veces, á la caída de la tarde, en el crepúsculo, á la hora en que el jardín estaba desierto, se le veía de rodillas en medio del paseo que costaba la capilla, junto á la ventana por donde había mirado la primera noche, de cara al sitio en que sabía estaba la hermana que hacía el desagravio, orando prosternada. Rezaba arrodillado ante aquella religiosa.

Parecía que no osaba arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo cuanto le rodeaba, aquel jardín pacífico, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas gritando de alegría, aquellas mujeres graves y sencillas, aquel claus-

tro silencioso, le penetraban lentamente; y poco á poco su alma iba llenándose de silencio como el claustro, de perfume como las flores, de paz como el jardín, de ingenuidad como las monjas, y de alegría como las niñas. Después reflexionaba que precisamente dos casas de Dios le habían sucesivamente acogido en los momentos



críticos de su vida; la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; la segunda, cuando la sociedad humana volvía á perseguirle, y el presidio volvía á solicitarle. Sin la primera, hubiera vuelto á precipitarse en el crimen; sin la segunda, en el suplicio.

Su corazón se deshacía en agradecimiento, y amaba cada día más y más.

Se pasaron así bastantes años; Cosette fué creciendo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



